

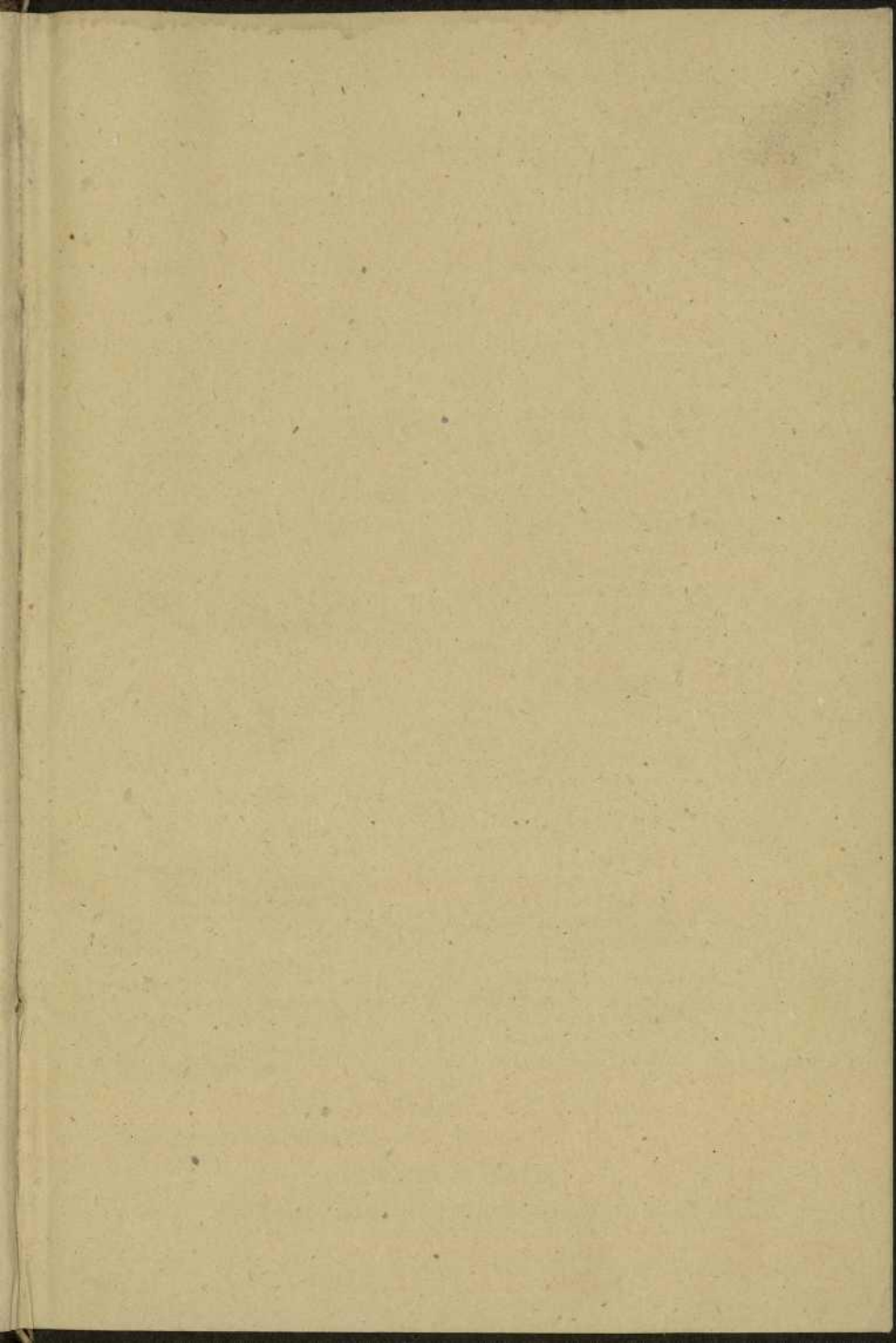


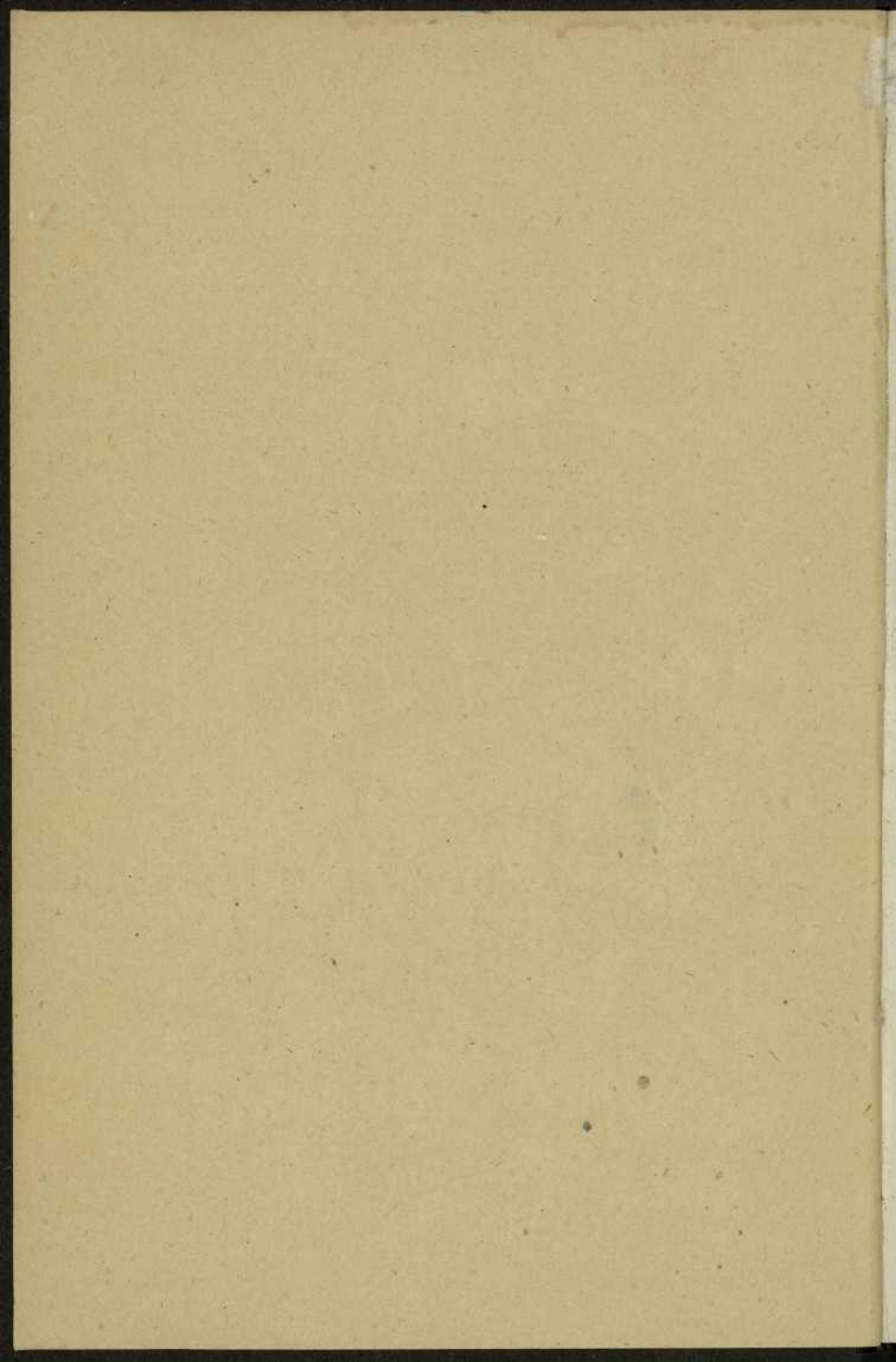
6

128

16128
~~2034~~

21
—
145





LA MARAVILLA.

Administracion, calle de la Leona, n.º 4.—Barcelona.

Gran sociedad editorial

dirigida

POR D. MIGUEL DE RIALP.

Publica las mas grandes obras del saber humano en tomos de unas 400 páginas en 4.º, con primorosas láminas, y ricamente encuadrados á la suiza con mosaicos de oro y brillantes colores.

OBRAS PUBLICADAS.

Seccion Recreativa.		Seccion Instructiva.	
	Tomos		Tomos
Miguel de Cervantes.			
El ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha (segunda edicion) . . .	2	Malte Brun.	
Los trabajos de Pérsiles y Sigismunda.—La Jitanilla.—Rinconete y Cortadillo.	1	La Geografia universal (en prensa la segunda edicion)	2
Le Sage.			
Historia de Gil Blas de Santillana (en prensa la segunda edicion). . .	2	J. A. Fleury.	
Walter Scott.			
Ivanhoe.	1	Historia de Inglaterra, Escocia é Irlanda.	3
Quintin Durward.	1	Julio Zeller.	
Rob-Roy.	1	Historia de Italia.	2
Guy Mannering.—El oficial aventurero.	2	Adolfo Garnier.	
Alejandro Dumas.			
Los Tres Mosqueteros (1.ª parte) . . .	2	La Moral social.	1
Veinte años despues (2.ª parte). . . .	2	Fernando Selo.	
Vizconde de Bragelons (3.ª parte). . .	6	Compendio de los libros históricos de la Santa Biblia.	1
Fenimore Cooper.			
À Bordo y en Tierra (1.ª parte). . . .	1	Guillemin.	
Lucia Hardinge (2.ª parte).	1	Historia Antigua.	2
La Bruja del Mar.	1	V. Duruy.	
Paul de Féval.			
Los Amores de Paris.	2	Historia Romana.	2
Francisco de Quevedo.			
Obras selectas, criticas, satiricas y jocosas.	1	Bouchot.	
José Zorrilla.			
Cantos del Trovador.	1	Historia de Portugal.	1
		Romey y Jacobs.	
		Historia de Rusia.	2
		Michaud y Poujoulat.	
		Historia de las Cruzadas.	1
		Teófilo Lavallée.	
		Historia de Francia (en publicacion).	6

ATLAS GEOGRÁFICO UNIVERSAL.

Compuesto de 48 magníficos mapas iluminados.

LA SAGRADA BIBLIA

en latin y castellano, anotada por Scio de San Miguel, con setenta láminas: 10 tomos.

LA MARAVILLA.

Administración, calle de la Lanza, n.º 1.—Barcelona.

Gran sociedad editorial

inglesa

POR D. MIGUEL DE RIALL.

Trabaja las más grandes obras de saber humano en todas las lenguas y en las más importantes lenguas, y especialmente enciclopedia y la serie de diccionarios de gran y brillante color.

OBRAS PUBLICADAS

Sección Inactiva		Sección Recreativa	
Tomo		Tomo	
1	Historia de España	1	Historia de España
2	Historia de España	2	Historia de España
3	Historia de España	3	Historia de España
4	Historia de España	4	Historia de España
5	Historia de España	5	Historia de España
6	Historia de España	6	Historia de España
7	Historia de España	7	Historia de España
8	Historia de España	8	Historia de España
9	Historia de España	9	Historia de España
10	Historia de España	10	Historia de España
11	Historia de España	11	Historia de España
12	Historia de España	12	Historia de España
13	Historia de España	13	Historia de España
14	Historia de España	14	Historia de España
15	Historia de España	15	Historia de España
16	Historia de España	16	Historia de España
17	Historia de España	17	Historia de España
18	Historia de España	18	Historia de España
19	Historia de España	19	Historia de España
20	Historia de España	20	Historia de España
21	Historia de España	21	Historia de España
22	Historia de España	22	Historia de España
23	Historia de España	23	Historia de España
24	Historia de España	24	Historia de España
25	Historia de España	25	Historia de España
26	Historia de España	26	Historia de España
27	Historia de España	27	Historia de España
28	Historia de España	28	Historia de España
29	Historia de España	29	Historia de España
30	Historia de España	30	Historia de España
31	Historia de España	31	Historia de España
32	Historia de España	32	Historia de España
33	Historia de España	33	Historia de España
34	Historia de España	34	Historia de España
35	Historia de España	35	Historia de España
36	Historia de España	36	Historia de España
37	Historia de España	37	Historia de España
38	Historia de España	38	Historia de España
39	Historia de España	39	Historia de España
40	Historia de España	40	Historia de España
41	Historia de España	41	Historia de España
42	Historia de España	42	Historia de España
43	Historia de España	43	Historia de España
44	Historia de España	44	Historia de España
45	Historia de España	45	Historia de España
46	Historia de España	46	Historia de España
47	Historia de España	47	Historia de España
48	Historia de España	48	Historia de España
49	Historia de España	49	Historia de España
50	Historia de España	50	Historia de España

ATLAS GEOGRÁFICO UNIVERSAL

Compuesto de 18 magníficos mapas de colores.

LA SAGRADA BIBLIA

en hebreo y castellano, traducida por Don de San Miguel, con preciosas ilustraciones.

HISTORIA
DE LOS
FRANCESES

desde la época de los galos hasta nuestros días.

TOMO VI.

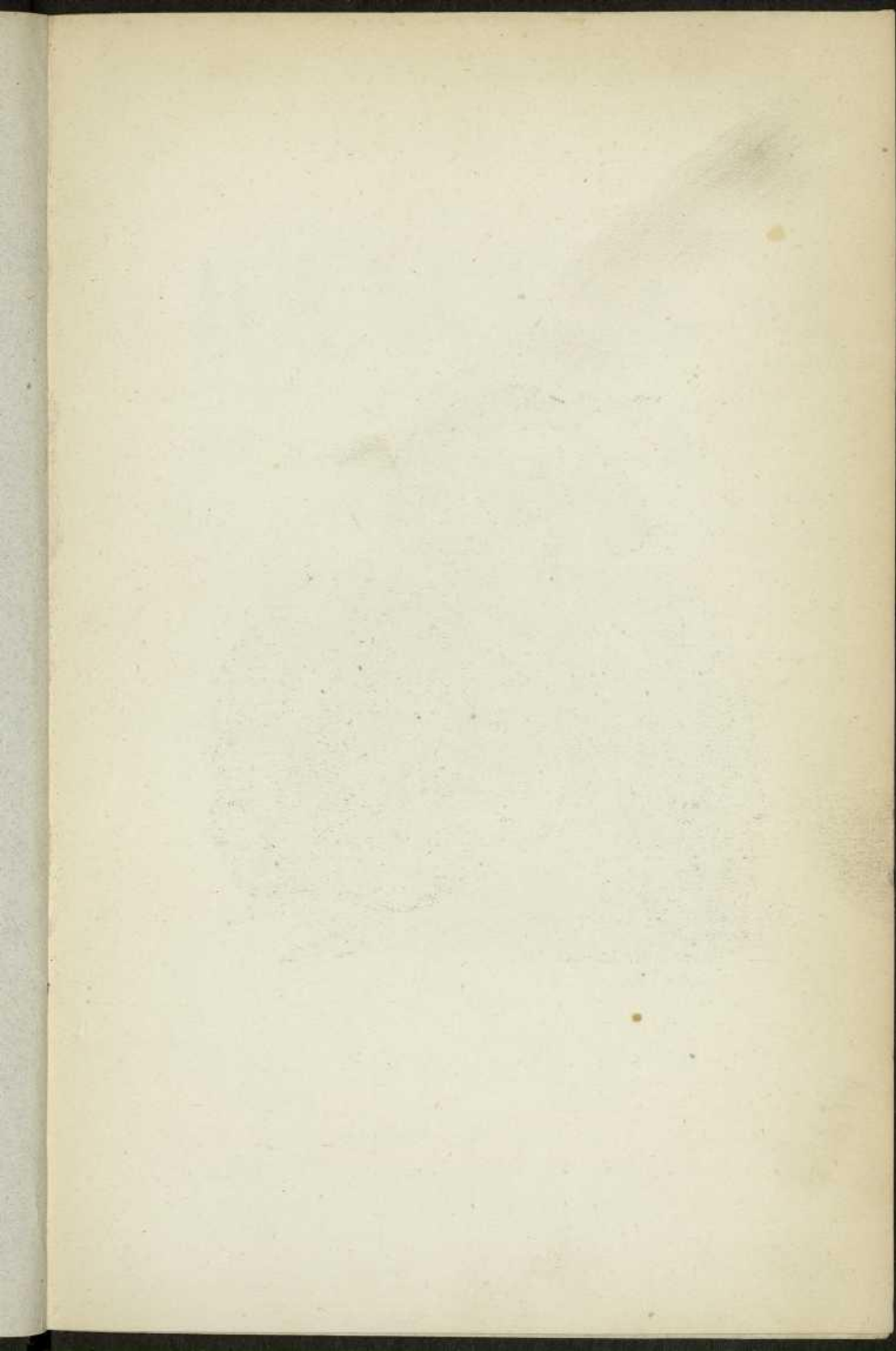
ALBION

1811

FRANCIS

FRANCIS

1811







HISTORIA

DE LOS

FRANCESES


DESDE LA ÉPOCA DE LOS GALOS HASTA NUESTROS DIAS,

POR M. TEÓFILO LAVALÉE

traducida de la última edición

POR D. V. GEBHARDT.

El hombre marcha, pero Dios le guía.
FENELON.



TOMO SEXTO.

MADRID
LIBRERÍA DE SAN MARTÍN
calle de la Victoria, 9.

BARCELONA
LIBRERÍA DEL PLUS ULTRA
Rambla del Centro, 15.

1859.

HISTORIA

DE LOS

FRANCOSES

DE LOS REYES DE LOS FRANCOS EN LOS SIGLOS XV Y XVI

POR M. TEÓFILO LAVALÉE

POR D. V. GERHARDT.

Imprenta de **LUIS TASSO**, en Barcelona.

calle Guardia, 45.

Imprenta de Luis Tasso, en Barcelona,
calle Guardia, 45.

TOMO PRIMERO



BARCELONA

LIBRERIA DEL PLAZA CLTRA

Rambla del Centro, 45

MADRID

LIBRERIA DE SAN MARTIN

calle de la Victoria, 9

1853

HISTORIA

DE LOS

FRANCESES

DESDE LA ÉPOCA DE LOS GALOS HASTA NUESTROS DÍAS.

TOMO SEXTO.

LIBRO II.

REPÚBLICA (1792—1804.)

SECCION I.

Convencion nacional.—21 de setiembre de 1792.—26 de octubre de 1793.

CAPÍTULO I.

Muerte de Luis XVI.—Caída de los girondinos.—Desde el 21 de setiembre de 1792 hasta el 2 de junio de 1793.

§. I.—*Situacion de los partidos.*—*La Gironda, la Montaña, la Llanura.*—Desde hacia tres años París habia dirigido la revolucion y enviado al resto de la Francia su historia y sus opiniones ya formadas; mientras la revolucion se mantuvo en las vias de 1789, el resto de la Francia habia bendecido la animos a iniciativa de la capital; habia aceptado con transporte su influencia, habia secundado su movimiento con todas sus fuerzas; pero los departamentos, especialmente los del mediodía, llevados por su eterna oposicion á los del Norte, los departamentos, cuyos votos habian realizado del todo la constitucion del 91, y que no veian, ó veian mal, los peligros exteriores de la revolucion, inquietáronse des-

pues del 10 de agosto, por el ardor revolucionario que manifestaba París; se espantaron al contemplar la anarquía de los cuarenta días; indignáronse por el sanguinario despotismo que la municipalidad queria imponerles. Esto hizo que las elecciones de la convencion se verificasen generalmente con un sentimiento de celosa hostilidad contra la capital, con el deseo de librarse de su tiránica influencia, con la voluntad de refrenar su exaltacion revolucionaria y sus excesos por medio del restablecimiento del orden y la fundacion de un gobierno fuerte y respetado; y los girondinos, á quienes el 2 de setiembre habia arrebatado el poder, entraron en la nueva asamblea llenos de fuerza y confianza.

La convencion se componia de setecientos cuarenta y nueve miembros, de los cuales setenta y cinco habian formado parte de la asamblea constituyente, y ciento setenta y cuatro de la legislativa. La gironda formó el lado derecho: Vergniaud, Brissot, Condorcet etc. habian sido reelegidos, y habíanse reforzado con Petion, Buzot, Louvet, Barbaroux, Lanjuinais, quienes no cedian á los primeros en luces ni en valor. La gironda se creia segura de la victoria, en cuanto tenia por ella, además del número, la superioridad del talento, la moralidad de las opiniones, la generosidad de los sentimientos; apoyábase en las clases medias, ricas é ilustradas; poseia el ministerio y las administraciones departamentales; redactaba casi todos los periódicos, y por sus opiniones moderadas, esperaba arrastrar al centro de la asamblea. Su objeto era detener la revolucion en el 10 de agosto, y salvarla de los peligros interiores, es decir de la anarquía por medio de una constitucion republicana en que la clase media tuviera todo el poder.

La Montaña formó el lado izquierdo de la convencion; componíase generalmente de hombres ignorantes, positivos, audaces, que al elegante decir, á las cándidas ilusiones, al respeto á la ley y á la humanidad de los girondinos, oponian la pasion revolucionaria, su odio implacable contra cuanto se oponia á su objeto, ninguna aversion por la sangre, escaso respeto hácia la propiedad, y el principio de que «en tiempo de revolucion no hay crimen.» «Eran segun decian, hombres de la naturaleza, al paso que sus adversarios eran hombres de estado.» Apoyábanse en la multitud, la que á su modo de ver habia empezado la re-

volucion, y la que debía terminarla; tenían en su favor á París, centro de sus fuerzas, donde sus enemigos se encontraban aislados, y desde cuyo punto dirigian cuanto habia realizado la revolucion, los *clubs*, las secciones y la municipalidad; y finalmente, esperaban dominar con su energía el centro de la asamblea. Su objeto era salvar la revolucion de los peligros exteriores, abrir un abismo entre la monarquía y la república, y «dictar leyes que arrancasen al pobre de su miseria y al rico de su opulencia, y estableciesen el régimen de la igualdad real.»

Entre ambos partidos estaba el centro, llamado la *Llanura* ó la *Huerta*, compuesta de hombres probos é ilustrados, pero pacíficos y tímidos. Impulsados hácia los girondinos por sus ideas de moderacion y de envidia contra París, desconfiaban de sí mismos y de sus abstracciones filosóficas; llevados hácia la Montaña por su deseo de salvar la revolucion, detestaban la anarquía y la violencia. La *Llanura* formó la mayoría apoyando ya á los girondinos en las cuestiones de gobierno, ya á la Montaña en las medidas de pública salvacion, hasta que atemorizados por el partido enérgico, solo sirvieron para sancionar todos los excesos.

La Gironda y la Montaña eran de todo punto inconciliables, pues diferian en todo: eran la clase media y la multitud, los departamentos y París, el 10 de agosto y el 2 de setiembre, la revolucion considerada en el interior como una constitucion que debía llevarse á cabo, y la revolucion considerada en el exterior como un país que debía defenderse. A los ojos de los girondinos, los montañeses no eran mas que anarquistas vendidos al extranjero á fin de desacreditar la revolucion con sus excesos; á los ojos de la Montaña eran los girondinos otros tantos intrigantes que estaban de acuerdo con la emigracion para restablecer el antiguo régimen. Ambos partidos eran sinceramente adictos á la revolucion, y acusábanse de conspirar contra ella. El triunfo quedó por la minoría inferior en moralidad y en talento á la mayoría, érale superior por la inteligencia ó el sentimiento de la situacion revolucionaria; porque la anarquía atacada por los girondinos solo podia ser un peligro efímero y local, mientras que la contrarevolucion, á la que hacia frente la Montaña, era un peligro constante y universal. La revolucion que no habia llegado aun

á la época de poderse constituir, no debía pensar mas que en defenderse, y la Convencion nacional era llamada para salvar la independencia del país mas que para darle un gobierno: mision terrible que ha sido su desgracia y su gloria!

§. II.—*Abolicion de la monarquía.—Primeras luchas entre los girondinos y la Montaña.*—Desde sus primeras sesiones, la Convencion, sin discusion y con unánimes aplausos, proclamó la abolicion de la monarquía (21 de setiembre de 1792), lo que equivalia á proclamar la existencia de un hecho: el establecimiento de la república era, no el resultado de teorías políticas, sino una necesidad de posicion; no una forma regular de gobierno, sino una manera de ser revolucionario: la república existia desde el 10 de agosto.

La Convencion decretó en seguida que las leyes no derogadas quedaban vigentes; que fuesen reelegidos los cuerpos administrativos, municipales y judiciales; que los emigrados eran desterrados perpetuamente, y que los que volviesen á Francia ó fuesen cogidos con las armas en la mano debian ser castigados con la muerte (22 de setiembre). La asamblea se dividió en varias secciones llamadas de vigilancia, de guerra, de legislacion, de hacienda, de diplomacia y de constitucion, y estas secciones se compusieron casi enteramente de girondinos; finalmente, pidió á los ministros una memoria acerca de la situacion del Estado; y con este motivo, y habiendo Roland evidenciado la anarquía de París, anarquía que se comunicaba á las provincias, los girondinos empezaron la lucha contra los jacobinos, sin preparacion y sin plan, con una generosa ligereza, y una ciega confianza en la bondad de su causa (25 de setiembre). Declamaron contra los crímenes de setiembre y sus autores; acusaron á la municipalidad de París de haberse arrogado un poder que solo á la Francia pertenecia; dijeron existir un partido que pretendia elevarse al poder supremo por medio de la sangre y la anarquía, y designaron á Danton, Robespierre y Marat como los triunviros que aspiraban á la dictadura. «No quiero, dijo Lasource, que París sea en el imperio francés lo que fué Roma en el imperio romano. París debe quedar reducido á la octogésima tercera parte de influencia como cada uno de los demás departamentos.» Danton contestó á semejante acusacion, diciendo que los girondinos pretendian frac-

cionar el imperio, sacrificar París, llamada por ellos la ex-capital, y hacer de la Francia una federacion de pequeñas repúblicas; echóles en cara la proposicion que hicieran de retirarse á la otra parte del Loira al saber la toma de Verdun, y añadió: «Hé aquí explicada la indignacion que les han causado las medidas que hemos tomado para la defensa comun. Descaban ejercer en los departamentos desunidos una dictadura mas real que aquella de que nos acusan, y dividir la república por medio del *federalismo*.» Robespierre, á pesar de que se hallase del todo desprovista de pruebas la acusacion de dictadura, se defendió segun su costumbre, enumerando hasta la saciedad sus servicios y virtudes. Finalmente, Marat subió á la tribuna, pero á su vista elevóse un grito de horror contra «aquel hombre que respiraba calumnia, hiel y sangre,» á quien partido alguno admitia en sus filas, y al cual los mismos jacobinos consideraban como «el hijo descarriado de la revolucion.» Marat luchó con audacia contra el clamor universal, solo contestó á los ultrajes con la sonrisa del desprecio, y confesó con cinismo sus opiniones sobre la dictadura. «Si al tomarse la Bastilla, dijo, se hubiese comprendido la necesidad de semejante medida, habrian caído á mi voz quinientas cabezas criminales, y desde aquel momento habria quedado asegurada la paz... Mis ideas solo tendian á la felicidad pública, y si no os hallabais á la altura de comprenderme, tanto peor para vosotros!»

La asamblea pasó á la órden del dia sobre las mútuas acusaciones de dictadura y de federalismo, acusaciones igualmente mal fundadas; en las que ambos partidos tenian empero, una credulidad pueril, y que fueron sus eternos instrumentos de guerra; y en seguida decretó que la república era una é indivisible, y que una comision se ocuparia en los medios de dar á la Convencion una fuerza pública, tomada entre los ciudadanos de los ochenta y tres departamentos. Con el primer decreto, la llanura halagaba á la Montaña, y con el segundo á la Gironda.

Este primer ataque de los girondinos fué una gravísima falta; la acusacion de dictadura que tan absurdamente habian entablado, no alcanzó crédito alguno, y empëzose en cambio á hablar de su federalismo, que era una calumnia, entendiendo por ello un plan formado ya para separar á los departamentos de la capital,

que era una verdad si significaba el antagonismo de las provincias contra París. Esto no obstante, la Gironda dió de nuevo principio á su ataque con tan poca habilidad como la vez primera; Louvet, imaginacion crédula y ardiente, denunció de nuevo á Robespierre, como aspirante á la dictadura; pero su elocuente acusacion solo se apoyaba en las mas vagas sospechas. La Gironda veía un proyecto de usurpacion allí donde solo habia ambicion de influencia; y Louvet descubria un dictador «en el hombre que habia tolerado que se le proclamase el ciudadano mas virtuoso de Francia.» Robespierre se defendió con grande habilidad, y esta acusacion dió por resultado aumentar mas y mas su reputacion, sobre todo para con los fanáticos que soñaban con el planteamiento del *contrato social* y del deísmo de Rousseau y que le consideraban como el jefe de su secta.

Los girondinos gastaron en tan estériles debates su influencia, su elocuencia de indignacion y la magnífica posicion con que contaban al abrirse la convencion. Su conducta toda se resintió de igual torpeza, de la misma falta de plan, de la misma inconsecuencia: las medidas de gobierno que propusieron fueron mal sostenidas; no pudieron lograr la adopcion de su proyecto favorito consistente en la formacion de una guardia reclutada en los departamentos; elevaron al ministerio de justicia, en vez de Danton, á Garat, ideólogo que aspiraba á la imparcialidad y tendía hácia ellos por sus afecciones, pero mediador de extremada molicié y de una benevolencia sin límites; reemplazaron á Servan, ministro de la guerra, que se hallaba enfermo, (5 de octubre) con el inepto é innoble Pache que entregó sus oficinas y el ejército á los jacobinos; consintieron en que Petion rechazase la *mairie* de París, para la cual fué nombrado Chambon, hombre débil y nulo, á quien asistieron dos hombres infames, Chaumette y Hebert, procurador y sustituto de la municipalidad. Dejaron á Marat «encenagarse en la calumnia,» denunciar á todo el mundo, pedir en la misma tribuna, doscientas setenta mil cabezas para asegurar la paz, y se acostumbraron á reirse de aquel maniático, cuya influencia desconocian, y á quien pretendian enviar á una casa de orates. Acabaron de enemistarse con Danton, el cual, siendo únicamente cruel por posicion revolucionaria, se inclinaba hácia ellos en sus reacciones humanitarias, y

no cesaron de recordarle los crímenes de setiembre. El ridículo fué la única arma que emplearon contra la grandeza de Robespierre: « La revolucion francesa es una religion, decian sus periódicos, y Robespierre es en ella un jefe de secta, un sacerdote que tiene sus devotos. Robespierre predica, Robespierre censura; se desencadena contra los ricos y los grandes; vive con poco y desconoce las necesidades físicas; por medio de su reputacion de misticismo aspira á la santidad, habla de Dios y de la providencia; llámase amigo de los pobres y de los débiles; hácese seguir por las mujeres y los pobres de espíritu, y recibe gravemente sus adoraciones y homenajes (1). » Tamañas faltas excitaban la alegría de la Montaña, la cual debia dejar en breve la defensiva para tomar la ofensiva.

§. III.—*Batalla de Jemmapes.—Conquista de Bélgica.*—Despues de la gloriosa batalla del Argonne, Dumouriez habia ido á París, logrando la adopción por el consejo ejecutivo del plan que siendo ministro concibiera, consistente en dar á la Francia sus límites naturales. Anselmo, Montesquiou, y Biron debian mantenerse en la defensiva: Custine, bajar el Rhin; Kellermann, penetrar por Treveris hasta Coblenza, donde debia reunirse con Custine; y finalmente, Dumouriez invadir la Bélgica y rechazar al enemigo hasta la otra parte del Rhin con el auxilio de Kellermann.

La conquista de Bélgica parecia muy fácil; ningun país habia adoptado con mas ardor las ideas revolucionarias, el clero, la nobleza y el pueblo deseaban unánimemente la llegada de los franceses; para defenderlo solo habia veinte mil austriacos dispersos desde el Sambre al mar, y en fin el ejército francés, aunque compuesto en su mayor parte de voluntarios indisciplinados y amigos del robo, que bailaban la *Carmagnole* bajo el fuego de la artillería (2), era superior en número y se hallaba exaltado por sus primeros triunfos. Con tales *endemoniados*, Dumouriez no pensó mas que en atacar de frente; y en vez de precipitarse por el Meuse sobre la línea de retirada de los austriacos, obligándoles así sin combatir á evacuar la Bélgica, marchó directamente contra ellos. Su ejército se dividia en tres cuerpos: por la

(1) Patriota francés, núm. MCXCII.—Hist. parlam. de la Rev. t. XXI.

(2) Cancion republicana, cuyo estribillo era: viva el estampido del cañon!

derecha, Valence, con diez y ocho mil hombres, debía seguir el Meuse hasta Namur á fin de impedir la reunion de Saxe-Teschen con doce mil austriacos mandados por Clairfayt que acababa de evacuar la Champagne; por la izquierda, la Bourdonnaie, con veinte mil hombres, debía invadir la Flandes marítima, apoderarse de Amberes, llegar por el Meuse á Ruremonda, y reunirse con Valence bajo los muros de Maestricht; finalmente, Dumouriez por el centro y con cuarenta y cinco mil hombres debía empujar á los austriacos al círculo formado por sus tenientes, y por medio de una gran victoria, confundir á la Europa que creía á los franceses incapaces de ganar una batalla desde la guerra de los siete años.

Valence no pudo impedir la reunion de Clairfayt y de Saxe-Teschen, y vióse obligado por falta de víveres á permanecer en la inaccion. No impidió esto á Dumouriez el marchar desde Valenciennes hácia Mons (23 de octubre), y encontró al ejército enemigo, compuesto de veinte ó veinte y cinco mil hombres, en las alturas de Cuesmes y de Jemmapes, alturas llenas de bosques, «donde se elevaban en anfiteatro tres órdenes de reductos guardados con cien piezas de artillería.» El general resolvió apoderarse de aquella posicion (6 de noviembre); mientras que Harville con doce mil hombres, debía, en el extremo derecho, rodear las alturas y ocupar el camino de Bruselas; Beurnonville en la derecha, el general Igualdad (Luis Felipe) (1) en el centro, y Ferrand en la izquierda, debían atacarles de frente. A causa de una mala inteligencia, Harville quedó casi inactivo; Ferrand logró á duras penas situarse en el flanco de los austriacos, y en el centro, compuesto principalmente de los voluntarios parisienses, nuestros soldados expuestos á un fuego terrible al penetrar en el barranco situado entre Jemmapes y Cuesmes, empezaban á desbandarse, cuando su joven general les alentó, les formó en columna cerrada, y tomó los reductos. En aquel momento, el ataque de la derecha, que en un principio se habia frustrado, recibió nuevo impulso por la llegada de Dumouriez; las posiciones fueron tomadas, y los austriacos, atacados por todas partes, em-

(1) El duque de Chartres y el de Montpensier, hijos del duque de Orleans, ser-vien desde el principio de la guerra, y se habian distinguido en la campaña del Argonne.

prendieron su retirada por el camino de Bruselas que Harville no habia ocupado. Las pérdidas, casi iguales por ambas partes, fueron estimadas en diez mil hombres.

Dumouriez, con fuerzas dobles, solo habia obtenido los honores de un campo de batalla contra un enemigo á quien hubiera podido aniquilar tomando mejores disposiciones; esto no obstante, su victoria tuvo un eco prodigioso; exageráronse los peligros y la gloria de la jornada; nuestros soldados se sintieron animados de indecible confianza; y la Europa quedó sorprendida. Dumouriez reportó de la batalla muy escaso provecho: su ejército se encontraba en la mas completa desnudez á causa de Pache; á duras penas podia alimentarle, y para ello celebró contratas y se arrogó una dictadura administrativa que le valió de parte de los jacobinos la acusacion de cohecho. Tales obstáculos no le impidieron sin embargo entrar en Mons, en Bruselas y en Lieja, siguiendo paso á paso al enemigo que habria debido ser aniquilado en su retirada; al mismo tiempo, la Bourdonnaie se apoderaba de Ostende, de Brujas, de Gante y de Amberes; Valence se ponía en movimiento y se apoderaba de Charleroy y de Namur; en una palabra, la Bélgica quedó ocupada hasta el Meuse, y abrióse de nuevo el Escalda, cerrado desde 1648, á riesgo de malquistarse con la Holanda y la Inglaterra. El país, que se hallaba embriagado de alegría, declaró rotos sus lazos con la casa de Austria, y se dispuso para constituirse en república, conservando, empero, sus antiguas instituciones y especialmente su clero, que se habia puesto al frente de la revolucion.

Los austriacos habian pasado el Meuse, evacuado Aquisgran, y tomado posicion entre el Roer y el Erft. El consejo ejecutivo declaró que el ejército francés no depondria las armas hasta que el enemigo hubiese pasado el Rhin; pero Dumouriez no pasó de Aquisgran (8 de diciembre): sus tropas carecian de todo; el gobierno habia anulado sus contratas y encausado á sus asentistas, y finalmente los ejércitos del Mosela y del Rhin no le habian secundado. Kellermann habia sido reemplazado por Beurnonville, el cual, despues de algunos brillantes combates delante de Tréveris, vióse obligado á retirarse hácia el Sarre; Custine solo se ocupaba en saquear y revolucionar la Alemania, donde hizo detestables el nombre y los principios franceses, y dejó que los prusianos penetrasen de nuevo en Francfort.

La conquista de Bélgica llevó á su colmo la exaltacion de los ánimos: se hablaba de derribar á todos los tiranos; «la Convencion, exclamaba Danton, es la junta general de insurreccion de todos los pueblos;» y en efecto, arrastrada la asamblea por su ardor de propaganda, decretó que otorgaria «socorro y fraternidad á cuantos pueblos desearan recobrar su libertad (19 de noviembre),» lo cual equivalia á una declaracion de guerra á la antigua Europa. Para completarla, dispúsose que en todos los paises donde entrasen los generales franceses proclamasen inmediatamente la soberanía del pueblo, la abolicion del feudalismo, del diezmo y de todos los abusos; el secuestro de los bienes del clero y de los nobles para cubrir los gastos de la guerra; la circulacion de los asignados; la destitucion de las autoridades antiguas y la eleccion de nuevas administraciones, «en las que debian entrar los *sans-culottes* (15 de diciembre de 1792).»

§. IV.—*Causa de Luis XVI.*—La Montaña habia tomado la iniciativa de esas medidas revolucionarias, y los girondinos se habian apresurado á adoptarlas con el pesar de verse aventajados por sus enemigos. Ambos partidos continuaban en su lucha de odio y de sospechas: la Gironda, encargada de redactar la constitucion, apresuraba su trabajo con la esperanza de aniquilar á sus adversarios con el restablecimiento del orden legal; la Montaña, por el contrario, solo aspiraba á prolongar el estado revolucionario; y para poner en evidencia el *moderantismo* de sus enemigos, planteó una cuestion que debia poner en conmocion las pasiones todas: la suerte de Luis XVI (13 de noviembre).

Primeramente entablóse una completa discusion sobre estas dos proposiciones: Luis puede ser juzgado? Qué tribunal pronunciará la sentencia?—Era evidente que el rey habia sido traidor á la nacion por su inteligencia con los extranjeros; pero la pena de semejante delito estaba consignada en la constitucion (1), y, además, solo en ella podia buscarse en virtud de los mismos términos de la declaracion de derechos: dicha pena era la deposicion, y la deposicion existia de hecho desde el 10 de agosto; de modo que no habia lugar á un juicio, y cuanto podia hacerse,

(1) «Nadie puede ser castigado sino en virtud de una ley establecida y promulgada anteriormente al delito.»

como medida de seguridad general, era desterrar á Luis XVI ó conservarle preso hasta la conclusion de la paz. Sin embargo, la Convencion, llamada para pronunciar la abolicion de la monarquía y establecer una constitucion republicana, no se creia en lo mas mínimo obligada por la constitucion del año 91, y solo una débil minoría se atrevió á tomar la defensa de la inviolabilidad del rey. La Montaña, con su audacia y crueldad ordinarias, reconoció altamente que su deseo era la muerte inmediata de Luis XVI, «en virtud del derecho que Bruto tenia sobre Cesar,» y calificó de realistas á cuantos esperaban salvarle, ya invocando la inviolabilidad, ya solicitando un juicio: «Como! decia Saint-Just (fanático de veinte y cinco años, semejante á los monjes de la edad media que quemaban á los herejes alabando á Dios sin que su conciencia padeciese en lo mas mínimo), como! instruir la causa de un hombre asesino del pueblo, sorprendido en fragante delito! Juzgar es aplicar la ley, la ley es una relacion de justicia, ¿y qué relacion de justicia existe entre la humanidad y los reyes? Mi opinion es que el rey debe ser juzgado como un enemigo, á quien mas que juzgarse debe combatirse, y como no entra para nada en el contrato que une á los franceses, las formas del procedimiento que con él ha de observarse se encuentran en el derecho de gentes y no en la ley civil. —A qué formar causa, dijo Robespierre; Luis no es un acusado; vosotros no sois jueces, sino hombres de estado y representantes del pueblo; no teneis que pronunciar una sentencia en pró ó en contra de un hombre, sino tomar una medida de salvacion pública, ejercer un acto de soberanía nacional.»

La Gironda, frente á frente con aquellos enemigos implacables en su fin y en su odio, mostróse vacilante y dividida: ya temiese ser acusada de realismo, ya se hallase todavía bajo la impresion de las traiciones reales que habia sido la primera en denunciar, no defendió la inviolabilidad, y adoptando un medio indirecto para salvar á su enemigo vencido, creyó haber conseguido una victoria contra la Montaña al hacer decidir que el rey seria juzgado y que lo seria por la Convencion (3 de diciembre de 1792). La Convencion discutió en seguida las formas del procedimiento, y formuló la acusacion en vista de los documentos hallados en poder del intendente de la dotacion real y de los des-

cubiertos recientemente en un armario secreto del palacio de las Tullerías (1). De ellos se desprendían las inteligencias de la corte con la emigración, sus intrigas con los constituyentes, la traición de Mirabeau etc.; si bien atestiguaban de parte de Luis mas que una voluntad decidida de llevar á cabo la contra revolución, «la debilidad de un hombre que se abandona á todas las esperanzas para recobrar su pasada autoridad.» El rey fué citado ante la Convencion bajo el nombre de Luis Capeto, como si se hubiese querido insultar en él á los treinta y dos monarcas de que descendía lo mismo que á la historia toda de la antigua Francia.

La familia real era custodiada en la torre del Temple con extremado rigor. «Los comisarios de la municipalidad, decían los mismos jacobinos, no habian sabido conciliar lo que debian á la humanidad y al infortunio con las precauciones que exigia el depósito confiado á su vigilancia.» Luis santificaba su cautiverio con su piedad y su resignacion, y de vuelta á la vida privada para la cual habia sido criado, manifestábase tal cual era, es decir, bondadoso y sencillo. Al verse citado ante la Convencion, no dejó traslucir la menor emocion, no recusó el extraño tribunal, y compareció ante él con tan modesta tranquilidad que excitó un vivo enternecimiento (11 de diciembre). Leyósele el acta expresiva de los cargos, en la que se presentaba «como erímen no solo sus tentativas para recobrar el poder, sino tambien sus deseos y sus sentimientos por haberlo perdido; no solo su fuga de Varennes y sus relaciones con el extranjero, sino su negativa de reunion, y hasta de sangre derramada el dia 10 de agosto. En seguida, y sin la menor preparacion, hizosele sufrir un interrogatorio muy complicado, en el cual se enumeraban los hechos sin órden alguno, y Luis contestó á él con poca destreza y hasta con poca dignidad: negó la mayor parte de los hechos, achacó los otros á sus ministros, y se apoyó en la constitucion que pretendió no haber violado jamás; negóse á reconocer la existencia del armario de hierro, los documentos en él encerrados, sus cartas, su firma, y aseguró que «nunca habia pasado por su mente la idea de una contra revolucion.»

(1) El famoso armario de hierro descubierto por el cerrajero á quien Luis XVI habia encargado su construccion.

Después de este interrogatorio, Luis fué conducido al Temple, separado de su familia, y quedó libre de comunicar con Tronchet y Malesherbes, á quienes habia elegido por consejeros, y los cuales nombraron por su adjunto al jóven Deseze. Este pronunció la defensa (26 de diciembre) que fué una obra maestra de lógica y de elocuencia: demostró primeramente que los hechos anteriores á la aceptación de la constitucion quedaban borrados por la misma aceptación, y los posteriores por la inviolabilidad; en seguida entró á discutir todos los cargos, y finalmente demostró la iniquidad de una causa en que habian sido violadas todas las formas judiciales, tales como la facultad de recusacion, la mayoría de las dos terceras partes, y la votacion secreta. «Busco entre vosotros á los jueces, dijo, y no veo mas que acusadores.»

Luego que Luis se hubo retirado, Lanjuinais pidió la anulacion del procedimiento: «No podeis ser, dijo, como sois, ejecutores de ley, jurados de acusacion, acusadores y jurados de la causa, habiendo todos ó casi todos manifestado vuestra opinion, y habiéndolo hecho algunos de vosotros con escandalosa ferocidad.» Estas palabras excitaron el mayor tumulto, y estuvo en poco el que el salon se convirtiese en teatro de una lucha. Varias veces Louvet y Barbaroux, seguidos de un centenar de girondinos, quisieron escalar las gradas de la Montaña; ofanse únicamente los epitetos de malvados, bandidos, traidores y conspiradores; Marat desplegó en tal circunstancia su cinismo furibundo, y las tribunas, de acuerdo con los diputados de la izquierda, que les indicaban los oradores á quienes debian silbar ó aplaudir, dejaban oír espantosos aullidos. Finalmente decidiose continuar los debates de la causa, con preferencia á los demás negocios, hasta pronunciado el fallo; y la Montaña, irritada por tantas dilaciones, pidió de nuevo la muerte de Luis sin juicio y por derecho de insurreccion, fundándose en que la misma era la salvacion del pueblo, una necesidad de la revolucion, y el único y eficaz medio de interrumpir para siempre la cadena del pasado. «Si hubiese realizado mi primera idea, dijo Merlin de Thionville, os habria evitado durante la jornada del 10 de agosto el trabajo de juzgar al tirano.» El nombre del desgraciado rey iba siempre acompañado de epitetos injuriosos hasta ser

ridículos, de alusiones declamatorias á las mal comprendidas costumbres de la antigüedad, de infames lisonjas para el pueblo de las tribunas. A medida que la discusion adelantaba, la cuestion se hacia mas y mas revolucionaria; no se pensaba en la persona del rey: su muerte ó su salvacion era la salvacion ó la muerte de la revolucion; y los girondinos, asustados al ver el sesgo que tomaba una cuestion cuya importancia no habian apreciado en su justo valor, querian salvar á Luis XVI, considerando su muerte como un oprobio para la revolucion, una crueldad inutil, un reto hecho á la Europa. Sin embargo, viéndose perdidos si absolvian, no queriendo tampoco favorecer la causa de sus enemigos condenando, buscaron un término medio que fué otro testimonio de su debilidad y de su incapacidad política: pidieron que el pueblo pronunciase el fallo, á fin de que fuese responsable la nacion entera de la absolucion ó de la condena. Esto equivalia á exponer inevitablemente á la Francia á la guerra civil, y la Montaña hizo ver con su natural audacia lo absurdo de semejante proposicion, habló de la hipócrita piedad de sus adversarios, cuya conducta, decia, era una irrecusable prueba de su complicidad con el tirano, de su deseo de llamar á los extranjeros, y de su proyecto de trastornar á la Francia por medio del federalismo.

La discusion duró doce dias y fué una lucha de decretos entre ambos partidos; á propuesta de la Gironda se decretó que el que intentase ó propusiese restablecer la monarquía, bajo cualquier denominacion que fuese, seria castigado con la muerte; y la Montaña á su vez hizo declarar que en la misma pena incurriria el que intentase ó propusiese destruir la unidad de la república. Los girondinos obtuvieron un decreto de destierro contra la familia de Orleans, á la que acusaron de aspirar al trono, pero la Montaña logró suspender la ejecucion de ese decreto hasta despues de la sentencia de Luis. Durante este tiempo reinaba grande agitacion en París; los mas fogosos jacobinos invadian las reuniones y arrojaban de estas á los hombres honrados y pacíficos; la guardia nacional se mantenía pasiva y desalentada; el consejo general de la municipalidad, aunque renovado en virtud del decreto de 22 de setiembre, se encontraba compuesto de individuos exaltados, dirigidos por Chaumette y Hebert; y finalmen-

te aumentaba el general desórden la escasez producida por la ruina del comercio y el descrédito de los asignados. El pueblo que sufría la mas extremada miseria, en cuanto el precio de los artículos era excesivo en asignados, y el trabajo era pagado á la par, pedía á grandes voces el *maximum*, esto es, la fijacion legal del precio de los cereales; la Convencion y la municipalidad se resistian á tan desastrosa medida; en todas partes estallaban motines á causa de los granos, y preveíase una guerra civil luego de terminada la causa de Luis XVI.

§. V.—*Sentencia y muerte de Luis XVI.*—La Convencion habia puesto fin á los debates, decretando que las cuestiones debían ser entabladas en los siguientes términos (14 de enero de 1793): Es culpable Luis de haber conspirado contra la libertad de la nacion y de haber atentado contra la seguridad general del Estado? Debe someterse la sentencia á la sancion del pueblo? Qué pena debe aplicársele? Cada diputado debía dirigirse á la tribuna y pronunciar allí su voto motivado, escrito y firmado; y empezada la votacion nominal sobre la primera cuestion en 15 de enero, Luis fué declarado culpable casi por unanimidad. Sobre la segunda, hubo 281 votos en pro, 423 contra la apelacion al pueblo y 45 perdidos. Al dia siguiente á las ocho de la noche abrióse la votacion nominal sobre la tercera cuestion, y duró veinte y cinco horas en medio de un espantoso tumulto (16 de enero); las tribunas se hallaban invadidas por la multitud que prorumpia en vociferaciones ó en aplausos segun fuese el voto en pro ó en contra de la muerte. Los montañeses, fieles á su odio y á su plan, votaron la muerte unos con sombría resolucion, otros con cruel alegría; los girondinos, mas vacilantes é inconsecuentes que nunca, sintieron desvanecerse sus indulgentes resoluciones ante los siniestros gritos de las tribunas: la mayor parte de ellos dejaron salir de sus labios temblorosos la palabra *muerte*, y algunos añadieron á ella *mediante un plazo*: acto de pusilanimidad que decidió la muerte de Luis XVI, y fué un suicidio para la Gironda. Terminada la votacion nominal, «la asamblea recibió de cuantos no habian votado la muerte ó lo habian hecho con condiciones, la declaracion de que habian dado su voto como legisladores y no como jueces, y que solo habian entendido tomar una medida de se-

guridad general.» De este modo se hallaron divididos los votos en dos grandes fracciones, y despues de procederse al escrutinio, vióse que de 721 votantes (se perdieron 28 votos) 334 habían opinado por el destierro, la detencion ó la muerte condicional, y 387 por la muerte (17 de enero).

La sentencia fué notificada sin pérdida de momento al desgraciado rey (18 de enero), el cual escribió á la asamblea: «Mi honor y mi familia me ordenan no consentir en una sentencia que me imputa un crimen del que no soy culpable. En su consecuencia apelo ante la nacion de la sentencia de sus representantes.» A peticion de Robespierre, rechazóse la apelacion (19 y 20 de enero); y aplazóse para el día siguiente la decision de una última cuestion. Se diferiria la ejecucion de la sentencia de Luis? trescientos diez votos opinaron en pro, trescientos ochenta en contra, y se perdieron cincuenta y nueve, decretándose en vista de este resultado que los ministros hiciesen ejecutar la sentencia dentro de las veinte y cuatro horas, que la municipalidad permitiria á Luis comunicar con su familia y llamar á su lado á un ministro del culto que fuese mas de su agrado.

Los jacobinos estaban enagenados de alegría; pero cuanto mas inesperada era su victoria, mas dudaban de su completo éxito. Hablábase de una conspiracion realista, y este rumor tomó alguna consistencia á causa del asesinato de Lepelletier de Saint-Fargeau, diputado que habia votado la muerte del rey, y que fué asesinado en un café del Palacio-Real por un ex-guardia de corps. La ciudad estaba sumida en la consternacion, y esperábase generalmente un combate; los jacobinos, redoblando su audacia, actividad y furor, se veian en todas partes, en las secciones, en las filas de la guardia nacional, en las plazas públicas, reprimiendo el menor movimiento de piedad, exaltando todas las pasiones, representando la salvacion del condenado como el triunfo del extranjero. La municipalidad desplegó toda su vigilancia y tiranía; mandó cerrar las barreras y las tiendas, colocó artillería en las plazas, é hizo tomar las armas á toda la poblacion.

Luis habia escuchado con gran tranquilidad su sentencia de muerte; despues de una desgarradora entrevista con su familia, durmió sin agitacion; recibió la comunion de marcos de un sa-

cerdote que él mismo había elegido, y fué conducido á través de un ejército hasta la plaza de la Révoluti6n, donde se levantaba el cadalso cerca de la mutilada estátua de Luis XV (21 de enero de 1793). De aquella poblacion armada (1), llena en su mayor parte de dolor, no salió ni un grito de gracia, ni una palabra de indignaci6n, ni un murmullo de curiosidad. Luis no desmintió un instante su religiosa firmeza; subido al cadalso quiso arengar á la fuerza armada que llenaba la plaza: «Franceses, dijo, muero inocente de los crímenes que se me imputan: perdono á los autores de mi muerte, y deseo que mi sangre no caiga sobre la Francia...» Santerre le interrumpió con un redoble de tambores, los verdugos se apoderaron de él, y á las diez y veinte minutos el infortunado monarca, víctima de la revoluci6n que le legaran sus antepasados, habia dejado de existir.

§. VI.—*Política de Pitt.—Declaraci6n de guerra á la Inglaterra.—Nueva coalici6n.*—La muerte de Luis XVI produjo los resultados que deseaban los jacobinos; la Francia habia abjurado completamente su pasado; la naci6n entera se hallaba comprometida; no era una facci6n, sino todo el pueblo el responsable del golpe, y «comprendía que le era preciso ser la primera de las naci6nes, so pena de ser la última.» «No podemos retroceder, decia Marat, y es tal la posici6n en que nos encontramos, que es fuerza vencer ó morir.» El ejército escribió á la asamblea. «Os damos gracias por habernos puesto en la necesidad de vencer.» En una palabra, jamás la revoluci6n habia sido tan audazmente hostil á los principios en que descansaba la sociedad europea; jamás se habia cuidado tan poco de si triplicaba sus peligros aumentando el rencor de los gobiernos y disminuyendo las simpatías de los pueblos; jamás habia proclamado con tal arrogancia que ella era la guerra; la cabeza del último Capeto era, segun expresi6n de la Montaña, el guante arrojado á la antigua Europa; y al caer en medio de las monarquías sumidas en su neutralidad egoísta, despertólas llenándolas al mismo tiempo de terror. Era preciso combatir; formóse una nueva coalizaci6n, y Pitt y la aristocracia inglesa se pusieron al frente de la cruzada de los gobiernos absolutos contra la revoluci6n francesa.

(1) La guardia nacional de París constaba en aquella época de 110,000 hombres; habia además 10,000 gendarmes y confederados.

Ningun pueblo habia mostrado por la revolucion mas simpatía, ningun gobierno habia concebido por ella mas temor que el pueblo y el gobierno inglés. Los *clubs* de Lóndres se hallaban en correspondencia con los de París con el fin de realizar una revolucion democrática; las jornadas revolucionarias habian sido celebradas en Inglaterra hasta con anárquicas violencias (1), el libro de Tomás Payne, *los derechos del hombre*, que reproducia las ideas francesas, se encontraba en todas las manos (2); el grito de reforma se hacia universal; la aristocracia y su antigua constitucion se hallaban amenazadas, y Pitt concibió la esperanza de salvarlas, lanzando á la Inglaterra á una guerra contra la Francia. Su plan consistió en hacer á los ingleses enemigos de la revolucion francesa, presentando á esta como irreligiosa, antisocial, ávida de destruirlo todo, y dispuesta para todos los crímenes, al mismo tiempo que en excitar su orgullo y su avaricia, mostrándoles la ocasion única de adquirir el imperio de los mares por medio de la ruina de una rival eterna. Su primer paso fué dividir la oposicion parlamentaria, y Burke, el mas ardiente enemigo de la revolucion, al separarse de Fox, su amigo de veinte años, dió al ministerio un apoyo que anuló del todo á los whigs é hizo á los torys todopoderosos (4 de marzo de 1791). En seguida favoreció con su oro y sus intrigas los excesos de los jacobinos y la anarquía de la Francia, y finalmente, despues del 10 de agosto, empezó á tomar una actitud hostil, haciendo salir de París á su embajador. Entonces despertó el celo de los ingleses en favor de su constitucion, tan querida á causa de su antigüedad; calificó de insolente provocacion el decreto de 19 de noviembre; reanimó los antiguos odios de la nacion á causa de la conquista de la Bélgica y de los peligros que amenazaban á la Holanda, y pidió con este motivo explicaciones á la Francia. La opinion pública se modificó: los ingleses se asustaron «de aquella cosa sin nombre que se llamaba la revolucion francesa;»

(1) El aniversario del 14 de julio ocasionó en Birmingham en 1791 un espantoso motín, en el cual el populacho, dueño de la ciudad por espacio de cuatro dias, incendió las casas de los habitantes conocidos por enemigos de la revolucion francesa.

(2) Tomás Payne, perseguido por dicho libro, se refugió en Francia, y fué elegido diputado á la Convencion.

alarmáronse al considerar los movimientos anárquicos que agitaban ya á su país, y sedújoles la esperanza de vengarse de la guerra de América conquistando las colonias francesas. Pitt convocó un parlamento extraordinario (18 de diciembre de 1792), por el cual hizo rechazar toda demanda de reforma; denunció las sectas que se habian formado para derribar al gobierno; obtuvo leyes contra la libertad de la prensa y la libertad individual; preparó armamentos y empezaron los actos reales de hostilidad: prohibióse á los buques franceses comprar trigo en Inglaterra; dos navíos ingleses capturaron una fragata francesa en los mares de la India, y el stathouder de Holanda, sumiso vasallo del rey de Inglaterra, entró por sus consejos en la coalicion.

Hasta aquel momento, la convencion habia mostrado una paciencia singular y ofrecido toda clase de concesiones, impulsada por su deseo de conservar la alianza del único pueblo que tenia con la Francia analogía en sus instituciones; pero entonces pidió á su vez explicaciones y amenazó á Pitt con «apelar á la nacion inglesa y hacerla juez entre ambos gobiernos, de lo cual podrian nacer consecuencias que no hubiese él previsto todavía.» En efecto, los ingleses retrocedian delante de la guerra por una especie de instinto democrático que les hacia ver la causa de todos los pueblos en la causa de la Francia; y el partido republicano no cesaba en esto de agitarse; sin embargo, llegó el 21 de enero, y Pitt, que se habia negado obstinadamente á dar el menor paso para salvar á Luis XVI, explotó el horror causado por su muerte, é hizo salir de Lóndres al embajador francés. Con todo, si bien se hallaba hacia mas de dos meses en hostilidad real con la Francia, quiso dejar á esta la iniciativa de la guerra, y «escribióse por su consejo á los miembros influyentes de la convencion, entre otros á Brissot, que la declaracion de guerra seria la señal de la revolucion inglesa, para la cual todo se hallaba ya dispuesto (1).» La convencion cayó en el lazo: Brissot, en nombre de la comision diplomática, propuso declarar la guerra á la Inglaterra y á la Holanda, y su proposicion fué aprobada por unanimidad (8 de febrero de 1793).

«Es la guerra de las opiniones armadas,» dijo Pitt, y procuró

(1) Mem. de Hardemberg, t. II, p. 94.

sublevar contra la Francia á la Europa entera: reanimó por medio de subsidios el celo de la Prusia y del Austria; prometió socorro al rey de Cerdeña, irritado por la pérdida de la Saboya y de Niza, reunidos por la convencion al territorio francés; despertó de su letargo á la España, que hasta entoncez, y á pesar de sus reyes Borbones, habia resistido á las intrigas de los emigrados, y para ello derribó del ministerio al prudente Aranda y reemplazóle con D. Manuel Godoy, favorito del débil Carlos IV. Hizo entrar en la coalicion al Portugal, convertido en colonia inglesa desde el tratado de Methwen; al rey de Nápoles, recientemente insultado en su capital por una escuadra francesa que le habia obligado á reconocer la república; y el papa, irritado por la pérdida de Avignon y las persecuciones contra el clero, y amenazado por la Francia á causa del asesinato del consul francés en Roma. Hizo suya á la dieta germánica; tomó á sueldo á los príncipes de Baden, de Hesse y de Baviera; y finalmente dejó á la Rusia, que, bajo el pretexto de que convenia refrenar ante todo á los jacobinos del norte, derribara en Polonia la constitucion de 1791, invadiera dicho reino, y, de acuerdo con la Prusia, arrancara otros dos pedazos, de un millon y doscientos mil habitantes el uno y de tres millones el otro. La Suecia, la Dinamarca, la Suiza, Venecia y la Turquía fueron los únicos estados que se conservaron neutrales; todos los intereses fueron desconocidos, la antigua política olvidada, las alianzas de posicion destruidas: la Holanda y la España unian sus buques á los de su enemigo contra su única amiga; la Prusia y el Austria celebraban íntima alianza; la Italia se abandonaba á la Inglaterra; la Alemania al Austria; la Inglaterra dejaba á la Rusia desmembrar la Polonia; no habia mas que un enemigo, la revolucion francesa!

§. VII.—*Leva de trescientos mil hombres.—Invasion de la Holanda.—Desastre de los franceses en el Menso.—Batalla de Neerwinden.—Proyectos contra-revolucionarios de Dumouriez.*—La Francia no se asustó al ver á los enemigos á quienes provocara; exaltada por sus primeras victorias, por la grandeza de su posicion, y tambien por sus excesos, sabia tener por recursos tres millones de hombres, ocho mil millones de bienes y los pueblos todos para revolucionar. «Es preciso, dijo Brissot, que todos los franceses no formen mas que un grande ejército, que la Francia

entera sea un vasto campamento; y la convencion olvidó por un momento sus discordias para no pensar sino en la salvacion de la patria. Pache fué despojado del ministerio de la guerra, donde habia introducido la anarquía, y reemplazado por Beurnonville; á propuesta de Cambon, secretario de la comision de hacienda, el cual demostró no ser posible recurrir á las contribuciones ni á los empréstitos para cubrir los gastos de la guerra, decretóse una nueva emision de 800 millones de asignados, y otra de 1,200 millones tres meses despues, si bien la suma de asignados ya emitidos se elevaba á 2 387 millones, la hipoteca, á consecuencia de la confiscacion de los bienes de los emigrados, importaba 7,750 millones. Luego á peticion de Dubois-Crance, secretario de la comision militar, quien manifestó que el efectivo del ejército quedaba reducido á 270 mil hombres, de los cuales habia doscientos mil voluntarios, y que la república tenia necesidad de quinientos mil hombres para mantenerse en la defensiva en el Este y en el Mediodía, y tomar la ofensiva en el Norte, decretó que los guardias nacionales se hallaban en estado de movilizacion permanente, y que se procederia al momento á una leva de trescientos mil hombres (24 de febrero de 1793). El contingente de París, que habia ya proporcionado diez y ocho mil hombres al ejército, era de 7,600 hombres, y veinte y cuatro horas despues de la publicacion del decreto, desfilaba ya ante la asamblea. «Lo que me extraña dijo un convencional, es que los proletarios, los peones, los indigentes, en una palabra, las clases de la sociedad que lo perdian todo en la revolucion y á quienes legistaturas venales habian excluido del rango de ciudadanos, sean las únicas que la hayan constantemente sostenido. Si esas clases hubiesen sido menos numerosas en el seno de la capital, era imposible que la revolucion se sostuviese contra sus enemigos.»

Sin embargo, era preciso abrir la campaña con doscientos mil hombres; cincuenta mil se reunian en las vertientes de los Pirineos, cuarenta mil en los Alpes, ochenta mil en el Rhin, veinte mil en el Mosella, y ochenta mil en el Roer y en Bélgica. El último ejército se hallaba completamente desorganizado; los soldados, no tenian otro medio que el pillaje para subsistir; compañías enteras de voluntarios, reunidas decian, para salvar la patria y no para morir de hambre en Bélgica, volvian á sus ho-

gares. Con semejante ejército, Dumouriez ni siquiera habia pensado en rechazar al enemigo mas allá del Rhin, y por otra parte, el general se ocupaba mas que en las operaciones militares en las turbulencias del interior; preocupábale tambien la Bélgica por la cual, á consecuencia del decreto de 15 de diciembre, se habia diseminado un enjambre de jacobinos como comisarios del poder ejecutivo, introduciendo allí sin transicion la anarquía de Francia, los *clubs*, los asignados, las prisiones, el secuestro de los bienes del clero y de la nobleza. Los belgas maldecian á los libertadores á quienes habian llamado, y su indignacion llegó á su colmo cuando vieron sus iglesias profanadas y despojadas de sus ornamentos. Dumouriez habia tratado á aquel país con gran moderacion á fin de preparar su reunion con la Francia y procurarse recursos para sus soldados; é irritado por tantos excesos, marchó á París para denunciarlos. Acogido, empero, por las calumnias de los clubs que le acusaron de haber dejado escapar á los austriacos como en otro tiempo á los prusianos, partió de nuevo para su ejército, decidido á adquirir por medio de alguna brillante accion el derecho de poner fin á tan odioso régimen.

Su plan de campaña no podia ser mas evidente: convenia rechazar á la otra parte del Rhin al enemigo que se habia atrincherado en el Roer; pero seducido por las promesas de los emigrados bátavos, que le manifestaron á la Holanda próxima á sublevarse contra el stathuder, resolvió pasar con veinte mil hombres por entre Breda y Gertruydenberg, atravesar el Biesboch, y seguir hasta Rotterdam por las desembocaduras de los rios. Miranda con veinte y cinco mil hombres, debia apoderarse de Maëstricht, bajar por el Meuse, y reunirse con Dumouriez en Utrecht, mientras que Valence, con treinta y cinco mil hombres en el Roer, en Aquisgran y en Limburgo, observase al ejército austriaco. Un plan tan arriesgado, que tan mal se adaptaba á las localidades y á la posicion de los enemigos, no podia producir mas que desastres.

La coalicion habia puesto en línea unos cuatrocientos mil hombres; pero semejante superioridad de fuerzas solo le servia para intentar la reconquista de Maguncia y la cesacion del bloqueo de Maëstricht. Mientras se reunian en los Pirineos y en los

Alpes ochenta mil españoles y piamonteses, cien mil prusianos debían poner sitio á Maguncia, setenta mil austriacos dirigirse hácia Maestricht, y cuarenta mil ingleses ú holandeses reunirse en Holanda. Dumouriez, sin cuidarse de los setenta mil hombres que dejaba en su flanco derecho, salió de Amberes (20 de febrero de 1793) dividiendo su ejército en varios cuerpos que se presentaron de improviso delante de Breda, Gertruydenberg y Wilhemstadt: las dos primeras plazas que encerraban inmensas provisiones, rindiéronse casi sin resistencia. Durante este tiempo la vanguardia había llegado al Biosbach; pero la falta de barcos, permitió á los holandeses ocupar Gorkum y la isla Dort, llegando entonces la noticia de los desastres de los franceses en el Meuse.

Miranda había arrojado algunas bombas en Maestricht; pero la plaza, defendida por un cuerpo de emigrados, se negó á rendirse, y el ejército de Valence, diseminado en un intervalo de veinte leguas, no efectuaba durante este tiempo el menor movimiento de concentracion. Entonces el príncipe de Coburgo, al frente de los austriacos, pasó el Roer, arrojó á los franceses de Aquisgran (1.º de marzo de 1793), y no permitió que se reunieran en Lieja sus sorprendidas divisiones, hasta haberles causado una pérdida de diez mil hombres. Miranda levantó el bloqueo de Maestricht y se retiró á Tongres, mientras que el enemigo pasó el Meuse por el primer punto, amenazó á Lieja, y obligó al ejército de Valence á retirarse hácia Louvain, donde se reunió con el de Miranda. Los franceses se hallaban completamente desmoralizados; diez mil desertaron al interior, y la Bélgica se hallaba pronta á sublevarse. Dumouriez acudió (13 de marzo), é irritado al ver frustrado su plan, mandó prender á dos agentes del poder ejecutivo, cerró los clubs, invitó á los belgas á acusar á los dilapidadores, castigó á los voluntarios cuya disciplina había aumentado el desastre, y finalmente, dirigió á la convencion una terrible carta contra los jacobinos, por el decreto de 15 de diciembre y la anarquía de París, carta que se tuvo la prudencia de conservar secreta.

Esto no obstante, el general había reunido cuarenta y cinco mil hombres en Tirlémont, y resolvió detener á los austriacos por medio de una batalla: necesitaba una victoria para devolver

á su ejército la confianza que le abandonaba, hacer suyos otra vez á los belgas, y, rechazando al enemigo mas allá del Meuse, quedar libre en sus proyectos de contra revolucion. Coburgo con cuarenta y dos mil hombres, habia tomado posicion en la pequeña Ghete; y Dumouriez, mientras que su izquierda mandada por Miranda, debia entretener parte de las fuerzas enemigas, llevó su centro y su derecha, mandados por Igualdad y Valence, contra las aldeas de Neerwinden y de Oberwinder flanqueadas por alturas erizadas de artillería, donde se habian atrincherado veinte mil austriacos (18 de marzo). Treinta mil hombres se lanzaron contra los terribles reductos, se apoderaron por tres veces de Neerwinden, fueron rechazados otras tres, y por fin permanecieron en buen orden en sus posiciones, resueltos á empezar de nuevo la batalla al siguiente dia. Sin embargo, durante este tiempo, Miranda que solo tenia doce mil hombres, veíase atacado por mas de veinte mil, y debia retirarse precipitadamente sin prevenir siquiera á Dumouriez, el cual colocado entre dos ejércitos y con un rio á sus espaldas, hallóse en una posicion muy peligrosa. Esto no obstante, efectuó en buen orden su retirada, se reunió con Miranda, y se dirigió hácia Bruselas.

La derrota de Neerwinden debia producir la pérdida de la Bélgica, y Dumouriez, que se vió expuesto al furor de sus enemigos, resolvió realizar el plan que abrigaba desde su entrada en campaña, y que habia pensado ejecutar entre el esplendor de una victoria y como conquistador de la Holanda: pretendia restablecer en Francia la constitucion del año 91, reconciliar á su país con la Europa dándole un gobierno legal, y sentar en el trono al duque de Chartres, jóven que habia desempeñado un brillante papel en la guerra, cuyo talento era apreciado y temido por los jacobinos, y el único Borbon en fin cuya posicion fuese del todo pura y sin mancha respecto de la revolucion. En su consecuencia, retiró sus tropas de Holanda, guarneció las plazas, y empezó su retirada, débilmente perseguido por los austriacos, con los cuales habia estipulado en secreto la evacuacion de la Bélgica. Su ejército se encontraba en completo desorden; desertaban batallones enteros de voluntarios, mas las tropas de línea permanecíanle adictas, y pudo formar la retaguardia con quince mil hombres escogidos. El general abandonó Bruselas,

mandó evacuar Amberes y Namur, y llegó á la frontera francesa, donde acantonó su ejército en los campamentos de Maulde y de Bruille; resuelto á poner su plan en ejecución: plan absurdo, que no solo fué fatal al que lo concibiera, sino á la gironda toda, con la cual aquel contaba, y que, inocente de su defección, fué sin embargo arrastrada en su ruina.

§ VIII.—*Continuacion de la lucha entre la Gironda y la Montaña.*—*Creacion del tribunal revolucionario.*—*Jornada del 10 de marzo.*—El fúnebre acontecimiento del 21 de enero habia hecho mas encarnizados y personales los odios entre los girondinos y los montañeses: estos habian dejado ver su inflexible sistema de destruccion, y aquellos su deseo impotente de indulgencia. Acusábanse mutuamente de traicion y «hubiérase dicho que eran dos asambleas formando cada una ante la república la acusacion de la otra. Ambos partidos consideraban la ruina de sus enemigos como el mas sagrado deber; cada dia se anunciaba una matanza para el dia siguiente, y no siempre partian las amenazas de entre los girondinos; tambien se hacian contra ellos (1).» Finalmente, atribuíanse reciprocamente los mas absurdos proyectos; así la Montaña pretendia que la Gironda deseaba separarse de la Francia para unirse con la Inglaterra; que debia entregar la Saboya á los piamonteses, el mediodía á los españoles, etc. Por otro lado la Gironda propalaba las siguientes voces: «Cuando la Francia de la izquierda haya asesinado al partido de la derecha, llegará el duque de York para sentarse en el trono, y Orleans que se lo ha prometido, le dará muerte; Orleans será asesinado á su vez por Marat, Danton y Robespierre, y los triunviros dividirán entre sí la Francia cubierta de cenizas y de sangre, hasta que el mas diestro de todos, y este será Danton, asesine á los otros dos y reiné solo (2).» Danton era, pues, perseguido por la Gironda con ciego encarnizamiento; y sin embargo «los hombres observadores y reflexivos designaban á Danton como el intermediario por el cual el genio que debia organizar la república podia comunicar con las pasiones que la habian producido (3).» Hay mas; Danton se inclinaba hácia ellos: «Veinte veces les he ofrecido la paz, decía algun tiempo despues, y no la

(1) Mem. de Garat.—Hist. parlam. t. XVIII, p. 355—(2) Id. p. 342.—(3) Id. p. 446.

han querido; se negaban á dar fe á mis palabras para conservar el derecho de perderme; ellos nos obligaron á lanzarnos entre la plebe de descamisados (*le sansculottisme*) que les ha devorado, que nos devorará á todos, y que se devorará á sí misma (1).»

En aquella lucha cuerpo á cuerpo, los girondinos llevados á la república por la fuerza de las cosas, y que solo la admitían con la clase media, se hallaban en posición desventajosa, pues la república era el estado de guerra, y la clase media capaz de gobernar el país, era incapaz de defenderlo. Por el contrario, los jacobinos llamando á la multitud á la defensa del país, llamabanla también á gobernarlo, y pretendían trabajar solo para ella: señalaban á su rencor los ricos, los mercaderes, los monopolizadores; decretaban una contribución de 7 millones pagadera por la clase media, á fin de proveer de víveres á la capital: «La Convención, decían, ha comprendido haber llegado el tiempo de que los pobres vivan á expensas de los ricos;» y como el pueblo experimentaba grandes privaciones á causa de la baja de los asignados y de la carestía de los artículos de primera necesidad, Marat le dijo un día: «En cualquier país donde no sean vanos títulos los derechos del pueblo, el saqueo de algunos almacenes en cuya puerta se ahorcase á los monopolizadores, pondría término en breve á los escándalos que reducen á la desesperación á cinco millones de hombres.» La multitud, docil á la voz de su amigo saqueó las tiendas de comestibles; la Gironda acusó solemnemente á Marat; pero vió desoída su voz, y esa fué para los jacobinos una nueva ocasión de decir que sus enemigos se hallaban de acuerdo con los egoístas y los monopolizadores.

Los girondinos perdían terreno sin cesar, y se veían lanzados sucesivamente de sus posiciones. La elección de Pache para la *mairie* habíales despojado de toda influencia en la municipalidad; y Roland, que sirviera de centro á su resistencia, cuya intrépida actividad luchaba sin tregua contra la anarquía, que mantenía con sus periódicos y agentes, el acuerdo entre los departamentos y sus diputados; Roland, desalentado, presentó su dimisión, reemplazándole Garat. En la Convención ni siquiera había sido discutido el plan de constitución presentado por Con-

(1) Mem. de Garat, p. 451.

dorcet, y finalmente, los desastres del ejército, haciendo mas y mas peligrosa la oposicion de la Gironda, iban á dar principio á la ruina de este partido.

La noticia de la derrota de Aquisgran sembró la consternacion. La asamblea envió comisarios á las secciones para excitar á los ciudadanos á acudir en auxilio de sus hermanos de Bélgica. «A las armas! gritó la municipalidad; hombres del 10 de agosto, levantaos! la presente campaña debe decidir la suerte del mundo.» Las secciones se reunieron; los teatros se cerraron; izóse la bandera negra; las imaginaciones se exaltaron como en 2 de setiembre, y pidióse que antes de marchar contra el enemigo exterior se refrenase á los enemigos interiores, estableciendo una contribucion extraordinaria sobre los ricos, y un tribunal extraordinario tambien para juzgar á los traidores.

El *maire* presentó á la asamblea el voto de las secciones (9 de marzo de 1793); los girondinos hicieron á él una viva oposicion calificando de exagerados los terrores de la municipalidad, que pretendia dirigir contra ellos la exaltacion popular; Danton se indignó al ver semejante resistencia y exclamó: «A vosotros que me aburrís con vuestras contiendas particulares, en vez de ocuparos de la salvacion de la patria os repudio como á traidores. Vuestros discusiones son miserables; el enemigo es el único á quien yo conozco: venzamos pues al enemigo!» La Convencion decretó que se establecia un tribunal extraordinario para juzgar á los conspiradores; que se impondria á los reos una contribucion de guerra, proporcionada á las fortunas, y que ochenta y dos diputados se dirigiesen á los departamentos á fin de apresurar la leva de trescientos mil hombres.

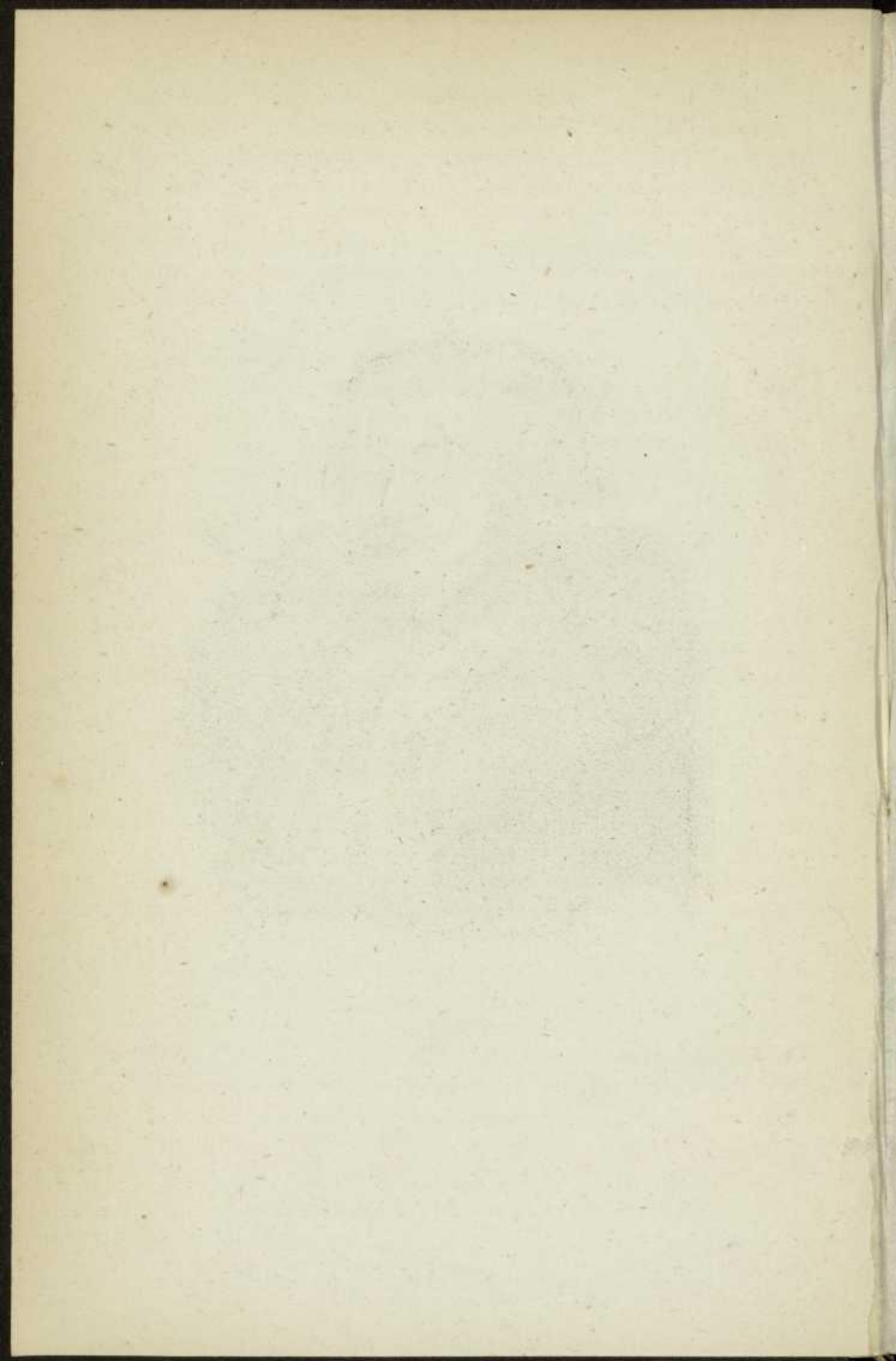
El dia siguiente discutióse la organizacion del temible tribunal: los jacobinos deseaban que se compusiera de nueve jueces, nombrados por la convencion, libres de toda fórmula obligatoria y juzgando sin apelacion; mas los girondinos obtuvieron que el tribunal constase de jurados elegidos en los departamentos y nombrados por la convencion; que las denuncias se enviasen á una comision de la asamblea, la cual debia formular las acusaciones y finalizar la instruccion de la causa. La Montaña se consideró vencida: reuniéronse los *clubs*, las secciones y la municipalidad, y discutieron los mas atroces proyectos contra la Gironda;

la multitud rodeó el Picadero, pidiendo la cabeza de Brissot y de sus amigos; y por la noche una cuadrilla de jacobinos marchó contra la asamblea resueltos á diezmarla. Advertidos la mayor parte de los girondinos, ocultárense en casa de sus amigos, y [otros empuñaron las armas resueltos á vender cara su vida. La municipalidad no se atrevió á secundar á los conjurados; Pache y Santerre les resistieron con vigor, y Beurnonville les dispersó al frente del batallón de Finisterre que se encontraba en París. Fué aquello un 20 de junio contra la convencion; pero además de que los peligros no eran bastante inminentes para exaltar las pasiones hasta el punto de violar la representacion nacional, único poder respetado desde 1789, la Montaña temia á los departamentos y la guerra civil, y el extremo izquierdo quedó comprometido por aquella insurreccion frustrada.

§. IX.—*Defeccion de Dumouriez.—Nuevas acusaciones contra la Gironda.—Creacion de la junta de salvacion pública.*—Algunos dias despues recibióse la noticia de la derrota de Neerwinden y de la pérdida de la Bélgica, junto con otra carta de Dumouriez, llena de amenazas contra la convencion; en la que se traslucia un nuevo Lafayette. La agitacion fué extremada, y la Gironda se vió comprometida por los peligros del país, que justificaban los furores de sus adversarios. En efecto, la Montaña hizo poner fuera de la ley á cuantos tomasen parte en motines contra-revolucionarios, fulminó la pena de muerte contra los sacerdotes deportados que se hallasen en territorio francés, decretó visitas domiciliarias para el desarme de los sospechosos, y dispuso que en la puerta de cada casa se escribiesen los nombres de sus habitantes. Pidió que la convencion se encargase del poder ejecutivo, harto lento en manos de los ministros, propuso la creacion de una *junta de salvacion pública*, revestida de una especie de dictadura, y finalmente, al saberse que Dumouriez había proclamado sus proyectos de contra-revolucion, decretó su comparecencia ante la convencion, y que cuatro diputados junto con el ministro de la guerra fuesen á notificarle dicha resolucion.

Dumouriez había consumado su traicion: celebró un armisticio con el príncipe de Coburgo, y mientras los austriacos permaneciesen en la frontera que no debian traspasar sino á petition suya entregádoles en garantía la plaza de Condé, marcharía





él contra París. Sin embargo, aunque el general proclamase desde entonces sus proyectos con presuntuosa ligereza, no se hallaba muy seguro de su ejército y sobre todo de los voluntarios; Lilla y Valenciennes le cerraron sus puertas (1.º de abril de 1793), y llegando en aquel momento los Comisarios de la convencion, notificáronle el decreto, declarándole suspendido de sus funciones, luego de haber oido su negativa de acatarlo. Dumouriez prendió á los diputados, envióslos á Tournay en poder de los austriacos, y dirigió una proclama á su ejército, declarando su intencion de marchar á París «para restablecer la constitucion del año 91, y salvar la parte sana y oprimida de la Convencion.» En seguida dió cita á Coburgo bajo los muros de Condé, de que debía apoderarse; pero en su camino fué asaltado por los voluntarios, y vióse obligado á refugiarse en el campamento enemigo. El dia siguiente intentó de nuevo arrastrar á sus soldados, pero abandonado por todos (4 de abril), volvi6 al ejército austriaco con los príncipes de Orleans, su estado mayor, y algunos húsares. La consideracion que su talento merecia le evitó la suerte de Lafayette; pero el hombre que en Valmy salvara á la Francia, vivió oscuramente por espacio de veinte años y murió en el destierro.

Al saber la prision de sus comisarios (2 de abril de 1793), la convencion puso precio á la cabeza de Dumouriez, mandó una leva de cuarenta mil hombres, y nombró á Dampierre general del ejército de Bélgica y á Bouchotte ministro de la guerra. Los jacobinos gritaron que la Gironda y Felipe de Orleans eran cómplices de Dumouriez, y los girondinos, poseidos de indignacion, dirigieron igual cargo á la Montaña y principalmente á Danton, el cual, enviado recientemente á Bélgica, habia tomado parte en el pillaje de aquel país, y conocia, segun ellos, los proyectos de Dumouriez. Danton, fuera de sí de rabia y de furor, exclamó: «Solo los viles que quisieron perdonar á un rey pueden pensar en restablecer el trono; solo los que pretendieron armar contra París á los departamentos, son cómplices de la corrupcion.... Y á mí se me acusa! Pues bien, no haya mas tregua entre vosotros y nosotros..... Vosotros los que pronunciasteis la sentencia del tirano, unós contra los viles que quisieron absolverle; llamad al pueblo á las armas, confundid á los aristócratas y á los

moderados..... No haya piedad para ellos!.... Me he atrincherado en la ciudadela de la razon, desde ella haré fuego con el cañon de la verdad, y pulverizaré á los malvados que me han acusado.» Acto continuo decretó la convencion que los representantes podrian ser juzgados por el tribunal revolucionario cuando infundiesen vehementes sospechas de complicidad con los enemigos del Estado; que Felipe de Orleans y su familia serian arrestados y trasladados á Marsella; que el tribunal extraordinario podria conocer de los crímenes de conspiracion por simple demanda del acusador público; que tres representantes con poderes ilimitados residiesen constantemente cerca de cada ejército para fiscalizar la conducta de los generales, tratar de las operaciones, alistar á los guardias nacionales, tomar las medidas que la urgencia exija para proveer á las tropas de lo necesario, etc. Por fin, en 6 de abril se decretó el establecimiento de la junta de salvacion pública, compuesta de nueve miembros que se renovaban todos los meses; sus deliberaciones eran secretas, y fiscalizaba, aceleraba ó impedía la accion del poder ejecutivo; adoptaba las medidas reclamadas con urgencia por la defensa exterior é interior; hallábase en correspondencia con los comisarios de la convencion etc. Ninguno de los miembros de la junta era girondino.

Desde aquel momento, los girondinos, arrojados de la municipalidad, del ministerio, y del ejército no tuvieron mas terreno que la convencion, donde se mantuvieron en la defensiva, y donde obtenian aun la mayoría á fuerza de talento. Marat presentó á las secciones un proyecto de acusacion contra ellos; los girondinos la denunciaron, y si bien Robespierre lo apoyó con un largo discurso en el que desplegó la mas pérvida habilidad, Vergniaud se apoderó de la asamblea por medio de una elocuente improvisacion en la que se revelaba toda la inocencia de un partido. Guadet evitó la indignacion general leyendo el escrito de Marat, y despues de una borrascosa discusion, decretóse la acusacion del Amigo del pueblo, el cual fué enviado ante el tribunal revolucionario.

La municipalidad contestó á este decreto presentando una peticion de las secciones para la expulsion de veinte y dos diputados (15 de abril de 1793); la mitad de la asamblea levantóse pidiendo ser comprendida en la lista de proscripcion, y la

petición fué declarada calumniosa. La Gironda triunfaba; pero Marat fué absuelto en los mas honrosos términos por el tribunal revolucionario; la multitud le llevó en triunfo á la convencion (24 de abril); París pareció poseído de un parasismo de furor contra los girondinos, y esto cuando el peligro de la patria siempre progresivo iba á hacer mas urgente la violencia y menos admisible la moderacion, arrastrando como en un torbellino la impolítica diputacion que comprometia la revolucion y la Francia.

§. X.—*Opiniones de los departamentos.—Insurreccion de la Vendée.*—Como la lucha entre la Montaña y la Gironda encerraba en sí toda la cuestion revolucionaria, la Francia entera tomaba partido por el uno ó por el otro bando. Los departamentos del Este y del Nordeste, amenazados directamente por la invasion extranjera y exaltados por los peligros de la revolucion, eran generalmente montañeses, y sentimiento alguno girondino ó realista se atrevia á manifestarse en ellos. Por el contrario los departamentos del Mediodía eran girondinos, y en el Sudeste «el semi-republicanismo con que se escudaban los hombres honrados ocultaba en realidad sentimientos realistas.» Los jacobinos debian luchar en ellos, no solo con las administraciones departamentales nombradas por los electores y representacion de la alta clase media, sino tambien con las asambleas de las secciones representantes de la masa pacífica de las ciudades. Sin embargo, cuanto menos numerosos eran, mas violentos se mostraban: como las municipalidades eran elegidas por las asambleas primarias, habíanlas invadido casi por completo; sus *clubs* les daban unidad y fuerza, y se esforzaban en triunfar de la mayoría practicando visitas domiciliarias, desarmando á los sospechosos, y solicitando el establecimiento de tribunales revolucionarios. Lyon era el centro de la opinion de los departamentos del Sudeste; esa ciudad, cuya industria había sido destruida por la revolucion, era considerada como la rival de París y el lazo que unia la emigracion con el Mediodía de la Francia, y en ella se había empeñado una encarnizada lucha entre la minoría montañesa y la supuesta mayoría girondina. Los jacobinos, acaudillados por Chalier, llamado el Marat del Mediodía, ocupaban la municipalidad, y desde allí habían formado un ejército revo-

lucionario, exigido á los ricos una contribucion de 30 millones, y encarcelado á mil quinientas personas, á quienes amenazaban con *selembriزار*. Las secciones, empero, peleaban con energía contra el despotismo de la municipalidad; habian estallado ya sangrientos altercados, y era inminente la guerra civil.

El Sudoeste era lealmente girondino, y Burdeos, que se envanecía con sus diputados, era el centro de aquella opinion, tan favorable á las antiguas ideas de independencia que alimentaba la Guyena. El Noroeste se inclinaba hácia la constitucion del año 91, y Caen era el centro de este partido, al paso que en el Oeste, es decir, en la Bretaña, el Poitou y el Anjou, el sentimiento realista habia desplegado abiertamente la bandera del antiguo régimen, y llevado á cabo una insurreccion terrible para restablecer el trono absoluto, la nobleza y el clero. Allí debia luchar cuerpo á cuerpo la antigua fe católica y feudal con la nueva fe revolucionaria: lucha fatal en que debian desplegarse tantas convicciones, tantos furoros y tanto heroismo!

En el país vulgarmente llamado *Vendée*, país tan extraño al resto de la Francia por su aspecto físico como por sus costumbres, la revolucion habia herido todas las afecciones y creencias, y destruido el reposo y la dicha de sus habitantes. El régimen feudal era allí patriarcal y benéfico: los señores, de escasa riqueza, sencillos y virtuosos vivian con sus vasallos como padres y amigos; el clero era ignorante, aunque piadoso, bueno y de purísimas costumbres; y los campesinos que no comprendian una revolucion resultado de creencias y necesidades enteramente ajenas á su situacion, continuaron pagando los derechos feudales y los diezmos; quisieron que sus señores fuesen alcaldes; maltrataron á los clérigos constitucionales, y fueron á los bosques para oír la misa de los sacerdotes refractarios; pusieron en abierta hostilidad con los habitantes de las ciudades, animados de distintas opiniones; aisláronse de la revolucion, y no se cuidaron en lo mas mínimo de los peligros de la Francia. Habian estallado ya varias turbulencias que se calmaron por sí mismas, cuando la leva de trescientos mil hombres fué causa de una sublevacion general. El 10 de marzo, día fijado para el sorteo de los jóvenes inscritos, tocóse á rebato en mas de seiscientos pueblos; en san Florencio de Anjou, los habitantes de-

sarmaron á los gendarmes, pusieron á su frente á un arriero llamado Cathelineau, considerado en su parroquia como un santo, y se apoderaron de Chemillé, que estaba defendido por tres cañones y doscientos hombres (14 marzo de 1793). A Cathelineau reunióse otra partida mandada por Stofflet, antiguo guarda bosque, y con ella atacó y se apoderó de Chollet, cabeza de partido, custodiada por quinientos republicanos (16 de marzo).

Mientras esto sucedía, los campesinos del litoral ocupaban Machecoul, Challans y Pormi, y daban principio, fusilando sus prisioneros, á las atrocidades que debían ensangrentar aquella guerra. En el Sur, dos mil cuatrocientos hombres de tropas de línea y de guardia nacional fueron derrotados en San Vicente (19 de marzo), y los rebeldes sitiaron Sables-d'Olonne por espacio de cinco dias (24 de marzo). Finalmente, á principios de abril, todo el país comprendido entre el mar, el Loira, y Thoué y el camino que conduce desde Thouars á Sables-d'Olonne se hallaba en plena insurreccion; cien mil campesinos habian empuñado las armas acaudillados por sus señores. En las *Tierras bajas* distinguíase Charette, ex-oficial de marina, que estableció en Noirmontier su plaza de armas, y mandó hasta veinte mil hombres; en el *Soto*, (*boisage*) peleaban Elbéé, Lescure, la Rochejacquelein, nobles de heroico valor; y mandaba en la *Uanura*, Bonchamp, que habia servido con distincion en la India. Formáronse, pues, tres cuerpos de ejército distintos, á los que dirigia un consejo superior encargado de organizar y fomentar la insurreccion; los campesinos marchaban por parroquias, llevando víveres para algunos dias, y volviendo á sus hogares despues de cada expedicion. Poco diestros en los ejercicios militares, pero excelentes tiradores, habian adoptado por instinto una táctica tanto mas temible cuanto que fueron en un principio sus contrarios guardias nacionales bisoños; al acercarse sus enemigos, dispersábanse en guerrillas, diezmábanles por medio de un fuego certero y continuo, y luego caian contra ellos prorumpiendo en grandes alaridos.

Al tener noticia de esta insurreccion, el consejo ejecutivo ordenó la formacion de un ejército (13 de abril de 1793); pero solo pudieron reunirse algunos destacamentos de gendarmeria y diez mil voluntarios de los departamentos inmediatos, con los

cuales no pudo llevarse á cabo expedicion alguna que mereciese el nombre de tal. Dos cuerpos republicanos fueron derrotados por Elbeé en Coron y en Beaupreau, y rechazados mas allá del Loira; un tercer cuerpo (5 de mayo) mandado por el general Quéteineau fué arrollado en Aubiers por la Rochejaquelein y perseguido hasta Thouars, donde fué atacado por veinte ó treinta mil hombres; despues de un violento combate, fué tomada la ciudad.

§. XI.—*Agitacion interior.—Reveses de los ejércitos.*—La terrible rebelion de la Vendée puso en fermentacion todas las pasiones populares; varios departamentos del Mediodía aprontaron tropas y dinero contra los insurrectos; la convencion aprobó su conducta, y la municipalidad de París decretó: 1.º la leva de seis mil hombres tomados entre los ociosos y los egoistas, y un empréstito forzoso y proporcional exigido á los ricos; 2.º la creacion en todas las secciones, de una junta revolucionaria encargada de realizar la leva y el empréstito. Como París habia dado ya al ejército toda su poblacion jóven y entusiasta, estas medidas experimentaron viva oposicion; los realistas y los girondinos invadieron las secciones, y solo pudo hacerse partir, á fuerza de dinero, á la hez del populacho. Santerre fué puesto al frente de aquellos *héroes à 500 libras* que se distinguieron en la Vendée por su cobardía y furor sanguinario.

El peligro aumentaba sin cesar. Los campesinos del Soto habian muerto ó hecho prisioneros á cuatro mil republicanos delante de Fontenay, y se habian hecho dueños de esta poblacion; los de las tierras bajas habian entrado por segunda vez en Machecoul, donde dieron muerte á quinientos cuarenta prisioneros; anunciábase que la Bretaña entera y la Normandía iban á levantar el estandarte de la rebelion, y la opinion girondina manifestábase en todo el Mediodía por grandes preparativos de guerra: Burdeos y Marsella amenazaban á la convencion con marchar contra París para salvar á sus representantes; en Lyon, hallábanse prontas á trabar la lucha las secciones y la municipalidad; la Córcega, agitada por Paoli, se disponia para insurreccionarse abiertamente; por fin las noticias del exterior se hacian cada vez mas alarmantes.

Luego de la fuga de Dumouriez, los aliados habrian podido destruir el ejército francés fraccionado y vendido; pero como se

creían seguros de la victoria, solo pensaban en distribuirse los despojos; divididos acerca de las indemnizaciones y garantías que exigirían de la Francia, habían resuelto por todo plan de campaña apoderarse cada uno de ellos de alguna plaza: los austriacos codiciaban Valenciennes y Condé, los ingleses Dunkerque, y los prusianos Maguncia y Landau.

Coburgo que había sido reforzado con treinta y cinco mil ingleses y holandeses mandados por el duque de York, pasó la frontera, formó con sus cien mil hombres un largo cordón desde el Meuse al mar, amenazó á la vez todas las plazas, y finalmente, después de numerosas escaramuzas bloqueó á Condé. Dampierre se había retirado á Bouchain para reorganizar su ejército, y luego de haber reunido cuarenta mil hombres, salió á campaña, y dió en toda la frontera multiplicados combates que devolvieron la confianza á sus soldados. Muerto en uno de ellos, su ejército se replegó hácia el campamento de Famars que defendía á Valenciennes, y después de quince días de combates contra fuerzas dobles tuvo también que abandonar el puesto (8 de mayo de 1793). Entonces los austriacos atacaron Valenciennes, y los franceses se retiraron á la otra parte del Escalda, entre Bouchain y Cambrai (28 de mayo).

En el Rhin, los aliados habían dirigido todos sus esfuerzos contra Maguncia, y el rey de Prusia seguido de cincuenta mil hombres pasó el río por Baccharach (25 de marzo), al mismo tiempo que Wurmser, con veinte mil hombres, lo verificó cerca de Spira. Custine podía oponer al enemigo cuarenta y cinco mil hombres diseminados desde Spira hasta Brugen, treinta y cinco mil de las plazas de Alsacia, y también los veinte y cinco mil del ejército del Mosella; pero lejos de tomar medida alguna de defensa, dejó sorprender por los prusianos el paso de la Nahe (29 de marzo). Alarmado luego por esta derrota y viendo á Wurmser á su retaguardia, perdió el tino, evacuó sin resistencia Bingen, Kreutznach, Worms y Spira, abandonó Maguncia á sus propias fuerzas, replegóse hácia Landau y Wissemburgo, y envió sus bagajes á Estrasburgo. El rey de Prusia bloqueó á Maguncia que contaba veinte y dos mil hombres de guarnición, y diseminó treinta mil hombres desde Lauterburgo á Sarrelouis para cubrir el sitio. Custine que, con el ejército del Mosella, tenía

disponibles mas de sesenta mil hombres, no juzgó oportuno atravesar aquel débil cordon de observacion, y dispersando á sus tropas en una línea paralela á la de los prusianos, presentó su dimision despues de un inofensivo ataque que degeneró en completa derrota (17 de mayo). La convencion le envió al ejército del Norte, donde cometió nuevas faltas que debian conducirle al cadalso. Beauharnais le sucedió en el ejército del Rhin.

En Saboya, ambas partes permanecieron en la defensiva. En el condado de Niza, el ejército francés, reducido á quince mil hombres desprovistos de todo, hizo vanas tentativas para arrojar á los piemonteses á la otra parte de los Alpes, y un ataque contra el campamento de Saorgio, que dominaba el puerto de Tende, les valió una general derrota.

En los Pirineos, donde la Francia tenia un ejército en cuadro, los españoles habian tomado la ofensiva con cuarenta mil hombres; mientras quince mil pasaban el Vidasoa, sorprendian el campamento de Sarre y arrollaban á los destacamentos franceses hasta los muros de Bayona, veinte y cinco mil, cubriendo Bellegardé y Fort-les-Bains penetraron hasta Perpiñan, de cuya ciudad se habrian apoderado si hubiesen intentado el menor ataque. Deflers, encargado de la custodia de aquella frontera, reunió apresuradamente algunas partidas de voluntarios y atacó á los españoles en Mas-d'Eu (15 de mayo), pero fué puesto en completa derrota.

§. XII.—*Creacion de la Comision de los Doce.—Oposicion de la municipalidad.*—Al saberse tan repetidos reveses, los girondinos y los montañeses se acusaron mutuamente de las desgracias de la Francia. Los últimos solo en la violencia encontraban su remedio, y lograron hacer decretar el *máximum* para los cereales y un empréstito forzoso de mil millones sobre los ricos; mas los primeros se resistian á las medidas revolucionarias, sabiendo muy bien que lo mismo se dirigian contra ellos que contra los enemigos. La lucha se hizo terrible, y la sala de sesiones que, desde el 10 de agosto, era un salon del palacio de las Tullerías, parecia «un circo de gladiadores.» La Montaña gritaba que el lado derecho se hallaba de acuerdo con los vendeanos, y que para salvar á la patria debia hacerse contra él un 10 de agosto; la Gironda denunciaba las tramas urdidas contra ella y pedia la

destitución de las autoridades de París y la traslación de la Convención á Bourges, alcanzando por fin la victoria el partido moderado, merced á la intervencion de la junta de salvacion pública: en virtud de una proposicion de Barrere, el hombre que con mas habilidad trataba las cuestiones de partido, decretóse el nombramiento de una comision de doce miembros para examinar los actos de la municipalidad y castigar las conspiraciones tramadas contra la representacion nacional (18 de mayo de 1793).

La Comision de los Doce se compuso de los girondinos mas enérgicos, y reveló al momento sus proyectos de reaccion, disolviendo las juntas revolucionarias, amenazando á la municipalidad, y dejando propalar la voz de la supresion del tribunal extraordinario. Semejante conducta era imprudente. «Los Doce son hombres virtuosos, decia Garat, pero la virtud tiene sus errores, y ellos los cometieron muy grandes.» Antes de verificar actos de gobierno, es preciso tener un gobierno. Ahora bien, la fuerza toda residia en la municipalidad, y esta la única que disponia de las secciones armadas, contra la cual los Doce ni los ministros tenían medios de represion, resolvió contener la reaccion girondina por medio de una insurreccion.

Algunos comisarios nombrados por las secciones se constituyeron abiertamente en *junta central revolucionaria*; en ella se discutieron, modelándose sobre el 10 de agosto, los medios de salvar la cosa pública, y propúsose en presencia de Pache *selembriar* á los veinte y dos. La comision de los doce lanzó mandatos de prision contra los comisarios y principalmente contra Hebert que habia celebrado en su asqueroso periódico los proyectos de la junta; el consejo general se consideró ofendido en la persona del indigno magistrado que corrompia al pueblo con su cinismo infame y su ateismo declarado, y declarándose los *clubs* y las secciones en sesion permanente, la municipalidad empezó el ataque, presentándose á la convencion para pedirle justicia contra la comision de los doce (25 de mayo). Isnard, uno de los mas fogosos girondinos, ocupaba la presidencia, y contestó á la diputación: «Escuchad bien lo que voy á deciros. Si alguna vez sucediese que, valiéndose de esas insurrecciones que se renuevan sin cesar desde el 10 de agosto, se atentase en lo mas mínimo contra la representacion nacional, os lo declaró en nombre

de la Francia toda, París sería aniquilado. Sí, la Francia entera tomaría venganza de tal atentado y buscaríase en vano en qué orilla del Sena elevóse un día lo que se llamó París »

Tan imprudentes palabras exasperan á los jacobinos, quienes firman en las secciones una nueva petición para la excarcelacion de Hebert y la supresion de los doce. Esto dió lugar á un gran tumulto en la capital; pero habiendo firmado la petición veinte y ocho secciones, la municipalidad presentola á la asamblea, yendo acompañada de una furiosa multitud que invade la sala y amenaza á los diputados. Entonces en medio de una confusion horrible, dióse fraudulentamente un decreto, disolviendo la comision y devolviendo la libertad á los ciudadanos por ella encarcelados (27 de mayo).

§. XIII.—*Insurrecciones de 31 de mayo y de 2 de junio.*—El día siguiente Lanjuinais pide la anulacion del decreto. En el espacio de los dos últimos meses, dijo, se han hecho mas prisiones arbitrarias que bajo el antiguo régimen en treinta; y os quejáis de que hayan sido encarcelados dos hombres que predicán el asesinato y la anarquía á dos sueldos la hoja! » Despues de una violenta discusion, restablecióse la comision de los doce, pero se mantuvo la excarcelacion de Hebert. Entonces los jacobinos comprenden serles imposible vencer al lado derecho á no ser por una insurreccion, y Danton, que si bien aprecia á las personas de los girondinos, considera á su partido como un insuperable obstáculo para la revolucion, se encarga de dirigirla. El 29 de mayo reúnen en el obispado los comisarios de las secciones, de la municipalidad, del departamento y de los *clubs*, y queda resuelto el plan de batalla.

Durante la noche del 30 de mayo, déjense oír los toques de rebato y de generala, ciérranse las barreras, los delegados de la reunion del obispado dirígense á las casas consistoriales y de parte del pueblo en insurreccion, confieren nuevos é ilimitados poderes á las autoridades constituidas. La municipalidad nombra comandante general de las secciones á Henriot, jefe del batallon de los descamisados, hombre grosero y sumido casi siempre en la mas brutal embriaguez; señala una paga de 40 sueldos á los ciudadanos pobres que empuñan las armas, y convoca á las secciones armadas que se dejan conducir ciegamente al rededor de las Tullerías.

Al toque de rebato, habíanse reunido los diputados y su primer acto fué llamar ante ellos á las autoridades. «La Convencion nada tiene que temer, dijo Luillier, procurador del departamento; la insurreccion es del todo *moral*.» Danton que deseaba moderar el movimiento, pide que se salve al pueblo de su propia cólera suprimiendo la comision de los doce, «instituida, dijo, para refrenar la energía popular y por consejo del espíritu de moderantismo que debía ser la muerte de la revolucion.» En aquel momento llegó una diputacion de la municipalidad, y solicitó la prision de los diputados que habian calumniado á París y pretendian destruirlo; Robespierre sostiene la acusacion con inusitado encono, mas la llanura opina como Danton: apreciaba las intenciones y odiaba la oposicion; la Gironda y la Convencion se limitaron á decretar la supresion de la comision de los doce.

Esto era cuanto deseaba Danton, pero la municipalidad, que consideraba su victoria incompleta, consagró el dia 1.º de junio á los preparativos de una nueva insurreccion. «Ciudadanos, permaneced alerta, escribió, la salvacion de la patria así lo exige.» Por la noche, Marat manda tocar á rebato; las autoridades se constituyen en sus puestos; dispárase el cañonazo de alarma, y la junta del obispado resuelve sitiar á la Convencion hasta que entregue los veinte y dos y los doce. La noche trascurrió entre espantoso tumulto, y al rayar el dia, ochenta mil hombres de París y de las cercanías se hallaban reunidos, agitando sus armas alrededor de las Tullerías. Henriot habia colocado en las primeras filas á cuatro ó cinco mil hombres del todo adictos á la insurreccion, junto con los artilleros; los demás no comprendian la menor cosa en aquel movimiento, y creían defender á la asamblea, rodeada en aquel momento de un aparato formidable: ciento sesenta piezas, cajones de municiones, hierros para enrojecer las balas, etc.

La Convencion se constituyó en sesion; la mayor parte de los girondinos se habian ocultado, pero algunos, y entre ellos el animoso Lanjuinais, habian resuelto morir en su puesto. El audaz girondino quiere hablar, y en medio de los ahullidos de la multitud, agarrándose á la tribuna de donde sus indignos cólegas pretenden arrancarle, acusó de infamia y de cobardía á la asamblea que se dejaba dominar por los anarquistas, y recla-

mó la destitucion de las autoridades revolucionarias de París. En aquel momento presentóse la diputacion de la municipalidad. «Representantes, dijo, no ignorais los crímenes que pesan sobre los facciosos de la Convencion, y por última vez venimos á denunciároslos.... Declarad cuanto antes que son indignos de la confianza pública.... Salvad al pueblo; si no lo haceis, el pueblo se salvará á sí mismo.» La Montaña aplaude; la llanura opina que es preciso ceder, y la voz de la Gironda es desoída. Finalmente Barrere ofrece como término medio la suspension voluntaria de los veinte y dos, é Isvard, Lantenas Faucher ofrecen su dimision mientras que Lanjuinais exclama: «No esperéis de mí ni suspension, ni dimision...» Los gritos aumentan, y Lanjuinais continua: «La víctima arrastrada al altar adornada con cintas y flores no era insultada por el sacerdote que la inmola-ba.... Se quiere el sacrificio de mis poderes: los sacrificios deben ser libres, y ni si quiera vosotros lo sois!»

En aquel instante, la asamblea observa que las puertas de la sala se hallan custodiadas por la fuerza armada; algunos diputados intentan salir, y son rechazados. La indignacion es general; el mismo Danton se avergüenza de tantos ultrajes; y á propuesta de Barrere, la asamblea entera se levanta, abandona el salon, llevando al frente á su presidente Herault-Secheles, y llega al patio Real, cerca de los artilleros. Herault les manda abrir paso á los representantes del pueblo, y Henriot le contesta: «No hemos venido aquí para escuchar palabras. No saldreis sin habernos entregado á los traidores..... Artilleros, á vuestras piezas!» A su voz, desnúdanse los sables, apúntanse los fusiles, y los artilleros cogen las mechas. La Convencion retrocede y se dirige al jardin; pero tambien allí encuentra obstruido el paso, y Marat, que mandaba una cuadrilla de descamisados le dice: «En nombre del pueblo, os intimo que volvais á vuestro puesto que habeis cobardemente abandonado.» La asamblea se retira, humillada sin mas recurso que obedecer, y entonces Marat introduce algunas variaciones en la lista de los proscritos, la Llanura se niega á votar, y la Montaña decreta sin oposicion la prision de dos ministros y de los treinta y un diputados, cuyos nombres ponemos á continuacion: Clavière, Lebrun, Gensonne, Guadet, Brissot, Gorsas, Pétion, Vergniaud, Salles, Barbaroux, Chem-

bon, Buzot, Birotteau, Lidon, Rabaud, Lasourse, Lanjuinais, Grangeneuve, Lehardy, Lesage, Louvet, Valazé, Doulcet, Kervelegan, Gardien, Rabaut-Sain-Etienne, Boileau, Bertrand, Vigée, Mollevant, Larivière, Gomaire y Bergoing.

— Aquella jornada fué el 10 de agosto de la Convencion: la Gironda, vencida y cautiva como Luis XVI, no debía esperar mas que su sentencia!

CAPÍTULO II.

Insurreccion girondina.—Destrucion de los hebertistas y dantonistas.—Revolucion del 9 de termidor.—Desde el 2 de junio de 1793 hasta el 27 de julio de 1794.

§. I.—*Nueva situacion de la Montaña.—Insurreccion de los departamentos contra Paris.—Triunfo de la coalicion.—Peligros de la Francia.*—La Montaña habia quedado victoriosa, é iba á cambiar de papel y de posicion. El principio revolucionario que representaba habia estado hasta entonces en oposicion con el poder sucesivamente ocupado por los realistas, los fuldenses, y los girondinos; á contar desde el 2 de junio, aquel principio, convertido á su vez en poder, pasa de la ofensiva á la defensiva; ocúpase en sentar á la revolucion en un lugar estable, en impedir á los unos impulsarla hácia adelante, y á los otros empujarla hácia atrás, hasta que atacada por todos los partidos vencidos, cae, y la revolucion que habia seguido hasta aquel momento una escala ascendente, empieza á seguir un camino opuesto. El reinado de la Montaña presenta pues tres distintos períodos: en el primero, aniquila al partido á quien venciera después de intentar este una insurreccion; en el segundo, se divide en tres fracciones, la de los exagerados ó hebertistas, la de los moderados ó dantonistas, y la de los estacionarios ó de Robespierre: la última reportó la victoria; en el tercero, los partidos vencidos, desde el realismo hasta el dantonismo y el hebertismo, atacan al de Robespierre: este sucumbe á su vez, y la marcha progresiva de la revolucion queda definitivamente suspensa.

— Vergniaud, Gensonné y algunos otros se habian sometido al

decreto de 2 de junio, y deseaban de todas veras un juicio que debia demostrar su inocencia; pero la mayor parte de los diputados proscritos se fugó para sublevar á los departamentos indignados. Petion, Buzot, Guadet, Barbaroux y otros se feritaron á Caen; y el departamento del Eure dió la señal de la insurreccion, aprontando un ejército de cuatro mil hombres, y enviando delegados á los demás departamentos para exhortarles á combinar sus operaciones (13 de junio de 1793). En su consecuencia establecióse en Caen una asamblea insurreccional de doce departamentos, la cual ordenó la formacion de un ejército, apoderóse de los fondos públicos, arrestó á dos representantes encargados de una mision, y señaló á Evreux por punto de reunion de las fuerzas insurrectas. Los departamentos del Sudoeste siguieron este ejemplo, y las autoridades de Burdeos se constituyeron en comision popular de salvacion pública, reclutaron un ejército, y dirigieron su vanguardia hácia Langon. Los centros de insurreccion de los departamentos del Sudeste fueron Marsella y Lyon; en Marsella, las secciones disolvieron la municipalidad, crearon un tribunal para juzgar á los anarquistas, apoderáronse de los delegados de la convencion, y formaron un ejército que debía reunirse en Pont-Saint-Esprit con los insurrectos del Languedoc, y marchar con ellos hasta Lyon. En esta última ciudad, una verdadera batalla habia puesto fin á la lucha entre las secciones y la municipalidad, y las secciones, despues de tomar las casas consistoriales (9 de mayo), de apoderarse de todos los poderes, de dar muerte en el cadalso á Chalier y á tres de sus cómplices, levantaron un ejército que debia operar de acuerdo con los insurrectos del Isere, del Ain y del Jura.

Así pues, mas de cincuenta departamentos se habian sublevado contra París, y mientras esto sucedia, treinta mil campesinos de los Cevennas enarbolaban la bandera blanca, apoderábanse de Mende y de Marjevols, y amenazaban reunirse á los vendeanos pasando por la Auvernia y el Lemosin. La Vendée habia proclamado á Luis XVII, formado un *gran ejército real y católico* de sesenta mil hombres bajo el mando de Cathelineau, vencido á los republicanos en Saumur, y tomado esta ciudad, desde donde amenazaba á su voluntad Nantes, Tours ó el camino de París (10 de junio). Condé acababa de rendirse (13 de junio); Valenciennes

y Maguncia se hallaban reducidas al último extremo; Bellegarde había sucumbido (24 de junio); los ejércitos de los Pirineos y de los Alpes no podían comunicar con París por la insurrección del Mediodía, y debían distraerse de su objeto para marchar contra los insurrectos. La Córcega, en plena rebelión, amenazaba entregarse á los ingleses, cuyos buques dominaban todos los mares, conquistaban nuestras colonias é insultaban nuestras costas; Pitt fomentaba las turbulencias de la Francia, intrigaba en todas las cortes, arrestaba á nuestros embajadores en el territorio suizo, y por una medida sin ejemplo en los anales del mundo, declaraba en estado de bloqueo todos los puertos franceses, y decretaba la confiscación de los buques neutrales que llevasen víveres á ellos (9 de junio). Finalmente los emigrados se acercaban á nuestras fronteras; reuníanse en Jersey, en el Rhin, en Suiza, y penetraban en Lyon.

Jamás se había encontrado la revolución en situación tan desesperada: apenas quedaban á la Convención quince ó veinte departamentos; la Francia se veía cercada por tierra y por mar, desgarrada por dos guerras civiles, extenuada por la escasez de provisiones, sin mas recursos que un papel sin valor, ejércitos desalentados, sin vestidos, sin pan, sin generales, y un gobierno desorganizado en cuanto salía de una reciente lucha. Los extranjeros la amenazaban con un desmembramiento, y los emigrados con una contra revolución que debía producir infaliblemente su ruina. Situación tan especial fué causa de un entusiasmo y de un furor tan especiales como la situación. La Francia hizo para salvarse esfuerzos como no los haya hecho jamás nación alguna, y su gobierno estuvo á la altura de los peligros que le rodeaban.

§ II.—*Medidas adoptadas por la Convención.—Muerte de Marat.—Derrota de los girondinos.*—De un lado, se hallaba la Europa con las tres cuartas partes de la Francia; del otro, París con algunos departamentos; en aquel reinaba la división, la incertidumbre, el egoísmo; en este, la unidad, la energía, la abnegación; allí se combatía por mezquinos intereses políticos, aquí por la santa causa de la independencia. Los extranjeros no querían ya como en 1792 el triunfo del partido monárquico: cegados por baja codicia creían inevitable la disolución de la Francia, y solo pensa-

ban en repartirse sus despojos, de modo que la emigracion era por todas partes víctima de sus aliados: relegábanla léjos de las fronteras, sacrificábanla manteniéndola á retaguardia, y se la prohibía bajo pena de muerte desembarcar en la Vendée. Así mismo en las dos guerras civiles que desgarraban la Francia dominaba el menguado espíritu de localidad: los campesinos de la Vendée se habian sublevado por su religion, á impulsos de un instinto heróico, solo para librarse de las leyes de la revolucion, arrastrando consigo á sus señores tan sinceros, tan desinteresados, tan ignorantes como ellos; pero abandonados por el extranjero, sin relacion alguna con los jefes de la emigracion, y sin esperanza de sublevar el resto de la Francia, no podian hacer mas que morir por su Dios y por su rey; los girondinos se rebelaban del mismo modo que hicieron antes la oposicion, sin guia, sin unidad, sin un plan general de insurreccion; dejaron que Burdeos, Caen, Lyon, se sublevaran aisladamente; declamaron mucho y obraron poco. Nunca se habian hallado en posicion mas falsa que entonces; procuraban atraerse á los republicanos moderados, y respondíanles los realistas; culpábanse de aumentar los peligros de la patria; comprendian que solo podian ser contra revolucionarios, y veian con espanto á los extranjeros á sus espaldas. La Montaña, por el contrario, no tenia mas que un pensamiento, la salvacion del país; no dudaba de sí misma, de su fin, ni de su derecho; no abrigabá la menor idea de una transaccion, de una conciliacion; para salvar á la revolucion crefalo todo justo y legítimo, estaba pronta á todos los sacrificios, á todos los excesos, y dispuesta á derramar sin piedad, sin medida, así su propia sangre como la de sus enemigos.

Danton que era el hombre para las grandes crisis, desplegó entonces toda su energía y audacia, y á petición suya, se decretó: que la municipalidad y el pueblo de París habian salvado la libertad y la república en las jornadas del 31 de mayo y del 2 de junio: que los diputados ausentes quedaban destituidos y serian reemplazados por sus suplentes; que los autores de la rebelion, las autoridades departamentales, y los jefes de las tropas insurrectas eran puestas fuera de la ley. Acto continuo comunicó la Convencion á sus comisarios del ejército de los Alpes la orden de reducir á la senda del deber á las ciudades de Lyon y Marsella;

formó un núcleo de ejército en Vernon contra los insurrectos de Caen; adaptó una constitucion que se redactó en ocho dias (24 de junio de 1793), la mas sencilla y democrática que se hubiese visto jamás, si bien poco practicable, en cuanto la Montaña se cuidaba menos que nunca de la forma de gobierno, ocupada exclusivamente en la salvacion de la obra revolucionaria.

Tales medidas fueron votadas sin discusion; la oposicion no existia, y á pesar de que setenta y tres diputados hubiesen firmado una secreta protesta contra los últimos acontecimientos, el lado derecho y el centro accedian por aclamacion á las pretensiones todas de la Montaña. Desde el 31 de mayo, la Convencion no era ya una asamblea deliberante sino un consejo de estado, al que las comisiones directivas de los trabajos presentaban resultados siempre aplaudidos, y proponian decretos siempre adoptados en silencio. La discusion de las leyes revolucionarias tenia lugar en los jacobinos, exclusivos directores de la opinion pública.

Mientras la lentitud y vacilacion de sus enemigos dejaban á la Convencion el tiempo necesario para preparar su defensa, un inesperado acontecimiento aumentó los furores populares y consumó el descrédito de los girondinos: aludimos á la muerte de Marat. Una tierna, bella y animosa jóven, Carlota Corday, imbuida en las opiniones de los oradores de la Gironda, quienes fueron acusados de complicidad con ella, partió de Caen para París, hízose introducir cerca de Marat, y clavó un puñal en el corazon (13 de julio). Al dar muerte al mas famoso jefe de la Montaña, creia la heroina introducir el desórden en el partido en el preciso momento en que estallase la insurreccion girondina; pero no hizo mas que librar al gobierno de un hombre que habria podido entorpecer su marcha con sus extravagancias. Carlota manifestó la mayor tranquilidad y aun una especie de alegría ante el tribunal: «He muerto á un hombre para salvar á cien mil,» dijo, y envaneciósese de ello sin jactancia, con una intrepidez pasiva, con una jovialidad graciosa, que conservó hasta en el cadalso (1). Tributáronse increíbles honores al amigo del

(1) Escribió á Barbaroux una carta en la que se leia: «Estoy sumida en una deliciosa paz; desde hace dos dias, la felicidad de mi país es la mia. Cuanto ma-

pueblo: convertido en martir de la revolucion, su imágen estuvo en todas partes; el *club* de los franciscanos hizo de él un dios y elevó un altar á su corazon; la Convencion, adoptando una proposicion de David, decretó que sus restos fuesen depositados en el Panteon.

Las primeras medidas de la asamblea, y sobre todo la adopcion de la constitucion, sometida entonces á la aceptacion de las asambleas primarias, introdujeron la alarma y la incertidumbre en los departamentos insurrectos, tan poco unidos entre sí, tan poco resueltos. Los diputados refugiados en Caen habian reunido á duras penas ocho ó diez mil hombres, cuyo mando confiaron al general Wimpfen, realista declarado, y parte de ese ejército se habia formado con los bretones conocidos mas tarde con el nombre de *chouanes*. La vanguardia, mandada por Puisange, ardiente realista, dirigióse hácia Vernon; pero á la vista de los cuatro ó cinco mil gendarmes y voluntarios que la Convencion habia reunido allí, desbandóse como si hubiese sufrido una completa derrota (15 de julio de 1793). El resto del ejército se dispersó, y los diputados proscritos se vieron perdidos; Wimpfen les propuso llamar á los ingleses, mas negáronse á seguir este consejo, y buscaron un asilo en Burdeos. Desde aquel momento las administraciones departamentales se apresuraron á someterse, y los comisarios de la Convencion entraron sin obstáculos en Caen (3 de agosto). Poco tiempo despues, Burdeos aceptó la constitucion, suplicó á la Convencion que anulara los decretos lanzados contra sus autoridades, y permitió la entrada en sus muros á los representantes Tallien é Isabeau, los cuales restablecieron la municipalidad montañesa, desarmaron á los habitantes y levantaron patíbulos para los diputados proscritos.

Sus débiles esfuerzos, su mezquina rebelion, su sumision precipitada, probaron lo que habria sido de la revolucion en manos de los girondinos: á pesar de sus brillantes cualidades y de sus

yor es el e fuerzo que debe realizarse para consumir un sacrificio. mayor es el goce que él mismo nos proporciona..... Una imaginacion viva, un corazon sensible prometianme una vida borrascosa; considérenlo así los que floren mi muerte, y se regocijarán al verme gozar del reposo en los Campos Eliseos con Bruto y otros antiguos héroes. Entre los modernos son pocos los patriotas que sepan morir por su patria: casi todo es egoismo. Qué pueblo para formar una república!»

rectas intenciones, ese partido, si hubiese reportado la victoria en 31 de mayo, habria perdido á la Francia.

§. III.—*Entrega de Tolon á los ingleses.—Reveses en la Vendée.—Toma de Maguncia y de Valenciennes.—Terrible situacion de la Francia.*—La sumision de Caen y de Burdeos tranquilizaba á la Convencion acerca del ataque y de la union de los países del Oeste; pero en el Sudeste la resistencia tomó un color realista mas subido, si bien la sublevacion de los Cevennas, fué sofocada por el diputado Fabre, del Herault. Lyon se declaró en abierta rebelion, armó á un ejército de veinte mil hombres, púsolo á las órdenes de Precy y de Virien, realistas ambos, y se puso de acuerdo con el rey de Cerdeña. En Marsella, los realistas se apoderaron tambien del movimiento, hicieron rechazar la constitucion y dirigieron diez mil hombres hácia Aviñon; pero cinco ó seis mil republicanos destacados del ejército de los Alpes derrotaron á aquel ejército en los desfiladeros de Septèmes, entraron en su ciudad y restablecieron en ella la autoridad de la Convencion (23 de agosto). Los realistas de Provenza, temerosos de la venganza de los montañeses, se refugiaron en Tolon, ciudad que habia seguido el movimiento de Marsella con gran entusiasmo, y donde las secciones encarcelaron á dos representantes y sentenciaron á muerte á los presidentes de los *clubs*. Perseguidos por el ejército republicano, cerraron las puertas, proclamaron á Luis XVII, llamaron al almirante Hood, y entregaron á la escuadra inglesa el gran puerto del Mediterráneo (27 de agosto).

Mientras esto sucedia el realismo obtenia nuevos triunfos en la Vendée. Tomada Saumur, los insurrectos habian marchado contra Nantes, pero vieron frustrados sus esfuerzos contra dicha plaza despues de un combate de diez y ocho horas en el que pereció Cathelineau (29 de julio). Vueltos á su país, cobraron nuevas fuerzas, derrotaron á Vestermann en Chatillon, á Labarolierre en Villiers y á Santerre en Coron, y rechazaron de nuevo los republicanos á la otra parte del Loire (17 de julio). A las entusiastas bandas de vendeanos que, armados con palos, se precipitaban contra la artillería, solo podian oponerse levás en masa, sin ardor, sin disciplina, sin armas, que devastaban el país, ó bien los héroes á 500 libras, tan cobardes como feroces. La dis-

cordia se había introducido entre los generales y los representantes; no existía plan alguno de operaciones, y la Vendée tragaba cuantas tropas se arrojaban á la desbandada contra ella.

Finalmente Maguncia y Valenciennes habian caído en poder del enemigo; la primera plaza habia sido heroicamente defendida por los representantes Merlin y Resobell; y los generales Doyré, Meunier, Dubayet y Kleber, junto con veinte mil valientes; pero habiendo agotado sus víveres y no esperando socorro alguno de Beauharnais, abrió sus puertas con la condicion de que su guarnicion volveria á Francia si bien no serviria durante un año contra la coalicion (25 de julio de 1793). Tres dias despues, Valenciennes, que habia recibido ochenta y cuatro mil balas rasas, veinte mil granadas, y cuarenta y ocho mil bombas, capituló quedando su guarnicion prisionera de guerra (28 de julio).

Al recibirse la noticia de tantos desastres era espantosa la escasez de víveres; estallaban incendios en los almacenes y arsenales; algunas cartas interceptadas atestiguaban los manejos de Pitt para monopolizar las sustancias alimenticias y excitar la anarquía; y en todo eso los asignados solo tenian la sexta parte de su valor: debian ser reembolsados por la venta de los bienes, y los bienes se vendian tanto menos cuanto mayores eran los peligros de la patria; «permanecian en la circulacion como una letra de cambio no aceptada, perdiendo cada dia de su valor á causa de la duda y de la cantidad.» A pesar de las violentas leyes dadas para favorecer su circulacion, los mercaderes se negaban á entregar sus mercancías en cambio de una moneda sin valor alguno; y el pueblo, que era pagado de sus trabajos con asignados al par, prorrumpia en maldiciones contra los monopolizadores, se amotinaba y pedia la muerte de los agiotistas, los cuales acumulaban en efecto escandalosas fortunas y ostentaban un insultante lujo.

§. IV.—*Renovación de la junta de salvacion pública.—Leva en masa.—Leyes contra los sospechosos.—Máximum.—Gobierno revolucionario.*—En tan terrible situacion en la que solo se veian peligros, traiciones y sufrimientos, la Montaña se sintió sobrecogida de la colérica fiebre que parece haber sido el estado normal de los hombres de la revolucion, y resuelto á salvar el país, aun imponiéndole la mas espantosa tiranía, renovó la junta de salud

pública, acusada de molición, y nombró para formarla á los patriotas mas famosos por su probidad, su talento, su valor, y también por su fanatismo político, su implacable energía, y su afecto ciego y bárbaro á la revolución. Esos hombres que dominaron la Francia desde el 10 de julio de 1793 hasta el 27 de julio de 1794, eran: Barrére, Jean-Bon, Saint-Andre, Couthon, Herault-Séchelles, Saint-Just, Roberto Lendet, Prieur de la Marne, Robespierre, Carnot, Prieur de la Cote-d'Or, Billaud-Varenes y Collot-d'Herbois (1). Entonces, y á propuesta de la junta, se decretaron las siguientes medidas (1.º de agosto de 1793):—La Convencion denuncia á todos los pueblos, y tambien al inglés, la conducta del gobierno británico que paga asesinos é incendiarios.—Declara á Pitt el enemigo del género humano, prohíbe la importación en Francia de todas las mercancías inglesas y ordena la prision de todos los súbditos británicos.—María Antonieta será juzgada por el tribunal revolucionario.—Veinte diputados de la derecha son puestos fuera de la ley (los fugitivos); cuarenta y cinco debían comparecer ante el tribunal (los detenidos y otros varios), y setenta y tres quedaban arrestados (los firmantes de la protesta).—Los sepulcros de San Dionisio serán destruidos.—Los bienes de las personas puestas fuera de la ley serán confiscados.—La guarnicion de Maguncia será enviada en posta á la Vendée; la poblacion de ese país será deportada, las cosechas arrancadas, las casas destruidas, los bosques incendiados; los habitantes de los pueblos inmediatos desde la edad de diez y ocho años hasta sesenta, deberán marchar en masa al territorio rebelde.

Esas medidas de terrible venganza no eran mas que los preliminares de otras mas eficaces. En aquella época la constitucion habia sido aceptada por todas las asambleas primarias, y ocho mil delegados de las municipalidades habian sido enviados para celebrar su aceptación (10 de agosto). Semejante fiesta, simbólica y gentílica, como todas las de la revolución, en la que se tributaron frios homenajes á las estátuas de la Naturaleza y de la Razon, y en la que París se adornó con trajes griegos, decoracio-

(1) Robespierre no entró á formar parte de la junta hasta el 27 de julio. Carnot y Prieur de la Cote-d'Or hasta el 14 de agosto y Billaud y Collot hasta el 6 de setiembre.

nes campestres y alegorías mitológicas, nos parece á nosotros, ajenos á las pasiones de tan terrible edad, una mascarada ridícula; mas téngase en cuenta que el sentimiento de la situación hacia entonces tomar por lo grave cosas que tan grotescas nos parecen. Un sombrío entusiasmo dominaba en todos los corazones, ideas de desesperacion y de terror fermentaban en todas las imaginaciones exaltadas por el peligro; y terminada esa fiesta del 10 de agosto, fué cuando los enviados de las municipalidades, reunidos con los comisarios de las cuarenta y ocho secciones de París, pidieron á la Convencion un levantamiento en masa. «Suene en toda la república y en un momento dado, dijeron, el toque de rebato; quede interrumpido el curso de los negocios, y sea el único y grande negocio para los franceses la salvacion de la república.» Y la Convencion decretó (23 de agosto de 1793): Desde este momento hasta que los enemigos sean expulsados del territorio, todos los franceses quedan obligados al servicio militar: los jóvenes marcharán al combate; los hombres casados fabricarán armas y transportarán provisiones; las mujeres harán tiendas, vestidos, y servirán en los hospitales; los niños harán hilas de las telas viejas; los ancianos se trasladarán á las plazas públicas para excitar el valor de los guerreros y el odio hácia los reyes. Los edificios nacionales se convertirán en cuarteles, las plazas públicas en talleres militares; se lavará con legfa el suelo de las bodegas para estraer el salitre. Los caballos de silla quedan embargados para el servicio de la caballería; los de tiro conducirán la artillería y los víveres. Todos los armeros quedan á disposicion de la junta de salvacion pública para la fabricacion de armas. Los propietarios, arrendadores y poseedores de granos deberán pagar en especie las dos terceras partes de su contribucion para asegurar la subsistencia de los ejércitos. Se enviarán á los departamentos representantes del pueblo para acelerar el embargo de las armas y el levantamiento en masa, de acuerdo con los delegados de las asambleas primarias.»

A estas medidas contra el enemigo exterior debian acompañar otras contra el enemigo interior, y se decretó (5 de setiembre): «Se pone á disposicion de la junta, á fin de que haga respetar sus mandatos por toda la Francia, un ejército revolucionario de seis mil hombres y de mil doscientos artilleros.—Las asambleas de las

secciones se reunirán dos veces á la semana, y á fin de que el pueblo pueda tener en ellas mayoría, se concede una indemnizacion de cuarenta sueldos á los que asistan (17 de setiembre).—Las personas sospechosas permanecerán arrestadas hasta que se celebre la paz, y se consideran sospechosos cuantos se han mostrado partidarios del realismo ó del federalismo con palabras, acciones ó escritos, los parientes de los emigrados, los funcionarios destituidos, etc. Las prisiones se verificarán por las juntas revolucionarias establecidas en las municipalidades, las cuales darán cuenta á la junta de *seguridad general*, encargada de la policia y de los tribunales.»

Tomadas estas medidas contra los enemigos exteriores é interiores, era preciso alimentar al pueblo, dar mayor valor á los asignados, y destruir el agiotaje. Siguiendo el dictámen de Cambon decidióse que los créditos todos contra el estado se convirtiesen en uno solo inscrito en el *gran libro de la deuda pública* (24 de agosto); enérgica y hermosa operacion que asimilaba la deuda contraida por la monarquía, á la contraida por la revolucion, que convertia el capital de la deuda en una renta perpétua con un interés de 5 por 100 que libraba al estado de los reembolsos de capital, y que inauguraba el sistema del crédito público. En seguida, redujóse por diversos medios el número de asignados en circulacion desde 3,776 millones á 1500 millones; y si bien esta disposicion dió mas valor al papel, no fué el aumento bastante para hacer bajar el precio de las cosas, de modo que fué preciso decretar el *máximum* para los artículos de primera necesidad, los jornales y la mano de obra (25 de noviembre). Este *maximum* se fijó para las mercancías á los precios que tenian en 1790 mas una tercera parte, y para los jornales y la mano de obra á los precios del mismo año mas una mitad. Los mercaderes estaban obligados á declarar el estado de sus tiendas, á proveerse y á vender; el que abandonaba su comercio era reputado sospechoso; el monopolio era castigado con la muerte.

Estas disposiciones recibieron su complemento con el siguiente decreto que concentró el poder en manos de algunos hombres, y legalizó la dictadura de la junta en el momento en que se experimentaba la necesidad de la unidad y de la prontitud de accion: «El gobierno es declarado revolucionario hasta la celebra-

cion de la paz.—Se aplaza hasta dicha época la aplicacion de la constitucion.—El consejo ejecutivo, los generales, los cuerpos constituidos quedan colocados bajo la dependencia de la junta de salvacion pública (10 de octubre).» «Con ese decreto, la junta dispuso de todo bajo el nombre de la Convencion que le servía de instrumento. Ella nombraba y destituía á los generales, á los ministros, á los comisarios representantes, á los jueces y á los jurados, por medio de sus delegados, los ejércitos y los generales se hallaban á sus inmediatas órdenes, y dirigía de un modo soberano á los departamentos; por medio de la ley contra los sospechosos disponía de la persona de todos; por el tribunal revolucionario de todas las existencias; por los embargos y el *maximum* de todas las fortunas, y por la Convencion aterrizada de los decretos de prision contra sus propios miembros (1).» «Disponiendo á su voluntad de la sangre y la fortuna de veinte y cinco millones de hombres, condenando á cuantos se negaban á armarse ó á despojarse, encontró en tan espantosas medidas el secreto de la salvacion y de la integridad de la república: los instrumentos y los medios fueron odiosos, el resultado sublime (2).»

§. V.—*Nuevo sistema de guerra.*—*Carnot.*—*Batallas de Hondchoote, de Menin y de Wattignies.*—Con tan extraño gobierno, con tan tiránicas medidas, con tan peligrosa situacion, convenia un sistema de guerra apropiado á los hombres y á las circunstancias, nuevo, decisivo, revolucionario como la situacion, las leyes y el gobierno. Hasta entonces los generales, nobles educados en la escuela de la guerra de los Siete Años, solo habian seguido las antiguas rutinas, cubriendo todas las posiciones, oponiendo batallon á batallon, marchando lentamente de una ciudad á otra. Combatir así en todos los puntos no producía resultado alguno: era preciso concentrar las masas en un punto decisivo, destruir al enemigo por medio de golpes inesperados y brillantes, y concluir con la resistencia exterior lo mismo que con la interior á fuerza de audacia y de violencia. Finalmente una guerra nueva exigía hombres nuevos tambien: debíanse proscribir los estados mayores salidos del antiguo régimen, elevar desde los grados inferiores al mando á plebeyos jóvenes, audaces,

(1) Mignet, t. II, p. 30.

(2) Jomini, t. IV, p. 24.

inteligentes que encontrarían inspiraciones en los campos de batalla: las chozas de la república podían engendrar Condés lo mismo que los palacios de la monarquía.

Semejante sistema de guerra entrevisto ya por Grimoard (1), fué sometido á la junta por Carnot, oficial de ingenieros de relevante mérito, el cual fué admirablemente secundado en lo que toca á la administracion por Prieur (de la Cote-d'Or) y Roberto Lindet. Desde aquel momento las operaciones tuvieron unidad, los movimientos de los varios ejércitos se coordinaron, hubo un plan uniforme para cada campaña, al cual debieron concretarse generales y representantes; y si á fines de agosto parecia desesperado el estado de la Francia, á fines de diciembre, merced á la energía de la junta, al genio de Carnot, al valor de nuestros soldados, y á las faltas y á la lentitud de los aliados, la salvacion de la Francia estaba asegurada en el Norte, en el Rhin, en Lyon, en Tolon y en la Vendée.

Tomada Valenciennes, los aliados se habian dirigido contra los franceses acampados entre Cambrai y Bouchain, y les obligaron á retirarse á la otra parte del Scarpe. Coburgo que tenia cien mil hombres á sus órdenes, no pensó en envolver á los treinta y cinco mil hombres á que se veia reducido el ejército francés, ni á lanzarse por el camino de París, completamente franco, sino que se dispuso á emprender el sitio de Cambrai, cuando Pitt ordenó al duque de York marchar contra Dunkerque; orden absurda que, dando á las operaciones una direccion excéntrica, hacia inútiles los triunfos de los aliados y revelaba la egoista codicia del gabinete inglés. Ambos ejércitos se separaron (11 de setiembre de 1793); Coburgo puso sitio á Quesnoy, que contando solo con muy débiles medios de resistencia, capituló; y el duque de York

(1) «El medio mas sencillo, escribia en marzo de 1793 á la junta de defensa general, de suplir en lo posible el arte por el número, consiste en hacer una guerra de masas; es decir, en dirigir constantemente á los puntos de ataque el mayor número de tropas y de artillería que se pueda, en exigir que los generales vayan siempre al frente de sus soldados, para darles el ejemplo de la abnegacion y del valor, y en acostumbrar á todos á no calcular jamás el número de los enemigos, sino á arrojarse ciegamente contra él á bayonetazos, sin entretenerse en tirotear ni hacer maniobras para las que las actuales tropas francesas no se hallan de ningún modo dispuestas.»

se dirigió hacia Dunkerque; sin embargo, dejó quince mil holandeses en Menin; puso otros quince mil hombres en observación en Rousbrugge cerca del Iser, y seguido de veinte mil, fué á acampar delante de la plaza, en una lengua de tierra entre unos pantanos y el mar, sin tener mas retirada que el camino de Furnes.

La junta habia destituido á Custine, acusado de la pérdida de Valenciennes, y dado el mando del ejército del Norte á Houchard, á quien envió algunos refuerzos con orden de reunir á su ejército las tropas diseminadas por el país de Flandes y de libertar á Dunkerque: «El honor del país está allí, le dijo: Pitt no puede sostenerse sino indemnizando al pueblo inglés con grandes victorias; de otro modo es inevitable una revolución en Inglaterra. Entrad en Flandes con fuerzas inmensas, y arrojad de allí al enemigo.» Houchard no realizó completamente el plan de la junta; dejó treinta mil hombres en los campamentos, y tomando solo veinte y cinco mil, púsose en marcha; pero en vez de colocarse en el camino de Furnes, entre el ejército sitiador y la línea de retirada, atacó de frente al cuerpo de observación. Esto no obstante, despues de violentos combates en Roxpeede y y en Hondshoote, obligó al enemigo á ponerse en retirada y al duque de York á levantar el sitio de Dunkerque (8 de setiembre). Desde allí, volvióse contra los holandeses diseminados en Menin, los derrotó, les hizo perder tres mil hombres y cuarenta cañones (18 de setiembre), y se lanzó en su persecución por el camino de Courtray; mas de repente, sobrecogidos sus soldados de un terror pánico, huyeron con el mayor desorden, y no se detuvieron hasta el pié de las murallas de Lille.

Entonces Coburgo que marchaba en auxilio de los holandeses, tomó de nuevo la ofensiva; dueño del Escalda poseyendo Condé y Valenciennes, y del espacio que media entre el Escalda y el Sambre dominando el Quesnoy, resolvió abrirse el Sambre por medio de Maubeuge y marchar luego contra París. La junta se hallaba irritada por la desobediencia de Houchard, y dijo á la Convencion: «Hemos escrito á los generales que se batieran en masa; no lo han hecho, y hemos sufrido reveses.» Houchard fué citado ante el tribunal revolucionario, y sucedióle Jourdain que era comandante al principiarse la campaña. El nuevo general reu-

nió en Guisa cincuenta mil reclutas y marchó contra el enemigo que sitiaba á Maubeuge; y Coburgo, que habia dejado la mitad de sus fuerzas delante de la plaza y que se encontraba en Wattignies con treinta y cinco mil hombres, fué atacado en sus posiciones, viéndose obligado á levantar el sitio despues de un combate de dos dias (16 de octubre). Coburgo se retiró á la otra parte del Sambre, donde se reunió con el duque de York, y los franceses tomaron sus cuarteles de invierno despues de inútiles tentativas contra Charleroy y Tournay.

§. VI.—*Batallas de Pirmasens, de Kayserlautern y de Weissemburgo.*—Despues de la toma de Maguncia, los ejércitos del Mosella y del Rhin se habian replegado hácia el Sarre y el Lauter: constaban ambos de sesenta mil hombres y comunicaban entre sí por medio del campamento de Hornbach, en los Vosgos; pero se encontraban desalentados, cambiaban de generales á cada momento, y carecian de plan de operaciones. El primero tenia delante de sí á los prusianos mandados por Brunswick, y el segundo á los austriacos mandados por Wurmser, mas como los dos generales se hallaban en muy mala inteligencia, no aprovecharon los cien mil hombres de que disponian, y perdieron dos meses en simulacros de combates sin objeto, sin unidad y sin resultado. Los franceses tomaron la ofensiva atacando á Pirmasens, posicion que aseguraba la comunicacion entre sus dos ejércitos; pero fueron derrotados (13 de octubre), perdieron cuatro mil hombres, viéronse obligados á evacuar el campamento de Hornbach, y luego despues las líneas de Weissemburgo. El ejército del Rhin se retiró hácia Saverne, y el del Mosella hácia Sarreguemines; Haguenau abrió sus puertas á los extranjeros (29 de octubre), Fort-Vauban fué tomado, y Landau bombardada; las autoridades de Estrasburgo conspiraron para entregar la plaza á los enemigos, y la provincia entera se llenó de clérigos y de emigrados que procuraban sublevar una poblacion donde no habian penetrado las ideas revolucionarias.

La junta envió á Alsacia á Lebas y á Saint-Just; nombró á Hoche para el mando del ejército del Mosella, y á Pichegru para el del ejército del Rhin, y ordenó que se salvara á toda costa la plaza de Landau. Los dos representantes hicieron levantar en masa á los departamentos inmediatos, reorganizaron el ejército, casti-

garon á los conspiradores, aterrorizaron á todos con su energía tiránica, su incansable actividad, y sus órdenes severas y lacónicas (1). En pocos días volvió á reinar el órden, y los dos jóvenes generales, salidos no hacia mucho de las últimas filas, se prepararon para tomar la ofensiva. Brunswick que habia sido rechazado en un ataque contra Bitche, retrocedió hasta Kayserlautern para ocupar mejores acantonamientos; sin pérdida de momento Hoche abandonó el Sarre con treinta y cinco mil hombres (17 de noviembre) para hacer levantar el bloqueo de Landau en el camino de Kayserlautern; dió varios combates delante de la plaza, y fué definitivamente rechazado; pero viendo entonces descubierto el flanco de los austriacos por la retirada de Brunswick (30 de noviembre), lanzóse con doce mil hombres á través de los Vosgos, y cayó sobre la derecha de Wurmser, mientras que Pichegru atacaba á los imperiales de frente. Despues de muchos combates, fueron tomadas las posiciones centrales y dominantes de los Vosgos (24 de diciembre), y los austriacos se retiraron á las líneas de Weissemburgo, donde se reunieron con los prusianos. Entonces los ejércitos del Mosella y del Rhin se reunieron al mando de Hoche: atacaron las líneas (26 de diciembre), tomáronlas, y obligaron al enemigo á levantar el bloqueo de Landau y á evacuar Fort-Vauban. Los austriacos pasaron otra vez el Rhin (28 de diciembre), los prusianos se retiraron á

(1) Entre otras dieron las disposiciones siguientes: «Hay en el ejército diez mil hombres descalzos; descalzad á todos los aristócratas de Estrasburgo, y haced que mañana á las diez se hallen en marcha para el cuartel general los diez mil pares de zapatos.—Quedan embargadas todas las capas de los ciudadanos de Estrasburgo, y mañana por la tarde deben encontrarse en los almacenes de la república.—La municipalidad de Estrasburgo tendrá dispuestas dentro de veinte y cuatro horas dos mil camas en casa de los ricos de la población para ser puestas á disposición de los soldados.—Los ricos pagarán nueve millones, dos para los indigentes, uno para la ciudad y seis para el ejército.—El individuo á quien se haya señalado mayor cuota será expuesto durante tres horas en la guillotina, si no satisface aquella dentro de veinte y cuatro horas.»—Hicieron comparecer ante el tribunal revolucionario de París, como emisario del enemigo, á Schneider, acusador público de Estrasburgo, «que habia aterrorizado el departamento con sus locuras sanguinarias, paseando la guillotina por todas las ciudades, llevando su delirio, decía Robespierre, hasta el extremo de apoderarse de las mujeres para su propio uso.»

Maguncia, y los franceses extenuados por tan trabajosa campaña tomaron en el Palatinado sus cuarteles de invierno.

§. VII.—*Reveses en los Pirineos.—Toma de Lyon y de Tolon.*—

La junta había fijado toda su atención en los ejércitos del Norte y del Rhin, descuidando los de los Alpes y de los Pirineos, en cuanto nada decisivo podía intentarse por aquella parte mientras Lyon y Tolon no se hallasen sometidos: consecuencia de esto fueron la actitud defensiva observada en los Alpes marítimos y los reveses experimentados en los Pirineos Orientales. Ricardos podía oponer treinta mil hombres aguerridos á los reclutas republicanos, apostados delante de Perpiñan, y queriendo apoderarse de esta plaza envolviendo á los franceses, se apoderó de Villefranche para apoyar su izquierda, cubrió con su derecha Collioure y Port-Vendres, y obligó á parte de los franceses á replegarse hácia Salces, mientras que otra parte se mantenía delante de Perpiñan. En aquel momento, empero, ambas alas del ejército republicano tomaron de nuevo la ofensiva (17 de setiembre de 1793), vencieron á los españoles en Peyrestortes, y los rechazaron á la otra parte del Tet, á su campamento de Mas-d'Eu. Cerca de Truillas trabóse una nueva batalla para lanzar á Ricardos de tan importante posición, y aunque alcanzó la victoria el general español, se retiró á Boulou engañado por la noticia de haber recibido los franceses considerables refuerzos. Los franceses renovaron sus ataques contra aquel punto; pero como sus generales cambiaban cada día, como sus operaciones eran dirigidas al azar, como los representantes, aunque animosos, carecían de genio militar, sufrieron grandes derrotas en Ceret, en Villelongue, y en Collioure, donde el representante Fabre (del Hérault) fué muerto al frente de una columna de ataque; Collioure, Port-Vendres y Saint-Elne se rindieron (29 de diciembre), y el ejército, completamente desmoralizado, se retiró á Perpiñan.

Semejantes reveses humillaban pero no comprometían á la Francia; mas en Lyon, en Tolon y en la Vendée poníase en tela de juicio la misma existencia de la revolución, y por ello los esfuerzos todos de la junta iban dirigidos contra los rebeldes.

El representante Dubois-Crancé, entendido oficial de ingenieros, había empezado el sitio de Lyon con diez mil hombres pertenecientes al ejército de los Alpes; mientras esperaba refuerzos,

empezó el bombardeo, y en el espacio de seis semanas incendió la ciudad y estrechó el bloqueo. Los Lyoneses se defendieron con heroico valor, y Precy disputó las cercanías de la ciudad, sino con habilidad, con encarnizamiento al menos. Así las cosas, pasaron los Alpes veinte y cinco mil piemonteses, y se dirigieron lentamente á libertar á Lyon, cuando Kellermann marchó contra ellos al frente de doce mil reclutas, y con algunas maniobras en sus flancos, les derrotó completamente y les arrojó de nuevo al Piamonte. Sus tropas victoriosas reforzaron á las que sitiaban á Lyon, y juntas todas con la leva en masa de la Auvernia, formaron un total de cuarenta mil hombres. Los habitantes que padecían los tormentos del hambre y no esperaban socorro alguno, rindiéronse sin condiciones en el momento en que un último y general ataque iba á entregar su ciudad á la devastacion (9 de octubre de 1793). Dos mil de sus defensores intentaron atravesar la línea de los republicanos para refugiarse en Suiza; pero fueron todos muertos, á excepcion de Precy y de ochenta hombres.

Entonces se dividió el ejército de sitio: parte de él tomó de nuevo sus posiciones en Saboya, y parte marchó hácia Tolon, que desde hacia dos meses estaba bloqueada solo por dos divisiones de seis ú ocho mil hombres. Con aquel refuerzo, treinta mil republicanos, mandados por Dugommier, atacaron la ciudad; su guarnicion era de quince mil hombres, y los ingleses la habian fortificado por todas partes, y especialmente por la punta del Eguillette que domina el puerto. Ya por las órdenes de la junta, ya por los consejos de un comandante de artillería, Napoleon Bonaparte, de edad entonces de veinte y cuatro años, resolvióse atacar las obras de la Eguillette, desde donde se podia incendiar la escuadra inglesa y obligar la ciudad á capitular. En efecto, despues de algunos ataques contra la plaza para estrechar la línea de circunvalacion, los fuertes de la Eguillette fueron tomados por asalto; y desde aquel momento los ingleses se dispusieron, no á capitular en pro de los infelices habitantes que les habian llamado, sino á evacuar la plaza, sin atender á la desesperacion de los realistas que se precipitaban en tropel en su escuadra. Al marcharse incendiaron los arsenales, los talleres, los buques que no podían llevarse consigo; y, de los cin-

cuenta y seis navíos y fragatas que encerraba Tolon, solo quedaron diez y ocho. Los penados apagaron el incendio; los republicanos al ver las llamas que salían del puerto, lanzaban gritos de furor, y derribando las puertas penetraron en la ciudad que encontraron casi desierta (19 de diciembre).

§. VIII.—*Operaciones en la Vendée.*—*Batallas de Torfou y de Cholet.*—*Los vendeanos pasan el Loira.*—*Batalla de Entrames.*—*Sitio de Granville.*—*Batalla de Mans.*—*Destrucción de los vendeanos.*—Después de la derrota de Santerre en Coron, los vendeanos habrían podido marchar contra Nantes ó contra Angers sin obstáculo alguno; pero solo pensaron en librar de enemigos el Sur de su país, y con este objeto presentaron batalla al general Tuncq (13 de agosto) cerca de Luzon; vencidos en ella se apresuraron á volver hácia el Loira donde se preparaba una grande expedición. Hábense formado dos ejércitos al mando de Rossignol y de Canclaux: el primero, jacobino ardiente, animoso y de algun talento, quería que se arrollase á los insurrectos en el ángulo formado por el Loira y el mar, y ofrecía el mando á su cólega para la ejecución de ese plan. El segundo era reputado como prudente y entendido militar, pero sintiéndose humillado por el operario parisiense que le habia sido dado por compañero, quiso que el ejército de Rossignol, dividido en cinco columnas que debían partir de Sables, de Luzon, de Niort, de Saumur y de Angers, encerrase á los rebeldes entre Mortagne, Bressuire y Argenton, mientras que él con su ejército, del que formaba parte la guarnición de Maguncia, saldría de Nantes para rechazar á los insurrectos hácia los mismos puntos, aislándoles de la costa. Semejante plan, que denota una carencia total de genio militar (1), acabó por ser adoptado: Canclaux se puso en marcha, y apoyó á la columna de Sables; pero los vendeanos aprovecharon la ocasión que se les ofrecía para aniquilar una tras otra á las aisladas columnas republicanas. En número de cuarenta mil precipitaron contra la vanguardia de Canclaux, mandada por Kleber, la dispersaron en Torfou, y obligaron al grueso del ejército á retroceder hasta Nantes (19 de setiembre de 1793). Entonces marcharon contra las columnas de Saumur y de Angers, las destruyeron, y se apoderaron de Ponts-de-Cé.

(1) Jomini, t. II, p. 293.

La Convencion destituyó á ambos generales, reunió sus ejércitos en uno solo, y confió su mando á Lechelle, general adocenado, que fué dirigido por Kleber, declarando al mismo tiempo al ejército que la guerra civil debia quedar terminada el dia 20 de octubre. Entonces dos columnas, salidas de Fontenay y de Saumur se reunieron en Bressuire, desalojaron á los vendeanos de Chatillon, y les empujaron hácia Chollet y Beaupreau, mientras que las columnas de Luzon y Nantes se reunian en Mortagne y se incorporaron á las primeras en Chollet. El ejército republicano se encontró ser de treinta y cinco mil hombres; habia arrollado en el cuadrilátero formado por sus cuatro columnas una masa de cien mil hombres, mujeres y niños, cuyos movimientos entorpecian la multitud de ganados y carros que llevaban consigo. Los vendeanos, empujados hácia el Loira, se decidieron á combatir, pero fueron completamente vencidos (16 de octubre), y evacuando Beaupreau, huyeron á San Florencio; allí se amontonaron ochenta mil infelices dominados por la desesperacion, cuyos jefes todos se hallaban mortalmente heridos, y antes que dispersarse resolvieron pasar á la otra orilla.

Aquella grande emigracion, en la que apenas habia veinte mil combatientes, recorrió Ingrande, Condé, Chateau-Gontier y Laval sin resistencia; el ejército republicano emprendió lentamente su persecucion, llegó delante de Laval, y encontró á los vendeanos en batalla en las alturas de Entrames. Lechelle tomó muy malas disposiciones y fué derrotado, no parando los fujitivos hasta Angers.

Despues de esta victoria, los vendeanos podian abrigar todavía alguna esperanza de salvacion; tenian franca la Bretaña, país dispuesto á la rebelion y favorable para la guerra defensiva; pero no tenian mas jefe que al jóven la Rochejacquelein; andaban al azar como una horda de bandidos, y perdieron veinte y seis dias, hasta que reducidos por las promesas de los ingleses que preparaban armamentos en Jersey, resolvieron marchar contra Granville. Dirigiéronse, pues, por Fougeres, Pontorson y Avranches, y llegaron delante de la plaza (15 de noviembre de 1793), en la cual habian penetrado dos representantes con las tropas de Cherburgo. Durante tres dias tirotearon en vano contra las murallas; y desalentados, acusando á sus jefes de traicion, y pi-

diendo á grandes gritos volver á su país, emprendieron el camino de Dol.

Rossignol, que habia tomado el mando del ejército reorganizado en Angers, lo condujo á Rennes y luego á Antrain; allí presentó batalla á los vendeanos para cerrarles el paso, y fué derrotado y perseguido hasta Rennes. Los rebeldes, viendo libre el camino, pasaron de nuevo por Fougeres y Laval, y trataron de apoderarse de Angers; pero atacados delante de la plaza por Westermann y Kleber, debieron emprender el camino de la Fleche, por el cual llegaron á Mans. Desprovistos de plan y de objeto, sus infortunadas bandas llenaban los caminos de mujeres y niños muertos de hambre y de padecimientos; su destruccion era segura. El jóven Marceau, que habia tomado el mando de los republicanos, atacó la plaza de Mans durante la noche, y trabó en las calles de la ciudad un combate que degeneró en verdadera carnicería (12 de diciembre): en él perecieron diez y ocho mil vendeanos, entre hombres, mujeres y niños; el resto tomó la fuga hácia Laval, perseguido por el implacable Westermann, y sembrando de cadáveres su paso; los fugitivos se dirigieron de Laval á Auceanis donde intentaron en vano atravesar el Loira. Entonces marcharon hácia Savenay, sin aliento, sin víveres, sin jefes, y arrollados allí entre el rio y el enemigo, dieron un último combate (22 de diciembre). Todos cayeron muertos ó prisioneros, excepto unos mil hombres que pudieron refugiarse en Bretaña.

§. IX. — *Régimen del terror. — Muerte de la reina, de los Girondinos, del duque de Orleans, etc. — Ejecuciones en Tolon, Lyon, Nantes, etc.* — La campaña de 1793 habia salvado á la Francia por medio de las victorias mas nacionales y legítimas que jamás hubiese conseguido; pero tan gran resultado habia sido obtenido á costa de sacrificios inauditos: cien mil hombres habian quedado en los campos de batalla; un millon quinientos mil brazos habian sido arrebatados á la agricultura y á la industria; muchas provincias habian sido devastadas; los embargos, el máximo, las levas en masa, solo se habian conseguido á fuerza de tiranía. «El pueblo, dice Roberto Lindet, hacia á la patria el continuo sacrificio de sus trabajos, de sus vestidos, de sus subsistencias; ante ella se olvidaba de sí mismo, y cada dia daba pruebas de nueva abnegacion!» Finalmente, para librarse del yugo

extranjero, la Francia se entregó á un corto número de hombres; impúsose la dictadura, y sufrió el mas espantoso despotismo. El *terror* estaba á la órden del dia, cien mil sospechosos gemían en los calabozos, y la sangre corría en los cadalsos con horrible indiferencia y execrable facilidad.

Para que tal régimen llegara á establecerse fué necesaria una situacion que no tiene ejemplo y que no se reproducirá jamás, en la cual fueron tambien excepcionales los actos, las pasiones y los hombres. «En el duelo entre la libertad y la esclavitud, y en la cruel alternativa de una derrota mil veces mas sangrienta que nuestra victoria, decia Danton, llevar la revolucion mas allá de lo que es debido, encierra menos peligros que retroceder; ante todo es preciso asegurar á la república el campo de batalla.» Esto hizo que se cubriese el interior de la Francia de una red de juntas revolucionarias, por medio de las cuales quinientos mil individuos tiranizaban á millones de sus conciudadanos, del mismo modo que se defendia el exterior con una línea de un millon doscientas mil bayonetas. «Eran tan numerosos nuestros enemigos, dice Lindet, se hallaban tan diseminados, tenian tantas formas y medios para penetrar en las administraciones y sociedades populares, que cada ciudadano debió considerarse como un centinela encargado de la custodia de un punto.» Por otra parte, la inmensidad del peligro, el temor del vencimiento, la certeza de que la contra revolucion seria implacable, habian pervertido en los revolucionarios las mas simples ideas de humanidad, hasta el punto de creer natural y legítimo el librarse de sus adversarios condenándoles á muerte. Arrastrados por la embriaguez del combate y el ciego furor de la lucha, hombres de costumbres pacíficas y notables por sus virtudes privadas, juzgaban dignos del suplicio actos casi irreprehensibles, una palabra imprudente, hábitos de pasada oposicion; y por fin la tolerancia política, preciosa conquista de la revolucion de la que apenas gozamos en el dia, era tan ignorada como lo era dos siglos antes la tolerancia religiosa, conquistada tambien á costa de lágrimas y de sangre. Como el siglo XVI, los partidos se hallaban poseidos de fanático furor, y como veremos luego la reaccion contra el régimen del terror fué tan sangrienta como aquel mismo régimen. Excusábase la crueldad con los mismos sofismas que en las guerras reli-

gias: derramábase la sangre en nombre del pueblo como antes en nombre Dios, y Robespierre decía: «Los únicos ciudadanos de la república son los republicanos; los realistas, los conspiradores, son para ella extranjeros ó por mejor decir enemigos.—Solo tiene derechos en nuestra patria, decía Saint-Just, quien haya contribuido á emanciparla.—Una gota de sangre vertida por las generosas venas de un patriota, decía Collot-d'Herbois, llena de amargura un corazon; pero no siento piedad alguna por los conspiradores. Dícese que somos insensibles..... no; los jacobinos poseen todas las virtudes: son humanos, compasivos, generosos; pero reservan tales sentimientos para sus hermanos, los patriotas, y los aristócratas no lo serán jamás.»

Con semejantes principios los excesos eran por decirlo así inevitables; y tan grandes, tan terribles fueron, que la generación que realizara la revolucion, olvidando los beneficios con tanta sangre adquiridos, solo tuvo para su obra maldiciones que duran todavía. La municipalidad de París habia definido las varias clases de sospechosos con tal estupidez, que en ellas se hallaron incluso las nueve décimas parte de la poblacion, tanto que á fines de 1793 se elevaba á cinco mil el número de detenidos, habiendo sido preciso convertir en cárceles el Luxemburgo y otros muchos edificios. El tribunal revolucionario, que desde el 10 de marzo hasta el 31 de mayo solo habia condenado diez y nueve individuos, condenó noventa y ocho desde el 31 de mayo hasta el 31 de octubre, y ciento veinte y seis durante los meses de noviembre y diciembre. La junta tenia muy atroces instrumentos en los jueces, en los jurados, y sobre todo en el acusador público de aquel sangriento tribunal; y todo acusado parecia de antemano destinado al verdugo. El primer personaje condenado fué Custine, acusado de haber favorecido la toma de Maguncia y la de Valenciennes; luego llegó su vez á la infortunada María Antonieta, acusada de haber dilapidado el tesoro, llamado al extranjero, y ejercido una influencia criminal sobre su esposo: la infeliz reina se defendió con sangre fria, buen sentido y dignidad contra las deposiciones insignificantes ó infames de varios testigos, y murió con animosa resignacion (16 de octubre de 1793). En seguida comparecieron veinte y un girondinos: Brissot, Vergniaud, Gensonné, Lasource, Gardien, Lehar-

dy, Mainvielle, Ducos, Fonfréde, Duchâtel, Duperret, Carra, Valazé, Lacaze, Duprat, Sillery, Fauchet, Beauvais, Boileau, Antiboul y Vigée; y su elocuente defensa puso al tribunal en tal confusion, que Robespierre hizo dar un decreto autorizando en adelante á los jueces para declararse suficientemente instruidos despues de tres dias de debates. El tribunal no dejó de usar de tan odiosa facultad, y pronunció la sentencia de muerte. Valazé se mató de una puñalada; sus compañeros marcharon al suplicio entonando la *Marsellesa* (1) (31 de octubre).

Los girondinos fueron seguidos por el duque de Orleans, quien profundamente disgustado de los hombres y de las cosas, murió con la mayor indiferencia (6 de noviembre); luego llegó su vez á la señora Roland, la que siempre noble y animosa, saludó el cadalso con estas palabras: « O libertad! cuántos crímenes se cometen en tu nombre! » (10 de noviembre). La señora Roland habia logrado librar á su marido de la proscripcion del 31 de mayo; pero al saber la muerte de su esposa, Roland se suicidó. Luego murieron Bailly, que fué ejecutado en el Campo de Marte con gran refinamiento de crueldad; los girondinos Kersaint, Manuel, y Rabaud-Saint-Etienne; los fuldenses Barnave y Dupont-Dutertre; el ministro Lebrun; los generales Biron, Houchard Brunet, Lamarlière; la famosa Dubarry, etc.

En estas sentencias se habian guardado algunas formas judiciales, las víctimas tenian alguna apariencia de culpabilidad, y su muerte parecia calculada con un fin de terror político; pero en los lugares que habian sido teatro de la rebelion girondina, y sobre todo de la rebelion realista, condenáronse á muerte, no algunas personas elegidas, sino masas enteras. En Caen y en Marsella que se habian sometido fácilmente, las víctimas fueron poco numerosas; fuéronlo mas en Burdeos donde se habian refugiado los jefes de la Gironda, y donde Tallien reinó con poder absoluto entregándose á toda clase de excesos y exacciones; pero en Tolon, en Lyon, en la Vendée, donde la contra revolucion se habia mostrado sin máscara, donde la exaltacion revolucionaria era llevada hasta la rabia, los comisarios de la convencion derramaron la sangre como por delirio. En Tolon, Freron y Barras

(1) Grangeneuve, Birotteau, Guadet, Salles y Barbaroux fueron ejecutados en Burdeos, Buzot y Petion se suicidaron; Condorcet se envenenó, etc.

solo pudieron hallar doscientas víctimas pues la mitad de los habitantes habia huido con la escuadra inglesa. La Convencion, por una medida tan insensata como bárbara, habia decretado la destruccion de Lyon, y la formacion de una nueva ciudad llamada *Municipalidad Emancipada* con las casas de los pobres y los edificios públicos. Collot d'Herbois y Fouché fueron enviados con dos mil hombres del ejército revolucionario para ejecutar ese decreto y castigar á los rebeldes, cuyo encargo cumplieron con feroz estupidez: demolieron las calles mas hermosas, empleando en su obra de destruccion mas de diez mil operarios; crearon una comision de cinco jueces muy semejantes á los asesinos de setiembre, quienes condenaban á siete personas en un cuarto de hora, habiendo enviado al cadalso segun su propia confesion á mil seiscientos ochenta y cuatro individuos; finalmente, encontrando harto lentos el pico y la guillotina, emplearon la mina contra los edificios y la metralla contra los condenados. «Ejercemos la justicia, escribia Fouché, á ejemplo de la naturaleza! venguémonos como debe hacerlo el pueblo! aniquilemos como el rayo!»

Cuantos horrores puede concebir la mente halláronse en Nantes reunidos en la imaginacion de un malvado loco, de Carrier: creyendo justificadas todas las crueldades por los excesos de los vendeanos y la confusion de una guerra civil, hizo asesinar á los habitantes de veinte y dos municipalidades que se habian sometido; mandó sumergir en alta mar algunos buques en los que se encerraban mas de mil quinientos hombres, mujeres y niños; hizo arrojar al Loira parejas de hombres y mujeres atados entre sí, ejecuciones á que daba el nombre de *matrimonios republicanos* (1). Fueron tantas las víctimas tragadas por el rio que debió prohibirse el beber sus aguas corrompidas. Siempre con el sable en la mano y la blasfemia en los labios, aquel Neron de taberna encontró dignos cómplices en los miembros de la junta revolucionaria de Nantes, y ejecutores en un horda de bandidos llamada la compañía de Marat: aquellas fieras se saciaron de

(1) «La derrota de los bandidos, escribia á la Convencion, es tan completa que llegan por centenares á nuestras avanzadas: he tomado el partido de hacerles fusilar. Lo mismo hago con los que vienen de Angers; por humanidad purgo de tales monstruos la tierra de la libertad.»

robos, violaciones y asesinatos; los nanteses acusados de federalismo, fueron objeto de sus furores lo mismo que los vendeanos, y el número de sus víctimas ascendió á quince mil.

§. X.—*Partido de los hebertistas.—Abolicion del culto católico.—Culto de la Razon.*—El terror imperaba en Francia, y cada dia aumentaba el poder y la tiranía de la junta que parecia querer personificar en ella la revolucion; sin embargo, dos fracciones de la Montaña enteramente opuestas y enemigas, empezaban á atacarla para ocupar su lugar y hacer prevalecer en el gobierno otras ideas: eran la de los exagerados, á la cual Hebert daba su nombre, y la de los *moderados*, de la que Danton era el jefe.

La faccion de Hebert que dominaba en la municipalidad, era sostenida por los bandidos del ejército revolucionario, y tenia por instrumentos los convencionales que ensangrentaba Lyon, Tolon y Nantes. Compuesta de locos, de hipócritas y de malvados que plantaban patatas en los jardines, que usaban zuecos para hacer bajar el precio del cuero, que ostentaban los andrajos y asquerosidad de los descamisados, que prohibian el tratamiento de *señor*, y ordenaban que todo el mundo se tuteara, era la reunion de todas las malas pasiones, de los apetitos brutales, de las bárbaras extravagancias que agita naturalmente un gran trastorno social; era la espuma de la revolucion. Su digno jefe era un petardista de profesion, «el *Padre Duchêne*, el cual en su periódico, decia Desmoulins, impulsaba á la desesperacion á veinte clases de ciudadanos y á mas de tres millones de franceses á quienes envolvia en una comun proscripcion; y que para acallar sus remordimientos é inventar nuevas calumnias, necesitaba procurarse una embriaguez mas fuerte que la del vino, y lamer sin cesar la sangre al pié de la guillotina.» Los hebertistas sobrepujaban en su imaginacion atroz y enfermiza los furores de Marat: querian aplicar á toda la Francia las ejecuciones de Nantes y de Lyon, hacer del terror un sistema de gobierno regular y perpetuo, dar á la Francia por únicas instituciones tribunales revolucionarios, juntas revolucionarias, ejércitos revolucionarios. Pedian que la Convencion se disolviese con la esperanza de ocupar un lugar en la nueva asamblea, y que el poder se organizase constitucionalmente con la esperanza de formar parte del consejo ejecutivo. Daban directos ataques á la junta, pero pro-

curaban hacerlos populares, fingiendo atacar únicamente á los indulgentes, acusando á los amigos de Danton, pidiendo el suplicio de los setenta y tres diputados detenidos; y en fin, para vencer á la junta en medidas revolucionarias, imaginaron abolir el culto católico.

El carácter especial de la revolucion, lo mismo que el de la filosofía que la habia producido, era la destruccion de todo lo pasado, y de aquí el profundo desprecio que manifestaban las sectas revolucionarias por los catorce siglos que les precedieran, siglos de barbarie y de fanatismo, en los que no se encontraba un nombre, un recuerdo, un hecho que debiese honrarse; en los que la Francia parecia no haber existido. La única patria cuyos nombres, hechos y recuerdos se invocaban con entusiasmo, eran Roma y Atenas, repúblicas modelos, sociedades perfectas, que se pretendian restaurar, de las que se copiaban las ceremonias y los usos, donde se iban á buscar patronos, héroes y santos, y cuyas palabras en fin, se citaban como textos sagrados. El cristianismo habia destruido el mundo antiguo, tan hermoso y tan querido; el cristianismo habia engendrado el mundo de la edad media, tan horrible y tan odiado, y el cristianismo parecia deber ser la primera víctima de la revolucion. Sin embargo, esta que no ocultaba á la religion augusta su desprecio y su encono, no habia querido emplear la violencia contra ella creyendo al ver los progresos de la incredulidad que acabaria por destruirse por sí misma. Así opinaba la Convencion en la que dominaba el espíritu de la enciclopedia, la Convencion que habia despojado á las iglesias de sus vasos sagrados, que habia festejado á los sacerdotes que se casaban, que habia permitido á la municipalidad de París prohibir la publicidad del culto, quitar las cruces de los cementerios, los nombres de los santos á las calles, y cerrar lo que Chaumette llamaba los «almacenes de clérigos» que habia consentido que sus comisarios «encarcelasen á docenas como decia Andrés Dumont, á los animales negros» que habia aplaudido á uno de sus miembros, á Jacobo Dupont, cuando dijo: «Los dioses del hombre, los míos, son la naturaleza y la razon!... De buena fe lo confieso, soy ateo!» Finalmente, la Convencion, materialista en sus palabras, materialista en sus fiestas, lo habia sido tambien en la reforma del calendario, reforma anexa á

la ley que dotó á la Francia del sistema uniforme de pesos y medidas (5 de octubre de 1793). Hízose datar la era republicana de 1792 ó del año I; el año empezó en 22 de setiembre, día del equinoccio de otoño y de la institucion de la república, y dividiósele en doce meses de treinta días, á los cuales diéronse magníficos nombres, sacados de las estaciones, pero que solo convenian al clima de París. El mes se subdividia en décadas de diez días, y cada uno de estos recibió el nombre de un producto de la tierra; y por fin, terminaban el año cinco días complementarios llamados *sansculottides*. La observancia del domingo, las fiestas religiosas, los nombres de los santos, se encontraron, pues, desterrados del calendario, y parecía que solo faltaba un paso para desterrarles de las iglesias y llegar á la destruccion del culto.

La montaña representaba en los tres partidos que la dividian las tres escuelas filosóficas del siglo XVIII. El partido de Robespierre era admirador apasionado de Rousseau, el «preceptor del género humano,» cuyas ideas morales y políticas queria poner en planta, del cual imitaba hasta el estilo. El partido de Danton con su piedad indulgente, sus gustos licenciosos, su verbosidad mordáz, su afición al lujo y á las artes, representaba la escuela de Voltaire; y por fin la escuela enciclopédica tenia por discípulos los hebertistas, quienes reproducian las extravagancias de Lаметtrie, y parafraseaban en el *Padre Duchêne* dos versos de Diderot, cuya crueldad cínica parecia vaticinar los crímenes del año 93 (1).

Este último partido tenia numerosos secuaces en la Convencion, entre otro Anacarsis Clootz baron prusiano, poseedor de 100,000 libras de renta, el cual se titulaba el orador del género humano, y predicaba la república universal y el culto de la razon. Este ente original resolvió tomar la iniciativa sobre la cuestion religiosa, hasta entonces respetada por el gobierno, realizando así contra la junta un golpe de Estado que pusiese á la municipalidad de París al frente de la revolucion. A instigacion de Hebert y de Clootz, Gobel, obispo de París, seguido de once vicarios, se pre-

(1) Et mes mains ourdiraient les entrailles des prêtre,
A défaut de cordon, pour étrangler les rois.

A falta de sogá, mis manos urdirían las entrañas de los sacerdotes para extrangular á los reyes.

sentó en la Convencion, y declaró renunciar á sus funciones de ministro del culto católico, «por la razon, dijo, de que no debia existir otro culto público y nacional que el de la libertad y de la igualdad (7 de noviembre de 1793).» La Convencion aplaudió á «los que acababan de elevarse en la revolucion á la altura de la filosofia;» «el Ser supremo, dijo el presidenté, no quiere otro culto que el de la razon, y esta será en adelante la religion nacional.» Casi todos los eclesiásticos de la asamblea siguieron el ejemplo de Gobel, y solo Gregoire hizo una animosa protesta: «Católico por conviccion y por sentimiento, dijo, sacerdote por vocacion, he sido designado por el pueblo para la cátedra episcopal; pero mi mision no procede de él ni de nosotros.... Jamás se me arrancará una abdicacion!»

El impulso estaba dado; la municipalidad trasformó la iglesia metropolitana de París en *templo de la Razon*, é hizo celebrar en él una fiesta, donde la Razon representada por una mujer, ocupaba el lugar del Santo de los Santos. Las secciones en masa asistieron á tan vergonzosa ceremonia; y el cortejo, en el que figuraba la diosa sobre un carro antiguo, dirigióse á la Convencion, la cual se agregó á la comitiva. Durante quince dias, la municipalidad parecia haberse vuelto loca; mandó derribar las estatuas de los santos y quemar las reliquias; decretó la demolicion de los campanarios «que por su mayor altura que los demás edificios parecian contrariar los principios de la igualdad,» mandó cerrar todas las iglesias y vigilar la conducta de todos los clérigos: hizo desfilar en la Convencion procesiones de descamisados cubiertos de ornamentos sacerdotales, parodiando las ceremonias católicas, bailando *la Carmagnola* y llevando los bustos de Marat y de Lepelletier, convertidos en los santos del nuevo culto. De todas partes llegaron abjuraciones de sacerdotes infames, declarándose charlatanes é impostores; y aquellas apostasias, último término de la corrupcion en que había caído el clero durante el siglo XVIII, pervirtieron las ideas populares, y dieron gran impulso á la incredulidad. Finalmente, los comisarios de la Convencion mostraron un celo fanático en propagar á las provincias el movimiento hebertista: «En todas partes, escribia Andrés Dumont, se cierran las iglesias, se queman los confesonarios y las imágenes de los santos, se hacen cartuchos con los libros de los

facistoles.» Pero no hicieron otra cosa que comprometer la causa de la república á los ojos de los departamentos que querian ser revolucionarios sin dejar de ser cristianos (1), y el triunfo del ateismo fué para la revolucion, no solo un baldon eterno, si que tambien una rémora que subsiste todavía. Los clamores del clero contra ella quedaron justificados, la idea de que la revolucion era esencialmente anti-cristiana, se convirtió entonces y es aun una preocupacion vulgar. Y finalmente, los extranjeros dijeron que la revolucion se habia quitado la máscara, «que no era mas que la orgía de una horda de bandidos, rebelados contra el mismo Dios,» y que la Francia iba á abismarse en sus propias infamias.

§. XI.—*Partido de los Dantonistas.—El antiguo franciscano.*—En tanto, parte de la Montaña se asustaba, no solo de las extravagancias de los hebertistas, sí que tambien del régimen terrorífico de la junta de salvacion pública; veía á la Convencion y al gobierno arrastrados á las vias de la municipalidad, y la revolucion próxima á ser víctima de sus propios excesos. Tal era la opinion del hombre que hasta entonces habia fomentado las desenfrenadas pasiones de la democracia, instituido las juntas, el tribunal, el ejército revolucionario; y suscitado en fin todas las borrascas populares: tal era la opinion de Danton. Aterrorizado á la vista de las proscripciones de la junta y sobrecogido de vivo dolor por la muerte de los girondinos, se habia retirado á Arcis-sur-Aube, su patria, para respirar allí en libertad. «Volvió á París llevando en su alma la conspiracion que habia formado en el retiro y en el silencio del campo. Su objeto era restablecer el reinado de las leyes y de la justicia para todos, llamar al seno de la Convencion á aquellos de sus miembros que habian sido eliminados; someter á un profundo exámen la constitucion del 93, redactada por cinco ó seis jóvenes en cinco ó seis dias; ofrecer la paz á las potencias de Europa, reparar con un bien inmenso y duradero hecho al género humano los males terribles y pasajeros que él mismo habia causado á la Francia, y colocar á la revolucion bajo un gobierno republicano bastante fuerte para

(1) He visto, dice un contemporáneo, labradores rezar sus oraciones mañana y tarde, detestar las tropelías de sus señores emigrados, y bendecir la revolucion; pero repugnarles oír hablar del párroco intruso, echando de menos las misas y los sermones del refractario (Hist. de las cárceles. t. II.)

hacer eterna la alianza del orden y la libertad (1).» Los diputados que adoptaban tales proyectos eran Herault-Sechelles, Camilo Desmoulins, Philippeaux, Lacroix, Fabre d'Eglantine, etc.; los unos, hombres de costumbres disolutas, amantes de los placeres y del lujo, que aborrecían el reinado de los descamisados y de los fanáticos partidarios de la junta; los otros indulgentes por cálculo personal y porque necesitaban amnistía para su vida privada. Así sucedía con Danton que, antes del 10 de agosto había recibido dinero de la corte (2); con Lacroix, que había dilapidado con él los fondos públicos en Bélgica; con Fabre que se encontraba comprometido junto con otros tres diputados en la falsificación de un decreto. Danton creía ser apoyado en la Convención por los miembros de la Llanura que formaban siempre la mayoría, «pero en cuyos oídos, dice Dussault, resonaban eternas amenazas, cuyos corazones se hallaban dominados por el terror, y á los cuales se había dado el nombre de *Sapos del Marais* (pantano).» Esperaba además ganar para su causa á algunos miembros del gobierno, principalmente á Robespierre, el gran enemigo de los hebertitas, que se había indignado al saber las matanzas de Lyon y Nantes, que había impedido la formación de causa á los setenta y tres, y que siendo en cierto modo el dictador de la opinión, habría podido moderar la marcha del gobierno sin comprometer la revolución; y finalmente propagaba sus ideas por medio de un periódico, considerado como el escrito mas original de aquella época, el *Antiguo Franciscano*, obra de Camilo Desmoulins, de aquella alma viva y tierna, cruel como tantas otras en medio de la agitación revolucionaria, y que de nuevo volvía á la dulzura y á la generosidad, «al ver á la república dueña del campo de batalla.» El *Antiguo Franciscano* iba dirigido contra los hebertistas, y principalmente contra el infame *Padre Duchêne* (3); pero esto no impedía que atacase tambien á la jun-

(1) Mem. de Garat, p. 453.

(2) Bertrand de Molleville, t. VII.

(3) Acaso ignoras, decía á Hebert, que cuando los tiranos de Europa desean envilecer la república, cuando pretenden persuadir á sus esclavos de que la Francia se halla cubierta con las tinieblas de la barbarie, acaso ignoras miserable, que insertan en sus gacetas párrafos de tu periódico, como si el pueblo fuese tan ignorante, como si estuviese tan embrutecido como quisieras hacerlo creer á

ta, haciendo una sangrienta sátira de la ley contra los sospechosos, que comparaba con las leyes de lesa majestad de los emperadores romanos (1), aconsejando el establecimiento de una junta de clemencia que abriese las puertas de las cárceles, y pidiendo que se proclamara en fin un régimen de verdadera libertad (2). Camilo expresaba la opinion de las masas con un estilo fino, duro y único que parecia copiado de Voltaire; las masas le contestaron con un prolongado murmullo de aprobacion; en pocos dias se vendieron cincuenta mil ejemplares del *Antiguo Franciscano*, y recorrió las cárceles un estremecimiento de esperanza.

§. XII.—*Politica de la junta.—Ataques contra ambos partidos.—Suplicio de los Hebertistas.*—La moderacion y el exceso se hallaban frente á frente, pretendiendo ambos apoderarse del poder: del partido que llegase á dominar en la junta, dependia el porvenir de la revolucion. La junta se dividia en tres grupos: el de los *hombres de exámen*, compuesto de Carnot, Lindet, Prieur (de la cote-d'Or), personas de administracion y siempre sepultadas en sus oficinas; el de los *revolucionarios*, compuesto de Collot d'Herbois, Billaud-Varennes y Barrere, hombres de ejecucion y directores de los clubs de la municipalidad; el de los *despóticos*, compuesto de Robespierre, Couthon y Saint-Just, hombres de teoria, encargados de informar á la Convencion (3); el primero se incli-

M. Pitt, como si fuese aquel el lenguaje de la Convencion y de la junta de salvacion pública, como si tus despropósitos fuesen los de la nacion, como si una cloaca de París fuese el Sena?...» (El *Antiguo Franciscano* n.º 5).

(1) «Todo infundia recelos al tirano. Si un ciudadano era popular, considerábasele como un rival del príncipe, capaz de excitar una guerra civil: sospechoso.—Si por el contrario evitaba la popularidad, si se mantenía junto á su hogar, decíase que su vida retirada llamaba sobre él la atencion pública, que le atraía consideracion; sospechoso.—Era rico? era de temer que el pueblo fuese corrompido con sus dones: sospechoso.—Era pobre? En que estais pensando, invencible emperador? como no vigilais de cerca á ese hombre? El mas emprendedor es siempre el que no tiene nada: sospechoso...» (N.º 3 del *Antiguo Franciscano*).

(2) «No, la libertad, la libertad descendida del cielo, no es una ninfa de la Opera, no es un gorro frigio, una camisa sucia ó asquerosos andrajos: la libertad es la razon, es la igualdad, es la justicia. Quereis que la reconozca, que me posbre á sus piés, que vierta toda mi sangre por ella? abrid las cárceles á los doscientos mil ciudadanos á quienes llamais sospechosos.» (N.º 4).

(3) Juan Bon-Saint André y Prieur (del Marne) permanecieron constantemente en mision; Herault-Sechelles fué encarcelado en aquella época por haber dado asilo á un emigrado.

naba hácia los indulgentes, el segundo se hallaba de acuerdo con los ateos, el tercero que odiaba á los unos y á los otros, les creía igualmente inmorales: «En el sistema de la revolucion francesa, decía, lo que es inmoral es contrarevolucionario;» pretendia que ambos partidos se hallaban vendidos al extranjero para deshonrar y perder la república, y finalmente pedia la destruccion de los hebertistas en nombre de Dios, y la de los dantonistas en nombre de la virtud. Los despóticos triunfaron: Billaud, Collot y Barrere consintieron en entregar los ateos mas famosos de la municipalidad, con tal que se respetasen los de la Convencion, y mediante la promesa de que serian sacrificados despues los indulgentes, incluso Danton, á quien Robespierre habria querido salvar (1).

Robespierre empezó en los jacobinos el ataque contra los ateos: «Con que derecho, dijo, algunos hombres desconocidos hasta ahora en la carrera de la revolucion turban la libertad de cultos en nombre de la libertad, y atacan al fanatismo por medio de otro nuevo fanatismo? Con qué derecho pretenden presentar como farsas ridículas los homenajes tributados á la pura verdad? Se ha supuesto que al admitir las ofrendas cívicas, la Convencion habia prescrito el culto católico; no, la Convencion no ha dado tan temerario paso ni lo dará jamás.» Los hebertistas quedaron desconcertados por semejente ataque, y mas aun por un decreto dado á petición de Robespierre, que prohibia toda violencia contraria á la libertad de cultos. Entonces la municipalidad se retractó, y declaró libres á los partidarios de cada religion el reunirse en lugares adquiridos por ellos y mantenidos á sus expensas; cesaron los sacrificios del culto de la razon; pero habian dado ya su fruto: las iglesias quedaron cerradas; el culto católico quedó abolido de hecho; las personas de religion fueron miradas como sospechosas, y los actos administrativos continuaron llevando el sello del ateismo.

Antes de trabar mas sériamente la lucha, quiso la junta dar al poder una nueva concentracion, é hizo promulgar un decreto que fué en realidad el reglamento constitutivo del gobierno revolu-

(1) «La primera vez que denuncié á Danton ante la junta, dice Billaud, el 9 de Termidor, Robespierre se levantó furioso, diciendo que conocia mis intenciones, que mi objeto era pelear á los mejores patriotas.»

cionario (4 de diciembre de 1793): «Gobierno, decía Robespierre, que es para muchos un enigma ó un escándalo, pero cuyo objeto es fundar la república, así como será conservarla el del gobierno constitucional.» Todos los cuerpos constituidos y los funcionarios públicos quedaron bajo las órdenes directas de la junta.—La aplicación de las leyes revolucionarias se confió á las juntas revolucionarias, que correspondían directamente con las juntas de salvación pública y de seguridad general.—Los procuradores síndicos de los departamentos y de las municipalidades eran reemplazados por agentes nacionales, los cuales dejaban de ser personas de las localidades para serlo del gobierno.—Quedaba prohibido á los representantes encargados de esta misión y á las autoridades locales el extender ó limitar los decretos, el hacer levas de hombres y de dinero, etc.—Creábase el *Boletín de las Leyes* para la promulgación de los decretos y actos del gobierno.—Estas disposiciones fueron motivadas en un discurso de Robespierre «sobre los principios de moral que debían dirigir al gobierno revolucionario,» discurso que fué al mismo tiempo un manifiesto contra los indulgentes y contra los ateos (5 de febrero de 1794).» En el exterior, dijo, nos asedian los tiranos; en el interior conspiran los partidarios de la tiranía. Es necesario aniquilar á los enemigos interiores y exteriores de la república ó morir con ella; y en semejante situación la primera máxima de nuestra política debe ser: guíemos al pueblo por medio de la razón, lancemos el terror entre los enemigos del pueblo. Si la fuerza del gobierno popular estriba durante la paz en la virtud, la fuerza del gobierno popular en tiempo de revolución consiste á la vez en la virtud y en el terror; pues no siendo este más que la justicia pronta, severa é inflexible, no es otra cosa que una emanación de la virtud. Castigar á los opresores de la humanidad, es clemencia; perdonarles, es barbarie... Los enemigos interiores del pueblo se han dividido en dos facciones que marchan por distintos senderos á un mismo fin, la desorganización del poder popular y el triunfo de la tiranía. Una de dichas facciones nos aconseja la debilidad, y la otra el exceso; la una desea cambiar la libertad en bacante y la otra en prostituta.»

Este manifiesto fué seguido de algunas prisiones en ambos partidos: por una parte prendióse á Ronsin, general del ejército

revolucionario, y á Vincent, secretario general del ministro de la guerra; y por otra á Fabre, á Chabot y á Delaunay que habian falsificado mediante una suma de 500,000 libras, el decreto de abolicion de la compañía de las Indias, arresando además á algunos extranjeros para hacer creer la complicidad de unos y otros en la coalicion. Los indulgentes solo contestaron con sarcasmos á semejante ataque; pero los ateos procuraron sublevar al pueblo: insurreccionóse una seccion; el club de los franciscanos declaró la patria en peligro, y creyóse que iba á estallar otro 31 de mayo. Esto no obstante, la municipalidad no se atrevió á decidirse; el ejército revolucionario no se movió; el pueblo no contestó al grito de insurreccion, y fueron presos dos jefes de la conspiracion. Saint-Just pidió á la Convencion que se les formara causa (13 de marzo): «Tiempo es ya, dijo, de introducir la moral entre todo el mundo y el terror entre la aristocracia; tiempo es ya de convertir en deber todas las virtudes, de hacer la guerra á toda clase de perversidad, de colocar á la revolucion en el estado civil, de inmolar sin piedad en la tumba del tirano á cuantos suspiren por la tiranía, á cuantos deseen vengarla, á cuantos puedan hacerla revivir entre nosotros... Existe en la república una conjuracion tramada por el extranjero para impedir por medio de la corrupcion el establecimiento de la libertad: los vicios todos se han armado contra la virtud, opongámosles, pues, la justicia y la probidad!» Y la Convencion declara traidor á la patria á todo el que favorezca en la república el plan de corrupcion de los ciudadanos, de la subdivision de los poderes y del espíritu público; á todo el que excite alarma sobre subsistencias, dé asilo á un emigrado, intente variar la forma del gobierno, etc. Los acusados de conspiracion que se hayan sustraído á la pena que les haya sido impuesta, son colocados fuera de la ley; el que oculte á un individuo colocado fuera de la ley, será castigado con la muerte, etc.

Hebert, Ronsin, Vincent, Clootz, algunos jefes del ejército revolucionario que se habian distinguido por sus atrocidades, y varios extranjeros que conocian apenas á los hebertistas, formando un total de diez y nueve personas, fueron llevados ante el tribunal revolucionario como cómplices de la conjuracion, condenados á muerte y ejecutados (24 de marzo).

§. XIII.—*Suplicio de los dantonistas.*—El suplicio de los hebertistas produjo viva sensacion; era aquella la primera vez en cinco años que el gobierno triunfaba de la insurreccion, que la resistencia vencía al movimiento, que la revolucion se detenía. Creyóse generalmente en un cambio de política; los dantonistas se imaginaron que la junta participaba de sus ideas; los presos alimentaron risueñas esperanzas; los partidos vencidos levantaron la frente con insensata confianza, y en varios departamentos hubo tentativas de reaccion realista. Semejante estado de cosas justificaba, por decirlo así, el sistema del terror; y convencida la junta de que el menor asomo de indulgencia produciría la contrarrevolucion, resolvió aniquilar las esperanzas de los vencidos, hiriendo á los imprudentes patriotas que habian dado el primer grito de moderacion. La oposicion de los indulgentes era menos peligrosa que la de los ateos, pero Danton era mas temible que Hebert, y además los miembros de la junta tenian que satisfacer contra él venganzas de orgullo, tenian que saciar su ambicion privada y garantizar su vida. Robespierre era el único que deseaba la destruccion del partido sin la de su jefe, y tratóse de reconciliarle con Danton; mas no habia acuerdo posible entre el sectario codicioso y solapado, que con salvaje disimulo, con una austeridad casi monacal, sin familiaridad, sin tolerancia, sin placeres, vivia bajo el techo y se sentaba á la mesa de un carpintero, y el revolucionario ardiente y expansivo, accesible á todas las pasiones generosas, adorado de sus amigos, apasionado por los palacios y los festines, y amante de acompañarse de aristócratas y disolutos: «Mi vida, decia Robespierre, ha sido un eterno sacrificio de mis afecciones. Si mi amigo fuese culpable, le sacrificaría en aras de la república.»

Danton fué advertido del peligro que corria y se negó á ponerse en defensa. Sin razon ni pretexto para intentar una insurreccion en la que habria hallado contra él al pueblo y á la Convencion, al mismo tiempo que la fuerza y el derecho se hallaban de parte de sus adversarios, jamás habia pensado en hacer prevalecer sus ideas á no ser por la opinion pública, y por lo tanto no podia imaginar que la junta hiciese de su oposicion un motivo de acusacion contra él: «No se atreverá,» decia fiado en sus servicios y en su fama; y á los que le aconsejaban la fuga, contes-

taba: «Acaso se lleva la patria en la suela de los zapatos?» Durante este tiempo la junta tomaba sus medidas, y seis días después de la muerte de los hebertistas fueron presos Danton, Desmoulins, Philippeaux, Lacroix y Bazire (30 de marzo).

Al saberlo la Convencion quedó asombrada, y algunos diputados habian hecho oír palabras de resistencia, cuando llegó Robespierre: «Por la agitacion hace mucho tiempo ignorada que reina [en esta asamblea, dijo, fácil es conocer que se trata aquí] de un grande interés... El que tiembla en estos momentos es culpable... Veremos si en este día sabrá la Convencion derribar un pretendido ídolo, carcomido desde mucho tiempo, ó si en su caída aniquilará aquel á la Convencion y al pueblo francés.» Saint-Just pidió en seguida el decreto de acusacion contra los cinco diputados, pronunciando un discurso lleno de odiosas sutilezas, y en el que se desnaturalizaban los hechos mas conocidos: segun él, Danton se hallaba vendido á Mirabeau, al duque de Orleans, á Dumouriez; aquel Catilina ambicioso y disoluto se hallaba de acuerdo con los girondinos, conspiraba con Hebert, y estaba en trato con los extranjeros para restablecer á Luis XVII. Atemorizada la Convencion votó por unanimidad el decreto de acusacion contra los hombres cuya muerte iba á entregarla sin defensa al despotismo de la junta, envolviendo en la desgracia de los cinco diputados á Herault-Sechelles y á Westermann que participaban de sus ideas, á Fabre, á Chabot, á De-launay y á varios extranjeros y asentistas á fin de que se creyese la complicidad de los moderados con los falsarios, los emigrados y los agiotistas.

Al entrar Danton en la conciergería exclamó: «En día como este instituí el tribunal revolucionario; pido por ello perdon á Dios y á los hombres, pues mi objeto no era otro que impedir un nuevo setiembre.» París entero se conmovió al ver comparecer ante el tribunal aquellos diputados tan célebres que contaban apenas treinta y tres ó treinta y cuatro años, y que se hallaban en toda la fuerza del talento y del carácter. Danton no pudo reprimir su ardiente indignacion: «Vengan los cobardes que me acusan, gritaba, y les cubriré de ignominia... Preséntese la junta; solo á ella contestaré; que venga; la necesito por acusadora y por testigo.» El tribunal quedó intimidado; la junta se alar-

mó; Saint-Just y Billaud encargaron al acusador público, Fouquier-Tinville que no contestara á la demanda de los acusados, que llenara á fuerza de astucias los tres días señalados, y que cerrara luego los debates; mas Danton continuó en sus invectivas; Fouquier no sabía ya á qué partido apelar, y el pueblo empezaba á agitarse cuando la junta tuvo noticia de algunas palabras del general Dillon, encerrado en el Luxemburgo, que parecían anunciar el proyecto de libertar á los acusados. Aquellos vagos dichos fueron convertidos en una conspiracion de las cárceles: Sain-Just anunció á la asamblea la fingida conjuracion, añadiendo que los acusados se hallaban en plena rebelion contra el tribunal, y la Convencion, aterrorizada, autorizó al tribunal á declarar cerrados los debates para los acusados que faltasen al respeto debido á la justicia, y á resolver inmediatamente acerca de su suerte. Armado con este decreto, Fouquier puso fin á los debates, ordenó que arrastrasen fuera de la sala á los acusados furiosos, é hizo pronunciar su sentencia. Los presos en número de quince fueron conducidos al patíbulo (5 de abril), y algunos días despues fueron ejecutados, bajo el pretexto de la conspiracion de las cárceles, los restos de ambos partidos, como Chaumette, Gobel, el general Dillon, las viudas de Hebert y de Desmoulines, etc.

Entonces quedó vencida la última resistencia, y no se oyó voz alguna contra la dictadura del terror; cuanto habia manifestado alguna oposicion, se apresuró á humillarse y someterse; de todos los puntos de Francia se dirigieron felicitaciones á la junta, la cual reinó sin rival, y con mayor poder del que tuviera jamás monarca alguno. «Once ejércitos que dirigir, decia Robespierre en la Convencion, el peso de la Europa entera que sostener, por todas partes traidores á quienes castigar, emisarios asalariados por las potencias extranjeras á quienes descubrir, administradores infieles á quienes vigilar; por todas partes obstáculos que allanar, tiranos que combatir, conspiradores que intimidar, tales son nuestras funciones.» Entonces la junta pudo dedicarse por completo á la obra que amenguará en la posteridad el recuerdo de su sanguinaria tiranía, la salvacion del país. La campaña de 1794 habia empezado, y esa campaña completó la del 93, y dió á la revolucion la actitud conquistadora que debia conservar durante veinte años.

§. XIV.—*Campana de verano en 1794.—Batallas de Trosville, de Courtray, de la Sambre, de Turcoing, de Pont-a-Chin y de Fleurus.—Conquista de la Bélgica.*—La guerra solo habia aprovechado á dos Estados, á los mismos que deben á aquella guerra su actual grandeza, los cuales gobernados por los dos poderes mas sábios, mas completos que habian salido de la sociedad antigua, eran por consiguiente los dos mas grandes enemigos de la revolucion: eran la Inglaterra y la Rusia. La cuestion democrática se agitaba hacia cinco años, en Francia principalmente y en segundo lugar en Polonia, estados condenados á la destruccion por la coalicion de los reyes y de los nobles. La Rusia se habia encargado de domar á la Polonia. « Donde dos desmembramientos no habian impedido la expansion de los principios franceses » y que entonces iba á arriesgar en una última insurreccion los restos de su gloriosa existencia (marzo de 1794). La Inglaterra se hallaba sola por decirlo así en la guerra contra la Francia, pues la Prusia y la España se hallaban dispuestas á retirarse de una coalicion en la que se veian las víctimas de sus aliados, y la Holanda, el Piamonte y el Austria empezaban á cansarse de sus repetidas derrotas; sin embargo, Pitt desplegó todos los recursos de su genio para reanimar una guerra, que, salvando á la aristocracia británica acababa de dar á la Inglaterra, sin disparar un cañonazo, el imperio de los mares, objeto de sus votos y de sus esfuerzos. Apesar de las turbulencias democráticas que agitaban á varios condados, de las declamaciones de los clubs que pedian la convocacion de una Convencion nacional, de la elocuente oposicion de Fox y de Sheridan que calificaban de injusta y onerosa una guerra hecha á un pueblo libre para aumentar la prerogativa real, Pitt obtuvo del parlamento cuantas medidas solicitó « para impedir que la demagogia sustituyese sus sediciosas utopias á la constitucion británica, » es decir, para lograr la destruccion de los clubs, la suspension de la libertad individual, el aumento del ejército y de la marina, la autorizacion de asalariar á cuarenta mil emigrados ó extranjeros, etc. El ministro dió á la Prusia 150,000 libras esterlinas mensuales á fin de que mantuviera sesenta y dos mil hombres sobre las armas; corrompió á fuerza de oro al ministro de España; comunicó nuevo encono al Austria, á la Holanda y al Piamonte; obligó á Nápoles, á Génova y á Flo-

rencia á abandonar su neutralidad; dejó que la Rusia aniquilara á la Polonia con tal que la escuadra rusa obligase á la Dinamarca y á la Suecia á reconocer el nuevo derecho de gentes que la Gran Bretaña imponía á los mares; ordenó á sus bajeles la captura de cuantos buques iban destinados á Francia, y apresó en las embarcaciones americanas marineros para sus escuadras; envió una formidable armada á las Indias, otra á las Antillas y otra á Jersey; desembarcó cuarenta mil hombres en Holanda, y finalmente, habiendo los aliados puesto en línea mas de cuatrocientos mil hombres, hizo resolver que la tercera parte de dichas fuerzas se destinase á marchar sobre París.

Esto no obstantante y á pesar del ardor de Pitt, la coalicion se hallaba reducida á los recursos metódicos y regulares de sus quintas y de su hacienda, mientras la Francia por el contrario que empleaba en la guerra toda su poblacion, todas sus riquezas, todos los recursos de la civilizacion y de la ciencia, oponía á los aliados fuerzas sin ejemplo en los anales modernos. La leva en masa, de la cual solo los primeros batallones habian contribuido á los triunfos de la última campaña, habia dado quinientos mil hombres (1); las fábricas de armas habian producido un millon de fusiles; las fundiciones podian aprontar siete mil cañones cada año; habíanse extraído de la tierra doce millones de libras de salitre; nuestra marina arruinada por la emigracion habia sido reclutada merced al vigor tiránico de Saint-André y de Prieur entre los campesinos y los capitanes mercantes: sesenta buques protegían nuestras costas, y nuestros intrépidos corsarios habian capturado ya cuatrocientas embarcaciones al comercio británico.

El ejército del Norte mandado por Pichegru contaba ciento

(1) Segun un documento publicado en 1845 por el ministerio de la guerra, las levadas de hombres hechas durante la guerra de la revolucion hasta la paz de Campo-Formio, fueron las siguientes:

Quintas y voluntarios antes del 1.º de marzo de 1793.	369,000
Quinta de 300,000 hombres (decreto de 24 de febrero de 1793).	464,000
Quinta permanente (decreto de 23 de agosto de 1793).	425,000
Cuerpos aislados formados espontáneamente.	414,000
Ejército de línea en 1792.	220,000
Total.	1,892,000

sesenta mil hombres, divididos de este modo: la izquierda entre Lilla y Dunkerque tenia setenta mil; el centro, entre Cambray y Bouchain, cincuenta mil, y la derecha, entre Maubeuge y Avesnes, cuarenta mil. Los aliados disponian de fuerzas casi iguales: Clairfayt con treinta mil hombres, dominaba el Sambre, y en el centro Coburgo con cien mil, puso sitio á Landrecies, á fin de marchar por Guisa hácia París luego de tomada aquella plaza. Los franceses siguiendo el plan de Carnot, que habia echado en olvido su gran principio de combatir en masa, trataron primeramente de hacer levantar el sitio de Landrecies, pero sus desordenados ataques contra toda la línea enemiga, quedaron sin resultado alguno. Entonces se resolvió operar con las dos alas en el Lys y en el Sambre, mientras que el centro atacase á Coburgo; pero el centro fué completamente derrotado en Troisville (26 de abril de 1794), y su derrota apresuró la rendicion de Landrecies; la derecha se limitó á hacer un inútil paseo militar, y la izquierda solo debió su salvacion á una falta de Coburgo, el cual permaneció inmóvil despues de la toma de Landrecies, al mismo tiempo que el ejército de Lilla, mandado por Moreau y Souham se apoderó de Courtray y de Menin, derrotó á Clairfayt en Mouscron (29 de abril), y enseguida á Courtray (10 de mayo). Al ver Pichegru el buen éxito del ataque en su izquierda, dividió su centro entre sus dos alas, y dejó únicamente veinte mil hombres en Guisa delante de Coburgo, el cual vacilaba entre marchar al auxilio de Clairfayt ó de Kanitz. El ejército del Sambre, dirigido por los representantes Saint-Just y Lebas, y mandado por los generales Desjardins y Charbonnier, debia verificar contra la izquierda de los aliados, colocada entre Mons y Charleroy, el mismo movimiento que habia realizado en su derecha el ejército de Lilla; tres veces pasó el Sambre, y otras tantas se vió obligado á retirarse, despues de las tres batallas de Grandreng, de Pechant y de Marchiennes, en las que perdió diez mil hombres (10, 20 y 26 de mayo). Ambos representantes se hallaban sin cesar con el sable en la mano á la cabeza de las columnas, haciendo temblar á los generales por su severidad, y excitando con su valor el entusiasmo de los soldados; sus esfuerzos fueron inútiles, y la cuarta vez que pasaron el rio fué seguida de una cuarta derrota.

En tanto, Coburgo, dividiendo su centro á ejemplo de Piche-

grú habia enviado refuerzos á Kaunitz, mientras que se dirigia en persona al auxilio de Clairfayt, resolviendo interceptar la comunicacion con Lilla á Moreau y á Souham, que se encontraban en Courtray; para ello dirigió sus tropas diseminadas desde Thielt hasta Saint-Amand, hácia Turcoing; mas los generales franceses que habian reunido rápidamente en aquel punto setenta mil hombres (18 de mayo), sorprendieron á las columnas austriacas, las derrotaron y las obligaron á retirarse con una pérdida de tres mil hombres y de sesenta cañones. El día siguiente llegó Pichegru y emprendió la persecucion del enemigo; pero despues de una sangrienta batalla dada en Pont-á-Chin, en el Escalda, vióse obligado á tomar sus primeras posiciones. Entonces puso sitio á Ipres á fin de atraer á Clairfayt y de vencerlo aisladamente; y en efecto, este al avanzar hasta Hooglede, experimentó una nueva derrota, é Ipres abrió sus puertas (17 de junio).

Hacia dos meses que las fuerzas de ambos partidos chocaban entre sí ó corrian desde el Sambre hasta el mar, sin que aquellos multiplicados movimientos, aquellos sangrientos choques, hubiesen dado resultado alguno; pero en aquel momento Carnot conoció los defectos de su plan, y reparólo todo por medio de una maniobra decisiva. El ejército del Mosella compuesto de sesenta mil hombres á las órdenes de Jourdan habia permanecido en una inaccion casi completa desde que habia sido levantado el bloqueo de Landau, cuando aquel general recibió la orden de incorporarse con cuarenta y cinco mil hombres al ejército del Sambre; púsose en marcha sin pérdida de momento, y llegó en el instante en que Saint-Just y Lebas, despues de haber pasado por quinta vez el rio y atacado Charleroy, acababan de ser rechazados de nuevo (3 de junio). Jourdan tomó el mando de ambos ejércitos que formaban un total de unos cien mil hombres y que fueron confundidos bajo el nombre de Sambre-et-Meuse; pasó el Sambre y atacó Charleroy; pero antes de que se hallase en línea todo su ejército, fué detenido en las alturas de Fleurus por todas las fuerzas enemigas, y despues de una obstinada resistencia, tuvo que pasar otra vez el rio (16 de junio).

Lebas y Saint-Just quisieron que se hiciese una nueva tentativa sin pérdida de momento; Charleroy era la clave de la campa-

ña, pues su rendición facilitaba la marcha de los franceses hácia Bruselas, y obligaba al enemigo á abandonar cuantas posiciones tenia entre el Sambre, el mar y las plazas fuertes de nuestra frontera. Efectuóse el paso del rio, Charleroy fué atacado, y dióse tal impulso á las operaciones de sitio, que la ciudad se rindió al cabo de siete dias. La guarnicion acababa de abandonarla cuando tronó el cañon en las alturas de Fleurus; era Coburgo que llegaba para libertar la plaza por medio de una batalla decisiva. Despues de pasear sucesivamente y en detall sus masas centrales desde el Lys al Sambre, se habia decidido á partir de Tournay para Charleroy, dejando en el Escalda á Clairfayt y al duque de York; seguido de setenta mil hombres llegó á Nivelles, é ignorando la toma de Charleroy, atacó al ejército francés, compuesto de ochenta mil hombres, y formado en semi-círculo en las alturas de Fleurus. La batalla fué muy encarnizada, y derrotado el enemigo, emprendió su retirada hácia Bruselas con una pérdida de cuatro ó cinco mil hombres (25 de junio).

La junta no aprovechó tan decisiva victoria para amenazar la línea del Meuse, y la comunicacion directa de los imperiales con su base del Rhin, y se limitó á dirigir á Pichegru contra Brujas y á Jourdan contra Mons, destacando de ambos ejércitos tres divisiones para atacar Landrecies, el Quesnoy, Valenciennes y Condé. El duque de York evacuó Brujas y Gante, y Coburgo, Bruselas; sus tropas vencidas en todos los encuentros se retiraron detrás del Dyle, donde se reunieron; mas los ingleses solo pensaron en cubrir la Holanda, y los austriacos en acercarse á Colonia. Separáronse pues, y de este modo proporcionaron á los dos ejércitos franceses, que acababan de reunirse en Bruselas, la ocasion única de aniquilarles á unos despues de otros (10 de julio); pero en vez de aprovecharla, Pichegru y Jourdan apenas reunidos, se separaron tambien y marcharon el primero hácia Malines y hácia Tirlemont el segundo. Pichegru persiguió muy lentamente á los ingleses, los cuales abandonaron Amberes y se retiraron hácia Breda, al mismo tiempo que Jourdan, mas activo, vencía á los austriacos en Louvain, obligábales á pasar otra vez el Meuse, y entraba en Lieja. Entonces los franceses se detuvieron por orden de la junta hasta que hubiesen capitulado las cuatro plazas de Flandes (25 de junio); los ingleses se hallaban

acampados detrás de Breda y Eindhoven, y los austriacos dominaban el Meuse desde Ruremonde á Lieja.

§. XV.—*Batallas de Saorgio y de Boulou.*—Las operaciones fueron poco importantes en los ejércitos del Mosella y del Rhin, donde sesenta mil franceses ocupaban las líneas del Sarre, del Lauter y del Spirebach delante de setenta mil prusianos; pero en los Alpes y en los Pirineos, las dos batallas de Saorgio y de Boulou abrieron la Italia y la España á los soldados republicanos.

Los ejércitos de los Alpes y de Italia constaban juntos de setenta y cinco mil hombres, y habían recibido orden de apoderarse de la cima de las montañas, ocupadas desde el monte Blanco hasta el mar por cuarenta mil piemonteses. Operando aisladamente, apoderóse sin obstáculo el ejército de los Alpes del pequeño San Bernardo y del monte Cenis, mientras que el de Italia resolvió marchar contra el campamento de Saorgio, que desde hacia dos años se oponía á su paso, atacándolo por su derecha, esto es, por las fuentes del Tanaro. Este plan había sido concebido por el joven Bonaparte que mandaba la artillería, y que dirigía con sus consejos al anciano general Dumerbion; y en efecto, en menos de veinte dias apoderáronse los franceses de Orella, de Ormea, de Garessio y del puerto Ardiente (28 de abril); los piemonteses abandonaron Saorgio y la garganta de Tende con cuatro mil prisioneros y setenta cañones, y los republicanos quedaron dueños de toda la cresta de los Alpes, desde las fuentes de Stura hasta las de Doria d' Aoste. Los dos ejércitos podían, siguiendo ambos ríos, penetrar hasta Turin, y reunirse bajo los muros de aquella ciudad; pero la junta no supo dar un fin único á sus operaciones, y despues de tan brillante principio permanecieron aquellos en la inaccion.

En los Pirineos orientales, Dugommier había reorganizado el ejército con inteligente actividad; aumentóle hasta sesenta mil hombres, y atacó de frente el campamento de Boulou, donde los españoles se habían fortificado de un modo formidable (1.º de mayo), al mismo tiempo que enviaba contra él una division por el camino de Bellegarde. El ejército español fué puesto en completa derrota; el centro en masa quedó muerto ó fué hecho prisionero junto con inmensos bagajes y ciento cuarenta cañones; la derecha permaneció aislada en la dirección de Collioure, y solo que-

dó intacta la izquierda estacionada en S. Lorenzo. Esta victoria llevó á los franceses bajo los muros de Bellegarde que fué sitiada, y bajo los de Collioure que bloquearon. La última plaza, junto con Saint-Elne y Port-Vendres, se rindió entregando prisionera el ala derecha del ejército español, y los franceses esperaron la rendición de Bellegarde para penetrar en Cataluña.

§. XVI.—*Reveses marítimos.—Combate naval de 1.º de junio.*—Tantos triunfos fueron compensados por reveses marítimos. En Córcega, dos representantes se defendían todavía en Bastía contra las fuerzas de Paoli, cuando bloqueados por la escuadra inglesa que acababa de salir de Tolon, viéronse obligados á rendirse (20 de julio), y la isla proclamó al rey de Inglaterra, el cual tomó el título de rey de Córcega. Nuestros establecimientos de la India fueron arrebatados sin disparar un tiro. La Guadalupe fué perdida, recobrada y otra vez perdida. En la Martinica, Rochambeau con cuatrocientos hombres se resistió por espacio de treinta y dos días en un fuerte apenas cerrado, contra seis mil apoyados por una armada, y tuvo al fin que rendirse. Santo Domingo era teatro de una espantosa guerra civil entre los negros y los blancos (1), y los ingleses se aprovecharon de ella para apoderarse de San Nicolás y de Puerto Príncipe. Finalmente, la Francia perdió la mas terrible batalla naval que hubiese dado jamás á los domínios del mar: había salido de Santo Domingo y se acercaba á las costas de Francia un convoy de granos, al que se habían unido algunos buques de los Estados Unidos, formando un total de doscientas velas y escoltado únicamente por tres fragatas. El almirante Howe cruzaba por el golfo de Gascuña con treinta y ocho buques con objeto de capturar el convoy de que dependía en aquel momento la vida de la Francia, presa de una horrible escasez, y Saint-André y Priour, desplegando maravillosa actividad y prodigando el oro, hicieron salir de Brest veinte y seis naves tripuladas por campesinos, á quienes debió enseñarse la maniobra durante el camino, y mandadas por un simple capitán llamado Villaret-Joyeuse. A cien leguas de la costa, avistóse la escuadra inglesa, y Saint-André, que montaba un navío de ciento treinta ca-

(1) En 4 de Febrero de 1794 la Convencion habia decretado la abolición inmediata de la esclavitud en las colonias, reconociendo á todos los habitantes sin distinción de color, como á ciudadanos franceses.

ñones, impulsado por el ardor de la tripulación, trabó un combate que estaba en su mano evitar (1.º de junio de 1794). Sin embargo, el entusiasmo no suple la experiencia en los combates marítimos, y á pesar del furioso valor de los republicanos, los ingleses rompieron el centro, envolvieron y aniquilaron el ala izquierda, y obligaron á la derecha á permanecer espectadora de la lucha. Los franceses perdieron ocho mil hombres y siete navíos: uno de ellos, *el Vengador*, se fué á pique á los gritos de: Viva la república. Los ingleses quedaron horrorizados de su victoria, y celebraron el heroísmo de los vencidos; su escuadra habia sufrido tales averías, que se vió obligada á refugiarse en sus puertos, y el convoy de Santo Domingo pudo llegar á Francia sin obstáculo.

§. XVII.—*Dictadura de la junta.*—*Continuacion del terror.*—Apesar de los reveses marítimos, de los restos de la Vendée que ocupaban aun á cincuenta mil hombres, de la *chuaneria* que empezaba á infestar la Bretaña, la campaña de estío de 1794 habia asegurado en el exterior el estado de la república, al mismo tiempo que aumentaban los sufrimientos del interior. Los asignados solo tenian la sexta parte de su valor; debiendo alimentar á catorce ejércitos, era imposible suspender su emision, y el valor de los que circulaban ascendia á 4 ó 5 mil millones; los embarcos se habian hecho con tanta confusion y tiranía, que la mayor parte de las materias primeras habian desaparecido del mercado; no se encontraban caballos, la produccion se hallaba en casi todas partes suspendida, la industria y el comercio solo se ejercian para atender á las necesidades de la guerra y al diario sustento, y el *maximum* no bastaba á contener la carestía. A despecho de las minuciosas y multiplicadas medidas con que se trataba de asegurar la ejecucion de aquella ley, era eludida casi abiertamente por los mercaderes, quienes tenian dos especies de mercancías, buena la una para los ricos que satisfacian el precio real, y mala la otra para el pueblo que pagaba el precio del *maximum*: tales hechos eran un continuo origen de clamores, de riñas y de excesos.

Esto no obstante la junta mostraba una vigilancia igual á su vigor; y, exceptuando las turbulencias originadas por la carestía, habia puesto fin á la anarquía que desolaba el país hacia

cinco años, é introducido en el gobierno el órden, la unidad y la accion mas absoluta y despótica. Los ministerios habian sido suprimidos como inútiles, y reemplazados por doce comisiones que no eran otra cosa que secciones de la junta; el ejército revolucionario habia sido licenciado como compuesto exclusivamente de bandidos; las juntas revolucionarias de las municipalidades habian sido suprimidas excepto la de París, á fin de que la policía fuese mas activa concentrada en pocas manos; todos los clubs, exceptuando el de los jacobinos que era mas que nunca el regulador de la opinion, habian desaparecido; y finalmente decretóse la expulsion de París y de las plazas fuertes de todos los antiguos nobles, al mismo tiempo que parecia haberse elevado á plan el exterminio de los enemigos de la república, y que aumentaban las ejecuciones. Carrier continuaba en Nantes sus locuras sanguinarias; en Orange se habia instituido un tribunal revolucionario que juzgaba sin jurados y por pruebas morales á los sospechosos del Mediodía; y el representante Maignet, presidente del tribunal, mandó destruir, junto con sus habitantes, el pueblo de Bedouin, que habia ofrecido síntomas de rebelion. José Lebon imitaba en Arras los furores, las orgías y las crueldades de Carrier, y encontró un defensor en Barrere, el cual excusó «su proceder algo acerbo». El tribunal de París condenaba por *hornadas* á individuos que jamás se habian conocido, y á los cuales se dirigian apenas algunas preguntas (1); halláronse entre las víctimas la virtuosa hermana de Luis XVI, el anciano Maesherbes con toda su familia, los constituyentes Chapelier y Thouret, el químico Lavoisier, etc. Nunca hubo fanáticos que marchasen á su objeto con mayor indiferencia por los medios, con menos piedad hácia los sufrimientos individuales, con tan poca inquietud por el número y el ardor de los odios que excitaban. «Cuando se quiere el bien, decian, se tiene el derecho de ser audaz, inflexible, inexorable.—Los crímenes contra una república no se perdonan, escribia Billaud á uno de los comisarios convencionales; se expian solo bajo el hacha.—Los funcio-

(1) «Fué grande mi sorpresa, dice Senart, agente de la junta de seguridad general, al ser conducidos ante el tribunal, bajo pretexto de una misma conspiracion, á hombres cuyos crímenes nada tenian que ver con dicho asunto, que jamás se habian visto, y á otros que eran del todo inocentes.»

marios, decia Collot en los jacobinos, deben penetrarse de la idea de que quizás no hay una calle, un callejon, donde no se halle un traidor meditando una última conspiracion: sea la muerte, y la muerte mas pronta, el castigo de su crimen.—Es preciso que nuestros enemigos perezcan, decia Barrere en la Convencion; solo los muertos no vuelven.—Aquellos hombres, dice Dussault, tenian la tez y la fisonomía marchitas por los penosos y nocturnos trabajos á que se entregaban; la costumbre y la necesidad de guardar secreto habian impreso en su rostro un sombrío carácter de disimulo, y sus ojos hundidos y sangrientos tenian algo de siniestro. El prolongado ejercicio del poder habia dejado en su frente y en sus modales cierta expresion de orgullo y desprecio; los miembros de la junta de seguridad general se parecian en algo á los antiguos tenientes de policía, y los de la junta de salvación pública á los antiguos ministros de estado.»

§. XVII.—*Proyectos políticos y religiosos de Robespierre.—Decreto reconociendo al Ser Supremo.—Oposicion á los proyectos de Robespierre.*—A pesar de lo dicho, Robespierre, Couthon y Saint-Just, si bien aprobaban el sistema de exterminio, querian «señalar un término á la revolucion;» y esos hombres sistemáticos que solo habian visto en los partidos de Hebert y de Danton á la anarquía negando á Dios, al libertinaje rechazando toda idea austera, pretendian efectuar una transformacion social, que cambiase completamente las costumbres, el carácter y las pasiones de los franceses. Soñaban con una democracia quimérica, con una república á la manera de Esparta, con una sociedad distinta de las ideas y de los hábitos europeos; sin pensar en instruir, en purificar, en moralizar á la multitud, la habian tomado por origen del derecho y de la fuerza, y la adoraban como tal. «El sentimiento que en ellos dominaba y que no trataban de ocultar, era que todo lo que hace el pueblo y todo lo que en su pro se dice, es virtud y verdad, no pudiendo nada ser exceso, error ó crimen (1).» «Los infelices son los poderosos de la tierra, decian, y tienen derecho á imponer leyes á los gobiernos que les desprecian.» Ajenos á la idea de llegar gradualmente á su fin en los límites de lo posible, pretendian obrar una regeneracion repen-

(1) Garat, p. 334.

tina, universal, absoluta. «Queremos decian, un órden de cosas en que todas las pasiones bajas y crueles, se hallen encadenadas, en que sean fomentadas por las leyes todas las pasiones benéficas y generosas, en que la patria asegure el bienestar de cada individuo, en que cada individuo goce de la prosperidad de la patria..... Queremos sustituir con la moral el egoísmo, con el desprecio del vicio el desprecio del infortunio, con el amor á la gloria el amor al dinero..... Queremos, en una palabra, realizar las aspiraciones de la naturaleza, llenar los destinos de la humanidad, cumplir las promesas de la filosofía, y absolver á la Providencia del largo reinado del crimen y de la tiranía (1).»

Para semejante sociedad que solo podia existir en la imaginacion de sectarios tan niveladores, tan feroces y tan absurdos como los anabaptistas del siglo XVI, necesitábase una religion «cuyos dogmas, decian, fuesen sentimientos de sociabilidad.» Esta fué la obra de Robespierre, pues el hombre que carecia de toda pasion generosa, que no experimentaba debilidad ni simpatía alguna, que era un jefe de secta mas que un hombre de estado, parecia ambicionar mas que el papel de dictador el de pontífice. Lleno en el mas alto grado del fanatismo de sus ideas, de la ambicion de ver triunfar sus teorías, habia marchado á su objeto sin genio, sin grandeza de alma, sin un talento superior; pero mostrando en cambio una perseverancia indomable, una conviccion inflexible, y una unidad de miras superior á todos los ataques. Sus cólegas que le reservaban, á causa de su reputacion de virtud, todas las cuestiones de principios, le encargaron de presentar á la Convencion la profes'ion de fe de la junta, y su discurso, impregnado de las ideas del filósofo ginebrino, fué una gran solemnidad. La Convencion aplaudió sus arranques de místico sentimentalismo, su espiritualismo declamatorio, sus explicaciones «sobre la religion universal de la naturaleza;» votó fiestas á la *libertad*, á la *justicia*, al *género humano*; proclamó de nuevo la libertad de cultos, y en medio de los trasportes de un fingido entusiasmo, dió el siguiente decreto: «El pueblo francés reconoce la existencia del Ser Supremo y la inmortalidad del alma (7 de mayo de 1794).»

(1) Discurso de Robespierre de 5 de febrero de 1794. — Véase las Instituciones de Saint Just en sus obras.

Este decreto causó gran sensación, y la asamblea recibió universales felicitaciones: habíase destruido tanto hasta entonces, que se veía con gozo aparecer entre tantas ruinas una idea de reconstrucción por mezquina que la misma fuese. Robespierre personificó la revolución: encarecíase su virtud, su genio, su elocuencia; considerábasele como una especie de dictador, y los extranjeros llamaban á los franceses «los soldados de Robespierre.» Cuantas imaginaciones quiméricas existían entre los revolucionarios, vieron en él al hombre destinado á fundar un nuevo régimen; y finalmente «como ejercía su influencia, dijeron sus enemigos, sobre las imaginaciones apasionadas; como ofrecía á las almas ardientes de los devotos é iluminados algunas de las bases de su dominación; como su estilo tenía algo de las expresiones de los sacerdotes á quienes favorecía (1),» formóse una secta de «hombres cuya razón débil é inquieta, atormentada por la manía de profetizar, hallaba singulares armonías entre los sucesos de la revolución y muchos pasajes de la Sagrada Escritura,» y veía en Robespierre un nuevo Mesías y el redentor del género humano. Estos eran los nombres que según se dice le daba una vieja loca, Catalina Theot, que se hallaba al frente de tan extraña secta.

Según la idea de los hombres *despóticos*, el decreto sobre el Ser Supremo era un primer paso hácia su sistema político; anegadas en sangre las resistencias interiores, salvada la patria del yugo extranjero, trataban de poner fin al terror para establecer «el imperio de la virtud.» Con este objeto pidió Robespierre la destitución de Carrier, tomó bajo su protección á los miembros de la derecha, salvó de la proscripción á gran número de sacerdotes y de nobles, estableció una oficina de policía para fiscalizar las operaciones de la junta de seguridad general, obtuvo la supresión de los tribunales revolucionarios de los departamentos, y finalmente, «dejó entrever la necesidad de que terminara el régimen de los *procónsules* (así se llamaba á los representantes encargados de una misión), y de que se aplicara la ley á los hombres impuros que habían hecho odiosa la revolución en las provincias.»

(1) Retrato de Robespierre en los diarios de termidor.

«Billaud-Varennes y Collet-d'Herbois se estremecieron al contemplar el fin del gobierno revolucionario, y se reunieron con todos los representantes que en sus misiones habian derramado sangre, con los numerosos amigos que tenia Danton en la Convencion (1),» y con los principales miembros de la junta de seguridad general. Esta junta se dividia en tres partidos: Vadier, Vouland, Amar, Fagot, y Luis (del bajo Rhin) eran los hombres de *expedicion*, los amigos de Billaud, los antiguos cómplices de Hebert, hombres dignos de Carrier que iban á complacerse en los suplicios al pié de la guillotina, que deseaban elevar un muro de cabezas humanas entre ellos y el pueblo, que se saciaban de robos y de violencias. David y Lebas eran los *escuchas* de Robespierre, el cual hacia espíar muy activamente á sus enemigos; y Moisés Bayle, Elias Lacoste, Dubarran y Lavicomterie eran los hombres del *contrapesó*. Vadier y sus amigos «maquinaban en secreto la caída de Robespierre, y preparábanse un partido en la Convencion:» Tallien, Barras, Fouché y todos los hombres amantes del oro y del libertinaje que se vendieron mas tarde al realismo, eran los mas amenazados. «Y aquellos hicieron todos sus esfuerzos para evitar el efecto de las denuncias contra los mismos entabladas, por la sola razon de que eran perseguidos por Robespierre.» Tallien, decia Moisés Bayle, ha cometido tantos crímenes que aun cuando tuviese quinientas mil cabezas, no conservaria una; pero basta que haya sido atacado por Robespierre para que guardemos silencio. Las circunstancias exigen que no sea perseguido ni un montañés, sean cuales fueren sus crímenes; forman una pared de la cual no queremos arrancar ni una piedra. (2).

La lucha parecia trabada entre el triunvirato y las dos juntas; pero ningun hecho notable la habia manifestado todavía, cuando se celebró una fiesta al Ser Supremo en la que Robespierre, como presidente de la Convencion, desempeñó en cierto modo

(1) Memorial de Santa Elena, t. IV, p. 268.—«El Emperador referia que en el ejército de Niza habia visto largas cartas de Robespierre á su hermano (diputado y comisario en el ejército de Italia y amigo de Bonaparte), condenando los excesos de los comisarios convencionales, que perdian la revolucion, decia, con su tiranía y sus atrocidades.»

(2) Mem. de Senart, p. 447.

con una alegría, un orgullo y una exaltación que no pudo ocultar, el papel de gran sacerdote (8 de junio de 1794). La Convención que había celebrado los sacrilegios de Hebert, se burló de las místicas farsas de Robespierre, de sus modales de pontífice, de la superioridad moral que pretendía ejercer en sus cólegas; lanzáronse contra él sarcasmos é insultos; y finalmente, cuando el sectario pidió el día siguiente á la junta el sacrificio de los que le habían ultrajado, Billaud y Collot burláronse sin rebozo de sus «supersticiones que obstruían la marcha de la civilización.» Entonces Robespierre tomó su resolución.

§ XIX.—*Ley del 22 pradiar.*—*Aumenta el terror.*—Dos días después (10 de junio, 22 pradiar) Couthon y Robespierre, sin prevenir á los demás miembros de la junta, presentaron á la Convención un proyecto de ley para acelerar y extender la acción del tribunal revolucionario. En virtud de su proyecto, dividíase el tribunal en cuatro secciones, elevábase á sesenta el número de los jurados, y declarábase instituido para castigar á los enemigos del pueblo, en cuyo número se comprendían á los que hubiesen contribuido á la carestía, dado asilo á los conspiradores, corrompido á los patriotas, abusado de los principios de la revolución por medio de pérfidas aplicaciones, inspirado el desaliento, esparcido noticias falsas, extraviado la opinión, depravado las costumbres, etc. La única pena contra tales delitos era la muerte, y la prueba necesaria, «toda clase de documento, ya material, ó moral, ya verbal ó escrito, que mereciese el asentimiento de un ánimo razonable.» La regla única de los juicios era la conciencia de los jurados, y no había sumario, testigos ni defensores. Finalmente, un artículo, perdido entre los demás, confería á la Convención, á las dos juntas y al acusado público el derecho de acusar ante el tribunal á los enemigos del pueblo, y derogaba las leyes anteriores que no estuviesen conformes con el decreto.

Semejante artículo parece probar, á pesar de que jamás se haya sabido positivamente, que la abominable ley en desacuerdo con la mútua política de Robespierre, era un lazo tendido por él á sus enemigos; en efecto, la Convención enajenaba con ella el derecho exclusivo que había tenido hasta entonces de encausar á los diputados, y como bastaba la firma de tres miembros de la junta para hacer legales los actos del gobierno, Robespierre po-

día en pocas horas prender, condenar y ejecutar á sus enemigos de la Convencion y de las juntas. La lectura del proyecto de ley fué acogida con un silencio de terror, y uno de los diputados amenazados exclamó: «Si se aprueba el decreto, me haré saltar la tapa de los sesos.» Nadie empero protestó contra la horrible iniquidad de tales disposiciones, pues la doctrina de la ley se hallaba de acuerdo con las ideas de exterminio de los montañeses, y la infame Llanura habia sido acogida con aclamaciones, y votado por unanimidad los mas sanguinarios decretos. El artículo que ponía los diputados á merced de Fouquier-Tinville excitó, sí, viva oposicion, y todos pensaron en su propia vida; Robespierre quedó desconcertado: habia creído que la ley pasaria sin discusion como tantas otras, y al ver que habia sido adivinado su atrevido ataque, tuvo que protestar hipócritamente que no abrigaba contra sus cólegas la menor intencion torcida. Finalmente, despues de varios días de una discusion, en la que se declaró que la Convencion conservaba el esclusivo derecho de decretar la prision de sus miembros, quedó adoptada la ley.

El plan de Robespierre se habia frustrado, y esto le perdió. Algunos días despues, la junta instruyó diligencias contra Catalina Theot, y Robespierre, á pesar de sus protestas y de sus lágrimas de cólera, debió oír el dictámen de Vadier, que fué una parodia de la fiesta del Ser Supremo, sufrir las miradas y las risas de la Convencion, y ver en fin juzgados por el tribunal revolucionario á los fanáticos que le llamaban hijo de Dios. Su orgullo no pudo soportar semejante afrenta, y retirándose de la junta, permaneció del todo apartado de los actos del gobierno por espacio de cuarenta días. Esta conducta fué una nueva falta, en cuanto abandonó á sus cólegas la dictadura que habia obtenido por la ley de pradial, dejóles aplicar esta ley con una crueldad sin ejemplo, y cogido en sus propias redes, asumió sobre sí la responsabilidad de la ejecucion. Sus enemigos le entregaron á la execracion de los siglos, como único autor del terror, y de la ley de pradial, de la cual pretendia servirse, no solo contra los hebertistas, sino contra cuantos se opusiesen á sus utopías y á su dictadura. Robespierre continuó á pesar de todo elogiándola en los jacobinos, no intentó moderar en lo mas mínimo su ejecucion; permaneció en relacion directa con los infames jefes del tribunal,

Dumas, Coffinhal, Fouquier, y con todos los jueces y jurados, á quienes habia hecho nombrar; y envió al cadalso, junto con toda su familia, á una jóven de la que se hizo una Carlota Corday por haberse presentado en su casa, «á fin, decia, de saber qué clase de hombre era un tirano.»

Aquella fué la época del apogeo del terror. Las juntas se sirvieron de la ley de pradial para vaciar las cárceles que contenian entonces mas de diez mil detenidos: en virtud de listas formadas por algunos agentes provocadores, mezclados entre los presos, llevaban ante el tribunal á cincuenta ó sesenta personas al dia. Allí no se conocian sumarios, testigos ni defensas; preguntaban á los acusados su nombre, y despues de un corto interrogatorio, los jurados, que Fouquier cuidaba de elegir entre los *sólidos*, condenaban en masa á hombres que tenian ordinariamente opiniones realistas, pero que nada sabian de las fabulosas conspiraciones de las cárceles y del extranjeró, pretexto obligado de todas las sentencias. Era aquel un tribunal semejante al de los asesinos de setiembre. Los jueces no se entretenian en probar la identidad de los acusados: un padre fué condenado por su hijo, y un hijo por su padre, y subieron al patíbulo dos mujeres en cinta y un niño de diez y seis años. « Esto marcha, decia Fouquier, las cabezas caen como tejas.» Desde el 10 de junio al 27 de julio, el tribunal condenó á mil cuatrocientos individuos (1), entre los cuales habia los nombres mas ilustres de la monarquía, como un Montmorency, un Rohan, un Bethume, un Boufflers, un Levis, un Saint-Agnan, un la Tremoille, todos los miembros del parlamento de Tolosa, el anciano ministro Machault, los mariscales Noailles y Mouchy, Espremesnil, los generales Beauharnais y Desfiers, el hijo de Buffon, Andres Chenier, Roucher, etc. Las mujeres borrarón á fuerza de abnegación y de heroísmo, la infamia de que se habian cubierto bajo el reinado de Luis XV: hubo muchas que gritaron: Viva el rey! al pié del cadalso para participar de la suerte de sus esposos, y lo lograron! Mujeres, ancianos, jóvenes, realistas y republicanos, nobles y plebeyos, todos morian con valor

(1) Solo hubo 296 absoluciones. El número de condenados desde el 10 de marzo de 1793 hasta el 10 de junio de 1794, habia sido de 1,269. Total de víctimas del tribunal revolucionario: 2,669.

y con cierta indiferencia; habíanse acostumbrado durante dos años á ver la muerte bajo tantas formas, que la lucha revolucionaria parecia una batalla, y la guillotina un sablazo, segun expresion de Desmoulins. Además, el hábito de la muerte hacia aun mas fáciles las ejecuciones, en cuanto despojaba el suplicio de parte de su horror; y los ejecutores concibieron tan extravagante confianza, que Fouquier queria levantar el cadalso en la sala del tribunal, y juzgar en un solo dia á quinientos individuos. Colot se lo impidió diciendo: «¿ Pretendes acaso desmoralizar el suplicio? »

§. XX.—*Lucha entre las juntas y el partido de Robespierre.*—*Discurso de Robespierre.*—Tan espantoso régimen no podia durar mucho tiempo: la furiosa exaltacion que en un principio habia impulsado al pueblo á celebrar los suplicios, se habia desvanecido con el peligro de la patria; la nacion habia podido para su salvacion imponerse esfuerzos inauditos, sacrificar su vida, sus riquezas, su libertad, y desoir la voz de la justicia y de la humanidad; pero semejante estado de sufrimiento y de encono no podia ser mas que temporal, y habia de desearse el restablecimiento de un órden social regular, de la pacífica vida de la civilizacion: la humanidad imploraba gracia. El término del terror era pues inevitable, y debia ser el resultado de la lucha entre los triunviros y las juntas, fuesen cuales fueren los vencedores. En efecto formáronse dos conjuraciones, la una contra la otra, y ninguna podia triunfar á no ser con el apoyo de la derecha, es decir, dando la victoria á la moderacion; conjuraciones cuyos actos han sido mal apreciados, pues, segun dijo Cambacérés, la revolucion del 9 termidor fué una *causa juzgada pero no defendida*, y solo los vencedores han escrito la historia de los vencidos, cuyos documentos fueron en mayor parte destruidos.

Robespierre, mas receloso y misterioso que antes, solo iba á á los jacobinos; allí preparaba un 31 de mayo contra los *corrompidos* de la Convencion; censuraba los actos todos del gobierno, hasta nuestras victorias; « quejábase de que se pretendia hacerle odioso atribuyéndole los asesinatos que se cometian (1); » y decia ser necesario « contener la efusion de sangre humana der-

(1) Memorial de S. na E'ena, t. IV. p. 269.

ramada por el crimen.» Además de aquella poderosa asociación apoyábase la municipalidad, cuyo maire, Fleuriot-Lescot, Payan agente nacional (1), y Henriot, jefe de las secciones, le eran enteramente adictos; el tribunal revolucionario, compuesto todo de hechuras suyas; y por fin los arrabales que le consideraban todavía como el hombre de la revolución; y podía contar también con la derecha de la Convención, á cuyos miembros habia salvado del cadalso. Por otra parte, Collot, Billaud, Vadier, Amar, Tallien, Fouché, etc. habian adquirido para su causa á los miembros moderados de ambas juntas y á casi todos los montañeses, hombres probos y sinceros, pero ofendidos por el orgullo excesivo y las ideas religiosas de Robespierre. Todos ellos esparcieron sin nuestros rumores acerca de sus tiránicos proyectos; recordaron su fiesta de 20 de pradial como un principio de usurpacion; atribuyéronle una influencia dominadora en todos los actos del gobierno, é hicieron circular listas de proscripcion tan espantosas, que sesenta ú ochenta diputados abandonaron sus casas para ocultarse. Esto no obstante ambas partes deseaban una reconciliacion; Barrére propuso á Robespierre entregarle « toda la pandilla dantonista » de la Convención, con tal que respetase á los miembros de las juntas; Saint-Just propuso « devolver la salvacion pública á su destino particular, y articulando la palabra dictador, dejó ver el fin á que tendian los amigos de Robespierre. » La reconciliacion era imposible, y Robespierre resolvió dar principio al ataque; pero lo hizo con la misma torpeza que dirigiera su conducta desde el 22 de pradial, con igual desprecio hácia sus enemigos, con la misma confianza en el apoyo de la derecha, á la que ni siquiera habia sondeado. Desoyó la voz de Saint-Just, fanático de otro temple, de tanta calma como intrepidez, tan suave como implacable, que le aconsejaba herir sin avisarlo y realizar otro 31 de mayo: el hombre que solo por la palabra se habia elevado, que no se habia mostrado en las jornadas revolucionarias, que no era en definitiva sino un utopista declamador, creyó que bastaba un discurso para darle la victoria.

Su aparicion en la tribuna causó profunda sensacion, y todos esperaron una catástrofe (26 de julio de 1794). Quejóse de las im-

(1) Fleuriot fué elegido en sustitucion de Pache el dia 10 de mayo, y Payan en 29 de marzo en sustitucion de Cheumette.

posturas propaladas contra él, de las listas de proscritos repartidas en su nombre, de las ejecuciones que se imputaban á él solo; deploró el estado de la hacienda que dijo hallarse en manos de hombres depravados; denunció las crueldades y los robos de la junta de seguridad general; mostró á ambas juntas presa de intrigas que desmoralizaban el gobierno. «Los negocios públicos, dijo, toman una marcha pérfida y alarmante; trátase de destruir el gobierno revolucionario, haciéndolo odioso por medio de excesos. Por todas partes se han multiplicado los actos de opresion para extender el sistema de terror y de calumnia; agentes impuros prodigan las prisiones injustas; introdúcese el espanto entre el clero y los nobles por medio de p erfidias noticias; dícese que pretendo inmolarse á la Montaña, que deseo perder á la otra parte de la Convencion. Se ha procurado reunir sobre mí todas las iniquidades, todos los azares adversos de la fortuna, todos los rigores exigidos por la salvacion de la patria..... Decíase á los nobles: A él solo debeis vuestra proscripcion, y á los patriotas: Quiere salvar á los nobles... Se ha querido especialmente acreditar la voz de que el tribunal revolucionario era un tribunal de sangre, creado solo por mí para dar muerte á todos los hombres de bien; así se decía en todas las carceles, y ha bastado que me hallase momentaneamente encargado de la oficina de policía para colocar sobre mi cabeza la responsabilidad de todas las operaciones de la junta de seguridad general, los errores de las autoridades constituidas, los crímenes de todos mis enemigos. No existe un individuo preso   un ciudadano vejado á quien no se haya dicho de mí: Ese es el autor de tus males. En semejante situacion, la naturaleza y la fuerza de la calumnia, la impotencia para hacer el bien y refrenar el mal, me han obligado á abandonar del todo hace seis semanas mis funciones de miembro de la junta de salvacion pública... Los autores de semejante trama son los agentes del sistema de corrupcion y de extravagancia que han deshonrado la república, los apóstoles impuros del ateismo y de la inmoralidad. Digamos, pues, que existe una conspiracion contra la libertad, que debe su fuerza á una coalicion criminal, que ha elegido por campo de sus intrigas el seno de la Convencion, que esa coalicion tiene cómplices en la junta de seguridad general, y que han entrado en la conspiracion varios miembros de la junta de

salvacion pública. Cuál es el remedio para semejante mal? Castigar á los traidores, purificar las juntas, y constituir la unidad del gobierno bajo la autoridad suprema de la Convencion.»

Este discurso, lleno de ambages y reticencias, no produjo efecto alguno, y fué recibido con sombrío silencio. Bourdon pidió que fuese comunicado á las dos juntas; Vadier justificó á la de seguridad general; Cambon, jefe de la seccion de hacienda, cuya probidad y talento nadie ponía en duda, exclamó: «Tiempo es ya de decir la verdad desnuda: un solo hombre paralizaba la voluntad de la Convencion, y ese hombre es el que acaba de hablar, es Robespierre.» Billaud añadió: «Prefiero que mi cadáver sirva de trono á un ambicioso, á ser con mi silencio cómplice de sus delitos.—Diga si ha proscrito nuestras cabezas, gritó Panis, diga si la mia se halla en la lista que ha formado.» Robespierre quedó desconcertado. «Cómo! dijo, quiere someterse mi discurso al examen de aquellos á quienes acuso!—Nombrad á los que acusais,» le dijeron, pero solo contestó estas palabras: «Al arrojar mi escudo me he presentado desarmado á mis enemigos: á nadie he adulado, á nadie temo, á nadie he calumniado.»

§. XXI. — *Revolucion del 9 de termidor.*—Despues de semejante sesion necesitábanse obras, no palabras, y Robespierre, en vez de obrar, fué á leer su discurso en los jacobinos. «Este discurso, dijo, es mi testamento. Hoy lo he conocido; la liga de los malvados es tan fuerte que no puedo esperar vencerla. Sucumbo sin pesar; os dejo mi memoria; vosotros, para quienes es y será querida, la defendereis.» Los asistentes gritan que es precisa una insurreccion; pero Robespierre solo queria un combate de tribuna. «Nada espero de la Montaña, dijo, pero la masa de la asamblea me escuchará.» Sin cuidarse de las disposiciones de la Llanura y de la derecha, resolvióse que el dia siguiente Saint-Just empezaria de nuevo el ataque, y que la municipalidad estaria dispuesta para un 31 de mayo.

En tanto, Tallien, Bourdon, y los demás montañeses empleaban todos sus esfuerzos para seducir al extremo derecho, del cual dependia el resultado de la lucha. «El lado derecho, mas numeroso en votos, dijo Durand-Maillane que era uno de sus jefes, era y debia ser menos favorable á los montañeses amenazados que habian pedido su prision y su acusacion, que á Robes-

pierrre que les habia siempre protegido sin duda para hacerse con ellos una muralla en caso necesario. Los montañeses se dirigieron á Palasne-Champeaux, á Boissy-d'Anglas y á mí, cuyo ejemplo debia arrastrar á los demás; dijéronnos que seríamos responsables de los numerosos asesinatos de Robespierre en caso de negarnos á emplear los medios para que cesaran, que la proteccion política que nos otorgaba Robespierre, era puramente transitoria, y que no tardaria en llegar nuestra vez. Rechazados en un principio, volvieron á la carga, y cedimos á sus razones al tercer ataque (1).» Así pues la revolucion que iba á realizarse tomó de los jefes que la dirigieron, vendidos los unos mas tarde á los Borbones como Tallien, Fouché, Barras y Fréron, y realistas los otros como Boissy d'Anglas y Durand-Maillane, un color de victoria revolucionario, que confirmó la reaccion de que fué seguida poco tiempo despues.

Saint-Just subió á la tribuna (27 de julio de 1794, 9 de temidor); pero apenas habia empezado á hablar, cuando le interrumpió Tallien, diciendo: «Ayer se separó del gobierno uno de sus miembros; hoy quiere otro hacer lo mismo. Como esto agrava los males de la patria, pido que el velo sea completamente descorrido.» Estas palabras son cubiertas de aplausos. «La asamblea, dijo Billaud, se encuentra entre dos precipicios, y perecerá si es débil.» Y entonces amontona vagas acusaciones contra Robespierre á quien representa como partidario de Heberty de Danton á la vez; le reconviene por haber colocado á nobles en el ejército, por haber protegido á dilapidadores, y por haber sido el autor de la ley de 22 de pradiel, «que en las impuras manos por él elegidas, podia ser funesta para los patriotas;» dijo que los jacobinos habian tramado la víspera una conspiracion para asesinar á la Convencion, y al oír tales palabras Robespierre se lanza á la tribuna. ¡Muera el tirano! gritan todos, y Tallien blandiendo un puñal exclama: «Ayer presencié la sesion de los jacobinos; vi formarse el ejército del nuevo Cromwell, y me he armado con este puñal para atrevesarle el pecho si la Convencion carece de valor para decretar su acusacion.» Entonces se dispone la permanencia de las secciones y el arresto de Dumas, de Henriot y de otras he-

(1) Mem. de Durand-Maillane, c. 10.

churas de Robespierre; resuélvese que la municipalidad de París responderá con su vida de la tranquilidad pública, y se redacta una proclama al pueblo. Robespierre subía y bajaba las gradas que conducían á la tribuna, pidiendo sin cesar la palabra, y viendo siempre ahogada su voz por los clamores de la asamblea y la campanilla del presidente. Tallien principia de nuevo sus acusaciones; Robespierre exclamó: «Es falso! yo.....» pero los gritos aumentan; fija por un momento sus ojos en los mas ardientes montañeses; mas algunos vuelven la cabeza, y otros solo contestán á su mirada con indiferencia. Entonces dirigiéndose á todos los lados de la asamblea: «A vosotros apelo, hombres puros, no á los bandidos...» Los gritos continúan; Robespierre agota sus fuerzas en vanas tentativas, su voz se apaga, su lengua no acierta á pronunciar palabra alguna, y espumante de rabia, exclama: «Por última vez te pido la palabra, presidente de asesinos.—La sangre de Danton le ahoga, dice Garnier (del Aube).—Con qué quéreis vengar á Danton?—pregunta Robespierre.—El decreto de acusación contra Robespierre,» grita exasperado Louchet. El proscrito, acosado por todas partes, apostrofa á la asamblea con furiosa vehemencia; los gritos de: A votar! á votar! ahogan su voz, y en medio de un espantoso tumulto, se decreta la prision prorumpiendo luego en una aclamacion unánime de: Viva la república! viva la libertad! «La república está perdida, dijo amargamente Robespierre; los malvados triunfan!» Louchet declara haber entendido votar el arresto del triunvirato, y la asamblea decreta la prision de Couthon y de Saint-Just, que asistían á aquella escena tranquilos é impasibles, Robespierre el jóven solicita participar de la suerte de su hermano, y Lebas exclama: «Rehuso asociarme al oprobio de semejante decreto; pido la prision contra mí.» Robespierre el jóven y Lebas se ponen al lado de los tres proscritos; los cinco son conducidos á la junta de seguridad general, y desde allí á diversas cárceles. La sesion se suspende por dos horas. Eran las cinco de la tarde.

Al saber la prision de los cinco diputados, el consejo general de la municipalidad se declaró en insurreccion, y puso todo en movimiento, secciones, jacobinos y juntas revolucionarias; hizo tocar á rebato, cerrar las barreras, guarnecer con cañones la plaza de Greve, y envió á las cárceles donde habian sido conducidos

los cinco diputados á algunos oficiales municipales, que les libertaron y acompañaron á las Casas Consistoriales, donde fueron recibidos con entusiasmo. La municipalidad parecia victoriosa; y solo habia experimentado el contratiempo del arresto de Henriot, el cual, recorriendo las calles ébrio y dando voces de: *á las armas!* habia sido preso por dos diputados y conducido ante la junta de seguridad general.

La Convencion continuó su sesion interrumpida, pero nadie se mostraba dispuesto á defenderla. Aterrorizada al ver la actitud tomada por la municipalidad, buscaba medios de salvacion, cuando Coffinhal, vice-presidente del tribunal revolucionario y uno de los mas ardientes partidarios de Robespierre, penetró en las Tullerías con doscientos artilleros, dispersó á las juntas, y libertó á Henriot, el cual montó al instante á caballo, y ordenó á los artilleros apuntar sus piezas contra el palacio. La asamblea creia haber llegado su última hora; pero algunos diputados arrastrando las amenazas de Henriot, arrojáronse en medio de los artilleros, lograron hacerles volver sus cañones, y el jefe del motin debió marchar con ellos á las Casas Consistoriales. La Convencion quedó salvada, y sin pérdida de momento declaró fuera de la ley á Henriot, á los diputados conspiradores, á la municipalidad rebelde; envió comisarios á las secciones, nombró á Barras jefe de la fuerza armada, é hizo de las juntas el centro de las operaciones contra los insurrectos.

En tanto la municipalidad perdía un tiempo precioso por las indecisiones de Robespierre y la ineptia de Henriot: el primero retrocedia aun ante una insurreccion, y queria ser entregado al tribunal revolucionario; el segundo no supo comunicar órden alguna á las secciones, y dejó que las de los arrabales que se habian puesto en movimiento, volviesen á sus hogares sin saber donde dirigirse. Durante este tiempo, las secciones de los barrios ricos, especialmente la de Lepelletier (antes Hijas de Santo Tomás), se reunian á la voz de los comisarios de la Convencion; y luego que supieron que se trataba de un combate contra el hombre reputado por jefe de los terroristas, juraron á la asamblea morir defendiéndola, y marcharon contra las Casas Consistoriales. Era entonces media noche. La municipalidad, contando con Henriot, esperaba á las secciones convocadas, y la plaza de

Greve se llenaba de algunas compañías seccionarias, de los artilleros, y de una multitud irresoluta compuesta especialmente de mujeres. De repente espárcese la voz de que las secciones se han declarado en favor de la Convencion, y de que la municipalidad ha sido puesta fuera de la ley: la muchedumbre se dispersa; los artilleros vuelven sus piezas, y la municipalidad se queda sin un solo defensor. Al mismo tiempo llegan las secciones, rodean las Casas Consistoriales, y ocupan la plaza gritando: Viva la Convencion! El Consejo general se vé perdido, y sus miembros solo piensan en salvar su vida; pero en aquel momento entra en la sala Leonardo Bourdon al frente de algunos gendarmes: entonces Lebas se hace saltar la tapa de los sesos; Robespierre se fractura la mandíbula de un pistoletazo; su hermano se arroja por la ventana; Couthon y Saint-Just permanecen impassibles. Todos los conspiradores quedan presos; Robespierre, cubierto de sangre, es llevado á la junta de seguridad general, y permaneció expuesto durante muchas horas á los ultrajes de sus cólegas, que le escupen en el rostro, le golpean y le llenan de invectivas. Al dia siguiente fué conducido junto con su hermano, sus dos cólegas, Henriot, Fleuriot, Payan, Dumas y diez y seis miembros de la municipalidad ante el tribunal revolucionario, el cual despues de reconocer únicamente la identidad de los veinte y dos acusados, les envió al suplicio (28 de julio de 1794). Una multitud inmensa llenaba las calles dando gritos de alegría, y prorumpiendo en imprecaciones contra los condenados. Robespierre, Couthon y Saint-Just permanecian impassibles, considerando la alegría y el furor universales, sin abatimiento y con cierta compasion. Robespierre fué el último en subir al patíbulo; el verdugo, al arrancarle las vendas que cubrian su herida, expuso por algunos momentos á los ojos de la muchedumbre su rostro lívido y sangriento; y al caer su cabeza oyéronse inmensas aclamaciones. Durante los dos dias que siguieron á esta ejecucion, completóse la derrota de la municipalidad con la muerte de ochenta y dos de sus miembros, hombres oscuros y sacados de la clase proletaria, los cuales fueron conducidos al cadalso en masa y sin forma de juicio.

Robespierre habia llenado con su nombre la revolucion, y parecia ser su representante; mas no era posible que semejante

gloria estuviese reservada á un jefe de secta fanático y sanguinario. La revolucion habia llegado al término de su elaboracion interior ya brñase para ella una nueva era: la de su propagacion al exterior. Constituida desde su origen en estado de guerra contra la antigua Europa, iba á convertirse de defensiva, que se habia mostrado hasta entonces, en ofensiva; iba á pasar de la resistencia contra la invasion á la conquista; iba en una palabra á hacer universales sus ideas por medio de las armas. Habia llegado el tiempo en que los hombres de tribuna, fundadores de la revolucion en el interior por medio de la palabra, debian ceder el puesto á los hombres de accion, que debian propagarla al exterior por medio de la espada. Robespierre habia caido, Napoleon debia aparecer en breve; y he aquí la opinion que del tribuno tan poco digno de personificar la revolucion, formó el hombre de accion que, perdido entonces entre la multitud, debia antes de dos años, ser su glorioso representante.

«Robespierre era incorruptible é incapaz de votar ó de causar la muerte de alguno por enemistad personal ó por deseo de enriquecerse. Era un entusiasta; creia obrar segun la justicia, y al morir no dejó ni un sueldo.... Estaba dotado de mas lógica y penetracion de lo que se cree, y despues de destruir las desenfrenadas facciones con las que debió combatir, pensaba restablecer el orden y la moderacion.... Imputáronsele todos los crímenes cometidos por Hebert, Collot-d'Herbois y otros... Los que le dieron muerte eran hombres mas terribles y sanguinarios que él, y se lo achacaron todo (1).»

CAPÍTULO III.

Reaccion termidoriana.—Insurreccion de pradial y de vendimiarío.—Fin de la Convencion.—Desde el 28 de julio de 1794 hasta el 26 de octubre de 1795.

§. I.—*Abolicion de las leyes revolucionarias.—Disolucion del club de los jacobinos.—Causa de Carrier.—Vuelta de los girondi-*

(1) O' Méara, t. II, p. 134.—Las Casas, t. II p. 423 y t. IV p. 269.

nos.—La revolucion del 9 de termidor puso fin al terror y á la dictadura, si bien semejante resultado fué del todo imprevisto para las juntas «las que habian sacrificado á Robespierre como este habia sacrificado á Danton, esto es, porque pretendia moderar la marcha revolucionaria (1).» Así fué que Barrere en la mañana del 10 anunció á la Convencion «que la fuerza del gobierno revolucionario habia sido centuplicada, por la caída del tirano que se oponia á su marcha, que las juntas purificadas cobrarían una nueva energía;» y pidió el mantenimiento de todas las leyes revolucionarias, y sobre todo del tribunal del mismo modo que se hallaba compuesto, hasta con Fouquier-Tinville. «Los terroristas y sus doctrinas habian sobrevivido á Robespierre; sin embargo, la victoria contra los jacobinos y la municipalidad, no habia podido alcanzarse sin el concurso de todos los ciudadanos, de modo que para la masa de la clase media y del pueblo, la muerte de Robespierre era la muerte del gobierno revolucionario. La nacion entera proclamó que la jornada habia sido contra la tiranía, y esta creencia la mató (2).» Así pues las palabras de Barrere fueron mal acogidas por todos; el prestigio que rodeara al terror se habia desvanecido; las juntas, condenando á Robespierre, se habian condenado á sí mismas; los *termidorianos* (así se llamaba á los montañeses autores de la revolucion, los cuales desde aquel momento se sentaron en la derecha), arrastrados por su misma victoria, por sus aliados de la Llanura, por la opinion pública, lanzaron á la asamblea en una via reparadora que degeneró en reaccion, é hicieronla demoler piedra por piedra todo el edificio revolucionario. Decretóse (julio y agosto de 1794) que las juntas se renovarían por una cuarta parte todos los meses, y que la de salvacion pública, en la que ingresaron seis termidorianos, solo tendria la direccion de los negocios militares y diplomáticos; anulóse la ley de 22 de pradial; redujóse el número y el poder de las juntas revolucionarias; se reorganizó en sentido moderado el tribunal revolucionario, cuyos jueces y jurados fueron todos destituidos; se abolió la municipalidad de París, y se confió la administracion de la capital á dos comisiones de policía y de hacienda, nombradas

(1) Mem. de Santa Elena, t. IV p. 209.

(2) *Id. id.*

por la Convencion y dependientes de las comisiones; suprimiéronse los cuarenta sueldos dados á los seccionarios; se modificó el *máximum*, y se limitaron las levás; enviáronse comisarios á los departamentos para purificar las administraciones, refrenar á los terroristas, libertar á los sospechosos; destituyóse á los representantes que devastaban la Vendée, y se ofreció una amnistia á los rebeldes; Legendre, Dumont, Rovere, Bourdon y Merlin fueron encargados de visitar y desocupar las cárceles de París, é hicieronlo con tan extraordinaria clemencia, que en ocho dias no quedó ni uno de los diez mil sospechosos que encerraban.

Cada una de estas medidas era acogida con tantas bendiciones, que los termidorianos se sentian cada vez mas arrastrados á la reaccion: girondinos, fuldenses, realistas, levantaban de nuevo la frente, y empezaban á pedir venganza; la prensa, libre otra vez, se encarnizaba contra «los restos de Robespierre;» el *Orador del pueblo*, redactado por Freron, invitaba á la juventud á sacudir su letárgico sueño para vengar á los ancianos, á las mujeres y á los niños, con el exterminio de los asesinos.» Su voz fué oída por los jóvenes cuyas familias habian sido víctimas del terror, por los que se habian librado de las levás ó habian desertado del ejército, por los abonados á cafés y teatros, y finalmente por la juventud frívola, egoísta, disoluta y turbulenta que deseaba el restablecimiento del antiguo régimen, no por convicción política, sino por odio contra una democracia que solo exigia sacrificios. «sos jóvenes, á quienes se dió el nombre de *muscadins* ó *de juventud dorada*, usaban un traje ridículo, llamado *á la víctima*; y, armados con paños herrados, atacaron en las calles, en el Palacio Real y en los teatros, á los agentes del terror, á los jacobinos, á los proletarios de los arrabales. Pavoneábanse luego en los salones que empezaban á abrir de nuevo sus puertas, y eran aplaudidos por la esposa de Tallien (1), por la viuda de Beauharnais (2), y por otras damas que daban el tono á la nueva sociedad.

(1) Hija del banquero Cabarrus y casada con un ex-presidente del parlamento de Burdeos, fué detenida en 1793 por sospechosa, libertada por Tallien, sobre el cual ejerció grande ascendiente por su hermosura y talento. Encarcelada de nuevo por orden de Robespierre, desde su carcel excitó á su amante para que derribara al tirano. Divorciada se casó con Tallien y se convirtió en la protectora de los realistas; era conocida con el nombre de Nuestra Señora de termidor.

(2) Josefina Tascher de la Pagerie, nacida en 1761 en la Martinica.

«El jóven, dice Leeretelle, que se negaba á entrar en la tropa vengadora, era despreciado por las mujeres mas en moda (1).» Ellos fueron los inventores de los *bailes de victimas*, en los que se bailaba de luto, y donde solo eran admitidas las personas cuyos parientes habian muerto en el cadalso; los que introdujeron entre las mujeres los trajes y la desnudez de las cortesanas griegas, junto con los saludos á la *victima*, los sombreros á la *humanidad* y los corpiños á la *justicia*; y finalmente los que restablecieron la aficion al lujo, los placeres y los elegantes modales. Hubo entonces un delirio de libertinaje digno de la regencia, y los jefes de los termidorianos justificaron el nombre de *corrompidos* dado por Robespierre á los dantonistas; desquitábanse así del imperio de aquellos sectarios feroces que no amaban ni las artes, ni las galas, ni los festines, y que habian sacrificado todos los sentimientos y placeres á la salvacion del país.

Sin embargo, la marcha reaccionaria de la Convencion no podia menos de suscitar contra ella alguna minoría, y esta que se compuso en un principio de los restos del partido vencido, fué luego reforzada con los honrados y sinceros montañeses que habian contribuido á la caída de Robespierre porque habian creído en sus proyectos de dictadura; pero que veian entonces al realismo como consecuencia de la reaccion, y por los antiguos miembros de las comisiones que, lanzados del gobierno por la suerte, eran ya denunciados á la Convencion como cómplices del tirano (2). Esta minoría despojada de la municipalidad, del tribunal revolucionario, de las comisiones, y reducida á formar contra el gobierno un partido hostil, no tenia mas que un centro, el club de los jacobinos que recibia las exposiciones de los departamentos contra la libertad dada á los aristócratas, y de donde partian diariamente peticiones, quejas y amenazas contra la Convencion. Era una hoguera revolucionaria que Billaud, Barrère y Vadier intentaban reanimar. «El leon no está muerto cuando duerme, decia Billaud, y al despertarse extermina á todos sus enemi-

(1) Hist. del siglo XVIII. t. XII p. 148.

(2) Barrère, Collot y Billaud salieron de la junta el 1.º de setiembre; Carnot, Lindet y Prieur el 6 de octubre; Carnot fué reelegido en el siguiente mes, y permaneció en ella hasta el 5 de marzo.

gos.» Los termidorianos no creyeron afianzada su victoria mientras los jacobinos existiesen; y la juventud dorada trabó la lucha contra ellos con riñas y alborotos, y á palos y á pedradas. Entonces la Convencion decretó la purificacion de la sociedad, y luego prohibió las afiliaciones y la correspondencia, condiciones esenciales de su valor político. No contentos aun, los *muscadins* rodearon la sala y dispersaron despues de un combate á los miembros del club; acto que fué causa de que las comisiones mandaran su disolucion, y de que la Convencion aprobase semejante medida (24 de enero de 1795). Así pues, la famosa sociedad que habia sido constante instigadora del movimiento revolucionario, desapareció casi sin sacudimiento luego que la resistencia quedó definitivamente victoriosa.

Los jacobinos cayeron entre los aplausos de la Francia entera, y creyóse imposible el restablecimiento del terror. La reaccion cobró desde entonces nuevos bríos, y de las cosas pasó á los individuos: la Convencion abrió sus puertas á los setenta y tres (8 de diciembre de 1794), lo que dobló la fuerza del partido reaccionario; declaró que los girondinos puestos fuera de la ley dejarían de ser perseguidos; obligó á todos los miembros de las municipalidades, de las juntas revolucionarias, etc., á dar cuentas de su gestion; decretó la prision de Fouquier-Tinville, de José Lebon y de David; dijo haber lugar á examinar la conducta de Billaud, Collot y Barrère, y encausó á Carrier y á la junta revolucionaria de Nantes.

La causa de Carrier produjo gran sensacion, é inspiró horror, no solo contra las crueldades del hombre, sino tambien contra la causa que habia pretendido defender: «sin embargo, dijo un periódico (1), el interés de la cosa pública exigia que se nos evitase semejantes locuras y atrocidades revolucionarias, que parecen tener por objeto mas que conducirnos á las vias de la justicia, obligarnos á abjurar la revolucion.» En efecto, era aquello suscitar una cuestion candente, en cuanto podia ser motivo para que se discutiera la parte de cada uno en las violencias de la revolucion; los comisarios podian atribuir á las juntas, estas á la Convencion, y esta á su vez á la Francia, la inspiracion que

(1) Anales patrióticos de Mercier.

habia producido tan terribles pero tan grandes resultados, y que pertenecía á todos y especialmente á una situacion sin ejemplo. «Todo el mundo es aquí culpable, decía Carrier, hasta la campanilla del presidente (1);» pudiendo añadir que la mayoría era mas culpable que aquellos á quienes pretendia castigar, pues habia aprobado los excesos todos de los exterminadores sin participar de sus pasiones. Recordó las crueldades de los vendeanos, la situacion de la Francia, las órdenes de la junta que le mandaban matarlo y quemarlo todo. «Ahora que reina la calma, os extreméis al considerar tantos horrores; pero atended á los tiempos y á las circunstancias.... En aquella época se creia no poder ser patriota sin ser exaltado, ¿y ha de causar extrañeza si tantos peligros por una parte, tantas atrocidades por otra, han hecho rebotar la medida?» Carrier fué condenado á muerte con dos de sus cómplices y los tres fueron ejecutados (25 de diciembre de 1794).

Los montañeses consideraron su muerte como el principio de las represalias contra los hombres que habian salvado la Francia, y los realistas, esperando destruir á los revolucionarios unos con otros, no cesaron de invocar «la venganza nacional contra los restos de la faccion de Robespierre.» La Convencion, arrastrada mas y mas por una via que creia ser únicamente la del bien y del orden, proclamó la libertad de cultos, declarando no asalarinar á ninguno y prohibiendo todas las señales exteriores; restableció la libre circulación del numerario, y abolió enteramente el *maximum* (24 de diciembre). Tales medidas eran sin duda muy equitativas, pero inoportunas: los sacerdotes refractarios excitaron turbulencias en las provincias, reivindicando el uso de las iglesias; «el único efecto de la abolición del *maximum*, fué aumentar el descrédito y precipitar la baja de los asignados (2).» Los comestibles subieron de precio extraordinariamente; hizose un escandaloso agio en todos los artículos de consumo, y los rigores del invierno mas crudo del siglo, se añadieron á los rigores del hambre. Sin embargo el hambre era ficticia; así lo atestiguan los contemporáneos: «En tanto lo era, dice Toulangeon, que reinó de nuevo la abundancia con la cosecha del año siguiente

(1) Thiers, t. VII, p. 148.

(2) Toulangeon, t. III, p. 116.

te (1).» El pueblo que carecía de trabajo y que era pagado exclusivamente en asignados, que pasaba los días y las noches estacionado delante de las puertas de los panaderos y carniceros para obtener algunas onzas de pan y de carne; el pueblo, llegado á los últimos límites de la desesperacion, se dirigia en tropel á la Convencion, amenzaba rebelarse, y decia arrepentirse «de los sacrificios que por la revolucion habia hecho.» Sin embargo, el gobierno habia caido en la debilidad y la anarquía, y á una extrema concentracion del poder, habia sucedido una desmembracion tan extremada y mucho mas peligrosa. «Los que dirigen los negocios públicos, decia Carnot, parecen heridos de estupor;» y en efecto, para aplicar remedio al hambre apelaron á una desastrosa medida: fijaron la cantidad de pan y de carne que debia venderse diariamente á cada individuo, y esta prescripcion, que fué eludida por los ricos, no hizo mas que aumentar la miseria del pueblo.

Al mismo tiempo la Convencion daba algunos útiles decretos para reanimar la aficion al trabajo, la instruccion pública, las ciencias y las artes; establecia fábricas, proyectaba la abertura de caminos y canales, favorecía la agricultura, creaba escuelas *centrales*, una escuela *normal*, escuelas de derecho y de medicina y la escuela *politécnica* (21 de marzo de 1795); restablecía segun un plan enciclopédico las academias abolidas dos años antes como aristocráticas, y formaba el *Instituto*; creaba el Museo, el Conservatorio de artes y oficios, etc.; pero en política queria ser justa y reparadora, y solo lograba las mas de las veces ser violenta y apasionada. Atribuyendo los motines populares á los jacobinos que deseaban recobrar el poder, y no viendo mas peligro para la Francia que el restablecimiento del terror, renovó la ley marcial contra los grupos sediciosos; decretó la prision de Billaud, Collot y Barrère; y en fin, á la voz de Sieyes, que no habia pronunciado todavia una palabra en la Convencion, «por el miedo que le causaba, decia, la ignorancia mas recelosa que hubiese existido en el globo,» abrió sus puertas á los girondinos que se habian librado del cadalso (8 de marzo). Esto era condenar el 31 de mayo, que declaró haber sido el mayor de todos los crímenes,

(1) Toulougeon, t. III, p. 118.

reprobar todo el reinado del terror, poner á la revolucion en el estado que tenia dos años atrás. Entonces reaparecieron Lanjuinais, Louvet, Larivière, Doulcet, etc.; y la Gironda, extraida del sepulcro y aprovechando la victoria de los termidorianos, iba á vengarse á su vez de la Montaña, ponerse al frente de la contra-revolucion republicana, y dominar á la Convencion.

§ II.—*Campaña de invierno de 1794.—Operaciones en el Meuse y en el Rhin.—Batalla del Roer.—Conquista de la Holanda.*—La reaccion termidoriana no penetró en los ejércitos, los cuales creados, mantenidos y dirigidos por la antigua junta, participaban de su exaltacion revolucionaria; apasionados por la salvacion del país, hallábanse endurecidos á la fatiga, prontos para todos los sacrificios, y eran en fin las tropas mas puras y adictas que la Francia hubiese poseido jamás. De nuevo tocábase salvar á la revolucion, comprometida en el interior por la reaccion, haciéndola en el exterior mas imponente que nunca con sus heroicas victorias.

La muerte de Robespierre las habia sumido en la consternacion: temian la caida del gobierno revolucionario; entristecíanse al escuchar los gozosos clamores de los realistas, y se veian olvidadas y reducidas á una profunda miseria por los administradores intrigantes ó incapaces que sucedieron á Prieur y á Lindet. Al principio las operaciones se resintieron de su inquietud y penuria; así fué que aun cuando el ejército del Norte compuesto de setenta mil hombres, y el del Sambre-et-Meuse, compuesto de cien mil, fuesen muy superiores en fuerzas á los ejércitos austriacos, permanecieron en la inaccion durante seis semanas, dando á los enemigos tiempo para rehacerse, esperando la rendicion de Landrecies, de Quesnoy, de Valenciennes y de Condé, sitiadas por veinte y cinco mil hombres, y teniendo que dejar á la Bélgica para atender á su subsistencia. Luego de rendidas las cuatro plazas, casi sin resistencia, tomaron de nuevo la ofensiva.

El ejército del Norte llegó al Aa, dispersó á los ingleses en Boxtel, arrojóles á la otra parte del Meuse, y obligóles á abandonar Berg-op-Zoom, Breda y Bois-le-Duc á sus propias fuerzas. Bois-le-Duc capituló (10 de octubre), y proporcionó de este modo una base excelente á las operaciones ulteriores; el duque de York se

replegó á la parte opuesta del Wahal; Pichegrú pasó el Meuse delante de Grave, atacó la plaza, rechazó hácia Nimega al enemigo que se creia seguro en un país lleno de barrancos, de pantanos, de reductos y de diques; Venloo se rindió á Moreau, el cual pudo entrar en comunicacion con el ejército de Sambre-et-Meuse; Grave capituló á su vez; y atacada Nimega, defendida por un campamento atrincherado, campamento, ciudad y puente fueron abandonados casi sin combate (8 de noviembre). Cien mil hombres de excelentes tropas no acertaban sino á guarecerse sucesivamente detrás de una plaza, junto á un rio, á un canal, sin defender nada, y el ejército del Norte se encontró dueño de la línea del Rhin. Sin embargo, habia llegado el invierno, y los soldados franceses que no recibian del gobierno sueldo, pan, ni vestidos, que se hallaban cubiertos de andrajos, fueron acantonados en las márgenes del Meuse y del Wahal.

El enemigo se habia retirado entre el Issel y el Rhin.

Durante este tiempo se habia puesto en movimiento el ejército de Sambre-et-Meuse, compuesto de ciento quince mil hombres y colocado entre Maestricht y Namur, delante de ochenta y cinco mil austriacos, diseminados desde Ruremonde hasta el Ourthe. La derecha mandada por Scherer atravesó el Meuse en Namur, forzó el paso del Ourthe, dió una batalla en las márgenes del Ayvaille (18 de setiembre), pasó este rio, y rechazó al enemigo hasta el Vesder. Entonces el ejército imperial se replegó hácia Aquisgran; pero amenazada su izquierda por la marcha de Scherer contra Limburgo, retiróse hasta el Roer, y estableció la derecha en Ruremonde, el centro en Alodenhoven y la izquierdo en Dueren. Jourdan resolvió arrojar al enemigo á la parte opuesta del Rhin por medio de una batalla decisiva, y tomó las mas atrevidas disposiciones para pasar el Ruremonde en Dueren (2 de octubre): cien mil hombres divididos en cinco columnas, pusiéronse en marcha con tanta unidad como precision, rechazaron al enemigo en todos los puntos, desalojaronle de Juliers, le persiguieron y le obligaron á pasar el Rhin (5 de octubre), despues de perder ocho ó diez mil hombres. Los franceses victoriosos entraron en Colonia, en Andernach y en Coblenza; hicieron capitular á Maestricht con ocho mil hombres de guarnicion, trescientos cincuenta cañones, é inmensas provisiones, y

comunicaron con el ejército del Norte por Cléveris y por Coblentza con el ejército del Mosella.

El ejército del Mosella formaba el ala izquierda del ejército del Rhin, y constaba junto con este, de setenta y cinco mil hombres, diseminados por ambos lados de los Vosgos delante de los prusianos que se extendían desde Sarrebruck á Germersheim. La junta hizo concentrar ambos ejércitos entre Landau y Kaiserslautern y les mandó apoderarse de las alturas para cortar la línea enemiga. En efecto, las montañas centrales situadas entre Tripstadt y Aunweiler fueron ocupadas (13 de julio); y los prusianos derrotados en todas partes, pusieron en retirada hácia Manheim, con pérdida de tres mil hombres; entonces y mientras el ejército del Rhin, establecido en las márgenes del Spirebach, observaba á los prusianos, el ejército del Mosella, compuesto de veinte y cinco mil hombres, se dirigió contra Tréveris, y se apoderó de la plaza, lo que era tomar una posición central y atrevida que podía hostilizar así el flanco derecho de los prusianos, retirados cerca de Manheim, como el flanco izquierdo de los austriacos, apostados en el Roer. Esto no obstante los prusianos tomaron de nuevo la ofensiva, y atacando á los franceses cerca de Kaiserslautern, causáronles la pérdida de cuatro mil hombres; su victoria empero, no les reportó ventaja alguna, pues los triunfos de Jourdan les obligaron á retirarse con prontitud á Coblentza. Sin pérdida de momento reuniéronse los ejércitos del Mosella y del Rhin, atacaron Maguncia, bloquearon Luxemburgo, se apoderaron de Rhinfels, y los cuatro ejércitos del Norte, de Sambre-et-Meuse, del Mosella y del Rhin ocuparon el gran río desde Basilea hasta el mar (2 de noviembre).

Para hombres semejantes á espectros, cubiertos apenas con paja y algunos jirones, diezmadados por las enfermedades, parecía forzoso el descanso cuando habia llegado el frío á diez y siete grados; pero el ejército del Norte solo vió en aquel terrible invierno una ocasión de conquistar la Holanda, pudiendo pasar á pié enjuto el complicado laberinto de rios y canales que la defendían. En aquel entonces reinaba en dicho país la mas viva agitación; acordábase de la revolución de 1787, odiaba al Stathouder, que la sacrificaba á los ingleses y á los prusianos, y germinaban en ella las ideas francesas. Pichegru y los represen-

tantes Bellegarde, Gillet y Richard, instruidos de semejantes disposiciones, pusieron al ejército en movimiento. La derecha custodiaba el Meuse y el Wahal, el centro se encontraba delante de la isla de Bommel, y la izquierda bloqueaba Breda y Berg-op-Zoom. El centro atravesó el Meuse helado (28 de diciembre), sorprendió á los holandeses, y les rechazó hasta Gorkum, al mismo tiempo que Breda se rendía, y que Walmoden, sucesor del duque de York, no esperó siquiera á que los franceses pasasen el Wahal, y se retiró á la otra parte del Leck con su ejército, estenuado de frio y de miseria.

Los franceses pasaron el Wahal en Nimega, y los aliados empezaron á desbandarse: en la izquierda, el estathouder se fugó á la Haya, declaró ante los estados generales que abdicaba su dignidad, y se refugió en Inglaterra; en la derecha, Walmoden abandonó la Holanda á sí misma, y se retiró á la orilla opuesta del Issel. Los franceses pasaron el Leck, entraron en Utrecht, en Arnheim, en Amersford y por fin en Amsterdam (20 de enero de 1795), donde fueron recibidos por los habitantes con grandes aclamaciones. « Aquella ciudad, famosa por sus riquezas, vió con justa admiracion á diez batallones de aquellos valientes sin zapatos, sin medias, privados hasta de los vestidos mas indispensables, y obligados á cubrir su desnudez con manojos de paja, penetrar triunfantes en sus muros al son de una música guerrea, colocar sus armas en pabellones, y permanecer durante muchas horas en la plaza mayor en medio del hielo y de la nieve, esperando con resignacion y sin el mas ligero murmullo que se atendiese á sus necesidades y á su alojamiento (1). » Gertruydenberg, Dordrecht, Rotterdam y la Haya abrieron sus puertas; la Zelandia capituló; los ingleses evacuaron las plazas del Issel, se retiraron á las márgenes del Ems, y desde allí fueron á embarcarse á Brema; y en fin, para dar cima á tan maravillosa campaña, algunos escuadrones de húsares, recorriendo á galope el Zuyderzée, atacaron la escuadra del Texel, inmóvil entre los hielos, y la obligaron á rendirse. Los representantes declararon á los holandeses ser su intento libertarles y no conquistarles, y los estados, después de abolir el estathouderato, se ocuparon en redactar

(1) Jemini, t. 71, p. 215.

una constitucion democrática y solicitaron la alianza de la Francia.

La conquista de la Holanda, llevada á cabo sin combate y casi sin efusion de sangre, con tan singulares circunstancias, con soldados tan intrépidos y sufridos, excitó en Francia una alegría que rayó en delirio é hizo á Pichegru el gran capitán de la revolucion: la república habia vengado la afrenta de Luis XIV; habia arrebatado una aliada á la Inglaterra, y amenazaba á la Alemania por su flanco, y creaba una república democrática á semejanza suya.

§. III.—*Operaciones en Italia y en España.—Batalla de la Muga.—Conquista de Guipuzcoa.*—El ejército de Italia supo la noticia de la revolucion de termidor cuando penetraba en el valle del Stura para marchar contra Turin, en virtud de un plan trazado por Bonaparte; y creyendo perdida la revolucion, los exaltados revolucionarios que lo componian, retrocedieron en desórden hácia la garganta de Tende, y se mantuvieron en la defensiva. Los aliados intentaron entonces sorprender á Savona; pero fueron vencidos en Carcaro (15 de setiembre de 1794), y perseguidos hasta Bormida, mientras que los franceses aseguraban su posicion en la costa del Genovesado con la toma de Vado. El resto de la campaña se empleó en hostilidades insignificantes.

En los Pirineos orientales, La Union, sucesor de Ricardos, habia aprovechado la inaccion de Dugommier el cual esperaba la rendicion de Bellegarde, para construir desde el pié del puerto de Bagnols hasta San Lorenzo de la Muga, una doble línea de setenta y siete reductos y baterías armadas con doscientos cincuenta cañones, que se apoyaban en el campamento atrincherado y en la plaza de Figueras. Luego que Bellegarde hubo capitulado Dugommier atacó la terrible línea (18 de noviembre): Augereau, en la derecha atacó á San Lorenzo y dispersó á los españoles; pero en el centro Dugommier fué muerto, y en la izquierda el enemigo llevó lo mejor. Perignon tomó entonces el mando, y al dia siguiente trabose de nuevo el combate: Augereau pasó el Muga, tomó seis reductos, y se encontró en el Llobregat; en el centro Perignon consiguió igual triunfo; La Union quedó en el campo de batalla, y entonces el ala derecha enemiga se puso en retirada. Los españoles retrocedieron en desórden hácia Figueras, no se

atreveron á defender el campamento, y se retiraron á Gerona; los franceses atacaron Figueras, y despues de cuatro dias de sitio (27 de noviembre) consiguieron la capitulacion de una de las plazas mas fuertes de Europa, que contaba con una guarnicion de diez mil hombres, y que estaba con tanta abundancia provista que Perignon escribió: «Dudo que sea posible formar en dos meses el estado de los materiales y víveres que han caido en nuestro poder.»

En los Pirineos occidentales, se habia hecho la guerra con poco vigor; sin embargo, los franceses, acaudillados por Moncey, se hicieron dueños de los desfiladeros del valle de Bastan; su ala izquierda penetró en el valle al mismo tiempo que el ala derecha se apoderaba del campamento de Berra, en las márgenes del Bidasoa. Los españoles intentaron defender aquel rio delante de Irun por medio de fortificaciones provistas de doscientos cañones, pero fueron atacados por el valle de Bastan, y viéronse obligados á evacuarlas (1.º de agosto de 1794). Fuenterrabia, San Sebastian y Tolosa abrieron sus puertas, y los vencedores se encaminaron hácia Pamplona. Los españoles se atrincheraron delante de aquella plaza; Moncey, despues de asegurar la toma de Guipuzcoa, les atacó, y al cabo de tres dias de combates, les arrojó de sus posiciones; pero la plaza continuó resistiendo, y como iba entrando el invierno, Moncey se retiró hácia Tolosa y San Sebastian, donde estableció sus cuarteles.

§. IV.—*Primera pacificacion de la Vendée.—Ultima desmembracion de la Polonia.*—Tantos triunfos contra la coalicion quedaron completados con triunfos mas oscuros contra los enemigos del interior. Desde la derrota de Savenay, la Vendée no era teatro de grandes operaciones, pero sí de correrías y atrocidades sin resultado; los campesinos continuaban detestando á la revolucion, pero deseaban el reposo, y solo empuñaban las armas algunos aventureros ávidos de pillaje. Los únicos jefes ilustres que quedaban eran Charette y Stofflet, quienes odiándose entre sí, habíanse dividido el país insurrecto y no observaban en sus operaciones la menor armonía. Habíase enviado á la Vendée al general Thureau, el cual, despues de rodear el país de campamentos atrincherados, penetró en él con varias columnas llamadas *infernales* porque lo incendiaban y destruian todo sin misericordia.

Sin embargo, Charette y Stofflet con sus pequeñas bandas de hombres valerosos, hostigaron, vencieron y aniquilaron á la mayor parte de dichas columnas; Thureau fué destituido junto con los representantes que habian autorizado semejantes atrocidades; buscáronse medios de conciliacion, y se dió el mando á Canclaux.

Al mismo tiempo, los fugitivos de Savenay habian excitado en Bretaña la *chuaneria*, guerra aun mas cruel que la de la Vendée, en la cual se robaban los carruajes públicos, y dábase muerte á los funcionarios y á los soldados aislados: sus jefes eran Scepeaux, Bourmont, Cadoudal y sobre todo Puisaye, el antiguo general de los girondinos que mantenía correspondencia con la Gran Bretaña, y pretendía organizar la insurreccion de un modo formidable. Hoche fué enviado contra ellos, y el nuevo general acostumbió á sus soldados mas á pacificar que á destruir, y les enseñó á respetar las costumbres y la religion de los habitantes.

Esas dos guerras civiles arrebatában á la república ocho ó diez departamentos, ocupaban ochenta mil hombres, é inquietaban continuamente á la Francia, dejando al realismo una esperanza de victoria, y por esto el gobierno deseaba con ardor su conclusion; sabia que los jefes se hallaban descontentos de los Borbones y de los extranjeros, y el país dispuesto á la paz y ofreciendo una amnistía á los rebeldes celebró la paz con Charette (15 de febrero de 1795) despues de difíciles negociaciones. El jefe vendeano obtuvo la libertad de su culto, una indemnizacion de dos millones, la promesa de reconstruir los edificios incendiados, el permiso de formar una guardia territorial de dos mil hombres pagada por el Estado etc. La sumision de los chuanes fué algo mas trabajosa, y Hoche desplegó en aquella empresa un talento de primer orden: Puisaye se encontraba en Inglaterra, donde habia obtenido de Pitt la promesa de ser auxiliado con una escuadra y un ejército, pero su ayudante de campo Cormatin celebró en su ausencia un tratado análogo al de Charette. Stofflet fué el último en someterse (4 de mayo), y si bien esos tratados no eran sinceros, como lo prueba el haber escrito Charette al conde de Próvenza que «solo era un lazo tendido á los republicanos;» no por ello fueron menos útiles por acostumbrar el país á la tranquilidad.

Así terminó la campaña de 1794, «campaña sin ejemplo en los

anales del mundo,» decía Fox en el parlamento inglés, que aseguró la existencia de la revolución, dando á la Francia la Bélgica, la Holanda, la orilla izquierda del Rin, y parte del Piamonte, de Cataluña y de Navarra. La coalición quedó desesperada, pero se vengó en la hija primogénita de la revolución francesa, y destruyó no sólo la revolución sino la existencia de la Polonia.

El segundo desmembramiento había aterrorizado á los polacos, quienes opusieron muy débil resistencia á los usurpadores; pero al ver al Austria y á la Prusia guerrear contra la Francia con todas sus fuerzas, excitados por el ejemplo de aquella república, y creyendo no tener que luchar mas que con la Rusia, declaráronse en insurrección (23 de marzo de 1794), pusieron á su frente á Kosciusko, al amigo de Washington y de Lafayette, y vencieron á los rusos en todos los encuentros. La Francia rogó á la Turquía, á la Suecia y á la Dinamarca que impidiesen la destrucción de la única barrera que les protegía contra la Rusia; pero mientras se hallaba negociando, los tres usurpadores inundaron á la Polonia con sus soldados. El rey de Prusia fué derrotado, y las tropas austriacas no pasaron de Cracovia; pero Catalina que no debía, como sus dos aliados, hacer la guerra al frente y á retaguardia, y que veía conseguido el fin de su ambición, dirigió contra los rebeldes un ejército de sesenta mil hombres mandados por Suwarof. Kosciusko fué derrotado y hecho prisionero; los rusos pusieron sitio á Praga, la tomaron por asalto, y pasaron á cuchillo á treinta mil habitantes (6 de noviembre). Los tres aliados declararon entonces que, «convencidos por la experiencia de la imposibilidad en que se hallaban los polacos de formar una constitución estable é ilustrada, habian resuelto repartirse la Polonia, guiados por su amor á la paz y por su deseo de hacer el bien de sus súbditos »

§. V.—*Tratados con la Holanda, la Prusia y la España.*—El fin del terror, la conquista de la Holanda, la pacificación de la Vendée, habian inspirado á los enemigos de la Francia confianza y respeto hácia la revolución que tan poderosa se había hecho, y la mayor parte de ellos pensaron en separarse de la coalición. El gran duque de Toscana, el primero que trató con la Francia (9 de febrero de 1795), declaróse neutral, y envió un embajador á París; las Provincias Unidas obtuvieron luego la paz y el reco-

nocimiento de su independencia (16 de mayo), si bien con onerosas condiciones: cedieron á la Francia la Flandes septentrional, Venloo y Maestricht, con el derecho de tener guarnicion en Grave, Bois-le-Duc, Beg-op-Zoom y Flesinga; dejaron libre la navegacion de los rios; aprontaron cien millones de florines para los gastos de la guerra; celebraron con la Francia una alianza ofensiva contra la Inglaterra, y pusieron á su disposicion treinta buques, navíos y fragatas, y veinte y cinco mil hombres. Finalmente, el soberano que habia dado principio á la invasion de la Francia, el rey de Prusia, pidió entrar en negociaciones al ver á Maguncia atacada, sus Estados de Cléveris y de Gubiers conquistados, y al estathouder desposeido. La junta de salvacion pública declaró sin rodeos que la primera condicion de la paz debia ser la cesion de la orilla izquierda del Rhin; de modo que la ignorante y plebeya diplomacia de la república, penetrada del verdadero sentimiento de la gloria y de los intereses nacionales, pedia al momento y sin vacilar al Rhin, el Rhin tan deseado por Richelieu, y del cual Luis XIV solo habia tenido una parte! El rey de Prusia no retrocedió ante aquella condicion, y envió al conde de Hardenberg á Basilea, donde Barthelemy, embajador de Francia en Suiza y discípulo de Choiseul, era el encargado de dirigir la negociacion. Tres meses despues se celebró la paz (5 de abril): la república conservaba las posesiones del rey en la orilla izquierda del Rhin; prometíale hacerle obtener indemnizaciones en la época de la pacificacion general, y se obligaba á respetar la neutralidad de los países germánicos aliados suyos, es decir de todo el norte de la Alemania, que de este modo se encontró separado de la confederacion bajo el protectorado de la Prusia.

La coalicion, indignada por semejante tratado, tuvo en breve que deplorar las negociaciones de un Borbon con la república, del rey de España, que se encontraba sin dinero, que veia que las hostilidades, trabadas ya delante de Pamplona, iban abrir á los franceses el camino de Madrid, y á quien el ejemplo de la Holanda abriera los ojos sobre la suerte que le reservaba su alianza antinatural con la Inglaterra. Las negociaciones no dieron en un principio resultado alguno, por exigir Carlos IV que se diese libertad á los dos hijos de Luis XVI, olvidados en la cárcel del

Temple; mas facilitólas la muerte del jóven príncipe á quien los realistas llamaban Luis XVII (8 de junio): desgraciado niño reducido á un estúpido embrutecimiento por el feroz custodio que le diera la municipalidad de París, y muerto por los crueles tratos de aquel miserable. Entonces se firmó la paz en Basilea entre Barthelemy y el marqués de Iriarte (14 de julio), y como la guerra habia sido de opiniones y no de intereses, la Francia devolvió sus conquistas á la España, exigiendo únicamente la cesion de la parte española de Santo Domingo. Ambas naciones sentaron además los preliminares de una alianza ofensiva y defensiva, alianza inevitable, puesto que los dos Estados volvian á su situacion normal, «puesto que la Francia y la España, decia Iriarte, tenian igual interés en librar el Mediterráneo de la marina inglesa, igual interés en expulsar de Italia á los ejércitos austriacos.»

Dado el ejemplo por la Prusia y la España, los pequeños estados quisieron todos entrar en negociaciones, atribuyendo la culpa de la guerra á la Gran Bretaña y al Austria; la Sajonia, los dos Hesses, y el Hannover adoptaron la neutralidad de la Prusia; la dieta germánica pidió al emperador que «púsiere fin á una guerra ruinosa por medio de una paz aceptable;» la corte de Portugal reconoció que «solo habia tomado parte en la coalicion cediendo al ascendiente de la Inglaterra;» la de Nápoles dijo «confiar en la generosidad de la república respecto de las potencias débiles arrastradas á pesar suyo;» el papa y el duque de Parma declararon no haber sido jamás los enemigos de la Francia etc.

Así pues, la revolucion quedaba reconocida; la cruzada de los reyes contra ella se encontraba reducida á las proporciones de una guerra ordinaria del Austria y de la Inglaterra contra la Francia; guerra de interés como las sostenidas por Luis XIV; guerra en que la Inglaterra desempeñaba su papel acostumbrado, asalariando al Austria para ocupar á la Francia en el continente, mientras ella usurparia las colonias francesas, las colonias españolas y las colonias holandesas. Pitt no se conmovió por los reveses de la última campaña, y si bien el pueblo inglés deseaba la paz, si bien los corsarios franceses habian causado á su comercio incalculables perjuicios, si bien los proletarios se rebelaban en las ciudades manufactureras, si bien

En Irlanda se agitaba y se mantenía en relación con los jacobinos, y la carestía en fin era casi tan grande en Inglaterra como en Francia, el gobierno permanecía sordo á tantos sufrimientos: «Tantas derrotas, decía Pitt, no han humillado en lo mas mínimo el pabellón inglés. La España y la Holanda nos han abandonado; pero llegará harto tarde su auxilio á su antigua aliada: su marina ya no existe, y ambas perderán sus colonias. Los franceses son dueños de la Bélgica; pero la devolverán al celebrarse la paz, al paso que nosotros nos hemos apoderado de buques y de colonias que nos aseguran para siempre el imperio de los mares.» Manifestó ser preciso continuar la guerra «pues no creía sólida la paz hasta tanto que los franceses hubiesen establecido la monarquía;» obtuvo del parlamento 115 millones de subsidios para el Austria, «la potencia mas acostumbrada á las derrotas y la que mejor sabe repararlas;» aumentó el ejército de tierra hasta doscientos quince mil hombres, y el de mar hasta cien mil; tomó á sueldo los regimientos de emigrados, hizo grandes aprestos militares para la Vendée, é intentó hacer la contra-revolucion en Francia, echando mano de los medios que le suministraban las divisiones del interior.

§. VI.—*Continúa la reaccion termidoriana.—Hambre.—Causa de Collot, Billaud y Barrere.—Insurreccion del 12 de germinat.—*En efecto, todo el peligro procedía entonces del interior. Desde la vuelta de los girondinos, los termidorianos habían quedado eclipsados; la derecha se apoderó de las comisiones gubernamentales, y Aubry, uno de los proscritos del 31 de mayo, reemplazó á Carnot y fué el agente de la reaccion en el ejército; trazó planes de campaña, obra de la ignorancia ó de la traicion; reemplazó á Bonaparte á causa de sus opiniones robespierristas. Establecióse en París una agencia realista que recibía las órdenes del pretendiente y estaba en correspondencia con la emigracion, la Vendée y el Mediodía; las secciones se llenaron de oradores que ensalzaban hasta las nubes á los setenta y tres, y confundian en sus amenazas y ultrajes á los termidorianos y á la Montaña (1); la prensa decia que «la revolucion no era mas que un San

(1) Thibaudeau, t. I, p. 497.

Bartolomé filósofo de cinco años; los bienes nacionales no se vendían; los asignados se hallaban desacreditados; ejercíase en todos los valores y artículos de primera necesidad el mas desenfadado agiotaje; «todo el mundo, hasta las personas mas extrañas á las especulaciones espíaban cada variación de los asignados para hacer sufrir pérdidas á los demás y recoger ellos el mayor valor de un artículo ó de una mercancía (1).» Al mismo tiempo aumentaba la escasez: la ración diaria se hallaba fijada en tres onzas de pan y en cuatro onzas de carne por individuo, pero solo el pueblo experimentaba el hambre; el monopolio era tan manifiesto que la provision que hubiera debido ser de trescientos sacos de harina, contando á tres onzas de pan por individuo, ascendía á dos mil sacos, es decir que era suficiente, segun aquella misma ración, para cuatro ó cinco millones de personas: «Fuerza es repetirlo, aunque no puede explicarse, exclama Toulangeon, la escasez era justicia! (2)» Y esto hacía que el pueblo se hallase enfurecido contra los vendedores, los ricos, los agiotistas que se vengaban del *maximum* por medio del hambre, y el gobierno que dejaba establecer un nuevo pacto del hambre. Las mujeres especialmente, que pasaban las noches en las puertas de los panaderos y carniceros, llenaban á la Convencion de insultos y amenazas con la audacia y obstinacion del hambre, á pesar de las persecuciones de los *muscadins* que les llamaban *Furias de guillotina*. Los restos de la municipalidad y de los jacobinos, los revolucionarios todos arrojados de las administraciones, excitaban á la multitud á declararse en insurreccion, cuando la causa formada contra Billaud, Collot y Barrere puso en su colmo la exasperacion de aquel partido; que si bien carecia de jefes, conservaba toda su energia.

La revolucion entera era en verdad la encausada, y así fué que Carnot, Lindet y Priour solicitaron participar de la suerte de los acusados, diciendo que los miembros todos de la junta eran solidarios de sus actos. Hicieron además la apología del antiguo gobierno; pidieron cuenta del hambre á la nueva junta, asegurando haber dejado en termidor dos millones quinientos mil quintales de trigo comprados en el extranjero, y pretendieron que la

(1) Thiers, t. VII, p. 421.

(2) Toulangeon, III, p. 118.

reaccion que presenciaban era la mas completa justificacion del sistema del terror. Los acusados invocaron la aplicacion del principio *cuanto es necesario es legitimo*; «achacáronlo todo á las circunstancias, á las propias leyes de la Convencion, y á la oficina de policia general dirigida por Robespierre, donde se decidian las proscipciones (1).» Es muy triste espectáculo, dijeron, el ver á tres hombres por mucho tiempo oscuros, que, de acuerdo con animosos cólegas, han sostenido sin afrenta por espacio de quince meses una lucha para siempre memorable contra todas las potencias de Europa, reducidos á escuchar siniestras acusaciones.»

Esta causa produjo en París una viva agitacion; los aristócratas veian con placer á la revolucion acusada por los mismos revolucionarios, mancillada por odiosas revelaciones, y obligada á justificarse; los patriotas se hallaban consternados y excitaban al pueblo á marchar contra la Convencion para exigirle pan, la constitucion del año 93 y la libertad de los acusados, cuando en 1.º de abril (12 de germinal), faltaron por la mañana las distribuciones; un grito de furor resonó entre aquella hambrienta muchedumbre, cuyos sufrimientos se han echado las mas de las veces en olvido al recordar sus excesos; algunos agentes oscuros se introdujeron en sus filas para señalar un objeto á la insurreccion, y un inmenso gentío, invadiendo las Tullerías, se precipitó en la sala de la Convencion en espantoso tumulto, mientras que los diputados montañeses podian á duras penas pronunciar algunas palabras en favor del pueblo. Las secciones termidorianas (así se llamaban las secciones Lepelletier, Butte-des-Moulins y de las Picas) (2) llamadas por las comisiones, llegaron á paso de carga, hicieron evacuar el salon, y la multitud se dispersó.

La Convencion decretó su pérdida de momento que los tres acusados, causa ó pretesto del movimiento, serian deportados aquella misma noche sin mas forma de juicio; Vadier fué condenado á sufrir igual suerte que los «tres bandidos»; otros siete diputados que habian tomado la palabra en la insurreccion fueron presos, y París fué declarado en estado de sitio. La reaccion fué aun mas allá: dispuso la prision de nueve montañeses, entre los cuales se contaban Cambon, Maignet y Moises Bayle; el desarme

(1) Thibaudeau, t. I p. 149.

(2) Cuarteles del Palacio Real, de San Honorato y de la plaza de Vendome.

de cuantos individuos habian «contribuido á la tiranía abolida en 9 de termidor;» la nueva organizacion de la guardia nacional sobre las bases del año 89; la restitucion de los bienes confiscados á las familias de los condenados por causas distintas de la de la emigracion; la celebracion del culto en los edificios destinados á él, la definitiva supresion del tribunal revolucionario, y por fin el nombramiento de una comision de once miembros, casi todos girondinos, con encargo de redactar una nueva constitucion «pues la del año 93 se reconocia ser impracticable.»

§. VII.—*Insurreccion de 1.º de pradiel.*—Este golpe fué el mas sensible para los jacobinos que habian cifrado su última esperanza en la constitucion del año 93, y que desde entonces declamaron en alta voz contra la apostasía de la Convencion. Los realistas, por el contrario, se mostraban en extremo gozosos, esperando introducir en la nueva constitucion algun principio monárquico que permitiese realizar la contra revolucion por medio de la misma constitucion; el 12 de germinal les parecia una victoria, y su audacia aumentaba de dia en dia. Los emigrados volvian á Francia por medio de pasaportes falsos, otros se reunian en Suiza, anunciando su próximo regreso, y los clérigos refractarios agitaban las provincias. Las administraciones, llenas de realistas y de girondinos, servíanse de los decretos de la Convencion para desarmar, perseguir y encarcelar á los individuos conocidos por terroristas. En el Mediodía cometiéronse muchos asesinatos, y llegaron á formarse compañías llamadas de *Jehú* ó del *Sol* que daban muerte á los patriotas en las casas y en los caminos. En Lyon, los realistas invadieron las cárceles, mataron á noventa y ocho presos, y arrojaron sus cadáveres al Ródano (9 de mayo de 1795—5 de floreal).

La severidad de la Convencion respecto de los terroristas no habia impedido las agitaciones populares, las cuales tenian una causa material permanente y terrible, el hambre. «Es difícil escribir Mercier en los *Anales patrióticos*, encontrar en la actualidad un pueblo tan desgraciado como el de París. Ayer recibimos dos onzas de pan por individuo. Todas las calles resuenan con las quejas de aquellos que se encuentran atormentados por el hambre.» Así las cosas, era necesario por decirlo así una insurreccion, y excitóla el suplicio de Fuoquier-Tinville y de

quince jueces 6 jurados del tribunal revolucionario. Algunos hombres oscuros publicaron un violento manifiesto en el que pedían la expulsión de los setenta y tres, la vuelta de los diputados patriotas, la constitucion del 93, la prision de los miembros de las juntas, el restablecimiento del maximum etc. (6 de mayo de 1795); su intento era renovar el 31 de mayo, pero no existia una municipalidad para dirigirlo, y léjos de ponerse de acuerdo con los restos de la Montaña, únicos que habrian podido introducir cierto órden en la insurreccion, marcharon como en 12 de germinal, sin plan, sin jefes y sin objeto.

Desde la madrugada del 1.º de pradial oyéronse los toques de rebato y generala, y una multitud de mujeres; en la que se mezclaban algunos batallones de los arrabales, invade las Tullerías, atropella á la guardia, fuerza las puertas, penetra en el palacio, y se precipita en la sala de la Convencion gritando: «Pan! constitucion del 93!». Los diputados se refugian en las gradas superiores, protegidos por algunos gendarmes; Boissy-d'Anglás se lanza hácia el sillón de la presidencia, y rodéanle con un bosque de picas, de fusiles y de sables; el diputado Feraud pretende cubrirle con su cuerpo, pero herido de un pistoletazo, es arrastrado y muerto, y algunos instantes despues presentaron su cabeza á Boissy. Durante la época revolucionaria no habia habido escena de tan horrible confusion: la multitud, ciega y delirante, se empujaba, disparaba fusilazos, gritaba sin motivo ni razon, ocupaba los bancos, se gozaba en la humillacion de sus señores, sin pensar que el gobierno, es decir, las comisiones que se hallaban reunidas en otra parte del palacio, permanecia libre y se ocupaba en buscar socorro. Un artillero lee el manifiesto de los amotinados, y es interrumpido con aplausos, redobles de tambor é injurias á los diputados. El uno grita: «La libertad de los patriotas!—La prision de los emigrados! dice otro.—Una municipalidad en París! añade un tercero.—La constitucion del 93! pan! pan!» ahulla la turba. Semejante tumulto duraba hacia seis horas, cuando á propuesta de uno de los insurrectos, invade el pueblo las gradas superiores, obliga á los diputados á desocuparlas, les rodea y les obliga á votar todas sus demandas. Para dar una direccion al tumulto, algunos montañeses toman la palabra: Romme pide la libertad de los patriotas y la permanencia de las

secciones; Bourbette, la prision de los folletistas que habian emponzoñado el espíritu público; Duroy, la restitucion de las armas á los patriotas; Goujon, la renovacion de las comisiones de gobierno, y Soubrany, el nombramiento de una comision de cuatro miembros encargada del gobierno provisional. El presidente sujeta á votacion esas proposiciones; los diputados sobrecogidos de miedo, levantan sus sombreros, y los decretos quedan adoptados. Era entonces media noche; los comisarios nombrados, Duray, Duquesnoy, Bourbette y Prieur (del Marne) se dispusieron á salir para apoderarse del poder ejecutivo, pero ya las comisiones habian reunido á las secciones termidorianas y á la juventud dorada; los diputados Auguis, Legendre y Kervelegan se ponen al frente de las tropas y entran en la sala á paso de carga; trábase la lucha, y la multitud, rechazada, arrollada por los salones, las escaleras y los patios, se dispersa con inmensa gritaría. En seguida la Convencion quema las minutas de los decretos dados por los amotinados, decreta la prision de los diputados que habian tomado parte en la insurreccion, manda á las secciones que se reúnan para desarmar á los asesinos, á los bebedores de sangre, á los ladrones, y á los agentes de la tiranía que precedió al 9 de termidor.»

El dia siguiente, continuó la agitacion; los batallones del arrabal de San Antonio llegaron delante de las Tullerías, apuntaron la artillería contra las secciones termidorianas, y lograron atraer á sus filas á los artilleros de las mismas secciones. El combate era inminente, pero Henriot no estaba allí para obligar á la asamblea á humillarse ante la voluntad del populacho. La Convencion envió parlamentarios á los insurrectos, admitió en su seno á sus comisionados, y decidióles por fin á que se retirasen. Dos dias despues, el mismo arrabal tomó otra vez las armas; pero la Convencion habia llamado á seis mil dragones que unió á los veinte mil hombres de las secciones, y este ejército atacó por todas partes el arrabal, amenazándole con un bombardeo en caso de no entregar sus armas. Los habitantes indecisos y sin jefes, cedieron, y la multitud abdicó desde entonces el poder que conquistara en 14 de julio de 1789; el partido democrático perdió la única fuerza que le quedaba, la fuerza material de la multitud; cesó de ser algo, y quedó reducido á tramas é inútiles conspiraciones.

La Convencion afianzó su triunfo con enérgicas medidas: sometió á una comision militar á los diputados Rhul, Romme, Goujon, Duquesnoy, Duroy, Soubrany, Bourbotte, Peyssard, Forestier, Prieur (del Marne) y Albitte (los dos últimos huyeron y el primero se suicidó), y decretó la prision de Roberto Lindet, Prieur (de la Costa de Oro), Jean-Bon-Saint-André, Vouland, Jagot, Lavicomterie, David y Dubarran junto con otros veinte y un diputados, de modo que los miembros todos de las famosas juntas desalvacion pública y de seguridad general, excepto Carnot y Louis (del Bajo Rhin), se encontraban en aquella época muertos, deportados ó presos. La gendarmería fué licenciada; quitáronse los cañones á la guardia nacional, y esta fué reorganizada de manera que no quedó en sus filas proletario alguno; establecióse un campamento de artillería y caballería en la llanura de Sablons; dióse á la capital una guarnicion de tropas de línea, lo que no habia sucedido desde 1789; diez mil patriotas fueron encarcelados en diez dias (1); y finalmente la comision militar envió al cadalso á veinte y nueve presos. Los ocho diputados encausados eran republicanos sinceros, probos y puros de todo exceso, que no habian contribuido en nada á la insurreccion; una inspiracion de momento, decian, les habia impelido á esforzarse para regularizar el tumulto á fin de impedir la disolucion de la Convencion. Esto no obstante, Peyssard fué condenado á destierro, Forestier á prision, y los demás á muerte. Luego de pronunciada la sentencia, Romme se dió una puñalada y entregó el puñal á Goujon, el cual se hirió á su vez y lo paso á Duquesnoy; el ensangrentado puñal pasó de mano en mano, y los seis condenados lo clavaron en su pecho; pero Soubrany, Bourbotte y Goujon no lograron darse muerte, y fueron arrastrados al patíbulo cubiertos de sangre.

§. VIII.—*Progresos del realismo. —Asesinatos en las provincias.*

—El 1.º de pradial fué para la multitud lo que habia sido el 31 de mayo para la clase media: desarmada, privada de su constitucion, excluida del gobierno, dejó que la clase media se encargase otra vez de dirigir la obra revolucionaria, y esta destitucion del pueblo, esta restauracion de la clase media, estaba en el orden

(1) Anales patrióticos del 29 de mayo.

natural de las cosas. Al empezar el año 93, cuando la Francia y la revolucion se hallaban agonizantes, la brillante Gironda, un gobierno legal, las clases ricas é ilustradas que él mismo representaba, habian sido eliminadas y perseguidas á causa de su funesta é intempestiva moderacion; la Montaña, la junta de salvacion pública, la multitud se habian apoderado de la dictadura, y por medio de prodigios de bárbara energía y de furiosa abnegacion, habian salvado la Francia y la revolucion. Realizada tan grande obra, el poder de la muchedumbre, de la junta de salvacion pública, y de la Montaña debia ser ilegítimo é imposible, y la junta fué aniquilada en 9 de termidor, la Montaña desorganizada en 12 de germinal y la multitud destituida en 1.º de pradial. La clase media, la única capaz de constituir la revolucion, recobró el poder; el órden legal sucedió al gobierno revolucionario; la Gironda venció á su vez á la Montaña, ejerció contra ella sangrientas represalias, y mató, deportó ó encarceló á sesenta y dos de sus miembros, y esto se hizo con tanta mas facilidad en cuanto los elementos enérgicos é inquietos de la multitud habian perecido en los campos de batalla, mientras que se habian mantenido apartados los elementos vitales de la clase media, y en cuanto las masas se hallaban cansadas y disgustadas de todo. Sin embargo, entonces apareció el realismo dispuesto á aprovechar la apatía de las masas y la abdicacion de la multitud para extraviar á la clase media. «Lo que constituia su principal fuerza, decia Boissy-d'Anglas, era el estar sostenido por hombres honrados, de un carácter débil, que no gustaban de la república porque su idea era sinónima en su ánimo de turbulencias y facciones.» «El partido que habia triunfado en pradial, cegado por su triunfo, reveló en breve los secretos designios del móvil que le hacia obrar (1).» «Al leerse los escritos de los partidos, al escuchar á los hombres que se creian en la confidencia, hubiérase dicho que el gobierno republicano habia terminado, y que la Convencion iba á proclamar la monarquía (2).» La persecucion contra los jacobinos se hizo mas y mas activa; los *hombres de bien* (así se llamaban los realistas) crefanlo todo legítimo contra los terroristas, y «eran perseguidos como tales cuantos habian gobernado, ad-

(1) Fain, Manuscrito del año III, p. 296.

(2) Monitor del 48 de pradial.

ministrado ó participado de un modo cualquiera en los triunfos de la revolución. Se conspiraba abiertamente para la destrucción de la república (1).»

«Para vengar á la Francia del terror pasado, establecióse otro mas odioso, mas atroz, cuya única causa era la venganza (2).»

«La escarapela tricolor, decia Barras, es en varias comarcas del Mediodía, una señal de proscripción y de muerte.» Las compañías de Jehú y del Sol, formadas y mantenidas por los diputados Cadroy, Isnard, Durand-Maillane, etc. dieron caza á todos los revolucionarios. «Si careceis de armas, les gritaba Isnard, desenterrad los huesos de vuestros padres, y servíos de ellos para exterminar á esos bandidos;» y las autoridades, cómplices de tales asesinatos, les excusaban diciendo: «El pueblo cree poder dar la muerte á los que se la daban hacia tanto tiempo.» Lyon, Arles, Aix y Tarascon junto con otras veinte y cinco poblaciones y diez departamentos tuvieron su 2 de setiembre, siendo el mas horroroso el del fuerte de San Juan en Marsella en el cual fueron muertos doscientos presos á la vista de Cadroy. La Convencion, dominada por los girondinos, dejó impunes semejantes delitos: «temia mas á los terroristas revolucionarios que á los terroristas reales, y no llegaba á imaginar que el realismo pudiese renacer de sus cenizas (3).» Por otra parte los excesos de los contra-revolucionarios no causaron igual sensacion que los de los jacobinos: estos eran ejecuciones públicas y terribles, y aquellos asesinatos sordos y aislados, y de aquí proviene el que no vaya unido igual horror á los excesos de la reaccion que á los de las juntas revolucionarias.

§. IX. — *Campaña de 1795. — Traicion de Pichegru.* — La contra-revolucion podia abrigar entonces mayores esperanzas de triunfo que en la época en que los coaligados eran dueños de cinco ó seis de nuestras plazas fuertes; no contaba ya con el extranjero, cuya doblez egoista conocia, sino con el interior, donde tenia partidarios en todas partes, hasta en la Convencion, hasta en las juntas. Mientras se ocupaba en combinar de antemano la consagracion de Luis XVIII, tan segura del triunfo se creia, combinó

(1) Memorial de Santa Elena, t. II. p. 233.

(2) Thibaudeau, introd. a la Hist. del Consulado y del Imperio.

(3) Thibaudeau, Mem. de la Convencion, t. I. p. 240.

un triple ataque: al Este, por medio de una traicion en el ejército del Rhin; al Oeste por un desembarco en la Vendée, y en París, valiéndose de las secciones que desde el 1.º de pradiel se hallaban enteramente dominadas por los realistas, al mismo tiempo que Pitt debía soltar las aguas de Pactolo entre los miembros de la liga.

Las operaciones militares se resentian de la debilidad de los poderes todos: los ejércitos franceses se encontraban desorganizados presa de la mas profunda miseria y disminuidos por la desercion de la cuarta parte de su efectivo. Se habian perdido dos combates navales trabados cerca de Córcega y de las islas de Hyères; el ejército de Italia, reducido á treinta mil hombres delante de setenta mil austro-piamonteses, habia evacuado, despues de repetidos combates en la ribera de Génova, Vado, Finale y Loano, retirándose á las márgenes de Taggia, y en el Norte si bien se habia tomado la plaza de Luxemburgo y continuaba el bloqueo de Maguncia, las traiciones de Aubry habian obligado á los ejércitos del Rhin á permanecer en completa inaccion durante seis meses, á falta de material para pasar el rio. El Austria tenia allí dos ejércitos: el uno mandado por Wurmser, delante de Alsacia; el otro, á las órdenes de Clairfayt, en las orillas del Mein, y ambos permanecian inmóviles, esperando el efecto de las intrigas tramadas en el interior, el primero para penetrar en Alsacia por Basilea, y el segundo para hacer levantar el bloqueo de Maguncia. El ejército de Sambre y Meuse tenia por jefe á Jourdan, y el del Rhin y Mosella á Pichegrú. El primero pasó el rio cerca de Dusseldorf (6 de setiembre de 1795), subió por su orilla derecha durante doce dias, y llegó al Lahn con objeto de reunirse con Pichegrú, obrar concéntricamente con él entre el Mein y el Necker, separar á ambos ejércitos austriacos, y lograr la rendicion de Maguncia. Sin embargo, Pichegrú, hombre amante del dinero y de la vida disoluta, que creia á la república perdida, habíase dejado seducir por el príncipe de Condé, quien le prometió grandes honores y riquezas si entregaba Huninga y marchaba contra París con su ejército. Mientras estipulaba su traicion, obligóle á ponerse en movimiento la marcha de Jourdan, y pasando el rio, se apoderó de Manheim sin resistencia (20 de setiembre); pero despues de tan afortunada empresa, en

vez de marchar hácia Heidelberg, punto estratégico de gran importancia para la separacion de los ejércitos austriacos, « cometió el mayor crimen que puede un hombre cometer en la tierra (1): » expuso aisladamente é hizo aniquilar dos de sus divisiones con objeto de favorecer la reunion de los enemigos, y dejó que Clairfayt se apoderase de Heidelberg. En tanto Jourdan habia bloqueado á Maguncia por la orilla derecha, y encontrábase aislado en una posicion muy crítica con un ejército que carecia hasta de lo mas necesario; y viendo que Clairfayt se disponia á envolverle por el Mein y el Nidda, púsose en retirada y pasó el Rhin por Neuwied y Dusseldorf. Clairfayt atravesó el rio por Maguncia, dividió en dos la línea de bloqueo, y obligó á las fuerzas que la componian á refugiarse unas en las filas de Jourdan y otras en las de Pichegrú (29 de octubre). Este dejó nueve mil hombres en Manheim, que no tardó en caer en poder de Wurmsler; pasó de nuevo el Rhin, abandonó sin resistencia las líneas del Spirebach y del Queich, y se retiró en desórden á las de Weissemburgo. Entonces, á fin de ganar tiempo para consumir su traicion, firmó un armisticio con los austriacos (31 de diciembre) pero el gobierno que sospechaba su trama le destituyó.

§. X.—*Derrota de los emigrados en Quiberon.*—La Vendée y la Bretaña parecian prontas á empuñar otra vez las armas; pero las dos juntas que dirigian la insurreccion eran enemigas una de otra: la primera residia en París y estaba de acuerdo con Stofflet y Cormatin; la segunda se encontraba en Lóndres y mantenia relaciones con Charette y Puisaye. Hoche que conoció el peligro, advirtió al gobierno de lo que se tramaba, prendió á Cormatin, observó á Stofflet, y frustró los proyectos de la junta de París; pero la de Lóndres era mucho mas temible, y Pitt, instado por Puisaye, preparó un grande armamento, que fué dividido en tres expediciones.

La primera compuesta de nueve navíos y fragatas, llevando tres mil seiscientos emigrados, ochenta mil fusiles, uniformes, cañones y dinero, hizose á la vela, protegida por una escuadra entera; encontró á una escuadra francesa á la altura de Belle-Isle (23 de junio de 1795), la dispersó, tomóle tres buques y la obli-

(1) Mem. de Santa Elena, t. VII. p. 22.

gó á refugiarse en Lorient. Entonces la expedicion en vez de dirigirse á la Vendée, hizo rumbo hácia Bretaña, desembarcó en la península de Quiberon (27 de junio), apoderóse del fuerte de Penthièvre, y fué reforzada con nueve ó diez mil chuanes. La Bretaña se conmovió vivamente, pero además de carecer de la fe y abnegacion de los vendeanos, detestaba á los ingleses, desconfiaba de la ausencia del conde de Artois, y no tomó las armas. Quedaba, empero, un recurso parasublevarla, si siguiendo la opinion de Puisaye, hubiesen emprendido los emigrados el camino de Rennes; pero los jefes perdieron quince dias en vanos altercados.

Durante ese tiempo Hoche reunió sus tropas, y marchando hácia Quiberon, rechazó dentro de la península á las avanzadas de los emigrados, y la rodeó con una línea de fortificaciones. Puisaye, que habia recibido mil doscientos ó mil quinientos hombres de la segunda expedicion, y que se veia con quince ó diez y seis mil hombres en una lengua de tierra, sin abrigo y sin víveres, [resolvió tomar la ofensiva; destacó á derecha é izquierda, por las playas de Sarreau y de Guidel, á dos divisiones de seis ó siete mil hombres que debian marchar á retaguardia de Hoche y atacarle en un dia dado (12 de julio); salió de la península llegado dicho dia, y se precipitó contra las trincheras republicanas (16 de julio); mas las dos divisiones realistas habian alterado su marcha en virtud de órdenes de la junta de París, y despues de sufrir Puisaye un espantoso fuego, debió volver á la península con inmensas pérdidas. Hoche, que tenia algunas inteligencias en el fuerte de Penthièvre, lo escaló durante la noche; los emigrados huyeron en todas direcciones, y se encontraron arrollados en la playa. La escuadra inglesa, dispersada por el mal tiempo, no pudo acercarse, y solo pudo hacerlo un navío que diezmaba con su fuego á realistas y á republicanos; los fugitivos se arrojaron al mar, donde zozobraron la mayor parte de las lanchas, quedando solo en tierra unos mil hombres, restos de la gloriosa monarquía, que se defendian con desesperacion, cuando salió de las filas republicanas el grito de: Rendíos! La capitulacion era imposible, nadie lo ignoraba; y sin embargo, al escuchar la vaga promesa de algunos soldados, los emigrados depusieron las armas (21 de julio).

Hoche consultó al gobierno acerca de la suerte de los prisioneros en ocasion en que la asamblea habia conocido por fin los progresos del realismo; los mismos termiderianos, que se veian amenazados por la reaccion, habian retrocedido en su camino, uniéndose con los restos de la Montaña; y Tallien, á pesar de hallarse yá entonces en negociaciones con el pretendiente (1), decia ser preciso sembrar de nuevo el terror entre los realistas, «so pena de que la contra revolucion se hiciera antes de tres meses constitucionalmente.» El gobierno, pues, dió orden de ejecutar la ley contra los emigrados; y Tallien, que habia sido enviado en mision cerca de Hoche, mandó fusilar á los setecientos once emigrados que se habian rendido. Desde su campamento de Belleville, Charette contestó á aquella ejecucion ordenando dar muerte á dos mil prisioneros republicanos.

§ XI.—*Constitucion del año III.—Resistencia de las secciones de Paris.*—El terrible golpe que arrebató á la emigracion sus soldados mas valerosos, no desalentó á los realistas, y frustradas las esperanzas que cifraran en Pichegru, en Puisaye y en la Inglaterra, resolvieron realizar la contra revolucion por medio de la Convencion y de los mismos parisienses. El partido monárquico tenia partidarios en la comision de los Once, principalmente Lanjuinais, Boissy-d'Anglas, Durand-Mailane y Cambaceres, y debia ser apoyado por la mayor parte de los setenta y tres, sospechosos ya por los elogios que les prodigaban los realistas, y vendidos en su mayoría á la causa del pretendiente. Las secciones eran focos de contra-revolucion dirigidos por hombres cuyo realismo no era dudoso, como Vaublanc, Pastoret, Dupont (de Nemours), Quatremere de Quincy, Delalot, Lacrosette, Fievée, Suard, etc. «Las secciones, escribia el primer ministro del pretendiente á la junta de Paris, pueden convertirse en el punto de union de toda la Francia... A las secciones y á Charette toca reparar nuestros infortunios... El partido dominante de la Convencion desea el restablecimiento de la monarquía; esto no tiene duda.... (2)»

La esperanza de los realistas quedó de nuevo frustrada: la comision de los Once propuso una constitucion republicana (22 de

(1) Mem. de Thibaudeau, t. I, p. 129.

(2) Documentos de Lemaire.—Fain, manuscrito del año III, p. 320.

agosto), obra de los girondinos y en especial del sábio Daunou, uno de los mas bellos tipos de la revolucion. Segun ella, el poder legislativo quedaba confiado á dos consejos, uno de quinientos miembros de treinta años de edad, y el otro de doscientos cincuenta miembros de cuarenta años, elegidos por los electores nombrados en las asambleas primarias, y renovándose anualmente por terceras partes. Al primero correspondia la preparacion, y al segundo la sancion de las leyes, pudiendo además el último cambiar la residencia del cuerpo legislativo y del gobierno. El poder ejecutivo debia ser ejercido por un directorio de cinco miembros elegidos por los consejos, auxiliado por ministros responsables, y renovándose todos los años por quintas partes. Proclamóbase la libertad de cultos y de imprenta, prohibíanse las sociedades populares, declarábanse irrevocables las leyes contra los emigrados, etc.

Esta Constitucion prudente y moderada, resultado de seis años de experiencia, que rehacia el poder, tranquilizaba al pueblo y conferia el gobierno á las clases medias, debia satisfacer á la mayoría de la Francia, y la Convencion la adoptó. Esto no obstante, los realistas pensaron convertirla en un arma contra la república; y en efecto, el restablecimiento de un gobierno legal, fuese cual fuere, les daba probabilidades de triunfo, por ser ellos entonces el único partido que se agitaba, porque para la mayoría de la clase media, república equivalia á terror, porque la masa de la poblacion habia concebido tal horror por las turbulencias de la vida política, que debia en las elecciones dejar libre el campo á los reaccionarios. Sin embargo, la Convencion conoció el peligro y no incurrió en el error generoso cometido por la Asamblea Constituyente: para salvar la revolucion y aun la vida de sus miembros, confiése á sí misma el planteamiento de la constitucion, y decretó que las dos terceras partes de los miembros del cuerpo legislativo debian ser elegidos entre los convencionales (30 de agosto); que el nombramiento de dichas dos terceras partes perteneciese á los electores, y en caso de que estos se negasen á hacerlo, á la Convencion; y en fin, que ese decreto adicional seria sometido, lo mismo que la constitucion, á la aceptacion de las asambleas primarias.

Semejante decreto exasperó á los realistas, y elevóse en la

prensa un concierto de imprecaciones contra la odiosa asamblea que intentaba perpetuar su dictadura, y que atentaba contra la soberanía del pueblo. «Parecian reproducirse los dias de 1789, dice Lacretelle, pero en direccion diametralmente opuesta. Los oradores se presentaban en tropel, y los periódicos, los folletos, los pasquines no daban á la Convencion un momento de reposo. A fin de obrar con un perfecto acuerdo, evitábase el entrar en explicaciones acerca de la forma de gobierno que convenia adoptar; el rey legítimo era la idea dominante; pero nadie pronunciaba ni escribia su nombre: todo era dirigido por la impulsión de un realismo misterioso (1).» Los ministros del pretendiente excitaban á los descontentos á una franca resistencia que debia combinarse con la sublevacion de Charette y el desembarco del conde de Artois en la Vendée. «Solo puede salvarnos, escribian, la caida de las dos terceras partes. Toda nuestra esperanza se cifra en las turbulencias interiores, en Charette y en el horror que la Convencion inspira... Es necesario dar un golpe decisivo. Abajo la Convencion!» En efecto, los realistas expulsaron á los patriotas de las secciones constituidas en asambleas primarias, y estas, excepto la de los trescientos (la que hiciera el 10 de agosto, el 31 de mayo y el 1.º de pradiel), aceptaron la constitucion y rechazaron el decreto adicional. Por primera vez no imitaron los departamentos el ejemplo de París; en ellos, el restablecimiento del órden legal, era suficiente para el mayor número; reinaba un deseo de-reposo á toda costa y suma indiferencia por la forma de gobierno, y así fué que aceptados la constitucion y el decreto por una considerable mayoría (2) (23 de setiembre de 1795), apresuróse la Convencion á proclamar su victoria.

§. XII.—*Jornada del 13 de vendimiario. — Fin de la Convencion.*— No quedaba á los realistas otro medio que la insurreccion, y se prepararon para ponerla en planta, llamando á París varios emigrados y chuanes, haciendo suyos los descontentos todos, y arastrando á la clase media por su falso pundonor y el ordinario espantajo del terror. La seccion Lepelletier, la misma que habia defendido el trono en 10 de agosto, que marchara la primera con-

(1) Hist. del siglo XVIII, t. XII, p. 403.

(2) De 958,000 votantes, 914,000 aceptaron la constitucion, y de 263,000 votantes, 167,000 aceptaron el decreto adicional.

tra la municipalidad en 9 de termidor, y contra los arrabales en 1.º de pradiar, dió la señal de la insurreccion, invitando á los electores á reunirse en el teatro francés (Odeon) (2 de octubre de 1795). La Convencion dispersó fácilmente aquella ilegal reunion, pero al verse amenazada, llamó á sí á los jacobinos, á los antiguos agentes del terror, á los militares y empleados destituidos, les dió armas, y formó con ellos un batallon llamado de los Patriotas del 89. Las secciones gritaron entonces que pretendia restablecerse el régimen de Robespierre; publicaron una proclama en la que declaraban que desde aquel momento cesarian de acatar las órdenes de la asamblea, y excitaron á los ciudadanos á empuñar las armas. La Convencion se declaró en permanencia (4 de octubre), y las comisiones ordenaron á Menou, general del ejército del interior, que desarmara á la seccion Lepelletier, centro de todo el movimiento. El general marchó con tres ó cuatro mil hombres contra el convento de las Hijas de Santo Tomás (1), donde se reunia la seccion, pero como participaba de las opiniones de los parisienses, negoció en vez de emplear la fuerza, y mandó retirar sus tropas luego de recibir la promesa de que los seccionarios se dispersarian. La seccion permaneció empero reunida, y su fácil victoria hizo creer á los parisienses que bastaria una demostracion hostil para derrocar á la Convencion; mas ya las comisiones habian destituido á Menou, y nombrado en su lugar á Barras, el general del 9 de termidor. Este aceptó, y queriendo tener por segundo á un hombre de accion que debiese hacer todavía su fortuna, eligió á Bonaparte, quien, desde su destitucion, habia sido empleado por los sucesores de Aubry en la direccion de las operaciones militares. El jóven general no perdió ni un momento; reunió sus fuerzas que constaban de cinco ó seis mil soldados, mil quinientos patriotas, y mil hombres entre gendarmes y ciudadanos de los arrabales; tomó del campamento de Sablons treinta cañones que debian desempeñar el principal papel en cuanto los parisienses carecian de artillería, convirtió las Tullerías y sus alrededores en un vasto campamento, cuyas salidas fortificó especialmente las calles del Delfin, de la Escala, de San Nicasio, de Rohan y del Louvre, los puentes

(1) Lugar ocupado por la Bolsa.

Nuevo, Real y de Luis XVI y la plaza de Luis XV; ocupó el camino de Saint-Cloud para servir de retirada; envió armas al arrabal de San Antonio que se había declarado por la Convencion, y en pocas horas preparólo todo, víveres, municiones, hospitales y reservas.

Durante toda la noche había resonado el toque de generala (5 de octubre de 1795 -13 de vendimiario), y veinte ó treinta mil hombres, procedentes de las treinta y dos secciones, se adelantaron en dos columnas, la una por el cuartel de San Honorato y la otra por el arrabal de San German; «pero la multitud no había formado en sus filas, y parecía indiferente espectadora de la lucha (1).» Constituyóse un gobierno provisional en la seccion Lepelletier, y sus primeros actos consistieron en poner á las comisiones fuera de la ley, ocupar los edificios públicos, en aprepiar-se las armas y los víveres destinados para la Convencion, en llamar en su auxilio á las ciudades vecinas, y en nombrar por jefes á Danican y á Lafond; el primero general republicano destituido, y el segundo, ex-coronel de la guardia de Luis XVI.

Empeñóse el combate á las cuatro de la tarde; el ataque de las secciones fué en un principio tan vivo en la calle del Delfin, que los republicanos fueron rechazados hasta las Tullerías; desde las casas inmediatas llovian las balas sobre el palacio y el jardín; pero los patriotas del 89 entraron en accion; Bonaparte, Barras y otros cuatro representantes acudieron al sitio del peligro; la metralla dispersó á los insurrectos, barrió la calle de San Honorato y la iglesia de San Roque, mientras que en las calles de la Escala, de San Nicasio y de Rohan peleaban los republicanos con igual fortuna. Entonces Bonaparte voló al puente Real, hácia el que se adelantaba la columna del arrabal de San German; hizo apuntar cuatro piezas contra el frente y los flancos de la columna, y dispersola á fuerza de metralla. A las nueve de la noche, los sublevados se hallaban vencidos en todos los puntos, habiendo perecido cuatrocientos ó quinientos hombres por ambas partes. Mientras duró la lucha, la Convencion permaneció reunida, guardando el silencio mas profundo, y mostrando la mas noble dignidad.

(1) Lacroix, t. XII, p. 433.

La revolucion habia sido comprometida otra vez por la clase media, para salvarla habia sido fuerza recurrir al ejército, y aquella primera victoria de la tropa de línea contra la guardia nacional, anunciaba el próximo imperio del poder militar. Por espacio de veinte años las revoluciones debian ser obra del ejército; «el ejército que era tambien el pueblo;» el ejército, donde se habian refugiado desde el 9 de termidor, la energía y la abnegacion revolucionarias, debia representar, defender y propagar la revolucion; y el mismo dia en que el poder empezaba á pasar á sus manos, salia de entre la multitud el hombre del ejército, del pueblo y de la revolucion (1).

Implacable para con los terroristas, la Convencion se mostró moderada para con los seccionarios; desarmó á la seccion Lepelletier, destituyó al estado mayor y licenció á las compañías de preferencia de la guardia nacional; pero dejó que se evadieran casi todos sus prisioneros, y solo fueron fusilados Lafond y otro jefe realista. En esto descubrióse en poder de un tal Lemaitre la correspondencia del pretendiente con sus agentes de París, y habiendo resultado comprometidos Tallien, Boissy-d'Anglas, Isnard, Lanjuinais, Cambaceres, Pichegru, Barthelemy, etc., debiéronse tomar algunas medidas contra nuevas tentativas de contra-revolucion. Dos diputados termidorianos, Rovere y Saladin, convictos de haber tomado parte en la sublevacion de las secciones, fueron encarcelados, é igual suerte cupo á Aubry «acusado de haber favorecido las operaciones del enemigo.» Los parientes de los emigrados fueron excluidos de todos los cargos legislativos, judiciales y administrativos; renováronse las leyes contra los sacerdotes deportados; los oficiales destituidos por Aubry fueron de nuevo colocados, y los patriotas puestos en libertad. Los realistas quedaron abatidos, pero no se crea que se realizase por ello el partido jacobino; pues fueron mantenidas cuantas disposiciones se habian dictado contra él mismo, y rechazose la apelacion interpuesta por José Lebon, condenado á muerte por el tribunal de Amiens. Finalmente, terminadas las

(1) Bonaparte, cuyo nombre no fué pronunciado hasta el 18 de vendimiario, pues se atribuyó á Barras todo el honor de la victoria, fué nombrado general de division en 16 de vendimiario, y general en jefe del ejército del interior en 4 de brumario.

elecciones, organizada la instruccion pública, las fiestas nacionales y el tribunal de casacion; confirmadas las leyes contra los emigrados y dada una amnistía para los demás delitos ó crímenes políticos, la Convencion decretó que su mision habia concluido (26 de octubre de 1795).

SECCION II.

Directorio ejecutivo.—27 de octubre de 1795.—11 de noviembre de 1799.

CAPÍTULO I.

Campaññas de Bonaparte en Italia.—Golpe de Estado de 18 de fructidor.—Tratado de Campo-Formio.—Desde el 20 de octubre de 1795 hasta el 10 de diciembre de 1797.

§. I.—*Instalacion del nuevo gobierno.*—*Estado de la hacienda.*—*Fin de los asignados.*—Luego que se hubo disuelto la Convencion, los quinientos convencionales reelegidos (1), se reunieron con los doscientos cincuenta diputados nuevos, y se dividieron en dos consejos, segun la edad de cada uno: el de los *Ancianos* celebró sus sesiones en las Tullerías, y el de los *Quinientos* en el Picadero. Los Quinientos formaron en seguida una lista de cincuenta candidatos, entre los cuales eligieron los Ancianos á los cinco directores, habiéndose convenido antes secretamente en no escoger sino revolucionarios conocidos, esto es, que hubiesen votado la muerte de Luis XVI. Los elegidos fueron: Lareveillere-Lepaux, Rewbell, Sieyes, Letourneur (de la Mancha) y Barras. Sieyes se negó admitir el cargo, y fué reemplazado por Carnot.

Los nuevos magistrados eran, excepto Barras, republicanos sinceros, probos y animosos, que comprendian la grandeza y dificultad de su mision, y que la emprendian con fe y abnegacion.

(1) Las asambleas electorales solo habian elegido á 396; y estos, constituyéndose en asamblea electoral antes de que la Convencion se disolviese, eligieron á otros 104 convencionales.

Lareveillère se encargó del interior y la justicia; Rewbell, de los negocios extranjeros; Carnot, de la guerra; Letourneur, de la marina y Barras, de la policía: la hacienda debía ser administrada en comun. Benezech fué nombrado ministro del interior; Lacroix, de negocios extranjeros; Dubayet, de la guerra; Pléville-Lepelet, de marina; Merlin (de Douai) de justicia, y Gaudin, de hacienda.

La situación era deplorable, y podía decirse que la Francia marchaba por sí sola, tal era la impotencia del gobierno y la anarquía que en el mismo reinaba: los ejércitos eran diezmos por la desercion, faltaban los víveres, y la administracion parecia deber sorprender su curso; los funcionarios, daban su dimision por no morir de miseria, y el tesoro se encontraba exhausto. Desde 19 de termidor se habian gastado 17,000 millones en papel, y unidos estos á los 12 ó 13,000 millones que ya existian, menos los 10,000 millones amortizados, quedaban todavía en circulacion 19 ó 20,000 millones. Es cierto que la Convencion habia empezado una especie de bancarrota, estableciendo para los asignados una escala de reduccion proporcional al número de las emisiones hechas; pero dicha escala solo quitaba al asignado cuatro partes de su valor, siendo así que solo valia la centésima parte del mismo. Así pues los 20,000 millones solo representaban 200, y su valor ficticio introducía la confusion mas aun en los servicios públicos que en las transacciones particulares; en efecto, los ciudadanos cambiaban entre sí los asignados solo por su valor real, y hasta se negaban, no existiendo ya el terror para obligarles á ello, á recibirlos de otro modo del gobierno; pero el Estado que debía percibir por contribuciones 58 millones mensuales, solo cobraba 500,000 francos en cuanto era pagado en asignados, y como gastaba 80 ó 100 millones efectivos, se veía en la precision de emitir mensualmente 8 ó 9 millones en asignados. Esto hizo que, desde el primer dia de su instalacion, autorizasen los consejos al Directorio para hacer frente á las primeras necesidades con la emision de 3,000 millones de asignados, que produjeron 25 ó 30, y entonces acabó de comprenderse la necesidad de salir á toda costa de semejante ficcion, y de restablecer el órden en los valores todos. Procurar el alza del papel absorbiéndolo, es decir vendiendo los bienes nacionales, era imposible, en

cuanto era harto odioso el origen de los mismos, su valor superior en mucho á la riqueza pública, y estaba la revolucion minada por las tentativas realistas; pero podia penetrarse con audacia en la realidad, declarando que los 20,000 millones de asignados solo valian 200. Esto equivalia á una bancarrota, pero á una bancarrota semi-ficticia pues nadie habia conservado los asignados de las primeras emisiones, todos habian ido perdiendo gradualmente su valor, y los 20,000 millones existentes solo habian sido recibidos por 200 por sus poseedores. A pesar de esto el nombre de bancarrota infundi6 miedo, y adoptáronse mezquinas medidas que no hicieron mas que prolongar el mal; necesitábanse 1,500 millones para los gastos del año corriente, y se decretó: 1.º que la contribucion territorial fuese pagada la mitad en productos y la otra mitad en asignados, reducidos á la décima parte de su valor nominal; la de aduanas, la mitad en numerario y la otra mitad en asignados al mismo tipo, y las atrasadas de las cinco anteriores estimadas en 13,000 millones en asignados al par; 2.º que se hiciese un empréstito á los capitalistas, dándoles cédulas con hipoteca especial sobre ciertos bienes nacionales; 3.º que se impusiera á las clases ricas un empréstito forzoso de 100 millones, pagadero en valores reales, es decir en numerario ó en asignados reducidos á la centésima parte de su valor, de modo que el Estado podia amortizar 20,000 millones de papel por 200 millones, y emitir nuevos asignados á los cuales debia dar crédito la absorcion de los antiguos.

Estos diferentes medios produjeron resultados muy lentos, especialmente el último, que excitó vivísimos clamores, y el directorio para salir de sus primeros apuros, debió emitir otros 25,000 millones de asignados para tener 200 millones reales. El papel solo valia las dos centésimas partes de su valor nominal; nadie lo admitia, y trabajadores, propietarios y rentistas, no admitian los pagos sino en numerario. Así las cosas, imaginó el gobierno reemplazar el asignado por *mandatos* territoriales que representasen el valor fijo de los bienes nacionales, y á cuya presentacion debian ser entregados dichos bienes sin licitacion y por un precio igual á veinte y dos veces la renta; lo cual equivalia á una reproduccion de los asignados con un valor determinado relativamente á los bienes. Creáronse 2,400 millones del nuevo

papel, y empleóse la tercera parte de esta suma en retirar de la circulacion todos los asignados. Las emisiones se elevaban á 45,000 millones, de los cuales quedaban en circulacion 24,000; redujéronse estos á la trigésima parte de su valor, es decir á 800, fueron cambiados por 800 millones en mandatos, y se rompió la plancha de los asignados (18 marzo de 1796).

§. II.—*Situacion de los partidos.*—El estado de la hacienda y las varias medidas empleadas para remediarlo, excitaron animadas discusiones entre los consejos y el Directorio, si bien el cuerpo legislativo se mostró generalmente dispuesto á apoyar al gobierno y á proporcionarle medios de accion. Confió á los directores el derecho de suplir las elecciones no verificadas en los tribunales y en las administraciones departamentales, obligó á todos los jóvenes á quienes cayera la suerte de soldados á marchar á sus banderas, abolió la municipalidad de París, dividiéndola en doce distintas municipalidades, formó un ejército del interior en el campamento de Grenelle, creó una guardia del Directorio y otra de los consejos, etc. Estas medidas, la actividad del nuevo gobierno, y sobre todo la reaparicion del numerario, restablecieron en parte el orden y la prosperidad; el comercio cobró nueva vida, cesó el hambre, y pudo ponerse fin á la distribucion de raciones en la capital. La idea dominante de cada uno era rehacer su bienestar material, volver á su vida ordinaria, y gozar de algun reposo; las pasiones políticas se habian amortiguado, y nadie se hacia ya ilusiones sobre el porvenir; habíase desvanecido la creencia en una necesidad perfecta, en una libertad absoluta, en una era de felicidad; conocíase ser aquella una época de transicion, se consideraba al gobierno directorial como una especie de compromiso entre todos los partidos, y solo se deseaba su conservacion por temor de nuevos trastornos, de los que no se veía salida, pues nadie preveía la entronizacion del poder militar. «El pueblo, burlado en sus esperanzas, extraviado por las intrigas del realismo, absorto cada día por el afan de vivir el día siguiente, languidecia en una profunda indiferencia y en un cierto odio hácia la revolucion.

A pesar de la universal apatía, consecuencia lógica de una época de agitacion y sufrimiento, los dos grandes partidos que hacia seis años dividian á la Francia en dos opuestos campos, es

decir el de la revolucion y el del antiguo régimen, continuaban existiendo, y dividian á los consejos en dos bandos contrarios, en republicanos y en monárquicos. Los primeros eran los hombres adictos á la revolucion, dispuestos á sacrificarlo todo para salvarla, hasta la constitucion: este partido, formado generalmente por los exconvencionales, tenia tras de sí á los restos de las varias facciones montaÑesas, que deseaban la destruccion de aquel estado de cosas y el restablecimiento del poder de la multitud con la constitucion del 93. Los monárquicos que se daban el nombre de constitucionales, presentábanse como los campeones de la legalidad, y parecian ser mas liberales que los hombres de la revolucion; mostrábanse impacientes de abolir todas las medidas transitorias del gobierno revolucionario al régimen constitucional; querian que la monarquía saliese legalmente, por decirlo así, del experimento que de la república se hiciera, y en fin, sin mantener conocidas relaciones con los Borbones, trabajaban con ardor en su restauracion. Componian este partido los antiguos girondinos ó miembros de la Llanura, y sobre todo los diputados recién elegidos, «quienes envaneciéndose de no haberse manchado con los actos de la revolucion, los condenaban en masa.» Apoyado en la clase media, gozaba de gran poder en cuanto parecia una consecuencia de la reaccion termidoriana, y en cuanto era acaudillado por hombres eminentes como Lanjuinais, Boissy-d'Anglas, Barbé-Marbois, Pastoret, Portalis y Dupont (de Nemours). En pos de él venian los realistas puros que conspiraban casi abiertamente para el restablecimiento del antiguo régimen y de la familia caída, y entre ellos hacíanse notables Vau-blanc, uno de los jefes del 13 de vendimiario, Job Aymé, quien habia intentado hacer del Delfinado otra Vendée, y Mersan y Lemerer, agentes secretos del pretendiente. Los republicanos, recordando todavía la reaccion termidoriana, se mantenian en la defensiva en posicion muy poco halagüeña, pues habian perdido el apoyo del pueblo, y rechazaban el auxilio de los jacobinos, reducidos á no ser mas que una secta obscura de hombres comprometidos y desesperados. Por el contrario, los realistas nada habian perdido de su audacia á pesar del 13 de vendimiario; veíanse representados en el cuerpo legislativo, tenian en su favor á casi todos los periódicos, y lograban poco á poco hacer retro-

ceder la revolucion : tanto que obtuvieron la absolucion de los diputados acusados de los sangrientos excesos del Mediodía, la amnistía de los conspiradores de vendimiario, la modificacion de la ley que excluía á los parientes de los emigrados de las funciones públicas, etc.

§. III.—*El conde de Artois en la isla Dieu.—Muerle de Charette y de Stofflet.—Pacificacion del Oeste.*—Colocado el Directorio entre los realistas á quienes aborrecia y los jacobinos á quienes tenia, continuaba el sistema de *báscula* política que tan buenos resultados diera á la Convencion durante el último año de su existencia, es decir, que se apoyaba ya en los republicanos, ya en los monárquicos para contener á unos y á otros, y si este sistema le enajenó todas las almas generosas, le sirvió en un principio para frustrar las primeras tentativas de los partidos extremos.

El desastre que recibieron no habia puesto fin á las turbulencias del Oeste : de las tres expediciones preparadas por el ministerio inglés, solo habian sido destruidas dos, y la tercera llegó á la isla Dieu con 2,500 hombres, varios oficiales, armas y el conde de Artois. Charette, nombrado por el pretendiente general en jefe de los ejércitos católicos, habia desembarazado la costa, y esperaba el desembarco al frente de 10,000 hombres. La Vendée en masa se hallaba pronta á sublevarse luego que pusiese el pié en tierra el deseado príncipe; pero el conde de Artois era un hombre frívolo, disoluto, sin inteligencia y sin energía : «Todos los corazones nobles, sensatos y generosos que latian en la emigracion, dice el conde de Vauban, se habian apartado de él.» Dijo que no queria convertirse en *chuan*, se negó á desembarcarse á pesar de las súplicas de los vendeanos, y durante seis semanas escribió repetidas cartas al gobierno inglés para que le llamase á Lóndres. Hoche, general en jefe de los ejércitos del Oeste, supo aprovechar tan vergonzosa inaccion, y desplegando grande actividad, aisló á Charette del resto de la Vendée, contuvo á Stofflet y á los jefes bretones, recorrió todo el Marais, y guarneció la costa con 30,000 mil hombres. Entonces el conde de Artois, á cuyos deseos se habia negado Pitt, suplicó al jefe de la escuadra que se hiciese á la veta (17 de diciembre de 1795); el almirante cedió al ver que sus buques no podian mantenerse por mas tiem-

po en aquel mar sin anclaje, y el príncipe regresó á Inglaterra donde los ministros no le ocultaron su desprecio é indignacion.

Charette quedó sumido en la desesperacion: «Señor, escribió á Luis XVIII, la cobardía de vuestro hermano lo ha perdido todo; ahora solo podemos morir por vuestro servicio sin provecho alguno (1); y empezó una guerra furiosa, con la esperanza de ser auxiliado por Stofflet y de reanimar á los chuanes, divididos por estériles discordias; pero fué vencido en todas sus expediciones, y Stofflet no se atrevió á romper las hostilidades. Hoche comprendió haber llegado la época de pacificar el Oeste, y aquel joven de veinte y siete años mostró en aquella difícil empresa, el genio del capitán y del hombre de Estado: envolvió el país con un círculo de tropas, las que avanzándose gradualmente hácia el interior, ocupaban las aldeas y se apoderaban del ganado hasta que los campesinos hiciesen entrega de sus armas y municiones; hizo respetar por los soldados la religion y las ideas de los habitantes con tal lealtad que llegó á encontrar auxiliares entre los párrocos y los nobles; y por fin, á fuerza de vigor y de prudencia, logró desarmar, someter y pacificar todo el país. Charette, acosado en los bosques y pantanos, fué hecho prisionero y conducido á Nantes, donde fué fusilado (24 de marzo de 1796). Stofflet habia tenido un mes antes igual suerte en Angers. Hoche condujo entonces sus tropas á Bretaña, y valiéndose de iguales medios, y mostrando la misma habilidad, puso fin á la *chuaneria*: el Oeste quedó pacificado, y la república pudo oponer ochenta mil hombres mas á los enemigos exteriores.

§. IV.—*Conspiracion de Babeuf*.—Mientras que el Directorio arrebatava al realismo su campo de batalla, los terroristas, que solo eran ya la hez de los revolucionarios, sin apoyo en clase alguna de la poblacion, y sin mas jefes que antiguos cómplices de Hebert, trataban de reconquistar el poder por medio de una conspiracion. Este plan fué concebido por un cierto Babeuf, hombre de frenética exaltacion, que en un periódico imitado de Marat pretendia establecer «el reino de la felicidad comun.» Para aumentar el número de sus partidarios, empezó por abrir en el Pantoon un club, que el Directorio mandó cerrar; entonces formó una

(1) Capégnac, Hist. de la Restauracion, t. 1, p. 89.

sociedad secreta para «proscribir á todos los impuros, poner los ricos á merced de los pobres, y libertar al pueblo.» y de ella formaron parte Vadier, Amar y otros varios convencionales, muchos oficiales destituidos, ex-miembros de las juntas revolucionarias, artilleros de las secciones, etc. Esta conspiracion no dejaba de ser temible, no solo por el número de los conjurados que se elevaba á diez y siete mil, sino por su fanatismo, su acertada organizacion, y sus proyectos de trastorno social que debian darle por aliados á todos los bandidos y criminales; pero en el momento en que debia estallar, Babeuf fué vendido y preso (10 de mayo). El gobierno publicó su plan que excitó profundo horror y aumentó la indignacion contra los hombres del 93: y si bien los conjurados intentaron promover algunas asonadas en París, y setecientos ú ochocientos trataron de sublevar el campamento de Grenelle (10 de setiembre), fueron siempre recibidos á sablazos y hechos prisioneros en su mayor parte. Tres convencionales y treinta y cinco conjurados fueron fusilados y los demás deportados. Babeuf, juzgado por un tribunal de justicia, fué condenado á muerte y ejecutado con uno de sus cómplices.

La derrota de los jacobinos y la pacificacion del Oeste inspiraron al gobierno confianza en su fuerza, é hicieron creer en la duracion de aquel estado de cosas. «La república navegaba con viento en popa, dice Thibaudeau; todo se unia á ella y seguia su fortuna; en Francia, en Europa, era grande, respetable y respetada.» En efecto, aquella era la época de la memorable campaña de Italia, campaña en que la revolucion obtuvo los mas señalados triunfos, en la que Napoleon dió principio á su maravillosa carrera y «á la noveia de su vida.»

S. V.—*Campaña de 1796.—Victorias de Montenotte, Millesimo, Dego y Mondovi.—Armisticio de Cherasco.*—Carnot habia concebido un plan gigantesco para la campaña de 1796: llevar la guerra al corazon de los estados austriacos, y marchar simultáneamente á Viena por el Mein, el Danubio y el Pó, tal era el plan cuya realizacion confió á tres generales jóvenes y emprendedores, Jourdan, Moreau y Bonaparte. El primero conservó el mando del ejército de Sambre y Meuse; el segundo obtuvo el del ejército del Rin y Mosella, y el tercero el del ejército de Italia; sin embargo las tropas se hallaban en la mayor desnudez, y un gobierno

que solo podia disponer de asignados, necesitaba mucho tiempo para proveerlas: el genio del vencedor de vendimiario precipitó los acontecimientos.

El ejército de Italia no habia permanecido inactivo durante la campaña de 1795: mandado por Scherer, ocupaba la cima de los Alpes, y tenia delante de sí á los piemonteses y á los austriacos acampados desde Ceva hasta Loano. Scherer resolvió restablecer las comunicaciones con Génova, y separar á los dos ejércitos enemigos, atravesando su línea por el centro; en su consecuencia, mientras el ala izquierda, mandada por Serrurier, contenia á los piemonteses, y que el centro, á las órdenes de Massena, ocupaba las alturas y gargantas de los Alpes, el ala derecha, mandada por Augereau, envolvió á los austriacos y encerró su ala izquierda en Loano. Estos, vencidos en todos los puntos, perdieron ocho mil hombres y cuarenta cañones, emprendieron una retirada desastrosa, y abandonaron todo el litoral hasta Savona (24 de noviembre de 1795). Desde aquel momento hallábanse restablecidas las comunicaciones con Génova, y era fácil completar la separacion de los austriacos y de los piemonteses; pero la escasa audacia de Scherer, el invierno y la falta absoluta de víveres, impidieron aprovechar tan magnífica victoria.

A Scherer sucedió Bonaparte, el cual encontró á su ejército diseminado entre Savona y Ormea en la cima de los Alpes, ocupando los desfiladeros de Tende y de Garesio junto con el litoral, y teniendo sus relaciones con la Francia muy poco aseguradas (30 de marzo de 1796). El ejército, que se componia únicamente de treinta y cinco mil hombres; y entre ellos seis mil ginetes y artilleros, carecia de pan, de sueldo, de vestidos y de zapatos; pero componíanlo hombres del Mediodía, exaltados, audaces, acostumbrados á la guerra, y merodeando por aquellas montañas hacia cuatro años. Bonaparte que se presentaba jóven y desconocido á unas tropas mandadas por generales ilustres ya por repetidas victorias, les dijo: «Soldados, os hallais mal alimentados y peor vestidos; el gobierno os debe mucho y nada puede hacer por vosotros. Yo os conduciré á las llanuras mas fértiles del mundo, y en ellas encontrareis honor, gloria y riquezas.» En efecto, segun el plan que comunicara á Carnot y que le valió su mando, habia resuelto atravesar la línea de los aliados

por el centro, atacar á los piemonteses por retaguardia, y obligarles á abandonar la coalicion; perseguir luego á los austriacos hasta la Lombardia, y conquistar esta provincia para hacer de ella un equivalente á la cesion de la Bélgica

El ala derecha de los aliados, mandados por Beaulieu, estaba formada por veinte y cinco mil piemonteses dispersos desde el Stura hasta el Bormida; su centro, compuesto de 15 mil austriacos, se encontraba en las fuentes del Bormida, y su ala izquierda, que constaba de veinte y cinco mil austriacos, en el desfiladero de la Bocchetta. Bonaparte fraccionó su ejército en cuatro divisiones que puso á las órdenes de Serrurier, Massena, Augereau y Laharpe; dejó á Serrurier en Garesio delante de los piemonteses, dirigió á Laharpe hácia Voltri para amenazar á Génova, y se reservó las dos restantes divisiones para atravesar el centro enemigo, en el desfiladero de Cadibone, en la mayor depresion de la cordillera, allí donde acaban los Alpes y empiezan los Apeninos. En aquel momento Beaulieu habia resuelto tomar la ofensiva para arrojar á los franceses del territorio de Genova y rechazarles hasta el Var, y para ello marchó con su ala izquierda hácia Voltri, mientras que su centro ocupaba Dego y comunicaba con los piemonteses por Millesimo. Al tener noticia de este movimiento, Bonaparte mandó retroceder á Laharpe, y le dirigió contra el frente del centro austriaco, mientras que Augereau y Massena debian atacarlo por Montenotte: el enemigo, hostilizado por todas partes, se retiró derrotado á Dego, donde Beaulieu se apresuró á reunirse con su centro (12 de abril). Esta primera victoria colocaba á los franceses en la otra parte de los Alpes, con los piemonteses á la izquierda, ocupando en Millesimo el camino de Ceva, y los austriacos á la derecha, custodiando en Dego el camino de Acqui. Era preciso completar la separacion de los dos ejércitos aliados, y mientras Augereau atraviesa á viva fuerza los desfiladeros de Millesimo, hace capitular á una division piemontesa, y rechaza á las demás hasta Ceva (13 de abril). Massena y Laharpe marchan contra Dego, vencen de nuevo á los austriacos, y les persiguen hasta Acqui (14 de abril). La separacion fué entonces definitiva: los franceses ocupaban los dos Bormidas; los austriacos se retiraban hácia Milan, y los piemonteses hácia Turin, y para conseguir tan in-

menso resultado, habian bastado tres dias de combates, que ocasionaron á los enemigos la pérdida de diez mil hombres y cuarenta cañones.

Bonaparte que queria acabar de una vez con los piemonteses, deja á Laharpe delante de los austriacos, reúne las divisiones Augereau y Massena á la division Serrurier, hasta entonces inactiva, y marcha contra Ceva. Los piemonteses atacados de frente por fuerzas superiores, y amenazados en su ala izquierda por la retirada de Beaulieu, abandonan su campamento, pasan el Tanaro, y se detienen en Mondovi; vencidos despues de perder cuatro mil hombres, se retiran á la orilla opuesta del Stura (21 de abril), mientras que los franceses ocupaban Fossano, que restablece sus comunicaciones con Niza y Cherasco, distante diez leguas de Turin.

La corte piemontesa se hallaba consternada: veía á sus pueblos agitados por las ideas francesas y prontos á sublevarse, y solicitó un armisticio. La suerte de la Italia dependia de la ruina de los austriacos, y Bonaparte no veía el momento de ponerse en su persecucion, despues de abrir una comunicacion directa con la Francia por Turin y la Saboya; concedió por lo tanto el armisticio (28 de abril), estipulando que el ejército sardo fuese diseminado por las plazas, que los franceses ocuparían Ceva, Tortona y Alejandría, hasta la conclusion de la paz, y que entonces la Saboya y Niza serian cedidas á la Francia.

§. VI.—*Paso del Pó.—Batalla de Lodi.—Entrada en Milan.—Sitio de Mantua.—Armisticio de Bolonia.*—Al recibir la noticia de aquella campaña de quince dias, de tan rápidas victorias seguidas de tan ventajoso tratado la Francia quedó admirada; la Italia, envilecida bajo señores extranjeros, y agitada por un violento deseo de independencía, se conmovió profundamente, y los soberanos coaligados temblaron al hacer nuevos preparativos de resistencia. Era en verdad arriesgada empresa avanzar con treinta mil hombres por un país reputado como el sepulcro de los franceses, dejando tras de sí al Piemonte y Génova en dudosa neutralidad, teniendo delante el poderío austriaco, y á los lados Roma y Nápoles, llenos de odio contra «los ateos y bandidos de Francia;» pero como ninguno de esos Estados tenia ejército, como era posible encontrar cooperacion en los pueblos, y como una

victoria alcanzada contra los austriacos podía cambiar los odios y enemistades, Bonaparte siguió su marcha hacia Alejandría.

Beaulieu habia pasado el Pó, y se habia fortificado entre el Sesia y el Tessino, mientras que los franceses atravesaban el rio en Valenza; pero Bonaparte, dejando en aquel punto un cordón de tropas, llevó su ejército á Voghera, y se dirigió con tres mil hombres y su caballería á Plasencia, á donde le siguió el resto del ejército (6 de mayo). Allí pasó el rio muy lentamente por falta de barcas, y no le fué posible cortar completamente á los austriacos. Al saber la marcha de los franceses, Beaulieu habia abandonado el Tessino, y corrió á refugiarse en la línea del Adda; su ala izquierda llegó á Fombio é intentó detener á los vencedores, pero fué derrotada y rechazada á Pizzighitone; su centro se retiró á la línea del Adda, á Lodi, cuyo puente armó con treinta cañones, mientras que su ala derecha se dirigia á guarnecer á Milan, pasando el rio en Cassano. Bonaparte que deseaba cortar el ala derecha enemiga, y adquirir la posesion del Adda, mandó atacar el puente de Lodi; una columna de seis mil granaderos se precipitó en el puente á paso de carga, cayó sobre las piezas, y puso al enemigo en derrota (10 de mayo); pero la division que se pretendia cortar, habia pasado ya el Adda, y Beaulieu se retiraba á la línea del Mincio. Entonces los franceses se apoderaron de Pavía, de Cremona, de Pizzighitone, y finalmente de Milan, donde Bonaparte hizo su entrada triunfal en 14 de mayo. Ocho dias permaneció en la plaza, durante los cuales organizó su conquista, hizo esperar á los milaneses la creacion de una república italiana, y equipó su ejército. En aquella época habia concedido un armisticio al duque de Parma mediante dos millones, caballos, víveres, y veinte cuadros para el Museo de París; igual tratado celebró con el duque de Módena, y de los veinte millones que extrajo de la Lombardía, envió diez al Directorio, y uno á Moreau para ayudarle á entrar en campaña. Era un espectáculo nuevo ver á un general que mantenía, no solo á sus soldados, sino tambien á su gobierno, y los directores empezaron á concebir temores y sospechas del jóven que regía á su capricho los paises conquistados, que firmaba tratados con los pueblos y los príncipes, dejando á estos el trono y prometiendo á aquellos la independencia, y que manifestaba en fin tan extraordinario talento

para mandar á los hombres. Desde aquel momento tratóse de poner obstáculos á su plan de campaña; Bonaparte ofreció su dimision que no fué aceptada por temor, y su ascendiente sobre el gobierno fué tan grande como el que ejercia sobre sus soldados.

Púsose otra vez en marcha con su ejército reforzado, provisto de todo, poseido de entusiasmo, y llegó á Brescia (24 de mayo) en territorio veneciano, declarando no querer mas que el paso, concedido ya á los austriacos. La aristocracia de Venecia, decrepita, pero rica aun, y que podia disponer de doce mil hombres y de veinte navíos, no amaba al Austria que por todas partes la enlazaba, mas odiaba á la Francia á causa de su revolucion; y tomó un partido que causó su ruina, pues la neutralidad desarmada la puso á merced ya de los austriacos, ya de los franceses. Beaulieu se habia parapetado en el Mincio con los restos de su ejército, despues de apoderarse de Peschiera, plaza veneciana; Bonaparte forzó el paso del rio, arrojó al enemigo, desalentado por tantas derrotas, al camino del Tirol (30 de mayo), entró en Peschiera, tomó á los venecianos Verona y Legnago, que le aseguraban la línea del Adige, y puso sitio á Mantua, sin lo que no podia dominarse la Italia superior.

A pesar de tantos triunfos, la situacion de los franceses se complicaba con repetidos obstáculos: además del Piamonte y del estado de Génova, donde partidas armadas daban muerte á nuestros destacamentos, además de Módena y Parma, cuya malevolencia no era dudosa, tenian en su retaguardia á los ingleses dueños de Liorna y de la isla de Córcega; en su flanco derecho á Roma y Nápoles, que verificaban armamentos; en medio de ellos á Venecia llena de cólera, pues se la habia obligado á racionar nuestro ejército, ocupábanse tres de sus plazas, y se fomentaban las ideas de independencia de sus ciudades; y en fin, cuarenta mil austriacos, destacados de los ejércitos del Rhin, se hallaban en marcha, capitaneados por el veterano Wurmser para reunir los restos de las tropas de Beaulieu, hacer levantar el sitio de Mantua, y reconquistar la Italia. Era preciso contener esos movimientos y esas intenciones hostiles; y Bonaparte, dejando quince mil hombres delante de Mantua, y veinte mil en el Adige, marchó con siete ú ocho mil para obligar á Nápoles al reposo, intimidar al papa, y arrojar á los ingleses de Liorna. La corte de

Nápoles se apresuró á someterse, retiró sus tropas de la coalicion, y cerró sus puertos á los ingleses; Génova amenazada dió cuantas garantías se le exigieron (5 de junio); y Bonaparte á través de Reggio, Módena y Bolonia, ciudades ilustradas, enérgicas y ávidas de libertad, en las que fué recibido con entusiasmo. Ferrara capituló sin resistencia; el papa Pio VI, virtuoso, pero débil y gran enemigo de la revolucion, quedó aterrorizado; solicitó un armisticio (2 de junio) que obtuvo si bien con repetidas muestras de veneracion, mediante la cesion de las Legaciones de Bolonia y de Ferrara y de la ciudadela de Anconá, una contribucion de 21 millones, cien cuadros y quinientos manuscritos. Entonces Bonaparte destacó á Toscana una division que penetró en Liorna, puso guarnicion en la plaza, y envió á Córcega muchas armas y municiones, por medio de las cuales los descontentos de la isla arrojaron á los ingleses. Finalmente, despues de obligar al Piamonte con sus amenazas á mostrarse menos hostil, regresó delante de Mantua.

§. VII.—*Operaciones contra Wurmser: batallas de Lonato, de Castiglione, de Bassano y de San Jorge.*—Los Estados italianos solo se habian humillado al yugo del conquistador, esperando la llegada de los austriacos, y luego que Wurmser hubo bajado á Trento, los enemigos de la Francia prorumpieron en gritos de alegría; el papa rompió el armisticio; Nápoles hizo marchar tropas, y las aristocracias genovesa y veneciana se prepararon para la guerra. Bonaparte solo tenia cuarenta y cinco mil hombres contra tantos enemigos, y únicamente podian entrar en línea las dos terceras partes de sus fuerzas, á causa de las guarniciones y del bloqueo de Mantua: la division Sauret ocupaba Saló con seis mil hombres; Massena se encontraba en Rívoli y Verona con quince mil, y Augereau en Legnago con ocho mil.

Wurmser dividió su ejército en dos cuerpos; veinte mil hombres mandados por Guasdanowitch, bajaron por el camino que conduce de Trento á la Chiesa por las márgenes del lago de Garda, y cuarenta mil á sus inmediatas órdenes, siguieron por ambas orillas el curso del Adiger hasta Verona: esperaba sorprender y vencer á los franceses delante de Mantua, mientras que su teniente les cortase toda retirada; y en efecto, Guasdanowitch se apoderó de Brescia y arrojó á Sauret de Saló, al mismo tiempo

que Wurmser desalojaba á Massena de Rivoli y marchaba hácia Mantua. Bonaparte, que comprende al momento la posibilidad de derrotar á los dos ejércitos, uno despues de otro, manda evacuar Verona y Legnago, levanta el sitio de Mantua, abandonando todo su material, concentra sus fuerzas en la línea del Mincio, y marcha contra Guasdanowitch (30 de julio): Salo y Brescia son tomadas; y los austriacos, desalojados de Lonato, son rechazados hácia Gavardo. Entonces deja á Massena en Lonato contra Guasdanowitch, dirige á Augereau á Castiglione contra Wurmser, el cual habia entrado en Mantua, y habia hecho pasar el Mincio á dos de sus divisiones, y se reserva algunas fuerzas para sostener á sus tenientes. Massena derrota en Lonato á Guasdanowitch, que de nuevo avanzaba para reunirse con Wurmser, y otra vez le persigue hasta Gavardo (2 de agosto); Augereau dispersa á las dos divisiones de Wurmser en Castiglione y les arrojó al Mincio (3 de agosto); y Bonaparte, que habia auxiliado primero á Massena y luego á Augereau, ataca á Guasdanowitch en Gavardo, le derrota, hace rendir las armas á cuatro mil hombres, y persigue al resto hasta la calzada de Trento (4 de agosto). En seguida se vuelve contra Wurmser, que, reuniendo sus dos vencidas divisiones, tomaba posicion en Castiglione con veinte y cinco mil hombres, le derrota completamente, y le obliga á pasar otra vez el rio (5 de agosto). Massena corre á Peschiera, arrolla el ala derecha del enemigo, y ocupa el camino del Tirol, lo cual obliga al anciano mariscal á replegarse hácia la línea del Adiger y á retirarse á Roveredo. Verona y Legnago caen de nuevo en poder de los franceses, y se restablece el bloqueo de Mantua. En aquella campaña de seis dias, treinta mil hombres habian venido á sesenta mil, matando ó haciendo prisioneros á veinte mil, y apoderándose de sesenta cañones y de veinte banderas.

Bonaparte concedió á sus tropas veinte dias de reposo, recibió un refuerzo de seis mil hombres, y se puso en persecucion del enemigo con la idea de reunirse por el Tirol con el ejército del Rhin, que penetraba entonces en Baviera. Por su parte Wurmser, despues de reunir bajo sus banderas cincuenta mil combatientes, tomó de nuevo la ofensiva, dejó á Davidowitch con veinte mil hombres para ocupar á los republicanos en el Adiger y atraerles hácia el Tirol, y al frente de las demás fuerzas, bajó

por el Brenta con objeto de marchar al Adiger por Bassano, de hacer levantar el bloqueo de Mantua, y encerrar á los franceses entre su ejército y el de Davidowitch. Bonaparte dejó tres mil hombres en Verona y Legnago y ocho mil delante de Mantua, y subiendo por el Adiger con veinte y ocho mil soldados, arrolló á los austriacos en las gargantas de Roveredo y de Calliano (3 de setiembre), y llegó á Trento donde supo que Wurmser acaba de penetrar en el valle del Brenta. Sin pérdida de momento deja á Vaubois con ocho mil hombres en el Lavis, delante de Davidowitch, y se lanza con veinte mil en los desfiladeros del Brenta; alcanza en Primolano á la retaguardia austriaca, que le llevaba dos dias de ventaja, la dispersa (7 de setiembre), y obliga al anciano mariscal á detenerse en Bassano. Véncela (8 de setiembre), le hace cuatro mil prisioneros, y le intercepta los caminos de Alemania. Wurmser, con catorce mil hombres, no tiene otro medio que dirigirse hácia Vicenza, por un país cuyas salidas todas ocupan los franceses, y refugiarse en Mantua; corre, perseguido por Bonaparte, hácia su último asilo, del que le separaban todavía el Adiger y el Molinella, y las faltas de dos subalternos le salvaron: el punto de Legnago se hallaba libre y pasó el Adiger; un puente olvidado en Villa-Impenta le facilitó el paso del Molinella, y por fin entró en Mantua, cuya guarnición ascendió entonces á veinte y cinco mil hombres (12 de setiembre). Con tales fuerzas intentó sostener la lucha, y se formó en batalla delante del arrabal de San Jorge; mas Bonaparte habia llegado, y, furioso al ver escapar su presa, le atacó, le derrotó, y le obligó á no salir mas de la plaza (15 de setiembre). El ejército de Wurmser quedaba de nuevo destruido; habia perdido veinte y dos mil hombres y setenta y cinco cañones, y el resto se encontraba bloqueado en Mantua con su general. Bonaparte dejó á Vaubois en el Lavis, á Massena en Bassano, á Augereau en Verona y á Kilmaine en el bloqueo de Mantua, y no pudo hacer otra cosa que esperar la rendición de la plaza por hambre, pues los ejércitos del Rhin acababan de experimentar tales reveses que le impedían pensar en reunirse con ellos por el Tirol.

§. VIII.—*Operaciones de los ejércitos del Rhin.—Derrotas de los franceses.—Retirada de Moreau.*—Los ejércitos del Rhin no habian empezado sus operaciones hasta el mes de junio por

falta de víveres y de municiones. Jourdan tenia cincuenta y seis mil hombres. Moreau setenta mil, y delante de ellos se encontraba el archiduque Carlos de Austria con ciento diez mil soldados, que se extendian desde Manheim hasta Basilea. Segun el plan de Carnot, ambos generales debian pasar el Rhin y avanzar aisladamente por el Mein y el Necker; arrojando el primero al enemigo á la Bohemia, y «obligándole el segundo á retroceder hasta el Danubio, hostilizando la retaguardia del ejército austriaco de Italia, y ocupando con su ala derecha la línea de Ingolstadt á Inspruck.» Para ello se habia mandado á Bonaparte que acercara su ala izquierda á la derecha de Moreau, y que combinara sus movimientos con él, de modo que combatiera á la vez con Wurmser y con el príncipe Carlos. Semejante plan, muy vicioso en cuanto dejaba al enemigo con inmensas fuerzas en su centro delante de ejércitos diseminados desde el Lahn á los Alpes Réticos, no debia producir mas que desastres.

Jourdan, que poseia dos puentes mientras que Moreau carecia de ellos, pasó el río para atraer á sí al enemigo, encontrando á los austriacos en Altenkirchen, les derrotó, pero debió retroceder en breve ante fuerzas superiores (4 de junio de 1796). En tanto, Moreau sorprendia el paso del río delante de Estrasburgo, apoderábase de Kehl (24 de junio), y dirigiase hácia la Selva Negra, cuyos desfiladeros no ocupó hasta despues de alcanzadas las victorias de Renchen y de Rastadt. El archiduque se retiró al Danubio por el valle del Necker, y entró en Ulm y en Ratisbona (julio), posicion central desde donde podia con sesenta mil hombres precipitarse contra el uno ó el otro de los ejércitos invasores, mientras que su teniente Wartensleben hacia frente á Jourdan con cuarenta y cinco mil hombres.

Al saber los triunfos de Moreau, Jourdan dejó veinte y cinco mil hombres para bloquear á Maguncia, y dirigiéndose hácia el Mein, arrolló á Wartensleben delante de sí, ocupó Francfort, Wurtzburgo y Bamberg, pasó el Naab, se apoderó de Amberes, y destacó una division para establecer comunicaciones con Moreau (4 de agosto). Si llegaba á efectuarse su union, el archiduque estaba perdido, y los franceses podian dirigirse en línea recta á Viena; los príncipes de Baden, de Wurtemberg y de Baviera habian abandonado ya la coalicion; pero Moreau, despues de

atravesar los Alpes de Suavia, de vencer al archiduque en Neresheim y de llegar al Danubio, solo pensaba en extenderse por su derecha hácia Baviera para reunirse con Bonaparte en el Tirol (11 de agosto). Mientras se alejaba así de su compañero, el archiduque tomó una atrevida resolución: dejó treinta y seis mil hombres delante de Moreau, y marchó con veinte y cinco mil hácia el Naab para reunirse con su teniente y arrollar á Jourdan. En efecto, atacado este por fuerzas muy superiores á las suyas, empezó su retirada, combatiendo sin cesar desde Amberes hasta Wurtzburgo; llegado allí, se detuvo, presentó batalla, fué vencido, arrojado al Lahn, y reducido finalmente á pasar el Rhin (2 de setiembre).

Durante este tiempo, Moreau habia pasado el Danubio y el Lech; avanzábase ya hácia Munich, despues de haber destacado una division al Tirol, cuando la retirada de Jourdan le dejó aislado en Baviera, mientras que el archiduque, marchando desde el Lahn al Necker, le cerraba toda comunicacion con la Francia. Al momento emprendió su retirada por el valle del Danubio, teniendo á su retaguardia treinta y seis mil hombres que le hostigaban, y temiendo encontrar cuarenta mil en las gargantas de la Selva Negra. Llegado á Biberach, y próximo á atravesar las montañas, quiso tener su marcha libre, y variando de frente, arrolló á los austriacos en el Riss, y les derrotó completamente (2 de octubre); luego atravesó el Valle del Infierno, y llegó á las márgenes del Rhin con perfecto orden y sin haber perdido ni un hombre durante aquella marcha de veinte y seis días. Encontró á la vanguardia del archiduque, que, despues de hacer levantar el bloqueo de Maguncia, subia por el rio para cortarle el camino; pero la dispersó, y pasó el Rhin por los puentes de Brisach y de Huningá (26 de octubre).

§ IX.—*Alianza de la Francia y de la España.—Operaciones de Bonaparte contra Alvinci.—Batallas de Arcola y de Rivoli.—Toma de Mantua.—Tratado de Tolentino.*—La retirada de Jourdan y de Moreau dejaba al ejército de Italia en un aislamiento peligroso en medio de sus conquistas. Venecia, Roma y Nápoles tomaban las armas; Génova y el Piamonte no podian inspirar gran confianza, y el Austria se disponia á dirigir un nuevo ejército á Italia, aprovechando las victorias del archiduque Carlos. «Los ene-

migos nos cuentan, escribía Bonaparte; enviadme tropas ó la Italia está perdida;» y el Directorio, que no podía enviarle refuerzos, procuró auxiliarle al menos con sus negociaciones: firmó con el Piamonte, Génova y Nápoles tres tratados de paz, que afianzaron la neutralidad de aquellos Estados, el paso de las tropas francesas por Italia, y la exclusion de los ingleses de los principales puertos (octubre); impidió con sus promesas y amenazas que Roma y Venecia se declarasen enemigas; aprobó la formacion de los Estados del duque de Módena, que habia violado el armisticio, en república *Cispadana*; prometió á los milaneses la formacion de una república *Lombarda*, y firmó con la España un tratado de alianza, que fué una renovacion del Pacto de familia, y por el cual ambos estados prometian auxiliarse mutuamente con veinte y cuatro mil hombres y cuarenta buques (18 de agosto). La Inglaterra se conmovió; su hacienda se encontraba en una situacion muy deplorable; la mitad de los puertos europeos estaban cerrados para ella; la Irlanda amenazaba rebelarse, y la Francia se disponia á convertir á aquella isla en una segunda Vendée. Pitt fingió entonces ceder á los deseos del pueblo inglés, y envió á París un plenipotenciario (22 de octubre); pero su intencion era únicamente ganar tiempo.

En tanto habia reunido el Austria veinte mil hombres á las órdenes de Davidowitch en el Tirol, y cuarenta mil á las de Alvinzi en el Frioul, ordenándoles que se reuniesen en Verona, que atacaran á Bonaparte con fuerzas dobles, y que libertaran á Wurmser. En efecto, Davidowitch entró en Trento, arrolló á Vaubois hasta Calliano, y desde allí hasta Rivoli, mientras que Alvinzi penetraba en Bassano, rechazaba á Massena hácia Verona, y ocupaba la formidable posicion de Caldiero (1.º de noviembre). Bonaparte se encontraba en una situacion muy crítica, y cundia cierta alarma entre sus tropas: «Estoy desesperado, escribía el general al Directorio, y los valientes que me restan, ven infalible la muerte.» Sin embargo, despues de asegurarse de que Vaubois podia sostenerse aun en Rivoli, ataca la posicion de Caldiero con las divisiones Augereau y Massena, es decir, con veinte mil hombres contra cuarenta mil; rechazado en todos los puntos, vuelve á Verona, y concibe entonces el atrevido plan de envolver el flanco izquierdo del enemigo, de hacerle abandonar

su posicion, y de obligarle á combatir en terreno llano. Dejando la custodia de Verona á dos mil hombres, sale de la plaza por la puerta occidental con el resto de sus fuerzas, vuelve á la izquierda, sigue el curso del Adiger, llega á Ronco, donde se acababa de echar un puente (14 de noviembre), pasa el rio y se encuentra en el origen de las dos calzadas que atraviesan por entre anchos pantanos, y en las cuales es inútil el número, pues solo pueden entrar en accion las cabezas de las columnas. La de la izquierda costea el Adiger por Porcil hasta Verona, delante de la posicion de Caldiero, y la de la derecha atraviesa el Alpon en Arcola y empalma con el camino de Verona á Vicenza cerca de Villanova, único punto por el cual podía Alvinzi retirarse, puesto que tenia Verona á su frente, el Adiger á su izquierda, y montañas impracticables á su derecha. Massena sigue la línea de Porcil, y hostiliza de frente á Caldiero; Augereau marcha por el camino de Arcola, pero encuentra defendido el puente por algunos batallones, cuya viva resistencia dá tiempo á Alvinzi para abandonar Caldiero y enviar grandes refuerzos á Arcola. En vano Augereau y el mismo Bonaparte se lanzan al puente con una bandera en la mano, al frente de los granaderos; sus esfuerzos son tenazmente rechazados, y Bonaparte precipitado en las aguas, solo debe su salvacion al amor de sus soldados. La noche habia llegado, y temiendo los franceses que Vaubois hubiese sido arrojado al Mincio, pasaron de nuevo el Adiger. Vaubois se sostenia aun, y el dia siguiente nuestros soldados atravesaron otra vez el rio, no para envolver á Alvinzi, pues se encontraba formado en la llanura, sino para rechazarle hasta el Brenta; mas no habiéndoles sido posible apoderarse de Arcola, volvieron á la opuesta orilla. En tanto Vaubois habia sido desalojado de Rívoli y se mantenía con trabajo en Castelnovo, de modo que Bonaparte iba á encontrarse encerrado entre los dos ejércitos enemigos, si no lograba aniquilar á Alvinzi. Por tercera vez pasó el rio (17 de noviembre); y mientras Augereau rodeaba la izquierda del Alpon para atacar á Arcola por retaguardia, Massena atacó de frente, y arrolló á los austriacos. Al contemplar este triunfo, Alvinzi no se atrevió á mantenerse en la llanura, y se retiró en desórden hácia Montebello, despues de haber perdido en aquellos tres dias doce mil muertos y seis mil prisioneros. Bonaparte volvió á Ve-

rona por el camino de Villanova, y entró en la ciudad por la puerta oriental en medio de los trasportes de admiracion de los habitantes y soldados; sin pérdida de momento envió á Massena en auxilio de Vaubois, que se habia replegado á la línea del Mincio, y dirigió á Augereau hácia Dolce para cortar la retirada á Davidowitch, el cual se apresuró á subir por el Adiger, y no se detuvo hasta Roveredo. Vaubois ocupó de nuevo Rívoli y las alturas de la Corona.

Bonaparte concedió seis semanas de descanso á sus tropas, fatigadas por sus victorias; reorganizó la administracion de los países conquistados, entregados por el Directorio á agentes despotas y rapaces; amenazó á Venecia que armaba sus regimientos esclavones, y finalmente se puso en marcha para intimidar al Papa, cuando al llegar á Bolonia hízole regresar al Adiger la noticia de que Alvinzi habia vuelto á tomar la ofensiva. El ejército austriaco habia sido aumentado hasta sesenta mil hombres: cuarenta mil á las órdenes de Alvinzi debian desde Trento bajar por el Adiger hasta Rivoli, mientras que veinte mil, mandados por Provera, atacasen á un tiempo Verona y Legnago. Wurmser debia á su vez romper la línea de bloqueo, incorporar á sus filas el ejército del Papa, reunirse con Provera, y atacar por la retaguardia á los franceses hostilizados de frente por Alvinzi. El ejército republicano habia sido dividido en cuatro cuerpos de diez mil hombres cada uno: Serrurier se hallaba delante de Mantua, Augereau en Legnago, Massena en Verona, Joubert en la Corona, y Rey con una reserva de cuatro mil hombres se mantenía en Castelnovo. Joubert atacado por fuerzas superiores, fué arrojado de las alturas de la Corona, y trató de sostenerse en la llanura de Rívoli, la cual es bañada al este por el Adiger, y dominada al oeste por el Monte-Baldo, surcado por senderos impracticables para los caballos: el único punto que conduce á ella es el camino que sale de Trento, siguiendo las márgenes del rio, y que al llegar á Incanale serpentea hasta lo alto de la plataforma. Alvinzi resolvió atacar esta posicion por todos lados: por la derecha con diez y seis mil infantes, que debian atravesar los senderos del Monte-Baldo; de frente con la artillería, la caballería, seis mil infantes y los bagajes por el camino de Incanale; por la izquierda, con seis mil hombres colocados en la orilla izquierda del Adi-

ger; y en fin por retaguardia con seis mil hombres, que debían desfilar entre el Monte-Baldo y el lago de Garda á las órdenes del emigrado Lusignan. Joubert pidió refuerzos.

Bonaparte, que ignoraba en que punto descargaría el enemigo sus mas rudos golpes, habia dirigido la division Massena al encuentro de Provera, el cual fué derrotado (13 de enero de 1797); pero al tener conocimiento de la marcha de Alvinzi, dejó á Augereau en el Adiger inferior, hizo partir para Rívoli la division Massena, y llegó personalmente á la eminencia. En aquel momento Joubert abandonaba sus vertientes septentrionales, y Alvinzi, con los batallones de infantería que descendian de las sendas del Monte-Baldo, iba á reunirse con la prolongada columna que subia por el camino de Incanale (14 de enero). Todo se habia perdido si la reunion llegaba á verificarse, y Bonaparte hizo volver al combate á los valientes de Joubert. Sin embargo, sus fuerzas eran harto inferiores, y la columna de Incanale empezaba á aparecer en la plataforma; Alvinzi ganaba terreno en nuestro flanco; Lusignan llegaba por el camino de Castelnovo, y el fuego de la orilla izquierda del Adiger introducía alguna confusion entre el reducido ejército francés, que se encontraba atacado de frente, por la derecha y por la izquierda, y cortado por retaguardia. Por fortuna llegó Massena, y Bonaparte tuvo entonces diez y seis mil combatientes y sesenta cañones contra cuarenta mil hombres, que no podian servirse de su artillería ni de su caballería, y una tercera parte de los cuales se hallaba ocupada en operaciones accesorias: sin cuidarse del cuerpo de la orilla izquierda, que solo obra por medio de sus balas perdidas, ni de los soldados de Lusignan, que muestra de léjos á sus valientes, diciéndoles: « Aquellos son nuestros!» dirige todos sus esfuerzos contra la columna de Incanale. En el momento en que iba á formarse en la eminencia, la infantería ataca sus flancos, la caballería la carga por el frente, y la artillería dirige sus tiros sin perder uno solo al profundo desfiladero en que se encuentran amontonados mas de doce mil hombres. Los enemigos ceden, y los que no caen prisioneros, son pasados á cuchillo. Desde allí marcha Bonaparte contra las columnas de Alvinzi, que se desbandaban en persecucion de nuestra izquierda, las arrolla y las lanza á los precipicios; vuélvese en fin, ametralla á Lusignan, le

arroja contra la reserva de Rey, y le obliga á deponer las armas.

Alvinzi emprendió su retirada en el mayor desórden por el estrecho sendero que conduce á las alturas de la Corona, y era muy fácil completar su ruina; mas Bonaparte supo que Provera habia sorprendido el paso del Adiger en Anghiari, y que se dirigia á libertar á Mantua; sin pérdida de momento deja á Joubert y á Rey el cuidado de acabar con Alvinzi, y se dirige á Mantua con la division Massena, division infatigable, que se habia batido el 13 de enero delante de Verona, habia marchado toda la noche para llegar á Rivoli, se habia batido durante todo el dia 14, y se disponia á marchar toda la noche y la jornada del 15 para batirse el 16 delante de Mantua: la encarecida actividad de los soldados romanos, jamás habia realizado semejantes prodigios. Provera, aunque perseguido por Augereau que le separó de su retaguardia, habia llegado delante de Mantua, pero encontró el arrabal de San Jorge fortificado y defendido por mil quinientos hombres, que rechazaron todos sus ataques (16 de enero); al dia siguiente atacó el arrabal de la Favorita mientras que Wurmser salia de la plaza por otro lado para hacer una diversion; pero Bonaparte habia llegado, y reunióse con la division Augereau: Wurmser fué arrollado hasta la plaza, y Provera, que halló delante de sí á Serrurier ocupando la Favorita, en sus flancos á Massena, y á su retaguardia á Augereau, atacado, vencido por las tres divisiones, mandó rendir las armas á los seis mil soldados que le seguian. Al mismo tiempo Joubert se lanzó en persecucion de Alvinzi por las alturas de la Corona, envolvió sus flancos, cortóle su línea de retirada, le encerró en un desfiladero y le aniquiló completamente: rindiéronse cinco mil austriacos, tres mil quedaron en el campo, y el resto se precipitó en el Adiger ó huyó hácia Roveredo y Calliano, hostigado y perseguido por el vencedor, que no se detuvo hasta llegar al Lavis. Los franceses recobraron en todas partes sus antiguas posiciones, desde Trento hasta Trevisa.

Tales fueron las batallas de Rívó i, de la Favorita y de la Corona, que costaron al Austria veinte y cuatro mil prisioneros, doce mil muertos, sesenta cañones y veinte y cuatro banderas, y cuyo premio fué Mantua. Wurmser, reducido por el hambre á la última extremidad, capituló y entregó á los franceses trece mil pri-

sioneros y trescientos cincuenta cañones (2 de febrero).

Bonaparte partió en seguida para Bolonia con una division formada en parte de italianos, y llegó al Senio, donde se habia atrincherado el ejército pontificio, reforzado con gran número de campesinos: dispersólo, atravesó la Romanía, se apoderó de Ancona y llegó á Tolentino. La corte de Roma pidió la paz, y Bonaparte que solo deseaba reducirla á la impotencia, se la concedió (19 de febrero), firmándose el tratado de Tolentino, por el cual el Papa cedia á la Francia Aviñon, Bolonia, Ferrara, Ancona y la Romanía, pagaba 30 millones, y entregaba los objetos artísticos estipulados en el armisticio de Bolonia.

§. X.—*Operaciones marítimas.—Campañas de 1797.—Batallas del Tagliamento, de Tarvis y de Neumark.—Preliminares de Leoben*—Jamás se habia hecho la guerra con tanta grandeza de inspiracion, tanta claridad, profundidad y multiplicidad de miras, con tan rápida inteligencia de los lugares, de los hombres y de las circunstancias: era la guerra como la habian entrevisto Gustavo Adolfo, Turena y Federico. La Francia no volvía de su estupor al ver tan prodigiosos triunfos, en que los prisioneros eran mas numerosos que los vencedores, al leer los tratados en que Rafael y Miguel Angel pagaban el rescate de su patria, al contemplar á aquel jóven, cuyo nombre sabia pronunciar apenas y que se mostraba á la vez como guerrero, diplomático y administrador. Si hubiesen presidido á las operaciones de los ejércitos del Rhin, y sobre todo á las operaciones marítimas igual genio é igual fortuna, la revolucion habria impuesto desde entonces sus leyes á la Europa; mas Jourdan habia dado su dimision, y su ejército, aumentado á setenta mil hombres y mandado por Beurnonville, permaneció inmóvil delante de treinta y cinco mil austriacos. El del Rhin y Mosella se ocupó únicamente en defender el fuerte de Kehl, sitiado por el archiduque Carlos, el cual se obstinó delante de sus muros durante dos meses, disparó contra ellos cien mil balas y veinte y cinco mil granadas, y obligóle á capitular, cuando no era mas que un monton de ruinas (9 de enero).

El Directorio habia roto las negociaciones con el gabinete británico, cuya mala fe habia conocido, y habia instado á la España y á la Holanda para que reunieran sus buques á los suyos para

devolver la libertad á los mares. Sin embargo, la España habia degenerado mucho bajo el débil Carlos IV y su favorito Godoy; y la Holanda se hallaba dividida en muchos y encontrados bandos, que dilataban el establecimiento de la constitucion, y aniquilaban los recursos del país con sus continuas discordias. Los ingleses arrebataron á la primera la isla de la Trinidad, y á la segunda Ceilan, el Cabo y las Molucas, al tiempo que la marina francesa salia de su lamentable estado bajo la inteligente direccion de Truguet: una escuadra habia hecho ricas presas en Terranova; habíanse enviado refuerzos á Santo Domingo, donde los negros habian tomado partido en favor de la metrópoli, y por fin, el Directorio, que habia anudado relaciones con los irlandeses, armó una grande expedicion que debia dar un golpe mortal al poderío inglés. Una escuadra de veinte y siete navíos ó fragatas, conduciendo diez y ocho mil hombres á las órdenes de Hoche, salió de Brest y se dirigió á Irlanda; pero fué dispersada por una tempestad, y la fragata que montaba Hoche se extravió. Algunos navíos lograron reunirse y entrar en la bahía de Bantry; pero el mal tiempo y la falta de jefes les impidieron desembarcar su gente, y la expedicion regresó á las costas de Francia (24 de diciembre de 1796).

La campaña de 1797 debia ser decisiva: el Austria habia prescrito á su ejército del Rhin que permaneciera en la defensiva, y habia hecho sus últimos esfuerzos para enviar á Italia un cuarto ejército, cuyo mando confió al archiduque Carlos, con órden de cubrir los tres caminos que conducen á Viena: Laudon con quince mil hombres, ocupaba el paso de Breuner: Lusignan con ocho mil el puerto de Tarvis, y el archiduque con veinte y cinco mil el desfiladero de Adelsberg y sobre todo el camino de Trieste.

Bonaparte habia resuelto marchar contra Viena, y el Directorio aprobó su atrevido pensamiento; para realizarlo, destacó de los ejércitos del Rhin las divisiones Delmas y Bernadotte, que elevaron el ejército de Italia á setenta y cinco mil hombres; dió el mando del ejército de Sambre y Meuse á Hoche, aumentó este ejército y el de Moreau á ciento cuarenta mil hombres, y les ordenó tomar de nuevo la ofensiva.

La empresa de Bonaparte era por demás temeraria: debia marchar entre el Tirol y el Estado de Venecia, dispuestos á declarar-

se contra él luego que viesen su retaguardia; atravesar durante el invierno los Alpes Julianos, los Alpes Noricos y el Semmering, y penetrar en el corazón de la monarquía austriaca á doscientas leguas de su base de operaciones. El animoso general dejó veinte mil hombres mandados por Kilmaine para custodiar las plazas y observar á los venecianos, cuya malevolencia solo refrenaba el temor; dirigió á Joubert con veinte mil hombres hácia el Tirol, para rechazar á Laudon mas allá del Breuner, ordenándole segun las circunstancias, bajar al Inn para reunirse con Moreau, ó bien desfilar por la derecha por el Eysach para incorporarse con él en el valle del Drave; envió diez mil hombres á las órdenes de Massena hácia Feltre y Belluna contra Lusignan; y en fin, tomó con veinte y cinco mil hombres el camino real de Trevisa á Gorizia, y pasó el Prave sin obstáculo alguno. El archiduque se encontraba en las márgenes del Tagliamento, é intentó defender el paso del rio en Valvasone (16 de marzo de 1797); pero fué derrotado, arrojado á la otra parte del Isonzo, y Bonaparte se apoderó de Palma-Nova. Al mismo tiempo Massena venció á Lusignan, marchaba de Belluna á Osopo, apoderábase de esta plaza y marchaba por Ponteba hácia el puerto de Tarvis; entonces el archiduque Carlos dirigió su ala derecha, su artillería y sus bagajes hácia Udina, Caporetto y Chiusa-di-Pletz para llegar á dicho puerto antes que Massena, quedándose él custodiando el Isonzo inferior para cubrir á Trieste. Massena, empero, se apoderó del puerto de Tarvis, mientras que Bonaparte tomó Gradisca, pasó el Isonzo, y se lanzó en persecucion del ala derecha austriaca, á la que esperaba Massena. El archiduque, cortada su ala izquierda, y no pudiendo subir por la orilla izquierda de los Alpes Carnicos, vióse obligado á marchar á toda prisa hácia el desfiladero de Adelsberg, perseguido por Bernadotte, y llegó á Laybach; desde allí se dirigió personalmente á Villach, donde acababan de llegar dos divisiones enviadas del Rhin; y las envió contra el puerto de Tarvis para desalojar de allí á Massena y abrir de nuevo el camino á su ala derecha; mas fué derrotado y rechazado á Villach, reuniéndose en aquel punto con el resto de su ejército (24 de marzo). Entonces el ala derecha, atacada por el frente y por retaguardia por Massena y Bonaparte, intentó en vano resistir, y perdió seis mil

hombres, treinta cañones y cuatrocientos carros. Los franceses entraron en Villach y luego en Klagenfurth, mientras que la division Bernadotte se apoderaba de Trieste y Laybach.

Durante este tiempo, Joubert habia vencido á los austriacos en el Lavis, en Neumark y en Clausen; habíales rechazado hasta el pié del Breuner, y habia llegado á Brixen (22 de marzo); pero en aquel momento sublevóse el Tirol en masa; bandas de belicosos campesinos reforzaron por todas partes á las tropas de Laudon, y amenazaron envolver á los franceses. Joubert que supo hallarse inmóviles aun los ejércitos del Rhin, dirigióse hácia la derecha por Brunecken, pasó el desfiladero de Toblach, y llegó á Villach, movimiento que fué seguido del de Laudon hácia Trento, y de su entrada en el territorio veneciano, donde habia estallado la guerra civil. Las principales ciudades, agitadas por las ideas y los agentes franceses, se habian declarado en rebelion contra el Senado, celebrando alianza con Milan y Bolonia; pero la aristocracia habia sublevado á las aldeas contra las capitales, y armado á gran número de campesinos que pedian en grito el exterminio de los franceses. La proximidad de Laudon hizo arrojar la máscara al Senado, el cual firmó con el Austria un tratado secreto para cortar la retirada á Bonaparte; concentráronse en Venecia diez regimientos eslavones, y dióse muerte á varios franceses aislados.

Al recibir Bonaparte tan fatales noticias, amenazó al Senado con una destruccion completa en caso de formar una Vendée en su retaguardia; y á pesar de las vivas inquietudes que le inspiraba la inaccion de los ejércitos del Rhin, continuó su marcha, venció al Archiduque en los desfiladeros de Neumark, pasó los Alpes Nóricos, y llegó á Leoben, donde se le incorporó Joubert (15 de abril). Su vanguardia se apoderó del Semmering, y los franceses solo distaban veinte y cinco leguas de Viena, cuya ciudad quedó consternada. La corte de Austria solo pensaba en negociar, y el archiduque pidió una suspension de armas; Bonaparte la otorgó, y si bien no tenia poderes para celebrar la paz firmó los preliminares de la misma sobre las siguientes bases: cesion á la Francia de la Bélgica y de la orilla izquierda del Rhin; cesion de la Lombardía para convertirla en estado independiente, mediante indemnizacion tomada del territorio veneciano, etc. (18 de abril).

§. XI.—*Operaciones en el Rhin.—Destrucion de la república de Venecia.—Fundacion de la república de Liguria.—Negociaciones con la Ingla'erra.*—El mismo dia en que Bonaparte firmaba los preliminares de paz, entraban en campaña los ejércitos del Rhin, inmóviles durante un mes por falta de dinero. Hoche marchó por Neuwied, derrotó á los austriacos en Heddersdorf y pasó el Sieg y el Lahn; Moreau atravesó el Rhin cerca de Estrasburgo, venció á los austriacos en Diersheim, y penetró en Selva Negra, disponiéndose ambos para reunirse en el Mein, cuando fueron detenidos por los correos de Leoben (23 de abril). El Directorio, envanecido por esos primeros triunfos, vaciló en ratificar los preliminares firmados por Bonaparte sin autorizacion; pero un general entusiasmo acogió la esperanza de la paz; el gobierno no se atrevió á condenar la ilegal conducta del hombre que habia obligado á la coalicion á humillarse ante la obra revolucionaria; los preliminares fueron ratificados, y abriéronse en Udina las negociaciones entre el general de Italia y los enviados del Austria.

Bonaparte se habia apresurado á pasar otra vez los Alpes Julianos para asegurar sus comunicaciones, pues á pesar de sus amenazas, habia estallado la guerra entre las tropas francesas que protegian á las ciudades sublevadas y los campesinos venecianos apoyados por el Senado. La guarnicion de Verona vióse bloqueada en los fuertes por veinte mil montañeses, diez mil esclavones y los austriacos de Laudon (15 de abril); los franceses fueron asesinados en las calles y en los hospitales, y arrojados al Adiger en número de cuatrocientos; las ciudades inmediatas imitaron este ejemplo, y fué preciso que la division Kilmaine sostuviese un sangriento combate en las puertas de Verona para obligar á los habitantes á someterse, y á cesar sus hostilidades contra la guarnicion de los fuertes. En vano reprobó el [Senado la insurreccion; un suceso mas odioso aun manifestó altamente su perfidia y fué causa de su ruina: un lugre francés que se habia refugiado en el puerto de Venecia, fué echado á pique por los fuertes, y su tripulacion asesinada (23 de abril).

Entonces fué cuando llegó á Venecia la noticia de los preliminares de Leoben: el Senado imploró gracia; pero Bonaparte se acercaba trasportado de cólera, y rechazó todas las súplicas y

proposiciones. «La sangre de mis hermanos de armas será vendada! dijo á los enviados venecianos. Seré un Atila para Venecia (2 de mayo);» y declaró la guerra á la república, destruyó en todas las ciudades el gobierno de San Marcos, y dirigió tropas contra las lagunas. La aristocracia licenció á sus esclavones, desarmó á los campesinos, modificó la constitucion de la república; pero todo fué inútil: estalló una sublevacion en la capital; la clase media obligó al Senado á presentar su abdicacion, y llamó á los franceses. El general Baraguay D'Hilliers entró en la ciudad con cuatro mil hombres y enarboló la bandera tricolor en la plaza de San Marcos (16 de mayo); los fuertes y los buques fueron entregados al vencedor, las tropas venecianas capitularon, y establecióse interinamente un gobierno provisional.

Así cayó sin esfuerzos aquella república de quince siglos, que esperaba en vano recobrar una nueva vida bajo la proteccion de los franceses; su ruina estaba escrita en los preliminares de Leoben. Génova, su antigua rival, fué mas feliz; á instigacion de la Francia, estalló en sus muros una insurreccion democrática que fué reprimida por el senado, el cual castigó á los mas comprometidos, y llegó hasta maltratar al envidiado francés (31 de mayo). Bonaparte que habia vuelto á Milan, amenazó á la aristocracia con su cólera; los demócratas triunfaron: el senado abdicó; establecióse una constitucion democrática, y Génova, bajo el nombre de república de Liguria, quedó sumisa aliada de la Francia.

Estos acontecimientos sembraron el terror entre los enemigos de la revolucion francesa, é hicieron concebir á los extranjeros la mas alta idea del poder directorial. «La mitad de la Europa, escribia Mallet'Dupan, se halla de hinojos ante ese Divan, y solicita el honor de ser su tributario.» La Inglaterra se conmovió: veíase sola en la lucha; el partido democrático continuaba agitando el país; el pueblo pedia la paz á grandes gritos; los marineros de ambas escuadras se habian rebelado y amenazaban conducir sus buques á Francia; el Banco que habia hecho grandes adelantos al gobierno, se habia visto obligado á suspender sus pagos, y anunciábase en fin que el Directorio habia resuelto realizar sus proyectos acerca de la Irlanda; que iban á reunirse en Brest las escuadras española y holandesa para embarcar

cuarenta mil hombres, y que Hoche se hallaba al frente de la expedición, que debía crear una nueva república en el flanco de la Gran Bretaña. Pitt tuvo que ceder ante los clamores de la nación y las victorias de la Francia; hizo proposiciones de paz; el Directorio accedió á ellas, y abriéronse negociaciones en Lila (6 de julio).

§. XII.—*Situacion de la hacienda.—Agiotaje.—Conspiraciones realistas.—Elecciones del año V.—Reaccion realista en los consejos.*
—Jamás se habia mostrado la Francia tan gloriosa en el exterior, pero las agitaciones y los sufrimientos continuaban desgarrándola en el interior. El estado de la hacienda no habia mejorado; el empréstito forzoso solo habia producido 300 millones; los tributos no se cobraban; los mandatos territoriales habian caido en descrédito luego de su aparicion, era rechazado toda clase de papel, y los consejos debieron declarar que las transacciones se verificarian en adelante en numerario ó en papel al curso real, y que las contribuciones se cobrarian del mismo modo, (16 de julio de 1796). El papel moneda habia cumplido su mision: por medio de él la revolucion habia vencido á la Europa, y «los cinco años del reinado de los asignados habia subdividido la propiedad francesa, mas de lo que lo hicieron los siglos en que decayó progresivamente el régimen feudal.» Esto no obstante la caída del papel moneda causó numerosos sufrimientos, y puso en gran consternacion al gobierno, que solo tenia para subsistir los impuestos regulares, viéndose obligado á recurrir á mil expedientes ruinosos, á tomar prestado á intereses usurarios, á hipotecar los ingresos de los años venideros, y á vender á bajo precio los bienes nacionales. Semejantes medidas hicieron acusar al gobierno de falta de probidad, si bien solo Barras tenia una secreta parte en los beneficios de los infames agiotistas que hacian su fortuna con la miseria pública. Jamás gobierno alguno se habia visto reducido á semejante escasez de dinero; nunca habian los especuladores abusado mas indignamente de sus recursos para robar á una nacion. A falta de 100,000 francos para pagar un tren de pontoneros, Moreau habia entrado en campaña un mes demasiado tarde; un préstamo de 300,000 francos fué reconocido por una inscripcion de 12 millones en el gran libro de la deuda pública. Las administraciones todas y sobre todo la de la

guerra, eran presa de una turba de bandidos capitaneados por Barras, que se burlaban de las órdenes del Directorio y de las leyes de los consejos, defendíanse mutuamente, se habian erigido en el único poder de la república, y no contentos con monopolizar en Francia todos los mercados y provisiones, precipitábanse á la zaga de nuestros ejércitos para devastar los paises conquistados. Esos agentes habian dado tanto que hacer á Bonaparte como los mismos austriacos, y le habia sido imposible librar de ellos á sus ejércitos, donde contaban con cómplices. «De esa época datan las nuevas fortunas. Vióse de repente salir del lodo un enjambre de advenedizos; hijos del agiotaje y de la inmoralidad, ostentaban en los campamentos el lujo mas desenfrenado y las ideas mas contrarrevolucionarias. Los sacrificios de la estenuada república iban á parar en sus manos impuras, y mas que agentes encargados de alimentar á nuestros ejércitos, parecian un cuerpo enemigo enviado á su retaguardia para interceptarles los víveres (1).» Aquellos nuevos potentados reprodujeron las costumbres del antiguo régimen, los escándalos de los cortesanos de Luis XV: ostentaron el mas insultante lujo; inventaron las mas impúdicas modas, é imitadores de los *muscadins*, á los que sobrepujaban en arrogancia y enridiculez, restablecieron los usos monárquicos, ridiculizaron las instituciones republicanas, y sumieron á la nacion en el materialismo mas grosero. Perdido ya el amor exaltado que la patria inspirara, perdida la fe en la libertad, comprendíase el vacío que en las almas dejara el triunfo de la filosofía volteriana; el egoismo, el afan por las riquezas, la mas cruel indiferencia hácia todo lo que era sentimiento, creencia ó abnegacion, dominaba en todas las clases, y no estaba léjos el tiempo en que, no sabiendo el pueblo en qué idea depositar su fe, la depositase en un hombre.

El desórden de la hacienda, la disolucion de las costumbres, la incredulidad universal, alentaban las esperanzas de los realistas, quienes encarecian de continuo la felicidad de que gozaba la Francia regida por la monarquía y la religion, sin ver que ellos mismos participaban del egoismo, de la impiedad y de los vicios generales: los nobles solo deseaban vengarse y recobrar

(1) Relacion de Joubert (del Herault) al consejo de los Quinientos.

sus riquezas; los *Jacobinos blancos* no vacilaban en recurrir al asesinato y al robo; las compañías de Jehú y del Sol continuaban sus excesos en el Mediodía, y los caminos del Oeste se hallaban infestados de bandidos, restos de las bandas reales, conocidos con el nombre de *Calentadores*. Habían entrado sesenta mil emigrados junto con gran número de sacerdotes refractarios, poniendo en alarma á los adquirentes de bienes nacionales; dos grandes agencias realistas procuraban cubrir el país con una vasta red de asociaciones, semejantes á las del antiguo club de los jacobinos, «para convertir á la Francia en una Vendée general;» pero los jefes eran miserables intrigantes que procuraban únicamente sacar millones de Inglaterra, no escaseando las promesas. En esto la agencia de París, dirigida por Brottier, Duverne y Lavilleurnois, formó una conspiración tan mal urdida como violenta, á imitación de la de Babeuf: la trama fué descubierta, y los jefes encarcelados, comprometiendo sus documentos á varios miembros de los consejos. Duverne declaró que ciento ochenta y cuatro diputados habían ofrecido á Luis XVIII restablecerle en el trono, con tal que conservase la constitución. «El rey, contestó el pretendiente, hará todo lo que sea preciso para reformar los abusos que se habían introducido en el antiguo régimen; pero nada le hará variar la constitución del Estado.» El Directorio dió gran publicidad á esta trama; pero hallábase tan desprestigiado que los conspiradores hallaron apoyo hasta en el cuerpo legislativo, y solo fueron condenados á prisión, creyéndose que al revelar la constitución no había tenido mas objeto que influir en las elecciones, que debían renovar una tercera parte de los miembros de los consejos.

«Las elecciones del año V, dice Lacretelle, eran consideradas como una reproducción del 13 de vendimiario. La nación se mostró animada de un movimiento totalmente contrario al que la agitara en 1789, y en muchas asambleas primarias y en varios cuerpos electorales, propúsose sin rodeos el restablecimiento de la monarquía. Los republicanos ardientes no eran los únicos insultados; lo mismo sucedía á los que mostraban escrúpulos constitucionales.» Los realistas sembraron el terror en las provincias; arrojaron á los patriotas de las asambleas primarias, y esparcieron proclamas de Luis XVIII. Los periódicos con

sus declamaciones, los antiguos obispos con sus pastorales, los emigrados recién llegados con sus amenazas, las administraciones locales y los tribunales con su silencio, excitaron á los campesinos al restablecimiento de la monarquía. «El escándalo llegó á tal punto, que solo puede explicarlo la certeza de la contra-revolucion.» El resultado de tantas maquinaciones fué la eleccion de doscientos cincuenta diputados monárquicos, entre los cuales los habia que conspiraban con el pretendiente para restablecer el antiguo régimen, tales como Pichegru, el general Willot, Imbert-Colomé, etc. El primero se habia entregado á los realistas desde su destitucion, y era la esperanza del partido: «Deposito en vuestras manos, le escribia el pretendiente, la plenitud de mi poder y de mis derechos.»

La nueva tercera parte manifestó desde su ingreso en los consejos, haber cambiado la mayoría, nombrando á Pichegrú presidente de los Quinientos, y á Barbé-Marbois, presidente de los Ancianos (20 de mayo), y reemplazando á Letourneur, á quien la suerte habia designado para abandonar el Directorio, con Barthelemy, el negociador de los tratados de Basilea, cuyo nombre habia sido comprometido con los documentos de Lemaitre. Desde aquel momento la mayoría empezó su reaccion: derogó la ley que excluía de los cargos públicos á los parientes de los emigrados; amnistió á los tolonenses que habian entregado su ciudad á los ingleses; abolió la pena de deportacion para los clérigos no juramentados; censuró al Directorio por haber hecho la guerra á Venecia, y tratado con las potencias italianas sin autorizacion de los consejos; negó al gobierno todo medio de represion contra los excesos del Mediodía y del Oeste; excitó la indignacion de los hombres de bien contra las dilapidaciones de la hacienda, é inhibió al Directorio al cual pretendia «reducir por hambre» del conocimiento de los expedientes de que habia entendido hasta entonces. «En cada sesion, dice Thibaudeau, aparecian proposiciones, dictámenes y acuerdos que minaban su autoridad, alteraban su consideracion, aumentaban sus temores, y lanzaban el espanto entre los republicanos.» El plan de los conspiradores consistia en reorganizar la guardia nacional, en decretar la acusacion del Directorio, y en hacer proclamar por los consejos á Luis XVIII.

Los realistas no cabían en sí de alegría; sus agentes recorrían el Oeste y el Mediodía para reanimar el celo de sus partidarios; los adquirentes de bienes nacionales eran maltratados; los emigrados recobraban sus bienes á bajo precio; el clero restablecía las antiguas diócesis, mantenía correspondencia con Roma, y formaba asociaciones; hallábanse en París cinco mil emigrados y chuanes. «El nombre de republicano, dice Thibaudeau, pronunciado con temor ó respeto en el extranjero, era entre nosotros un título de desprecio y de proscripción.»

§ XIII.—*Golpe de Estado de 18 de fructidor.*—Era evidente que el antiguo régimen y la revolución debían trabar un nuevo combate; y como en aquel entonces era el foco de las conspiraciones la representación nacional, solo el gobierno podía salvar á la república. El Directorio, empero, se hallaba privado de todo medio de acción, hasta del derecho de disolver los consejos; no gozaba de la confianza de nadie, y para colmo de desgracia se encontraba desunido. Barthelemy participaba de las opiniones de los consejos; Barras, noble de antigua alcurnia y *rey de la canalla*, rodeábase en sus orgías de tantos emigrados, como jacobinos; según se decía había tenido parte en la conspiración de Babeuf y en la de Duvesne, y protector y cómplice de los dilapidadores de las rentas públicas, amigo y apoyo de las mujeres perdidas, había manchado con su infamia á sus colegas probos y honrados, siendo personalmente causa del desprestigio del gobierno. Carnot, republicano por convicción y por sentimiento, habíase dejado conmover por las declamaciones de los realistas contra el terror, á pesar de su carácter elevado y de sus puras intenciones, y á fin de hacer olvidar la parte que tomara en la dictadura de la famosa junta, no hablaba mas que de moderación y del reinado de las leyes; creía que el malestar del país procedía únicamente de la marcha débil del gobierno; pensaba que la oposición de los consejos era constitucional, desconfiaba de sus colegas y detestaba á Barras, no solo como inmoral, sino como el antiguo jefe de los termidorianos. Rewbell y Laréveillère, girondinos laboriosos, instruidos y desinteresados, eran hombres medianos bajo todos conceptos, y presa además del ridículo por sus cualidades, eran muy inferiores á su posición. El primero, brutal é insolente, había perdido toda auto-

ridad por los hombres incapaces á quienes colocara en el gobierno, y el segundo, cándido utopista, por la secta de los *Teofílóntropos* que habia querido fundar sobre los restos del catolicismo.

Larevéillère y Rewbell resolvieron salvar la república sin retroceder ante la violencia, y procuraron ante todo aliarse con Carnot. «¿Cómo puedes abandonarnos, le dijeron, para unirte con una faccion que desea servirse de tí para perder la república, y que desea perderte despues de haberse servido de tí?» Rechazados con desprecio, dirigieronse á Barras, y como este era en el fondo revolucionario, lograron entenderse con él. Urgía ante todo frustrar la conspiracion; pero los republicanos de los consejos se hallaban en minoría y desconfiaban tambien del Directorio; no existian otras pruebas de la trama que algunos documentos hallados por Bonaparte en Venecia, en casa del conde de Entraiques, emisario del Pretendiente, documentos harto vagos para servirse de ellos en juicio; y en fin, los principales culpables se hallaban en los consejos, y estos eran los únicos jueces de los actos de sus miembros. Cerrada toda vía legal, no quedaba mas recurso que un golpe de Estado, y para realizarlo solo se podia contar con el ejército, único poder revolucionario que se indignaba, él que acababa de vencer á la Europa para vencer al realismo, de ver aparecer á este en su retaguardia, en el centro de la Francia.» El temor de la contra-revolucion precipitó á la república en 1793 en los excesos y furoros, cuya fúnebre historia hemos trazado; el temor de la contra-revolucion obligaba ahora á precipitarse en los brazos de los militares.»

Los tres ejércitos de la república presentaban grandes diferencias en su composicion y en el carácter de sus jefes. El ejército de Italia, embriagado de gloria, de riquezas y de placeres, mostrábase lleno de ardor y de exaltacion; sus oficiales eran todos plebeyos, y solo hablaba de acuchillar á los aristócratas de París; era, en una palabra, jacobino. Su jefe, antiguo partidario de Robespierre, y vencedor de los realistas en 13 de vendimiario, tenia fama del mas terrorista de los generales; con motivo del 14 de julio que habia mandado celebrar en Italia con extraordinaria pompa, habia dirigido á sus soldados una proclama terrible contra el realismo, y las tropas le habian contestado con sanguinarias exposiciones «contra los emigrados y los sacerdotes, opro-

bio de la nacion y execracion del género humano. Temblad, traidores, decian ; desde el Adiger hasta el Sena, no hay mas que un paso, y el premio de vuestras iniquidades se halla en la punta de nuestras bayonetas.» Bonaparte envió al Directorio aquellas exposiciones, aconsejóle un golpe de Estado, y le ofreció sus tropas.

El ejército del Rhin y Mosella, menos embriagado de triunfos, mas pobre, mas comedido, parecia querer distinguirse del ejército de Italia por su desprecio hácia el Directorio; sus oficiales, salidos de las clases ilustradas, afectaban modales aristocráticos, y representaba, en una palabra, la opinion girondina. Su jefe, célebre por su reserva y sangre fria, era presentado por los constitucionales y los monárquicos como el modelo del hombre de guerra, y su retirada de Alemania era encarecida como superior á las victorias de Montenotte y de Rívoli: Moreau, léjos de ofrecer su auxilio al Directorio, tomó parte en cierto modo en la conspiracion realista: amigo de Pichegru é instruido de su traicion hacia cinco meses por algunos documentos hallados en un carro de bagajes austriaco, guardó criminalmente un secreto, cuyo descubrimiento, á verificarse antes de las elecciones del año V, hubiera frustrado la conspiracion sin necesidad de golpe de Estado.

El gobierno desconfiaba de Moreau, y no queria admitir el auxilio de Bonaparte, cuya ambicion le disgustaba; pero existia un general mas dócil y mas modesto, hombre de Estado y guerrero, cuyos servicios eran tan grandes como los de aquel, pero menos brillantes, cuya gloria no inspiraba envidia, cuya adhesion á la república era tan ardiente como sincera: Hoche, su ejército podia ser llamado el de la abnegacion: él habia salvado á la república en el Sambre y en el Roer, habiase sacrificado en el año 95 para hacer marchar á Pichegru, y en el año 96 para hacer marchar á Moreau, y habia sido detenido en el de 97 al principio de sus victorias. Hoche se puso fácilmente de acuerdo con los directores, y al instante puso á quince mil hombres en movimiento, los cuales llegaron hasta Ferté-Alais, á una distancia prohibida por la constitucion. Los consejos prorumpieron en gritos de alarma, y el Directorio, despues de dar pocas y malas explicaciones, mandó retirar las tropas, pidiendo á Bonaparte uno

de sus generales, en cuanto Hoche se veía amenazado de un decreto de acusación. El general del ejército de Italia envió á Augereau, el cual tenía las pasiones y el lenguaje del arrabal de San Antonio, donde había nacido, y que era una nulidad política, cuya ambición no debía inspirar temor alguno.

El Directorio dió á Augereau el mando de París, publicó las exposiciones del ejército de Italia, y cambió el ministerio, siendo nombrado ministro de negocios extranjeros el ex-obispo de Autun, Talleyrand-Perigord, elevado por los republicanos aliados entonces con el gobierno. Los consejos se vieron amenazados, y se prepararon para la resistencia, aunque no mostraron la mayor decisión; los realistas y los constitucionales no lograban ponerse de acuerdo; Pichegru manifestaba debilidad, y los esfuerzos de todos se limitaron á decretar la reorganización de la guardia nacional, y á hacer entrar á Pichegru y á Willot en la comisión de inspectores de sala, comisión que era en cierto modo el poder ejecutivo de los Quinientos, y á la cual se dió el mando de la guardia del poder legislativo. En tanto las tropas de Hoche se habían puesto otra vez en movimiento; los diputados exclamaron que pretendía renovarse el 31 de mayo, é intimaron al Directorio que diese algunas explicaciones; pero este solo les contestó con un mensaje en el que demostraba la marcha contrarrevolucionaria de la Asamblea, y declaraba que él salvaría á la Francia.

Los realistas quisieron entonces que se tocase á rebato, que se reunieran las secciones, que Pichegru marchase contra el Directorio; pero el tumulto y el desorden reinaban en sus deliberaciones, y no podían disponer de fuerza alguna. Durante este tiempo los directores habían terminado sus preparativos, y el 18 de fructidor (4 de setiembre de 1797) á media noche, doce mil hombres y cuarenta cañones entraron en París y ocuparon las Tullerías. La guardia de los consejos entregó los puntos que custodiaba sin resistencia alguna; la comisión inspectora que había acudido á palacio al primer rumor de lo ocurrido, y convocado á los Quinientos, fué arrestada y enviada al Temple junto con muchos diputados. Un destacamento se dirigió al Luxemburgo para apoderarse de Carnot y de Barthelemy, pero solo este pudo ser conducido al Temple, pues el primero había huido. Todas las autori-

dades de París quedaron suspendidas en sus funciones; los soldados, poseídos de entusiasmo, recorrían las calles gritando ¡ Viva la república! Fijáronse en todas las esquinas copias de los documentos hallados en casa del conde de Entraigues; la ciudad permaneció tranquila, y á las seis todo habia concluido.

El Directorio habia convocado en el Odeon y en la Escuela de Medicina á las dos minorías que le eran adictas, y las dos asambleas, despues de declararse en sesion permanente, autorizaron al Directorio para tomar las medidas necesarias á la salvacion del Estado, y anularon las elecciones de cincuenta y tres departamentos, junto con los nombramientos de jueces y administradores de los mismos; decretaron además que los directores Barthelemy y Carnot y los diputados Aubry, Job Aymé, Bossy-d'Anglas, Bourdon (del Oise), Cadroy, Gilbert-Desmolières, Enrique Larivière, Imbert-Colomé, Camilo Jordan, Lemerer, Mersan, Pastoret, Pichegru, Quatremére de Quincy, Simeon, Vaublanc, Villaret-Joyeuse, Willot, Barbé-Marbois, Portalis, Rovére, Tronçon-Decoudray, etc. en todo cincuenta y tres eran condenados á deportacion; que las plazas de los diputados proscritos quedaban vacantes y que el Directorio estaba autorizado para nombrar los jueces y administradores de los cincuenta y tres departamentos designados. Ordenóse á los emigrados, que hubiesen regresado á Francia, salir del territorio dentro de quince dias bajo pena de muerte; derogose la ley que permitia el regreso á los sacerdotes deportados; declaróse de nuevo que los parientes de los emigrados eran incapaces de desempeñar cargos públicos: suspendióse la organizacion de la guarda nacional y la libertad de imprenta, y pronuncióse en fin la deportacion en masa de los propietarios autores y redactores de cuarenta y un periódicos. El Directorio ejecutó esas medidas revolucionarias con tiránico rigor, deshonoró su victoria con venganzas particulares, abusó de su poder, y convirtió su dominacion en un semi-terror. Los condenados fueron conducidos, unos á Cayenna y los otros á Oleron, con un lujo de inútil brutalidad, sufriendo los de Cayenna un prolongado suplicio en aquella tierra desolada. Barthelemy logró evadirse y encontró un asilo en Inglaterra; Carnot huyó á Alemania, y reemplazáronles en el Directorio Merlin (de Douai) y Francisco de Neufchateau.

Al saber los acontecimientos de París, Moreau envió los documentos que revelaban la traición de Pichegru; el Directorio los publicó para justificarse; pero destituyó al mismo tiempo á Moreau por su revelación tardía, y confió á Hoche el mando de los dos ejércitos del Rhin. El glorioso jóven gozó de él muy pocos días, y murió á los veinte y nueve años, envenenado, segun se dice, dejando la fama militar mas pura entre todas las de la revolución.

El 18 de fructidor fué el complemento del 13 de vendimiario, y el partido del antiguo régimen volvió á caer en la oscuridad por espacio de diez y siete años. La revolución quedó salvada, pero se habia entrado en las vías extralegales; la constitucion ya no existia, y el ejército habia dado un paso mas hácia el poder. El porvenir era suyo: en 13 de vendimiario salvó á la Convencion y venció á la guardia nacional; en 18 de fructidor, salvó al Directorio y venció á la representación nacional; no tardaremos en verle destruir á la vez la representación nacional y el Directorio, y tomar sobre sí por espacio de quince años el cuidado de regir la revolución y el gobierno de la Francia.

§. XIV.—*Ruptura de las negociaciones con Inglaterra.—Tratado de Campo-Formio.—Regreso de Bonaparte á Paris.*—Las turbulencias del interior habian influido en las negociaciones con el Austria y la Inglaterra, pues á medida que los extranjeros veian aumentar la esperanza de la contra revolución, se mostraban mas exigentes. Sin embargo, Pitt deseaba realmente la paz á fin de cobrar aliento y satisfacer los clamores de su pueblo; y como no podia disputarnos la posesion de la Bélgica, que el Austria abandonaba, queria conservar la Trinidad, el Cabo y Ceylan. El Directorio cometió entonces una inmensa falta: en vez de acceder á tales condiciones y de indemnizar á nuestros aliados con nuestras propias colonias, rompió las negociaciones, impulsado ya por una generosidad absurda, ya por el deseo de perpetuar el estado de guerra que hacia su poder mas seguro y menos limitado.

En poco estuvo que tuviesen igual suerte las conferencias de Udina, tanta era la mala fe que manifestaba el Austria; y además el Directorio exigia que la Italia quedase libre hasta el Isonzo, y que el emperador se indemnizase con la secularización de

los Estados eclesiásticos de Alemania. Bonaparte era el único que deseaba la paz, en cuanto le daba mas gloria y abria mas ancho campo á su ambicion que veinte nuevas victorias; así fué que para manifestar la irrevocabilidad de las condiciones impuestas en los preliminares, convirtió á las repúblicas Lombarda y Cispadana en una sola que llamó *Cisalpina*, añadiéndole los paisés de Mantua, de Bérgamo, de Brescia y de Crema, (1) y teniendo al Adiger por frontera, cuatro millones de habitantes y Milan por capital (9 de julio de 1797). El conquistador de Italia dió al nuevo Estado una constitucion copiada de la de Francia, y nombró él mismo los directores y los miembros de los consejos; organizó la guardia nacional, el ejército y la hacienda; y esforzóse en inspirar á los italianos costumbres dignas de su independencia. La Italia le aplaudia con entusiasmo y por su origen le consideraba como á hijo suyo, cuando el Directorio instó á Bonaparte para que impusiera su ultimatum al Austria. El general se negó á obedecer, se quejó de ser tratado como Pichegru, y ofreció su dimision; el gobierno empero no se atrevió á aceptarla, y le autorizó para negociar, si bien exigió que Venecia no fuese sacrificada: «Sólo por ella consentiremos en renovar la guerra, le decian; abandonar á un estado al que vos mismo juzgais digno de ser libre, equivaldria á negociar como vencidos y contribuir á una perfidia sin excusa.» Bonaparte no hizo caso alguno de semejantes órdenes, y firmó la paz que tomó el nombre de Campo-Formio (17 de octubre). El emperador reconocia á la Francia la posesion de la Bélgica, de la orilla izquierda del Rhin y de las islas Jónicas, y á la república Cisalpina, la posesion de la Lombardía, del territorio de Mantua y de las provincias arrebatadas al Papa, á Venecia, y al duque de Módena, recibiendo en recompensa Venecia, el Friul, la Istria y la Dalmacia; prometió su voto á la Francia en el congreso que debia reunirse en Rastadt para desposeer á los príncipes de la orilla izquierda del Rhin, y puso en libertad á Lafayette y á sus compañeros de cautiverio.

Bonaparte jamás apareció rodeado de tan esplendente gloria: él era el primero en dar á la Francia, además de sus naturales li-

(1) Añadiósele tambien la Valtelina, la que despues de declararse independiente de los Grisonés, pidió formar parte de la nueva república.

mites, la paz mas gloriosa que hubiese celebrado. ¡El sistema revolucionario quedaba propagado en Europa; la república francesa veíase rodeada de repúblicas que le debían el ser, y que guardaban sus fronteras; los soberanos todos se habían humillado ante aquel gran trastorno poco antes tan despreciado, y que con tanta gloria reclamaba un lugar en el mundo; Bonaparte era el grande hombre de la revolucion. Olvidábanse los heroicos esfuerzos de la nacion en las campañas de los años 93 y 94, para no ver mas que las deslumbrantes victorias del ejército de Italia! El héroe de Montenotte y de Rívoli reunia en su persona toda la gloria de los vencedores de Wattignies, de Weissemburgo y de la Muga! ¡El tratado de Basilea desaparecia ante el de Campo-Formio! Y sin embargo, Bonaparte lo habia firmado por un cálculo profundo de egoismo; lo habia firmado desobediendo formalmente á su gobierno, y lo habia manchado con un borron indeleble, la destruccion de la república veneciana: segundo ejemplo de aquel vil tráfico hecho con los pueblos, que tantos imitadores tuvo, y cuya víctima debia ser la Francia!

El Directorio, á quien la ruptura de las conferencias de Lila habia atraído muy viva oposicion, no se negó á rechazar el tratado de Campo-Formio, pues la nacion que deseaba la paz ante todas cosas, que la habia aceptado aun cuando hubiese sido menos gloriosa, se habria sublevado contra el gobierno que le hubiera negado semejante beneficio. El tratado fué, pues, publicado en medio de trasportes de universal regocijo, y al mismo tiempo Bonaparte fué nombrado plenipotenciario en el congreso de Rastadt y general en jefe del ejército de Inglaterra.

Bonaparte acabó de poner en orden los asuntos de Italia: entregó Venecia á los austriacos, formó una marina en el Adriático con las naves venecianas, tomó posesion de las islas Jónicas, y dejando treinta mil hombres en Lombardia al mando de Berthier, partió, atravesó el Piamonte y la Suiza, y llegó á Rastadt. Su primer cuidado fué canjear las ratificaciones del tratado de Campo-Formio, y previendo que la celebracion del congreso sufriria grandes dilaciones, se dirigió á París, donde el Directorio le preparó una entrada triunfal, que fué una de las mas imponentes fiestas de la revolucion (10 de diciembre). La embriaguez, el delirio, eran universales; la muchedumbre, los

soldados, las autoridades devoraban con sus ojos y victoreaban [con gritos entusiastas á aquel jóven de pequeña estatura, débil, pálido, de profunda y ardiente mirada, de traje y de modales sencillos, que llenaba las imaginaciones de todos, dejando en los ánimos una impresion indefinible de genio y de grandeza; todos parecian querer precipitarse en sus brazos, á sus piés; él solo era ya la Francia, él solo era la revolucion!

CAPÍTULO II.

Expedicion de Egipto.—Segunda coalicion.—Revolucion del 18 de brumario.—Desde el 10 de diciembre de 1797 hasta el 11 de noviembre de 1799.

§. I.—*Situacion interior.*—*Tercio consolidado.*—*Golpe de Estado de 22 de floreal.*—El tratado de Campo-Formio fué la paz de Westfalia de la república francesa; puso fin á la antigua constitucion europea, introdujo la revolucion en el derecho público, y dió la supremacía al *gran pueblo*. Fué aquella una hermosa época, la mas hermosa que la Francia hubiese jamás alcanzado: poseíamos por fin aquellos límites naturales tan deseados por la monarquía; dominábamos la Italia por medio de las repúblicas Cisalpina y de Liguria, de la humillacion del Piamonte y de Roma, de la posesion de las islas Jónicas; teníamos á nuestro alcance la Alemania por el Rhin, Coblenza, Maguncia y Kehl; habíamos rechazado la alianza de la Inglaterra, y auxiliados por la España y la Holanda, esperábamos poner fin á su imperio marítimo. El Directorio se halló entonces en el apogeo de su poder: su gobierno era fuerte y glorioso, la Europa temblaba, los partidos estaban vencidos; renacia el orden, y con él la riqueza pública; la civilizacion, por tanto tiempo sacrificada en aras de la patria, iba á emprender de nuevo su curso regular.

Tanta grandeza solo duró un momento; el gobierno Directorial era incapaz de conducir la revolucion á su época de orden, de creacion y de reposo, y el 18 de fructidor, al conferirle la dictadura, trajo de nuevo la situacion revolucionaria. La reaccion anti-realista continuó: las comisiones militares pronunciaron

muchas sentencias de muerte contra los emigrados que habían regresado á Francia; tres Borbones que se encontraban en Francia fueron desterrados junto con los antiguos servidores de los príncipes, los miembros de los parlamentos, los caballeros de Malta etc.; una ley colocó á los nobles en igual posición que los extranjeros, y les obligó á naturalizarse, estando en poco el que se pronunciase su expulsión total y perpetua. Los consejos no eran más que ciegos instrumentos de la tiranía directorial; el gobierno permitió el restablecimiento de los *clubs* girondinos; declaró en estado de sitio á varias ciudades del Mediodía; suprimió de hecho la libertad de imprenta, y trató de salir del caos rentístico por medio de una banearrota.

Los gastos del año VI se apreciaban en 588 millones; 341 para el ejército, compuesto de quinientos veinte y ocho mil hombres y ochenta mil caballos; 83 para la marina; 106 para las demás obligaciones, y 258 para los intereses de la deuda. Los ingresos se calculaban únicamente en 616 millones, y para que llegasen á esta cantidad, había sido preciso aumentar los derechos de registro, crear un tributo en los caminos, restablecer la lotería, suprimida por la Convención, etc., siendo ya imposible que produjeran más, en cuanto pesaban casi del todo sobre la tierra, en cuanto no existían las contribuciones indirectas, y la riqueza del suelo no se había doblado todavía por medio de la división de la propiedad. Para hacer frente al déficit, resolvióse reembolsar una parte de la deuda en bienes nacionales, siendo de advertir que desde la revolución los intereses se habían pagado con grande irregularidad, y casi siempre en asignados, y que desde hacía dos años lo eran una cuarta parte en numerario y las otras tres partes en vales sobre los bienes nacionales. Decretóse pues que los dos tercios de la deuda fuesen reembolsados al tipo de veinte veces la renta en vales admisibles para el pago de bienes nacionales, y que el tercio restante quedase *consolidado* é inscrito en el gran libro como renta perpetua (30 de setiembre de 1797). De este modo la deuda se halló reducida á 86 millones, llenóse el déficit y la hacienda volvió á su estado regular; sin embargo, los vales sobre los bienes nacionales solo eran recibidos por la sexta parte de su valor nominal; la negociación debía contribuir á que perdiesen más aun, y para muchos rentistas eran valores entera-

mente ficticios. El decreto del Directorio era, pues, una especie de bancarrota, y excitó los mas violentos clamores.

El Directorio, empero, que veía pasar sin resistencia sus actos arbitrarios, se creía fuerte y seguro, sin atender á que empezaba atacarle el partido republicano, á cuyo apoyo debía su victoria. Los *clubs* no perdían ocasion alguna para hablar de la mezquindad de miras y de las inmundas costumbres de los cinco tiranos del Luxemburgo, y los restos del partido de Robespierre denigraban la jornada del 9 de termidor, encarecían la constitucion del año 93, y declamaban contra los verdugos de Babeuf. Acercábanse las elecciones del año VI; debíanse nombrar cuatrocientos treinta y siete diputados á causa de las elecciones anuladas en 18 de fructidor, y como el partido realista habia abandonado el campo, los patriotas confiaban alcanzar mayoría en los consejos. El Directorio concibió temores al considerar el nuevo peligro; publicó proclamas contra los anarquistas; amenazó con anular las elecciones que le fuesen hostiles, é introdujo la discordia en las asambleas electorales, que casi en todas partes se dividieron é hicieron dobles elecciones: las mayorías eligieron á patriotas, y las minorías, á *directoriales*. El gobierno entonces, á quien una ley habia hecho juez de las operaciones electorales, anuló las elecciones de las mayorías, y aprobó las de las minorías (11 de mayo de 1798—22 de floreal). Semejante acto era la segunda parte del 18 de fructidor, con la diferencia de que en dicha época los realistas conspiraban contra el Directorio, la constitucion y la revolucion; y en 22 de floreal los patriotas solo pretendian cambiar la marcha del gobierno. El excesivo rigor de aquellos magistrados que no sabian vencer las oposiciones sino con golpes de estado, sin ver que con su conducta se daban muerte á sí mismos y hacian inevitable la caída de la constitucion, causó una indignacion general y profunda.

Al mismo tiempo que entró en los consejos el nuevo tercio, salió del Directorio Francisco de Neufchateau, y fué reemplazado por Treilhard, abogado lo mismo que Lareveillere, Rewbell y Merlin (de Douai). En el cuerpo legislativo reinaba la preocupacion de no llamar un general al poder, siendo así que el poder revolucionario pertenecia ya al ejército.

§. II.—*Política del Directorio.*—*Fundacion de las repúblicas Ro-*

mana y Helvética.—Esto no obstante el Directorio tenia necesidad de reforzarse con hombres de accion y de negocios; pues en su política exterior, mostraba tanta imprudencia y presuncion, que puso mas de una vez al país al borde de su ruina. La paz era la primera necesidad de la Francia: «Si se hubiese celebrado en Lila, dice Bonaparte, no puede calcularse lo que habria sido de nuestros destinos, en una época en que sentimos tanto entusiasmo por la patria.» La guerra, empero, era la exclusiva idea del gobierno: á ella debia su gloria, y con ella podia vivir fuera de la legalidad; solo ella hacia subsistir trescientos mil soldados, cuyo licenciamiento no habria podido efectuarse sin peligro, y solo ella, en fin, apartaba las miradas de la administracion interior. Aquellos hombres de la clase media, elevados de repente al gobierno, aturridos por su posicion, por la grandeza de la Francia, por la gloria de la revolucion, habian incurrido en el absurdo de tomar por modelo al senado romano, cuya historia ni por asomo comprendian; usaban el mismo traje teatral, afectaban su altivo lenguaje, reproducian sus fiestas gentílicas, y creian digno y prudente el seguir su política orgullosa, codiciosa é invasora. Su ambicion se cifraba en democratizar la Europa: deseaban rodear á la Francia de un círculo de repúblicas aliadas ó vasallas, y se entregaban á la propaganda, no como la Convencion, para defenderse, sino por fanatismo revolucionario y filosófico. Los demócratas de todos los países se hallaban seguros de encontrar socorro y proteccion en caso de sublevarse, y amenazados los tronos, refrenaban por medio de suplicios todo movimiento popular.

La fiebre revolucionaria agitaba entonces á la Italia toda, y en especial al Estado de la Iglesia, inmediato á la república Cisalpina, y «gobernado por débiles ancianos.» Los demócratas de Roma, poco numerosos y pertenecientes á la clase media, intentaron una insurreccion; pero fueron vencidos por las tropas pontificias, y se refugiaron en el palacio del embajador francés, José Bonaparte, hermano del general (1). Las tropas les persiguie-

(1) Napoleon era el hijo segundo de Carlos Bonaparte y de Leticia Ramolino. Sus hermanos eran José, Luciano, Luis y Gerónimo; sus hermanas, Paulina, Carolina y Elisa. Esta familia noble y pobre se declaró en favor de la Francia cuando

ron hasta allí, hicieron fuego contra el embajador, y dieron muerte al general francés Duphot (28 de diciembre de 1797). José salió al momento de Roma, y si bien el Papa ofreció reparaciones, el Directorio las rechazó, queriendo resucitar la patria de Bruto, y «hacer desaparecer el ídolo del pontificado.» El ejército de Italia recibió orden de marchar contra Roma, y luego que los franceses, mandados por Berthier, hubieron ocupado el castillo de San Angelo, los demócratas se reunieron en el antiguo Foro, proclamaron el restablecimiento de la *república romana*, y pidieron una constitucion á la Francia (15 de febrero de 1798). El Papa fué conducido á Pisa, desde allí á Savona, y por fin á Valence, donde murió al siguiente año.

Las ideas francesas fermentaban en Suiza, país que habia permanecido feudal, donde las ciudades dominaban á las aldeas, donde ciertos cantones tenian súbditos, y donde la aristocracia ciudadana se manifestaba tan orgullosa y preocupada como en Inglaterra. El senado de Berna habia manifestado grande animosidad contra la revolucion francesa; aquella ciudad era el cuartel general de los emigrados; desde ella el embajador inglés Wickham habia fomentado conspiraciones contra la Francia, y en fin, si la Suiza no habia entrado en la coalicion era solo por la impotencia política en que hacia un siglo se hallaba reducida. La neutralidad de los trece cantones que cubrian el flanco mas vulnerable de la Francia era capital, y así fué que la junta de salvacion pública, mas mesurada y paciente de lo que sus palabras podian hacer pensar, léjos de pedir satisfaccion por las injurias de los berneses, habia hecho todos sus esfuerzos para conservar su alianza con la Suiza, único país por el cual podia entonces la Francia comunicar con el continente. El Directorio fué menos prudente: empezó por exigir de los berneses la expulsion de Wickham y de los emigrados; y luego, como veia expuesto dejar entre el Rhin y la Italia trece pequeñas repúblicas sin unidad y dominadas por aristocracias, quiso hacer de la Suiza una sola república democrática, que le diese en caso de guerra los mas formidables puntos de agresion. No tardó en presentar-

la insurreccion de Córcega en 1793, y proscrita, se refugió en Marsella, donde permaneció en la mayor miseria hasta que, despues del 13 de vendimiario. Napoleon llamó á París.

se la ocasion de revolucionar el país: los *nobles* de Berna tenían por súbditos á los vecinos de Vaud, pueblo enteramente francés por sus costumbres, sus luces, su idioma, y colocado bajo la proteccion de la Francia, el cual se insurreccionó para obtener derechos políticos. Atacados por las tropas bernesas, los de Vaud reclamaron la proteccion de la Francia (28 de enero de 1798); el Directorio hizo adelantar su ejército, los insurrectos proclamaron su independencia, y los territorios de Basilea y de Argovia siguieron su ejemplo. Zurich, Lucerna, Schaffouse tuvieron tambien su revolucion democrática; pero Berna reunió veinte mil montañeses y los dirigió hácia el Aar, entre Fraubunnen y Neuenek. Los franceses mandados por Brune, les atacaron, les vencieron á pesar de una resistencia desesperada, y entraron en Berna, donde la aristocracia abdicó sus poderes (2 de marzo). Una dieta se reunió entonces en Arau para dar á aquel país, acostumbrado desde muchos siglos al régimen federativo, una constitucion unitaria, modelada sobre la de Francia; y despues de muchas discordias y de grande oposicion, proclamóse la república *helvética* (12 de abril).

Las revoluciones de Roma y de Suiza fueron actos imprudentes y odiosos que causaron grandes perjuicios á la Francia; en la una se atacaba á un anciano, y en la otra á miserables cabañas. El despojo cometido contra el Papa justificó las declamaciones de los realistas contra el ateismo de la revolucion, y el establecimiento de los franceses en Roma debilitó su posicion en Italia haciéndola mas extensa. La conquista de la Suiza, país republicano, respetado por todas las monarquías, violó una neutralidad útil á la Europa entera y sobre todo á la Francia, convirtió los Alpes, que cesaron de ser una barrera comun, en un campo de batalla universal, y fué un funesto ejemplo dado á los extranjeros, los cuales diez y seis años despues hicieron de la Suiza el camino de París.

Finalmente, extendiendo de este modo un sistema mas allá de nuestras fronteras, el Directorio se empeñó en una guerra continental, apartándose de su verdadero objeto, la guerra marítima.

§. III.—*Preparativos contra la Inglaterra.*—Bonaparte propone la conquista del Egipto.—Hacíanse en tanto inmensos preparati-

vos contra la Inglaterra: cien mil hombres se reunian en las costas; el gobierno habia hecho un empréstito de 80 millones; Bonaparte recorria el litoral del Océano, y la marina francesa volvia á ser tan formidable como en tiempo de Luis XVI, si bien no podia contarse con el auxilio de las escuadras de España y de Holanda, pues la primera habia sido casi destruida en la batalla del cabo de San Vicente, y la segunda en la de Camperduyn. Esto no obstante, la Inglaterra no parecia menos alarmada; habia reforzado sus escuadras, alistado sesenta mil *fancibles* ó guardias nacionales para la defensa de las costas, y solicitado al Austria para que formara una nueva coalicion; y por otra parte, su poder estaba amenazado en la Irlanda y en la India. En Irlanda, el gobierno, á fin de reprimir los menores síntomas de rebelion, habia proclamado la ley marcial, y cometido los mas rigurosos excesos, cuando cincuenta mil irlandeses tomaron las armas, pusieron en sus banderas la cruz, el gorro de la libertad, y el arpa de la verde Erin, é imploraron el auxilio de la Francia. En la India Tippou-Saib, sultan de Maissour, impulsado por un implacable odio contra los ingleses, habia principiado de nuevo la guerra, pidiendo en vano socorro á Luis XVI y á la Convencion; vencido y obligado á firmar un tratado que le arrebató la mitad de sus Estados, empuñó otra vez las armas al saber las victorias de la república francesa, y suplicó al Directorio que le enviase mil quinientos hombres y una escuadra, «en nombre, decia de la amistad que une con la Francia, y que durará mientras el sol y la luna brillen en el cielo.»

El Directorio no socorrió á los irlandeses ni á Tippou-Saib; su objeto era aniquilar en Lóndres el poder inglés, pero su proyecto de desembarco se frustró por la ambicion de Bonaparte, viéndose lanzado el gobierno en una funesta guerra que hizo perder á la Francia su magnífica posicion.

Bonaparte era desde su regreso el hombre que atraia todas las miradas: el pueblo le aplaudia; el Directorio le consultaba acerca de todas las cuestiones políticas, y algunos miembros de los consejos le instaban para que se pusiese al frente de la república; pero el jóven general, muy prudente en preparar el porvenir, evitaba los honores, la representacion y los placeres, hallándose al parecer consagrado exclusivamente á su esposa, Josefina, viu-

da del general Beauharnais (1), mostrábase ávido de instruirse, rodeábase de sábios, y como habia sido elegido miembro del instituto, ostentaba con cierta afectacion el titulo y el uniforme de tal. Vigilado con extremada desconfianza por el Directorio, condenaba la marcha del gobierno, pero lo hacia con mesura; protestaba sin énfasis su amor á la constitucion, y rechazaba las proposiciones de los partidos. Como él mismo dijo mas tarde «no era aun bastante fuerte para andar solo;» veia que el Directorio no era bastante odioso ni bastante despreciado; á imitacion de César, cuando se hizo conferir el mando de las Galias, queria dejar á todos los hombres medianos que se consumiesen en París entre mezquinas intrigas, mientras que él admirase al mundo con una expedicion lejana y maravillosa. «Sepultarse en los paises de la luz y de la gloria, donde Alejandro y Mahoma aniquilaron y fundaron imperios, hacer resonar allí su nombre y transmitirlo á Francia repetido por los ecos del Asia, era para él una encantadora perspectiva (2).» Bonaparte propuso al Directorio la conquista del Egipto. Este país pertenecia á los turcos solo de nombre, y los mamelucos ó esclavos circasianos llamados por los sultanes en su defensa, eran los que le dominaban y mantenian á los habitantes en la esclavitud y en el embrutecimiento. Apoderándose de él se arruinaba el comercio de los ingleses en la India, ya se convirtiase en depósito del Asia y de la Europa como en la antigüedad, ya se formase allí una estacion militar para marchar contra el Indostan, sin contar que podia fundarse en aquel rico país la colonia mas floreciente del globo, y dominar con ella el Mediterráneo. Este proyecto habia sido sometido á Choiseul en otro tiempo; el consul francés en Alejandría habia hablado del mismo al Directorio, y Bonaparte habia escrito á Talleyrand desde Milan en 16 de agosto de 1797: «No está léjos el tiempo en que comprendamos la necesidad de apoderarnos del Egipto para destruir realmente á la Inglaterra. El imperio Otomano se desmorona cada dia, y la posesion de las islas Jónicas nos pone en estado de reclamar nuestra parte.»

El Directorio accedió con dificultad á tan arriesgado proyecto

(1) Se habia casado con ella en 1796. Josefina tenia dos hijos: Eugenio, despues virey de Italia, y Hortensia, reina de Holanda.

(2) Thiers, t. X. p. 15.

que exponía nuestra alianza con la Puerta, privaba á la Francia de un ejército entero y comprometía nuestra marina; pero no era ya cosa fácil negarse á una pretension de Bonaparte, y además seducíale la grandeza del proyecto, y la esperanza de librarse de un hombre cuya reputacion le humillaba. Los aprestos para la expedicion fueron hechos con suma actividad, y conservado en el mayor secreto el objeto de los mismos: las tropas que se reunian en las costas del Mediterráneo formaban, segun se decia, el ala izquierda del ejército de Inglaterra.

La época no parecia muy favorable para semejante empresa, pues la paz continental se hallaba muy poco afianzada. Pitt intrigaba en todas las cortes para formar una nueva coalicion; Nápoles se mostraba indignado por la deposicion del papa y por la república que se habia creado en sus fronteras; el Austria hacia considerables armamentos; el congreso de Rastadt no se manifestaba dispuesto á abandonar la orilla izquierda del Rhin, ni á destruir la constitucion germánica con la destruccion de los tres electorados eclesiásticos; y en fin las cinco repúblicas creadas por la Francia se encontraban sin fuerzas y desgarradas por la anarquía: su fundacion habia introducido la alarma entre los soberanos, y su existencia interior revelaba á la Europa que no eran mas que dependencias de la Francia.

En Holanda, los federalistas habian triunfado de los unitarios; pero por consejo del embajador francés, y bajo la proteccion de las bayonetas francesas, cuarenta y tres diputados se separaron de la asamblea nacional, hicieron contra sus cólegas un 18 de fructidor, y dieron á la república bátava una constitucion directorial. La constitucion del año III, que no existia ya en Francia, era una institucion que se acomodaba á viva fuerza á los pueblos todos, á pesar de las diferencias de carácter y de posicion, á pesar de sus necesidades y aspiraciones.

La Cisalpina se hallaba agitada por las rivalidades de las ciudades y por su deseo de gobernarse sola. Los consejos rechazaron un tratado que les habia sido propuesto por el gobierno francés, segun el cual debia la república recibir en sus plazas á veinte y cinco mil franceses y darles un sueldo de 10 millones; pero Berthier expulsó por fuerza á los opositores, é impuso la aceptacion del tratado.

En Roma los agentes del Directorio y el general Massena despojaban los palacios y conventos, devastaban los museos, confiscaban los bienes de los cardenales, y dejaban al ejército en la mayor miseria. Los soldados se rebelaron contra su general y el pueblo contra los franceses (27 de febrero de 1798); y si bien fueron vencidos los insurrectos romanos, el ejército obligó á Massena á presentar su dimision.

En Suiza, los pequeños cantones, poblados por montañeses católicos que gozaban de la mas lata libertad, rechazaron la constitucion unitaria, y fué preciso hacerles una guerra cruel, que recordó los horrores de la Vendée, para obligarles á la sumision. Los grisones imploraron el auxilio del Austria; Ginebra fué reunida á la Francia (26 de abril) y por fin, no satisfechos los agentes del Directorio con haberse apoderado del tesoro de Berna que contenia 7 millones, vejaron el país con toda clase de exacciones.

§. IV.—*Marcha del ejército de Egipto.—Toma de Malta.—Desembarco en Alejandria.—Batalla de las Pirámides.—Combato naval de Aboukir.*—A pesar de tantos obstáculos, á pesar de las amenazas del Austria y del rumor propalado de una alianza entre la Rusia y la Inglaterra, el Directorio y Bonaparte persistieron en sus proyectos relativos al Egipto. Treinta y seis mil hombres, y entre ellos dos mil quinientos ginetes, casi todos soldados del ejército de Italia, diez mil marineros, treinta navíos ó fragatas, setenta y dos buques menores, y cuatrocientas embarcaciones de transporte, se habian reunido en Tolon, Génova, Civita-Vecchia y Ajaccio. Bonaparte iba acompañado, además de los generales de division Kleber, Desaix, Reynier, Menou, Bon y Vaubois; de sus compañeros de Italia, Berthier, Lannes, Murat, y Marmont, y de los sábios Monge, Berthollet, Fourier, Dolomieu, Desgenettes, Larrey, Denon y muchos otros. Brueys, teniendo por segundos á Gantheaume, Villeneuve, Decrés y Ducayla, mandaba la escuadra, y convínose que Talleyrand marchase á Constantinopla para explicar á la Puerta Otomana el objeto de la expedicion.

Bonaparte salió de Tolon el dia 19 de mayo, incorporáronsele los convoyes de Génova, Ajaccio y Civita-Vecchia, é hizo rumbo hácia Malta, isla cuya posesion codiciaba hacia mucho tiempo,

pues debia, junto con Corfú, unir Tolon y Alejandría, y asegurar á la Francia la dominacion del Mediterráneo. La órden de San Juan habia caído en una completa decadencia; habíanse trabado relaciones con algunos caballeros, y comprado la inaccion del gran maestre, de modo que despues de un simulacro de resistencia, la formidable plaza de la Valette abrió sus puertas (10 de junio de 1798). Bonaparte dió un gobierno á la isla, embarcó con él las milicias y algunos caballeros, dejó en la Valette á Vaubois con tres mil hombres, y volvió á emprender su marcha (2 de julio).

Diez dias despues llegó la escuadra á la vista de Alejandría sin haber encontrado á la escuadra inglesa que, mandada por Nelson, corría de un punto á otro del Mediterráneo, incierta acerca del objeto de la expedicion. Bonaparte desembarcó en la playa á cuatro leguas de la ciudad, y luego de haber reunido cuatro mil hombres, á las órdenes de Kléber, marchó contra la ciudad, y la tomó por asalto despues de un violento combate. Dejó en ella tres mil hombres junto con Kleber que estaba herido, y marchó al Cairo, donde le convenia llegar antes de la época de la inundacion del Nilo. Una escuadrilla cargada de víveres y municiones siguió la costa hasta Rosette, y subió luego por el rio mientras el ejército marchaba por el desierto de Damanhour. El ejército y la escuadrilla se reunieron en Ramanieh, y emprendióse otra vez la marcha.

Dos beys que tenian á sus órdenes nueve ó diez mil mamelucos, servidos por veinte mil árabes ó *fellahs*, dominaban entonces el Egipto: el uno, Ibrahim, solo pensaba en conservar sus tesoros y se mantenía en la orilla derecha del Nilo, cerca del Cairo; el otro, Mourad, intrépido guerrero, salió al encuentro de los franceses, y les esperó en Chebreiss con mil doscientos mamelucos, cuatro ó cinco mil árabes, y algunas chalupas cañoneras. Bonaparte formó en cuadros sus cinco divisiones, flanqueados el uno por el otro; los mamelucos se precipitaron á galope contra aquellas animadas ciudadelas; pero recibidos con un fuego terrible, volvieron grupas, dejando el campo cubierto de cadáveres. Entonces los franceses continuaron su marcha hácia adelante, á través de un país casi desierto, bajo un cielo de fuego, sufriendo intolerables fatigas, y llegaron cerca de las pirámides de Giseh,

á la vista del Cairo. Mourad habia reunido en la orilla izquierda del Nilo, frente á la ciudad, á seis mil mamelucos á quienes colocó entre el rio y las pirámides, y á veinte mil árabes á los que confió la defensa del campamento atrincherado de Embabeh, junto al rio; Ibrahim permanecia en la orilla derecha, y una escuadrilla protegía el Cairo por la parte del rio (21 de julio). Al divisar la gran ciudad, las pirámides y la caballería mameluca deslumbrante de oro y acero, el entusiasmo del ejército rayó en delirio; y Bonaparte, que galopaba delante de sus soldados, cuyo genio parecia complacerse en aquella tierra de delicias, díjoles mostrándoles los monumentos de los Faraones: «Pensad que desde lo alto de aquellas pirámides cuarenta siglos os están mirando!» Puso luego en movimiento sus cinco cuadros, apoyándose en la derecha para separar á los mamelucos de su campamento atrincherado, y Mourad se lanzó como un rayo contra el primer cuadro (Desaix), el cual recibió la carga sin ceder ni una línea de terreno y con un fuego mortífero. Mourad retrocedió, y arrojóse contra el segundo cuadro (Reynier), que le recibió del mismo modo; retiróse y encontró á sus espaldas el cuadro del centro (Dugua) que le puso en completa derrota. Los cuadros del ala izquierda (Bon y Menou) marcharon entonces contra el campamento, lo asaltaron y arrojaron á sus defensores al rio. Mourad se retiró al alto Egipto con los restos de su ejército, é Ibrahim hácia el lado de Siria despues de incendiar la escuadrilla; sus pérdidas habian consistido en dos mil mamelucos, cuatro mil *fellahs*, cincuenta cañones y cuatrocientos camellos.

Los franceses entraron en el Cairo al siguiente dia, y Bonaparte declaró haber llegado como aliado de la Puerta Otomana para librar el país de la dominacion de los mamelucos. Estableció en la ciudad un gobierno municipal, respetó las propiedades, las costumbres y la religion de los habitantes, y se ocupó en organizar su conquista. Mourad fué perseguido por Desaix hasta el alto Egipto, é Ibrahim arrojado á la Siria; dos divisiones ocuparon el Delta, y habíanse concebido fundadas esperanzas de establecerse de un modo estable en el país, cuando un gran desastre aruinó todo el porvenir de la expedicion.

La escuadra habia recibido orden de penetrar en el puerto de Alejandría ó de dirigirse á Corfú sin esperar la llegada de los

ingleses en la rada abierta de Aboukir. Brueys que no encontró el suficiente fondo en el puerto de Alejandría, había resuelto partir para Corfú; pero quiso esperar antes la noticia de la entrada de los franceses en el Cairo, y esta dilacion fué causa de uno de los acontecimientos que mas han influido en los destinos del mundo.

Al saber Nelson el desembarque de los franceses, dirigióse hácia Alejandría, y llegó á la vista de la escuadra francesa (1.º de agosto), la que compuesta de trece navíos y de cuatro fragatas, se hallaba formada en semi-círculo, paralelamente á la playa de Aboukir. El almirante inglés tenia catorce navíos y tres fragatas, y aunque eran las seis de la tarde, resolvió atacar sin pérdida de momento. La línea francesa dejaba á su izquierda un canalizo que se creia impracticable, y que solo era defendido por un islote; la costa carecia de baterías, y una tercera parte de las tripulaciones se encontraban en tierra. Nelson hizo pasar cinco navíos entre el islote y la costa, y poniendo entre dos fuegos el centro y el ala izquierda de los franceses, trabó el combate con trece navíos contra ocho. Trascorrida una hora, hallábanse fuera de combate tres navíos franceses y dos ingleses; Brueys hizo señal á su ala derecha, compuesta de sus cinco mejores buques, y que se encontraba libre de enemigos, de atacar exteriormente la línea de Nelson; pero la señal no fué observada, y Villeneuve, que mandaba el ala derecha, permaneció inmóvil. El combate duró toda la noche con un encarnizamiento sin ejemplo: «El valor de los franceses, dice un historiador inglés, jamás nos habia vendido tan cara la victoria.» Brueys fué muerto por una bala de cañón; el navío almirante, de ciento veinte cañones, fué presa de las llamas, y otros dos fueron echados á pique; mas la escuadra inglesa habia sufrido tan grandes averías, que si los cinco navíos de Villeneuve hubiesen puesto á su vez á Nelson entre dos fuegos, hubiera quedado victorioso el pabellon francés. Villeneuve, empero, creyó perdida la batalla, y huyó á Malta con dos navíos y dos fragatas. El resto de la escuadra francesa fué capturado ó destruido. La expedicion de Egipto quedaba frustrada: los franceses, encerrados en su conquista, se hallaban expuestos á los ataques de los ejércitos exteriores, y no les quedaba otro recurso que morir ó capitular.

Talleryand-Perigord no había partido para Constantinopla, y el dinero que envió en su lugar no fué recibido; el diván se encontraba rodeado de emisarios ingleses que le representaron como un sangriento ultraje la conquista del Egipto; y como había sido destruida la escuadra francesa, que hubiera podido amenazar los Dardanelos, la Puerta declaró la guerra á la Francia, y se alió con la Rusia y la Inglaterra (12 de setiembre). Una escuadra rusa, salida de Sebastopol, llegó á Constantinopla y bloqueó las islas Jónicas; mientras que la marina inglesa, que encontró abiertos los puertos de la Turquía, se apoderó con grave perjuicio de la Francia, de todo el comercio del Levante. Así pues, la expedición de Egipto entregó el imperio turco á las dos potencias que codiciaban su ruina, y empezó su desmembramiento; dió á la Inglaterra el Mediterráneo, inauguró la aparición del poder ruso en la Europa meridional, y fué en fin la señal de la segunda co-

§. V. — Segunda coalicion. — Conquista de Nápoles y del Piamonte. — El tratado de Campo-Formio no podía ser mas que una tregua entre dos sistemas incompatibles, la monarquía y la república; y al ver el espíritu de propaganda del Directorio, y los progresos que hacia durante la paz el sistema republicano, los tronos todos desearon librarse de las obligaciones que les imponía. «No se trata de intereses, decia Pitt al ofrecer á los soberanos absolutos la alianza y los subsidios de la Inglaterra; trátase de los principios en que descansa la república francesa.» La Rusia, el Austria y Nápoles manifestáronse prontas á secundar los deseos del gabinete británico.

La Rusia solo había tomado una parte nominal en la primera coalicion; habíase ocupado exclusivamente, y con profunda habilidad, en aniquilar á la Polonia que la impedía ser una potencia europea; mas parecia llegada ya la hora de que interviniese en las cuestiones del Mediodía, y de que atravesasen los Alpes los disciplinados batallones del Norte. Catalina había tenido por sucesor á su hijo Pablo I (17 de noviembre de 1796), príncipe apasionado, extravagante y ávido de gloria, quien no contento con proteger á los emigrados y con dar asilo al pretendiente en Mittau, ofreció su proteccion al congreso de Rastadt, y preparó cien mil hombres.

El reino de Nápoles era presa de grande agitacion desde la creacion de la república romana: la nobleza y la clase media, exaltadas por las ideas francesas, deseaban una revolucion y detestaban á la corte, acérrima partidaria de la Gran Bretaña. El rey Fernando tenia una salud muy quebrantada, y el gobierno de la nacion se encontraba en manos de la reina, hermana de María Antonieta, y enemiga mortal del nombre francés. La reina recibió en triunfo á Nelson despues de la batalla de Aboukir, abrióle las puertas de Nápoles, solicitó subsidios de la Inglaterra, é instó al Piamonte y á la Toscana para que se unieran con ella á fin de libertar la Italia.

Celebrado el tratado de Campo-Formio, la corte de Viena, que léjos de licenciar sus ejércitos, los habia puesto en estado formidable, pidió indemnizaciones á la Francia por las conquistas que el sistema republicano hiciera en Suiza y en Italia, y habiendo recibido del Directorio una formal negativa, se preparó para la guerra. Sus esfuerzos se dirigieron á arrastrar en pos de sí á la Prusia y al Imperio (16 de noviembre de 1796); pero Federico Guillermo II habia muerto, y su sucesor persistia en un sistema de neutralidad que daba á la Prusia el protectorado de Alemania; y en cuanto á los príncipes del Imperio, parecian hallarse tan satisfechos de la paz, que habian accedido en el congreso de Rastadt á todas las exigencias del Directorio.

La Francia sentia gran repugnancia por la guerra, y no se encontraba dispuesta á resistir una segunda coalicion: su gobierno, á quien acusaba con amargura de haber comprometido la revolucion con su deplorable política, su codicia y su orgullo, no le inspiraba confianza alguna; el presupuesto del año VI presentaba, á pesar de la reduccion de la deuda, un déficit de 62 millones; el ejército, que se habia reclutado hasta entonces en la leva en masa del año 93, se hallaba, desde la conclusion de la paz, en extremo reducido por las licencias y deserciones; y en fin, nuestra única aliada era la España, pues las cinco repúblicas recién establecidas, entregadas á la anarquía, devastadas por los estados mayores y los agentes directoriales, nos manifestaban visible hostilidad. Aquellos pueblos habian creído en la union de la libertad y de la religion, y horrorizábanse al ver derribados los altares allí donde flotaba la bandera tricolor; ha-

bían acogido con entusiasmo la proclamación de su independencia, y veían á los soldados franceses hacer golpes de estado, modificar las constituciones, cambiar los magistrados, é imponer onerosas alianzas. Así las cosas, los consejos y el Directorio, á pesar de que empezaban á encontrarse en desacuerdo, adoptaron varias medidas de defensa: aumentaron los tributos, crearon la contribucion de puertas y ventanas, y autorizaron la venta de 125 millones en bienes nacionales: en seguida, y á propuesta de Jourdan, decretaron la famosa ley de *conscripción* (5 de setiembre de 1798), en virtud de la cual todos los franceses debían empuñar las armas desde veinte hasta veinte y cinco años, y ordenaron que se hiciera sin pérdida de momento una leva de doscientos mil hombres.

La corte de Nápoles mostraba indecible exaltacion: habia duplicado los tributos, armado á la quinta parte de su poblacion, y aterrorizado por medio de los suplicios á la nobleza y á la clase media; y luego que llegó á su noticia que los rusos habian atravesado la Polonia, resolvió libertar á la Italia, atacando á la república romana, é insurreccionando el Piamonte y la Toscana. Cuarenta mil napolitanos mal armados, mandados por el general austriaco Mack, entraron en cinco desordenadas columnas en el estado romano (12 de noviembre), defendido únicamente por diez y ocho mil hombres dispersos entre los dos mares. Championnet, que mandaba el ejército francés, salió de Roma, tomó posicion en el Tiber, junto á Civita-Castellana, y concentró allí todas sus fuerzas. El rey de Nápoles verificó su entrada en Roma, y Mack dirigió sus ataques contra Civita-Castellana; pero fué derrotado y vió sus columnas dispersadas una tras otra; púsose entonces en retirada, volvió en desórden al territorio napolitano y no se detuvo hasta llegar al Volturno, delante de Capua.

Championnet volvió á Roma (15 de diciembre), y como tenia entonces veinte y cinco mil hombres, marchó á la conquista del reino de Nápoles, presa de la mayor confusion. Al saberlo, la corte armó á los *lazzaroni*, se refugió con todos sus tesoros en la escuadra inglesa, y dejó la capital entregada á la anarquía (20 de diciembre). Mack que veía que sus soldados desertaban y que sus oficiales se hallaban de acuerdo con los republicanos, celebró un armisticio con Championnet (11 de enero de 1799); pero sus

tropas se sublevaron, y debió buscar un asilo en el campamento francés. Championnet llegó á las puertas de Nápoles que los lazzaroni defendieron con furor, pero la clase media entregó á los franceses el fuerte de San Telemo, y despues de una lucha de tres dias en las calles, los lazzaroni depusieron las armas, y proclamóse la república de *Partenope* (23 de enero). Establecióse un gobierno provisional; las ciudades formaron guardias nacionales, y todo el reino aceptó la revolucion, cuando la arbitraria medida de Championnet, imponiendo un tributo de 27 millones, produjo la sublevacion de los montañeses de la Calabria, y dió principio á la anarquía. El Directorio envió comisarios para restablecer el orden, y Championnet les hizo prender, y destituido por este acto, tuvo por sucesor á Macdonald.

Al realizar la corte de Nápoles su loca agresion, habia contado con el auxilio del rey de Cerdeña y del gran duque de Toscana; mas el Piamonte, colocado entre tres repúblicas, era presa de la fermentacion revolucionaria; el rey, que se habia aliado con el Austria, proscribia á los demócratas, y estos habian hecho que le declarase la guerra la república de Liguria. Finalmente, cuando Championnet debió evacuar á Roma, el Directorio, temiendo que el rey de Cerdeña hostilizase la retaguardia de los franceses, mandó á Joubert, general en jefe del ejército de Italia, que entrase en el Piamonte. Al ver la bandera tricolor los soldados piamonteses entregaron las plazas, y se incorporaron con las tropas francesas; á la primera intimacion de Joubert (8 de diciembre de 1798), renunció el rey á todos sus derechos sobre el Piamonte, y se refugió en Cerdeña, quedando el país sometido interinamente á una administracion francesa.

Quedaba todavía un Estado libre: la Toscana; pero así que el Austria hubo declarado la guerra, la ocuparon las tropas francesas, de modo que la Italia entera se encontró bajo la dominacion de la Francia.

§ VI.—*Campaña de 1799.—Operaciones en Suiza.—Batallas de Stokach y de Magnano.*—Estos sucesos aumentaron la irritacion de los coaligados, quienes precipitaron sus armamentos, y llenaron de gozo al Directorio, que resolvió tomar en todas partes la ofensiva, seguro de que la audacia revolucionaria supliria á la escasez y debilidad de los medios. Sin embargo, la ocupacion de

la Suiza había cambiado las ordinarias condiciones del teatro de la guerra: en vez de tener que rechazar la invasión en dos líneas cortas y aisladas, es decir en el Rhin y en los Alpes, como la Francia lo había siempre practicado hacia un siglo, poseíase entonces una base de operaciones que se extendía en línea continua desde el Zuyderzée hasta el golfo de Tarento, y que podía ser atacada por las escuadras inglesas en Nápoles y en Holanda. Es cierto que la posesión de la Suiza ofrecía grandes ventajas para la ofensiva, permitiendo penetrar á la vez hasta el Danubio, el Inn y el Adiger; pero la coalición había puesto en pie trescientos cincuenta mil hombres, y el Directorio solo ciento setenta mil. Tomar la ofensiva con semejante inferioridad de fuerzas, equivalía á perder las ventajas que proporcionaba la ocupación de la Suiza, pues se dejaba en descubierto á la Francia por su lado mas vulnerable; mas entonces se encontraba muy acreditada la máxima de que el dueño de las fuentes lo es tambien de las bocas, y el Directorio lo mismo que la coalición, creían que bastaba ocupar la masa central de los Alpes para dominar los grandes valles que nacen en la misma, y ambos iban á disputarse, como puntos estratégicos, los picos mas elevados y las neveras mas áridas de Europa.

El Austria tenía en Baviera setenta mil hombres mandados por el príncipe Carlos; veinte y cinco mil en el Vorarlberg, mandados por Hotze; cuarenta y cinco mil en el Tirol, mandados por Bellegarde, y sesenta mil en el Adiger, mandados por Kray. Hallábanse además en marcha dos ejércitos rusos de cuarenta mil hombres cada uno: el primero, mandado por Suwarof, debía reunirse con el de Kray, y el segundo, mandado por Korsakof, al del archiduque Carlos. En fin, cuarenta mil ingleses y rusos debían desembarcar en Holanda, y veinte mil ingleses y sicilianos en el reino de Nápoles. El directorio en vez de concentrar sus fuerzas en el Adiger y en las fuentes del Danubio, las diseminó del modo siguiente: diez mil hombres en Holanda, á las órdenes de Brune; ocho mil en Maguncia, á las de Bernadotte; cuarenta mil entre Estrasburgo y Basilea, á las de Jourdan; treinta mil en Suiza, á las de Massena; cincuenta mil en el Adiger, á las de Scherer, y treinta mil en Nápoles, á las de Macdonald. Estos diferentes ejércitos parecían formar uno so-

lo, cuyo centro era el ejército de Massena, los de Jourdan y de Scherer las alas, y los de Brune y de Macdonald los extremos. Massena tenía á su cargo la operacion principal consistente en apoderarse de los Alpes centrales, esto es, del saliente que el Vorarlberg y el Tirol forman en los Estados austriacos, y aislando á los dos ejércitos imperiales del Danubio y del Adiger, neutralizar sus esfuerzos.

La coalicion habia concebido el mismo plan que el Directorio, así fué que las tropas de Bellegarde invadieron el país de los Grisones, y se dispusieron á bajar á la Valtelina. La division Lecourbe (á la derecha de Massena) fué destacada á los Grisones, derrotó á los austriacos en todos los encuentros, pasó el Rhin superior y el Albula, y á través de la masa confusa de los Alpes, llegó al Inn y bajó por él hasta Martinsbruck, sosteniendo repetidos combates. La division Dessoles (á la izquierda de Scherer) corrió á la Valtelina, pasó el Tonal, llegó al Adiger superior, sostuvo prodigiosos combates en montes cubiertos de hielo y en medio de profundos precipicios, y combinó sus operaciones con las de Lecourbe. Mientras que ambos generales sembraban el terror en el Tirol, recorriendo los Alpes Réticos, Massena se hizo dueño del Rhin desde sus fuentes hasta el lago de Constanza; pero sitió en vano á Feldkirch, plaza situada en el valle del Ill, por la cual el ejército de Helvecia pretendia apoderarse del Tirol, y servir segun su voluntad de ala derecha al ejército del Danubio ó de izquierda al ejército de Italia. Este revés obligó á Lecourbe y á Dessoles á interrumpir su atrevida marcha, y fué preciso en breve que volviesen atrás á causa de los sucesos ocurridos en el Danubio y en el Pó.

Jourdan habia pasado el Rhin en Kehl, Basilea y Schaffouse (1.º de marzo de 1799); penetró en el desfiladero del Danubio superior y llegó al Ostrach, donde encontró al archiduque Carlos que acababa de pasar el Iller; rechazado despues de un violento combate, se retiró hácia Tutlingen, y sabiendo allí los triunfos de Massena, y queriendo apoyarlos, marchó contra Stokach, empalme de los caminos de la Suiza y de la Alemania, y con cuarenta mil hombres presentó batalla á sesenta mil (25 de marzo). Jourdan fué vencido, perdió cuatro ó cinco mil hombres, y se retiró en buen órden, no á Suiza, donde habria podido reunirse con Masse-

na, sino al Rhin, que creía amenazado. El archiduque permaneció inmóvil hasta que la noticia de su victoria hubo obligado á Lecourbe y á Massena á abandonar el Tirol, y á ello debió su salvacion el ejército de Jourdan que pudo pasar otra vez el río sin obstáculo alguno.

El Directorio habia ordenado forzar el paso del Adiger, y rechazar á los austriacos á Brenta; pero los franceses no tenian ya, como en el año 96, la importante posicion de Verona y el puente de Legnago; para obtener el paso y atacar á Verona, Scherer se lanzó contra el campamento de Pastrengo establecido por los enemigos entre el lago y el río, delante de Rívoli, al mismo tiempo que aparentaba atacar á Verona y Legnago. El campamento fué tomado despues de una batalla en que los austriacos perdieron ocho mil hombres (25 de marzo de 1799); pero el paso del Adiger conquistado en Polo conducia á las fragosas montañas junto á las cuales se eleva Verona, y la division Serrurier, que pasó el río para atacar la plaza por el Norte, debió retirarse con inmensas pérdidas. Entonces Scherer quiso forzar el Adiger inferior; pero en el momento en que sus divisiones se hallaban en marcha, salió Kray de Verona, y se trabó en Magnano un sangriento combate (5 de abril). Los austriacos tenian sesenta mil hombres, y los franceses cuarenta y cinco mil; estos fueron vencidos, perdieron siete mil hombres, y se retiraron al Molinella. Scherer, anciano débil y de escaso talento, detestado por sus soldados por haber entregado los ejércitos á la rapacidad de los asentistas durante su ministerio, perdió el tino al escuchar los clamores de sus tropas que le reconvenian por su derrota, pasó el Mincio sin intentar defenderlo, luego el Oglio, y en seguida el Adda. Kray no se aprovechó de tan inconcebible retirada; quiso esperar la llegada de los rusos, y permaneció en el Mincio.

Las batallas de Stokach y de Magnano manifestaron los vicios de que adolecia el plan de campaña del Directorio: la posesion de la masa central de los Alpes no habia ejercido influencia alguna en las operaciones del Danubio y del Po, y el ejército de Helvecia, perdido en las montañas y envueltos sus dos flancos, no podia hacer mas que pasar el Rhin para defender la Suiza convertida en frontera de la Francia.

§. VII.—*Asesinato de los ministros franceses en Rastadt.*—Pri-

mera batalla de Zurich.—*Batallas de Cassano, del Trebia y de Novi.*
—*Desembarco de los rusos en Holanda.*—*Reveses marítimos.*—El congreso de Rastadt se hallaba aun reunido, pues la guerra se hacia contra el emperador, pero no contra el imperio; creíase que la dieta persistiria en su neutralidad, mas la batalla de Stokach cambió las disposiciones de los príncipes alemanes. La mayoría de los embajadores abandonó entonces á Rastadt; el consejo fué rodeado por tropas austriacas, y se disolvió, intimándose á los enviados franceses Juan Debry, Roberjot y Bonnier que partieran al momento. Los embajadores se pusieron en camino durante la noche en compañía de sus familias (28 de abril de 1799), y á cincuenta pasos de la ciudad, un destacamento de húsares austriacos detuvo sus carruajes, les preguntó sus nombres, los hirieron á sablazos, y los dejaron tendidos en el camino. Bonnier y Roberjot fueron muertos, y Juan Debry, herido, pudo arrastrarse hasta Rastadt, donde le dió asilo el embajador prusiano. La noticia de semejante atentado produjo inmensa indignacion en toda la Francia; el cuerpo legislativo dirigió un llamamiento á la nacion; efectuáronse las levás con un entusiasmo digno del año 93, y enviáronse refuerzos á todos los ejércitos. El Directorio reunió los del Danubio y de Helvecia bajo el mando de Massena; mandó á Macdonald que abandonara el reino de Nápoles, dejando en él guarniciones, y confirió á Moreau el mando del ejército de Italia.

El ejército de Massena se componia de cien mil hombres, dispersos desde el San Gotardo á Dusseldorf; Lecourbe en el ala derecha, defendia el Rhin desde sus fuentes hasta el lago de Constanza; Massena en el centro, desde el lago hasta Basilea; y Bernadotte, en el ala izquierda, desde Basilea hasta Dusseldorf, parte del todo accesoria donde las operaciones fueron casi nulas. Los austriacos dirigian todos sus esfuerzos contra ambos lados del ángulo que forma el Rhin desde sus fuentes hasta Basilea: el archiduque amenazaba la línea desde Basilea al lago; Hotze, la del lago á Reichenau, y Bellegarde, despues de apoderarse del San Gotardo, debia pasar á Italia, y servir de ala derecha al ejército de Suwarof. Massena no pudo sostenerse en la línea del Rhin: sublevados los pequeños Cantones en su retaguardia, y tomados por Hotze Lusisteig y Coire, temió que se le intercep-

tasen las comunicaciones con su derecha, mientras que el archiduque, á quien nada impedía pasar el río, hostilizase su izquierda. Movidó por estas consideraciones, abandonó el ángulo del Rhin, y se retiró á una línea más corta, la del Thur, y Hotze pasó el río cerca de Feldkirch (22 de mayo), al mismo tiempo que el archiduque lo pasaba en Stein. Massena intentó impedir su reunion, y los derrotó en Frauenfeld, pero esto no impidió que debiese retirarse al Limmat y al Linth. Lecourbe, atacado por las fuerzas superiores de Bellegarde, abandonó el San Gotardo, replegóse hácia el valle del Reuss, sostuvo varios combates, y comunicó con Massena por Altorf, de modo que la línea francesa formaba un semicírculo desde las fuentes del Reuss al confluente del Aar. Massena se atrincheró en las alturas de Zurich, delante de la ciudad (16 de junio); el archiduque le atacó por espacio de dos dias, y aunque vencedores los franceses, decidieron evacuar la ciudad y las alturas, para retirarse al Limmat, en las montañas de Albis, donde permanecieron en la defensiva durante tres meses. Lecourbe recobró el San Gotardo, y ocupó ambas vertientes de los Alpes berneses, á consecuencia de maniobras y combates que han quedado como modelos de la guerra de montañas. Bellegarde bajó á Italia; Hotze defendió el lago Wallenstadt; el archiduque ocupó á Zurich, y permaneció en inaccion esperando á Korsakof.

En tanto Suwarof habia llegado al Mincio con treinta mil rusos (14 de abril). Aquel general, famoso por sus victorias contra los turcos y los polacos, se anunciaba como el predestinado para libertar á la Italia del yugo de los ateos. Su llegada causó grande entusiasmo en aquel país, causado ya de la dominacion y sobre todo de la impiedad de los franceses; en el reino de Nápoles, en el Estado romano, en el Piamonte, en todas partes estallaron insurrecciones, y la Cisalpina dió muestras de viva agitacion. Suwarof reunió bajo su mando á los austriacos y á los rusos, y emprendió la marcha hácia el Adda con su acostumbrado ardor. El ejército francés, reducido á veinte y ocho mil hombres, deseaba llegar á las manos con los soldados del Norte; pero Scherer habia cometido el incalificable error de dispersarlo desde Lecco á Lodi, y al aceptar Moreau el mando, aceptó una derrota con patriótica abnegacion. Suwarof forzó en Cassano el paso del Adda,

atravesó el centro del ejército francés, que se hallaba sin comunicacion con sus alas, y envolvió el ala derecha haciéndole tres mil prisioneros (27 de abril). Moreau, reducido á veinte y dos mil combatientes, efectuó su retirada con el orden mas perfecto: evacuó á Milan con todas las autoridades cisalpinas; dirigió á Saboya, pasando por Turin, las familias italianas refugiadas en las filas francesas; pasó el Pó y tomó por fin entre Valenza y Alejandría una excelente posicion defendida por el Pó y el Bormida, desde donde mantenía comunicaciones con la Francia y con el ejército de Nápoles que se hallaba en marcha.

Suwarof habia entrado triunfalmente en Milan; habíasele incorporado el ejército de Bellegarde, y tenia entonces á sus órdenes, cien mil hombres diseminados desde Mantua á Turin: Kray, con veinte mil, sitiaba á Mantua; Ott y Hohenzollern, con veinte y cinco mil, se hallaba en el Modenesado para detener á Macdonald; y quince mil bloqueaban la ciudadela de Milan, de modo que Suwarof solo podia disponer de cuarenta y cinco mil combatientes. Con ellos intentó hostilizar á Moreau, primeramente, amenazando Tortona y el Bormida, y luego pasando el Pó en Bassignano; pero fué rechazado en ambas tentativas. Entonces marchó á poner sitio á Turin, sublevó el Piamonte á retaguardia de los franceses, y al mismo tiempo que los habitantes de Turin entregaban la ciudad á los rusos, los insurrectos piamonteses se apoderaron de Ceva. Moreau se encontró entonces en muy crítica situacion: destacó hácia Bobbio á la division Victor para custodiar los Apeninos y apoyar á Macdonald (18 de mayo), retiróse hasta Ceva, subiendo el Tanaro, si bien no pudo apoderarse de aquella plaza que domina los principales desfiladeros de los Alpes marítimos en la ribera de Génova. No queriendo entonces penetrar por el puerto de Tende, que le alejaba mucho de Génova y de Macdonald, abrióse en cuatro dias, y á fuerza de brazos, un camino á través de los Alpes marítimos por el San Bernardo, llegó á Savona y á Génova, y desde allí llevó sus avanzadas hasta Novi por el desfiladero de la Bochetta, esperando á Macdonald. Moreau solo tenia entonces quince mil hombres, y Suwarof, sin hostilizarle en su posicion con tanta habilidad escogida, puso sitio á Alejandría y á la ciudadela de Turin, adelantó sus tropas hasta Coni, Pignerol y Suza, y amenazó las fronteras de Francia. Los

ejércitos de la república parecían perdidos: la ciudadela de Milan y Ferrara se rindieron; las tropas cisalpinas abandonaron á los franceses, y sublevaron la Romanía, y la Toscana, y el reino de Nápoles se habían convertido en un inmenso foco de agitación.

Macdonald dejó cinco mil hombres en Nápoles, Capua y Gaeta, y tres mil en el estado romano, y llegó á Florencia. Desde allí podía reunirse á Moreau siguiendo la orilla del mar hasta Génova, pero este camino, si bien se encontraba libre de enemigos, era impracticable para la artillería, y dejaba las montañas para conquistar al tomar de nuevo la ofensiva; resolvió, pues, de acuerdo con Moreau, al cual dió cita en Plasencia, atravesar los Apeninos y salir al Pó en medio de los ejércitos enemigos, diseminados desde Turin á Mantua, lo cual debía darle de una vez la posesion de la Cisalpina. Atravesó la garganta de Pontremoli y unióse con la division Victor; pero en lugar de permanecer apoyado en las montañas y de esperar á que Moreau, que se encontraba observado por cincuenta mil hombres, apareciese cerca de Tortona, se extendió por la llanura, corrió á Modena, venció al cuerpo de Hohenzollern, y retrocedió luego hácia Plasencia para atacar el cuerpo de Ott.

■ Suwarof, que habia abandonado Turin y pasado el Po, al saber la marcha de Macdonald, concentró cincuenta ó sesenta mil hombres en Voghera, dejó á Bellegarde con quince mil delante de Tortona para detener á Moreau, y marchó rápidamente á Plasencia, mandando á Ott que se replegase, hácia él. El general ruso llegó al Tidone en el momento en que era Ott derrotado por Macdonald, y arrojó á los franceses á la línea del Trebia (17 de junio). Macdonald habia dejado dos divisiones en el Nura, y teniendo apenas diez y ocho mil hombres para oponer á los cuarenta mil rusos, quiso mantenerse en la defensiva; y atacado al dia siguiente por Suwarof, pudo conservar sus posiciones. Llegado el tercer dia reunió todas sus divisiones; pero sus fuerzas se reducian á veinte y cuatro mil hombres contra treinta y seis mil; trabóse una nueva batalla, y despues de obstinados esfuerzos, los franceses emprendieron su retirada hácia los Apeninos, penetrando en el mal camino que costea el mar. En aquella lucha de tres dias habían perdido diez mil hombres. Los rusos quisie-

ron perseguirles, pero detúvoles en breve la marcha de Moreau á su retaguardia.

Moreau, salido de Novi con doce mil hombres, habia atacado y derrotado á Bellegarde en Cassina-Grossa; y dirigíase hácia Placencia, cuando supo el resultado de la batalla del Trebia; detúvose entonces, y Suwarof, abandonando la persecucion de Macdonald, marchó para presentarle la batalla. Moreau retrocedió á marchas forzadas hácia Novi y el Apenino, y reunióse cerca de Génova con el ejército de Nápoles, que llegaba cansado, estropeado, disminuido en una mitad y sin artillería, por el horrible sendero de Spezia (27 de junio). Macdonald fué destituido, y confirióse á Moreau, que en esa campaña se habia mostrado tan gran ciudadano como gran capitán, el mando de un ejército del Rhin que no se hallaba formado todavía. El ejército de Italia fué reforzado y reorganizado; en sus desastres habia manifestado una invencible firmeza, y aun entonces solo respiraba venganza.

Joubert, que fué nombrado para mandarlo, rogó á Moreau que dirigiese sus primeras operaciones, y este, siempre modesto y desinteresado, consintió en ello. Suwarof no habia aprovechado su victoria, y esperaba la rendicion de Mantua y de Alejandría para dirigirse á las montañas de Génova. Joubert que se veia al frente de cuarenta mil hombres llenos de ardor, resolvió bajar á la llanura para socorrer ambas plazas, y atravesó la Bochetta; pero al llegar á Novi, supo su rendicion y la llegada de los dos cuerpos que la sitiaban, lo que hizo ascender el ejército enemigo á setenta mil hombres. Joubert quiso retirarse, pero fué atacado por Suwarof y muerto á las primeras descargas, tomando Moreau el mando en jefe. La batalla fué la mas sangrienta de toda la campaña (15 de agosto): los franceses resistieron con valor y sangre fria á las masas que el general ruso lanzaba contra ellos; pero el número acabó por triunfar, y retiráronse en buen orden hácia Gavi y los Apeninos, despues de haber perdido ocho mil hombres entre muertos y prisioneros. Suwarof que habia sufrido tambien grandes pérdidas, renunció á su proyecto de ataque contra las montañas de Génova, y se contentó en sitiar á Tortona que se rindió un mes despues.

La Italia estaba perdida para los franceses: la república Cisalpina ya no existia, y el rey del Piamonte y el gran duque de

Toscana se disponian á volver á sus capitales. En Nápoles, los patriotas despues de una encarnizada lucha con los montañeses sublevados por el cardenal Ruffo, quedaron vencidos; las guarniciones francesas se rindieron; Nápoles, sitiado por los ingleses y los montañeses, capituló (13 de julio); y la reina y Nelson ejercieron en ella inauditos rigores por espacio de seis meses. En el estado romano, el general Garnier con cinco mil franceses é italianos, hizo durante cuatro meses una heróica defensa contra los insurrectos de la Romanía, las escuadras inglesas, seis mil rusos y seis mil sicilianos; y fué preciso destacar una division austriaca para obligarle á firmar un tratado, en virtud del cual regresó á Francia.

Al mismo tiempo que nuestra frontera se hallaba amenazada en Suiza y en los Apeninos, abandonaba los puertos de Inglaterra una escuadra formidable destinada á conquistar la Holanda y á invadir la Francia por el norte. Cuarenta mil anglo-rusos, mandados por el duque de York, desembarcaron en la península de Helder (27 de agosto de 1799); Brune, que solo tenia diez y siete mil hombres, intentó arrojar á los invasores al mar, pero fué rechazado y debió contemplar en la inaccion su establecimiento en el Zyp, pantano cegado que atravesaban muchos diques y canales. La escuadra inglesa penetró en el Texel; los marineros holandeses, partidarios del príncipe de Orange, se sublevaron y entregaron al enemigo nueve buques de gran porte. La noticia de estos sucesos sembró el terror en los departamentos del Norte.

Los reveses se sucedian sin interrupcion. Mil quinientos hombres enviados á Irlanda al mando del general Humbert, llegaron cuando la insurreccion estaba ya reprimida, y despues de muchos combates gloriosos, tuvieron que rendir sus armas. Siete navíos ó fragatas que llevaban refuerzos á ese pequeño ejército fueron capturados. Los ingleses se apoderaron de Menorca y bloquearon á Malta. Los rusos se apoderaron por capitulacion de Corfu y de las demás posesiones Jónicas, que fueron defendidas durante cuatro meses por mil ochocientos hombres contra doce mil apoyados por una escuadra de cuarenta buques. Finalmente, decíase que el ejército de Egipto habia experimentado una derrota delante de San Juan de Acre, y que Tippou-Saib, vencido por los ingleses, habia muerto en la muralla de su capital.

S. VIII.—*Oposicion universal contra el Directorio.*—*Jornada del 30 de pradial.*—*Reaccion del partido republicano.*—*Sieyes procura derribar la constitucion.*—*Anarquia universal.*—Los clamores contra el Directorio habian llegado á ser generales; acusábasele de haber comprometido la magnífica posicion de la Francia, provocando la guerra; desterrando á Bonaparte con treinta mil valientes, y siendo causa de nuestras derrotas por su incuria, su ignorancia y sus desacertados nombramientos. El gobierno se esforzaba en vano en reanimar el entusiasmo y la abnegacion del año 93; la nacion, extenuada por los sacrificios que prodigaba hacia diez años, permanecia sorda á la voz de un gobierno caduco, inmoral y tiránico, que solicitaba la dictadura para salvar la Francia, sin ver que la aspiracion general se cifraba en el reposo, en el orden, en el régimen legal. Nadie abogaba por él; el cuerpo legislativo que deseaba vengarse del 18 de fructidor y del 22 de floreal; el ejército, que le culpaba de todas sus desgracias; los moderados, á quienes lastimara con su incapacidad; los realistas y los jacobinos, á los cuales persiguiera alternativamente, y que levantaban otra vez la frente, los primeros al Oeste, y los segundos en París, todos se le manifestaban hostiles. Sin embargo, en las acusaciones dirigidas contra el Directorio habia mucha injusticia y no poca pasion: pues preferíanse mil invectivas contra los cuatro abogados, hombres probos, severos y laboriosos, mientras que Barras era respetado y hasta popular. El gran crimen de aquel gobierno consistió en haber sido una medianía, en haberse mostrado inferior á la situacion revolucionaria en que la Francia se encontraba todavía: su caida era inevitable, y todos los partidos conspiraron para llevarla á cabo.

Al renovarse el Directorio en el año VII, Rewbell, tan detestado y calumniado por su dureza y afectada gravedad, salió del gobierno y fué reemplazado por Sieyes, enemigo declarado de la constitucion del año III, de quien se dijo que habia aceptado un lugar en el Directorio solo para destruirlo. Las elecciones del año VII habian enviado á ambos consejos muchos patriotas resueltos á destruir la tiranía directorial, y Luciano Bonaparte, miembro de los Quinientos, se habia declarado su caudillo. Desde entonces el cuerpo legislativo fué completamente hostil al gobierno, y atacó á los directores despojándoles de los poderes

extraordinarios que se les habian conferido en 18 de fructidor, exigiéndoles cuentas por el déficit continuo de la hacienda, y restableciendo la libertad de imprenta. Hiciéronse mas frecuentes las invectivas contra ellos y en especial contra Laréveillère que tantas burlas se habia atraído con sus pretensiones de jefe de secta, y que era sin embargo un patriota tan desinteresado como animoso; y en fin, cediendo á la influencia del partido democrático, ambos consejos se declararon en sesion permanente, y con toda solemnidad pidieron cuenta al Directorio de la situacion de la república, lo cual era el preliminar de una acusacion. «Imprudentes é ineptos triunviros, exclamó uno de los Quinientos, el cuerpo legislativo y la opinion pública os rechazan; despojaos pronto del manto directorial que habeis deshonrado.» Treilhard vióse obligado á presentar su dimision, bajo pretexto de que su nombramiento adolecía de algun vicio en la forma, y fué reemplazado por Gohier, ex-ministro de justicia, republicano sencillo, honrado y de escasos alcances; mas Laréveillère y Merlin se resistían aun á pesar de las amenazas de Sieyes y de Barras. «No es á nosotros á quienes desean derribar, decian, sino á la constitucion; su objeto es entregar la Francia á la familia Bonaparte;» hasta que por fin viendo que el furor contra ellos habia llegado á su colmo, decidiéronse á presentar su dimision (18 de junio de 1799.—30 de pradiar). El 18 de fructidor y el 22 de floreal fueron vengados: la constitucion violada primeramente por el Directorio contra los consejos, acababa de serlo por los consejos contra el Directorio.

El 30 de pradiar excitó viva y universal alegría, y todos los partidos trataron de aprovecharse de él; la constitucion del año III era para todos una letra muerta. Los realistas, excitados tambien por los triunfos de la coaliccion, promovieron insurrecciones en el Mediodía y en el Oeste; los demócratas, que poseían mayoría en los Quinientos, pretendían establecer una constitucion basada en los principios del 93; y los moderados, que dominaban en los ancianos, deseaban el régimen del 91, menos la monarquía. Sin embargo, como era preciso vivir interinamente con aquella constitucion agonizante, intentóse reconstituir el gobierno, y fueron llamados al Directorio el girondino Roger-Ducos y el general Moulin, dos medianías del todo desconocidas. El primero

se unió con Sieyes, y se puso con él al frente del partido que deseaba cambiar la constitucion, al paso que el segundo, patriota sincero y crédulo como Gohier, se esforzó, lo mismo que este, en consolidar el gobierno republicano. Por lo que hace á Barras, «vivo emblema del caos de vicios, pasiones é intereses contrarios que presentaba la república espirante,» solo pensó en venderse á los Borbones, y se cree que el pretendiente le hizo promesa de 12 millones, con tal de que cooperase á su restauracion (1). El ministerio fué cambiado: Roberto Lindet se encargó de la hacienda, Fouché de la policía, Treilhard de los negocios extranjeros, Cambaceres de la justicia, y Bernadotte de la guerra. El último, considerado como jefe del partido republicano, mostró en su administracion indecible vigor; reorganizó los ejércitos, persiguió á los asentistas, y quiso despertar el entusiasmo nacional. Los demócratas parecian ser los que recogieran los frutos del 30 del pradiar, y trataron de dar nuevas fuerzas al gobierno por medio de medidas revolucionarias: decretóse una leva en las cinco clases del alistamiento, un empréstito forzoso de 100 millones, y por fin la ley llamada de rehenes, en virtud de la cual se autorizaba al Directorio, al estallar turbulencias en alguna poblacion, para prender y aun deportar á ciertos individuos comprendidos antiguamente en la clase de sospechosos.

En tanto los peligros de la Francia aumentaban cada dia; era el momento en que Joubert caia en el campo de batalla de Novi; los rusos invadian la Suiza, y los ingleses la Holanda; la Vendée parecia renacer de sus ruinas; un cuerpo de ocho mil realistas se habia apoderado de Chollet y Montaigui, otro habia atacado á Nantes, y un tercero en fin habia penetrado en Saint-Brieuc. Los patriotas dieron el grito de alarma, y la sociedad que los mismos habian establecido en el Picadero, á la que asistian Jourdan, Augereau, Bernadotte y mas de cien miembros del consejo de los Quinientos, en la que se panegirizaba á Robespierre, á las

(1) El agente de la intriga escribia lo siguiente á Luis XVIII: «No se trata de una miserable conspiracion tramada por particulares sin medios ni relaciones: el jefe del gobierno, el hombre que casi ocupa vuestro lugar os lo ofrece..... su deseo es concluir con la república, con tal de que concluyais vos con la revolucion... Quiere que llegueis aquí sin preámbulos ni restricciones.»

víctimas del 1.º de pradiar y á Babeuf, pidió la leva en masa y el desarme de los sospechosos.

La marcha del consejo de los Quintientos y las declaraciones de la sociedad del Picadero asustaron á los moderados, que no vieron léjos el restablecimiento del terror, y decíase que el cuerpo legislativo iba á formarse en Convencion nacional. Sieyes, que odiaba á los jacobinos por el miedo que le hicieran pasar en el año 93, guardaba en su mente una constitucion muy complicada en la que se reservaba el papel de un monarca constitucional, y que estaba resuelto á establecer en Francia, aun á costa de una revolucion; por esto se habia negado á entrar en el Directorio al ponerse en planta la constitucion de año III; por esto aceptó el gobierno cuando vió muerta aquella constitucion. Apoyado ya por los ancianos, hizo suyo á Barras, el cual le dió la mayoría en el Directorio, y encontró un hábil instrumento en Fouché, vil cortesano de Barras y cómplice de sus robos, que se habia convertido en perseguidor de sus antiguos amigos. Desde entonces empezó Sieyes la guerra contra los demócratas: mandó cerrar el club del Picadero; destituyó á Bernadotte, y suspendió once periódicos republicanos. Los patriotas se hallaban furiosos pero habian perdido su audacia, no les era dable contar con el pueblo, y en vano intentaron reanimar el espíritu revolucionario, proponiendo por medio de Jourdan que se declarase á la patria en peligro: esta proposicion que agitó extremadamente los ánimos acabó por ser rechazada.

La Francia se encontraba en situacion mas peligrosa que en el año 92: entonces los enemigos interiores y exteriores de la revolucion debian luchar con una nacion jóven, ardiente, llena de esperanza y de abnegacion; pero en la época de que hablamos el extranjero se encontraba en nuestras fronteras, la anarquía lo devoraba todo, hasta los partidos, y la nacion se hallaba cansada, desalentada y sin fuerzas. No era solo la república la que se desquiciaba; la sociedad sufría igual suerte. A las ideas apasionadas y sanguinarias, pero graves y generosas de 1793, habian sucedido un furor de disipacion y de riquezas, una afición á las farsas y bailes, un espíritu rastrero, de venalidad y de corrupcion, una indiferencia burlona hácia las creencias y los sentimientos, que se hubieran dicho imitados de los tiempos de

Neron y de Tiberio. Desde que el divorcio habia dado un golpe mortal á la sociedad, destruyendo la familia, las virtudes domésticas, lo mismo que las públicas, parecían desterradas de Francia; sin brújula, sin ver salida en el círculo impuro que estrechaba á la Francia hacia cuatro años, todo el mundo deseaba el órden, el reposo, la unidad á toda costa, una voluntad en vez de las contiendas, un hombre en lugar de las facciones. « Basta de charlatanes, decía Sieyès; lo que necesitamos es una cabeza y una espada. » La cabeza era él, y en cuanto á la espada habia pensado en Joubert, pero este habia muerto; pensó luego en Moreau, el cual débil y desprestigiado, la habia rechazado, y entonces pensaba en Bonaparte, quien, justo es decirlo, ocupaba en la misma época las imaginaciones de todos. Considerábase su ausencia como la causa de las desgracias de la patria; referíanse con trasportes de admiracion sus victorias de Oriente; decíase que volveria con sus soldados por el camino de Constantinopla, y habia algo de fatalidad en el culto de una nacion entera, tan profundamente corrompida, hácia un hombre nuevo aun cuyo genio no se habia revelado todavía por completo.

§. IX. — *Expedicion de Siria. — Victoria de Aboukir. — Bonaparte abandona el Egipto.* — Bonaparte habia empleado el invierno del año 98 en administrar su conquista; habia fortificado las plazas y las bocas del Nilo, establecido fábricas, fundado el Instituto de Egipto, dado principio á la exploracion científica del país, y reforzado su ejército con los restos de su escuadra é indígenas. El Delta se hallaba enteramente sometido, y Desaix, con tres mil hombres, habia realizado la conquista del alto Egipto. En vano Mourad habia reunido en Sed man mil doscientos mamelucos y diez mil árabes; fué vencido y arrojado á la Nubia, dispersándose sus tropas despues de sangrientos combates (7 de octubre de 1798) por Keneh, Tebas y Benouth, mientras que Desaix, llegado á las cataratas de Syene, límite del imperio romano, empezaba á organizar el país. Tan prodigiosas victorias, el genio de Bonaparte, su gobierno justo, ilustrado y severo excitaban la admiracion y el respeto de los habitantes; pero en Egipto, lo mismo que en todos los países donde los republicanos habian llevado la bandera tricolor, el ateismo de los vencedores excitaba la enemistad y el odio de los vencidos; y cuando un manifiesto

de la Puerta Otomana excitó á los habitantes á la guerra «contra los impíos que tienen por fábula el Alcoran, la Biblia y el Evangelio,» estalló en el Cairo una insurreccion terrible, que solo fué apaciguada despues de un combate encarnizado.

En tanto dos ejércitos turcos se reunian, el uno en Rodas y el otro en Damasco para arrojar á los franceses del Egipto. Bonaparte resolvió salir al encuentro del ejército de Damasco antes de que el de Rodas desembarcase en Aboukir; sabia, por los ejemplos de los siglos antiguos y modernos, que la posesion de la Siria es indispensable al que debe conservar el Egipto, y abríase además una puerta hácia el Oriente, y quizás un nuevo destino en aquellos paises donde se fundan con tanta facilidad los grandes imperios. Partió pues, con trece mil hombres (10 de febrero de 1799), se apoderó de El-Arish, atravesó el desierto, entró en Gaza, y llegó delante de Jaffa, llave de la Siria, que tenia cuatro mil hombres de guarnicion (13 de marzo). El gobernador mandó dar muerte á un parlamentario, y tomada la ciudad por asalto, fué entregada al saqueo por espacio de treinta horas. Bonaparte habia adquirido en Oriente las feroces costumbres de aquel país, y como no sabia qué hacer de sus prisioneros, mandó que fuesen fusilados. Desde allí marchó contra San Juan de Acre, donde se habia encerrado el bajá Djezzar con seis mil turcos, apoyados por una escuadra inglesa que les proporcionó cañones, oficiales é ingenieros distinguidos, y los emigrados Philippeaux y Tromelin. Bonaparte carecia de artillería de sitio, pues los ingleses habian apresado las tres fragatas que la conducian, y dió en vano dos asaltos á la plaza. Durante este tiempo, el ejército de Damasco se adelantaba hácia el Jordan; Kléber marchó á su encuentro con dos mil hombres, y fué envuelto cerca del monte Thabor por doce mil ginetes y otros tantos infantes (16 de abril); el general francés formó en cuadro sus valientes, y luchó durante seis horas con aquella multitud; Bonaparte llegó por fin con tres mil hombres, atacó la inmensa columna enemiga, y la puso en completa derrota.

Volvió luego delante de San Juan de Acre, cuya guarnicion se habia aumentado hasta veinte mil hombres, y dióse un nuevo asalto, en el que los franceses llegaron inútilmente hasta las calles de la ciudad. Casi todos los oficiales se hallaban muertos ó

beridos; la peste se cebaba en los soldados, y anunciábase el próximo desembarco del ejército de Rodas; era preciso, pues, levantar el sitio, contentándose con haber destruido el ejército de Damasco, renunciar á la conquista de Siria y á todas las ilusiones sobre el Oriente, y volver á Egipto teatro limitado y sin esperanza. Bonaparte se resolvió á ello con profundo sentimiento: «He perdido mi fortuna, decia, sin Djezzar-bajá seria quizás emperador de Oriente.» El ejército púsose en marcha hácia el Egipto, asolándolo todo en su camino, y volvió al Cairo sin obstáculo, pero con cuatro mil hombres menos, desalentado y considerándose perdido en aquella remota region (21 de mayo).

El ejército de Rodas, compuesto de diez y ocho mil hombres y protegido por una escuadra inglesa, desembarcó y se atrincheró en la península de Aboukir, esperando que Mourad hubiese sublevado una parte del Egipto á retaguardia de los franceses. Bonaparte salió del Cairo con seis mil hombres y llegó á marchas forzadas á la vista de las fortificaciones turcas; atacólas, se apoderó de ellas por asalto, y precipitó sus defensores al mar. Doce mil turcos se ahogaron, y tres mil quedaron en el campo; el ejército entero quedaba destruido y asegurada á los franceses la posesion del Egipto.

Despues de tan brillante victoria supo Bonaparte por los periódicos que le envió el almirante inglés, los desastres y la anarquía de la Francia, y tomó su partido sin pérdida de momento. La expedicion de Egipto habia tenido el resultado á que aspiraba su ambicion, rodeándole de una aureola de gloria fabulosa; y entonces que era ya para la Francia el hombre necesario, era preciso volver á ella aun á riesgo de caer en poder de los ingleses. Las instrucciones que recibiera del Directorio autorizaban su regreso, pero quiso evitar las reconvenções de sus soldados que debian mirar su marcha como una desercion: para ello mandó preparar secretamente dos fragatas en Alejandría, fingió una inspeccion por la costa, y se embarcó con Berthier, Lannes y Murat, dejando á Kléber el mando del ejército, é instrucciones que le autorizaban para evacuar el Egipto (22 de agosto).

§. X.—*Batallus de Zurich, de Bergen y de Genola.*—Mientras el moderno César confiaba su fortuna á las olas, la línea de operaciones de los franceses, que se extendia aun desde el Zuyderzée

al golfo de Génova, se hallaba amenazada en el centro por la llegada de Korsakof á Suiza, en la izquierda por el desembarco de los anglo-rusos en Holanda, y en la derecha por la derrota de Novi; grandes victorias iban á dejar el centro y la izquierda libres de enemigos.

Habíase introducido la discordia entre las cortes y los ejércitos de Rusia y de Austria. Pablo, que solo habia tomado parte en la coalicion para restaurar los tronos, indignábase al considerar la ambicion del gabinete de Viena, que únicamente aspiraba á someter la Italia á su dominacion; y los generales austriacos, cansados de la brutal altivez de Suwarof, se negaban á obedecerle. Así las cosas, modificóse el plan de campaña; convínose en que Suwarof abandonase la Italia con sus rusos, confiando á Melas el mando de los austriacos, y fuese á reunirse con Korsakof en Suiza; en que el archiduque Carlos saldría de Suiza con treinta y seis mil austriacos, dejando en el Linth los cuerpos de Hotze y de Jellachich, á fin de favorecer la reunion de ambos generales rusos, y marcharia al Neckar para rechazar á un ejército francés que amenazaba á la Alemania.

En efecto, un cuerpo de doce mil hombres habia pasado el Rhin en Manheim y bombardeaba Philippsburgo, con objeto de hacer una diversion en favor de Massena; al acercarse el archiduque, evacuó á Manheim, pasó de nuevo á la orilla izquierda, y obligó al ejército austriaco á permanecer en observacion delante de él. Durante este tiempo, Suwarof se puso en marcha hácia Bellinzona para atravesar el San Gotardo, llegar por Schwitz al Linth y atacar por retaguardia al ejército francés, mientras que Hotze y Korsakof lo atacasen de frente. Suwarof tenia veinte mil hombres; Korsakof treinta mil, y Hotze y Jellachich veinte y cinco mil; con estas fuerzas debia derrotar á Massena y entrar en Francia por Basilea.

Massena tenia sesenta mil hombres distribuidos del modo siguiente: Lecourbe con doce mil defendia el San Gotardo, el Reuss y el alto Linth; Soult, con quince mil, se encontraba entre los lagos de Wallenstadt y Zurich, y Massena, con treinta mil acampaba desde Zurich hasta Bruck. Todas las miradas se hallaban fijadas en aquel ejército, de que dependia la salvacion del país: una batalla perdida llevaba á los rusos hasta las puertas de París.

El peligro parecia aun mayor que en la época de la batalla de Valmy.

Korsakof, que habia resuelto un ataque general contra el Linth-Limmat para favorecer las operaciones de Suwarof contra el San Gotardo, dirigió la mayor parte de sus fuerzas á Zurich, y desde allí al Albis, mientras que Hotze pasase el Linth y Jellachich llegase á Schwitz. Massena se le anticipó: despues de mandar á Soult que tomase la ofensiva en el Linth, y á Mortier (á la izquierda de Lecourbe) que marchase á Glaris, dejó á Mortier con diez mil hombres en la orilla izquierda delante de Zurich; sorprendió con veinte mil el paso del Limmat en Dietikon, y marchó á Zurich por la orilla derecha, cortando el camino de Winterthur. Sorprendidos los rusos, en ambas márgenes, fueron derrotados, arrollados hasta la ciudad, y envueltos por todas partes; no les quedaba mas recurso que atravesar la línea que les rodeaba ó rendir sus armas (25 de setiembre de 1799). Llegado el dia siguiente, Massena y Mortier redoblaron sus ataques, y Zurich iba á ser tomada: en tan apurada situacion, Korsakof condujo sus tropas á la orilla derecha con objeto de dirigirse hácia el Rhin, formó su ejército en una columna y cargó furiosamente á Massena. La infantería logró abrirse paso; pero la caballería, la artillería y los bagajes fueron rechazados á la ciudad en el mismo momento en que Mortier entraba en ella; el vencedor se apoderó de todo, y Korsakof huyó en desorden en direccion al Rhin que pasó con solo catorce mil hombres.

Soult pasó en tanto el Linth á viva fuerza, derrotó á Hotze que perdió la vida en el encuentro, hizo tres mil prisioneros, se apoderó de treinta cañones, y arrojó á los austriacos á la parte opuesta del Rhin. Jellachich fué tambien desalojado de Glaris y de Wallenstadt, y rechazado á la otra orilla del rio, de modo que el anciano mariscal ruso, en vez de encontrar á sus tenientes arrollando á los franceses á su frente, iba á encontrarse solo en Suiza en medio de un ejército victorioso.

El paso del San Gotardo habia costado á Suwarof increíbles fatigas y continuos combates (24 de setiembre): Lecourbe defendió palmo á palmo cada desfiladero, cada roca, cada torrente; los rusos cubrieron con sus cadáveres el espantoso valle del Reuss, la garganta de Uri y el puente del Diablo, y llegaron á Altarf,

estenuados, sin caballos y sin víveres. Una vez allí, y no encontrando la escuadrilla austriaca que debía conducirles por el lago de Lucerna, viéronse obligados á penetrar en los helados montes de Kesseren para llegar á Schwitz; sin embargo, encontraron á Massena, que ocupaba ya aquel punto, y á Molitor que les obstruía el paso, defendiendo el monte Bragel, mientras que Lecourbe les cortaba la retirada y llegaba á su noticia el desastre de Korsakof. Suwarof se precipitó contra Molitor, y logró abrirse paso, abandonándole su artillería, sus bagajes y mil seiscientos prisioneros; pero encontró obstruido el camino de Glaris: entonces se arrojó en el horrible valle de Engi, pasó la enorme muralla de Krispalt, y llegó por fin á Illanz, desde donde pasó á Coira (6 de octubre). En su tortuosa marcha de treinta leguas por las montañas y ventisqueros mas elevados de Europa, habia perdido doce mil hombres; lleno de ira, acusó de su derrota á los austriacos, y, á pesar de los ruegos del archiduque Carlos, se retiró á Baviera.

Tal fué el fin de las memorables operaciones que llevan el nombre de batalla de Zurich, y que forman la corona de gloria de Massena; duraron doce dias en una línea semicircular de cincuenta leguas, desde la confluencia del Aar hasta los Alpes centrales: el Rin y la Helvecia quedaban libres de enemigos, y la Francia se habia salvado; habian sucumbido treinta mil aliados, y el emperador de Rusia se disponia para abandonar la coalición.

Triunfos no tan brillantes pero no menos completos aseguraban en el Norte la salvacion de la república. El duque de York habia perdido un tiempo precioso fortificándose en el norte de Holanda; confiaba con el levantamiento del país, el cual por el contrario, se mostró poseido de grande entusiasmo contra la invasion. Brune reunió veinte y cinco mil hombres; y despues de varios combates indecisos, derrotó á los anglos-rusos en Bergen y en Kastrikum, les hizo perder nueve ó diez mil hombres, y arrollóles hasta el Zyp (19 de setiembre, 6 de octubre). El duque de York se creyó perdido: los combates y las enfermedades habian reducido su ejército á viente mil hombres, empezaba á sentir la falta de víveres, y solicitó entablar negociaciones, firmando en Alkmaar una capitulacion vergonzosa en virtud de

la cual se reembarcó con todas sus tropas (18 de octubre). La Inglaterra devolvió á la Francia ocho mil prisioneros, y conservó la escuadra holandesa.

El Norte y el Este quedaban libres, pero continuaban los reveses en el Mediodía. Championnet, sucesor de Joubert, quiso reunir en Coni, única plaza que quedaba á los franceses en la otra parte de los Alpes, los cuerpos formados en la Saboya con los restos del ejército de Italia, y sostuvo gran número de combates que no dieron resultado alguno notable; por fin, en el momento en que iba á verificarse la reunion, Melas, que se hallaba al frente de cincuenta mil hombres, le atacó entre Savignano y Fossano, en Genola, le venció y le mató seis mil hombres (4 de noviembre). Esta jornada fué el complemento de la batalla de Novi: los austriacos, dueños ya del Piamonte, marcharon contra la plaza de Coni, la sitiaron y se apoderaron de ella; los franceses, sin víveres, sin sueldo, sin vestidos, diezmados por las enfermedades y la desercion, se retiraron á los Alpes marítimos, cuyos puertos ocuparon.

§. XI.—*Regreso de Bonaparte.—Preparativos para el 18 de brumario.*—La Francia quedaba salvada en el exterior; pero desgarraban su seno funestas divisiones que paralizaban sus fuerzas y recursos. Agitacion sin pasion, un estado revolucionario sin entusiasmo, facciones, ninguna de las cuales era bastante fuerte para escalar el poder; tales eran los rasgos característicos de la situacion de la Francia, síntomas todos de disolucion social. La república no habia sido mas que una de las formas tomadas por la revolucion, y cuanto mayores eran las tendencias al restablecimiento de un régimen de legalidad, tanto mas se comprendia no ser republicanas las ideas ni las virtudes de la Francia; las costumbres habian vuelto á ser monárquicas, y eran objeto de burla, no solo las fiestas exóticas y ridículos trajes de la república sino tambien sus instituciones mas sábias y sus hombres mas puros. La sed de la libertad, el ardor por la vida política, la fé en la representacion nacional, que animaron á los franceses diez años antes, se habian extinguido, y el órden era el único y universal deseo. Creíase que solo al poder era dable llevar á cabo la restauracion de la sociedad, y procurábase realzar y robustecer al enemigo tan execrado, tan combatido, tan aniquilado des-

de 1789, arrojándose la nación, ciega y desatentada, bajo la dictadura militar, única cosa que no se habia probado todavía.

En tanto el hombre en quien se cifraba la última esperanza de la patria vogaba, tranquilo y confiado en su fortuna, por entre los cruceros ingleses, en medio de un mar tempestuoso y azotado por contrarios vientos. Llegó sin obstáculos á Frejus, y violando las leyes sanitarias, púsose sin pérdida de momento en camino para París (9 de octubre de 1799). La noticia de su desembarco se supó en la capital al mismo tiempo que la de la victoria de Aboukir, y excitó la mas loca alegría; todo el mundo se abrazaba, se felicitaba, y creia estar ya todo salvado, y hasta los consejos y el Directorio manifestaron el mas extraordinario regocijo. El camino del héroe fué un continuo triunfo; echábanse á vuelo la campanas, encendíanse hogueras y los pueblos acudían á su paso desde grandes distancias. Nadie, ni el Directorio, pensó en reconvénirle por haber abandonado á sus soldados; el disgusto hácia los hombres y las cosas, la fatal apatía, la incredulidad universal, que devoraban al país desde el 9 del termidor, desaparecieron, y colocóse á un hombre en lugar de la patria, de la libertad, de la religion. No era él el que tomaba la Francia: era la Francia la que se le entregaba.

Al considerar Bonaparte el entusiasmo que excitaba y el desprecio con que era mirado el gobierno, confirmóse mas y mas en su resolucion de subir al poder; hallábase mas seguro de su genio desde que hiciera en Egipto su aprendizaje de rey y empezado su carrera de independendia y de autoridad. Todos los partidos se ofrecieron á tomarle por jefe; pero el glorioso general se mostró frio y reservado con todos, y no mostró repugnancia por nadie; los representantes, los ministros y los directores le halagaron y le consultaron; pero, negándose á tomar parte así en las fiestas como en los negocios, vivia oscuro en su pequeña casa de la calle de Chantereine. Los militares le rogaron que acabase con los abogados y los asentistas, y recibióles con su familiaridad digna y su modesto aplomo, pero sin comunicar sus ideas á ninguno de ellos. La idea general era que intentaria una revolucion, y Bonaparte dejaba creer que se encontraba dispuesto á emprender alguna cosa.

Sin embargo, entre los dos partidos que pretendian servirse de

él como instrumento, había hecho ya su elección, y resolvió marchar con los moderados, que representaban la opinión de las masas. Bonaparte detestaba con pasión la anarquía, la corrupción y la debilidad: por esto fué partidario de la junta de salvación pública en la que veía unidad, probidad y fuerza, y por esto era enemigo de los girondinos, de los termidorianos y del Directorio. A medida, empero, que la situación del país había cambiado, habíase apartado de los jacobinos que consideraban normal el gobierno escepcional del año 93, y que se mostraban retrógrados hasta lo absurdo, queriendo plantear igual régimen en los tiempos á que nos referimos: la disolución interior, no el realismo y el extranjero, era lo que debía temerse. Para fundar la nueva sociedad creada por la revolución, era necesaria la dictadura, dictadura que ambicionaba Bonaparte, y que solo era posible con los moderados. El hombre del 13 de vendimiario era el representante de la revolución, no de la libertad.

Sin embargo, Sieyes observaba á Bonaparte y adivinaba su ambición; también Bonaparte veía en Sieyes un rival, y sentía cierta repugnancia en aliarse con él; mas aquellos dos hombres que caminaban á un mismo fin y que se necesitaban, debían acabar por ponerse de acuerdo; y en efecto, celebróse entre ellos un tratado por mediación de Talleyrand y de Rœderer. Ambos trabajaron desde entonces en adquirir partidarios, el uno en los consejos, y el otro entre los generales, haciendo creer que se trataba de cambiar el gobierno, pero no la constitución, y de este modo lograron la cooperación de Moreau y de la mayoría de los Ancianos. Moulin y Gohier no veían el peligro, pues Fouché, vendido en cuerpo y alma al poder naciente, empleaba su policía en favor de la conspiración y dejaba al Directorio en la mas profunda ignorancia. Barras había ofrecido sus servicios á Bonaparte, pero este había rechazado con desprecio al jefe de los *podridos*; nadie deseaba ni quería tenerle en su partido. Finalmente, determinóse el plan de la conspiración: el consejo de los Ancianos, en virtud del derecho que le confería la constitución, y bajo pretexto de una conspiración tramada por los jacobinos, debía trasladar el cuerpo legislativo fuera de París, medida equivalente á una especie de golpe de Estado que conmovería los ánimos, exageraría el peligro de la situación, y prepararía

el terreno para una variacion. Trasladados los consejos, y encargado Bonaparte del mando de las tropas, debia proponerse á los Quinientos la suspension de los consejos, y la abolicion del Directorio, confiando interinamente el poder ejecutivo á una comision de tres cónsules, y el poder legislativo á dos comisiones de veinte y cinco miembros, encargados de redactar una nueva constitucion. Esperábase conseguir por medio de la sorpresa y del terror la aprobacion de esas medidas, y con ello realizar la revolucion sin violencia y con las apariencias legales.

§ XII.—*Jornadas de 18 y 19 de brumario.*—El dia 18 de brumario, la comision de inspectores del consejo de los Ancianos, comprometida en la conjuracion, convocó al consejo á una sesion extraordinaria, cuidando de no avisar á los diputados patriotas y de no advertir á los Quinientos ni al Directorio. Luego que se hallaron reunidos ciento cincuenta miembros, Cornet, presidente de la comision, subió á la tribuna para revelar una supuesta trama de los jacobinos, cuyo intento, decia, era asesinar al cuerpo legislativo y restablecer el gobierno revolucionario; Regnier, otro conjurado, propuso librar á los consejos de los conspiradores trasladándolos á Saint-Cloud, y encargando la ejecucion del decreto y el mando de las tropas al general Bonaparte. «A votar! A votar!» gritaron los conjurados, y sin la menor discusion, dióse el decreto que la constitucion calificaba de *irrevocable*. De este modo se encontraba el golpe de Estado fuera de la accion de los parisienses; la capital quedaba á merced de la fuerza militar, y el poder ejecutivo se hallaba nulo en realidad junto á la especie de dictadura conferida ilegalmente á un hombre extraño al gobierno.

Bonaparte se encontraba en su casa, á la que habia convocado á sus amigos y generales, como Talleyrand, Røderer, Réal, Berthier, Lefebvre, Moreau, Macdonald, etc.; habia mandado decir á los oficiales de la guarnicion que les recibiria á las ocho de la mañana, y habia ordenado secretamente á Sebastiani, coronel de dragones, que apostase su regimiento en las calles vecinas. En medio de aquel aparato militar, recibió el decreto de los Ancianos, lo leyó en voz alta á sus compañeros de armas, y les pidió su apoyo, que le prometieron todos, excepto Bernadotte, que se obligó á permanecer neutral. En seguida montó á caballo, y

seguido de su cortejo de generales, se dirige al consejo de los Ancianos para prestar juramento. En seguida se presenta ante la comision de inspectores, que se reunia en las Tullerías, y recibe allí á los ministros, dá las órdenes necesarias para la ejecucion del decreto, confiere los mandos á sus generales, y dirige una proclama á la guardia nacional; luego revista á las tropas de la guarnicion, y les dice: «En qué estado dejé la Francia, y en qué estado la he encontrado! Os dejé la paz y encontró la guerra! Os dejé conquistas, y el enemigo estrecha vuestras fronteras! Dejé los millones de Italia, y encuentro miserias y leyes espoliadoras!... ¿Dónde están los cien mil valientes á quienes dejé cubiertos de laureles?...» «Era la primera vez hacia diez años que un hombre se lo atribuía todo, que pedia cuenta de la república como de una cosa suya. Al ver á un advenedizo de la revolucion introducirse en el patrimonio tan trabajosamente adquirido por todo un gran pueblo, se experimenta una dolorosa sorpresa (1).»

Los Quinientos se habian reunido á las once, y el presidente, que lo era Luciano Bonaparte, leyó el decreto de traslacion, y los diputados quedaron heridos de estupor. Sin embargo, como el código fundamental prohibia toda deliberacion, el consejo se aplazó para el dia siguiente en Saint-Cloud.

El poder legislativo se hallaba intimidado, pero el ejecutivo existia aun; entonces Sieyes y Roger-Ducos dieron su dimision; Talleyrand fué al encuentro de Barras que ignoraba todo lo sucedido, y le decidió á seguir este ejemplo; Moulin y Gohier se negaron valerosamente á dimitir sus cargos, reconviniéron á Bonaparte por su ambicion, y fueron arrestados en el Luxemburgo bajo la custodia de Moreau, el cual se prestó á semejante papel con singular facilidad, tan poco era el porvenir político que se encerraba en aquel carácter débil é irresoluto.

El gobierno ya no existia; desde aquel momento Bonaparte apareció á los ojos de todos aun á los de los conjurados, no como el instrumento de una conspiracion, sino como el hombre encargado de salvar la república. «Para ello, decia, solo es preciso una dictadura temporal conferida á un ciudadano que goce de la confianza pública;» y cuando se hablaba de César ó de Cromwell,

(1) Mignet, t. II, pag. 200.

contestaba: «Malos papeles, indignos de un hombre de buen sentido, aun cuando no lo fuesen de un hombre de bien.» Creíase seguro del triunfo, y á pesar de Sieyes y de Fouché, que le aconsejaban prender á cuarenta diputados de la oposicion, se negó á toda medida violenta, queriendo *hacer suya la jornada* conservando las formas legales.

París parecia una ciudad en estado de sitio: Fouché habia suspendido las doce municipalidades, prohibido las reuniones de la guardia nacional, y encargado el orden á los ciudadanos. La ciudad se hallaba admirada, pero tranquila: desde el 1.º de pradiar y el 13 de vendimiario, el pueblo y la clase media, vencidos sucesivamente por el gobierno, no eran mas que los espectadores de los acontecimientos políticos, y habia bastado además el nombre de Bonaparte para que la opinion pública fuese favorable á la revolucion proyectada. Los Quinientos, consternados, no esperaban socorro alguno exterior; pero veian que los Ancianos consideraban ya con desconfianza la senda en que habian penetrado; contaban con el espíritu democrático de los soldados y en la autoridad moral de que gozaba hacia diez años la representacion nacional; y despues de haberse negado á tomar agresivas medidas contra los conspiradores, como Bernadotte solicitaba, se hallaban resueltos simplemente «á resistir y á morir en sus sillas curules.»

Llegado el dia siguiente apareció Saint-Cloud atestado de tropas, de diputados y de curiosos (11 de noviembre de 1799—19 de brumario). Sieyes y Bonaparte manifestaban alguna inquietud, pues los Quinientos se mostraban decididamente hostiles, los ancianos indecisos, y las tropas no muy resueltas; el éxito de la conspiracion parecia aun dudoso, pero esto no impedia que Bonaparte dijese en alta voz, como si fuese el vigésimo rey de una dinastía: «No quiero mas facciones!» Luego que se declaró en sesion el consejo de los Quinientos, Emilio Gaudin, uno de los conjurados, encargado de «iniciar la cuestion,» pidió el nombramiento de una comision «para examinar la situacion de la república y proponer los medios de salvarla;» pero el patriota Delbrel subió á la tribuna y dijo: «Sí, representantes del pueblo, la república se encuentra amenazada de grandes peligros; mas los que pretenden destruirla son los mismos que bajo pretexto de sal-

varla, tratan de variar la forma de gobierno existente.... ¡Queremos la constitucion ó la muerte! Las bayonetas no nos espantan: en este recinto somos libres! Pido que todos los miembros del consejo, nombrados individualmente, renueven ahora mismo el juramento á la constitucion del año III!—Viva la constitucion! abajo los dictadores!» grita la asamblea en masa, y se adopta la proposicion con grande entusiasmo.

Los patriotas habian triunfado y los conjurados empezaban á concebir temores; los ancianos, advertidos del movimiento, se inclinaban á secundarlo, y la conspiracion parecia frustrada. Era preciso obrar, y Bonaparte resolvió presentarse ante los consejos á fin de imponerles con su presencia: dirigióse primeramente al de los ancianos, donde los conspiradores habian empleado muchas horas en vanas discusiones, y en un discurso duro, incoherente, y varias veces interrumpido, calumnió á los demócratas á quienes acusó de conspiracion, intimó al consejo que salvara la república, y se ofreció á ejecutar las medidas que dictase, prometiendo abdicar sus poderes extraordinarios luego de desvanecido el peligro: «La patria no tiene un defensor mas celoso que yo, dijo, pero en vosotros descansa su salvacion. No existe ya gobierno, pues cuatro directores han presentado su dimision; el peligro es inminente, y debemos esforzarnos en conservar dos cosas para cuya obtencion hemos prodigado tantos sacrificios: la libertad y la igualdad....—Y la constitucion! exclamó un diputado.—La constitucion! vosotros mismos la habeis destruido; la violasteis en 18 de fructidor, en 22 de floreal, en 30 de pradiel; desprovista de toda garantia en favor de los ciudadanos, es impotente para salvar la patria, en cuanto por nadie es respetada. No se crea que use semejante lenguaje para escalar el poder; no, pues desde mi regreso á París me ha sido ofrecido repetidas veces. He recibido proposiciones de todos los partidos, y ninguna he escuchado, porque no pertenezco á faccion alguna, porque no tengo mas partido que el de todo el pueblo francés.... Al encargarme del mando, solo he contado con el consejo de los Ancianos, no pretendo ocultarlo; el consejo de los Quinientos, desgarrado por las facciones, donde se encuentran hombres que desean el restablecimiento de la Convencion y de los cadalsos, de donde han salido emisarios para organizar un movimiento en París,

para nada entraba en mis miras.... No os infundan temor tan horrorosos proyectos; rodeado de mis hermanos de armas, sabré defenderos de cualquier ataque. Apelo á vuestro valor, esforzados compañeros, cuyas bayonetas distingo desde aquí, bayonetas que tantas veces se han empleado en humillar á los reyes; y si algun orador asalariado por el extranjero quisiera declararme fuera de la ley, acudiria á vosotros, animosos soldados, á quienes he guiado siempre á la victoria, y cifraria toda mi esperanza en vuestro valor y en mi fortuna.»

Despues de tan extrañas palabras que sumieron á los ancianos en el temor y la incertidumbre, Bonaparte se dirigió á los Quiñientos, que se encontraban en la mas amenazadora exaltacion; pero que habian perdido dos horas irreparables en pronunciar su juramento. A la vista del general, á la vista de algunos granaderos que deja en la puerta, estalla el mas espantoso tumulto: «¡Abajo el dictador! fuera bayonetas!» gritan por todas partes. Bonaparte quiere hablar; pero los diputados le rodean, le empujan, le amenazan: «Salid! salid! le dicen. Respetad el santuario de las leyes; habeis trocado en infamia vuestra gloria!» Bonaparte palidece, introdúcese la confusion en su mente, y retrocede, arrastrándole sus granaderos fuera de la sala. El tumulto aumenta: «Pongamos al tirano fuera de la ley,» gritan todos, y en vano Luciano resiste y trata de excusar á su hermano. Propónese entonces declarar á Bonaparte fuera de la ley, la permanencia del consejo, el regreso del mismo á París, y confiar á Bernadotte el mando de las tropas. Luciano asustado, renuncia al sillón de la presidencia, se despoja de las insignias de diputado, y es arrastrado por los granaderos. Su marcha lleva el desórden á su colmo; las proposiciones se suceden, se cruzan y se confunden; pero no es posible ya deliberacion alguna, y solo se oyen distintamente los gritos de ¡viva la constitucion!»

Bonaparte habia montado á caballo, pálido, taciturno, con la cabeza inclinada sobre el pecho, y diciendo á los soldados que se habia pretendido asesinarle; mas las tropas, acostumbradas á respetar á los representantes del pueblo, vacilaban, y si Jourdan ó Augereau se hubiesen presentado para reclamar su obediencia, hubieran sin duda abandonado al vencedor de Rívoli y de las Pirámides. Era preciso resolverse á uno de aquellos actos atrevidos

que llevan al hombre al trono ó al cadalso. «Os han puesto fuera de la ley, dijo Sieyes, ponedles fuera del salon!» Bonaparte se decidió á hacerlo, pero con inquietud y como á pesar suyo.

Luciano monta á caballo y arenga á las tropas como presidente de los Quinientos: «Soldados, dijo, os declaro que la inmensa mayoría del consejo se encuentra en este momento bajo la presión de algunos representantes asesinos, y que esos audaces bandidos asalariados por la Inglaterra, se han rebelado contra el consejo de los ancianos. En nombre del pueblo, confío á los guerreros la empresa de libertar á la mayoría de los representantes..... General, y vosotros soldados, solo reconocereis por legisladores de la Francia á los que se encuentren á mi lado. Sean los demás expulsados por la fuerza!» Bonaparte apoya las insolentes calumnias de su hermano, y exclama: «¡Soldados! puedo contar con vosotros?—Sí! sí! Viva Bonaparte!—Pues bien! hagamos entrar en razón á los agitadores.» El general Leclerc se pone al frente de un batallón de granaderos, y entra con él en la sala á paso de carga. La asamblea en masa se levanta con indignación. «En nombre del general Bonaparte, queda disuelto el consejo.—Viva la república!» gritaron los diputados con trasporte, y todos permanecieron inmóviles.—«Representantes, no respondo de la seguridad del consejo. Granaderos, adelante!» Jourdan y varios otros se precipitan ante los soldados: «Que haceis? les gritan: ¿así mancillais vuestros laureles?» Pero los tambores ahogan su voz; los granaderos avanzan lentamente; empujan sin violencia ni injurias á los diputados que quieren morir en sus bancos, y les obligan á retirarse por la puerta de los jardines. A las cinco la sala estaba desocupada, y los representantes huían hácia París.

Bonaparte y Sieyes se encontraban muy agitados: la resistencia de los Quinientos había frustrado el plan convenido; los diputados podían reunirse en París y renovar el juramento del Juego de Pelota, y era por lo tanto indispensable apresurarse á dar un color legal al atentado. El consejo de los Ancianos se hallaba todavía en sesión, logróse reunir á unos veinte y cinco diputados de los Quinientos bajo la presidencia de Luciano, y dióse entonces el decreto tan deseado. El Directorio quedaba suprimido, y expulsados del consejo sesenta y uno de los Quinientos; el

cuerpo legislativo se aplazaba hasta el 1.º de ventoso; el poder ejecutivo se confiaba á tres cónsules interinos Bonaparte, Sieyès y Roger-Ducos, y dos comisiones legislativas de veinte y cinco miembros cada una se hallaban encargadas de revisar la constitucion. Bonaparte y sus dos cómplices prestaron juramento á la república, y ambos consejos se separaron.

Así se consumó el grande atentado de la perfidia y de la violencia contra la ley. «La revolucion, despues de tomar todos los caracteres, monárquico, republicano y democrático, tomaba por fin el carácter militar, porque en medio de su lucha perpetua con la Europa, era preciso que se constituyera de un modo estable y fuerte... La revolucion que debia darnos la libertad, no era ni debia ser en sí misma la libertad; debia ser una inmensa lucha contra el antiguo órden de cosas, y despues de vencerlo en Francia, convenia que lo venciese en Europa. Sin embargo, tan violenta lucha no admitia las formas ni el espíritu de libertad. Es cierto que en tiempo de la constituyente hubo un momento de libertad de muy corta duracion; pero cuando el partido popular invadió las Tullerías el dia 10 de agosto; cuando en 2 de setiembre, inmoló á cuantos le inspiraban desconfianza; cuando en 21 de enero, obligó á toda la Francia á comprometerse con él manchando sus manos con la sangre real; cuando en agosto de 1793, mandó á los ciudadanos todos correr á las fronteras ó entregar su fortuna; cuando confió su poder á la junta de salvacion pública, existía, ¿podia existir la libertad? Despues de nuestras victorias hubo un momento de reposo; mas la lucha con la Europa solo podia estar suspendida, y en efecto, no tardó en empezar de nuevo. A la primera derrota los partidos se sublevaron en masa contra un gobierno harto moderado, invocaron un brazo poderoso, y Bonaparte, que regresaba de Oriente, fué saludado como soberano y llamado al poder. No era libertad la obra que Bonaparte debia continuar, pues la libertad no podia existir; el nuevo poder debia, bajo las formas monárquicas, continuar la revolucion en el mundo, sentándose en un trono, el plebeyo, mezclando todos los pueblos, propagando las leyes francesas en Alemania, Italia y España, confundiendo y conmoviendo todo lo existente. Esta era la grande obra que iba á realizar, y durante este tiempo la nueva sociedad debia consolidarse

bajo la proteccion de su espada, y la libertad aparecer un dia: (1)»

SECCION III.

Consulado.—11 de noviembre de 1799.—18 de mayo de 1804.

CAPÍTULO I.

Campanas de 1800 y 1801.—Tratados de Luneville y de Amiens.—

Desde el 11 de noviembre de 1799 hasta el 25 de marzo de 1802.

§. I.—*Consulado provisional.*—*Constitucion del año VIII.*—El atentado del 18 de brumario, no excitó la menor oposicion: á fuerza de proclamas y de decretos, los vencedores desfiguraron los acontecimientos, acreditaron la fábula de los puñales dirigidos contra Bonaparte, excitaron el horror general contra los Quinientos, y les obligaron á mantenerse ocultos y silenciosos. Paris solo mostró regocijo: la costumbre de presenciar golpes de Estado, ya del pueblo, ya del gobierno, se habia arraigado de tal modo en diez años, que nadie pensó con temor en sufrir un 31 de mayo ó un 18 de fructidor de parte del ejército, el único que en medio de la apatía y corrupcion universales, habia conservado su entusiasmo y su amor á la revolucion. Por otra parte, todo el mundo se hallaba disgustado de las asambleas nacionales, causa, segun se decia, de todas las desgracias de la patria; y el nombre de Bonaparte legitimaba la usurpacion del poder militar.

Bonaparte, con su profunda inteligencia de la situacion, proclamó ser el 18 de brumario la reparacion de los males y de las injusticias de la revolucion: olvido de la pasado, fusion de los partidos, reconciliacion universal, tal fué el fin hácia el cual marchó con una actividad que admiró á la opinion pública: «No haya, decia, ni jacobinos, ni moderados, ni realistas, seamos todos franceses.» En efecto, abriéronse las puertas de la patria para cua-

(1) Thiers, t. X. p. 482.

renta y tres proscritos de fructidor; los sacerdotes presos por haberse negado á prestar juramento, fueron puestos en libertad; la ley de rehenes y la que excluía á los nobles y á los parientes de los emigrados de los cargos públicos, quedaron anuladas; abolióse el juramento de odio á la monarquía; suprimiéronse las fiestas revolucionarias, excepto las de 14 de julio y de 1.º de vendimiario, y devolviéronse al culto los edificios que le estaban destinados (1).» Cuando se vió un gobierno cuya marcha rápida, firme y segura, anunciaba un cambio de sistema y un plan irrevocablemente decidido; que llamaba junto á sí á las luces, á la experiencia, al mérito, á la probidad; que no adoptaba, perseguía ni reconocía á partido alguno; que respetaba las instituciones liberales, y quería poner término á las medidas revolucionarias, la opinion general se mostró unánimemente favorable al nuevo orden de cosas (2).»

La utopia constitucional de Sieyes, sometida á discusion ante las comisiones legislativas y los cónsules, no fué del todo adoptada, y Bonaparte le arrebató en beneficio del poder, las débiles garantías de libertad que contenía. Según esa constitucion el gobierno se confiaba á tres cónsules elegidos por tres años, y gozando de poderes muy desiguales: el primero promulgaba las leyes, nombraba los ministros, los embajadores, los empleados, los jueces etc., y los dos restantes solo tenían voto consultivo. Los proyectos de ley eran preparados por un *Consejo de Estado* cuyos miembros nombraba el primer cónsul, y presentados á un *tribunado* compuesto de cien personas. El tribunado despues de discutidos, comisionaba á tres oradores para discutir, junto con tres compañeros de Estado nombrados por el gobierno, la adopcion ó desaprobacion del proyecto ante el *cuerpo legislativo*. Este, compuesto de trescientos miembros, hacia las leyes procediendo por votacion secreta y sin ninguna discusion; y finalmente, superior al tribunado y al cuerpo legislativo, se encontraba un *senado conservador*, compuesto de ochenta miembros inamovibles y

(1) El gobierno solo hizo una tentativa de reaccion: un simple decreto de los cónsules condenó á la deportacion á cincuenta y nueve demócratas; pero la opinion pública, cansada ya de proscripciones, se opuso con tanta fuerza á aquella iniquidad, que los cónsules se apresuraron á derogar sus órdenes.

(2) Thibaudeau, Hist. del Cons. y del Imp. t. I. p. 79.

vitalicios, encargado de anular ó de mantener los actos que le eran denunciados como inconstitucionales por el tribunado ó el gobierno. Este cuerpo supremo elegia á los cónsules, á los tribunos y á los legisladores en una *lista nacional*, que comprendia cinco mil nombres, y formada por los votos de cincuenta mil individuos, designados á su vez por otros cinco mil, nombrados estos por todos los ciudadanos. Los senadores eran elejidos por el mismo senado en vista de terna presentada por el cuerpo legislativo, el tribunado y el primer cónsul.

Los autores del 18 de brumario se distribuyeron entre sí los cargos del Estado como el botin de su victoria. Un artículo de la constitucion designó por primer cónsul á Bonaparte; por segundo á Cambacérès, y por tercero á Lebrun. Cambacérès, convencional de la Llanura, habia votado la muerte de Luis XVI; Lebrun, ex-constituyente, habia sido el colaborador del canciller Maupeou; el primero era un sábio legista, el segundo un buen administrador, y ambos adictos á todos los poderes sin ninguna importancia política. Sieyes y Roger Ducos fueron relegados al senado con mision de nombrar los treinta primeros miembros del mismo, los cuales nombraron á otros treinta: los veinte últimos fueron elegidos por la via constitucional. Los nombramientos recayeron en todas las eminencias de la Francia, en política, ciencias, guerra y artes, y fueron senadores Berthollet, Cabanis, Destutt-Tracy, Francisco de Neufchateau, Garat, Kellermann, Lacépède, Laplace, Monge, Serrurier, Vien, Volney, etc. El primer cónsul residió en las Tullerías; el senado en el Luxemburgo; el cuerpo legislativo en el palacio de Borbon, y el tribunado en el palacio Real.

Semejante constitucion, era una vana sombra de gobierno representativo, y en ella solo de nombre existia la república, la soberanía del pueblo era irrisoria, y habian desaparecido todos los principios democráticos sentados por la asamblea constituyente. En 1789, tendíase exclusivamente á anular el poder en beneficio de la representacion nacional, á dar al pueblo la parte mas lata en los negocios, porque se creía ser la libertad lo único que habia de fundarse; en el año VIII por el contrario, solo se trataba de robustecer el poder á expensas de la representacion nacional, de alejar al pueblo del gobierno, en cuanto se compren-

dia que ante todo debía fundarse la sociedad. La nueva constitucion no fué, pues, otra cosa que la dictadura organizada bajo formas constitucionales para salvar á la revolucion; por esto nada decia de la libertad de imprenta, y una de las primeras medidas de los cónsules fué suprimir todos los periódicos, excepto trece, que fueron exclusivamente los órganos del gobierno.

§. II.—*Organizacion de los departamentos, de la justicia y de la hacienda.—Estado de los partidos.—Pacificacion del Oeste.*—Bonaparte compuso su ministerio de este modo: Luciano en el interior, Gaudin en la hacienda, Abrial en la justicia, Forfait en la marina, Berthier en la guerra, Talleyrand en los negocios extranjeros, y Fouché en la policia. Fouché y Talleyrand, los dos apóstatas sacerdotes que tanta influencia han ejercido en los destinos de Bonaparte, el uno ex-gran señor, y el otro ex-terrorista, eran los únicos hombres políticos del gabinete, en el que veíase tambien, con el título de secretario de Estado, á Maret, diplomático y administrador distinguido, que ejercia cerca del primer cónsul una especie de ministerio íntimo.

Restablecer la administracion, la hacienda y los ejércitos, refundir las facciones en la nacion, propagar la revolucion por Europa, organizar la nueva sociedad engendrada por el gran movimiento del año 89, tal era la obra que debía realizar el gobierno consular, y á la que no se mostró inferior el genio de Bonaparte. La anarquía administrativa de Francia reconocia por primera causa la falta de accion del gobierno central sobre las autoridades secundarias: con la organizacion departamental creada por la asamblea constituyente y conservada en casi toda su integridad por la constitucion del año III, la unidad administrativa que tanta fuerza diera á la Francia desde el tiempo de Richelieu, habia sido sustituida por un mezquino espíritu de libertad local, de la que eran los girondinos la genuina expresion. El Directorio habia ya intentado unir mas estrechamente á las provincias con el gobierno, enviando cerca de las asambleas departamentales comisarios del poder ejecutivo. El gobierno consular hizo mas: renovó la institucion de los intendentes, confiando la administracion de los departamentos á *prefectos*, y la de los distritos á *sub-prefectos*, hombres del gobierno y no de la localidad, á los cuales compitió el nombramiento de los *maires* encar-

gados de la administración de las municipalidades (2 de marzo de 1800); de modo que no quedó más á los consejos de departamento, de distrito y de municipalidad, nombrados tambien por el poder central, que la repartición de las contribuciones. Finalmente, el conocimiento de lo contencioso administrativo, se confirió á un consejo de prefectura, cuyas decisiones eran apelables ante el consejo de Estado, y esta organizacion creó el gobierno mas compacto, el dotado de la circulacion mas rápida y de los mas poderosos esfuerzos que haya existido jamás. Comunicóse en el mismo momento igual impulso á mas de treinta millones de hombres, y por medio de aquellos centros de actividad local, el movimiento era tan rápido en los extremos como en el corazon (1).»

La organizacion de los tribunales y de la hacienda se modeló sobre la departamental: hubo un tribunal civil en cada distrito, un tribunal criminal por cada departamento, y veinte y nueve tribunales de apelacion. Los jueces en vez de ser nombrados temporalmente por el pueblo, fueron inamovibles, vitalicios, y nombrados por el primer cónsul, excepto los del tribunal de casacion que lo eran por el senado. Restablecióse la antigua institucion de los *procuradores*, y con ella la multitud de curiales que, á consecuencia de la extremada division de las propiedades, se ha convertido en una de las mayores calamidades de la época moderna.

La hacienda se encontraba en tan mal estado, que el gobierno solo habia vivido durante los primeros dias con 12 millones prestados por algunos banqueros. El empréstito forzoso de 100 millones habia producido muy poco, y habia sido reemplazado por una subvencion de guerra de 25 céntimos por franco, añadidos á la contribucion territorial. Una ley prorrogó para el año IX las contribuciones del año VIII, que ascendian á 572 millones; ordenó que su pago se verificaria por duodécimas partes y por meses; aseguró su cobranza creando un recaudador general por departamento, y recaudadores particulares por distrito, los cuales, mediante un crecido tanto por ciento en todas sus transacciones, formaban al tesoro obligaciones pagaderas por meses y

(1) Las-Casas, t. VIII, p. 130.

en día fijo por el importe total de las sumas que debian percibir, y daban cauciones que eran depositadas en una caja especial para ser aplicadas al reembolso de las obligaciones protestadas. Esa ley fué el origen del órden y de la prosperidad que reinaron desde entonces en la hacienda: las contribuciones ingresaron en el tesoro antes de empezar el curso del presupuesto, el gobierno pudo cubrir sus atenciones en toda la Francia, y en fin, un vasto sistema de inspectores y fiscales, y mas que todo aun la severa mirada del primer cónsul, pusieron fin á todas las dilapidaciones. El crédito abandonó su estado de postracion, y el tercio consolidado que en 18 de brumario se cotizaba á 11 francos, subió á 35 en 1.º de ventoso.

Con aquella organizacion departamental, judicial y rentística, los magistrados asalariados reemplazaron á los magistrados independientes; los hombres del poder á los hombres del pueblo; innumerables existencias quedaron unidas al gobierno, el cual atrajo á sí las capacidades todas, fuesen del partido que fueran, tuvo para todas las opiniones corrupciones infinitas, é hizo inviolables á los funcionarios, diferiendo al consejo de Estado el conocimiento de las cuestiones que sobreviniesen entre los tribunales y la administracion. El poder se encontró en todas partes; la vida pasó desde la nacion al gobierno; la Francia entera quedó centralizada en manos del primer cónsul, y una sola señal telegráfica puso en movimiento á cincuenta mil municipalidades y á trescientos mil funcionarios. Jamás gobierno guano, desde la caida del imperio romano, habia poseido semejante poder administrativo.

El vasto sistema de centralizacion que destruia la obra de la asamblea constituyente y que debia engendrar el despotismo, fué tomado de las instituciones de la junta de salvacion pública y de las de la antigua monarquía: para plantearlo, Bonaparte recurrió á los jacobinos lo mismo que á los realistas, partidos divididos ya por los sucesos del 18 de brumario. Los antiguos partidarios de la gran junta que hallaban en Bonaparte la fuerza y unidad de que tanto gustaban; que veían en él al hombre de la revolucion, el vencedor de los reyes, y segun expresion de la señora de Staël, á un Robespierre á caballo, aceptaron unos las funciones de prefecto, otros se sentaron en el consejo de Estado, y

hasta Barrère fué secretamente empleado. Despues de esos revolucionarios que representaban la opinion del pueblo, venian los oscuros restos de los partidos de Hebert y de Babeuf, los *rabiosos* que marchaban sin direccion y sin apoyo, que solo soñaban trastornos y cataclismos, y que se veían reducidos á tramar viles asesinatos. Lo mismo sucedia en el partido realista: los hombres tales como Portalis, Simeon y Barbé Marbois, que aceptaban la monarquía sin los Borbones, se habian unido al poder, y le impulsaban á dictar reparadoras medidas: la lista de los emigrados habia sido ya cerrada, y solo se exigia á los clérigos refractarios un simple juramento de fidelidad á la constitucion; los emigrados eran borrados por centenares, y no se molestaba en lo mas mínimo á los que no se encontraban en regla. Sin embargo, los agentes de los Borbones y del extranjero no se hallaban satisfechos aun; considerando el 18 de brumario como una victoria, y Bonaparte como un nuevo Monck, llegaron hasta proponerle el restablecimiento de Luis XVIII (1). Su negativa les llenó de furor; y como las turbulencias del Oeste acababan de ser apaciguadas por el general Hedouville, impidieron la pacificacion, sirviéronse de buques ingleses para desembarcar armas en las costas, y prepararon una sublevacion universal en el Poitou, el Anjou, el Maine, la Bretaña y la Normandía, siendo los principales gefes Jorge Cadoudal, Frotté y Bourmont. Bonaparte suspendió el imperio de la constitucion en los departamentos sublevados, envió contra ellos á Brune con veinte mil hombres, y prometió una amnistía absoluta á los rebeldes que depusiesen las armas. Las bandas realistas fueron derrotadas en todas partes; Jorge, envuelto en Gran-Champ, capituló y se retiró á Inglaterra; Bourmont y otros muchos se sometieron é ingresaron en las filas del ejército republicano; Frotté fué fusilado (enero y febrero de 1800) y gracias á una severa policia y á una administracion justa, restablecióse el órden en todo el país, quedando únicamente al-

(1) Luis XVIII escribió por sí mismo dos veces á Bonaparte diciéndole: «Nosotros podemos asegurar la felicidad de la Francia, y digo nosotros, porque para ello tengo necesidad de Bonaparte, y él no puede pasarse sin mí.» El primer cónsul le contestó: «No debeis desear vuestro regreso á Francia, pues deberíais marchar sobre cien mil cadáveres. Sacrificad vuestros intereses al reposo y á la felicidad de la Francia, y la historia os lo agradecerá.»

ganos bandidos, aislados, contra los cuales el cónsul obtuvo mas tarde del cuerpo legislativo la creacion de tribunales extraordinarios.

§. III.—*Principio de la campaña de 1800.—Los austriacos en el Var y delante de Génova.—Batallas de Engen y de Moeskirch.*—La primera promesa que Bonaparte habia hecho á la nacion, el primer bien que debia procurar á la misma, era la paz: Campo-Formio habia contribuido mas que Rívoli á su elevacion. El primer dia de su instalacion (28 de diciembre de 1799), escribió directamente al rey de Inglaterra, invitándole á «poner fin á una guerra á la que iba unida la muerte de todas las naciones civilizadas;» pues aunque sabia que la constitucion inglesa prohibe al monarca toda correspondencia con los extranjeros á no ser por medio de sus ministros, deseaba manifestar á la Europa sus intenciones pacíficas por medio de un acto extraordinario. El gabinete británico, que creyó que la Francia, sin fuerzas por diez años de guerra, se hallaba dispuesta á aceptar la paz por desventajosa que fuese, contestó con una negativa, y colocó á Bonaparte en una magnífica posicion, declarando «el restablecimiento de la antigua dinastía como el único hecho que pudiese asegurar á la Francia la indisputable posesion de su antiguo territorio.» La oligarquía inglesa se encontraba aun embriagada con los triunfos de su marina y de los ejércitos austriacos; veía á Malta y al Egipto bloqueados, á la Italia conquistada, y á la Francia estenuada. El Austria fué, empero, la única gran potencia que permaneció en la coalicion; Pablo I, que comprendió no haber hecho la guerra sino para dar la Italia al emperador y los buques holandeses á la Inglaterra, retiró sus tropas, licenció el cuerpo de Condé, y entró en relaciones pacíficas con la Francia; la Prusia persistió en su neutralidad, y en el imperio solo los príncipes de Baviera, de Wurtemberg y de Maguncia pusieron sobre las armas veinte y cuatro mil hombres pagados con el oro inglés.

Bonaparte hizo públicas sugerencias para obtener la paz, é hizo de este modo nacional la guerra. Una ley puso á su disposicion doscientos mil reclutas; treinta mil veteranos fueron llamados á las filas; formáronse muchos cuerpos de voluntarios; la caballería, la artillería y el cuerpo de ingenieros fueron reor-

ganizados; creóse el cuerpo de los inspectores para la administración y pago de las tropas, y el del tren de artillería para el transporte del material, y finalmente reuniéronse con la rapidez y sin las violencias del año 1793, doscientos cincuenta mil hombres armados, equipados y provistos de todo, mientras que cien mil reclutas se ejercitaban en el interior.

Las hostilidades que habian cesado en diciembre, no empezaron de nuevo hasta la primavera. El Austria tenia dos grandes ejércitos, de ciento veinte mil hombres cada uno; el primero, situado en Italia, encargado de la ofensiva, y mandado por Melas, debia, dejando cuarenta mil hombres á las órdenes de Had-dick y de Wukassowitch para defender la Lombardia y el Piemonte, apoderándose de Génova, forzar el paso del Var, y penetrar en Provenza, donde habian de reunirse veinte mil ingleses que se encontraban en Menorca. El segundo, en el Rhin, se hallaba encargado bajo el mando de Kray, de defender el rio desde Maguncia á sus fuentes, dejando treinta mil hombres á las órdenes del príncipe de Reuss para custodiar el Vorarlberg y los Grisones, y mantener las comunicaciones con el ejército de Italia. El plan de Bonaparte fué del todo distinto: dejó al ejército de Italia, refugiado en los Apeninos y reducido á treinta mil hombres, que defendiese el Genovesado y arrastrase á Melas en su persecucion; aumentó el ejército del Rhin hasta cien mil hombres, y le ordenó que pasara el rio, que se colocara sobre el flanco izquierdo del enemigo, rodeando la Selva Negra, y que le empujara hácia Baviera, cortándole sus comunicaciones con la Italia. De este modo se encontraria libre y desprovista de toda defensa la masa de los Alpes entre el Danubio y el Po, y él, al frente de un ejército de reserva, cuya formacion ocultaba con el mayor sigilo, debia precipitarse de repente por el centro de los Alpes hasta el corazon de la Italia.

Championnet habia sucumbido víctima de la epidemia que diezaba á sus soldados; Massena le sucedió, y merced á su energía, restableció la disciplina en aquel ejército desorganizado y muerto de hambre. El nuevo general dividió sus fuerzas en dos cuerpos; el de la derecha, compuesto de diez y ocho mil hombres y mandado por Soult, defendió Cadibone, la Bocchetta y Génova; el de la izquierda, compuesto de doce mil hombres y

mandado por Suchet, custodió el litoral y los pasos desde Finale hasta Tende; y seis mil hombres, se hallaban además dispersados desde Tende hasta Ginebra. Mientras aquellos treinta y seis mil hombres se esforzaban en cubrir cincuenta leguas de montañas, los austriacos tomaron la ofensiva; treinta y cinco mil, mandados por Ott, desembarcaron en Besagno por el camino del litoral de Rapollo, y atacaron las cercanías de Génova; Massena rechazó el ataque; pero durante ese tiempo, Melas con cuarenta y cinco mil hombres, atravesó los Apeninos por Montenotte y Cadibone, apoderóse de Savona y dividió así en dos partes al ejército francés, obligando á Soult á reunirse con Massena en Génova, y haciendo que Suchet se replegara hácia Borghetto (6 de abril de 1800). Massena y Suchet hicieron prodigiosos esfuerzos para restablecer sus comunicaciones, pero el valor de sus soldados, se estrelló ante las fuerzas y la posición de los austriacos, y despues de diez dias de combates, Massena se decidió á regresar á Génova. Suchet intentó sostenerse en el Taggia, pero ocupado en su flanco el desfiladero de Tende, apresuróse á refugiarse en la parte opuesta del Var, donde recibió el refuerzo de seis mil guardias nacionales de la Provenza (6 de mayo). Melas dejó al ejército de Ott para sitiar á Génova, bloqueada al mismo tiempo por una escuadra inglesa, y se dirigió al Var, lleno de gozo al pisar por fin el territorio de la república (11 de mayo).

Poco cuidado infundieron á Bonaparte semejantes reveses; sabia que Massena se defenderia hasta el último extremo, que las invasiones en Provenza jamás han dado resultado alguno, y continuó formando su ejército de reserva con veinte mil veteranos y treinta mil reclutas. Sin embargo, solo reunió en Dijon, plaza designada para cuartel general, el estado mayor y algunos inválidos; todos los batallones se hallaban dispersos, y por decirlo así, ocultos en el Jura y la Saboya, de modo que los extranjeros ignoraban el destino de ese ejército, y hasta ponian en duda su existencia.

En tanto, el ejército del Rhin, mandado por Moreau, el mejor que hubiese tenido jamás la Francia, tomó la ofensiva escalonando su ala derecha desde Basilea á Schaffouse; el ala izquierda pasó el rio en Kehl, y atrajo al Kintzig todas las fuerzas de Kray; el centro (Moreau) lo pasó en Basilea y marchó hácia En-

gen, y finalmente el ala derecha (Lecourbe) lo pasó en Schaffouse y se dirigió á Stokach. Kray marchó á toda prisa hácia Engen, pero fué derrotado al mismo tiempo que su ala izquierda lo era tambien por Lecourbe en Stokach (8 de mayo). El general austriaco reunió entonces su centro y su ala izquierda en Moeskirch y tomó posicion en aquel punto; pero de nuevo fué vencido y arrojado á la orilla izquierda del Danubio, siendo causa ambas victorias de que los franceses se estableciesen sólidamente en el país situado entre las fuentes del Danubio y las ciudades de la Selva Negra. Sin embargo, Kray, que queria restablecer á toda costa sus comunicaciones con el cuerpo de los Grisones, pasó de nuevo el rio, y pretendió detener á Moreau en Biberach, pero fué rechazado (10 de mayo); entonces, en vez de refugiarse en Ulm, emprendió una atrevida marcha hácia Memmingen, donde llegaba el ala derecha francesa (11 de mayo); pero fué derrotado otra vez, separado definitivamente del príncipe de Reuss, que se refugió en el alto Inn abandonando el Vorarlberg y los Grisones, y arrojado al campamento atrincherado de Ulm. La masa de los Alpes quedaba libre, Bonaparte podia realizar su gran combinacion, y por su órden se destacaron del ejército del Rhin diez y ocho mil hombres, mandados por Monceyó, á fin de servir de ala izquierda al ejército de reserva y penetrar con él en Italia.

§. IV.—*Paso del Gran San Bernardo.—Batallas de Tende, de Montebello y de Marengo.—Armisticio de Alejandria.—Operaciones de Moreau en el Danubio.*—Bonaparte llegó á Ginebra (10 de mayo) donde se habian reunido á toda prisa treinta y cinco mil hombres procedentes de diversos puntos: luego que supo la marcha de Moncey, dirigióles hácia el Gran San Bernardo, pues por aquel punto pensaba penetrar en Italia, y caer como el rayo entre los cien mil austriacos dispersados desde Mantua á Niza. Jamás un ejército moderno con su artillería y sus bagajes habia intentado atravesar aquel muro de diez leguas de hielo. Los cañones y los carros fueron desmontados; los soldados los arrastraron, y á través de las rocas y las nieves los subieron hasta la cima del monte; jóvenes y ardientes como su jefe, llenos de confianza en su genio y en la grandeza de su empresa, atravesaron en cuatro días el fragoso paso, y los treinta y cinco mil llegaron á Aosta (16—20 de mayo). Al mismo tiempo el ala izquierda mandada por

Moncey pasaba el San Gotardo, venciendo iguales dificultades y manifestando el mismo ardor, y llegaba á Bellinzona; el ala derecha, compuesta de seis mil hombres á las órdenes de Thureau, pasaba el monte Cenis y llegaba á Suza; dos reducidas divisiones de tres ó cuatro mil hombres cada una, atravesaban además á derecha é izquierda el Simplon y el pequeño San Bernardo, de modo que desde el San Gotardo hasta el monte Cenis, debian penetrar en Italia sesenta mil hombres, entre Milan y Turin.

La vanguardia, formada de ocho mil soldados escogidos y mandados por Lannes, entró en Aosta, dispersó á un destacamento austriaco en Chatillon, y encontróse detenido en Bard por un fuerte situado en una roca inexpugnable, que obstruía por completo el camino y el valle del Doria, que solo tiene unas cien toesas de anchura. El ejército entero se estrelló contra aquel invencible obstáculo; en vano se apoderaron los franceses de la poblacion é intentaron un asalto; los cañones del fuerte barrían toda la extension del camino. En semejante apuro la infantería y la caballería subieron las montañas de Albaredo por senderos abiertos en la roca (22 de mayo); cubrióse de humo el camino, envolviéronse con paja las ruedas de los cañones, y durante la noche, pasó la artillería bajo el fuego de la fortaleza. Lannes llegó á Ivrée que tomó por asalto y encontró en el Chiusella á Haddick con diez mil austriacos que se dirigian á defender á Turin; y despues de derrotarle, tomó el camino de Chivasso, (26 de mayo). Bonaparte habia llegado á Ivrée, Thureau á Suza, y Moncey á Bellinzona.

Melas se encontraba en el Var haciendo vanos esfuerzos para pasar el rio, y si bien no se alarmó de la reunion de los franceses en Ginebra, creyéndolo una estratagema para devolver á Suchet la libertad de comunicaciones, marchó con veinte mil hombres al desfiladero de Tende, dejando en el Var á Elsnitz con diez y ocho mil luego que supo la derrota experimentada por Haddick (25 de mayo); veia la plaza de Turin amenazada por Lannes y Thureau, y creia que llegaba por el monte Cenis el ejército principal. Sin embargo, el ataque de ambos generales no era mas que un ardid: Lannes, desde Chivasso, ocultaba la marcha del ejército entero desde Ivrée hasta Verceil, y cuando este hubo pasado el Sesia y tomado á Novara, empujando delante de sí á las diseminadas tro-

pas de Wukassowich, salió de Chivasso, y marchó por Trino y Crescentino contra Pavía de cuya plaza se apoderó. Melas se disponía á salir en su persecucion, cuando supo los reveses del ejército del Danubio, el paso del San Gotardo por Moncey, y la llegada de los franceses al Tessino; asustado é indeciso, se detuvo, y durante este tiempo el ejército de reserva pasó el Tessino en Turbigio y Buffalora, y Bonaparte entró en Milan (2 de junio). Fué aquello una escena teatral, mágica: apenas se sabia de un modo positivo el paso del San Bernardo, y así fué que los patriotas festejaron la milagrosa aparicion de su libertador con un entusiasmo que rayaba en delirio. Las tropas del primer cónsul se reunieron con el ejército de Moncey; los batallones de Wukassowich debieron retirarse al Mincio; Cremona y Lodi fueron tomadas, y se tomaron las convenientes disposiciones para cerrar á Melas el paso que le ofrecia la orilla derecha del Pó.

Al ver á Bonaparte en Milan, el general austriaco quedó herido de estupor; ordenó á Ott y á Elsnitz que abandonasen el primero el sitio de Génova y el segundo el ataque del Var, para reunírsele en Alejandría: de este modo añadía cuarenta y cinco mil hombres á sus veinte mil, y con ellos pensaba restablecer sus comunicaciones con Mantua y los restos de Wukassowich. Elsnitz se puso en retirada, pero Suchet le siguió, atacó á su ala derecha por el desfiladero de Tende, cortó su centro, y le puso en completa derrota; los austriacos, perseguidos hasta Ceva, perdieron mas de diez mil hombres, y Elsnitz llegó á Alejandría con un ejército desorganizado. Suchet se dirigió entonces á Savona para libertar á Génova, pero era ya tarde, y encontró en su camino las tropas que acababan de evacuar la plaza (6 de junio).

Massena habia sostenido en Génova uno de los sitios mas memorables que mencionan los anales de la guerra, y su resistencia habia sido otra victoria de Zurich, puesto que habia salvado á la Francia de una invasion. Despues de setenta dias de bloqueo, cuando la mitad de su guarnicion se encontraba en los hospitales, cuando el resto podia apenas empuñar las armas, cuando solo habia cinco libras de pan en aquella ciudad de cien mil habitantes, de los cuales quince mil habian muerto de miseria, consintió en entregar la plaza, con la condicion de retirarse con sus tropas, artillería y bagajes (5 de junio). Ott, que aca-

baba de recibir órdenes de Melas, se apresuró á firmar el tratado; y dejando diez mil hombres en Génova, se dirigió con veinte mil hácia Tortona y el camino de Plasencia, pasando por Bocchetta, á finde impedir á los franceses el paso del Pó. Sin embargo, Lannes habia pasado ya el rio y ocupaba la posicion de Stradella que intercepta la comunicacion con Mantua. Ott quiso desembarazar el camino; pero atacado por Lannes y Victor entre Casteggio y Montebello, sufrió una completa derrota, perdió siete mil hombres y fué rechazado hasta el Bormida (10 de junio). Melas se encontró entonces en la mas apurada situacion: con los restos de Elnitz y de Ott solo habia reunido en Alejandría treinta y dos mil hombres, y su comunicacion con el Mincio se hallaba del todo interceptada, encontrábase empujado hácia Francia, con la espalda vuelta á los Alpes; si marchaba hácia Génova y desde allí por los Apeninos hácia Parma y Módena, debia encontrar á Suchet; si pasaba el Pó y forzaba el paso del Tessino, Moncey le salia al encuentro, y creyó que lo mas acertado era presentar batalla delante de Alejandría, en la gran llanura de Marengo.

Despues de restablecer la república Cisalpina, Bonaparte habia dejado á Moncey para custodiar al Pó, Milan y los caminos de Suiza, y habíase reunido con Lannes en el campo de batalla de Montebello. Al saber allí la rendicion de Génova envió orden á Suchet para dirigirse contra el fianco de Melas por el puerto de Cadibone; marchó luego hácia Scrivia; y no sabiendo que partido tomarian los austriacos, envió á Desaix (1) hácia Novi, temiendo que se retirasen á Génova, y á Victor hácia Alejandría, y que intentasen pasar el Pó; Lannes permaneció á la retaguardia de Victor, y la reserva quedó en el Scrivia. Bonaparte no creia en la probabilidad de una batalla.

Victor, al marchar hácia Alejandría, desalojó á los austriacos de Marengo, y los arrojó á la otra parte del Bormida; pero al dia siguiente el ejército enemigo volvió á pasar el rio, y se formó en la llanura con designio de hacer espedito el camino de Tortona, atacando con todas sus fuerzas el ala derecha francesa (14 de junio). Bonaparte, atacado de improviso y pudiendo disponer tan solo de unos diez y ocho mil hombres, apresuró la marcha de su reserva, y llamó á Desaix, que se encontraba ya en Rivalta.

(1) Habia llegado dos días antes del ejército de Egipto.

Su plan consistia en hacer marchar delante á su ala derecha para dar tiempo á Desaix de que fuese á formar su ala izquierda; y en efecto, la division Victor, al frente del ala derecha, sostuvo durante cuatro horas el choque de todo el ejército enemigo, hasta que por fin, diezmada y vencida por el número, tuvo que retirarse por espacio de dos leguas. Lannes entró entonces en acción para apoyarla, atrajo sobre sí al centro de los imperiales, y empleó tres horas en retroceder una legua; Bonaparte sostuvo en persona su retirada; y el batallon de la guardia consular, «colocado en medio de la llanura como un reducto de granito,» no pudo ser desalojado de su posición. Los austriacos, empero, creían haber conseguido la victoria; y Melas, viendo á Victor aniquilado, á Lannes en retirada, y casi libre ya el camino de Tortona, entró en Alejandría, dejando al general Zach, su jefe de estado mayor, el cuidado de completar la victoria. Este que creía habérselas con fugitivos, púsose al frente de una columna de seis mil granaderos para apoderarse de San Giulano, última posición de los franceses. Aquel era el momento crítico: Bonaparte, que hasta entonces había combatido para no ser vencido, iba entonces á combatir para alcanzar la victoria. Desaix había llegado: Lannes se estableció á su derecha; Victor reunió á sus dispersos soldados, y cuando la columna de Zach llegó á San Giulano, fué recibida con un fuego terrible. El héroe de Sediman se lanza á la pelea, y cae muerto de un balazo; sus soldados, poseídos de furor, se precipitan contra el enemigo, y desbaratan el frente de la columna, al mismo tiempo que Kellerman (1) ataca su flanco con ochocientos caballos. En un instante los seis mil granaderos quedan arrollados, y se ven obligados á rendirse junto con su general: el toque de *á la carga* resonó entonces en toda la línea; Lannes y Victor marchan adelante; los ginetes de Kellermann matan ó destrozan cuanto se opone á su paso, y en una hora queda reconquistada la llanura que costara á los austriacos ocho horas de esfuerzos y de lucha. El enemigo, derrotado en todas partes, huye á la desbandada, y pasa el Bormida, abandonando tres mil prisioneros, siete mil muertos ó heridos, y cuarenta cañones: la pérdida de los franceses fué casi igual, y

(1) Hijo del vencedor de Valmy.

entre los muertos contábase á Desaix, gran capitán, de quien dijo Napoleón en medio de su dolor: «Habría sido mi segundo!» gran ciudadano que la Francia ha echado á menos en sus triunfos y sobre todo en sus reveses!

Melas se hallaba desesperado: no tenía mas que veinte mil hombres, ni otra retirada que Génova, y para llegar á ella debía arrojar á Suchet. En tan apurada situación, pidió entrar en negociaciones, y firmó el armisticio de Alejandría, en virtud del cual los austriacos se retiraron á la orilla opuesta del Mincio, abandonando á los franceses el territorio comprendido entre los Alpes y aquel rio, junto con Alejandría, Turin, Génova, Savona, Coni, Tortona y Pizzighittone (16 de junio). Es indudable que durante la revolucion hubo batallas mas gloriosas que la de Marengo, pero tambien lo es que ninguna habia producido tan grandes resultados: los austriacos perdian en un dia lo que habian adquirido en diez y ocho meses por medio de veinte victorias, y la Francia recobraba de un golpe la posicion en que se encontraba en 1797. «Espero que el pueblo francés estará satisfecho de su ejército,» escribió Bonaparte á los cónsules; y en efecto, el entusiasmo llegó á su colmo; la confianza de la nacion en el héroe á quien se habia entregado sin reserva alguna quedó plenamente justificada; Bonaparte pudo desde entonces hacerlo é intentarlo todo; Marengo habia legitimado el 18 de brumario, y era en una palabra, segun dijo Melas, *el hombre del destino*.

Durante aquella memorable campaña, Moreau habia empleado un mes, maniobrando delante de Ulm para obligar á Kray á abandonar su campamento atrincherado, hasta que al fin dirigióse hácia el Lech, apoderóse de Augsburgo y de todos los pasos de aquel rio, y cerró á su adversario la orilla derecha del Danubio; luego retrocedió hácia el rio, que defendió desde Ulm hasta Donauwerth, pasolo en varios puntos, venció el ala derecha austriaca en una serie de combates conocidos con el nombre de batalla de Hochstedt, y amenazó á Kray con cortarle toda comunicacion con Viena por la orilla izquierda como lo hiciera ya con la orilla derecha (19 de junio). El general austriaco salió entonces de Ulm, y se encaminó á marchas forzadas hácia Neresheim y Nordlingen: llegado al último punto, y viéndose muy debilmente perseguido, dirigióse de repente hácia el Danubio que atravesó en

Neuburgo y marchó para recobrar por retaguardia la línea del Lech. Sin embargo, Moreau habia hecho pasar á Lecourbe á la orilla derecha por Donauwerth y Rain, y Kray, derrotado, atravesó de nuevo el Danubio y volviólo á atravesar en Ingolstadt para apoderarse de la línea del Iser é incorporarse con el príncipe de Reuss; pero encontró á Moreau que ocupaba ya Munich. Entonces, y despues de ser su retaguardia derrotada en Landshut, se retiró al Inn con un ejército reducido á cuarenta mil hombres; Moreau no intentó desalojarle de su nueva posicion, y se detuvo en el Iser para concentrar sus fuerzas. En efecto, ocupaba su ejército tan extensa línea, que al tiempo que él se encontraba en Munich con su ala derecha y parte de su centro, formando un total de cincuenta mil hombres, su ala izquierda se hallaba en el Palatinado y en el Mein para impedir la sublevacion de aquellos países, y la restante parte de su centro bloqueaba á Philippsburgo, Ulm é Ingolstadt. Además conveniale librar definitivamente á su ala derecha de los ataques del príncipe de Reuss, y para ello, Lecourbe se apoderó de Fussen, penetró en el Vorarlberg, tomó Feldkirch, y dispersó á los austriacos en los Alpes réticos. Recibida entonces en Alemania la noticia del tratado de Alejandría, Kray solicitó una suspension de hostilidades, y Moreau firmó con él el armisticio de Parsdorf (15 de julio).

§. V.—*Batalla de Hohentinden.*—*Armisticio de Steyer.*—*Paso del Splugen por Macdonald.*—*Batalla de Pozzolo.*—*Armisticios de Trevisa y de Foligno.*—*Paz de Luneville.*—Desde el campo de batalla de Marengo, el primer cónsul habia ofrecido al Austria entrar en negociaciones sobre las bases de Campo Formio, y en efecto abriéronse conferencias y hasta llegaron á firmarse los preliminares de paz; pero la Inglaterra que, como veremos luego, se hallaba amenazada del mayor peligro que hubiese corrido jamás su poder marítimo, hizo los mayores esfuerzos para impedir la paz continental, y firmó con el Austria su tratado de subsidios, que permitió al emperador reorganizar completamente sus ejércitos. Esto fué causa de que despues de cinco meses empleados en negociaciones y armisticios, empezasen de nuevo las hostilidades (12 de noviembre).

El ejército imperial del Danubio habia sido aumentado hasta cien mil hombres, y su mando confiado al archiduque Juan; ha-

llábase apoyada su izquierda por treinta mil hombres que ocupaban el Tirol á las órdenes de Hiller; y en la derecha por veinte mil hombres, escalonados desde Ratisbona y Aschaffenburg, á las órdenes de Klenau y de Simbschen. A estas fuerzas hacían frente fuerzas casi iguales: Moreau, acantonado con cien mil hombres entre el Iser y el Inn, tenía cubierto sus flancos en la derecha por quince mil hombres que se reunían en los Grisones bajo el mando de Macdonald, y que debían, pasando Splügen, unir las operaciones del ejército de Italia con las del ejército del Danubio; y en la izquierda por veinte mil hombres, mandados por Augereau que debían hostilizar á las tropas de Klenau y defender la Bohemia. Las hostilidades empezaron en aquel punto: Augereau se apoderó de Aschaffenburg y de Wurtzburgo y de Schweinfurth, derrotó á los austriacos delante de Nuremberg, y dirigió su ala derecha hácia Ingolstadt. En tanto el archiduque Juan que había tomado la ofensiva, pasó el Inn en Muhlendorf, atacó el ala izquierda de Moreau, la desalojó de Ampfingen, y alentado por este primer triunfo, arrojóse con su centro en la selva de Hohenlinden, siguiendo el camino desde Muhlendorf á Munich que atraviesa un desfiladero casi impracticable: su infantería marchaba al frente, venía luego la artillería, y cerraba la marcha la caballería; el ala derecha y la izquierda seguían los senderos inmediatos (2 de diciembre). Moreau que tenía su ala derecha (Lecourbe) ocupada en el Inn superior observando á Heller, y su ala izquierda en el Danubio para hacer frente á Klenau, colocóse con la división Ney en la principal salida del bosque, ordenó á Grenier que atacara al enemigo por la izquierda, y á Richepanse, á quien debía secundar Decaen, que marchara con diez mil hombres por la derecha desde Ebersberg Mattenpot, siguiendo sendas extraviadas, á fin de atacar por retaguardia al centro enemigo. En efecto, mientras se trababa la batalla, en la salida del bosque, Richepanse, ejecutó su maniobra con una audacia indecible: en vano le privó de la mitad de sus fuerzas el encuentro de una columna enemiga que seguía el camino de Wasserburgo; llegó á Mattenpot con un regimiento de caballería y dos de infantería en el momento en que los últimos escuadrones de la gran columna iban á entrar en el desfiladero; y dejando á su caballería el cuidado de detenerles,

se precipita en el bosque con su infantería, desordena el gran tren de artillería enemiga, y esparce el terror por todo el centro. En aquel momento Ney habia arrollado la vanguardia de los imperiales; oye el tiroteo de Richepanse y redobra sus esfuerzos, y la enorme columna de cuarenta mil hombres, atacada por todas partes, rompe sus filas, y se precipita en el bosque. Las tropas de Richepanse y de Ney pasan sobre sus restos para reunirse; la derrota del centro se comunica á las alas, y los austriacos huyen por todos los senderos con el mayor desorden á refugiarse en la línea del Inn, dejando seis mil muertos, diez y seis mil prisioneros, cañones, etc.

Los vencedores marcharon hácia el Inn sin pérdida de momento; Lecourbe entró otra vez en línea, y mientras que la izquierda dirigia algunos ataques contra Braunau, aquel general sorprendió el paso del rio en Neupern, cerca de Rosenheim, se encaminó á Salzburgo para penetrar en el Tirol, y se apoderó del curso de Salza después de un violento combate. Entonces Moreau dejó el ala izquierda á sus espaldas para comunicar con Augereau; y sin cuidarse de los cuerpos del Tirol, ocupados por otra parte en hacer frente á Macdonald, precipitóse en persecucion del enemigo por el camino de Lnitz. Richepanse mandaba la vanguardia y se cubrió de gloria; Lecourbe flanqueaba la marcha en las montañas, y Grenier se apoyaba en el Danubio. Los combates que los diferentes cuerpos franceses debieron sostener han de contarse por las jornadas de su marcha; pasaron el Traun, el Ens y el Ips, y el ala derecha se dirigió por el Ens hácia Leoben. Los austriacos sacrificaban en vano retaguardias para detener á los franceses; su ejército no cesaba de marchar en desordenada retirada: en veinte dias perdieron cuarenta mil hombres, ciento cincuenta cañones, y seis mil carromatos. El terror llegó hasta Viena, y la corte de Austria confió el mando al archiduque Carlos para hacer un último esfuerzo; mas era ya tarde: cuando aquel príncipe vió el estado del ejército austriaco, suplicó al emperador que celebrara la paz á toda costa, y solicitó un armisticio (25 de diciembre). Moreau, que habia llegado á Steyer, consintió en otorgarlo con tal de que el Austria negociase con separacion de la Inglaterra, y de que las plazas del Tirol y de la Baviera fuesen entregadas á los franceses.

La campaña de Italia produjo triunfos menos notables; el ejército austriaco, compuesto de noventa mil hombres, á las órdenes de Bellegarde, habia fortificado el Mincio y debia ponerse en movimiento cuando su ala derecha (Laudon) hubiese bajado desde el Adiger superior á la Valtelina siguiendo el curso del Tonai; debiendo además ser apoyada en la izquierda por la insurreccion de la Toscana, país de que se habian apoderado los franceses durante el armisticio, que Miollis defendia con cinco ó seis mil cisalpinos, y hácia el cual marchaban quince mil napolitanos. El ejército francés, compuesto de sesenta mil hombres y mandado por Brune, esperaba para tomar la ofensiva la marcha de Macdonald que debia cubrir su izquierda; y en efecto, este general salió de Coira con doce mil hombres, ocupó las calles del Lanquart y del Albula, engañando á Hiller acerca de la fuerza de su ejército, y se dirigió al Spuglen, es decir, á la parte mas fragosa de los Alpes, logrando en medio del invierno abrirse un camino á través de aquellas murallas de nieve y de hielo, y efectuar casi sin pérdida alguna el paso mas trabajoso que hayan presenciado los Alpes (1-6 de diciembre). Macdonald llegó al lago de Como en el mismo momento en que la batalla de Hohenlinden era causa de la retirada de Hiller, penetró en la Valtelina, pasó el desfiladero de Apriga y atacó el Tonai; su intento era pasar por la derecha de Bellegarde y dirigirse por Brenta contra su retaguardia; pero como halló defendidos y fortificados los pasos del Tonai, se encaminó á Pisogno y á Storo, subió el Chiése, llegó al Sarca y se dirigió á Trento.

En tanto habia Brune tomado la ofensiva en el Mincio, y ordenó á su ala derecha (Dupont) que dirigiese un falso ataque contra Volta, con el objeto de forzar el paso en Mozambano; pero el ataque de Volta atrajo á todo el ejército austriaco, y Dupont, fortificado en Pezzolo, debió combatir apelando á todo su valor. Suchet, que se encontraba en el centro, acudió en su auxilio, y á pesar de la inferioridad de sus fuerzas, ambos generales quedaron dueños del paso y causaron á los austriacos una pérdida de seis mil hombres (25 de diciembre). Al día siguiente Brune pasó el Mincio en Mozambano, y obligó á Bellegarde á encerrarse en Verona; pasó luego el Adiger en Bussolengo, Verona se rindió, y el ala izquierda de los franceses subió por el Adiger. Des-

de entonces el general austriaco que habia sabido el desastre de Hohenlinden, solo pensó en retirarse lentamente á fin de dar tiempo á su ala derecha para que se abriera paso entre los enemigos; en efecto, Laudon se encontraba encerrado en Calliano entre el ala izquierda francesa, que llegaba á Roveredo, y Macdonald, que habia penetrado en Trento; pero á favor de un desleal ardid, pudo evadirse por el Brenta. Macdonald le siguió hasta Bassano y supo allí que Brune, despues de empujar á Bellegarde hasta Trevisa, acababa de firmar un armisticio, por el cual entregaron los austriacos Mantua, Peschiera, Legnago, Ancona, etc. (16 de enero de 1801).

En seguida enviáronse doce mil hombres á Toscana, donde los quince mil napolitanos habian sido vencidos por Miollis, cerca de Sienna, y reunidos con los diez mil hombres escogidos con los cuales acababa Murat de atravesar el Piamonte, formaron un total de treinta mil combatientes. El objeto de Bonaparte al reunir aquel ejército, no era resucitar las repúblicas de Roma y de Nápoles; el gobierno pontificio habia sido restablecido bajo el nuevo papa, Pio VII, y negociaba con él el restablecimiento del culto católico en Francia; y respecto al reino de Nápoles, limitábanse sus deseos á cerrar sus puertos á los ingleses. Despues de la batalla de Sienna el ejército napolitano se habia refugiado en el Estado pontificio, y llamados los franceses por Pio VII, Murat amenazó al reino de Nápoles con una invasion. Entonces imploró la reina la mediacion de Pablo I, y Bonaparte consintió en un armisticio, firmado en Foligno, por el cual cerrábanse á los ingleses los puertos napolitanos, y se entregaba Tarento á los franceses hasta la celebracion de la paz general.

Este fué el último acontecimiento de la guerra continental: las negociaciones entabladas en Luneville entre José Bonaparte y el conde de Cobentzel, produjeron la paz entre la Francia y el Austria sobre las bases del tratado de Campo-Formio, con la importante diferencia de que el emperador estipuló, no solo para sus Estados particulares, sino para todo el cuerpo germánico (9 de febrero de 1801). Esto era una infraccion de las leyes del imperio, pero Bonaparte lo exigió así para no tener que sufrir un nuevo congreso de Rastadt. La orilla izquierda del Rhin y las provincias belgas fueron de nuevo atribuidas á la Francia.

las repúblicas Cisalpina, de Liguria, Helvética y Bática reconocidas independientes; el papa fué restablecido en sus Estados tales como se fijaban en el tratado de Campo-Formio, y finalmente la Toscana arrebatada al gran duque y cedida á la Francia la cual debió convertirla en reino de Etruria en favor del hijo del duque de Parma. Convínose en que el gran duque y los príncipes despojados de la orilla izquierda del Rhin, serian indemnizados en Alemania con las soberanías eclesiásticas, y nada se dijo del rey del Piamonte, cuyo despojo se encontró así legitimado. El rey de Nápoles celebró particularmente la paz con la Francia por medio del tratado de Florencia, que confirmó simplemente las condiciones del armisticio de Foligno (28 de marzo), y Soult con diez mil hombres ocupó Tarento, Otranto y Brindisi.

§ VI.—*Discusion de la Inglaterra con los neutrales.—Cuádruple alianza de los Estados del Norte.—Batalla de Copenhague.—Muerte de Pablo I.*—La segunda coalicion quedaba disuelta; la Inglaterra era la única potencia que permanecia armada, y debia luchar, no solo contra la Francia, sino contra la mitad de Europa, por una cuestion de la que dependia toda su existencia. Desde que los progresos de la civilizacion suavizaron las leyes de la guerra, los estados cristianos han admitido como bases del derecho marítimo que las potencias neutrales pueden comerciar con las beligerantes, excepto en municiones de guerra; que los objetos pertenecientes á súbditos de potencias beligerantes son libres á bordo de buques neutrales; que los buques mercantes de las potencias neutrales pueden ser visitados por los buques de guerra de las potencias beligerantes, con tal de que no vayan escoltados por un buque de guerra de su nacion; y finalmente, que un puerto declarado en estado de bloqueo por una potencia beligerante, debe estar en realidad bloqueado para que los neutrales se abstengan de comunicar con él. La Inglaterra era la única potencia que se habia negado á admitir esos principios, sin los cuales no existe la libertad de los mares, y exceptuaba del comercio, no solo las municiones de guerra, sino la madera, el cáñamo, el hierro y los víveres; confiscaba los objetos todos pertenecientes á súbditos de la potencia enemiga; visitaba los buques mercantes, no solo cuando navegaban aislados, sino tambien cuando llevaban escolta; pre-

tendia que un puerto se hallaba bloqueado desde el momento en que se declaraba su bloqueo, aun cuando no tuviese ni una lancha delante del mismo; en una palabra, queria arrogarse el imperio de los mares: «Es necesario, decia lord Chatam, que no se dispare en el Océano un solo cañonazo sin nuestro beneplácito;» y su hijo añadía: «Si un solo dia fuésemos justos, no tendríamos ni un año de vida.» Desde que posee una marina, la Francia se ha declarado la protectora de la libertad de los mares; la libertad de los mares ha sido el fin oculto ó manifiesto de todas sus guerras con la Inglaterra, y el imperio de los mares el objeto constante de todas las coaliciones que la Inglaterra ha suscitado contra ella. Durante el siglo XVIII debatióse sin cesar tan importante causa, en la que se interesa la humanidad entera, y la guerra de 1788 que fué en realidad un llamamiento de la Francia dirigido á todos los pueblos contra la tiranía de la Gran Bretaña, engendró la neutralidad armada de 1780, donde por vez primera se sentaron de un modo categórico los principios conservadores de la libertad marítima. La Inglaterra quedó vencida, pero no por ello abandonó sus pretensiones, y al ver á la Francia en revolucion, precipitóse en la coalicion de los reyes para reproducirlas y hacerlas triunfar. En efecto, en medio de tan grave trastorno los neutrales se dejaron visitar, insultar, apresar, sin proferir una queja, pues ellos mismos se habian imprudentemente declarado contra su antigua aliada y protectora; y la Francia, en guerra con todas las naciones, y que debia hacer para salvarse esfuerzos sobrehumanos, olvidó por un momento sus principios marítimos; declaró á los neutrales «que les trataría del mismo modo que los ingleses les trataban;» visitó, insultó y apresó sus buques, y el mar quedó abandonado á la fuerza salvaje y brutal. Semejante estado de cosas se prolongó hasta el 18 de brumario, en que viendo Bonaparte casi desvanecidas las prevenciones que abrigara la Europa contra la Francia, levantó el embargo de los buques neutrales retenidos en nuestros puertos, y declaró que la república reconocía y profesaba los principios de 1780. Entonces salieron los neutrales de su letargo: los Estados-Unidos firmaron con la Francia un tratado que se considera como uno de los mas notables monumentos de la diplomacia de nuestro

siglo, y que fué recibido por todas las naciones como un código completo de derecho marítimo (1.º de octubre de 1800) (1); la Suecia y la Dinamarca proclamaron de nuevo el antiguo principio de que el *pabellon cubre la mercancía*; hallaron apoyo en Pablo I, el cual á su vez arrastró á la Prusia, y se pensó en renovar el tratado de 1780. En entonces una escuadrilla danesa, escoltada por una fragata, fué apresada por los ingleses, y la Dinamarca pidió reparacion; el gabinete británico se encolerizó «por semejante insolencia,» y declaró «que los neutrales debian someterse á la visita del último corsario inglés» «Renunciar al derecho de visita, decia Pitt, es renunciar al imperio, es permitir que la Francia resucite su marina y su comercio. Jamás la Inglaterra abandonará aquel derecho indisputable, cuyo ejercicio es preciso para la conservacion de los mas caros intereses de su imperio. Las leyes invocadas por los neutrales son atentatorias á las bases de nuestra grandeza y de nuestra seguridad marítima; son un principio *jacobino* de los derechos del hombre que nos conduciria á renunciar á todos los beneficios que hemos adquirido merced á la energía británica.» Y para aterrorizar á los neutrales, la Inglaterra mandó perseguir todos sus buques, de los cuales apresó mas de cuatrocientos, se apoderó de las colonias suecas y danesas, y ostentó fuerzas triples de las que habia tenido jamás en el mar: veinte y cinco navíos se dirigieron al Sund para amenazar á Copenhague; una escuadra bombardeó las ciudades de Cádiz y del Ferrel; otra bloqueó á Génova, otra devastó las costas de Holanda, otra trasportó un ejército á Egipto, y otra en fin obligó á Malta á capitular despues de dos años de sitio (5 de setiembre de 1800.) La Inglaterra que poseia ciento noventa y cinco navíos de línea, doscientas cincuenta fragatas, y trescientos buques menores, formaban en las costas un cordon casi continuo de cruceros, y sitiaba en sus puertos las reducidas escuadras de la Francia y de sus aliados.

Las cuatro potencias del Norte habian decretado el embargo de todos los buques y de las propiedades inglesas. Pablo I habia abrazado la causa de los neutrales con su acostumbrado ar-

(1) Los negociadores franceses fueron José Bonaparte, Røederer y Fleurien.

dor, y por sus consejos se firmó por los cuatro Estados un tratado semejante al de 1780 (16 de diciembre), con objeto de hacer respetar la libertad de los mares. Este acto equivalía á declarar la guerra á la Inglaterra, y los daneses se apresuraron á ocupar á Hamburgo, principal depósito del comercio inglés, y á cerrar el Elba; los prusianos invadieron el Hannover y cerraron el Weser y el Ems; el rey de Suecia reunió veinte mil hombres, y Pablo propuso á sus aliados una íntima alianza con la Francia. El czar que habia arrojado ya de Mittau al pretendiente, que habia enviado una solemne embajada á Bonaparte para entablar amistosas relaciones con aquel «grande hombre,» le escribia: «Deseo unirme con vos para poner fin á las injusticias de la Gran Bretaña, que viola los derechos todos de las naciones, y á la que solo guia su egoismo y su interés.» Pidióle treinta mil hombres que queria reunir con cuarenta mil rusos para marchar á la India por el Cáucaso y la Persia; los destinos de la Europa iban á sufrir una completa modificacion; una confederacion la mas justa y popular que hubiese existido jamás, iba á resolver el gran problema de la humanidad y de la civilizacion, la libertad de los mares, y Bonaparte se estremecia de gozo. Pitt calculó la inmensidad del peligro con la grandeza de su genio: el continente estaba desarmado ó le era enemigo, y era preciso ceder ante el ascendiente de la Francia, humillarse por un momento ante la revolucion, prepararse á celebrar la paz; la guerra no podia tener ya mas que un objeto: disolver la coalicion del Norte para aislar á la Francia, y obtener de la misma condiciones moderadas. Desde entonces la mision del ministro quedaba aplazada sino terminada, y Pitt y sus cólegas presentaron su dimision (16 de marzo); cambiaron los hombres, pero no los principios; los torys quedaron en el poder, solo que los nuevos ministros eran torys menos ardientes á quienes era permitido celebrar la paz sin mancilla, y se prepararon á ello con una vigorosa lucha contra la coalicion del Norte.

La cuádruple alianza preparaba sus armamentos, pero como aun no habia lanzado al mar escuadra alguna, el gabinete británico resolvió ganarle por la mano, y despues de fomentar el encono de la nobleza rusa contra el czar, que habia violado sus privilegios, y de corromper á la corte de Suecia, envió al Bálti-

co una escuadra de cincuenta y dos velas mandada por Parker y Nelson. La causa de los neutrales tenia en Dinamarca sus principales y mas numerosos partidarios, los cuales habian acojido el tratado de 16 de diciembre con unánimes aclamaciones: El mar libre ó la muerte! tal era el grito de los trabajadores y marineros voluntarios que acudian en tropel á los arsenales y á los buques. El foco de la cuádruple alianza estaba pues en Copenhague, y allí decidió la Inglaterra destruirla. La escuadra de Nelson pasó el Sund por la traicion de los suecos que no defendieron el estrecho, y se presentó delante de Copenhague protegida por diez navíos, once baterías flotantes y dos ciudadelas. La ciudad entera corrió á las armas con indecible entusiasmo, y trabóse un terrible combate (2 de abril); las fuerzas triples de los ingleses y la audacia de Nelson, que repitió su maniobra de Aboukir, no pudieron vencer la resistencia danesa. El almirante Parker, cuyo centro habia sufrido mucho, propuso un armisticio, y el príncipe regente accedió á él, pues acababa de recibir secretamente la noticia de un acontecimiento extraño que completaba la victoria de los ingleses: Pablo I habia sido asesinado por sus cortesanos (25 de marzo de 1801).

Este suceso cambió la faz de Europa; Alejandro, hijo de Pablo, y cómplice de la conjuracion tramada contra su padre, fué proclamado emperador por los asesinos, despues de confirmar los privilegios de su nobleza, de anunciar que gobernaria segun los principios de Catalina II, y de comunicar á la Inglaterra sus pacíficas miras, entabló con dicha potencia negociaciones que dieron por resultado una transaccion vergonzosa en virtud de la cual abandonó la Rusia los derechos de los neutrales (17 de junio). La Dinamarca, la Suecia y la Prusia reanudaron entonces sus relaciones con la Inglaterra, quedando sin solucion los puntos litigiosos; la Francia se encontró de nuevo sola para salir á la defensa de la libertad de los mares, y la cuestion del derecho marítimo quedó indefinidamente aplazada.

§. VII.—*Preparativos para un desembarco en Inglaterra.—Expedicion de Portugal.—Tratado de El-Arish.—Batalla de Heliópolis.—Muerte de Kleber.—Gobierno de Menou.—Batalla de Canope.—Evacuacion del Egipto.—Paz de Amiens.*—Bonaparte quedó anonadado al saber la muerte de Pablo; todos sus proyectos que-

daban frustrados. Acusó con energía á la Inglaterra de haber dirigido la mano de los asesinos, y nõ sabiendo en qué puntos exteriores herir á aquella potencia casi impalpable, resolvió ir á provocar en su propia isla, y luchar con ella cuerpo á cuerpo. Las costas de Francia se erizaron de baterías y reductos; construyéronse gran número de buques ligeros, y de chalupas cañoneras; agotáronse los arsenales; enseñáronse á las tropas los ejercicios marítimos, y desde el Havre hasta Amberes se reunió una inmensa escuadrilla cuyo centro era Boloña. La Gran Bretaña se conmovió: habia prodigado el oro en el continente para recoger solo derrotas; en medio de las riquezas que llenaban sus puertos y almacenes, veía morir de hambre á su poblacion obrera; despues de destruir á la Francia trescientos treinta y ocho buques de guerra, se indignaba de que los corsarios de la república causasen mas perjuicio á su comercio que proteccion recibia de sus numerosos cruceros; soberana del mar á fuerza de victorias, veíase, empero, reducida á defender sus costas, y supo finalmente que el vencedor de Aboukir, que al frente de setenta y cinco velas habia querido incendiar las «cáscaras de nuez» que se reunian en Boloña, habia sido dos veces rechazado con inmensas pérdidas. La paz era indispensable, y se abrieron negociaciones en Lóndres (14 de abril de 1801), durante las cuales combatió la Francia con los dos últimos aliados de Inglaterra, el reino de Portugal y la puerta Otomana.

Portugal quedó en breve sometido: en virtud de un tratado celebrado entre la república y la corte de Madrid, penetraron en territorio portugués cuarenta mil españoles (6 de junio), y obligaron á la corte de Lisboa, que habia convertido su reino en una factoría y en un arsenal británico, á cerrar sus puertos á los ingleses. Bonaparte no se satisfizo con este resultado, y no concedió la paz á Portugal, sino con la condicion de que las tropas francesas debian ocupar dos de sus provincias.

El Egipto era el único país donde ambos enemigos podian encontrarse. «Los ingleses, habia escrito Bonaparte á Kleber, se han estremecido al vernos ocupar el Egipto; si cuarenta ó cincuenta mil familias europeas introducen su industria, sus leyes y su administracion en ese país, la India quedará dentro de poco perdida para ellos, mas por la fuerza de las cosas que por la

fuerza de las armas.» Sin embargo, Kleber habia condenado siempre la expedicion; indignado por la marcha de Bonaparte y descontento del mando que le confiara, habia desahogado su cólera en una carta al Directorio, en la que exageraba su apurada situacion y sus peligros, y cediendo al fin á los clamores de sus soldados, solo pensaba en conducirles otra vez á Francia. La Puerta Otomana habia formado un nuevo ejército de cuarenta mil hombres que al mando del gran visir se habia adelantado desde Damasco á Gaza; Kleber entabló negociaciones con la Puerta con mediacion y participacion de Sidney-Smith, jefe de la escuadra inglesa, y en 24 de enero de 1800 celebróse en El-Arish un tratado, por el cual el ejército francés debia evacuar el país y ser trasladado á Francia á bordo de los buques ingleses. Semejante tratado era una nueva falta, pues si la conquista de Egipto, hecha fuera de tiempo y cuando se formaba la segunda coalicion, habia sido funesta para la Francia, entonces que la república se hallaba salvada, que se habia dado principio con éxito á la colonizacion, la posesion del Egipto era de la mayor importancia en los negocios europeos, y era además muy vergonzoso abandonarla sin resistencia, sin necesidad y sin compensacion. Kleber habia entregado ya á los turcos las principales plazas, y se encaminaba hácia la costa con todas sus tropas, cuando el almirante Keith le advirtió que el gobierno inglés no podia reconocer el tratado de El-Arish, á no ser que el ejército francés se rindiese á discrecion. La carta de Kleber al Directorio, caída en poder de los ingleses, habia inspirado aquella perfidia al gabinete británico, y trató de justificarla, diciendo que Sidney-Smith habia negociado sin poderes. En vano reclamó este: «Lo alegado por los ministros no es mas que un pretexto dijo (1);» y ellos mismos confesaron en el parlamento su idea secreta, diciendo: «Es preciso que sirva de ejemplo ese ejército sin fe; el interés del género humano exige su destruccion.»

Kleber recobró toda su energia; insertó en la orden del dia de su ejército la carta de Keith; marchó con diez mil hombres contra los turcos, que habian avanzado hasta Matarieh, cerca de las ruinas de Heliópolis; les atacó y les puso en completa derrota.

(1) Walter Scott, Hist. de Napoleon, t. IV, p. 323.

(20 de marzo de 1809): cañones, bagajes, camellos, todo cayó en poder de los franceses; los restos de los vencidos fueron de nuevo atacados en Belbeis, y el gran visir huyó casi solo á Gaza. Entonces Kleber volvió al Cairo, donde había penetrado el bey Ibrahim con quince mil hombres, y donde se hallaba armada la poblacion en masa; el general francés bombardeó la ciudad, arrojó de ella á los turcos, y obligó á los habitantes á someterse despues de un combate de diez dias. El país volvió á la obediencia; los franceses recobraron sus antiguas posiciones; el bey Mourad que celebró con ellos un tratado, fué á gobernar como tributario el Egipto superior, y los proyectos de colonizacion recibieron un nuevo y poderoso impulso. La conquista jamás habia parecido tan sólida: el ejército, reclutado con griegos, sirios y nubios, ascendia á veinte y siete mil combatientes; los establecimientos industriales se hallaban en plena actividad, y Kleber desplegaba un ardor que desmentia de un modo glorioso su primer desaliento. Sin embargo, aquel gran capitán murió asesinado por un turco fanático, el mismo día en que Desaix, su compañero de gloria, caía en Marengo (14 de junio).

Menou, el general de division mas antiguo, se encargó del mando, y si bien era un buen administrador, era un pésimo general. Habíase ridiculizado abrazando la religion mahometana, y tenia que luchar con el partido opuesto á la colonizacion, partido muy numeroso, que desmoralizaba el ejército, y al frente del cual se encontraba el general Reynier. Esto no obstante consolidó la conquista anudando relaciones de comercio con los pueblos del Africa hasta el Niger, organizando la justicia, creando hospitales, escuelas y canales; pero cuanto mas hondas eran las raíces que echaba la colonizacion, mas se asustaba la Inglaterra al considerar que aquel establecimiento debía dar á los franceses el protectorado y el comercio de Oriente. En tal situacion resolvió arrojarles de allí por medio de un triple esfuerzo: los veinte mil ingleses reunidos en Menorca para invadir la Provenza, desembarcaron cerca de Alejandría, al mismo tiempo que treinta mil turcos se pusieron en marcha por la Siria, y que siete mil indios ó *cipayos*, procedentes de Calcutta, desembarcaron en Cosseir, en el mar Rojo.

Desde que habia subido al poder, Bonaparte se habia ocupado

distintas veces de la suerte de sus compañeros de Egipto; y por medio de buques aislados que se libraban de los cruceros ingleses, habíales enviado algunos socorros en hombres, armas y máquinas de guerra. Al tener noticia de la expedición de los ingleses, mandó salir de Tolon á Gauthaume con siete navíos y cinco mil hombres; pero sus órdenes fueron mal ejecutadas: Gauthaume careció del valor necesario, y despues de tres meses empleados en divagar por el Mediterráneo y en evitar las escuadras inglesas, la escuadra volvió á Tolon. Aquellos cinco mil hombres que habrían cambiado el aspecto de la guerra, debían ir seguidos de otros refuerzos; uno de ellos, compuesto de cuatro buques mandados por Linois, partió para reunirse en Cádiz con seis navíos españoles; pero atacado en Algeciras por una escuadra inglesa de ocho velas, la dispersó, y se apoderó de un buque (5 de julio de 1801). Tan glorioso triunfo quedó compensado con un desastre único en los fastos de la guerra marítima: llegada ya la escuadra española y atacada por los ingleses durante la noche, dos navíos de ciento doce cañones, los dos mas bellos de la marina española, se tomaron por enemigos, se cañonearon durante muchas horas, se incendiaron los dos, y se hundieron en las aguas.

Menou no podía esperar mas socorros; pero á causa de las grandes distancias que los separaban, podía derrotar uno despues de otro á los tres ejércitos que debían envolverle; no lo hizo sin embargo, y despues de perder un tiempo precioso y de diseminar á sus tropas, solo se ocupó de los turcos que se hallaban aun en Gaza, y dejó que los ingleses, mandados por Abercrombie, se estableciesen en la península de Aboukir. Entonces se dirigió á su encuentro con diez mil hombres, les atacó cerca de Canope, y fué derrotado por culpa de Reynier que permaneció inmóvil con el ala derecha, mientras que el centro y el ala izquierda eran arrollados (21 de marzo). Abercrombie quedó entre los muertos, y los dos ejércitos perdieron tres mil hombres cada uno. Los franceses quedaron muy desalentados por aquella primera derrota, y Menou, despues de retirarse á Alejandría, ordenó á Belliard, que mandaba en el Cairo, que se encaminara á Ramanieh donde se reuniría con él. Los ingleses en tanto rompieron los diques que separan el mar del lago Mareotis, aislaron á Alejandría del resto

del ejército, y dejando ocho mil hombres delante de la plaza, se dirigieron á Ramanieh y obligaron á Belliard á retirarse al Cairo. El ejército turco se reunió con ellos; los cipayos llegaron á Keneh; Mourad murió, los reyes que le sucedieron celebraron alianza con los ingleses, y Belliard, con ocho mil hombres, se encontró cercado por cincuenta mil en una ciudad dispuesta á sublevarse, sin retirada hácia el mar, ni hácia el alto Egipto. El general francés resolvió entonces capitular bajo las bases del tratado de El-Arish (27 de junio), salió del Cairo con catorce mil personas, entre combatientes y los que no lo eran, sus cañones y bagajes, y se embarcó en los buques ingleses. Menou, sitiado en Alejandría, que no ignoraba haberse entablado negociaciones, se sostuvo hasta el último extremo; pero despues de cinco meses de resistencia, se rindió con iguales condiciones que Belliard (30 de agosto), y se embarcó con once mil soldados, sábios y empleados. Así terminó una expedicion que tanto habia conmovido el Oriente, y que no ha dejado de ejercer influencia en los destinos de aquella parte del mundo: el Egipto conservó vestigios de la civilizacion francesa, y con ellos se constituyó un nuevo poder, que, al regenerar á las razas orientales por medio de las artes y costumbres de Occidente, parece destinado á cambiar la faz del Egipto, y amenaza, como vaticinara Bonaparte, el imperio de los ingleses en la India.

El mismo dia en que se supo la noticia de la capitulacion de Alejandría, se firmaron los preliminares de paz entre la Francia y la Inglaterra (1.º de octubre). Abrióse un congreso en Amiens; y despues de cinco meses de negociaciones, durante los cuales el primer cónsul afianzó su posicion por medio de tratados particulares con la Rusia, la Puerta Otomana y Portugal, celebróse el tratado definitivo (25 de marzo de 1802). La Inglaterra devolvió á la Francia y á sus aliados todas sus colonias excepto la Trinidad y Ceilan; el Egipto fué restituido á la Puerta, y la isla de Malta á la órden de San Juan, bajo la garantía de la Rusia, de la Prusia y del Austria, invitándose al rey de Nápoles á poner guarnicion en ella hasta la reconstitucion de la órden. Los franceses debieron evacuar los reinos de Portugal y de Nápoles y el Estado romano; las islas Jónicas fueron declaradas independientes bajo el protectorado de la Rusia, y nada se estableció en fa-

vor del rey de Cerdeña, del Stathouder de Holanda, de los Borbones y de los emigrados.

A pesar de que la guerra hubiese dado á la Inglaterra el imperio de la India y la dominacion del Océano, la paz de Amiens fué la mas humillante que hubiese celebrado aquella potencia en el espacio de dos siglos. Dos islas eran el premio de diez años de esfuerzos y de diez y seis mil millones de deuda, mientras que se dejaba á la revolucion francesa dueña de la Bélgica, de las provincias del Rhin y de la Italia, y ejerciendo un protectorado en Holanda, en Alemania, en Suiza y en España! La aristocracia británica quedó consternada, y declaró que semejante tratado era «la sentencia de muerte de la patria y el triunfo del jacobinismo;» los ministros solo dijeron en su apoyo «que la necesidad les habia obligado á optar por la paz como el menor de los males.» y lord Hawkesbury añadió «ser un tratado celebrado con pesar y por via de prueba (1).» El pueblo inglés lo juzgó de distinto modo; su alegría rayó en delirio; Lóndres se entregó al regocijo por espacio de un mes, y cuando llegó allí el coronel Lauriston para el canje de las ratificaciones, fué recibido como un triunfador, los proletarios tiraron de su coche, y las orillas del Támesis resonaron con los gritos de: Viva Bonaparte!

CAPÍTULO II.

Instituciones del Consulado.—Rompimiento con la Inglaterra.—

Constituciones del año X y del XII.—Desde el 25 de marzo de 1802 hasta el 18 de mayo de 1804.

§ I.—*Progresos interiores.—Código civil.*—Al mismo tiempo que por los tratados de Luneville y de Amiens alcanzaba la Francia una elevada posicion política, tomaba en lo interior un nuevo aspecto de prosperidad. Habíase despertado en su seno una noble emulacion para todos los progresos; con el renacimiento del orden palpábanse los inmensos beneficios de la civilizacion; las costumbres se habian hecho decorosas y honestas, los modales corteses,

(1) Walter Scott, hist. de Napoleon, t. IV, p. 337.

y habían cesado los escándalos de la época directorial. El pueblo era feliz: veía su trabajo libre de toda clase de trabas, apenas pagaba contribucion alguna; la agricultura, el «alma de la república,» disponiendo de un territorio libre y fraccionado entre manos laboriosas, doblaba las riquezas de la tierra; la industria, obligada por las necesidades de la patria á buscar recursos en sí misma, había producido maravillas por medio de las aplicaciones de la química, ciencia del todo francesa, y nacida, por decirlo así, de la revolución. El cobro de las rentas era entonces seguro, las obligaciones eran atendidas, y los sueldos y las pensiones se pagaban en numerario; habíanse refrenado las dilapidaciones de los asentistas y liquidado los créditos atrasados, se había creado una caja de amortizacion y el banco de Francia, y por primera vez en el espacio de un siglo se estableció el equilibrio entre los gastos y los ingresos. El genio de Bonaparte se mostraba así en las obras de la paz como en los trabajos de la guerra: visitaba las fábricas, restablecía las exposiciones de productos industriales, otorgaba premios á los inventores de máquinas; mandaba abrir el canal de San Quintin; allanaba los Alpès con el gigantesco camino del Simplon, y reorganizaba las bibliotecas, los museos, y los establecimientos de instruccion pública. Todo debía crearse en aquella sociedad recién salida del caos; no existía un interés privado que no tuviese relacion con el gobierno; pero ninguno de tantos detalles fué extraño para el primer cónsul: «infatigable como su fama, todos sus días, todos sus pasos, iban acompañados de una obra útil, de un beneficio nuevo, de un pensamiento profundo.»

El mas grande de sus trabajos, el que convierte á Bonaparte en un hombre universal, es la reforma de las leyes que regían la propiedad y la familia, es el código civil. La monarquía había pensado en el establecimiento de una legislacion única en vez de los usos provinciales tan numerosos como confusos; la asamblea constituyente proclamó la necesidad absoluta de semejante medida á fin de infiltrar la revolución en el hogar doméstico, y hacerla por consiguiente indestructible; pero la realizacion de obra tan inmensa, que debía servir de modelo á todos los pueblos salidos del feudalismo, estaba reservada á Bonaparte. El plan trazado por Tronchet, Portalis y Bigot-Preameneu, fué some-

tido á los tribunales, modificado por las observaciones de que en todas partes fué objeto, y examinado por fin por una seccion del consejo de Estado, que sentó las bases de la obra definitiva. Entonces se puso á discusion en el consejo presidido por Bonaparte, el cual trató con perfecta lucidez de cuestiones á las que parecia deber ser extraño por su educacion. «Hablaba, dice un consejero de Estado, sin pretensiones, sin rodeos, y sin turbarse en lo mas mínimo; hubiérase dicho que sostenia una conversacion. Jamás fué inferior á ningun miembro del consejo; por el contrario, igualó siempre á los mas perspicaces por su claridad en sentar las cuestiones, por la exactitud de sus ideas y por la fuerza de sus argumentos, y sobrepujoles varias veces por el elegante giro de sus frases y la originalidad de las expresiones (1).» Los trabajos del código civil duraron tres años, y fué promulgado en 21 de marzo de 1803.

§.—*Máquina infernal*.—*Primer senado-consulta*.—*Oposicion y eliminacion del tribunalado*.—La gloria y los beneficios del gobierno consular habian calmado los furores de los partidos; pero existian aun dos facciones extremas é incorregibles, que al ver personificada la revolucion en un hombre, dirigian á este todos sus golpes, y urdian continuas tramas que frustaba la policia de Fouché. Bonaparte persiguió á las dos, pero con desigual encarnizamiento: desde el 18 de brumario habia concebido un odio personal contra los jacobinos, al paso que hacia todo lo posible para bienquitarse con los realistas: «La chuanería y la emigracion, decia, son enfermedades cutáneas; el terrorismo es una dolencia interior.» Esto no obstante, en los peligros que le hicieron correr ambas facciones, la palma de la violencia perteneció, no á los demócratas insensatos, sino á los hombres asalariados por el extranjero.

Arena, diputado en los Quinientos; Topino, ex-jurado del tribunal revolucionario; Demerville, ex-empleado en la junta de salvacion pública; Ceracchi, célebre escultor y otros varios miembros del partido jacobino, proyectaron atacar al primer cónsul cuando se hallase en la Opera; pero presos antes de estallar la conjuracion, fueron condenados á muerte y ejecutados (10 de oc-

(1). Thibaudeau, t. II, p. 143.

tubre). Poco tiempo despues, el jefe de los chuanes, Georges junto con Limoelan, Saint-Regent, Carbon y otros, colocaron un barril de pólvora, conteniendo muchos proyectiles, en un carro que obstruyó la calle de San Nicasio en el momento en que Bonaparte pasaba por ella dirigiéndose á la Opera (24 de diciembre—3 de nivoso); el carruaje del cónsul pudo evitar el carro, pero apenas habia pasado, cuando una terrible explosion conmovió todo el distrito, derribó varias casas, y mató ó hirió á cincuenta personas. Los asesinos lograron escaparse, y aunque Fouché pretendia que la *máquina infernal* era obra de los realistas, Bonaparte le dijo: «No son los nobles, ni los chuanes, ni el clero quien la ha preparado, sino setembristas, bandidos manchados con todos los crímenes, que están en conspiracion permanente, en rebelion abierta contra todos los gobiernos que se han sucedido... Conviene aprovechar esta circunstancia para no dejar en la república ni rastro de esos hombres. Y un decreto de los cónsules dispuso la deportacion de ciento treinta individuos, oscuros en su mayor parte, y calificados de setembristas; otros cinco fueron juzgados por una comision militar y condenados á muerte, y una decision del senado, llamado *senado-consulta*, dió una apariencia legal á tales iniquidades, declarando (¡singular usurpacion del poder legislativo!) ser aquellas medidas conservadoras de la constitucion.» Estas proscripciones eran tanto mas odiosas, cuanto que sabia ya el primer cónsul que el golpe procedia de los realistas, puesto que Saint-Regent y Carbon, presos y juzgados por un tribunal ordinario, fueron convictos del crimen y condenados á muerte; esto no obstante, no se alzó el destierro á los proscritos; aquella medida, decia Bonaparte, debia haberse tomado aun cuando nada hubiese sucedido; la *máquina infernal* fué solo lo que lo precipitó. Los deportados han merecido su pena por los asesinatos de 2 de setiembre, por los sucesos de 31 de mayo y por cuanto aconteció despues.»

La reaccion contra los hombres de la revolucion debia inspirar tanto mas temor cuanto que el senado facilitaba todas las arbitrariedades por medio de los *senado-consultos*, extraña innovacion que debia destruir la constitucion y la república. Marchábase rápidamente hácia al despotismo; la dictadura se hacia mas poderosa á medida que se aumentaba la prosperidad pública, y en

cambio del orden la Francia veía arrebatadas sus últimas garantías de libertad. Con motivo de los insignificantes partidos que recorrían la Vendée y el Mediodía, creáronse tribunales especiales que destruyeron la libertad individual (5 de febrero de 1801); la nación había perdido, sino la facultad de votar las contribuciones, toda fiscalización en los gastos; el cuerpo legislativo no conocía los gastos de un presupuesto hasta cuatro meses después de haber votado el siguiente, y sus atribuciones se limitaban á fijar la suma de ingresos, invirtiendo el gobierno como mejor le parecía las rentas del Estado. «Por fortuna el dictador no abrigaba pasiones malélicas ni vergonzosas; su único anhelo era su gloria, y la gloria, prosperidad y grandeza de la Francia: quería convertirla en la primera nación del mundo, y legar su propio nombre á la posteridad (1).» «Convencido Bonaparte de que empleaba de un modo digno su poder, no toleraba que se pidieran cuentas ni que se tomaran garantías contra él; exigía que le dejasen obrar sin oposición, sin trabas, sin fiscalización alguna; creía que las contradicciones desprestijian el poder, y que su mayor enemigo era la tribuna, y cuanto más se robustecía su autoridad, menos sufría que se contrariasen sus voluntades. El primer cónsul no ocultaba sus ideas acerca de este punto, y sus palabras de amenaza y de burla contra los hombres que consideraban la discusión como un derecho y un deber, eran un grave atentado contra las instituciones constitucionales (2)»

Esto no obstante, existía en el tribunado una oposición, pero oposición moderada y benévola que, sin perjudicar en lo más mínimo al gobierno, probaba á la nación que sus intereses no se hallaban desatendidos. Allí no temían manifestarse los sentimientos republicanos; allí se discutían las leyes, que algunas veces no eran aprobadas; y que otras lo eran por muy pocos votos de mayoría; mas Bonaparte detestaba á los oradores del tribunado á quienes llamaba utopistas, metafísicos ó ideólogos, y reprobados, como indignos del monumento que se intentaba elevar los primeros artículos del código civil, no pudo ya contenerse: «Es imposible seguir adelante, exclamó, con una institución tan desorganizadora; no quiero oposición..... Qué es el gobierno?

(1) Thibaudeau, t. II, p. 212.

(2) Id. p. 433.

Nada, si no se afianza en la opinion pública. Es preciso organizar la constitucion de modo que el gobierno marche... El gobierno actual es el verdadero representante del país.» Y en seguida puso al tribunalado á *dieta de leyes*; no sometió á su exámen mas que leyes de administracion, para que tuviera, decia, un hueso que roer, y acabó por librarse de la oposicion mediante un golpe de Estado. Una quinta parte de ambas cámaras legislativas debia ser renovada, y en vez de emplear la suerte para designar la quinta parte saliente, hizo eliminar por el senado á los oradores de la oposicion, los cuales fueron sustituidos con hombres enteramente adictos al poder (12 de marzo de 1801).

Con un tribunalado purificado, con un senado que no era otra cosa que una máquina para expedir decretos, y un cuerpo legislativo convertido en una ridícula farsa, Bonaparte pudo continuar su obra de reconstruccion social con mas energía y entereza. Segun él, la revolución habia terminado; era indispensable olvidar lo pasado, mirar solo á lo porvenir, contar únicamente desde el 18 de brumario, y en las seis semanas que siguieron á la paz de Amiens, el concordato, la amnistía de los emigrados, la fundacion de la universidad y la institucion de la Legion de honor, fueron los significativos actos que «al reconciliar á la Francia republicana con la Francia monárquica,» prepararon el establecimiento del trono de Napoleon.

§. III.—*Concordato y amnistía.*—El cristianismo no es una religion nacida de determinadas circunstancias, conveniente solo á un cierto país y compatible con una sola sociedad única, es la religion eterna y universal, la religion de la humanidad. El feudalismo fué la primera forma social que debió producir, mas la religion de libertad y de igualdad no podia limitarse á una sociedad tan imperfecta, cuya base civil era la servidumbre. La revolucion destruyó el feudalismo, y á pesar de lo que acabamos de decir, el cristianismo pareció sepultarse entre sus ruinas; desaparicion ficticia, destruccion aparente, pues el cristianismo será tambien el fundamento de la sociedad que ha de nacer de tan espantoso cataclismo, resulto sin duda en los inescrutables designios de la Providencia; creíase que el cristianismo habia muerto, y no habia en Francia una idea, un sentimiento que no reconociese un origen cristiano; la religion santa estaba en las

costumbres, en la civilización, en la vida íntima de los mismos hombres que se decían sus más encarnizados enemigos; los campesinos todos profesaban el culto de sus antepasados; las almas sinceras lloraban su desaparición y el vacío de la vida material en que las sumiera la filosofía; un grande escritor acababa de revelar, con una magnificencia de ideas que arrobaba las imaginaciones, que cuanto había en nosotros bueno, social y poético era cristiano (1), y ciertos pensadores escojidos creían que no era imposible aliar la religión y la obra revolucionaria y que se hubieran evitado doce años de continuas calamidades si aquel gran movimiento de la humanidad no se hubiese apartado de la base moral del cristianismo.

Bonaparte, como todos los hombres de la revolución, no profesaba culto alguno, pero no era ateo; más de una vez había mostrado su respeto hacia los hombres y las cosas de la revolución, y había resuelto, luego de su elevación al poder, dar á la sociedad nuevas bases cristianas. Ardua empresa era por cierto, y para realizarla no podía contar ni aun con el clero, dividido en dos partidos que se detestaban, si bien vivían el uno junto al otro, igualmente protegidos por el gobierno. Los clérigos refractarios solo creían compatible la religión con los Borbones y el antiguo régimen; aborrecían el poder que levantara su destierro, y por la sinceridad de su fe y la pureza de sus costumbres, eran los únicos que gozaban de influencia entre el pueblo. El clero constitucional se había purificado con la persecución; los malos sacerdotes habían apostatado para contraer matrimonio, y los otros, antiguos jansenistas, pretendían formar una Iglesia nacional independiente del papa; pero conviene advertir que, aun que partidarios de la causa revolucionaria, no gozaban de influencia alguna. Dirigidos por Gregorio, obispo de Blois, intentaron reorganizarse y poner fin al cisma en dos concilios celebrados en 1797 el primero y en 1801 el segundo; este contaba cuarenta y cinco obispos y ochenta presbíteros delegados por las diócesis, y reunidos con gran pompa en Nuestra Señora, mostráronse animados de un espíritu evangélico y conciliador (desde junio hasta setiembre de 1801). Sus públicas conferencias exci-

(1) El *Genio del Cristianismo* se publicó durante los primeros meses de 1801.

taron vivo interés y atraieron gran multitud; pero los refractarios se negaron á unirse con ellos, y el gobierno que tampoco gustaba de sus principios democráticos, rechazó su plan de pacificación y buscó el fin del cisma en la autoridad pontificia.

Pío VII se apresuró á admitir las proposiciones de Bonaparte, y envió á París al cardenal Gonsalvi, quien celebró con José Bonaparte, asistido por Cretet, consejero de Estado, y el abate Bernier, el siguiente concordato (15 de julio): La religion católica es reconocida como la religion del gobierno y de la mayoría de los franceses; su culto será público; se crearán diez arzobispados y cincuenta obispados, cuyas diócesis serán determinadas por el papa y el primer cónsul; las antiguas sedes quedan abolidas; el cónsul nombrará los nuevos propietarios, y el papa les conferirá la institucion apostólica; el gobierno se obliga á dotar lo que corresponde á los obispos y á los párrocos; se reconoce solemnemente en los adquiredores de bienes eclesiásticos la propiedad de los mismos; confírmense las leyes que suprimen las órdenes monásticas, cuya base sean votos perpétuos; los sacerdotes casados quedan secularizados, y el celibato de los eclesiásticos es reconocido como ley fundamental de la Iglesia.

En virtud de ese tratado, el papa exigió su dimision á los obispos de ambos partidos, y dos constitucionales y treinta y siete refractarios se negaron á presentarla; entonces, y por medio de un golpe de Estado sin ejemplo en la historia de la Iglesia, una bula declaró suprimidas las antiguas sedes, é instituyó otras sesenta, para las cuales nombró el primer cónsul doce prelados constitucionales, y diez y siete prelados y treinta y un presbíteros refractarios. El concordato fué sometido al tribunado y al cuerpo legislativo, junto con varias leyes orgánicas relativas al culto católico y á los cultos protestantes (8 de abril de 1802); aquellas medidas fueron aprobadas en medio de un silencio que revelaba el descontento de la mayoría, y al dia siguiente, festividad de Pascua, los cónsules se dirigieron á Nuestra Señora con las autoridades y los cuerpos constituidos, y asistieron á la misa y á un *Te Deum*.

Entre los actos de Bonaparte, el concordato fué el que mejor manifestó sus miras para el porvenir y la fuerza de su voluntad; la revolucion se encontraba en su verdadera via, y la causa realista perdía su único apoyo popular. La gran mayoría de la na-

cion bendijo un acto que dió al país la paz religiosa; los extranjeros vieron en él una reconciliacion con la Europa, y robusteciése mas y mas la influencia de la Francia en los países católicos, al mismo tiempo que lo consideraron como una abjuracion cuantos habian tomado una parte activa en la revolucion, los cuerpos constituidos y el pueblo de París. El ejército consideró el restablecimiento de los *católicos* como una traicion, y el general Dumas se hizo intérprete de las preocupaciones del soldado, diciendo con motivo de la ceremonia de 9 de abril: «Ha sido una magnífica *capuchinada!* solo ha faltado en ella el millon de hombres que han perecido para destruir la que ahora se restablece!»

El clero refractario habia alcanzado la victoria, pero en vez de mostrarse agradecido, justificó, con su afecto al régimen antiguo, los temores todos de los revolucionarios; en vano le suplicó el gobierno que olvidára lo pasado; los sermones y las pastorales fueron otras tantas sátiras de la revolución; los clérigos constitucionales fueron perseguidos por los obispos hasta que se hubiesen retractado de sus opiniones; negáronseles los cargos que se les habian prometido, y se declaró nulos los matrimonios que ellos bendijeron. Fué preciso que la mano vigorosa del primer cónsul aplicára remedio al mal: «No hago nada en favor del clero, decía, de que no haya de arrepentirme luego,» y en efecto, el clero fué uno de los instrumentos mas activos de su caída.

A despecho de los murmullos de algunos, Bonaparte al hacer el concordato se hallaba dentro de la constitucion, y aun dentro de la revolucion; no sucedió lo mismo con el acto que lo siguió, acto que, como el concordato, fué su obra personal, y que es la prueba mas evidente de la confianza que tenia en su fuerza. El primer cónsul hizo votar un senado consulto amnistiando á todos los emigrados (26 de abril de 1802) bajo condicion de que volviesen á Francia antes del 1.º de vendimiario del año XI, de que jurasen no mantener correspondencia alguna con los extranjeros ni con los Borbones, y de que estuviesen durante diez años bajo la vigilancia de la autoridad. Exceptuáronse los jefes reconocidos de la guerra civil, los que gozasen grados y empleos en los ejércitos enemigos, los obispos que habian negado su dimision etc. Los emigrados que aprovecharan el beneficio fueron restablecidos en la posesion de sus bienes no vendidos, excepto de los bos-

ques, de los inmuebles afectos á un servicio público y de los créditos contra el tesoro.

Semejante acto que violaba la constitucion en cuanto esta declaraba desterrados para siempre «á los traidores que habian asesinado á la patria,» fué considerado por los revolucionarios como un contrasentido y una apostasia; los adquiredores de bienes nacionales concibieron grandes temores, los republicanos atacaron como una protesta contra el millon de hombres que habian perecido peleando contra los aliados del extranjeró, y hasta los mismos monárquicos, los que habian sufrido el rigor de las leyes relativas á la emigracion, lo censuraron como precipitado y temerario. En efecto, segun el mismo Bonaparte lo reconoció en Santa Elena, fué aquella una medida fatal para él, para la Francia y para la revolucion; cien mil proscritos volvieron á su patria, la mayor parte tales como habian partido, sin que el infortunio les hubiese enseñado la menor cosa. «La jactancia, dice Bonaparte, la credulidad, la inconsecuencia, la nulidad parecian pertenecerles especialmente,» y si adularon al cónsul, si solicitaron los cargos de su corte, si formaron la servidumbre de su familia, guardaron todos sus odios, todas sus preocupaciones, todas sus esperanzas, y el inmutable designio de realizar la contrarevolucion, tanto que propusieron á Bonaparte la adopcion de la escarapela blanca. El cónsul apartó los ojos de las pretensiones, de la insolencia y de los deseos de hombres tan peligrosos; hallaba en ellos cortesanos afables y serviles; creia haberles «retirado para siempre del lado de los aliados,» haberles convertido en admiradores de su gloria, haberles reconciliado con la revolucion, y en fin, cifraba en la amnistía, lo mismo que en el concordato, una esperanza de ambicion personal; al atraer á sí al clero y á los emigrados entendia restaurar clases de las que esperaba un apoyo para convertir su poder en absoluto y hereditario. «Son indispensables, decia, cuerpos intermedios entre el pueblo y los poderes; sin esto nada habríamos hecho. En todos los pueblos, en todas las repúblicas, ha habido clases.... Trátase ahora de volver á crear; existe es cierto un gobierno, existen poderes; pero qué es el resto de la nacion? Granos de arena esparcidos, sin sistema, sin union, sin contacto. Para establecer sólidamente la república, conviene arrojar al suelo algunas masas de granito.»

§. IV.—*Universidad.—Legion de honor.—Constitucion del año X.*
 —Esta idea le guió al organizar la instruccion pública y al instituir la Legion de honor. En vez del sistema de instruccion enteramente democrático establecido por la Convencion, fundó una universidad (1.º de mayo de 1802), dependiente en todo del poder, hecha exclusivamente para las clases ricas y destinada á formar funcionarios; estableciéronse veinte y nueve liceos, cuyos profesores eran nombrados por el gobierno, en los que se instituyeron seis mil cuatrocientos dotes pios para los hijos de militares ó empleados que hubiesen prestado servicios al país. Los liceos fueron regidos militarmente; en ellos se enseñaban con preferencia las ciencias matemáticas y físicas, que habian hecho inmensos progresos desde que la revolucion habia abierto un nuevo camino al entendimiento humano; el estudio de las lenguas antiguas ocupaba el segundo lugar, y se relegaron al olvido las ciencias morales. Las escuelas especiales de derecho y de medicina fueron conservadas; la escuela politécnica fué puesta bajo el régimen militar, y se creó en Fontainebleau una escuela militar especial. Las escuelas secundarias, establecidas á expensas de las ciudades, ocuparon el lugar inmediatamente inferior á los liceos, y venian por fin las escuelas primarias, abandonadas de un modo indigno á cargo de las municipalidades por un gobierno que derrochaba millones en beneficio de actores y de bailarinas.

La organizacion de la instruccion pública encontró poca oposicion, pero no sucedió lo mismo con la legion de honor, en la que solo se vió una institucion monárquica contraria al espíritu de igualdad, base de la república y esencia de la revolucion. Bonaparte pretendia hacer de ella un cuerpo con cuantiosas rentas, con ciertos privilegios, cuyos miembros usasen una condecoracion, y que se compusiese de los ciudadanos todos que se distinguieran en la guerra, en la administracion, en las ciencias, etc. «La legion de honor, decia la oposicion, se anuncia con las atribuciones, los honores y los títulos que han sido en todas partes fundamento de la nobleza hereditaria; es un principio de aristocracia.—Es un principio de organizacion nacional,» contestaba Bonaparte; y como algunos de los consejeros de Estado deseaban desfigurar la institucion, convirtiéndola en una simple recom-

pensa militar, dijo: «Con qué ha de creer la Europa que me rodeo de un consejo de sargentos? No gobierno como general, sino porque la nacion cree que reuno las cualidades civiles propias para el gobierno... El ejército es la nacion... Si dividíamos los honores en militares y civiles, estableceríamos dos estados, al paso que solo existe una nacion.... y si concediéramos los honores solo á los militares, seria peor todavía, en cuanto desde aquel momento nada seria la nacion.» La ley fué adoptada en el tribunado por cincuenta y seis votos contra treinta y ocho, y en el cuerpo legislativo por ciento sesenta y seis contra ciento diez (19 de mayo de 1802). La Legion no correspondió del todo á la idea de Napoleon; como recompensa militar, hizo maravillas, pero como organizacion nacional su resultado fué nulo.

Semejantes actos preparaban al público para el término de la república; hablábase ya de fijar el poder en manos de Bonaparte y cuando el tribunado recibió comunicacion del tratado de Amiens, insistió el voto de que se diese al primer cónsul, «un solemne testimonio de la gratitud nacional.» El senado deliberó acerca del mismo, y dió un senado-consulta por el cual Bonaparte era reelegido de antemano primer cónsul por diez años (11 de mayo); el dictador disimuló su descontento, alegó la necesidad de consultar á la nacion, y en un decreto consular hizo que la cuestion se sentara en estos términos: «Será Bonaparte nombrado cónsul perpétuo?» Entonces se abrieron en las municipalidades inmensos registros, donde debian consignar su voto todos los ciudadanos, y tres millones quinientos sesenta y ocho mil votos opinaron por el consulado perpétuo, contra ocho mil trescientos setenta y cuatro opositores.

De este modo quedó destruida la constitucion del año VIII, y Bonaparte redactó otra nueva; devorado por el amor del poder y convencido de que las instituciones libres opondrian obstáculos á la grandeza de la Francia, marchaba sin rodeos hácia el despotismo, y decia: «Mi sistema es muy sencillo: he creído que en las circunstancias actuales, era preciso centralizar el poder y robustecer la autoridad del gobierno, á fin de constituir la nacion. El poder constituyente soy yo.» El senado adoptó sin debate alguno su proyecto de constitucion, que fué proclamado bajo el nombre de *senado consulta orgánico de la constitucion del año*

VIII (4 de agosto de 1802-16 de termidor del año X); en su virtud, las asambleas cantonales elegían en una lista que comprendía á los seiscientos mayores contribuyentes, los miembros de los colegios electorales de distrito y de departamento; estos miembros nombrados vitaliciamente, presentaban dos candidatos para cada puesto en el tribunado, en el cuerpo legislativo y en el senado. Los cónsules eran perpétuos, y presidial el senado. El primer cónsul podía nombrar su sucesor, y tenia el derecho de hacer gracia. El senado establecía, por medio de senado consultos propuestos por el gobierno, cuanto no habia sido previsto por la constitucion; podía anular los fallos de los tribunales, suspender la constitucion en ciertos departamentos, y disolver el cuerpo legislativo. El tribunado quedaba reducido á cincuenta miembros, y se dividía en tres secciones; los proyectos de ley eran sometidos á una sola de dichas secciones, discutidos entre los delegados de la misma y los del consejo de Estado; y presentados luego al cuerpo legislativo. El consejo de Estado era reconocido como cuerpo constituido y se componía de cincuenta miembros.

Tantos y tan trascendentales cambios se verificaron sin oposicion alguna. «La gran masa de republicanos, injustamente comprendidos en la denominacion de jacobinos, tomada en su sentido odioso, lamentábanse sin duda alguna de la desaparicion de la imágen de una república tal como la habian soñado, pero no desconocian el bien real que habia llevado á cabo el primer cónsul, y le perdonaban sus usurpaciones en el terreno de la libertad en favor de su triunfo contra las monarquías (1).» Los realistas no cabían en sí de gozo, creyendo ir en línea recta á la contra revolucion, y esperando todavía encontrar en Bonaparte un segundo Monck; y en cuanto al pueblo, antes tan receloso, tan terrible, tan inquieto, sentíase dominado por una sola pasion, la de la gloria, y adoraba en Bonaparte, no al autor del código civil y al restaurador del culto, sino al hijo de la revolucion que habia vencido á la Europa, y dado á la Francia tan distinguido lugar entre las naciones. «No tenia mas ambicion, dice el preso de Santa Elena, que la patria, que la de su gloria, de su ascen-

(1) Bignon, Hist. de France en tiempo de Napoleon I, t. I, p. 336.

diente y de su majestad; y esta es la causa porque, á pesar de tantas desgracias, soy aun popular entre los franceses (1).»

La monarquía electiva existía ya; un paso mas y se llegaba á la monarquía hereditaria; el rompimiento de la paz de Amiens debía ser causa de que Bonaparte se elevara hasta ella.

§. V.—*Intervencion de la Francia en los asuntos de la Holanda, de Italia, de Suiza y de Alemania.*—Por su posicion geográfica, por su poder natural y por la superioridad de su civilizacion, la Francia debe ejercer necesariamente una especie de patronazgo sobre los Estados que la rodean, y así fué como bajo la gran monarquía de los Borbones, la Holanda, los Estados de Alemania, la Suiza, los Estados de Italia y la España, fueron casi siempre los aliados ó los protegidos de la Francia. Era tan natural y legítima semejante influencia, que habia sido ya admitida en el derecho público de Europa y consagrada por el tratado de Westfalia, y era esa política en tan alto grado nacional, que, puesta en planta por Enrique IV, Richelieu, Luis XIV y Fleury, habia inspirado tambien á la Convencion y al Directorio, los cuales no habian hecho mas que acomodarla á su situacion excepcional. El aislamiento en que se encontraba la Francia revolucionaria frente á frente con la Europa coaligada, la necesidad á que se veía reducida de propagar sus principios para hacerse con aliados, ó de tomar ciertas posiciones para tener puntos de resistencia, obligáronla, á fin de sustraer á sus vecinos á la accion de sus enemigos, á introducir entre aquellos las formas de su gobierno, cuando no á invadir sus territorios; de aquí provino la fundacion de las repúblicas Batava, Cisalpina, Helvética y de Liguria, la permanencia de las tropas francesas en esos varios Estados, incapaces de constituirse y defenderse por sí mismos; la necesidad en que se encontraron de seguir el movimiento revolucionario de la Francia imitando sus cambios de constitucion; de aquí provino tambien la ocupacion por la Francia del Piamonte, de Parma y de Toscana, y de aquí nació por fin la dependencia en que despues del tratado de Luneville se hallaron respecto de ella la mayor parte de los Estados de Alemania. Con la elevacion de Bonaparte, el patronazgo ó la influencia de la Francia

(1) Las Casas, t. II p. 410.

sobre todos los países tomó, en perjuicio de sus verdaderos intereses, el aspecto de una dominación real; y la Europa, alarmada por una ambición que parecía insaciable, se levantó contra nosotros, y no tuvo más deseo que hacernos volver á nuestros antiguos límites.

La Holanda fué la primera en reemplazar su constitución directorial por una nueva constitución (17 de octubre de 1801), inspirada por el primer cónsul, en la cual se hallaba más concentrado el poder ejecutivo. Llegó luego á su vez á la república Cisalpina: Bonaparte convocó en Lyon una *consulta* de cuatrocientos cincuenta y dos diputados, y estos redactaron una constitución adaptada á las necesidades del país, en la que se confiaba á un presidente el poder ejecutivo; la consulta ofreció la presidencia al primer cónsul, y este la aceptó (23 de enero de 1802); Melzi, uno de los hombres más ilustrados de la Lombardía, fué nombrado vice-presidente, y dióse á la república el nombre de *Italiana*, cambio que anunciaba la idea de reconstituir la Italia entera en cuerpo de nación. La república de Liguria modificó igualmente su constitución, sujetándose al modelo de la república Italiana, dejando á Bonaparte el cuidado de nombrar su dux (26 de junio).

La suerte del Piamonte y de los ducados de Parma y de Toscana fué distinta: el Piamonte fué en un principio dividido en seis departamentos y sometido á la administración francesa, para ser luego reunido formalmente á la Francia (13 de setiembre); el ducado de Parma quedó interinamente bajo la dominación del anciano duque (9 de octubre); pero al acontecer su muerte, fué sometido á la administración francesa (26 de agosto); la Toscana se erigió en reino bajo el gobierno de Luis I, hijo del duque de Parma, y casado con una infanta de España; mas la isla de Elba fué incorporada á la Francia.

Hacia tres años que la república Helvética era presa de graves turbulencias: la constitución unitaria, atacada por los federalistas y los pequeños cantones, había sido modificada varias veces bajo la presión de las tropas francesas, sin que satisficiera á los oligarcas y partidarios del antiguo régimen que se apoyaban en la corte de Austria. Bonaparte había dado á ambos partidos consejos que no fueron escuchados, hasta que por fin retiró sus tropas conformándose á lo estipulado en Lunéville. Aquella fué

la señal de la guerra civil: los federalistas tomaron las armas, arrojaron de Berna al gobierno que se refugió en Lausana, convocaron una dieta general para consumir la contra-revolucion, é imploraron el auxilio de la Inglaterra (27 de setiembre de 1802). La Francia no podía admitir el restablecimiento del antiguo régimen en un país cuya suerte se halla tan íntimamente ligada á la suya, que son «dos partes independientes de un mismo pueblo;» y á petición del gobierno helvético, el primer cónsul se proclamó mediador en las cuestiones de la Suiza y envió veinte mil hombres á aquel territorio. Los federalistas depusieron entonces las armas, restablecióse interinamente el gobierno, y se reunió en París una consulta de cincuenta y seis diputados para redactar una nueva constitucion. Bonaparte les dirigió las mas sábias instrucciones: «La naturaleza, les dijo, ha hecho vuestro Estado federativo; lo que necesitais es la igualdad de derechos entre los diez y ocho cantones que lo componen; una renuncia de privilegios por parte de las familias patricias, y una organizacion federativa, en virtud de la cual cada canton sea gobernado segun su idioma, su religion, sus costumbres, sus intereses y sus opiniones.» La nueva constitucion, fundada en estos principios, fué proclamada bajo el nombre de acta de mediacion, y una alianza defensiva con la Francia colocó á la Suiza bajo la proteccion que reconoció desde el tiempo de Francisco I, proteccion que jamás ha perjudicado su independenciam, y que parece indispensable á la existencia de la Francia (11 de febrero de 1803). Las antiguas *capitulaciones* militares de los cantones fueron renovadas, y diez y seis mil suizos ingresaron en las filas del ejército francés; el Valais fué separado de la confederacion, y erigido en Estado independiente bajo la proteccion de las tres repúblicas inmediatas; la custodia del camino del Simplon quedó confiada á la Francia.

Celebrada la paz de Luneville, el emperador se habia excusado ante la dieta germánica por haber usurpado un poder que no le competia estipulado en nombre del imperio, y la dieta aprobó su conducta; tocábale á ella pues resolver las indemnizaciones que debian darse á los príncipes despojados en la orilla izquierda del Rhin, resolucion que el Austria deseaba aplazar indefinidamente, en cuanto los Estados eclesiásticos y las ciudades impe-

riales, que debian servir de indemnizacion, se hallaban bajo la mas completa dependencia del emperador, y su destruccion equivalia á la abolicion del mismo imperio germánico. Sin embargo, la mayor parte de los príncipes se dirigieron á Bonaparte para fijar las indemnizaciones sin contar para nada con el Austria, y fueron tantas las intrigas, y tantos los debates que podemos decir que la Alemania se sacó á pública subasta en las oficinas de Talleyrand. La Francia se encontraba en igual situacion que en la época del tratado de Westfalia: debilitando á la casa de Austria, robusteciendo á los príncipes inmediatos á nuestra frontera, debia fundarse en Alemania un nuevo órden de cosas interesado en el triunfo de la república, en cuanto ésta debia servirle de apoyo. Bonaparte hizo intervenir á la Rusia en este asunto, así como en otro tiempo hizo Mazarino intervenir á la Suecia; el primer cónsul esperaba reanudar con Alejandro las relaciones interrumpidas por la muerte de Pablo I, y mientras la dieta deliberaba acerca de las indemnizaciones, negoció separadamente con cada Estado y le señaló su parte. El tratado firmado con la Prusia dió á esta potencia en compensacion del ducado de Cléveris que habia perdido, los obispados de Paderborn, Helderheim, Munster y Erfurth, cinco ciudades imperiales y seis abadías, es decir, el protectorado del norte de Alemania (23 de mayo de 1803). El tratado celebrado con la Baviera dióle, en compensacion de los ducados de Juliers y de Deux-Ponts, los obispados de Wurtzburgo, de Bamberg, de Augsburgo y de Passau, junto con quince ciudades libres y doce abadías (24 de mayo). El celebrado con el Wurtemberg le dió, en compensacion de Montbeliard, nueve ciudades libres y ocho abadías (20 de junio). La abadía de Fulda fué adjudicada como indemnizacion al stathouder de Holanda, cuyo hijo habia ido á París á implorar el favor de Bonaparte; y aumentáronse por fin los territorios de Baden y de Hesse Cassel. Las tropas prusianas, bávaras y wurtemberguesas se apoderaron sin pérdida de momento de aquellas indemnizaciones, antes de que la dieta hubiese tomado decision alguna; y la corte de Viena celebró entonces su tratado particular con la Francia; los obispados de Trento y de Brixen fueron secularizados en beneficio suyo; los obispados de Salzburgo y Aisched fueron cedidos al gran duque de Toscana; el Brisgau se dió al duque de

Módena, y la fundacion del reino de Etruria y las demás modificaciones sobrevenidas en Italia desde el tratado de Luneville fueron reconocidos y garantidos por el Austria (26 de diciembre).

En tanto, los embajadores de Francia y de Rusia presentaron á la dieta un plan de indemnizaciones, que debia aceptar por necesidad (18 de agosto). Creáronse cuatro nuevos electorados en favor de los príncipes de Wurtemberg, de Baden, de Hesse-Cassel y de Salzburgo; y suprimiéronse los tres electorados eclesiásticos, pero el de Maguncia se estableció en Ratisbona en favor del príncipe de Dalberg, que tomó el título de primado de Germania. La revolucion francesa terminaba, pues, la obra empezada por Lutero; no existian ya estados eclesiásticos; el santo Imperio romano no era ya mas que una ficcion, y hasta su nombre debía desaparecer en breve.

§. VI.—*Expedicion de Santo Domingo.*—La cuestion de las indemnizaciones alemanas, la mediacion suiza, la anexion del Piemonte etc., habian dado á la Francia la soberanía de Europa, pero esto no era aun bastante para la ambicion del primer consul; Bonaparte queria que reconquistase en el mar el lugar que habia perdido, y al mismo tiempo, que restablecia su comercio exterior y su marina, proyectaba hacerle recobrar su poder colonial. Para ello envió al coronel Sebastiani á Egipto, á Niza y á las islas Jónicas á fin de reanudar las relaciones mercantiles de la Francia con el Levante; hizo que la España le cediera la Luisiania, envió á la India el general Decaen y el almirante Linois para devolver la vida á los restos de nuestras posesiones, é intentó por fin someter de nuevo á Santo Domingo bajo la dependencia de la Francia.

Desde que la asamblea constituyente decretara que el estado de los hombres de color quedaba á decision de las asambleas coloniales, habia estallado en Santo Domingo la guerra civil entre blancos y mulatos, y los negros la habian aprovechado para sublevarse y dar muerte á sus señores. La asamblea legislativa revocó el decreto; pero los colonos se negaron á obedecer, los mulatos y los negros se unieron contra ellos, y la isla fué teatro de una guerra única en la historia moderna, por los asesinatos é incendios que la acompañaron, y en ella se abismó la colonia mas floreciente del globo. La Convencion dió nuevo pábulo á la anar-

quía, decretando la abolición de la esclavitud; los blancos se vieron entonces perdidos, é invocaron la protección de los ingleses para sustraer el país á las nuevas leyes de la metrópoli hasta la restauración de la monarquía; los mulatos y los negros permanecieron sumisos á la Francia, negándose empero, á obedecer á sus delegados, y conspirando en realidad para lograr su independencia. Los mulatos, mandados por Rigaud, partidario de la metrópoli, eran dueños del sur; y los negros, á las órdenes de Toussaint-Louverture, que fué el «Espartaco predestinado para vengar á su raza,» dominaban en el norte; y los hombres de color, verdadera población de la isla, endurecidos al clima, sóbrios, intrépidos y fanáticos, acabaron en breve de destruir y esclavizar á los blancos, expulsando también á los ingleses, quienes habian empleado 100 millones y cuarenta mil hombres en la conquista de algunas plazas. El Directorio delegó al general Hedouville para reanudar los lazos de la colonia con la Francia; perosolo y sin fuerzas contra hombres medio salvajes y envaneidos con sus victorias, vióse obligado por Toussaint á reembarcarse, y dejó sus poderes á Rigaud, al cual hacia el jefe de los negros una guerra encarnizada. Llegado el 18 de brumario, Bonaparte que vió hallarse de parte de los negros el número y la fuerza, abandonó los mulatos ya civilizados y semi-franceses, nombró á Toussaint comandante en jefe de la isla, y declaró que la Francia reconocía la libertad é igualdad de los negros: Rigaud, sin recursos ni esperanzas, se refugió en Francia; el partido de los mulatos se dispersó, y Toussaint quedó único dueño de la isla. Aquel negro que habia aprendido á leer á cincuenta y cuatro años, hombre de genio que se titulaba el Bonaparte de las Antillas, se apoderó de la parte española de Santo Domingo, restableció el cultivo, protegió á los blancos, mantuvo á los negros en la mas severa disciplina, dividió entre sus soldados las propiedades vacantes, y dió á la colonia una constitucion, haciéndose nombrar gobernador perpetuo (1.º de julio de 1801). Esto equivalia á una declaración de independencia, y Bonaparte, indignado, no viendo en los negros sino esclavos rebeldes, resolvió reconquistar por medio de las armas la importante colonia cuyas exportaciones antes de 1789 ascendian á 168 millones anuales, emplando mil seiscientos buques y veinte mil marineros.

Luego que hubo firmado con la Inglaterra los preliminares de paz, confió á Leclerc, esposo de su hermana Paulina, el mando de una expedicion formidable compuesta de treinta y tres navíos, veinte y una fragata, veinte y seis buques menores y veinte y dos mil hombres (24 de diciembre); las instrucciones secretas que recibiera Leclerc le prescribian resucitar el partido de los hombres de color, desarmar á los negros, y hacer que volvieran á la esclavitud.

Toussaint se preparó para la resistencia: «Tomó las armas, dijo, en defensa de la libertad de mi color proclamada por la Francia; esa nacion no tiene ya derecho para esclavizarlo.» Y ordenó á sus tenientes incendiar cuanto no pudiese ser defendido. El ejército expedicionario desembarcó á la vez en varios puntos, y se apoderó de las principales plazas de la costa, incendiadas en su mayor parte antes de ser evacuadas por los negros; Toussaint concentró sus fuerzas en el interior, pero vencido sucesivamente en ocho combates, perdidas sus posiciones, abandonado por sus tenientes Cristóbal y Dessalines que negociaron con Leclerc mediante la coservacion de sus grados y honores, sometiése y se retiró á una de sus posesiones. Sin embargo, la pacificacion distaba mucho de ser sincera: los negros esperaban para empuñar de nuevo las armas que la fiebre amarilla diezmasa el ejército francés, y se resolvieron á ello al saber la suerte de los negros de la Guadalupe (7 de mayo de 1802). En dicha isla los negros se habian tambien rebelado y hecho dueños de la colonia; y si bien Bonaparte habia dicho: «En Santo Domingo y en la Guadalupe ya no existen esclavos: allí todos los hombres son y serán libres,» envióse á la Guadalupe una expedicion mandada por Richepanse, quien sometió á los negros y restableció la esclavitud. Entonces Toussaint preparó una insurreccion general; pero Leclerc le hizo prender y conducir á Francia, donde murió dos años despues en el castillo de Joux. «Al derribarme, dijo, solo se ha cortado en Santo Domingo el tronco de la libertad de los negros; no tardará en brotar por sus raices.» En efecto, la fiebre amarilla se cebaba en el ejército francés, con tal intensidad, que de treinta y cuatro mil hombres solo quedaban nueve mil quinientos, y de estos siete mil se encontraban en los hospitales; entonces Cristóbal y Dessalines levantaron de nuevo el estandar

te de la rebelion; la guerra empezó de nuevo con todas sus atrocidades, y los franceses debieron concentrarse en las ciudades, mártimas. Leclerc murió en 14 de setiembre, y Rochambeau, su sucesor, recibió en vano algunos refuerzos é intentó recobrar las posiciones del interior: imbuido en todas las preocupaciones de los colonos contra los hombres de color, persiguió á los mulatos los cuales se unieron con los negros, vió frustradas todas sus empresas, y se retiró al Cabo donde fué sitiado. En aquel tiempo rompiéronse las hostilidades entre la Francia y la Inglaterra: los franceses que luchaban por tierra contra los negros, fueron en breve bloqueados por las escuadras británicas, y no tuvieron mas recurso que rendirse á los ingleses ó á los negros. Rochambeau, obligado por Dessalines á capitular, partió con los restos de la colonia, pero fué apresado en el mar por los ingleses. Entouces Santo Domingo quedó definitivamente perdida para la Francia; los negros proclamaron la independencia de la isia bajo el nombre de república de Haiti, y nombraron á Dessalines gobernador general perpetuo (1.º de enero de 1804).

§. VII.—*Rompimiento de la paz de Amiens.—Proyecto de invasion contra la Inglaterra.*—Desde 1789, hallábase dividida la Europa en dos opuestos campos: en el uno se encontraba el pasado, el mundo feudal, los estados del Norte; en el otro, el presente, el mundo moderno, la Francia. Diez año de luchas y esfuerzos solo habían dado por resultado el engrandecimiento de la Francia como estado y como revolucion, y aun despues de obligar á sus enemigos á deponer las armas, continuaba extendiendo su influencia: cuantos trastornos habia causado en la sociedad feudal, en Holanda, en Suiza, en Italia y en Alemania! Cuánto poder material habia adquirido por medio de la dependencia en que tenia á diez estados que solo vivian por ella! Por lo tanto la Francia era detestada por la coalicion del Norte así por su engrandecimiento material como por su propaganda revolucionaria; fuese cual fuese la forma de gobierno que adoptase, república ó monarquía, no cesaba de ser enemiga: en otro tiempo habia empleado para defenderse el entusiasmo popular; ahora recurria á la dictadura para conquistar, y la revolucion al personificarse en un hombre, hacíase mas y mas temible en cuanto adquiria mas unidad, mas fuerza, mas expansion. La paz con la Francia no era

pues mas que una tregua; con ella no habia compromiso ni conciliacion posible, y sus enemigos no abrigaban mas idea que destruirla como estado, que aniquilarla como revolucion. «La Europa, decia el cautivo de Santa Elena, no cesó jamás de guerrear contra la Francia, contra sus principios y contra mí, y fuerza nos era derribar siempre sopena de ser derribados. La coalicion existió siempre, pública ó secreta, reconocida ú oculta (1).»

Al frente de la coalicion se hallaba como es de presumir aquella aristocracia feudal, á quien ha cabido en suerte tan glorioso destino, aquella que ha legitimado su grandeza con la grandeza de su país, aquella que se considera menos como una aristocracia de raza respecto de su poblacion doméstica, que como una aristocracia de nacion respecto de la masa plebeya de las naciones extranjeras. La nobleza británica detestaba á la Francia, no solo por sus conquistas políticas y revolucionarias, sino tambien por un motivo enteramente inglés: habia creído «miserable, salvaje y encenegada en el lodo á aquella nacion de ateos, decian los periódicos, que habia abolido hasta el matrimonio;» y despues de la paz de Amiens la encontraba feliz, civilizada, poseida de ardor en favor de las artes, la industria y el comercio; indignábase al ver mantenidas las prohibiciones sobre las mercancías inglesas, al considerar que mil quinientos buques franceses recorrian ya los mares, que el poder colonial de la Francia era restablecido por manos de un hombre que podria en menos de cinco años lanzar contra la Gran Bretaña trescientos buques de guerra. «Como, decia al saber la expedicion de Santo Domingo, el pabellon francés surca libremente los mares que por tanto tiempo le han estado cerrados! El ministerio es culpable de alta traicion! —La prueba está ya hecha, añadió; la conservacion de una paz que deja á cada nacion la facultad de reglamentar su comercio á su capricho, es una conspiracion europea contra el poder británico; solo la guerra, al devolvernos una navegacion exclusiva, puede librarnos de una competencia que nos arruina!»

La oligarquía inglesa pedia, pues, la guerra, y pidióla con tanto furor que el ministerio Addington, aunque salido de sus filas, la comparaba á «una jauria de perros hambrientos.» Sus periód-

(1) Las Casas, t. II p. 407.

dicos estaban llenos de invectivas contra la Francia y Bonaparte, su oro agitaba al resto de los emigrados, sus agentes aprovechaban en el continente todos los elementos de discordia: «aves de mal agüero, decía el *Monitor*, llevan á todas partes la señal de la carnicería y de la devastacion, y provocan desde el seno del lujo y de las riquezas, la matanza de los restos de nuestra generacion.» Finalmente declamaba sin cesar contra la violacion de los tratados á causa de la presidencia de la república italiana, de la anexion del Piamonte, de la mediacion suiza, y de las indemnizaciones alemanas; Bonaparte contestaba que la presidencia de la república italiana le habia sido conferida, que la anexion del Piamonte se habia verificado de hecho antes del tratado de Amiens, y que por lo tanto la Inglaterra habria debido reclamar al celebrarse el tratado; que los asuntos de Suiza y de Alemania eran referentes al tratado de Luneville, que la Inglaterra no habia reconocido, al paso que el emperador, única parte contratante en el mismo, habia felicitado al cónsul por su mediacion en Suiza, y estipulado con él acerca de la Alemania. Bonaparte reconvino además á la Inglaterra por conservar contra los formales pactos del tratado de Amiens, Malta, el Cabo y Gorea, mientras que la Francia habia evacuado Nápoles y Portugal, y exigió que el gabinete inglés pusiese freno á la licencia de la prensa, que desterrase de Inglaterra á los Borbones, á Georges y á los demás emigrados convictos de asesinato, y que cumplierse en fin puntualmente las cláusulas del tratado de Amiens.

El gabinete británico contestó á esas demandas con acusaciones vagas, recordando hechos de muy remota fecha, y buscando, como reconocia él mismo, motivos simulados. La publicacion de la memoria de Sebastiani sobre el estado del Levante, fué para él una fortuna; pretendió que la Francia trataba de reconquistar el Egipto, fundándose en que aquel enviado habia sido recibido en Oriente con grandes aclamaciones; declaró que no devolveria la isla de Malta, y pidió la cesion de la misma en compensacion del engrandecimiento de la Francia. «Preferiria veros dueños del arrabal de San Antonio que de Malta,» dijo Bonaparte al embajador Withworth. Abriéronse negociaciones, y si bien se observaba que tomaban por ambas partes un giro muy poco amistoso, nadie imaginaba que para conservar una roca que

habian jurado devolver, quisiesen los ingleses precipitarse en una guerra que solo podia ser á muerte. «El poder británico, decia Fox al parlamento, es mayor de lo que yo desearia; ¿pero es esto motivo suficiente para encender otra vez la guerra?. La guerra no es el grito del pueblo inglés; lo supone así una coalicion de nobles, de escritores y de agiotistas; mas el deseo de la nacion es el mantenimiento de la paz.» Esto no obstante, el rey pidió de improviso al parlamento subsidios de hombres y dinero (8 de marzo de 1803) «con motivo de los considerables preparativos que se hacian en los puertos de Francia y de Holanda.» Semejante acto produjo en Europa el efecto del rayo; la Francia no habia hecho preparativo alguno, y por el contrario, «cifraba su gloria, segun escribia Talleyrand, en que la cogieran desprevenida.» Bonaparte quedó admirado al ver un rompimiento que de nuevo ponía en tela de juicio el porvenir de la revolucion: «Los ingleses quieren la guerra, dijo á Withworth; pero si son ellos los primeros en sacar la espada, seré yo el último en volverla á la vaina. Es posible dar muerte á la Francia, pero intimidarla jamás!» Esto no obstante hizo grandes esfuerzos para conservar la paz, y mientras las escuadras inglesas habian salido ya al mar, se limitó á contestar á las intimaciones del embajador que le concedia treinta y seis horas para aceptar su *ultimatum*, pidiendo la entrega de Malta en poder del emperador de Rusia. «Ratificaré, decia, cuanto decida en la presente cuestion S. M. I.» El gabinete inglés pretendió que Alejandro se negaba á aceptar en depósito la isla; el embajador ruso sostuvo lo contrario, y Withworth sin dar contestacion alguna, pidió por tres meses sus pasaportes, y partió (13 de mayo). El almirantazgo británico confiscó sin pérdida de momento los buques franceses y bátavos, botó al mar sus escuadras en persecucion de los que navegaban bajo la fe de los tratados, y capturó mil doscientos buques con sus tripulaciones y pasajeros, adquiriendo de este modo mas de 200 millones. Bonaparte reclamó contra semejante violacion del derecho de gentes, y se le contestó ser aquella una costumbre inglesa; preciso era, pues, demostrar á los insulares que el abominable privilegio que se arrogaron en 1748, en 1778 y en 1792, no les ponía al abrigo de las represalias, y dióse orden de reducir á prision á cuantos súbditos varones de la corona británica se ha-

Basen en Francia (22 de mayo), y de retenerles como rehenes hasta que fuesen puestos en libertad los franceses aprisionados antes de la declaracion de guerra.

El rompimiento de la paz de Amiens es uno de los acontecimientos mas importantes de la historia; abrió una nueva era á la revolucion, la de la dictadura imperial y de la dominacion francesa en el continente; emprende la marcha de la especie humana, y es en fin la *guerra eterna!* Bonaparte lo comprendia asimismo, y dijo con amargura: «No podemos existir sino con las armas en la mano, y fuerza nos es hacer la guerra puesto que nadie está contento. Nos obligan á conquistar para conservar!» Sin pérdida de momento se ocupó en cerrar el continente á los ingleses; prohibió admitir en los puertos de Francia las mercancías inglesas y á los buques procedentes de Inglaterra ó que hubiesen hecho escala en un puerto británico, é hizo ocupar á la Francia las posiciones que ocupaba antes del tratado de Amiens. Quince mil hombres, mandados por Gouvion-Saint-Cyr, penetraron en el reino de Nápoles y ocuparon Tarento, Otranto y Brindis (14 de junio); Tarento fué fortificada y se convirtió en el arsenal marítimo de la Italia; la Toscana recibió fuertes guarniciones, y su defensa se combinó con la de las islas de Córcega y de Elba; Alejandría, que Bonaparte consideraba como la llave de Italia, se convirtió en un campamento atrincherado, pudiendo contener un ejército entero; la Holanda fué ocupada por treinta mil hombres, y su escuadra puesta en seguridad en la rada de Helvoet-Sluys; y finalmente, catorce mil franceses, mandados por Mortier, entraron en el Hannover, defendido por veinte y dos mil hombres, arrollaron á estas tropas, y despues de algunos combates de escasa importancia, las obligaron á firmar una capitulacion, por la cual quedó el país ocupado por los soldados de Francia (5 de julio). Los soldados hannoverianos se retiraron sin armas á sus hogares, y los oficiales quedaron prisioneros bajo palabra de honor; quinientos cañones, cuarenta mil fusiles y tres millones de cartuchos cayeron en poder de los vencedores; las bocas del Ems y del Weser quedaron cerradas para el comercio británico, y el primer cónsul manifestó que conservaria el Hannover mientras la Inglaterra no devolviese Malta.

Las escuadras inglesas cubrian todos los mares, nuestras co-

lonias se hallaban amenazadas, y Bonaparte debió estrechar su defensa marítima; dejó las islas de Borbon y de Francia bajo la custodia de Decaen, envió refuerzos á la Guadalupe y á la Martinica, y cedió la Luisiana á los Estados-Unidos mediante el pago de 240 millones y la promesa de que seria admitida en la confederacion americana (31 de abril). Al mismo tiempo resolvió realizar su proyecto de invadir la Inglaterra, y en su consecuencia dió principio á grandes armamentos y ordenó la formacion de un numeroso ejército en las costas de la Mancha. Los departamentos y las ciudades votaron á porfia buques y cañones; los puertos de Boloña, de Etaples y de Ambleteuse fueron ensanchados y fortificados para convertirse en centro de los preparativos, y desde Brest hasta Flessinga todos los puertos y las desembocaduras de los rios fueron otros tantos astilleros y arsenales. Bonaparte inspeccionó en persona las costas de la Mancha, y su viaje fué un continuo triunfo en que la Bélgica rivalizó en entusiasmo con los antiguos departamentos; el primer consul activó los armamentos, dictó disposiciones sobre todos los puntos como compra de materiales, colocacion de baterías, apertura de canales, reuniones de buques, marchas de tropas etc., y deteniéndose en Amberes resolvió hacer de aquella plaza un vasto y seguro arsenal. «Conviene, dijo, que esta ciudad aproveche las inmensas ventajas de su excelente posicion entre el Norte y el Mediodía, de su rio magnífico y profundo; es preciso que sea la quinta ó sexta plaza mercantil del mundo.»

Los ingleses hicieron inmensos preparativos de defensa; defendiéronse con soldados y baterías todas las bahías y bocas de los rios; cerróse la entrada del Támesis por medio de una línea de navios; formóse un campamento de sesenta mil hombres en los condados del Mediodía; preparóse una leva en masa; mináronse los caminos y los puentes, y se mandó incendiarlo y arruinarlo todo ante los pasos de los franceses. La Inglaterra contaba entonces para su defensa quinientos once buques de guerra, seiscientas ochenta cañoneras, ciento veinte y tres mil hombres de marina, ciento ochenta mil de tropas de tierra, y doscientos ochenta mil de milicias; pero esto no bastaba para tranquilizarla contra el genio audaz de Bonaparte, y el gabinete pensó, para conjurar el peligro, formar una coalicion de las

potencias del Norte, que ya habian dejado oír sus reclamaciones con motivo de la ocupacion del Hannover y de Nápoles. Su voz fué escuchada favorablemente en Rusia, cuya aristocracia tenia con la inglesa comunidad de intereses; la corte de Viena acogió sus proposiciones con mas reserva, pero no con menos deseos de acceder á ellas, y hasta la Prusia prestó oído á sus excitaciones rechazando las ofertas de Bonaparte que le brindaba con el Hannover en cambio de su alianza. El gobierno británico dirigióse luego á las potencias secundarias; seguro ya de Nápoles, púsose de acuerdo con la Suecia, gobernada por un príncipe encadenado á la Rusia; vióse desairado por la nacion portuguesa que se declaró neutral, pagando á la Francia un tributo de 48 millones, é intentó por fin seducir á la corte de España; Bonaparte, empero, amenazó al príncipe de la Paz con arrancarle su poder, y el ministro, despues de rescatar por medio de un tributo anual de 72 millones de francos el contingente en hombres con que la España debia auxiliar á la Francia, se declaró neutral.

§ VIII.—*Conspiracion de Georges, Pichegru y Moreau.—Muerte del duque de Enghien.*—La coalicion quedaba bosquejada, pero mientras llegaba el tiempo de obrar, el gabinete británico continuó la sorda guerra que habia hecho siempre á la revolucion; renovó las sangrientas escenas de la Vendée, favoreció todas las turbulencias que podian producir la disolucion social de la Francia, y tramó conspiraciones contra la vida del primer cónsul en union con Georges, Pichegru y otros refugiados en Lóndres (1). Pichegru, que habia logrado evadirse de Cayena, púsose á sueldo de los ingleses, tomó parte en todas las maquinaciones contra la Francia, y hallábase de acuerdo con Georges para marchar á París, reunir allí doscientos chuanes, dar muerte al primer cónsul y restaurar á los Borbones; pero como no creia posible la contra-revolucion sin el apoyo de un general influyente en el ejército y en la pública opinion, habíase dirigido á Moreau. Este, que desde el 18 de brumario, hacia al gobierno una oposicion mezquina, que servia de centro á

(1) «Los ministros, dice Walter Scott, dieron crédito con harta facilidad á las promesas y á los planes de individuos que, harto exaltados para apreciar el verdadero estado de las cosas, exageraban además sus esperanzas al dirigirse al gobierno británico.» T. V. P. 68).

todos los descontentos, y que habia tomado la actitud de un republicano perseguido por César, dió oídos á las proposiciones de Pichegru, no para restaurar á los Borbones, sino para derribar á Bonaparte. Georges, Pichegru, ambos hermanos Polignac, Riviere y otros varios se embarcaron sucesivamente en un buque de la marina real inglesa, abordaron á Dieppe con el mayor sigilo, y se dirigieron á París (21 de agosto de 1803); al mismo tiempo dióse á los emigrados la orden de reunirse en las márgenes del Rhin; y el duque de Enghien, nieto del príncipe de Condé, fué á residir en el país de Baden, «á fin, dice Walter Scott, de hallarse pronto para ponerse al frente de los realistas del Este, y hasta de los de París si se presentaba ocasion propicia.» El duque de Berry debia desembarcar en el Oeste, y el conde de Artois se dispuso para marchar á la capital; pero despues de seis meses de expectativa, los conjurados no habian logrado reunir su banda de chuanes, ni ponerse de acuerdo con Moreau, que solo deseaba derribar al cónsul para ocupar su lugar. Esto fué su perdicion; la policia, aunque no se hallase dirigida por Fouché, del cual Bonaparte desconflaba por sus relaciones con el resto de los jacobinos, tuvo noticia de la trama, de la que se hablaba sin rodeos en el extranjero; uno de los conspiradores fué preso y reveló la presencia de Georges y de Pichegru en París, lo mismo que la complicidad de Moreau. Bonaparte no acertaba á volver en sí de su sorpresa: «El único hombre que podia inspirarme inquietud, dijo, el único que podia luchar contra mí, perderse tan miserablemente!» Preso Moreau (15 de febrero de 1804) quedó París sumido en el estupor; el ejército de Alemania tomó una actitud hostil, y la opinion pública acusó á Bonaparte de querer perder por celo al vencedor de Hohenlinden. Sin embargo la policia descubrió y arrestó en breve á Pichegru, á Georges, á los Polignac, á Riviere y á otros cuarenta y dós: Pichegru lo negó todo; Georges declaró que su intento era dar muerte á Bonaparte lanzándose contra su escolta, pero «que esperaba para obrar la llegada de un príncipe;» Moreau escribió al cónsul una carta humilde y poco acertada, en la que confesó haber recibido proposiciones para derribar al gobierno, y que si bien las habia rechazado, la amistad que con Pichegru le unia le habia impedido revelarlas. La Francia

entera se indignó al saber la conjuración; innumerables exposiciones suplicaron á Bonaparte que velase por su seguridad que era la de la nación, y un senado-consulta privó al jurado del conocimiento de los crímenes de alta traición y de atentado contra la persona del primer cónsul.

Bonaparte era presa de viva exasperación: á cada momento llegaban á sus oídos rumores de asesinato, sabía que los Borbones no se proponían otro objeto que quitarle la vida, que los embajadores ingleses en Munich y en Stuttgard tramaban conspiraciones contra él, y finalmente que los conjurados, según ellos mismos habían declarado, solo esperaban á un príncipe para obrar. De repente sabe que el duque de Enghien se halla en Ettenheim, á cuatro leguas de la frontera, teniendo á su lado á Dumouriez (1); cree que es aquel el príncipe esperado: «Soy acaso un perro al que puede darse muerte por la calle mientras que mis asesinos han de ser sagrados para mí?» y en un acceso de cólera, aprovechando la ocasión de sembrar el terror entre los Borbones, manda prender al duque de Enghien en territorio bávaro. El príncipe, sorprendido durante la noche por un pelotón de dragones mandados por el general Ordener (16 de marzo de 1804), conducido á Estrasburgo y desde allí á Vincennes, sometido á una comisión militar presidida por el general Hullin, interrogado, juzgado, condenado en cuatro horas, y fusilado al momento (21 de marzo). El día siguiente París supo con sorpresa la prisión, el juicio y la muerte del príncipe, y se condenó con amargura aquel mísero proceso sin testigos y sin defensor, aquel suplicio misterioso y precipitado, aquel sangriento golpe de Estado contra el último vástago de la ilustre familia de Condé. La nobleza experimentó suma indignación, y muchos de sus miembros abandonaron á Bonaparte, al paso que los jacobinos vieron en aquella ejecución revolucionaria una prenda contra el regreso de los Borbones, un rompimiento completo con el pasado y una aprobación de los más terribles actos de la Convención. En efecto, el asesinato del duque de Enghien, fué para Bonaparte un acto de montañés sin la excusa de la pasión, acto

(1) Era *M. de Thurner*; pero el espía alsaciano enviado á Ettenheim pronunció este nombre de modo que se creyó ser Dumouriez. Este se encontraba entonces en Hamburgo.

cuya responsabilidad asumió entera sobre sí, que creyó legítimo y del que no se arrepintió jamás: «Hice prender y juzgar al duque de Enghien, dice en su testamento, porque así era necesario á la seguridad, al interés y al honor del pueblo francés, cuando el conde de Artois, según confesión propia, mantenía sesenta asesinos en París. En circunstancias semejantes obraría del mismo modo (1).»

El día que siguió á la catástrofe, el *Monitor* patentizó al gabinete británico su complicidad en la conjuración, publicando las cartas de Drake y de Spencer-Smith, embajadores de Inglaterra en Munich y en Stuttgart, de las cuales se desprendía que dichos ministros pagaban y dirigían asesinos contra el primer cónsul, al mismo tiempo que eran promovedores de la guerra civil, quienes entre otros medios, debían hacer volar los polv. rines.

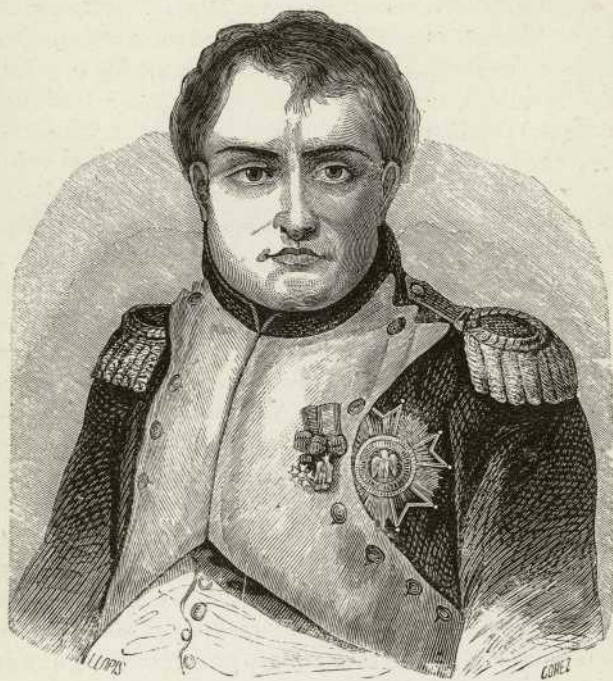
Esas cartas fueron comunicadas á todo el cuerpo diplomático y enviadas á los electores de Baviera y de Wurtemberg, los cuales ordenaron á Drake y á Spencer-Smith que salieran de sus Estados.» Semejante prostitución, dice Talleyrand, del más honroso cargo que puede confiarse á hombres, no tiene ejemplo en la historia de las naciones civilizadas;» pero el ministerio inglés hizo rebosar la medida, justificando á sus agentes ante el parlamento, admitiendo los principios que guíaran á los mismos, y declarando que habían obrado según el derecho de gentes. «Un gobierno prudente, dijo, debe en beneficio de sí mismo y del mundo en general, aprovechar cualquier agitación que se produzca en el país con el cual pueda hallarse en guerra, y favorecer por lo tanto los planes de los descontentos.»

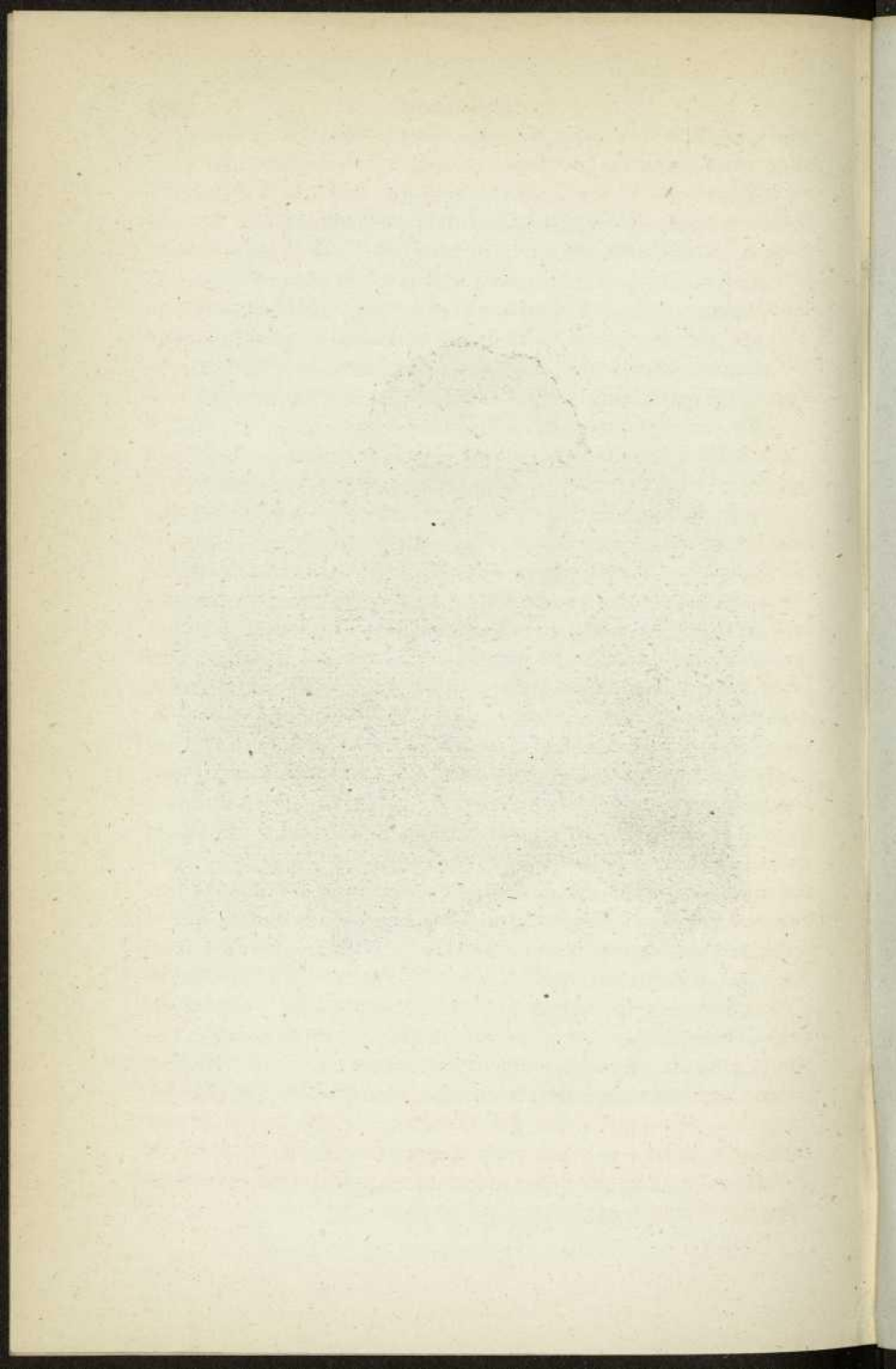
Pichegru, Georges, Moreau y sus cómplices fueron sometidos al tribunal criminal de París. El primero conoció ser desesperada su situación, y no pudiendo sufrir su alma la idea del suplicio, se ahorcó en su calabozo; el segundo conservó toda su audacia

(1) Dice en sus Memorias, t. II, p. 341: «La muerte del duque de Enghien debe atribuirse á las personas que mandaban y dirigían desde Londres el asesinato del primer cónsul, y que habían formado el plan de hacer entrar en Francia al duque de Berry por la costa de Biville y al duque de Enghien por Estrasburgo. Debe ser atribuida también á los que se esforzaron en presentarle como jefe de la conjuración, y finalmente, á los que arrastrados por un celo criminal, no esperaron las órdenes del soberano para ejecutar el fallo de la comisión militar.»

de chuan, y al confesar la conspiracion, procuró disculpar á sus compañeros. En cuanto á Moreau, nadie queria dar crédito á la traicion de tan gran ciudadano; creíase ver en la acusacion el odio personal del primer cónsul contra un rival famoso y el último de los generales republicanos; Lecourbe, Macdonald, el ejército de Alemania entero proclamaban en alta voz los servicios y la inocencia del acusado; solo Bonaparte empleó en hacerle condenar, para tener el derecho de humillarle con el perdon, un ardor que no quedó justificado hasta 1813, cuando Moreau cayó en las filas de los enemigos de la Francia, muerto por una bala francesa. Georges, Riviere, Armando de Polignac y otros diez y siete acusados, fueron condenados á muerte; Moreau, Julio de Polignac y otros tres á prision, y quince fueron absueltos (10 de junio de 1804). Napoleon hizo gracia á Riviere, á Polignac y á otros siete: Georges y diez de sus cómplices fueron ejecutados; Moreau solicitó que se le conmutase en destierro la pena de prision, y partió para los Estados Unidos. Moreau no debió semejante gracia á Bonaparte primer cónsul, sino á Napoleon emperador: el postrer esfuerzo del antiguo régimen contra el representante de la revolucion le habia elevado al trono.

§. IX.—*Napoleon emperador.*—Bonaparte habia comprendido el terrible porvenir que ante él abria el rompimiento de la paz de Amiens: preparábase una lucha sin fin entre la Francia, encargada de los destinos del mundo, y la Inglaterra, campeón del pasado, apoyo de todos los intereses feudales, obstáculo para la regeneracion universal. Para tan inmensa lucha era insuficiente la dictadura consular, porque heredera del Directorio y de la Convencion, llevaba en sí algo de precario, de violento y de desordenado: era necesario un régimen mas regular, mas disciplinado, mas definitivo; era preciso, cosa prevista é inevitable, que la revolucion se hiciese hombre; la dictadura imperial era la última trasformacion que debia tomar la fuerza revolucionaria. La conspiracion de Georges fué la ocasion de tan gran cambio. « El peligro que ha corrido el jefe del gobierno, decia Fontanes presidente del cuerpo legislativo, no habrá hecho mas que aumentar su fuerza, advirtiéndole á todos los intereses que se agrupan á su alrededor. El proyecto de un gran crimen hará comprender mejor la necesidad de apoyar mas y mas los destinos de este





vasto imperio en la columna que lo sostiene todo.» Lo mismo creía la opinion general: se deseaba estabilidad ante todo. Es necesario volver al año 89 purificado de los excesos que le siguieron, decian unos; la Europa, añadian otros, respetará mas á la revolucion cuando se escude en el brillante título dado á su glorioso jefe; y en fin la mayoría de la nacion opinaba que « el gobierno hereditario de uno solo que, superior á todos, inclinase sus haces ante la expresion de la voluntad soberana del pueblo, » consolidaria los intereses, las fortunas, las existencias nuevas, consagraria las sociales y verdaderas conquistas de la revolucion, y restableceria á la Francia en la comunidad europea.

Los ánimos se hallaban dispuestos para el cambio, y los grandes cuerpos del Estado que, impulsados por Fouché, se encargaron de darle un color legal, lo hicieron con un servilismo que manifestaba cuanto halagaba á las pasiones ambiciosas el restablecimiento de la monarquía. Con motivo de las cartas de Drake, el senado dirigió una exposicion al cónsul, suplicándole que die- ra á los franceses instituciones que pudiesen sobrevivir á su autor, y « prolongar en favor de los hijos lo que él habia hecho en favor de los padres. » La señal estaba ya dada, y las autoridades departamentales, los tribunales y el ejército, pidieron el establecimiento del gobierno hereditario. « La Francia os considera como su segundo fundador, decian los soldados; encadenad vuestros destinos á los del imperio creado por vuestro genio. El título que fué en otro tiempo entre el pueblo soberano del mundo el simbolo y premio de la victoria, es el único digno del gran capitán que cuenta tantos triunfos como combates... El título de emperador que llevó Carlomagno pertenece de derecho al que le resucita á nuestros ojos como legislador y como guerrero. » Así las cosas, difundióse el rumor de que el ejército iba á proclamar á Bonaparte; el tribunado quiso tomar la iniciativa, y á propuesta de Curée emitió el deseo de que el gobierno de la república se confiase á un emperador hereditario (2 de mayo de 1804); el cuerpo legislativo se hizo eco de esa manifestacion, y el senado, en un senado consulto que fué discutido por una comision con asistencia de los tres cónsules, y que era en realidad una nueva constitucion, declaró á Napoleon Bonaparte *emperador de los franceses* (18 de mayo).

La dignidad imperial era hereditaria de varón en varón por orden de primogenitura, y José y Luis Bonaparte (1) debían suceder á Napoleon á falta de herederos varones. Creáronse seis grandes dignatarios perpetuos que debían formar el gran consejo del imperio, á saber: el gran elector, el archicanciller del imperio, el archicanciller de Estado, el archi-tesorero, el condestable y el gran almirante; pomposos títulos, desprovistos de todo poder y aun de todo cargo, con que fueron adornados José Bonaparte, Cambacères, Eugenio Beauharnais, Lebrun, Luis Bonaparte y Murat. Creáronse además grandes oficiales del imperio, y entre ellos algunos mariscales, dignidad del antiguo régimen, pero muy popular, y á ella fueron elevados Berthier, Murat, Moncey, Jourdan, Massena, Augereau, Bernadotte, Soult, Brune, Lannes, Mortier, Ney, Davoust, Bessieres, Kellermann, Lefebvre, Perignon y Serrurier. El poder legislativo quedó confiado al senado y al consejo de Estado, siendo el tribunado y el cuerpo legislativo asambleas puramente consultivas; la representación nacional perteneció en realidad al gobierno: cuatro años despues, cuando el tribunado ya no existía, Napoleon explicaba del modo siguiente el *orden de nuestras constituciones*: «El primer representante de la nación es el emperador; la segunda autoridad representante es el senado; la tercera, el consejo de Estado que posee atribuciones verdaderamente legislativas, y ocupa el cuarto lugar el cuerpo legislativo, que debería llamarse mejor *consejo* legislativo, puesto que carece de la facultad de hacer leyes (2).»

El establecimiento del régimen imperial excitó gran sor-

(1) Luciano y Gerónimo fueron excluidos de la sucesion imperial por haber contraido matrimonio sin consentimiento de su hermano; el primero con una viuda, la señora Joubertol, y el segundo con miss Paterson, hija de un comerciante de los Estados- Unidos. El primero no quiso abandonar á su esposa, y permaneció apartado de Napoleon, atribuyendo su desgracia á sus sentimientos republicanos; el segundo permitió que se anulase su matrimonio, y se reconcilió con su hermano quien le nombró capitán de navio y le condujo varias expediciones maritimas. José se hallaba casado hacia mucho tiempo con cierta señorita Clari hija de un comerciante de Marsella. Luis se casó con Hortensia Beauharnais, hija de Josefina. De las tres hermanas de Napoleon, Elisa se casó con M. Bacciocchi, la viuda de Leclerc con el principe Borghese y Carolina con Murat.

(2) *Monitor* del 15 de diciembre de 1808.

presa y poco entusiasmo; los hombres del año 89 que solo habian visto en la revolucion la causa de una constitucion; los hombres del 93 que la habian creído terminada al fundarse la república, deploraron igualmente un suceso que les parecia reproducir el régimen antiguo: error muy legítimo en hombres que tantos sacrificios habian prodigado á la causa revolucionaria. La revolucion, empero, y fuerza es repetirlo sin cesar, era menos política que social, y por lo tanto el imperio fué un progreso revolucionario, pues si suspendia la libertad en beneficio de una grande ambicion, favorecia tambien á la sociedad nueva que iba á fundarse de un modo mas completo en el interior y á propagarse mas rápidamente en el exterior por medio de la dictadura militar. Veremos á Napoleon cometer graves faltas, fundar una dinastía, renovar una nobleza feudal, dividir su tálamo con la hija de los césares, actos todos odiosos para la revolucion; pero en vano creia y decia sin cesar que él era el restaurador de la monarquía; el pueblo, la Europa jamás lo creyó, y á pesar del manto de Carlomagno con que procuraba cubrir su capoton plebeyo, fué siempre la revolucion desarmada y el jacobinismo sentado en el trono.

LIBRO III.

IMPERIO (1804-1814).

CAPÍTULO I.

Tercera coalicion.—Campana de 1805.—Paz de Presburgo.—Desde el 18 de mayo de 1804 hasta el 26 de diciembre de 1805.

§ I.—*Estado de la Europa.—Pitt vuelve al ministerio.—Campamento de Boloña.*—El jefe de los Borbones, retirado entonces en Varsovia, hizo contra la nueva dignidad de Bonaparte una protesta en la que revelaba la opinion secreta de los reyes contra la nueva forma tomada por la revolucion. Napoleon publicó

la protesta en el *Monitor* (1); pero todos los soberanos, excepto los de Rusia, de Suecia y de Inglaterra, se apresuraron á saludar á la nueva y extraña majestad que se presentaba en su familia. El rey de España les dió el ejemplo, el rey de Prusia le imitó, y la corte de Viena, á pesar de haber hecho algunas promesas al gabinete británico, hizo otro tanto luego que Francisco II hubo erigido sus Estados hereditarios en *imperio de Austria* «para conservar la igualdad, decia, con la nueva casa de Francia, y ponerse al nivel de los principales monarcas de Europa por lo que toca á los títulos» (10 de agosto de 1804).

La Rusia buscaba pretextos de guerra: hábia tomado el luto por la muerte del duque de Enghien, notificado á la dieta de Ratisbona que consideraba la violacion del territorio badés como «un ataque criminal contra el derecho de las naciones,» y entablado con Napoleon negociaciones relativas al mismo asunto, que presagiaban un inminente rompimiento. No se contentó, empero, la Rusia con quejas y reclamaciones, impulsada por su compasion hácia un príncipe asesinado y por su solicitud por un territorio violado, sino que exigió en breve la evacuacion del Hannover y del reino de Nápoles, el restablecimiento del rey de Cerdeña, etc., y retiró su embajador (18 de agosto). El rey de Suecia, Gustavo IV, que, como su antecesor, se presentaba como campeón de las ideas dinásticas, declaróse tambien enemigo del

(1) La protesta dice así. «El nuevo acto de una revolucion en la que todo es nuevo desde su origen, no puede sin duda alguna perjudicar mis derechos; pero responsable de mi conducta ante los soberanos todos, cuyos derechos se verian menoscabados como los míos, creeria, guardando silencio, hacer traicion á la causa comun. Declaro por lo tanto, despues de renovar mis protestas contra todos los actos ilegales que desde la abertura de los estados generales de Francia, han sido causa de la espantosa crisis en que se encuentran la Francia y la Europa, que, léjos de reconocer el título imperial que Bonaparte se ha hecho conferir por un cuerpo que no tiene existencia legitima, protesto contra el mismo título y los actos subsiguientes á que podria haber lugar.»—«El interés de los pueblos, añadió el *Monitor*, crea á los reyes, la fuerza nacional les sostiene, y cuando no tienen en su favor ni al uno ni á la otra, confúndense otra vez entre la multitud... La revolucion ha puesto entre la Francia y los Borbones un sauro de diamante... La instabilidad del gobierno en medio de los triunfos de la república halagaba todavia las esperanzas de los Borbones; pero en el dia en que se ha elevado la dignidad imperial sobre las ruinas de la monarquía, en que los nuevos intereses tienen todos un centro fijo, todo ha terminado para los Borbones.»

señor Bonaparte, y firmó con el gabinete británico un tratado de subsidios y de comercio (7 de setiembre). En Inglaterra, el rompimiento del tratado de Amiens había producido como era de esperar la caída del ministerio Addington (12 de mayo), y Pitt y los mas ardientes torys recobraron la direccion de los negocios «luego que la nacion hubo satisfecho su capricho de la paz;» entonces comunicóse nuevo impulso á las negociaciones con la Rusia, el Austria y la Prusia, á fin de sublevar á la Europa entera, concluir con la revolucion «que no había cambiado de ideas por haber cambiado de traje,» y volver la seguridad al mundo. Al mismo tiempo tomó la guerra un carácter de extrema violencia: un decreto del consejo declaró en estado de bloqueo los puertos franceses desde Fecamp á Ostende; un acto inaudito obligó á la España, cuya neutralidad había sido reconocida por la Inglaterra, á declararse enemiga: cuatro galeones que conducian 32 millones de duros fueron apresados por una escuadra inglesa, y conducidos á Lóndres, excepto uno que se fué á pique en el combate (15 de octubre). El parlamento dió un grito de horror al saber la suerte «de aquellas trescientas víctimas asesinadas en tiempo de paz, por la codicia que á la Inglaterra inspiraban los duros españoles;» pero Pitt contestó dando «la orden de echar á pique los buques españoles que excediesen de cien toneladas, de enviar los demás á Malta, y de incendiar las radas y los puertos de España.» Indignada la nacion española pidió la guerra á grandes gritos, y el principe de la Paz firmó con la Francia un tratado de alianza que puso á disposicion del imperio treinta navíos de línea (12 de diciembre de 1804).

En tanto continuaba Napoleon sus amenazadores armamentos contra la Inglaterra; habíanse formado siete campamentos en las costas de la Mancha, y en ellos se amalgamaron los varios ejércitos de la república para adquirir la unidad de espíritu y de movimientos que tantos prodigios engendró, convirtiéndoles en el *grande ejército* conquistador de Europa. La escuadrilla constaba ya de mil ochocientos buques, en los cuales podian embarcarse en treinta horas ciento veinte mil hombres; todos los esfuerzos de los ingleses para impedir su reunion, como bombardeos, trulotes y combates se habían frustrado. El emperador que inauguró su nueva dignidad en medio de sus soldados (19

de agosto), hizo la primera distribucion de cruces de la Legion de honor en una imponente ceremonia que excitó indecible entusiasmo, inspeccionó todos los trabajos, mandó ensayar todas las maniobras de embarque, y asistió á varios combates de la escuadrilla contra las escuadras inglesas, en uno de los cuales ciento cuarenta y seis barcos chatos y chalupas cañoneras derrotaron á catorce navíos de línea. La Inglaterra creyó llegado el momento de la invasion, y cubrió la Mancha con sus naves, armó todas sus milicias y guarneció todas sus costas; pero el emperador no pensaba en trabar un combate naval con dos mil *cáscaras de nuez* contra doscientos buques de alto bordo; queria que los navíos facilitasen á su escuadrilla el paso de la Mancha, y «mientras que el mundo entero tenia fijos los ojos en las embarcaciones menores, mientras que el enemigo se hallaba persuadido de que se proponia atravesar el estrecho por medio de la sola fuerza militar de su escuadrilla,» mientras que se olvidaban los navíos que tenia la Francia diseminados é inmóviles en sus puertos á grandes distancias, trabajaba con prodigiosa actividad en reunir una escuadra. Excitaba el ardor de la marina española y holandesa; formaba un plan de campaña marítimo que es una de las mas grandes producciones de aquel genio emprendedor, plan muy complicado, pero cuyas diversas partes se hallaban de tal modo combinadas, que dejaban muy poco que hacer á la casualidad. «Seamos dueños del estrecho durante seis horas, escribia á Latouche-Treville, marino tan inteligente como valeroso, á quien reservaba el mando de la escuadra, y seremos dueños del mundo.»

§. II.—*Consagracion del Emperador.—Corte imperial.—Proposiciones de paz.—Fundacion del reino de Italia.—Reunion de Génova á la Francia.*—Todo esto exigia tiempo, y viendo Napoleon que debia aplazar la invasion para el año siguiente, trató de consolidar su poder en el interior, y de tomar en el exterior una posicion mas y mas formidable. El establecimiento del imperio habia sido sometido á la sancion popular, y entre tres millones quinientos veinte y cuatro mil doscientos cincuenta y cuatro votantes, solo hubo dos mil quinientos setenta y nueve votos negativos. Sin embargo, la eleccion del pueblo pareció insuficiente á Napoleon; como los antiguos reyes, quiso dar á su tí-

tulo y á su poder la sancion divina, y resolvió reproducir las ceremonias de la consagracion y de la coronacion; el Papa consintió en ir á Francia para dar la santa unción al nuevo Carlomagno, y fué recibido con un respeto que le llenó de gozo y admiracion. La ceremonia se verificó en la iglesia de Nuestra Señora, con una pompa y magnificencia que sobrepujaron á cuanto referia la historia moderna (4 de diciembre de 1804); pero el pueblo permaneció frio, admirado ante aquellos chambelanes, ante aquellos trajes dorados, y ante aquel fausto teatral, tan opuesto á sus costumbres republicanas. Napoleon habia restablecido las dignidades, la etiqueta y los nombres de la antigua corte: habia un limosnero mayor, el cardenal Fieschi; un gran chambelan, Talleyrand; un gran mariscal de palacio, Duroc; un gran maestro de ceremonias, Segur; un montero mayor, Berthier y un caballero mayor, Caulaincourt; llamaba á los franceses *mis súbditos, mis pueblos*, y dió á sus hermanos, convertidos en *príncipes franceses* los privilegios, los honores y las atribuciones de los antiguos príncipes. En ello cometió una gran falta: el pueblo habia saludado con sus aclamaciones al emperador y su nueva dignidad militar y republicana, que nada recordaba del antiguo régimen; pero vió con dolor la cohorte de altezas y criados que iban á separarle de su jefe; burlose de aquellos nobles improvisados, y contó los millones que costaba aquella corte tan glacial como espléndida. La trasformacion de la república en imperio fué la señal de un importante cambio rentístico hecho contra los pobres en favor de los ricos: la Asamblea constituyente habia abolido las contribuciones indirectas sobre los artículos de consumo; segun la Convencion y el Directorio solo el lujo y la riqueza debian satisfacer tributos; pero el imperio, persuadido de que la contribucion mas legítima era la que producía una renta mas segura, disminuyó la territorial para establecer, con el nombre de *derechos reunidos*, odiosos impuestos sobre las bebidas, la sal y el tabaco.

Restableciendo las instituciones monárquicas, presentándose ante los reyes extranjeros como un igual suyo, Napoleon pretendió reducir á sus enemigos á pedir la paz, demostrándoles que el nuevo orden de cosas era tan poco temible para la antigua Europa, como indestructible. Con esta idea escribió direc-

tamente al rey de Inglaterra para conjurarle «que pusiese fin á una guerra sin utilidad y sin objeto, que aniquilaba la prosperidad de ambas naciones (2 de enero de 1805);» pero se le contestó con una negativa, diciéndole que «no podia alcanzarse la paz á no ser por medio de pactos capaces de impedir la reproduccion de los peligros é infortunios que habian caido sobre la Europa.» Tres dias despues el gabinete británico explicó esos pactos en una nota secreta enviada á Rusia, que fué la base del tratado de coalicion: «La Francia debe volver á sus antiguos límites; este fin, el único que puede satisfacer nuestras miras, debe realizarse sin modificacion ni restriccion alguna.» El ilustre Fox, «el ornamento de la humanidad,» manifestó en el parlamento su indignacion contra la conducta del gabinete. «Luchamos, dijo, obedeciendo el impulso de un mal entendido orgullo, y de un deseo de dominacion que deberíamos al menos disimular.» Declaró que «la oligarquía europea se habia coaligado para mantener á los pueblos en una situacion estacionaria, y oponerse á toda reforma del órden social;» pero sus palabras fueron vanas. Napoleon solo pudo esperar vencer el odio de la Inglaterra á costa de nuevas batallas, de la derrota de la coalicion, y de la conquista del continente; la necesidad de consolidar su posicion exterior obligóle á cometer usurpaciones en los estados vecinos, y su contestacion á la negativa del implacable Pitt, fué un cambio de constitucion en Holanda, la formacion del reino de Italia, y la reunion de Génova al imperio francés.

En Holanda, redujose el poder ejecutivo á veinte miembros, y confiése el poder ejecutivo á un *gran pensionario* vitalicio, dignidad que recordaba los buenos tiempos de las Provincias Unidas, y que fué conferida á Schimmelpeninck, hombre muy adicto á la Francia (30 de mayo de 1805). La nueva constitucion no era mas que provisional. En Italia, marchóse mas directamente al objeto; una consulta extraordinaria cambió la república en reino, y llamó á Napoleon al trono de Italia, con la condicion de que la corona de Italia solo podria reunirse con la de Francia en su cabeza con exclusion de todos sus sucesores. El emperador aceptó, y para excitar el espíritu nacional de los italianos, intimidar al Austria é inspirar á la Inglaterra una engañadora confianza acerca de sus proyectos marítimos, hizose

coronar en Milan (26 de mayo). La ceremonia despertó vivo entusiasmo en aquel hermoso país que por primera vez en el espacio de muchos siglos se veía reunido en cuerpo de nación. El nuevo soberano confió el vireinato á Eugenio de Beauharnais, á quien destinaba la corona de Italia; modificó la constitucion é introdujo en el reino el código civil, el sistema monetario, el concordato y la organizacion administrativa de Francia; ordenó inmensos trabajos, como caminos, canales, puentes, y fortificaciones, é hizo en fin reglamentos y ordenanzas sobre todos los objetos. «Desde la vez primera que pisé estas comarcas, decía, no he tenido mas idea que hacer independiente y libre á la nacion italiana.—La reunion de diferentes partes de la península al imperio, era únicamente interina, y solo tenia por objeto romper las barreras que separaban á los pueblos y acelerar su educacion á fin de realizar en seguida la fusion de los mismos. La península entera me habria debido su unidad é independencia.» Esta idea inspiró la anexion del Piamonte, «puente contra el Austria,» que la república italiana no habria podido defender, y fué tambien causa de la reunion de la Liguria, posicion marítima, bloqueada sin cesar por las escuadras británicas, y que con su independencia solo habia alcanzado el aislamiento. El senado genovés se dirigió á Milan para suplicar á Napoleon «que reuniera á su imperio la Liguria, teatro de sus primeras victorias (4 de junio de 1805);» el emperador contestó «que no siendo posible la independencia de Génova á causa del derecho de gentes que los ingleses profesaban, debia aquella república adoptar el pabellon francés y ponerse al abrigo de la vergonzosa esclavitud, cuya existencia sufría á pesar suyo respecto de las potencias débiles, pero de la que sabia siempre librar á sus súbditos » Napoleon marchó á Génova, y fué recibido con fiestas que pudieron tomarse por una tercera coronacion. La república de Liguria formó tres departamentos y la vigésima octava division militar.

§. III.—*Plan de campaña marítima.—Combate de Finisterre.—Entrada de Villeneuve en Cádiz.*—Mientras que, ocupado únicamente de la Italia, Napoleon habia apartado del Océano las miradas de la Europa, y hecho creer á todos, y aun á los mismos franceses, que sus preparativos de invasion contra la Gran Bre-

taña, no eran mas que un espantajo, su pensamiento único, constante, «era su gran negocio;» mantenía con Decres, su ministro de marina y el solo que poseía su secreto, una correspondencia de todos los momentos; combinaba su plan de campaña hasta en los mas pequeños detalles, calculaba los azares, proveía los obstáculos, y se creía seguro del triunfo. «Ignoro en verdad, escribía, qué precauciones puede tomar la Inglaterra para defenderse del inmenso peligro á que está expuesta... Es cierto que la escuadrilla nos ha costado mucho dinero; pero nos basta ser dueños del estrecho por espacio de seis horas, y la Inglaterra cesa de existir.» Mientras que desde el Texel á Boloña se hallaba dispuesta la escuadrilla para trasportar el grande ejército, reuníanse tres escuadras en Tolon, en Rochefort, y en Brest: la primera, mandada por Willeneuve, se componía de once navíos, ocho fragatas, y ocho mil hombres; la segunda, mandada por Missiessy, de seis navíos, cuatro fragatas, y seis mil hombres; y la tercera, mandada por Gantheaume, de veinte navíos, otras quince embarcaciones, y veinte y dos mil hombres; además treinta navíos españoles se encontraban en el Ferrol y en Cádiz. Las tres escuadras francesas recibieron orden de hacerse á la vela, de dirigirse á las Antillas, y de desembarcar en ellas algunos refuerzos; allí debían recibir las instrucciones convenientes para su reunion, y regresar luego á Europa, mientras que los ingleses, temiendo por sus varias posesiones al saber la partida de las tres escuadras, lanzarian sus buques en su persecucion, dejando de este modo libre el canal de la Mancha. La Inglaterra contaba entonces ocho escuadras en los mares: tres en las costas británicas; una delante de Brest, mandada por Cornwallis; dos en el golfo de Vizcaya; una delante de Cádiz, y otra delante de Tolon, mandada por Nelson.

Missiessy partió, y despues de reforzar la guarnicion de la Martinica, sorprendió la Dominica, asoló Newis, San Cristóbal y Monserrate, y llegó á la vista de Santo Domingo (11 de enero de 1805). Aquella plaza pertenecía aun á la Francia, y en ella se defendía el general Ferrand con dos mil quinientos hombres contra veinte mil negros mandados por Dessalines; la proximidad de la escuadra francesa hizo levantar el sitio. Missiessy, que no tenía noticia alguna de sus cólegas, volvió á Rochefort, cargado de despojos,

después de cuatro meses de una travesía feliz, pero cuya rapidez frustró en parte el plan de Napoleón (20 de mayo). Villeneuve y Gantheaume habían salido de sus puertos, pero dispersos por las tempestades, viéronse obligados á volver á ellos, no haciéndose de nuevo á la vela hasta después de haber perdido dos meses y en virtud de reiteradas órdenes del emperador. Gantheaume encontró á la escuadra inglesa de Cornwallis, volvió á Brest, y fué estrechamente bloqueado (30 de marzo). Villeneuve logró burlar la vigilancia de Nelson, reunióse en Cádiz con siete navíos españoles, y después de muchas irresoluciones llegó á las Antillas, al tiempo que el almirante inglés le buscaba en las aguas de Egipto; allí supo por dos buques enviados en su seguimiento, que Missiesy había ya partido, que Gantheaume no había podido reunirse con él, y recibió de Napoleón instrucciones definitivas: desde la Martinica debía hacer rumbo á la Coruña, reunirse con catorce navíos franco-españoles, incorporarse en Rochefort con la escuadra de Missiesy, romper el bloqueo de Brest, tomar el mando supremo, y seguido de sesenta velas entrar en la Mancha, donde los ingleses tenían apenas cincuenta, y dominar aquellas aguas durante tres días; tiempo necesario para que la escuadrilla desembarcase ciento cincuenta mil hombres en las costas de Inglaterra. Aquel admirable plan que frustraba todas las combinaciones de los ingleses, exigía un marino de audacia y de resolución; «pero, dice el emperador, he empleado gran parte de mi vida en buscarle, y jamás lo he encontrado.» Latouche-Treville había muerto; Decres hizo que le reemplazase su amigo Villeneuve; pero el desgraciado marino de Aboukir, no comprendió la grandeza de su misión, ni tampoco el objeto de sus instrucciones, y se dirigió al Ferrol con mucha lentitud, entreteniéndose en capturar algunos buques mercantes.

Nelson le había buscado en vano por todo el Mediterráneo; corrió entonces á las Antillas, buscó, indagó y supo su partida; adivinando al momento el plan de Napoleón, dió aviso al almirantazgo británico, volvió á Europa, se adelantó á la escuadra francesa sin verla, arribó á Gibraltar, recorrió el golfo de Gascuña, y llegó hasta Irlanda. El almirantazgo verificó entonces lo que Napoleón había querido hacer: ordenó á la escuadra de Nelson que reforzase la de Brest, y á la que cruzaba delante de Rochefort que se

reuniese con la del Ferrol, mandada por Calder. Este que contó entonces con quince navíos y tres fragatas, encontró á Villeneuve que tenia diez y nueve navíos y ocho fragatas cerca del cabo de Finisterre; trabóse el combate, y aunque no produjo resultado alguno definitivo, ambos almirantes se atribuyeron la victoria (22 de julio de 1805). Dos navíos españoles se extraviaron y fueron capturados, otros tres fueron dejados en Vigo, y Villeneuve reunióse con otros diez y seis en la Coruña, lo que aumentó su escuadra hasta treinta y uno. Sin embargo, en vez de seguir sus instrucciones y de salir al encuentro de la escuadra de Rochefort que le buscaba entonces en Vigo, dirigióse al Ferrol, permaneció allí inmóvil, y dejóse bloquear vergonzosamente por veinte navíos, sin pensar siquiera en la escuadra de Rochefort, abandonada en alta mar.

Mientras esto sucedia, la escuadrilla realizaba su concentracion; el ala izquierda formada en Holanda y mandada por el almirante Verhuell, llegó á Boloña despues de combatir sin cesar con la escuadra inglesa, que lanzó contra ella noventa y cinco brulotes, y fué definitivamente derrotada. Napoleon que habia vuelto de Italia, inquieto por la tardanza de Villeneuve, y convencido de que se habia formado la nueva coalicion al ver que los austriacos se concentraban en el Inn y en el Adiger, salió de París, inspeccionó por última vez la escuadrilla formada por dos mil doscientos noventa y tres buques armados con cinco mil cañones; revistó el grande ejército compuesto de ciento setenta y seis mil hombres, de catorce mil caballos y de quinientos setenta y dos cañones, y mandó por fin preparar masas enormes de municiones y de víveres, catorce millones de cartuchos, cuatro millones de raciones de galleta etc. (2 de agosto de 1805). Todo estaba pronto: solo se esperaba á Villeneuve cuando se supo la entrada del almirante en el Ferrol. Napoleon quedó consternado: tantos esfuerzos, tantos gastos, tanto trabajo, y todo inútil! el plan que encerraba en sí el porvenir del mundo, la libertad de los mares, la eterna grandeza de la Francia, se habia perdido por culpa de un hombre! En su desesperacion, el emperador fijó su vista en el continente, y no pudiendo herir á la Inglaterra sino en sus dóciles asalariados, dictó de repente, inspirado por la cólera, un plan de campaña contra el Austria: «El orden de las marchas,

dice su secretario Daru, su duracion, los lugares de convergencia y de reunion de las columnas, las sorpresas, los ataques á viva fuerza, los diferentes movimientos del enemigo, todo fué previsto, y la victoria quedó asegurada en todas las hipótesis. Eran tales la exactitud y prevision del plan, que en una línea de partida de doscientas leguas, siguiéronse conforme con las indicaciones primitivas, dia por dia, legua por legua, hasta Munich, líneas de operaciones de trescientas leguas. Mas allá de dicha capital, las fechas experimentaron alguna alteracion; pero no los lugares indicados, quedando coronado el plan por un éxito completo.»

Sin embargo, no debian perderse aun todas las esperanzas; el emperador mandó á Villeneuve que saliera del Ferrol y se dirigiera á Brest, donde Gantheaume debia presentar batalla para reunirse con él. Si permanece tres dias mas en el Ferrol, dijo, es el último de los hombres.» Villeneuve se hizo efectivamente á la vela, pero desalentado y ciego, quiso evitar el combate, siendo así que tenia treinta y tres navíos contra veinte, y forzando la línea inglesa establecida delante de Cádiz, se refugió en aquel puerto, donde no tardó en verse bloqueado por las escuadras reunidas de Collingwood y de Calder, cuyo mando fué conferido á Nelson (21 de agosto de 1805).

Al recibir este último golpe, Napoleon mandó levantar el campo; el Austria iba á pagar la deuda de la Inglaterra; en veinte y cuatro horas todos los cuerpos de ejército dieron media vuelta á la derecha, y los siete *torrentes* se precipitaron hácia la Alemania.

§. IV.—*Tercera coalicion.*—*Entrada de los austriacos en Baviera.*—Cinco meses antes de este acontecimiento, los dos encarnizados enemigos de la Francia y de la revolucion, la Inglaterra y la Rusia, habian celebrado, despues de dos años de negociaciones, un tratado de alianza (11 de abril), cuyos términos revelan la secreta idea de las aristocracias europeas, el objeto que se proponian á pesar de sus contrarios juramentos, el plan de campaña en que persistieron durante veinte años, á pesar de sus continuas derrotas. Aquel tratado fué la base de todas las coaliciones realizadas hasta 1814, época en que fué por fin ejecutado. Ambas potencias se obligaban á fomentar una liga general de Europa para libertar el Hannover y Nápoles, á devolver la independenciam á

la Suiza y á la Holanda, á reducir á la Francia á sus antiguos límites, á restablecer el rey de Cerdeña en el Piamonte, Niza y Saboya, dándole además Génova y Lyon « si fuese posible; » á reunir la Bélgica á la Holanda, haciendo de ella un reino para el príncipe de Orange; á dar la Lombardía al Austria, á no conservar para sí conquista alguna, á reunir, luego de terminada la guerra, un congreso general para discutir y establecer el código de las naciones sobre una base determinada, y á garantizar su ejecucion, formando una federacion entre los estados europeos. El resultado de semejante plan debia aislar á la Francia de la Europa, dar á la Inglaterra la dominacion de los mares, y á la Rusia el protectorado del continente. Convínose en que la coalicion pondria en línea quinientos mil hombres, sin contar las tropas marítimas, y en que la Inglaterra pagaria á cada potencia coaligada un subsidio anual de 15,000 libras esterlinas por diez mil hombres: sin embargo, la Gran Bretaña, á quien su dinero daba en cierto modo la dictadura de la coalición, no aprontó sus guineas sin precauciones ni intereses: varios agentes ingleses se hallaban encargados de vigilar las operaciones de los ejércitos, á fin de que pudiese contar los muertos antes de pagar las cuentas, y saber si los aliados habian ganado legítimamente sus subsidios; concediéronsele ventajas mercantiles y lugares de depósito en todos los países coaligados, y fueron reconocidas sus pretensiones respecto de los mares.

La coalicion recibió el público apoyo del rey de Suecia y el secreto del rey de Nápoles. El Austria, irritada por la fundacion del reino de Italia, habia firmado un tratado particular con la Rusia, estipulándose por lo tanto en la convencion general su parte de subsidios y su contingente; pero como no se hallaba todavía dispuesta, no se atrevió á declararse. La Prusia cambiaba cada día de resolucion; su interés la impulsaba hácia la Francia, y su pasion la alejaba de ella: empezó por ofrecer su alianza á Napoleon mediante la cesion del Hannover, y conmovida luego por la actitud de la coalicion, prometió solamente su neutralidad, encargándose de recibir el Hannover en depósito. Su objeto era engañar á ambos partidos y aprovecharse de la guerra uniéndose al mas fuerte contra el débil; pero acabó por ser víctima de sus vacilaciones y de su perfidia.

El plan de campaña era el siguiente: el Austria debía dirigir sus ejércitos á Italia, al Tirol y al Inn; un ejército ruso debía reunirse con las tropas del último punto, é invadir la Francia; otro reunirse con los ingleses y desembarcar en Nápoles; otro reunirse con los suecos y desembarcar en Pomerania, y otro en fin amenazar á la Prusia desde las fronteras de Polonia. Todas las tropas se pusieron en movimiento á un tiempo mismo.

Napoleon pidió explicaciones al Austria, la cual se quejó del continuo engrandecimiento de la Francia, y sobre todo de la reunion de Génova al imperio, manifiesta violacion del tratado de Luneville (24 de julio de 1805). Este era el agravio que alegaba la coalicion, si bien habia firmado su tratado en 11 de abril, dos meses antes de la anexion de Génova; y mientras el Austria hacia protestas pacíficas y ofrecia hipócritamente su mediacion, invocaba la «generosidad del rey de Inglaterra» para que se le aumentasen los subsidios, única causa de sus dilaciones; se adheria en toda forma á la coalicion, y reunia cien mil hombres en Italia, á las órdenes del archiduque Carlos; cuarenta mil en el Tirol, mandados por el archiduque Juan, y noventa mil en el Inn, con el archiduque Fernando á quien dirigia el mariscal Mack (9 de agosto). Esperaba sorprender á Napoleon, conquistar la Lombardia, arrastrar tras sí á la Baviera, al Wurtemberg y á Baden, y esperar en el Rhin la llegada de los rusos.

Napoleon, que lo habia previsto todo, resolvió permanecer en la defensiva en Italia, y tomar la ofensiva en Alemania; mas para ello le era indispensable la alianza de los electores, convertidos en príncipes importantes desde la concesion de las indemnizaciones, y que no podian sacrificarse sin razon en pró de los intereses del Austria como en las dos primeras coaliciones. De su resolucion dependia la suerte de la campaña, así que les ofreció territorios, les prometió emanciparles de toda sujecion respecto del emperador, y les animó contra el Austria, «que hacia traicion á la Europa, mezclando en nuestros debates á las hordas asiáticas.» Los electores de Baden y de Wurtemberg se inclinaban hácia la coalicion, pero al ver que agitaban sus Estados las ideas francesas, al comprender que se hallaban á merced de la Francia por su proximidad al Rhin, proclamaron su neutralidad. El elector de Baviera, despues de suplicar en vano al emperador Fran-

cisco que le permitiera permanecer neutral, recordó las antiguas alianzas de su familia con la Francia, prometió á Napoleon que en caso de ser invadido su territorio se refugiaria en Wurtzburgo con su ejército y se reuniria con las tropas francesas. En efecto, los austriacos, impulsados por la Inglaterra que veia al grande ejército dispuesto á embarcarse, pasaron el Inn é invadieron la Baviera con la esperanza de atajar el paso al ejército electoral, y de llegar al Rhin antes que hubiese Napoleon levantado su campamento de Boloña (9 de setiembre). El elector abandonó entonces su capital, se refugió en Wurtzburgo con veinte y cinco mil hombres y firmó su alianza con la Francia; pero semejante contratiempo no impidió á Mack el continuar su insensata marcha á través de la Baviera; apoderóse de Ulm, se apostó en el desfiladero del Danubio superior, y se fortificó esperando tranquilamente la llegada de los rusos que se encontraban todavía en Moravia. La Inglaterra se hallaba salvada; el golpe suspendido sobre ella iba á caer sobre la Alemania.

§. V.—*Marcha del grande ejército.—Batallas de Wertingen y de Elchingen.—Capitulacion de Ulm.*—En tanto que los siete cuerpos del grande ejército se dirigian al Rhin á marchas forzadas y por caminos paralelos, Napoleon, despues de hacer entrar la escuadrilla en los puertos y de dejar dos campamentos para su custodia, habia regresado á París. Confió á Massena el mando del ejército de Italia, compuesto de cincuenta mil hombres, y sostenido por el cuerpo de Gouvion Saint-Cyr, el cual habia evacuado el territorio napolitano luego que el rey de Nápoles hubo firmado con la Francia un tratado de neutralidad, por el cual se obligaba á rechazar todo desembarco de tropas extranjeras (21 de setiembre); hizo decretar por el senado una leva de ochenta mil hombres y la incorporacion á las banderas de los reclutas de los años anteriores, nueva usurpacion de los derechos del cuerpo legislativo, que pasó desde entonces á costumbre (23 de setiembre); reorganizó la guardia nacional, relegada al olvido desde el 13 de vendimiario, dióle bases aristocráticas, y la colocó bajo la dependencia del poder, encargándole principalmente la custodia de las fronteras, confió el poder á su hermano José con asistencia de Fouché, y marchó á reunirse con su ejército que habia pasado el Rhin (24 de setiembre).

El primer cuerpo mandado por Bernadotte habia evacuado el Hannover, dejando guarnicion en Hameln, y se habia dirigido á Wurtzburgo para reunirse con los bávaros; el segundo, á las órdenes de Marmont, habia salido de Zeist en Holanda y habia marchado á Maguncia; el tercero, cuarto, quinto, sexto y la reserva de caballería, con Davoust, Soult, Lannes, Ney y Murat, se habian dirigido desde el campamento de Boloña al Rhin, ocupado desde Manheim hasta Estrasburgo. El séptimo mandado por Augereau habia salido de Brest, y marchaba hácia Huninga para servir de cuerpo de reserva, formando entre todos un total de ciento sesenta mil hombres, sin contar los bávaros. Murat y Lannes pasaron el rio en Kehl, y amenazaron los desfiladeros de la Selva Negra, para servir de base á Ney, Soult y Davoust, y ocultar su movimiento (25 de setiembre). El dia siguiente pasó Ney cerca de Lauterburgo, Soult en Spira y Davoust en Manheim, marchando los tres hácia el Necker, y obligando á los electores de Baden y de Wurtemberg á firmar un tratado de alianza que dió al emperador diez y seis mil hombres para conservar sus comunicaciones. Al mismo tiempo Marmont pasó el rio en Maguncia y marchó á Wurtzburgo donde se reunió con Bernadotte, de modo que en dos dias se escalonaron ciento ochenta mil hombres desde Kehl hasta Wurtzburgo, en el flanco derecho de los austriacos, los cuales hacian frente en la Selva Negra á Lannes y á Murat, mientras que estos desfilaban á su vez hácia Stuttgart, donde se reunirian con Ney.

Mack no comprendió la menor cosa en aquel complicado movimiento: creyendo al ver la concentracion de Ney, Lannes y Murat en Stuttgart, que los franceses trataban de llegar al Danubio por el Necker superior, replegó sus fuerzas y practicó un cambio de frente, de modo que su ala derecha se hallaba en Rain, casi aislada, su centro en Gunzburgo y su ala izquierda en Ulm. Sin embargo, el plan de Napoleon consistia en atacarle por su flanco derecho, separarle de los rusos, y sorprenderle en el desfiladero donde tan absurdamente se habia encerrado. En su consecuencia, Bernadotte y Marmont se dirigieron á Ingolstadt por Anspach; Davoust á Neuburgo por O'Ettingen, y Soult, Lannes y Murat á Donauwerth por Nordlingen; estos distintos cuerpos pasaron el Danubio, precedidos por Ney, el cual, siendo

el único que se hallaba á la vista del enemigo, marchaba lentamente desde Stuttgart á Albeck por Heidenheim, tomando posicion delante de Ulm, de donde dependia el éxito de la gran manobra del emperador. Bernadotte se lanzó por el camino de Munich; Marmont, Davoust y Soult marcharon á Augsburgo; Lannes y Murat subieron por la orilla derecha del Danubio, cortaron de Ulm el ala derecha del ejército austriaco, mandada por Kienmayer, y la obligaron á dirigirse por Munich al Inn; luego encontraron en Wertingen un cuerpo destacado de Ulm para incorporarse con el de la derecha, y le pusieron en derrota (8 de octubre de 1805). Mack, asustado, practicó un nuevo cambio de frente por retaguardia, teniendo el ala izquierda en Ulm, el centro en el Iller, y el ala derecha en Memmingen; de este modo se hallaba como Melas en Marengo de espaldas á la Francia y de frente á Viena, mientras que los franceses establecidos en su línea de operaciones y dueños de la orilla derecha del Danubio, daban la espalda á Viena y el rostro á la Francia. Napoleón dirigió á Bernadotte y á Davoust hácia el Inn para perseguir á Kienmayer y hacer frente á los rusos que llegaban entonces á Lintz, y marchó contra Ulm con Marmont, Lannes y Murat, en tanto que destacaba á Soult hácia Memmingen para desalojar á la derecha enemiga, y cortar el camino del Tirol, y que daba orden á Ney, que permanecia en la orilla izquierda del Danubio con cuarenta mil hombres, de acercarse á Ulm, y de reunirse con él apoderándose de Gunzburgo. Mack, no esperando romper el semicírculo de hierro que á su alrededor se formaba, procuró envolverlo por sus dos extremos: Jellachich, con diez mil hombres, salió por la orilla derecha, intentó aunque en vano salvar Memmingen, y huyó al Vorarlberg; Fernando con veinte y cinco mil hombres, salió por la orilla izquierda á fin de abrir el camino de Nordlingen y de la Bohemia. Ney lo defendia, pero al reunir sus fuerzas para apoderarse de Gunzburgo, solo habia dejado en Albeck á la division Dupont; atacada esta por fuerzas triples, hizo una heroica resistencia, y obligó á Fernando á retroceder; pero no pudo impedirle que se apoderase de las alturas de Elchingen, desde donde cortaba en dos el cuerpo de Ney y podia proteger la retirada de Mack. Napoleón mandó á Ney desalojarle de aquella formidable posicion, defen-

dida por quince mil hombres y cuarenta cañones, de cuya operacion dependia la derrota del enemigo, atacado por todos lados. Despues de una encarnizada lucha, Ney se apoderó de Elehingen, hizo perder á los austriacos tres mil hombres y veinte cañones, y separó á Mack de Fernando (14 de octubre). Este emprendió el camino de Albeck con dos divisiones y la caballería, y á pesar de Dupont, logró escaparse; Murat se lanzó en su persecucion.

La plaza de Ulm quedó rodeada por todos lados, y despues de un último combate, Mack volvió á la ciudad, y recibió la intimacion de rendirse. Napoleon le mandó á decir que Munich habia caído en poder de los franceses, que los rusos se hallaban aun en Lintz, que Fernando era perseguido por fuerzas superiores, y que siendo imposible toda resistencia, debia evitar á la ciudad los horrores de un asalto. El desgraciado mariscal capituló con condicion de no entregar la plaza hasta pasados ocho dias (17 de octubre de 1805), y no tardó en saberse que, despues de varios combates de retaguardia, las divisiones salidas de Ulm habian capitulado en Trochtelfingen (19 de octubre), excepto Fernando y dos mil ginetes. Siete mil franceses habian andado cuarenta y una leguas en cinco dias, muerto ó apresado veinte y dos mil hombres, y apoderándose de ciento treinta cañones y de todos los bagajes. Napoleon participó á Mack semejante resultado, y el mariscal se apresuró á rendirse con treinta y tres mil hombres, sesenta cañones y cuarenta banderas (20 de octubre). ¡Hecho único en los fastos de la guerra! habia sido destruido un ejército de ochenta y cinco mil hombres, sin que por decirlo así hubiese combatido, y sin que sus adversarios perdiesen más de tres mil hombres. Jamás se habia hecho la guerra con tanto arte y menos sacrificios, y los soldados que ejecutaron aquella maniobra, decian: «El emperador ha vencido al enemigo con nuestras piernas, y no con nuestras bayonetas.»

§ VI.—*La Prusia se declara contra Napoleon.—Batalla de Diernstein.—Toma de Viena.—Retirada de los rusos á Moravia.*—Mientras que la corte de Viena, llena de terror, apresuraba la marcha de los rusos, y llamaba en su auxilio al ejército de Italia, un nuevo enemigo se declaraba contra la Francia y completaba la coalicion. Los cuerpos de Bernadotte y de Marmont en su rápida marcha desde Wurtzburgo al Danubio habian

atravesado el territorio prusiano de Anspach, y poseido de indignacion el gabinete de Berlin, se declaró libre de todo compromiso respecto de la Francia. El rey, de carácter pacífico, y la clase media imbuida en las ideas francesas, miraban con disgusto la guerra; pero la reina, los príncipes, la nobleza y el ejército la pedían á grandes gritos, diciendo que el Austria se había sacrificado por la Inglaterra, que á la Prusia tocaba el salvarla, y que los soldados de Federico el Grande pondrían término en breve á la fortuna y fama de los soldados franceses. En vano explicó Napoleon que el territorio de Anspach había sido atravesado sin cesar durante la última guerra por las potencias beligerantes, que el paso por aquellas posesiones abierto para todo el mundo no debía estar cerrado únicamente para las tropas francesas, que se hallaba pronto á negociar con la Prusia sobre aquel incidente; sus palabras no fueron escuchadas. El ejército prusiano fué movilizado, el Hannover invadido en nombre y para el servicio del elector-rey, la Silesia abierta al segundo ejército ruso, y entabláronse negociaciones con la Inglaterra y Rusia. El czar, lleno de alegría, se dirigió en persona á Berlin, y juró al rey de Prusia una amistad eterna en el sepulcro de Federico el Grande; el desastre de Ulm entibió algo su guerrero ardor, pero no impidió que ambos soberanos firmasen en Potsdam un tratado de alianza para «restablecer el equilibrio europeo, ofreciendo su mediación armada,» si bien el rey de Prusia expresó para lanzarse al campo la condicion de que Bonaparte se negase á devolver la independencía á la Suiza y á la Holanda, y el Piamonte al rey de Cerdeña (3 de noviembre de 1805). El conde de Haugwitz fué enviado al emperador para notificarle el ultimatum; pero el gabinete prusiano con su doblez ordinaria, quiso esperar los acontecimientos para hacer la guerra con toda seguridad, y su enviado no llegó al cuartel general de Napoleon hasta un mes despues de haberse firmado el tratado de Potsdam.

Napoleon conoció ser preciso un gran golpe para hacer que los prusianos volviesen á su neutralidad, y apresuró la marcha de todas sus tropas hácia el Inn. El ejército ruso, compuesto de cuarenta y cinco mil hombres á las órdenes de Kutusof había llegado á Braunau; pero despues de recoger los restos de Kien-

mayer, retrocedió para defender á Viena y dar tiempo para que se le reunieran los ejércitos de Italia y del Tirol. Ney, reforzado con el cuerpo de Augereau, que acababa de entrar en línea, permaneció á retaguardia para conquistar el Tirol, desalojar al archiduque Juan, y cubrir á la vez el flanco derecho del ejército de Alemania; y el izquierdo del de Italia; los demás cuerpos pasaron el Inn que no fué defendido ni aun en Braunau, gran plaza muy bien provista, que se convirtió en depósito general del ejército francés (28 de octubre). Murat y Lannes, que formaban la vanguardia, se lanzaron en persecucion del enemigo, le vencieron en Lambach, pasaron el Traun y el Ens, vencieronle de nuevo en Amstetten, y no le dejaron ni un momento de reposo. Davoust se dirigió á las montañas de Styria, y dispersó en Mariazell al cuerpo austriaco de Merfeld que flanqueaba á los rusos en aquellos montes; finalmente Marmont subió por el Ens, llegó á Leoben, y procuró reunirse con Ney, al mismo tiempo que impedía el ejército austriaco de Italia que hostilizase el flanco derecho de Napoleon. Kutusof, fatigado, reducido á treinta y cinco mil hombres, y viendo que los ejércitos del Tirol y de Italia no podian reunirse con él, renunció defender á Viena, pasó el Danubio por Mautern destruyendo el puente, y se dirigió á Moravia al encuentro del segundo ejército ruso. Apenas se encontró en la orilla izquierda, cuando fué atacado por un ejército francés, por la mitad de un nuevo cuerpo (el octavo), que á las órdenes de Mortier debia observar la Bohemia, donde el archiduque Fernando habia reunido diez y ocho mil hombres, y hostilizar la marcha de los rusos hácia Viena, cortando sus comunicaciones con la Moravia. La otra mitad se encontraba á una jornada de distancia, y Mortier quedó sorprendido al encontrar á los rusos en la orilla izquierda; esto no obstante persiguióles vivamente hasta Stein, mas viéndose delante de sí á todo el ejército enemigo, retrocedió hácia Diernstein, cuyo punto encontró ocupado por quince mil rusos que Kutusof habia destacado para envolverle; no teniendo mas que ocho mil hombres, vióse rodeado por mas de treinta mil en un desfiladero y durante la noche; pero sin desalentarse, opuso una heroica resistencia, y dió el tiempo suficiente á su segunda division para acudir á Diernstein (11 de noviembre de 1805). El cuerpo ruso que ocupaba el pueblo fué cogido entre dos fuegos;

ambas divisiones lo arrollaron y pisotearon para verificar su reunion, y Kutusof se apresuró á continuar su marcha hácia Hollabrunn.

La corte de Austria habia salido de Viena, y Francisco se habia refugiado en Brunn, donde se reunió con el czar y el segundo ejército ruso. La capital abrió sus puertas al acercarse los franceses (15 de noviembre), y estos la atravesaron rápidamente para ocupar el gran puente que abria el camino de Moravia; dicho puente se hallaba minado y defendido por catorce mil hombres, pero Lannes y Murat se apoderaron de él por medio de un ardid, se lanzaron por el camino de Korneuburgo á fin de anticiparse á Kutusof en Hollabrunn; Soult les seguia; Bernadotte habia pasado el Danubio en Mautern y se habia colocado á retaguardia de los rusos, Davoust defendia á Viena, y Kutusof, que se veia proximo á ser envuelto, envió un parlamentario á Murat en nombre del czar, y celebró con él un armisticio fraudulento del cual se aprovechó para escaparse. Cuando Murat, desengañado y reprendido por Napoleon, volvió á ponerse en marcha, encontró en Hollabrunn una retaguardia de diez mil rusos, que le resistió con encarnizamiento por espacio de doce horas, dando á Kutusof el tiempo necesario para llegar á Brunn (18 de noviembre). Los aliados creyeron entonces que la guerra iba á tomar un nuevo aspecto, y mientras las divisiones rusas y los restos austriacos se reunian en Brunn, el archiduque Fernando sublevaba la Bohemia, sirviéndoles de ala izquierda, y el archiduque Carlos, despues de pasar los Alpes, llegaba á Hungria para convertirse en su ala derecha.

§. VII.—*Operaciones en la Italia y en el Tirol.* —El archiduque Carlos que debia invadir el reino italiano luego que los rusos llegasen al Inn, habia visto desconcertados sus planes por la rápida marcha de los franceses hácia el Danubio, y se mantuvo en la defensiva. Napoleon, empero, habia dado al ejército de Italia la orden de tomar la ofensiva para atajar los refuerzos que el príncipe podia enviar á Alemania; Massena atacó pues el puente y la ciudad de Verona (17 de octubre), desalojó de allí al enemigo despues de un encarnizado combate, pasó el Adiger, y persiguió al archiduque, el cual se fortificó en Caldiero. Trabóse una batalla, y los austriacos, despues de perder seis mil hombres,

conservaron sus posiciones (30 de octubre); al día siguiente emprendieron su retirada, y sabedores del desastre de Ulm, apresuraron su marcha hácia los Alpes, dejando á su paso una fuerte guarnicion en Venecia. Massena les persiguió con ardor, dispersó su retaguardia, pero no pudo alcanzar el centro de su ejército y el archiduque, despues de un violento combate en el Tagliamento, pasó los Alpes Julianos, se concentró en Laybach, y esperó que se le reuniera el ejército del Tirol para marchar en auxilio de Viena. Massena no se atrevió á seguirle á causa de la llegada de un ejército anglo-ruso al reino de Nápoles, y se acantonó en el Isonzo, ocupando Palma-Nova y el paso de Tarvis.

Luego de firmado el tratado de 21 de setiembre, Gouvion Saint-Cyr se habia dirigido al Pó para cubrir la retaguardia de Massena, y habia sido encargado del bloqueo de Venecia: pero la corte de Nápoles, obedeciendo los consejos de la reina, llamó á los anglo-rusos, puso veinte y cinco mil hombres á su disposicion, y amenazó el territorio romano (19 de noviembre). El virey Eugenio formó un ejército italiano, y Saint-Cyr se disponia á marchar á Bolonia, cuando los acontecimientos del Tirol le obligaron á detenerse en el Brenta.

El archiduque Juan con treinta y cinco mil hombres habia permanecido pasivo espectador de los sucesos ocurridos en el Adiger y en el Danúbio; estrechado por Ney, que despues de apoderarse de Scharnitz por medio de un atrevido golpe de mano (7 de noviembre), habia entrado en Inspruck, se replegó hácia el Brenner para reunirse con su hermano Carlos, pero como este se encontraba ya en los Alpes Julianos, se retiró hacia Klagenfurt por el desfiladero de Toblach. Esta maniobra dejó aislado al cuerpo de Jellachich, que procedente de Ulm, se encontraba en el Vorberg; Augereau salió á su alcance, y despues de apoderarse de Feldkirch, le alcanzó en Fussen; la mitad de la division rindió sus armas (16 de noviembre); la otra mitad, mandada por el príncipe de Rohan, trató de reunirse con el archiduque Juan, y pasó el Brenner; pero viéndose envuelto por todas partes, descendió el Adiger y el Brenta con la esperanza de llegar á Venecia. En Castel-Franco encontró al cuerpo de Saint-Cyr, y no tuvo mas recurso que capitular (25 de noviembre).

En tanto, el archiduque Juan se veía amenazado en su retirada por Ney que ocupaba Brixen y Trento, por una brigada que Massena había destacado y que se dirigía á Klagenfurth, y finalmente por el cuerpo de Marmont que llegaba entonces á Leoben; logró sin embargo evitar el encuentro de aquellos cuerpos y se incorporó con Carlos en Cilly. Los tres cuerpos se reunieron en Klagenfurth, y entonces el ejército de Massena, una de cuyas divisiones ocupaba á Trieste, fué considerado como el ala derecha del grande ejército, cuya ala izquierda se encontraba en Brunn y el centro en Viena.

Reunidos ambos archiduques intentaron encaminarse á Viena para reunirse con los rusos; pero Marmont que marchaba desde Bruck á Gratz, les obligó á dirigirse al Raab; Davoust se apoderó de Presburgo, hizo jurar á la dieta de Hungría que se conservaría neutral, y se replegó hácia el March y Nikolsburgo á fin de interceptar á los archiduques el camino de Brunn. Massena pasó los Alpes, y marchó al Raab al alcance de los austriacos.

§. VIII.—*Batalla de Austerlitz.—Retirada de los rusos.—Tratado de Presburgo.*—Mientras esto sucedía, Napoleon dictaba varias reglas para establecer la administracion de los países conquistados, imponiéndoles una contribucion de 100 millones, aseguraba su línea de retirada, y se dirigía á Moravia. Murat y Lannes, formando el centro, se hallaban en Znaim; Soult, con el ala derecha, marchaba por Nikolsburgo; Bernadotte, con la izquierda atravesó la Bohemia, dejó en ella á los bávaros para contener al archiduque Fernando, y se encaminó á Iglau; Mortier defendió á Viena. El emperador con Murat, Lannes y Soult, llegó cerca de Brunn, obligó á los rusos á evacuar la plaza y á retirarse á Olmutz, y se detuvo en Wischau para dar algun descanso á sus tropas con la esperanza de que el enemigo le presentaría batalla (20 de noviembre de 1805). En efecto, su posicion era en extremo peligrosa: los dos emperadores que tenian un aguerrido ejército de noventa mil hombres, habian resuelto pasar por entre el March y los franceses, cortarles del Danubio, y unirse con el archiduque Carlos, mientras que sesenta mil prusianos, que se encaminaban á Bohemia, se incorporaban con Fernando y cerraban á Napoleon toda retirada. Los rusos se hallaban «impacientes por borrar las faltas de la cobardía austriaca;» y eran ta-

les su orgullo é insolencia, que Napoleon decia: «Esos hombres están locos! ¿qué proyectos han concebido? qué harian de la Francia si llegase yo á ser vencido?»

Los aliados tomaron la ofensiva, arrojaron de Wischau á las avanzadas francesas, y abandonaron el camino de Brunn para marchar hácia Austerlitz, lo cual revelaba todo su plan (27 de noviembre). Sin pérdida de momento Napoleon ordenó á Murat, á Lannes y á Soult que dejaran sus acantonamientos, y á Bernadotte y á Davoust que se reunieran con él á marchas forzadas. Su retirada fué tomada por una fuga, y el enemigo continuó su movimiento por la izquierda, dirigido á cerrar á los franceses los caminos del Danubio. Napoleon le dejó hacer, deseoso de atraerle al campo de batalla que habia elegido (30 de noviembre); fingió haber concebido temores, entabló algunas negociaciones, y por fin abandonó las alturas de Pratzen, magnífica posicion donde se habia fortificado al principio y que abandonó luego al enemigo. «Si hubiese querido impedirle el paso, decia, me colocaria aquí; pero en este caso no tendria mas que una batalla ordinaria; si por el contrario, replego mi ala derecha hácia Brunn y abandonan los rusos estas alturas, quedan perdidos sin remedio.» Establecióse entonces en la llanura de Austerlitz, con la derecha apoyada en los estanques helados de Menitz, cubierto el centro por terrenos pantanosos, y con la izquierda apoyada en el monte Bosenitz. Todo sucedió como lo habia previsto; su plan se realizó en todas sus partes, y la batalla se asemejó á una gran parada, en la que hubiese mandado á ambos ejércitos. Los rusos, dueños de la meseta de Pratzen el 1.º de diciembre, la abandonaron lentamente, en medio del dia y en descubierto, como si hubiesen temido que aquel ejército que creian debil, comprometido y casi envuelto, se escapase á su vigilancia; y desfilando por su izquierda por medio de una marcha de flanco, rodearon el ala derecha del ejército francés, inmovil y como temblando en sus posiciones. Napoleon vió aquel movimiento con indecible alegría: «Son míos!» dijo, y en una elocuente proclama, reveló á sus soldados su plan de batalla, tan sencillo era, tan segura tenia la victoria. Por la noche quiso recorrer en secreto el frente de su ejército; pero reconocido por los soldados, fué acogido por una iluminacion improvisada, alegres aclamaciones y

gritos de amor y entusiasmo, como los recibía Cesar de sus legiones. «Emperador, le dijo un veterano, en nombre de los granaderos del ejército, te prometo que solo tendrás que combatir con los ojos, y que mañana te presentaremos las banderas y la artillería del ejército ruso, para celebrar el aniversario de tu coronación.»

El ejército francés, formado por sesenta y cinco mil hombres se hallaba dispuesto del modo siguiente: en la izquierda, Lannes y Bernadotte apoyados en el monte Bosenitz; en el centro, Soult haciendo frente á la meseta de Pratzen con la masa principal; en la derecha, dos divisiones de Davoust; formaban la reserva veinte batallones de la guardia y los granaderos con cuarenta cañones. Al asomar el día, el ala izquierda del enemigo, compuesta de treinta mil hombres, se corrió desde Pratzen á Telnitz, y atacó á las dos divisiones de Davoust que la recibieron á pié firme; pero que se retiraron luego á Sokolnitz (2 de diciembre de 1805). Napoleon contenía á Soult pronto á lanzarse con treinta batallones contra el centro descubierto: «Esperemos, dijo; cuando el enemigo da un paso en falso, es fuerza no interrumpirle.» Pero al ver que el ala izquierda enemiga entraba en los desfiladeros de Sokolnitz en persecucion de Davoust que la arrastraba paso á paso al lazo que la habian tendido, recorre á galope las filas y exclama: «Soldados! acabemos esta campaña con un trueno (*coup de tonnerre!*)» y á los gritos de viva el emperador! el cuerpo de Soult se lanza á las alturas de Pratzen, llega á la meseta, dispersa el centro enemigo, y se coloca en el flanco y en la retaguardia del ala izquierda. El ejército aliado se encuentra dividido en tres partes aisladas y envuelto por los franceses: la derecha es atacada por Lannes, Bernadotte y Murat, quienes rompen sucesivamente sus tres líneas de infantería y de caballería, le cierran el camino de Olmutz, y la arrojan al llano de Austerlitz; el centro reforzado por las reservas y la guardia rusa, pretende reconquistar las alturas tan torpemente abandonadas; pero es dispersado por una carga de la guardia de Napoleon y puesto en completa derrota; la izquierda habia suspendido su marcha y buscaba una retirada; pero, teniendo á sus espaldas los estanques de Menitz, atacada por su flanco por Soult y por el frente por Davoust, solo ofrece una masa confusa que se agita sin ór-

den y sin acertar á dar un paso: los hombres que no murieron quedaron prisioneros; una division intentó salvarse por los estanques; pero se rompió el hielo y pereció en las aguas. Veinte mil muertos ó heridos, veinte mil prisioneros, doscientos setenta cañones y cuatrocientos arzones, fueron los trofeos de «aquel verdadero combate de gigantes.» «He dado treinta batallas como esta, dijo Napoleon, pero no habia visto otra en que la victoria hubiese sido tan decidida y los azares menos equilibrados.» Y lleno de gratitud hácia sus valientes soldados: «Estoy contento de vosotros, exclamó; habeis cubierto vuestras águilas con una gloria inmortal!»

Las consecuencias de la derrota fueron mas desastrosas que la misma derrota: los vencidos, que vieron cerrado el camino de Olmutz, se retiraron en espantoso desórden por el de Presburgo, perseguidos por la caballería de Murat y el cuerpo de Davoust, que por medio de una marcha de flanco, debia llegar antes que ellos á Goeding. El emperador de Austria, deseoso de salvar los restos de su monarquía, pidió una entrevista á Napoleon, y este, en vez de aprovecharse sin piedad de su victoria, accedió á aquella pacífica demanda (4 de diciembre). La entrevista se verificó en el campamento francés, cerca de Scharwitz, y allí se firmaron los preliminares de paz y una suspension de armas con el ejército austriaco. Francisco solicitó un armisticio para las tropas rusas, y Napoleon contestó: «A estas horas estarán ya envueltas; pero las dejaré libre el paso si V. M. me promete que volverán á Rusia.» Y cediendo al impulso de una generosidad imprudente, mandó á Davoust, próximo á apoderarse del puente de Goeding que suspendiese su movimiento, permitió que los rusos se dirigiesen á Polonia, y devolvió al czar los prisioneros de su guardia. Alejandro, «falso como un griego del Bajo Imperio,» expidió en su retirada un correo á Berlin á fin de apresurar la marcha de los prusianos, y declaró no haber tomado parte alguna en la capitulacion que salvaba los restos de su ejército: «Como si los franceses, dijo Napoleon, no tuvieran en sus manos su propio escrito, por el cual rogaba al mariscal Davoust, que habia cortado su retirada, que suspendiera la marcha de su cuerpo de ejército, por estar en negociaciones para una capitulacion.»

El rey de Prusia, léjos de prestarse á lo solicitado por Alejandro, detuvo el movimiento de sus tropas, y esperó con ansiedad el resultado de la mision del conde de Haugwitz. Este que no llegó al campamento francés hasta dos dias antes de la batalla de Austerlitz, no se habia explicado formalmente, y Napoleon aplazó su audiencia para despues del combate. El conde le felicitó entonces por su victoria, y el emperador contestó: «La fortuna ha cambiado la direccion de vuestras felicitaciones.» En seguida manifestó su indignacion contra la corte de Prusia, á quien acababa de sorprender en fragante conspiracion contra él; declaró que perdonaba un error pasajero, pero que exigia garantías para el porvenir, y propuso á Haugwitz un tratado de alianza por el cual aceptaba la Prusia la posesion de Hannover y cedia á la Francia el territorio de Anspach, parte del ducado de Cléveris, y el principado de Neufchatel en Suiza. Haugwitz no tenia poderes suficientes para celebrar convencion semejante; pero asustado por el desastre de Austerlitz, y creyendo que la salvacion de la Prusia estaba en la alianza francesa, firmó y corrió á Berlin para alcanzar la ratificacion del tratado á tiempo en que el rey de Prusia se adheria formalmente á la coalicion por medio de un tratado de subsidios con la Gran Bretaña (15 de diciembre).

Diez dias despues celebróse la paz entre la Francia y el Austria (26 de diciembre): Francisco cedió: 1.º los Estados venecianos que fueron incorporados al reino de Italia; 2.º la Istria y la Dalmacia que Napoleon conservó bajo su dominacion directa; 3.º el Tirol y el Vorarlberg que fueron dados á la Baviera; y 4.º las posesiones de la Suavia que fueron divididas entre los príncipes de Wurtemberg y de Baden. Los electores de Baviera y de Wurtemberg fueron declarados reyes, y el de Baden gran duque, debiendo «gozar en los territorios cedidos lo mismo que en sus antiguos Estados, de la plenitud de la soberanía y de los derechos que de ella derivan, de igual modo que el Austria y la Prusia en sus Estados alemanes.» Salzburgo fué incorporado al Austria, y Wurtzburgo dado en compensacion al ex-gran duque de Toscana. El imperio austriaco fué tratado como una ciudad conquistada que se quiere desmantelar; alejósele de la Italia, del Rhin, de la Suiza, se le estrechó en el lecho del Danubio, y quedó por fin aislado del Imperio germánico, el cual recibió el golpe

de gracia con la absoluta independencia de los tres electores.

§. IX.—*Combate de Trafalgar.—Muerte de Pitt.*—La tercera coalición quedaba disuelta; el despojo del Austria, la sujeción impuesta á la Prusia, la elevación de los príncipes de Baviera, de Wurtemberg y de Baden, hacían á Napoleon dueño de la Alemania; la derrota de los rusos, aislados entonces en el Norte, le daba la dictadura del continente; pero no había alcanzado aun su objeto: Napoleon había deseado vencer á la Inglaterra en los campos de Moravia, y la Inglaterra había también tenido en el mar su victoria de Austerlitz.

Villeneuve, despues de su retirada á Cádiz, había recibido órden de marchar á Tolon; partió pues con diez y ocho navíos franceses y quince españoles, pero instruido de la cólera del emperador, y queriendo borrar su falta, resolvió presentar batalla, siendo así que una batalla no podía tener entonces objeto ni resultado, y el deseo de Napoleon era por el contrario conservar su marina para mejores tiempos. El almirante encontró á la escuadra inglesa, compuesta de veinte y siete velas, en la altura del Cabo de Trafalgar, y al momento formó su línea de batalla en órden paralelo y en una legua de distancia (20 de octubre de 1805). Nelson por el contrario dividió su escuadra en dos columnas que cortaron el centro y la izquierda de las escuadras aliadas, y las envolvieron de tal modo que veinte y tres de sus navíos se encontraron bajo el fuego de veinte y siete navíos ingleses, mientras que el ala derecha, formada por diez navíos y mandada por Dumanoir, permaneció apartada, no prestó servicio alguno, y debió sostener mas tarde el choque de toda la escuadra enemiga. Con las encontradas disposiciones de Nelson y Villeneuve, y á pesar del encarnizamiento de los franceses y españoles, la victoria no pudo ser dudosa: de los treinta y tres navíos aliados, solo trece volvieron á Cádiz; fueron capturados cuatro, doce fueron echados á pique ó arrojados á la costa donde naufragaron; cuatro pudieron evadirse con Dumanoir, y fueron capturados algunos dias despues. El almirante español Gravina, el contra almirante Magon y seis capitanes quedaron muertos, y Villeneuve fué hecho prisionero; puesto en libertad algun tiempo despues, fué sometido por el emperador á un consejo de guerra y se suicidó en su cárcel. Los vencedores tuvieron diez y seis navíos fuera

de combate, y perdieron tres mil hombres; entre los muertos se encontraba Nelson.

Tan gran victoria hizo á la Inglaterra soberana absoluta del Océano; en adelante no debió temer coalicion marítima ni invasion, y mientras la Francia conquistaba países cuya posesión no podia ser mas que interina y disputada, pudo sentar sobre sólidas bases su grande imperio de las Indias, y adquirir sin reclamacion ochenta millones de súbditos. Los restos de las escuadras francesas se aventuraron en cruceros que fueron á veces coronados por el buen éxito; en ellos se consumió en oscuras hazañas el valor de nuestros marinos, y Napoleon, dueño del continente, debió guardar en el mar una actitud estrictamente defensiva. La escuadra de Rochefort, abandonada por Villeneuve, volvió á la isla de Aix despues de cuatro meses de crucero y de haber apresado á los ingleses cuatro buques de guerra, cuarenta y dos buques mercantes y un valor de diez y ocho millones. La escuadra de Gantheaume fué dividida en varias: una de cinco navíos, marchó á proveer las Antillas, y fué apresada ó destruida; otra de seis navíos, fué dispersada en los mismos mares y perdió tres buques; el almirante Linois con cuatro velas, realizó en la India muchas expediciones felices, en las que causó á los ingleses una pérdida de cuarenta millones; pero fué alcanzado por una escuadra formidable, y se vió obligado á rendirse.

Los dos colosos de la Francia y de la Gran Bretaña habian crecido paralelamente, el uno en el mar, en el continente el otro; la lucha debia terminar con la ruina de uno de los dos, pero nadie imaginaba entonces que se hallase reservada á la Francia la humillacion de la derrota. El rumor de la victoria de Trafalgar se perdió entre el estruendo de la victoria de Austerlitz; el tratado de Presburgo sembró la consternacion entre los ingleses; Pitt desesperó del triunfo, dudó de su sistema político, tembló por los destinos de Inglaterra, y murió exclamando: «¡Oh patria mia!» (23 de enero de 1806).

«Mr. Pitt, dice Napoleon, ha sido y es el tipo de la aristocracia europea; á su sistema se debe la humillacion de la causa popular y el triunfo de los patricios... Ha sido el soberano de la política europea, y tuvo en sus manos la suerte moral de los pueblos; por haber usado mal de su poder, incendió el universo. La horrorosa

y general lucha que ha durado veinte y cinco años, las coaliciones que la alimentaron, el trastorno, la devastacion de Europa, los torrentes de sangre derramados por los pueblos, la espantosa deuda de Inglaterra, que lo pagó todo, el sistema de empréstitos bajo que gimen las naciones, el general malestar que en el día se observa, todo es obra suya; la posteridad lo reconocerá así, y le señalará como el genio del mal.» (1).

CAPÍTULO II.

Cuartá coalicion.—Campana de 1806 y 1807.—Paz de Tilsitt.—

Desde el 27 de diciembre de 1805 hasta el 7 de julio de 1807.

§. I.—*Sistema de los Estados federativos del Imperio.—José y Luis, reyes de Nápoles y de Holanda.—Grandes feudos del Imperio.—Restablecimiento de las instituciones, etc.*—El tratado de Presburgo y el desastre de Trafalgar forman una época notable en la historia del Imperio; por una parte, vese una paz continental que no ofrece condicion alguna para ser duradera; pues el Austria, despojada y humillada, la considera dentro de sí nula como arrancada por la violencia; la Rusia permanece armada y proclama que no ha sido vencida; la Prusia debe sufrir la alianza francesa como castigo de su doblez; y por otra, la paz marítima se ha convertido en imposible. Napoleon, en medio de su gloria de Austerlitz, conoce los peligros de su situacion: «Me creen enemigo de la paz, dice, cuando no hago mas que seguir mi destino; he de combatir y conquistar para conservar.» Entonces concibió «el plan de aglomerar y concentrar los pueblos geográficos que la política y las revoluciones han fraccionado, de formar tres naciones compactas con los quince millones de italianos, de los treinta millones de alemanes, y los quince millones de españoles; de introducir en ellas la unidad de leyes, de principios, de sentimientos y de intereses; de hacer del Mediodía de Europa el contrapeso de las naciones del Norte, y finalmente de dar una gigantesca extension á la influencia política ejerci-

(1) Las-Casas, t. VII, p. 218.

da por la Francia sobre los Estados inmediatos, creando un sistema de *Estados federativos del Imperio*, la convirtiese en árbitro del continente, y obligase á la Inglaterra á dar al mundo la libertad de los mares.» No hay duda que ese extraordinario plan encerraba una magnífica idea de civilizaci6n y de progreso, una idea digna de la naci6n del emperador; pero era tan vasto que no debia ser la obra de un siglo, y Napoleon que habria querido dominar el tiempo y el espacio, resolvi6 realizarlo en pocos años: para él no existian obstáculos; desatendi6 las aspiraciones de los pueblos lo mismo que la voluntad de la Francia; di6 á su empresa los caracteres de egoismo y ambici6n personal que volvieron á todos los pueblos contra él, hasta al de la misma Francia; se vali6 para aquella obra esencialmente democrática de medios del todo monárquicos, y el representante de la revoluci6n apareci6 á los ojos del mundo como el fundador vulgar de una efímera dinastía.

Al día siguiente de la paz de Presburgo, el boletín trigésimo séptimo del grande ejército, anunci6 lo siguiente: «El general Saint-Cyr marcha á largas jornadas contra Nápoles para castigar la traici6n de la reina y precipitar del trono á la mujer criminal que ha violado con tanta impudencia cuanto hay sagrado entre los hombres. La dinastía de Nápoles ha cesado de reinar...» Saint-Cyr fué reforzado en breve por Massena y José Bonaparte, y cuarenta y cinco mil franceses penetraron en el territorio napolitano. Los rusos y los ingleses se habian reembarcado al recibir la noticia de la batalla de Austerlitz; la nobleza y la clase media se hallaban prontas á sublevarse contra una dinastía odiosa, y la corte, sobrecogida de terror, huy6 á Sicilia. Los franceses entraron en Nápoles sin resistencia (8 de febrero de 1806); el ejército napolitano, refugiado en Calabria, fué dispersado; todas las provincias se sometieron, y solo Gaeta opuso una heroica resistencia y sufri6 un sitio de cuatro meses (18 de julio). «El cetro de plomo de la moderna Athalia, dijo el *Monitor*, acaba de ser roto en mil pedazos. El emperador restablecerá el reino de Nápoles en beneficio de un príncipe francés, y lo fundará en las leyes y en el interés de los pueblos. El nuevo reino forma parte de hoy en adelante de los Estados federativos del imperio francés.» Finalmente Napoleon declaró que «deseando asegurar la suerte de los

pueblos de Nápoles y de Sicilia, que habian caído en su poder por derecho de conquista, reconocía por rey de Nápoles á su *querido hermano José*,» é instituyó además en ambos reinos seis *ducados grandes feudos del Imperio*, cuyos titulares debían ser nombrados perpetuamente por él y sus sucesores (30 de marzo).

La Holanda, aunque ligada con la Inglaterra por sus intereses mercantiles, habia permanecido fiel á la alianza francesa; mas Napoleon, que sabia los proyectos, que respecto de aquel país alimentaba la coalicion, quiso afianzar mas sólidamente su identidad política con la Francia: «Bajo el punto de vista militar, dijo, y poseyendo la Holanda todas las plazas fuertes que defienden nuestra frontera del norte, importa mucho á la seguridad de nuestros Estados que la custodia se halle confiada á personas de cuya adhesion no podamos concebir la mas remota duda. Bajo el punto de vista mercantil, y hallándose situada la Holanda en la desembocadura de los grandes rios que riegan una parte considerable de nuestro territorio, necesitamos tener una garantía de que el tratado de comercio de que con ella celebremos será fielmente ejecutado. En una palabra, la Holanda es el primer interés político de la Francia.» Entonces el gran pensionario convocó una asamblea general de notables, y les comunicó la intencion del emperador de erigir la Holanda en reino; la asamblea manifestó el sentimiento que le causaba un cambio tan contrario á las costumbres nacionales; pero viendo que Napoleon se negó á escuchar sus quejas, pidió por rey «á fin de evitar mayores males» al príncipe Luis, bajo la garantía de una constitucion que estableciese las libertades nacionales (5 de junio). Napoleon proclamó á Luis rey de Holanda, y le dijo: «No ceséis jamás de ser francés; el cargo de condestable que conservais os trazará los deberes que debereis cumplir para conmigo, y la importancia que doy á las plazas fuertes que os confío.»

Así pues, Napoleon establecia dos tenientes en Holanda y en Nápoles; pero no se limitó á semejantes entronizaciones, en las cuales se veía al menos la laudable idea de asegurar contra los ingleses los dos extremos del imperio: «Guiado, dijo, por la gran idea de consolidar el orden social y su *trono fundamento de aquel*, y de dotar al imperio con centros de correspondencia y de apoyo,» confirió Massa y Carrara á su hermana Elisa Bacciochi, que

poseía ya los principados de Piombino y de Luca; Guastalla á Paulina Borghese; la soberanía hereditaria de los ducados de Berg y de Cléveris á Murat; el principado de Neuchâtel á Berthier; á Talleyrand y á Bernadotte, los principados de Benevento y de Ponte-Corvo, que eran un motivo de litigio entre el rey de Nápoles y la corte de Roma, y que erigió en feudos inmediatos del imperio para poner término á aquellas dificultades (31 de marzo).» Finalmente, se reservó en los antiguos Estados venecianos, las doce provincias de Dalmacia, de Istria, de Treviso, de Conegliano, de Bellune, de Feltre, de Frioul, de Bassano, de Vicenza, de Cadora, de Rovigo y de Padua con 30 millones de bienes nacionales, y los confirió más tarde á sus generales ó ministros, como *grandes feudos* del imperio, para ser transmitidos á su descendencia masculina por orden de primogenitura.

Esos feudos del imperio, concedidos á franceses en países extranjeros, esos tenientes del emperador sentados en avasallados tronos, ese sistema de estados federativos, copia del sistema dinástico de Luis XIV, solo era aceptado con profunda repugnancia por los pueblos que se veían dados, divididos, distribuidos como botín á soberanos extranjeros y desconocidos. La revolución francesa les aparecía bajo una forma opresora; su incorporación al grande imperio como la pérdida de su existencia nacional; las reformas administrativas, la igualdad civil, la destrucción de las tiranías feudales y los demás beneficios de la conquista, como importaciones de costumbres extranjeras. Nadie veía el resultado y el porvenir, mirábanse los medios y el presente, y de aquí que Napoleon debiese combatir, no solo contra los reyes, sino también contra los pueblos, acabando por sucumbir en aquella lucha contra naturaleza.

La Francia no recibía mejor tantos cambios y variaciones; al entregarse á un hombre de genio, creía no deber nada á su familia, deploraba la sangre derramada en favor de aquellos improvisados príncipes á quien su hermano concedía como si fueran suyos los países conquistados por los ejércitos republicanos; murmuraba al ver gastados en interés de una dinastía, los tesoros de afecto y de alianza que había adquirido entre los pueblos todos, y se indignaba al ver restaurados los privilegios territoriales, á los que había hecho la guerra durante siete años.

Austerlitz era lo que conducía á Napoleon por aquella senda de errores; Austerlitz, lo que al consolidar su régimen imperial, le valió tantas adulaciones que pudo llegar á creerse mas que un hombre. Su gloria que habia siempre confundido con la de la Francia, le fué desde entonces personal; su gobierno fué mas despótico; sus actos tomaron un decidido carácter contra-revolucionario, y el senado decretó: «Cuando S. M. lo juzgue conveniente ya para recompensar grandes servicios, ya para excitar una noble emulacion, ya para aumentar el esplendor del trono, podrá autorizar á un jefe de familia para *sustituir* sus bienes libres con objeto de formar la dotacion del título hereditario que S. M. erija en su favor, y que deberá heredar su hijo primogénito, nacido ó por nacer, y sus descendientes en línea directa (14 de agosto de 1806).» ¿Qué se hacia de la igualdad con las *instituciones* y los *mayorazgos*, con propiedades nobles y propiedades plebeyas, con individuos formando una raza aparte? Tales eran las consecuencias del sistema dinástico; pero Napoleon, al restablecer los títulos, una gerarquía y una nobleza política, pretendia reconciliar los reyes con la revolucion, mostrarse á ellos como el enemigo de la anarquía y el restaurador del orden social, obligándoles por consiguiente á tenderle una mano amiga.

Todos los actos del gobierno se distinguieron por el mismo color aristocrático: devolvieronse sus bienes á varios emigrados, y reconstruyéronse las grandes fortunas de las antiguas familias «sin las cuales, decia el emperador, es imposible gobernar.» Restablecieronse los cargos de agentes de cambio y de corredor de comercio, los tribunales sindicales y las demas instituciones mercantiles del antiguo régimen, y de este modo se formaron corporaciones que compusieron una especie de aristocracia mercantil, «la peor de todas,» segun decia el mismo Napoleon. El nuevo código de procedimientos civiles no fué mas que una modificacion del decreto de 1667; en él dominó el espíritu de los antiguos procuradores, é hizo renacer una raza de curiales tan rapaces como los de la época pasada (9 de mayo de 1806). Abolióse la contribucion suntuaria sobre los caballos, coches y criados, y aumentáronse los arbitrios y los derechos sobre la sal y el azúcar, elevándose las contribuciones á 777 millones. La autoridad de los prefectos se hizo tan tiránica, que el emperador debió re-

frenar sus excesos; las prisiones arbitrarias se multiplicaron, y los acusados de atentar contra la seguridad del Estado fueron condenados sin juicio público; violóse el secreto de la correspondencia; en el panteon de San Dionisio se preparó un lugar para la cuarta dinastía; restablecióse el calendario gregoriano; la fiesta de San Napoleon reemplazó á las festividades republicanas, y redactóse un reglamento de etiqueta para el palacio imperial, cuyos ciento diez y nueve artículos habria aprobado el mismo Luis XIV. Sin embargo, todo ello pasó casi desapercibido, por haber sido hecho con habilidad y por ir mezclado con la gloria é inmensas y útiles reformas; reorganizóse el banco de Francia que habia sufrido una gran crisis en 1805; creóse el cuerpo de ingenieros de puentes y calzadas; fundáronse establecimientos de educacion para los hijos de los miembros de la Legion de honor, y consejos de prohombres para resolver las cuestiones entre fabricantes y operarios; establecióse premios decenales para las artes y ciencias; construyéronse los caminos del monte Cenis y de la Corniche; mejoróse la navegacion de diez y ocho rios, y por fin se embelleció á París, que Napoleon pretendia convertir en la capital de la Europa, «en una ciudad fabulosa, decia, colosal, y [desconocida en nuestros dias.]»

§. II.—*Diferencias con el Austria y la Prusia.— Confederacion del Rhin.—Negociaciones con la Inglaterra y la Rusia.*—El restablecimiento de las antiguas instituciones no reconciliaba á la Europa con la Francia: dinastía, nobleza y leyes, todo era revolucionario, y los reyes debian temer mas el sistema dinástico de Napoleon que la propaganda democrática de la Convencion. La [Inglaterra y la Rusia permanecian abiertamente hostiles; la segunda habia lanzado un ejército á la Dalmacia, y la primera al reino de Nápoles, donde habia promovido la insurreccion de la Calabria, y conseguido un triunfo contra los franceses en el combate de Santa Eugenia (6 de julio de 1806). Al mismo tiempo manifestaba el Austria su deseo de sacudir el tratado de Presburgo, y siendo así que debia entregar á las tropas francesas las Bocas del Cattaro, cedidas por el tratado, dejó que los rusos se apoderasen de ellas. Irritado Napoleon, suspendió la marcha del grande ejército que regresaba á Francia; declaró que conservaria Braunau hasta que la corte de Viena hubiera obligado á los ru-

sos á evacuar las Bocas del Cattaro, y envió á Marmont con veinte mil hombres á Dalmacia á fin de que ocupase la ciudad neutral de Ragusa, suceso que ejerció grande influencia en los acontecimientos posteriores. Ciento cincuenta mil franceses permanecieron acantonados en Baviera y en Wurtemberg, amenazando á los Estados austriacos con una nueva invasion; pero la cuarta coalicion que empezaba á formarse, no tuvo á la corte de Viena por instrumento y por víctima, sino á la corte de Berlin.

Hacia diez años que la Francia deseaba fundar la paz del continente en la alianza prusiana; con ella, el Austria y la Rusia no podian atacarnos, se hacia imposible toda coalicion, y la Inglaterra se veia obligada á deponer las armas. Todos los primitivos planes de Napoleon se fundaban en la Prusia; con su auxilio pensaba arrojar al Austria de Alemania, y relegar á la Rusia en los hielos del Norte; con ella habia pensado formar una nacion alemana, grande, compacta, de treinta millones de habitantes, que habria sido el contrapeso del norte y del mediodía de la Europa. Proponíase hacer tomar á la familia de Brandeburgo un título imperial; para alcanzar la alianza prusiana, habria abandonado su sistema de Estados federativos cuyos peligros conocia, y por precio de la misma se obligaba «á no engrandecer jamás el imperio francés ni el reino de Italia.» La corte de Berlin contestó á estas proposiciones con el mas obstinado odio y con una insigne mala fe; queria las ventajas de la alianza, pero sin la alianza, y solo para servir á la coalicion; así fué que sobrecogida de estupor y de cólera al recibir el tratado de 15 de diciembre, se negó á ratificarlo; pero en vez de declararse francamente enemiga, ella que acababa de unirse á la Inglaterra por medio de un tratado de subsidios, envió Haugwitz á Napoleon para poner á la alianza condiciones que la destruian, y no recibir el Hannover sino en calidad de depósito. El emperador se sintió poseido de indignacion, y concibió desde entonces hácia la Prusia un odio que no se extinguió jamás; segun su modo de ver era una enemiga á quien importaba herir sin misericordia para obligarla á levantar la máscara, y su contestacion á las proposiciones de Haugwitz fué imponerle un tratado mas oneroso que el primero, por el cual obligaba á la Prusia á declarar la guerra á la Gran Bretaña (15 de febrero de 1806). Napoleon esperaba un

rompimiento; pero el rey se resignó á ratificar el tratado «á fin, dijo mas tarde, de conservar intacta para una época fácil de prever, la masa de sus fuerzas, de que la Europa tenia extrema necesidad,» y se apoderó del Hannover á título definitivo. La Inglaterra ordenó entonces el bloqueo de los puertos prusianos, diciendo «que la conducta de la corte de Berlin reunia cuanto odioso tiene la codicia con cuanto despreciable encierra el servilismo;» el rey de Suecia «el loco que debia acabar por una catástrofe,» segun decia Napoleon, declaró la guerra á la Prusia, y la Rusia cesó todas sus relaciones con ella. Sin embargo, todo ello no fué mas que aparato: «las potencias coaligadas, díjose en el parlamento inglés, sabian que la corte de Berlin no cesaba de ser la fiel aliada de Inglaterra, por el hecho de que, como esta, alimentaba un odio encarnizado contra el gobierno francés.»

No pudiendo crear una Alemania, es decir, una barrera á la Rusia y al Austria por medio de la Prusia, Napoleon intentó realizarlo con la renovacion de la *liga del Rhin*, concebida por Mazarino en 1658. Desde el tratado de Presburgo, todos los príncipes inmediatos á la Francia solicitaban unirse á ella por medio de un lazo federativo, que les libraba de las venganzas del Austria. «La situacion, decia el ministro francés en la dieta de Ratisbona, en que esa convencion habia colocado directamente á las cortes aliadas de la Francia, é indirectamente á las cortes que la rodean, era incompatible con la condicion de un imperio, y así para ella como para aquellos príncipes era una necesidad ordenar el sistema de sus relaciones bajo un nuevo plan.» Para conseguirlo entabláronse negociaciones secretas, y finalmente firmóse un tratado en 12 de julio, por el cual los reyes de Baviera y de Wurtemberg, el elector de Ratisbona, los grandes duques de Baden y de Berg, el landgrave de Hesse-Darmstadt y otros diez pequeños príncipes, se separaron perpetuamente del imperio germánico, declaráronse independientes de todo poder extranjero, y se unieron entre sí por medio de una confederacion. Sus intereses se hallaban bajo la salvaguardia de una dieta reunida en Francfort, y presidida por el primado de Ratisbona; el emperador de los franceses era declarado protector de la confederacion, pero sin que tuviera ostensiblemente el poder y las atribuciones que correspondian al emperador de Alema-

nia como señor soberano; si bien es cierto que obtenia en realidad el mismo poder y las mismas atribuciones, uniendo la confederacion á la Francia por medio de un tratado de alianza, en virtud del que se hacia comun á ambas partes toda guerra continental. En este caso el contingente de la Francia debia ser de doscientos mil hombres, y el de la confederacion de sesenta y tres mil.

La fundacion de la confederacion del Rin, última consecuencia de la guerra de los señores contra el imperio, empezada en tiempo de Lutero, continuada por el tratado de Westfalia, y terminada por los tratados de Campo-Formio, de Lunéville y de Presburgo, era un importante acontecimiento. A primera vista parecia ser exclusivamente favorable á la Francia, á la que proporcionaba un ascendiente fijo y regular en la Germania, un círculo de Estados adictos y un ejército de sesenta mil hombres; pero á poderse constituir y afirmar, la Alemania se habria convertido en una nacion, y una nacion de treinta millones de individuos, no habria sufrido el protectorado de la Francia, sino que habria sido la aliada de esta potencia. Sin embargo, tal como era, dió un golpe mortal á la feudalidad alemana: la nobleza *inmediata*, es decir la que pretendia depender directamente de los emperadores, fué abolida; un millar de pequeñas soberanías quedó reducido á treinta; las leyes civiles fueron reformadas por las leyes francesas; los pueblos, asimilados entre sí, fueron sujetos á un régimen uniforme de legislacion y de tributos; por primera vez se dió á la administracion orden y unidad etc.

Los confederados notificaron á la dieta de Ratisbona su separacion del imperio (1.º de agosto de 1806), y Napoleon declaró al mismo tiempo que no reconocia la constitucion germánica, y que en adelante trataria á los príncipes alemanes como soberanos absolutos. La corte de Austria quedó aterrada; pero como en aquella época la Inglaterra y la Rusia habian entablado negociaciones pacíficas con la Francia, resolvió sufrir sin resistencia aquel despojo de una vana dignidad (6 de agosto): Francisco II renunció á sus títulos de emperador de Alemania y de rey de los romanos; declaró disueltos los lazos que la habian unido al imperio germánico; absolvió á los electores, príncipes y Estados de sus deberes para con él; incorporó sus provincias

alemanas á sus Estados austriacos, y empezó bajo el nombre de Francisco I la série de emperadores de Austria. El imperio fundado por Carlomagno cesó de existir despues de una duracion de mil y seis años.

La Prusia, que tanto habia conspirado para destruir aquel imperio en provecho suyo, no ácertaba á volver en sí de su consternacion al saber que iba á formarse una Alemania independiente de ella contra ella; acusó á los príncipes confederados de traicion para con la patria alemana, despertó el orgullo germánico contra la dominacion de la Francia, é intentó formar bajo su protectorado una confederacion del Norte con la Sajonia, la Hesse, el Mecklenburgo y las ciudades Anseáticas. Sus agentes de acuerdo con los de Inglaterra y de Austria, publicaron libelos contra la ocupacion de la Alemania por las tropas francesas (1), excitaron á los bávaros á la sublevacion y formaron sociedades secretas. Napoleon creyó el peligro harto inminente para castigar con rigor á los autores de semejantes folletos: un librero de Nuremberg fué fusilado, y otros cinco condenados á prision.

La Inglaterra y la Rusia habrian podido impedir la formacion de la confederacion del Rhin, pues tenian entabladas entonces negociaciones con la Francia, y esta habia declarado «que una paz inmediata suspenderia todo cambio proyectado en Alemania;» mas ha de tenerse en cuenta que negociaban solo para ganar tiempo y formar la cuarta coalicion. La muerte de Pitt habia elevado al poder á un ministerio compuesto de todos los matices de la oposicion, y Fox se encargó de los negocios extranjeros; desde aquel momento entabláronse con la Francia negociaciones pacíficas y de buena fe, pero que marcharon con extremada lentitud porque Fox, patriota sincero, debia por necesidad procurar disminuir la desmesurada grandeza de la Francia, mientras que Napoleon, ya fuera que no creyese la paz

(1) «Será de la Alemania, decía un folleto de M. de Gentz, lo que ha sido de la Holanda, de la Suiza y de la Italia? Ni la Rusia, ni la Inglaterra pueden realizar la grande obra de la emancipacion europea; solo la Alemania puede llevarla á cabo. La Alemania ha sido la causa primera de la ruina de la Europa, y á la Alemania toca el procurar la libertad general y el restituir á la Francia una existencia tranquila y armónica, que la reconciliará con todos los pueblos y consigo misma.»

posible ni duradera, ya que se hallase obcecado por su ambicion dinástica, nada queria ceder de sus ventajas. Por otra parte, el gabinete británico exigia una negociacion comun con la Rusia, y el gabinete francés una negociacion separada con cada una de ambas potencias; el czar, que temia ser sacrificado por la Inglaterra, envió á París un embajador con amplos poderes, y como la Francia y la Rusia solo se disputaban las Bocas del Cattaro, no tardó en celebrarse un tratado (20 de julio). La Gran Bretaña reconvino á Alejandro por el abandono en que la dejaba, y el czar se negó á ratificar el tratado; entonces murió Fox (13 de setiembre): «Esta fué una de las fatalidades de mi vida, dice Napoleon; si Fox no hubiese muerto habria triunfado la causa de los pueblos, y habríamos establecido en Europa un nuevo órden de cosas.» Los mas ardientes discípulos de Pitt tomaron sobre sí la direccion de los negocios extranjeros, y desde aquel instante las negociaciones se convirtieron en farsa; en vano Napoleon propuso ceder á la Inglaterra el Hannover, Malta, el Cabo, Pondichery, Tabago, etc., es decir, mas de lo que obtuvo en 1814; el gabinete británico declaró «querer, nó su beneficio propio, sino el de su imperial aliado,» y por un singular olvido de sus intereses y de los de toda Europa, pidió para la Rusia la Dalmacia y las islas Jónicas, es decir, dos puertas del imperio Otomano. Las negociaciones quedaron interrumpidas. «El porvenir demostrará, dijo Talleyrand, si los que se quejan de la grandeza y ambicion de la Francia, deben imputar á su odio é injusticia la grandeza y ambicion de que se quejan. La Francia se ha engrandecido solo por los repetidos esfuerzos que se han empleado para oprimirla.»

§ III.—*Rompimiento con la Prusia.*—Durante las negociaciones, la Inglaterra reveló á la Prusia el artículo relativo á la restitucion del Hannover. Es cierto que Napoleon no habia advertido á la corte de Berlin de aquel proyecto de restitucion, del cual habia hecho el gabinete británico una condicion indispensable; el emperador no queria subordinar la gran cuestion de la paz general al interés particular de la Prusia, y se reservaba el indemnizar á esta potencia; pero al solo nombre de Hannover «que, segun un ministro prusiano, consolaba de todo y servia de remedio á todo,» la Prusia en masa lanzó un grito de indig-

nacion contra el pérfido aliado que con tanta insolencia disponia del territorio ajeno, y solo se pensó en lavar con la guerra semejante ultraje. La corte y el ejército, cegados por el recuerdo de Federico el Grande, se abandonaron á su odio y á su sed de venganza; algunos oficiales jóvenes rompieron los vidrios del palacio de Haugwitz, y afilaron sus espadas á la puerta del embajador de Francia; la reina, hermosa, ardiente, entusiasta y adorada de sus súbditos, revistó las tropas y recorrió los cuarteles con el uniforme de dragones, y el rey, arrastrado por las pasiones de su familia y por los clamores de los veteranos generales de la guerra de los siete años, se dispuso á entrar en campaña y para formar su confederacion del Norte. Napoleon manifestó formalmente que se oponia á semejante confederacion, y que la ocupacion de la Sajonia por las tropas prusianas seria mirada como una declaracion de guerra (10 de agosto de 1806); estas palabras dieron nuevo alimento á la cólera nacional, y el ejército se puso en movimiento, lo cual no impidió que la corte de Berlin continuase sus protestas de fidelidad á Napoleon, hasta que Alejandro hubo cesado toda negociacion con la Francia, y que los amigos de Pitt hubieron subido al ministerio. Llegada la hora, luego que la Rusia hubo prometido dos ejércitos y la Inglaterra subsidios, lanzose la nacion á la guerra como habria marchado á una fiesta, sin esperar á nadie, con un entusiasmo llevado hasta la temeridad (15 de setiembre). Las tropas se encaminaron á Sajonia, entonando himnos y cubiertas de flores. «Somos los salvadores de nuestros hermanos de Alemania, decia el rey. Las miradas de los pueblos se hallan fijas en nosotros, como en los últimos sostenes de la libertad, de la independenciam y del órden social de Europa.»

La Sajonia fué invadida como la Baviera lo habia sido por los austriacos en la pasada guerra, y el elector, que protestaba en vano de su neutralidad, debió aprontar su ejército de veinte mil hombres. El elector de Hesse, promovedor de la guerra é íntimo aliado de la Gran Bretaña, reunió doce mil hombres á pesar de las observaciones de la Francia que solo le pedia su neutralidad; el príncipe de Fulde-Orange se incorporó á las filas prusianas, y el duque de Brunswick, el autor del manifiesto del año 92, recibió el mando del ejército, en el cual se encontraba el rey. El

ejército, compuesto de doscientos mil hombres, ofrecia un magnífico aspecto, pero Valmy no le habia hecho olvidar el recuerdo de Rosbach; tenia aun el método y la rijidez del siglo pasado; era mandado por generales de la guerra de los siete años, que ni siquiera sospechaban que el arte hubiese progresado, y profesaba el mas insigne desprecio hácia todos los ejércitos de Europa, incluso los vencedores de Austerlitz.

Napoleon quedó admirado al saber el levantamiento de la Prusia: sentia pelear con una potencia destinada, decia, por la misma naturaleza á ser aliada de la Francia; esto no obstante, dirigió al Mein los seis cuerpos que habia dejado en Alemania, de modo que aparentasen amenazar á Erfurth. La guardia partió en pósta de París; la confederacion del Rhin aprontó sus contingentes, y la Francia contestó al entusiasmo, á la confusion que reinaba entre sus enemigos, con no vista calma y celeridad. Es fuerza, decia el emperador, marchar á Berlin con un cuadro de doscientos mil hombres. Napoleon salió de París el dia 25 de setiembre y llegó á Bamberg el 7 de octubre, recibiendo allí la primera comunicacion de las quejas de la Prusia, que no habia protestado hasta entonces de sus amistosos sentimientos. «La Prusia, decíase en aquel ultimatum, ha sido inútilmente neutral, amiga y aliada; los trastornos que todo lo conmueven á su alrededor, el gigantesco engrandecimiento de una potencia esencialmente militar y conquistadora que la ha lastimado en sus mas caros intereses y la amenaza en todos, la deja hoy sin garantía. Semejante estado de cosas no puede prolongarse por mas tiempo: el rey se ve rodeado de tropas francesas ó de vasallos de la Francia dispuestos á marchar con ella.» El documento terminaba con la intimacion siguiente: «1.º Las tropas francesas, que no se encuentran en Alemania con título alguno legítimo, deben pasar cuanto antes el Rhin, todas sin excepcion, empezando su marcha el mismo dia en que el rey reciba la contestacion del emperador, y continuándola sin interrupcion; pues su retirada, pronta y completa es, en el punto en que las cosas se encuentran, la única prenda de seguridad que puede admitir el rey; 2.º La Francia no opondrá obstáculo alguno á la formacion de la liga del Norte que abrazará, sin excepcion alguna, todos los Estados no nombrados en el acta fundamental de la confederacion del Rhin.»

«Soldados, dijo Napoleon á su ejército, la misma faccion, el mismo vértigo que á favor de nuestras intestinas disensiones condujo hace catorce años á los prusianos á las llanuras de la Champagne, domina hoy en sus consejos... Quieren que evacuemos la Alemania delante de su ejército ¡insensatos! sepan de una vez que seria mil veces mas fácil destruir la gran capital que mancillar el honor de los hijos del gran pueblo!»

§. IV.—*Batallas de Jena y de Auerstaedt.*—El duque de Brunswick habia llevado su ejército á ambos lados del bosque de Thuringia con objeto de dirigirse al Mein por Eisenach, y cortar en dos al ejército francés. Su vanguardia, mandada por el duque de Weimar, y compuesta de quince mil hombres, ocupaba Eisenach; su ala derecha, formada por veinte y cuatro mil hombres á las órdenes de Ruchel, se encontraba en Gotha; su centro, compuesto de sesenta y cinco mil hombres y mandado por el duque y el rey, se hallaba en Erfurth; y su ala izquierda, mandada por el príncipe de Hohenlohe, y compuesta de cincuenta y seis mil hombres, se encontraba en Jena. Dos cuerpos de observacion estacionaban el uno en la Hesse, á las órdenes de Blucher, y el otro en el Saal superior á las órdenes de Tauenzieu; finalmente el príncipe Eugenio de Wurtemberg tenia en Magdeburgo una reserva de veinte mil hombres.

Mientras el ejército prusiano maniobraba tranquilamente en la Thuringia, Napoleon concentraba en Bamberg su ejército de ciento sesenta mil infantes y cuarenta mil ginetes; formole en tres columnas que debían pasar el Frankenwald por los caminos paralelos de Bayreuth, de Cronach y de Coburgo para interceptar á la derecha las comunicaciones del enemigo y cortarle de Berlin; era la misma maniobra de Marengo y de Ulm, y los franceses iban de nuevo á combatir, haciendo frente al Rhin, al paso que sus enemigos harían frente al Elba. El punto de convergencia de las columnas, mas allá de Frankenwald, era Jena, que debia servir de base al movimiento de conversion del ejército entero sobre la retaguardia de los prusianos. El ala derecha (Sout y Ney) se dirigió por Bayreuth, Hof y Plauen; el centro (Bernadotte, Davoust y Murat) marchó á Schleitz por Cronach y derrotó al cuerpo de Tauenzieu; el ala izquierda (Lannes y Augereau) se encaminó á Saalfeld por Coburgo, encontró la van-

guardia de Hohenlohe (10 de octubre de 1806) mandada por el príncipe Luis de Prusia, el mas ardiente partidario de la guerra; y la dispersó despues de hacerle perder treinta y tres cañones y mil doscientos hombres, y entre ellos su general. Las comunicaciones del ejército con la Francia debian ser defendidas por los contingentes de Baviera y Wurtemberg que se hallaban en Beyreuth, y por los dos cuerpos de Mortier y del rey de Holanda que se hallaban el uno en Wesel y el otro en Maguncia.

La marcha de los franceses introdujo la turbacion en el ejército prusiano que vió envuelta su izquierda, invadida la Sajonia á sus espaldas, y el enemigo victorioso en el centro de sus comunicaciones. Brunswick se apresuró á evacuar el bosque de Thuringia y á retroceder á Weimar para concentrarse allí, salvar los almacenes establecidos en Naumburgo, y reunirse con la reserva que marchaba hácia Halle. Sin embargo, Napoleon, llegado á Jena, continua su movimiento de flanco por el Saal; Davoust se precipitó en Naumburgo para cerrar el camino de Weimar á Berlin; Bernadotte le siguió, y Murat se apoderó del camino de Leipzig; Soult, Ney, Augereau y Lannes marcharon á Jena, de modo que el ejército se halló dividido en dos grandes masas que debian penetrar á la vez por los dos grandes desfiladeros del Saal, precipitándose el centro sobre Naumburgo y las dos alas sobre Jena. Brunswick comprendió por fin los peligros de su situacion; viendo que los franceses prolongaban su movimiento como para dirigirse al Elba, quiso anticipárseles, y se puso en marcha escudándose con las fragosidades del Saal; su ejército se dividia en dos grandes masas; el centro seguía el camino de Weimar á Freyburgo, para pasar de allí á Merseburgo y al Elba; el ala izquierda, mandada por Hohenlohe ocultaba aquel movimiento custodiando el desfiladero del Jena, debiendo ser sostenida por el ala derecha que se encontraba aun en Weimar.

Al acercarse las primeras tropas francesas, Hohenlohe evacuó Jena y la meseta que domina el Saal, y se dispuso á desfilarse á lo largo del rio siguiendo las huellas del rey que debia encontrarse cerca de Freyburgo. Napoleon, advertido de que desde lo alto de la meseta se veia la llanura cubierta de inmensas columnas, creyó que todo el ejército prusiano estaba allí, y que iba á sorprenderle en fragante; precipitó por lo tanto la marcha de los cuatro

cuerpos que formaban la masa de la izquierda, y llamó á los de la derecha: Murat debió volver á escape de Zeist á Jena, mientras que Bernadotte y Davoust pasaban el Saal, el primero en Dornburgo, y el segundo en Naumburgo, para marchar desde allí á Apolda, y envolver la izquierda enemiga. «Soldados, dijo el emperador, el ejército prusiano se halla envuelto como el de Mack en Ulm, hoy cumple un año, y solo combate para recobrar sus comunicaciones. El cuerpo que la dejase pasar, quedaria deshonrado!» Durante la noche convirtió la meseta del Jena en una especie de fortaleza, de la que se lanzaron á un tiempo en la llanura, por el centro Lannes y la guardia; por la izquierda, Augereau; por la derecha Soult y Ney (14 de octubre); en pocas horas fueron rotas las tres líneas de los prusianos; algunos regimientos intentaron defenderse formando el cuadro, y fueron destruidos; el ala derecha acudió desde Weimar é intentó renovar la batalla, pero atacada de frente por Soult, Augereau y Lannes debió abandonar el campo. En aquel momento llegó la caballería de Murat, y desde entonces la derrota fué completa: ni un batallón quedó formado, y el enemigo huyó ó Weimar con espantosa confusión.

En tanto el rey de Prusia y el archiduque de Brunswick habian llegado á Auerstasdt, y dirigieron hácia Kosen á la division Blucher á fin de apoderarse del desfiladero y proteger la marcha del ejército á Freyburgo; mas Davoust que habia salido de Naumburgo, habia ocupado el desfiladero, y se disponia á marchar á Apolda por Auerstaedt, en virtud de las órdenes del emperador. Davoust solo tenia tres divisiones, Gudin, Friant y Morand, formando veinte y cinco mil infantes y dos mil ginetes, é iba á encontrarse con cincuenta y seis mil hombres, entre ellos doce mil de caballería. La division Gudin llegó á Auerstaedt cuando las otras dos se encontraban aun en la parte opuesta del Saal, y vióse atacada por todo el ejército prusiano; mas formada en cuadros y sostenida por un espantoso fuego de artillería, resistió á todas las cargas del enemigo. Bernadotte se hallaba en Naumburgo, y Davoust le suplicó que se uniera á él ofreciéndole el mando, y mostrándole un escrito del emperador concebido en estos términos: Si Bernadotte se halla en vuestras inmediaciones, podreis marchar juntos.» Bernadotte se negó á torcer su ca-

míno, y conforme á la primitiva órden que recibiera, dirigióse hácia Dornburgo, llevando con él dos divisiones de Murat que se hallaba momentáneamente bajo sus órdenes y atravesó el Saal; pero en vez de marchar contra la retaguardia de Brunswik en Auerstaed, ó contra la izquierda de Höhenlohe en Jena, permaneció inmóvil é inactivo entre las dos batallas (1). Davoust, abandonado á sí mismo, apresura la marcha de sus dos restantes divisiones; Friant llega á la meseta de Auerstaedt, y protege la derecha de Gudin; pero la izquierda permanece espuesta á las cargas del enemigo, que se esfuerza en pasar entre los franceses y el Saal para cortarles la retirada á Kosen. Brunswik dirige en persona el ataque, y es herido mortalmente; Schemettau le sucede y cae muerto; Mollendorf, último compañero de Federico el Grande, se pone al frente de los prusianos pero entonces llega Morand para cubrir la izquierda, y Davoust toma la ofensiva: Friant y Morand envuelven las dos alas enemigas, mientras que Gudin se apodera de las alturas que dominan el camino de Freyburgo. Los prusianos se retiran á la otra parte del barranco de Auerstaed; Mollendorf es herido de muerte; Kalkreuth toma el mando y ordena la retirada. Entonces empieza la derrota; Davoust se lanza contra el enemigo, le acuchilla, le acosa hácia Weimar; los fugitivos de Jena encuentran á los de Auerstaed, y la confusion llega á su colmo; hombres, caballos, bagajes se empujan, se cruzan, se mezclan, se dispersan: no hay generales, ni órdenes, ni punto de reunion; la campaña se habia abierto con tanta imprevision que nada se habia preparado para una retirada. Mollendorf huyó á Erfurth, y se rindió al dia siguiente con quince mil hombres; el rey, á Sommerda, y desde allí á Magdeburgo; Kalkreuth, á Greussen, pero alcanzado por Soult, fué rechazado á Sondershausen donde se le reunió Höhenlohe. La caballería francesa hacia prisioneros los batallones prusianos á galope; fué un desastre fabuloso! veinte y cinco mil muertos ó heridos, cuarenta mil prisioneros, treinta cañones y sesenta banderas fueron los trofeos de aquella doble victoria, en la que los franceses

(1) Al saber la conducta de Bernadotte, Napoleon se puso furioso: «Es esto tan odioso, dijo, que someterle á un consejo de guerra equivale á hacerle fusilar. Vale mas olvidarlo.»

tuvieron doce mil hombres fuera de combate, una tercera parte de los cuales pertenecía á la inmortal division Gudin.

§. V — *Conquista de la monarquía prusiana.*—El rey, en vez de reunir en persona los restos de su ejército, huyó á Stettin para ir á buscar mas allá del Oder sus últimos recursos, y encargó á Hohenlohe que llevase á cabo la reunion en Magdeburgo. Napoleon, empero, no dió tiempo á los vencidos para volver de su tertor en tanto que Murat, Ney y Soult se lanzaban en persecucion de Hohenlohe por Nordhausen, los demás cuerpos pasaron el Elba para marchar á Berlin. Bernadotte encontró en Halle á la reserva del príncipe Wurtemberg (16 de octubre), la venció completamente, y pasó el Elba en Barby; Lannes lo pasó en Coswig y se apoderó de Spandau; Davoust, Augereau y la guardia lo pasaron en Witemberg; el vencedor de Auerstaedt tuvo el honor de ser el primero en entrar en Berlin, y el emperador le siguió dos dias despues luego que hubo visitado en Potsdam el sepulcro de Federico el Grande, cuya espada envió á París. Napoleon se hallaba embriagado de orgullo con su victoria de Jena, y sus labios solo proferian palabras de venganza y odio contra los prusianos: «Haré á esa nobleza tan miserable, decia, que se verá obligada á mendigar su pan.» Impuso á los paises conquistados una contribucion de guerra de 160 millones; dividióles en cuatro departamentos que confió á otros tantos administradores franceses; hizo que las autoridades prestasen un juramento que dejaba en duda el restablecimiento de la monarquía, y dirigió á su ejército la siguiente proclama: «Soldados, una de las primeras potencias militares de Europa, que se atrevió no ha mucho á proponernos una vergonzosa capitulacion, queda destruida. Los bosques, los desfiladeros de la Francia, el Saal, Elba que nuestros padres no habrian atravesado en siete años, han sido atravesados por nosotros en siete dias, y hemos precedido en Berlin á la fama de nuestras victorias... Los rusos se jactan de que van á marchar contra nosotros; ahorrémoles la mitad del camino..... Quien les autoriza para oponerse á nuestros justos designios? Acaso no somos todos, ellos y nosotros, soldados de Austerlitz?»

En tanto «Magdeburgo era la ratonera á donde se dirigian los extraviados de la batalla.» Hohenlohe llegó allí pero acosado por

los tres cuerpos que le perseguían, y sabiendo que el camino de Berlin se hallaba ya cerrado, salió de la plaza con veinte y dos mil hombres, y tomó el camino de Ratenau con objeto de marchar á Stettin por Zehederick y Prentzlow (23 de octubre), formando su retaguardia un cuerpo de ocho mil hombres á las órdenes de Blucher. Ney bloqueó á Magdeburgo, Soult se lanzó en persecucion de un cuerpo que no habia figurado en la batalla de Jena, el del duque de Weimar que habia salido de Eisenach por Brunswick, y habia pasado el Elba, en Spandau; Murat se dirigió á Dessau, donde pasó el Elba, y reunido con Lannes en Spandau, corrió á Zehederick por Oranienburgo á fin de impedir el paso á Hohenloe. Este quiso entonces marchar á Prentzlow por Boitzemburgo; pero Murat y Lannes le salieron al encuentro por Tremplin, le derrotaron (28 de octubre), y le obligaron á rendir las armas junto con quince mil hombres, sesenta cañones y cuarenta y cinco banderas. Seis mil hombres lograron evadirse, pero alcanzados en Passeuak, debieron tambien rendirse. La vanguardia de Murat marchó á Stettin, y aquella importante plaza que contaba con una guarnicion de seis mil hombres abrió sus puertas á algunos escuadrones de húsares. Quedaba únicamente el cuerpo de Blucher, que antes del desastre de Pretzlow se habia replegado hácia Neu-Strelitz, donde se reunió con el cuerpo de Weimar. Blucher tomó el mando de aquellos restos, que formaban un total de veinte y cinco mil hombres, y se dirigió á Rostok por Schwerin, pero encontró á Murat que le cerraba el paso; marchó hácia el Elba inferior, y encontró á Soult; quiere retroceder hasta el Havel, y encontró á Bernadotte; entonces marchó á Lubeck y entró á viva fuerza en aquella ciudad que habria deseado conservarse neutral. Murat, Soult y Bernadotte se reunieron y derribaron las puertas de Lubeck, y trabaron en las calles un terrible combate, sufrieron los habitantes todos los rigores de la guerra. Ocho mil prusianos murieron ó rindieron las armas; mas Blucher seguido de unos diez mil hombres pudo llegar al Trave; allí le esperaba un ejército dinamarqués decidido á hacer respetar su neutralidad, y el general prusiano no tuvo mas recurso que capitular. Magdeburgo se rindió aquel mismo dia con veinte mil hombres, ochocientas piezas de artillería é inmensas provisiones (8 de noviembre).

Los tres cuerpos que Napoleon habia dejado á sus espaldas habian entrado en campaña; el de Mortier sali6 de Maguncia para ejecutar la sentencia dada contra el príncipe de Fulde-Orange, el duque de Brunswick y el elector de Hesse-Cassel, instigadores de la cuarta coalicion; un decreto declaró que su reinado habia concluido. Mortier ocup6 sus Estados, licenci6 sus tropas y demoli6 sus fortalezas, mientras que el rey de Holanda salia de Wessel, se apoderaba de Paderborn, Muuster y Osnabruck, y se reunia con Mortier en Cassel; juntos los dos penetraron en Hannover (noviembre), hicieron capitular Hameln y Niemburgo, se apoderaron de Brunswick, de Brema y de Hamburgo, y ocuparon el Mecklemburgo. El noveno cuerpo, march6 desde Bayreuth á Dresde bajo el mando de Gerónimo Bonaparte y de Vandamme. Despues de la batalla de Jena, el emperador habia soltado á los prisioneros sajones, diciéndoles que su idea era dar la libertad á su país, colocado hacia doscientos años bajo la proteccion de la Francia; el elector se declaró entonces neutral y abri6 negociaciones que produjeron un tratado en virtud del cual tom6 el título de rey (11 de diciembre), entr6 en la confederacion del Rhin, é hizo que entrasen en ella los cuatro duques soberanos de la casa de Sajonia. El ejército de Gerónimo se dirigi6 desde Dresde al Oder, se apoder6 de Glogau y atac6 á Breslau, cuando Augereau habia ocupado ya á Francfort, y Dumont á Custrin, plaza inexpugnable que se rindi6 sin disparar un tiro; la Prusia habia pasado del delirio del entusiasmo al desaliento mas completo. Los franceses entraron en la Polonia prusiana, y el rey Federico huy6 á Königsberg con quince mil hombres, únicos restos de su poder militar.

La conquista de la Prusia habia terminado, pero cien mil rusos llegaban al Vístula y la guerra iba á tomar un nuevo aspecto y á complicarse con nuevos intereses; Napoleon se encontraba frente á frente con la restauracion de la Polonia y la conservacion del Imperio otomano, inmensas cuestiones que se cruzaron con su politica y que debió sacrificar para atender á la realizacion de su idea fundamental, la libertad de los mares.

§. VII.—*Bloqueo continental.*—Desde el tratado de abril de 1805 y de la batalla de Trafalgar, la Inglaterra ejercia sin trabas la tiranía del Océano; visitaba y capturaba á los neutrales, apre-

saba marineros en los buques que tenían igual calidad, les prohibía todo comercio con las colonias francesas, y acabó por declarar bloqueados todos los puertos situados entre Brest y Hamburgo (16 de mayo de 1803) mandando que los neutrales no pudiesen llevar sus cargamentos mas que á los puertos ingleses. Todas las potencias marítimas se sometieron á orden tan monstruosa; solo una, los Estados Unidos, apeló á la justicia «contra los odiosos principios introducidos por la Inglaterra en la ley de las naciones;» y no contenta con arrestar á cuantos ingleses viajaban por su territorio, declaró que todo individuo que apresase un marinero americano seria considerado como pirata y castigado con la muerte.

Al herir á la Prusia Napoleon habia querido herir á la Inglaterra y luego que se encontró en Berlin contestó á aquellas bárbaras medidas con el siguiente decreto (21 de noviembre): «Considerando que la Inglaterra no admite el derecho de gentes seguido universalmente por los pueblos civilizados; que es natural oponer al enemigo las mismas armas de que él se sirve, cuando desconoce todas las ideas de justicia y todos los sentimientos liberales, hemos resuelto aplicar á la Inglaterra los usos que ha consagrado en su legislación marítima y hacer de ellos un principio fundamental del imperio hasta que la Inglaterra haya reconocido que el derecho de gentes es uno mismo en la tierra que en el mar, que no puede hacerse extensivo á las propiedades privadas ni á la persona de los individuos extraños á la profesion de las armas, y que el derecho de bloqueo debe limitarse á las plazas fuertes realmente bloqueadas por fuerzas suficientes... Las islas Británicas son declaradas en estado de bloqueo y queda prohibido con ellas todo comercio y correspondencia. Los súbditos ingleses que se hallen en los países ocupados por nuestras tropas ó por las de nuestros aliados serán hechos prisioneros de guerra; todo almacén, toda mercancía y toda propiedad perteneciente á un súbdito inglés son declarados de buena presa; queda prohibido el comercio con mercancías inglesas, y toda mercancía perteneciente á la Inglaterra ó procedente de sus fábricas es declarada de buena presa; ningun buque inglés ó procedente de las posesiones inglesas podrá ser recibido en los puertos de Francia ni en los de sus aliados.»

Semejante decreto, de una violencia inaudita, era contrario á todos los principios de la moral social, pero era una represalia por decirlo así equitativa, puesto que tenia por objeto resolver una cuestion inmensa de civilizacion y de humanidad. «Hemos declarado las islas Británicas en estado de bloqueo, escribia el emperador al senado, y hemos dictado contra ellas disposiciones que repugnaban á nuestro corazon. Mucho nos ha costado hacer depender los intereses de los particulares de la contienda de los reyes, y restablecer despues de tantos años de civilizacion, los principios que caracterizan la barbarie de los primeros tiempos de las naciones; pero nos hemos visto obligados á oponer al enemigo las mismas armas de que contra nosotros se sirve. Tales medidas, dictadas por un justo sentimiento de reciprocidad, no han sido inspirados por la pasion ni por el ódio, y las condiciones de paz que ofrecemos despues de haber vencido á las tres coaliciones que tanto han contribuido á la gloria de nuestros pueblos, las ofrecemos aun hoy dia en que nuestras armas han obtenido nuevos triunfos... En esta nueva posicion, hemos tomado por invariables principios de nuestra conducta no evacuar Berlín, ni Varsovia, ni las provincias que la fuerza de las armas ha puesto en nuestro poder, antes de que se haya celebrado la paz general, de que se hayan devuelto las colonias españolas, holandesas y francesas, de que se hayan afirmado las bases del poder otomano, y de que se haya consagrado irrevocablemente la independendencia absoluta de este vasto imperio, interés primordial de nuestro pueblo.» Sin embargo, la paz era imposible: la Inglaterra, cegada por su ódio insensato contra la Francia, hacia traicion á sus propios intereses, á la libertad de Europa, á la civilizacion, en beneficio del imperial aliado de que era víctima hacia medio siglo; y así como habia permitido la desmembracion de la Polonia para satisfacer su encono contra la revolucion francesa, del mismo modo conspiraba entonces para entregar el imperio otomano al Moscovita esperando derribar á Napoleon.

§. VII.—*Rompimiento de la Puerta con la Rusia.—Insurreccion de la Polonia.*—La Turquía que habia conocido la muerte que le reservaba la proteccion de la Rusia, habia abrazado de nuevo su política natural y reanudado sus amistosas relaciones con la Francia desde la batalla de Austerlitz. Los dos ilustres persona-

jes que la gobernaban, el sultan Selim III y el visir Barayctar, [deseaban regenerar el imperio otomano, y habian solicitado para tan grande empresa la amistad de Napoleon, el cual no cesaba de denunciar los proyectos de la Rusia respecto de la Turquía, de manifestar el inmenso interés que este imperio le inspiraba, y de declarar que la única condicion de paz que del czar exigia era la conservacion de su independenciam y de su integridad. « Quién es capaz de calcular, escribia al senado, la duracion de las guerras, el número de campañas que seria preciso emprender algun dia para reparar los males que resultarian de la pérdida del imperio de Constantinopla, si el amor del reposo entre las delicias de la gran capital triunfase de los consejos de una cuerda prevision? Legaríamos á nuestros descendientes una herencia de guerras y catástrofes. Triunfante la tiara griega desde el Báltico hasta el Mediterráneo, veríamos invadidas nuestras provincias por una nube de fanáticos y de bárbaros; y si la Europa civilizada parecia en aquella lucha harto tardía, nuestra culpa le indiferencia excitaria con justicia las quejas de la posteridad, y seria en la historia un título de oprobio.» El general Sebastiani, que fué enviado como embajador á Constantinopla, reanimó el odio nacional de los otomanos contra los moscovitas, y excitó á Selim á someter de nuevo la Moldavia y la Valaquia, convertidas realmente en provincias rusas. Alejandro miró como un ultraje semejante empresa, y envió á los principados un ejército de ochenta mil hombres, mandado por Michelson, al mismo tiempo que el rey de Prusia huía á Koenigsberg implorando el auxilio de su imperial aliado: el czar, empero, no abandonó sus proyectos, y la gloria de luchar con los franceses fué sacrificada al «deseo de conquistar la rica presa que se le ofrecia.» Michelson avanzó pues hasta Bucharest (5 de enero de 1806) y revolucionó la Servia; Selim envió un ejército al Danubio, y Napoleon mandó á Sebastiani estrechar por todos los medios la alianza con la Puerta, y á Marmont que facilitara oficiales y armas á los bajaes de Bosnia y de Scutari.

El czar que veia la Polonia prusiana invadida por los franceses, y á la Rusia amenazada á la vez por sus dos flancos, decidióse á enviar un ejército al Vístula: la nueva guerra no debía ser causa de que se perdiera la presa, no menos preciosa adquiri-

da hacia cinco años. La aparición de la bandera tricolor en el Wartha habia despertado á la Polonia de su sueño sepulcral; Dombrowski, Zayonschek y otros proscritos que combatian en las filas francesas, se adelantaron á las tropas, y repitieron estas palabras del emperador: «La Francia no ha reconocido jamás el desmembramiento de la Polonia; ármense los polacos, y prueben al mundo que son todavía una nacion.» Desde aquel momento estalló la sublevacion; las guarniciones prusianas fueron desarmadas por los habitantes; en pocos dias se formaron cuatro regimientos polacos; la Galitzia se agitó; doce mil hombres de la Lithuania y de la Volhynia acudieron aisladamente á través de los ejércitos rusos; y en fin, cuando Napoleon llegó á Posen en medio de las bendiciones, de las aclamaciones, y de las súplicas de todo un pueblo, oyó las siguientes palabras: «La nacion polaca, que gime bajo el yugo de las naciones germánicas, ruega humildemente é implora al muy augusto emperador que se digne hacer renacer de sus cenizas á la infeliz Polonia.»

La desmembracion de la Polonia es un crimen único en los tiempos cristianos; desde aquel monstruoso fraccionamiento de un pueblo, el derecho público no existe, la sociedad europea ha perdido toda moralidad, las nacionalidades están á merced de las ambiciones sórdidas y salvajes que gobernaban el mundo pagano, y todavía no han salido del nuevo orden de cosas, creado por la revolucion francesa, los nuevos y mas sólidos principios del derecho público de Europa.

Napoleon vió la cuestion polaca tan rodeada de peligros y de incertidumbre, que por la vez primera en su vida, al encontrarse en toda la fuerza de su genio y en el apojeio de su poder, sintió que vacilaba en su resolucion. La Prusia estaba vencida, pero la Rusia quedaba intacta, y el Austria solo esperaba una ocasion para encargarse del papel que desempeñó seis años despues con tanta perfidia como buen éxito; en efecto, habia hecho ya algunas amenazas, habia enviado un ejército á la Bohemia, y se habia negado á cambiar la Galitzia con la Silesia. Proclamar la independencia de la Polonia era reunir por primera vez las tres potencias del Norte contra la Francia y llenar los deseos de la Inglaterra, equivalia á empezar una guerra interminable y universal, entre la cual habria quedado olvidado el gran-

de objeto de Napoleon, la paz marítima. Ahora bien, el ejército francés parecia muy mal dispuesto para emprenderla despues de una marcha de cuatrocientas leguas, y el emperador retrocedió: distribuyó armas á la Polonia prusiana, la libró de tributos y requisiciones, dióle un gobierno provisional, compuesto de polacos prusianos, pero evitó contraer compromisos con los polacos rusos; aseguró al Austria sobre sus posiciones de la Galitzia, é hizo insertar en su boletín los siguientes párrafos: «Se restablecerá el trono de Polonia? Recobrá esta nacion su independencia? Solo Dios, que tiene en sus manos las combinaciones de los acontecimientos todos, es el árbitro de tan gran problema político; pero quede sentado que jamás hubo situacion mas memorable, mas digna de interés.»

§. VIII.—*Batallas de Pultusk y de Eylau.*—El ejército ruso, compuesto de noventa y cinco mil hombres, entre ellos quince mil prusianos, y mandado por Kaminski, habia adelantado hasta el Vístula y ocupado á Varsovia, con objeto de cubrir los caminos de Königsberg y de Grodno; mas al acercarse los franceses, evacuó Varsovia y se acantonó entre el Narew y el Owkra, teniendo á Pultusk por centro de sus posiciones; los prusianos, mandados por Lestocq, se establecieron en el Vístula inferior.

El ejército francés se componia de ciento ochenta mil hombres, pero la mayor parte de sus fuerzas se hallaban rezagadas: Mortier ocupaba las costas desde el Weser hasta el Oder, y debia operar contra los suecos en la Pomerania; un nuevo cuerpo, mandado por el mariscal Lefebvre y compuesto de treinta mil alemanes, italianos y polacos, debia sitiar á Dantzic, Colberg y Graudentz; Gerónimo atacaba las plazas de la Silesia; las tropas de la confederación defendian la Prusia. Murat, Davoust y Lannes, que formaban el ala derecha, entraron en Varsovia, siendo recibidos con trasportes de alegría, y se establecieron en el Bug (28 de noviembre); el centro, formado por Soult y Augerau pasó el rio cerca de Modlin, y el ala izquierda, formada por Ney y Bernadotte se apoderó de Thorn y de Elbign. Llegado á Varsovia, el emperador sin tener en cuenta lo avanzado de la estacion, quiso acabar con los rusos por medio de un golpe decisivo, y en virtud de sus órdenes y mientras Ney y Bernadotte operaban en el Vístula inferior para aislar y envolver á Lestocq, Soult se dirigió á

Makow para atacar á los rusos por el flanco, Augereau y Davoust marcharon de frente contra ellos por Golymin, y Lannes por Pultusk. Sin embargo, como el terreno entre el Narew y el Vístula era un pantano, donde las tropas se hundian hasta medio cuerpo, retardóse considerablemente la marcha de los franceses, y en vez de una batalla hubo una serie de combates aislados, en los que los rusos opusieron una resistencia encarnizada sobre todo en Pultusk (26 de diciembre). El enemigo se retiró á Ostrolenka, despues de perder diez mil hombres y ochenta cañones; imposible era perseguirle; los caminos eran rios de barro, y el ejército, extenuado por continuas marchas, deshacíase en murmullos contra aquel país pobre, aquella tierra pantanosa y aquel cielo eternamente encapotado. Napoleon resolvió tomar cuarteles de invierno, y acantonando su derecha y su centro entre el Omulew, el Narew y el Oukra, fortificó Praga, Modlin y Thorn, y extendió su izquierda desde las fuentes del Passarge y del Alle hasta Elbing.

Los rusos, acostumbrados al clima de la Polonia, no dejaron á los franceses tranquilos en sus cuarteles de invierno; retirados, no á Grodno, sino en la Prusia Oriental, habian recibido refuerzos, se hallaban fanatizados por los ukases en que el czar les llamaba á vencer «á los ateos enemigos de Dios y de la patria,» y mandábalos Benigsen, uno de los que conspiraran contra la vida de Pablo I, general audaz hasta ser temerario. Benigsen, pues, resolvió penetrar por entre Bernadotte y Ney arrollando al primero al mar, pasar el Vístula, librar á Dantzig, y llevando la guerra al Brandeburgo, obligar á los franceses á abandonar la Polonia. Para ello dejó tres divisiones en el Narew para amenazar á Varsovia, y con ochenta mil hombres dirigióse á Guttsstadt por Heilsberg, incorporóse con Lestocz, y forzó el Passarge en Liebstadt. Bernadotte, advertido á tiempo, se concentró en Mohrunen, venció allí á los rusos, y se retiró á Osterode (24 de enero de 1807). Napoleon quedó muy contrariado por aquel movimiento ofensivo en medio del invierno, cuando los rios se hallaban helados y los caminos cubiertos de nieve, cuando era tan difícil obtener provisiones; esto no obstante ordenó á Bernadotte que se retirase hasta Thorn, arrastrando al enemigo en su persecucion, y al mismo tiempo que le advirtió de que iba á mar-

char por Allenstein contra la retaguardia de los rusos. En efecto, dejando á Lannes en el Narew para defender Varsovia, escalonóse con Ney, Soult, Augereau, Davoust y Murat en el camino de Varsovia á Koenigsberg y llegó á Allenstein. Un accidente imprevisto frustró tan bien combinado plan; el oficial que llevaba á Bernadotte las instrucciones del Emperador, cayó en manos de los rusos, y Benigsen, viendo el lazo que se le tendia, llamó á Lestocq que se encontraba en el Vístula inferior, pasó otra vez el Passarge, y restableció sus comunicaciones, de modo que los franceses le encontraron formado en batalla en Jonkowo, con la derecha apoyada en el Passarge, y la izquierda en el Alle. Soult quiso envolverle por la derecha, y despues de ocupar Guttstadt y Bergfried, ocupó el camino de Heilsberg, pero los rusos se retiraron durante la noche por el camino de Eylau, sacrificando parte de su retaguardia. Lestocq aislado por aquella retirada, quiso atravesar por Deppen; pero fué derrotado por Ney, perdió una gran parte de sus tropas, y se retiró por Spanden. Ney le persiguió; Napoleon, con Soult, Murat y Augereau, siguió á Benigsen, Davoust desfiló por la derecha para caer sobre el flanco del enemigo, y Bernadotte, que no habia recibido orden alguna del emperador, se encontraba á una distancia de tres jornadas.

Los rusos se detuvieron en Eylau, resueltos á presentar batalla para salvar á Koenigsberg; el cuerpo de Soult, que formaba la vanguardia, les arrojó de Eylau despues de un sangriento combate, y Napoleon les creia en plena retirada, cuando al dia siguiente (7 de febrero) su ejército, encerrado en un estrecho paso y protegido por quinientas piezas de artillería, atacó á Eylau. El emperador quedó sorprendido, mas apresurando la marcha de Augereau y llamando al momento á Ney y á Davoust, sostuvo con Soult y la guardia el primer choque del enemigo. Augereau entró luego en línea para formar el centro apoyado por su derecha en la caballería que debia facilitar la llegada de Davoust; pero la espesa nieve que caia cegó á los franceses, y perdiendo aquel cuerpo su direccion, hallóse entre el centro y la reserva del enemigo: atacado por todas partes, diezmado por cuarenta cañones, y no pudiendo formarse en cuadro, fué dispersado y casi destruido. A la vista de la carnicería, Napoleon

lanzó á Murat con toda su caballería para librar á Augereau; aquella masa atravesó las líneas enemigas, pero al retroceder las encontró de nuevo formadas, debiendo atravesarlas por segunda vez, experimentando grandes pérdidas. Entonces Davoust apareció en la derecha, atrajo hácia sí todas las fuerzas de los rusos, y doblando su flanco izquierdo, introdujo el desórden en sus filas; finalmente, Ney, que no habia podido alcanzar á Lestocq, retrocedió á toda prisa al oír el cañoneo, y cayó contra el flanco derecho del enemigo; su llegada determinó á Benigsen á abandonar la accion, y se retiró con órden hácia Koenigsberg. El emperador no se atrevió á seguirle; su victoria habia sido tan incompleta que solo le habia dado por trofeos seis mil heridos, veinte y cuatro cañones y diez y seis banderas. El campo de batalla ofrecia un desgarrador espectáculo. «Considérese, decia el boletin, en un espacio de una legua cuadrada, nueve ó diez mil cadáveres, cuatro ó cinco mil caballos muertos, líneas enteras de capotes rusos, restos de fusiles y de sables, la tierra cubierta de balas, de granadas y de municiones, veinte y cuatro cañones, cerca de los cuales se ven los cadáveres de aquellos que los servian en el momento en que se esforzaban para llevarselos, todo ello resaltando sobre un fondo de nieve.»

El ejército francés quedó contristado por tan mortífera batalla, por tan riguroso clima, y por una campaña tan poco decisiva; no arrollaba con la misma facilidad á los rusos que á los austriacos y á los prusianos, y para derribar á aquellos soldados autómatas que creian pelear por su fe era preciso acribillarles á balazos. Despues de un reposo de ocho dias junto al campo de batalla, Napoleon resolvió tomar sus cuarteles de invierno para rehacer su ejército, reunir provisiones, aumentar su artillería, inferior á la de los rusos, y asegurar la posesion de Dantzig. Bernadotte y Soult se establecieron en el Passarge; Ney en Allenstein; y Davoust en el Omulew; la guardia y el cuartel general se hallaban en Finkenstein, y los depósitos en Thorn. El cuerpo de Lannes que habia empeñado en Ostrolenka, junto al Narew, un glorioso combate, conservó sus posiciones. Lefebvre atacó á Dantzig, Mortier bloqueó á Colberg y marchó contra los suecos; finalmente Brune, con un nuevo cuerpo de observacion de treinta mil hombres, italianos, holandeses y es-

pañoles en su mayor parte, defendió las bocas del Ems, del Wes-ser y del Elba, y amenazaba á Berlin.

§ IX.—*Los ingleses delante de Constantinopla y en Egipto.— Tratado de Barleastein.— Toma de Dantzic.*—La entrada de los franceses en Polonia habia detenido la marcha de los rusos en la Valaquia; Selim, alentado por tan poderosa diversion, declaró solemnemente la guerra á la Rusia, y la influencia francesa dominó en los consejos de Constantinopla; pero entonces acudió la Inglaterra en auxilio de su imperial aliado, y envió una escuadra al Mediterráneo, intimando al sultan que expulsara á Sebastiani, que se uniera á la Rusia y á la Gran Bretaña contra la Francia, que cediera á los rusos la Moldavia y la Valaquia, y que pusiera los Dardanelos, sus buques y municiones en poder de los ingleses. Selim rechazó tales proposiciones, pero desoyendo los consejos de Sebastiani, no adoptó medida alguna de defensa, y la escuadra inglesa, mandada por Duckworth, despues de atravesar los Dardanelos, débilmente defendidos, incendió cinco bajeles turcos (19 de febrero), y llegó delante de Constantinopla, amenazando á la capital con un bombardeo. El pueblo se hallaba furioso y pedia armas á grandes gritos, pero los ministros tuvieron miedo y decidieron al sultan á decretar la expulsion de Sebastiani. Este se negó á partir. «El emperador, dijo, no querrá por una debilidad indigna de él descender del alto puesto á que le han elevado sus gloriosos antepasados. Vuestras murallas no están armadas, pero teneis hierro, municiones, víveres y brazos: añadid á ello el valor, y triunfareis de vuestros enemigos.» La energía del embajador reanimó á Selim: «¡Quieren que haga la guerra á mi mejor amigo! exclamó; escribid al emperador, dijo á Sebastiani, que puede contar conmigo como cuento yo con él;» y puso á su disposicion todos los recursos de la capital. Sebastiani entretuvo á Duckworth por medio de negociaciones y ganó ocho dias, durante los cuales, con el auxilio de algunos oficiales franceses, y del entusiasmo de los turcos, defendió á Constantinopla y los estrechos con seis-cientas piezas de artillería, cien chalupas cañoneras, y una línea de navíos desarbolados. Viendo esto Duckworth se puso en retirada, por miedo de encontrar cerrados los Dardanelos, pero al pasar el estrecho perdió dos corbetas y setecientos hombres.

Noticioso Napoleon de aquel suceso, envió á Sebastiani oficiales y artilleros para organizar el ejército turco, y ordenó á Marmont que se preparase para formar el ala derecha del grande ejército, marchando á Servia con veinte y cinco mil hombres.

A lo que parece habíase estipulado tácitamente en el tratado de abril de 1805 que la Inglaterra y la Rusia se permitian recíprocamente satisfacer su ambicion, en el continente la una y en el mar la otra: en efecto, mientras la Inglaterra conspiraba para dar á los rusos los Dardanelos, llamados por Alejandro la Havel de su casa, emprendia en su exclusivo interés expediciones particulares. Dos veces intentó apoderarse de Buenos-Aires; hizo partir de Sicilia, que no era sino una de sus colonias, un reducido ejército que intentó reanimar la insurreccion de la Calabria, pero que fué dispersado por Reynier en Mileto; finalmente quiso vengarse de la derrota de Constantinopla, apoderándose tambien de una parte del imperio Otomano: para ello envió á Egipto, camino de las Indias que siempre ha codiciado, á diez mil hombres que se apoderaron de Alejandría, y marcharon hácia Rosette (15 de marzo de 1807; mas en aquella época era bajá de Egipto un hombre de genio que deseaba regenerar su país con los restos de la colonia francesa. Mehemet-ali venció á los ingleses, y les obligó á reembarcarse vergonzosamente (19 de abril). Selim declaró la guerra á la Gran Bretaña.

La Rusia y la Prusia, descontentas por tales expediciones que parecian extrañas á la guerra contra la Francia, estrecharon su alianza por medio del tratado de Bartenstein (25 de abril), confirmativo de las principales disposiciones del de abril de 1805; es decir, que dos potencias, una de las cuales no poseia mas que dos ó tres ciudades, y la otra que habia perdido ya dos partes, se comprometieron en ocasion en que los franceses se hallaban en el Vístula, á encerrar á la Francia en sus antiguos limites. Esta convencion no fué anulada por acontecimiento alguno, y estuvo siempre en vigor, á pesar de los tratados contrarios celebrados con Napoleon. La Inglaterra se adhirió á ella, prometió subsidios, y se obligó á enviar treinta mil hombres á Pomerania para operar con los suecos contra la retaguardia del ejército francés. El Austria fué invitada á completar la coalicion, pero se limitó á ofrecer una mediacion hipócrita que fué rechazada.

Mientras esto sucedía, Napoleón administraba su imperio desde su campamento de Finkensteín, á quinientas leguas de su capital; ocupábase de hacienda, de obras públicas, de artes y de literatura. Mandaba reunir un *Sanhedrin* para que interpretase las leyes de Moisés y convirtiese en ciudadanos á los judíos, raza proscrita hasta entonces; daba socorros á los fabricantes arruinados por la paralización del comercio, y decía: «Mi mayor pesar es ver que, arrastrado de campamento en campamento y de expedición en expedición, no puedo fijar los ojos en el primer objeto de mis cuidados, en la primera necesidad de mi corazón, en una buena y sólida organización de cuanto pertenece á los bancos, á la industria y al comercio.» Estas atenciones no le distraían de la campaña en que se hallaba empeñado; reforzó su ejército, que se elevó á ciento setenta mil hombres sin la guardia y la reserva de caballería; reclamaba anticipadamente los reclutas de 1808 que formaron la reserva en el interior, y preparó por fin, con una actividad que dejaba sin aliento á los administradores, enormes masas de víveres y municiones (1).

Las hostilidades no habian cesado en todos los puntos: en Silesia, Vandamme se apoderó de Breslaw, de Brieg, de Schweidnitz etc., es decir de seis plazas, de mil quinientos cañones, y de veinte y cuatro mil hombres en ocho meses. En Pomerania,

(1) Para conocer bien á Napoleón, dice Bignon, sería preciso verle en un mismo día, en unas mismas horas, discutiendo todas las cuestiones relativas á la guerra, desde los planes de campaña, la artillería, la composición del ejército y sus movimientos, hasta el calzado y la cartuchera del soldado; fijando todas las partes de la marina, desde las combinaciones generales, la partida y el regreso de las escuadras, hasta el armamento de su última chalupa cañonera, examinando todos los puntos de la administración, desde la dirección del ministerio del interior hasta la reparación de una iglesia de aldea; todos los diferentes ramos de la política, desde sus negociaciones con los Estados mas poderosos hasta las medidas que debía tomar para afianzar á los mas débiles tratando en fin tantas y tan diversas materias y otras muchas con igual conocimiento del conjunto y de los detalles, con igual fidelidad de memoria, la misma claridad de ideas, que si cada uno de los departamentos ministeriales hubiese sido para él objeto de un exclusivo estudio... Quizás no ha existido otro individuo en las elevadas ni en las bajas regiones de la sociedad, que haya probado con tanta evidencia como Napoleón, la continuidad, la variedad y la extensión de trabajo de que es capaz la existencia de un solo hombre.

Mortier bloqueaba Stralsund, derrotaba á los suecos en Anklam (8 de abril de 1807), y obligaba á Gustavo á solicitar un armisticio que Napoleon se apresuró á conceder para reducir á aquel rey á su alianza natural. «No puede ocultarse á la Suecia, dijo, que en la lucha actual se halla tan interesada como la Francia en el triunfo de mis armas.» Finalmente, en el Vístula inferior Dantzig, defendida por Kalkreuth y el célebre ingeniero Bousmard con diez y ocho mil hombres, era objeto de innumerables combates. En vano el czar envió por mar veinte y cinco mil hombres en su auxilio; este ejército fué derrotado; en vano Benigsen intentó atravesar la línea francesa: fué rechazado á Heilsberg donde se fortificó, hasta que por último, reforzados los sitiadores con el cuerpo de Mortier, la plaza capituló (24 de mayo).

§. X.—*Batallas de Heilsberg y de Friedland.*—Asegurada la línea del Vístula por la posesion de Dantzig, de Thorn y de Praga, Napoleon se preparaba á tomar la ofensiva, cuando Benigsen se le anticipó. El ejército ruso se componia de ciento ochenta mil hombres; su centro, formado por cien mil, se encontraba en Heilsberg; su izquierda de veinte mil, en el Narew, y su derecha, compuesta del cuerpo prusiano en el Passarge; en el Niemen habia una reserva de sesenta mil hombres. Al saber la toma de Dantzig, Benigsen intentó envolver al cuerpo de Ney, que se habia adelantado mas allá de Guttstadt (4 de junio); pero el mariscal desplegó tanta sangre fria y resolucion, que pudo retirarse á Ankendorf sin pérdida alguna. El dia siguiente empezó otra vez el ataque, pero Ney demostró igual valor, y despues de haber causado al enemigo una pérdida de cinco mil hombres, se replegó hácia Deppen y atravesó el Passarge. Los ataques de los rusos contra Soutl y Bernadotte en Lomitten y en Spanden, no tuvieron mejor éxito, y Beningsen, viendo frustrado su plan, se declaró en retirada.

Napoleon llama á su lado á Davoust, á Lannes, á Mortier, á Murat y á la guardia, atraviesa el Passarge, se apodera de Guttstadt, rechaza á los rusos á la orilla derecha del Alle, y les separa del cuerpo de Lestocq, que se dirigia á Koenigsberg por la orilla del Frische-Hafs. Beningsen llega á su campo atrincherado de Heilsberg por la orilla derecha del Alle, y es atacado en él

por los franceses que quieren cerrarle definitivamente los caminos de Eylau y de Königsberg y arrojarle al Niemen. Después de una serie de mortíferos combates en los que los rusos pierden diez mil hombres y los franceses siete mil estos, que no pudieron apoderarse de Heilsberg, dejan un cuerpo delante de la plaza, y se encaminan á Eylau (10 de junio). Beningsen quemó sus puentes y se dirigió á Wehlau por la orilla derecha del Alle, á fin de tomar posición en el Pregel, pero llegado delante de Friedland, ciudad situada en la margen izquierda del Alle, trata de pasar el río para atacar por el flanco á nuestras columnas de marcha y llegar antes que ellas á Königsberg. Soult, Davoust y Murat se dirigían por Eylau á aquella ciudad, defendida únicamente por Lestocq; Lannes y Mortier seguían el Alle con dirección á Friedland, y eran seguidos á gran distancia por Victor (1) y Ney. Beningsen desalojó de Friedland á las avanzadas francesas, pero en vez de destruir á Lannes y á Mortier aisladamente, se formó en semicírculo al rededor de la ciudad. Napoleón que marchaba con la guardia en pos de Ney, supo la mala posición del enemigo que daba su espalda al Alle y presentaba una batalla sin necesidad, y mandando á Lannes y á Mortier que le hostigasen, apresuró la marcha de Ney y de Victor. En efecto, Lannes y Mortier ocuparon al enemigo hasta las cuatro de la tarde (14 de junio), y al llegar Napoleón tomó las más sencillas y precisas disposiciones: colocó á Ney en la derecha, á Lannes en el centro, y á Victor con la guardia en la reserva. El ala izquierda de los rusos se hallaba apoyada en un recodo del Alle entre la ciudad y un estanque; su derrota llevaba consigo la toma de Friedland y la dispersión del ala derecha: Ney empezó pues el ataque apoyado en la izquierda inmóvil, sostenido por Victor en la retaguardia y protegido por sesenta piezas de artillería; y después de arrollar al enemigo, que no acertaba á maniobrar en el estrecho sitio que ocupaba, le hizo pasar el Alle, le persiguió hasta la ciudad, y se detuvo delante de ciento veinte cañones que el enemigo puso en batería para proteger su retirada. Durante este tiempo, el ala derecha de los rusos era atraída por Lannes y Mortier al camino de Königsberg, pero ad-

(1) Victor mandaba interinamente el cuerpo de Bernadotte por haber este sido herido en Spanden.

vertida por la toma de Friedland del lazo que se le tendia, retrocedió á toda prisa hácia la plaza, cuyos puentes ya no existian y que estaba ocupada por cuarenta mil franceses : entonces se encontró atacada por retaguardia, por el frente y por la izquierda, teniendo á su derecha el rio; mas antes que rendirse prefirió precipitarse en las aguas, donde perdió su artillería y sus heridos, llegando á la orilla opuesta solo la mitad, y emprendiendo luego la fuga hácia el Pregel y desde allí hácia el Niemen. Los rusos habian perdido treinta mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros, y casi todos sus cañones y bagajes; su retirada les costó otros diez mil hombres. Los franceses habian tenido mil quinientos muertos y cuatro mil heridos.

Soult, Davoust y Murat habian llegado en tanto delante de Koenisberg, donde Lestocq habia reunido veinte y cinco mil hombres, y le amenazaron con dar el asalto; pero al tener noticia de la batalla, aquel evacuó la plaza, donde los franceses encontraron inmensas próvisiones, cien mil fusiles, y doscientos buques ingleses. Murat se lanzó en persecucion de los prusianos, y llegó á Tilsitt al mismo tiempo que Napoleon entraba en la ciudad por el camino de Wehlau.

§. XI.—*Tratado de Tilsitt.*—Luego que Alejandro vió á los franceses en el Niemen y próxima á ser invadida la Polonia rusa, resolvióse á solicitar la paz, « á fin, dice el historiador Butturlin, de ganar el tiempo necesario para sostener con ventaja la lucha que nadie ignoraba deber renovarse algun dia. » (1) Aun los emperadores convinieron en una entrevista, y esta se verificó en una balsa construida en medio del rio (25 de junio). « Aborrezco á los ingleses, dijo Alejandro abrazando á Napoleon, tanto como vos les aborreceis; en cuanto emprendais contra ellos, contadme por vuestro segundo.—En este caso, contestó Napoleon, ya está hecha la paz. » Los dos soberanos se alojaron en Tilsitt, admitieron al rey de Prusia en sus conferencias, y se prodigaron por espacio de veinte dias las muestras de la mas viva amistad. Napoleon se sentia envanecido al verse tratado de igual á igual por el monarca mas poderoso de Europa, y Alejandro, que unia á

(1) Historia de la campaña de 1812, t. I.

una gran falsedad una exaltacion caballescaca llevada hasta el iluminismo, creia que llegaba hasta él la gloria «del hombre del siglo y de la historia.» Por lo que toca al rey de Prusia, olvidado por sus dos buenos amigos, veíase de antemano sacrificado; en vano descendió la reina hasta suplicar al vencedor que la habia insultado groseramente en sus boletines, y empleó para ablandarle todas las gracias de su hermosura y de su talento: Napoleon se mostró insensible y duro, y así como habia sido la guerra de Prusia nacida por la pasion, puso fin á ella un tratado dictado tambien por la pasion.

«El emperador Napoleon, dice el tratado, deseoso de complacer al emperador Alejandro, consiente en restituir al rey de Prusia los países que á continuacion se expresan (7 de julio);» es decir que fueron arrebatadas á la monarquía prusiana sus provincias situadas entre el Rhin y el Elba y sus provincias polacas. Las primeras formaron con la Hesse, el Brunswick y una parte del Hannover, el reino de Westfalia que fué cedido á Jerónimo Bonaparte; las últimas constituyeron el gran ducado de Varsovia que fué dado al rey de Sajonia. Dantzic fué declarada ciudad libre, y los ducados de Oldenburgo y de Mecklenburgo fueron restituidos á sus poseedores, con la condicion de que las tropas francesas guarnecerian los puertos hasta la celebracion de la paz general. Los estados prusianos no debian ser evacuados por el ejército francés hasta el completo pago de las contribuciones impuestas al país, y el rey de Prusia reconoció el bloqueo continental.

El tratado de Tilsitt llevó á su apogeo el poder de Napoleon, si bien contenia en germen las causas de su caida. El tratado parecia reducirse á la formacion de dos Estados constituidos con los jirones de una monarquía que no debia ser siempre una enemiga encarnizada, el uno para dar una corona á un Bonaparte, y el otro para adquirir la amistad del czar, sacrificando indirectamente la Polonia; era inspirado sin embargo por las dos ideas que absorbian la política imperial, el sistema dinástico y la paz de los mares, y revelaba la apostasía del representante de la revolucion, que abandonaba la alianza de los pueblos por la de los reyes, siendo así que sabia no poder cifrar esperanza alguna en la fe y equidad de los gobiernos. Así lo demos-

tró el secreto tratado de alianza que fué su consecuencia : tratado que firmó el emperador á fin de ahogar para siempre el ciego encono de la Gran Bretaña , que arrebató á la Francia los destinos del mundo ; tratado antinatural , pues la Rusia , potencia asiática, raza bárbara aun, tierra de esclavitud, es la verdadera enemiga de la revolucion francesa , de la civilizacion y de la libertad de Europa. En dicho tratado se estipulaba que « si en 1.º de noviembre la Inglaterra no habia consentido en celebrar la paz , reconociendo que todos los pabellones de todas las potencias deben gozar de igual y perfecta independencia en los mares, y restituyendo las conquistas hechas á la Francia y á sus aliados desde 1805, la Rusia haría causa comun con la Francia contra ella, arrastrando á las cortes de Lisboa , de Stockholmo y de Copenhague.» Así pues, Napoleon parecia haber conseguido su objeto ; adoptando la Europa entera el bloqueo continental, la Inglaterra debería precisamente aceptar la paz; mas para alcanzar este fin, tuvo que hacer á Alejandro una concesion extraña: «En caso de que la Puerta no aceptase la mediacion de la Francia, ó de que las negociaciones no produjesen un satisfactorio resultado , la Francia hará causa comun con la Rusia contra la Puerta, y las dos altas potencias contratantes se pondrán de acuerdo para sustraer al yugo y las vejaciones de los turcos de todas las provincias del imperio otomano en Europa, excepto la Romelia y la ciudad de Constantinopla.» De este modo abandonaba Napoleon los grandes principios de la política francesa: los turcos y los polacos no habian sido para él mas que auxiliares, y despues de haber prometido no restaurar la Polonia, se obligaba á desmembrar la Turquía. El esplendor, el brillo aparente del tratado de Tilsitt recaia en Napoleon que podria envanecerse de su gloria y de su papel de rey de reyes; pero toda la parte sólida del mismo quedaba en favor de Alejandro, quien, con una política sagaz, positiva y perseverante, obtenia la confirmacion del acto de Polonia, y aseguraba para el porvenir la adquisicion de la Turquía á su corona. Todos los demás pactos entre ambos emperadores, sus conversaciones, sus proyectos y sus sueños tuvieron el mismo carácter ; Alejandro y Napoleon dejáronse mutuamente en libertad para realizar sus proyectos de conquista, el uno en Suecia y el otro en la península Ibérica; pero al paso que el primero debia adqui-

rir la soberanía del Báltico y defender las puertas de su capital con la preciosa conquista de la Finlandia, el segundo, descoso de completar su sistema dinástico en España, iba á lanzar su fortuna contra la misma fuerza que la habia engendrado, contra la fuerza popular. Aquella fué la señal de su decadencia.

FIN DEL TOMO SEXTO.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE EL TOMO SEXTO.

Libro segundo.

República (1792—1804.)

SECCION I.

Convencion nacional.—21 de setiembre de 1792.—26 de octubre de 1793.

	Pág.
Cap. I.—Muerte de Luis XVI.—Caida de los girondinos.—Desde el 21 de setiembre de 1792 hasta el 2 de junio de 1793	7
Cap. II.—Insurreccion girondina.—Destruccion de los hebertistas y dantonistas.—Revolucion del 9 de termidor.—Desde el 2 de junio de 1793 hasta el 27 de julio de 1794.	47
Cap. III.—Reaccion termidoriana.—Insurreccion de pradal y de vendimiarío.—Fin de la Convencion.—Desde el 28 de julio de 1794 hasta el 26 de octubre de 1795.	109

SECCION II.

Directorio ejecutivo.—27 de octubre de 1795.—41 de noviembre de 1799.

Cap. I.—Campanas de Bonaparte en Italia.—Golpe de Estado de 18 de fructidor.—Tratado de Campo-Formio.—Desde el 20 de octubre de 1795 hasta el 10 de diciembre de 1797.	144
Cap. II.—Expedicion de Egipto.—Segunda coalicion.—Revolucion de 18 de brumario.—Desde el 10 de diciembre de 1797 hasta el 11 de noviembre de 1799.	185

SECCION III.

Consulado.—41 de noviembre de 1799.—18 de mayo de 1804.

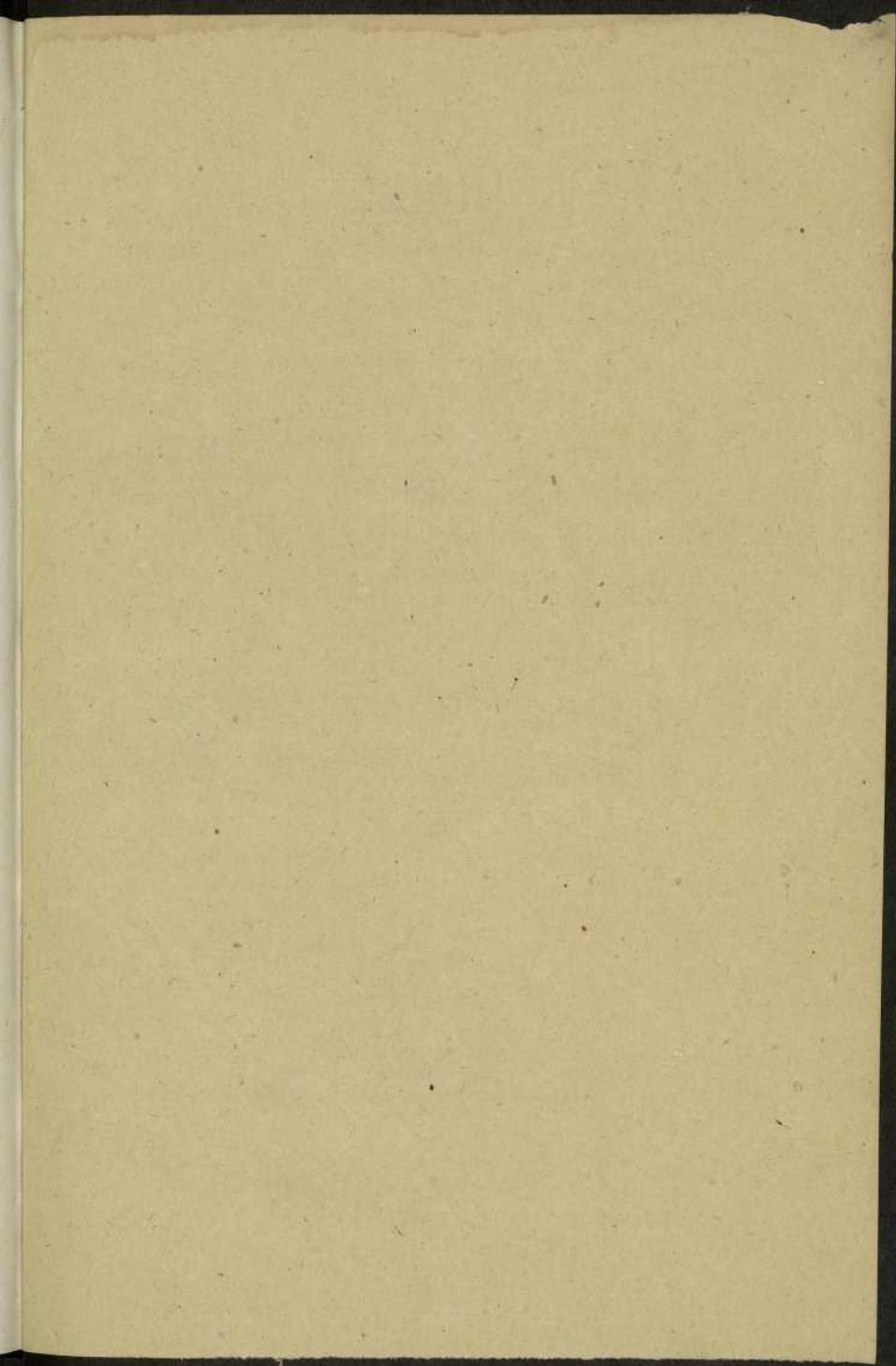
Cap. I.—Campanas de 1800 y 1801.—Tratados de Luneville y de Amiens.—Desde el 11 de noviembre de 1799 hasta el 25 de marzo de 1802.	231
Cap. II.—Instituciones del Consulado.—Rompimiento con la Inglaterra.—Constituciones del año X y del XII.—Desde el 25 de marzo de 1802 hasta el 18 de mayo de 1804.	262

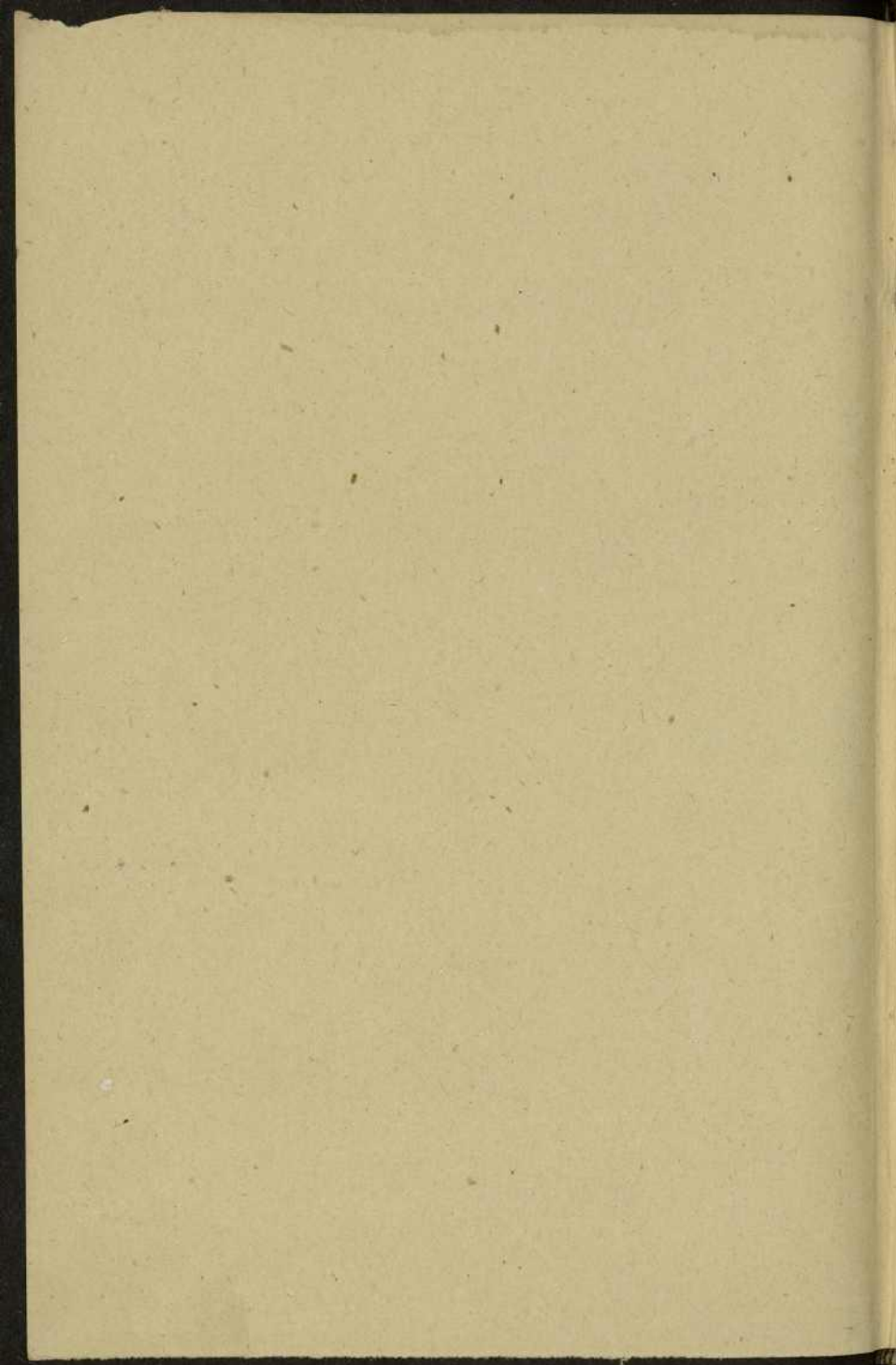
Libro tercero.

Imperio (1804—1814.)

Cap. I.—Tercera coalicion.—Campana de 1805.—Paz de Presburgo.—Desde el 18 de mayo de 1804 hasta el 26 de diciembre de 1805.	296
Cap. II.—Cuarta coalicion.—Campana de 1806 y 1807.—Paz de Tilsitt.—Desde el 27 de diciembre de 1805 hasta el 7 de julio de 1807.	333

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO SEXTO.







HISTORIA
DE
FRANCIA

6

16.128